

Suma de Venezuela

MARIANO PICÓN SALAS

Suma de Venezuela



Gobierno **Bolivariano**
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la **Cultura**



1817 - 2017
ZAMORA
UNIÓN CÍVICO MILITAR

Suma de Venezuela

MARIANO PICÓN SALAS

B I B L I O T E C A L A S V E N T A N A S M Á S A M P L I A S

Edición tomada de la Fundación Editorial El **perro** y la **rana**, 2007



©Ministerio del Poder Popular para la Cultura, 2012

© Mariano Picón Salas

Biblioteca *Las ventanas más amplias*, N° 4

Coordinación Editorial

Miguel Márquez

Diseño de portada

Dileny Jiménez

Edición al cuidado de:

Fundación Editorial El perro y la rana

Hecho el Depósito de Ley

lf40220123001744

ISBN 978-980-14-2292-1

IMPRESO EN LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

PRESENTACIÓN

Esta colección de quince títulos, *Las ventanas más amplias*, tiene como finalidad la promoción del libro y de la lectura como vehículos emancipatorios, como instrumentos de estímulo a la creatividad, a la imaginación; como alimentos de la sensibilidad y de la comprensión, de los lazos y nexos con la interioridad y lo social, con la psique y la historia, con el presente y con el porvenir.

Las ventanas más amplias parten del principio según el cual una persona que lee tiene una percepción más aguda de la vida, una conciencia más amplia, un espíritu más generoso. Estos libros que pronto estarán dialogando con hombres, mujeres, jóvenes, niñas y niños de todo el país, conforman una biblioteca venezolana y bolivariana, con títulos que van desde la historia a la poesía, desde el ensayo a la literatura infantil, del relato a la síntesis de las imágenes.

A tono pues con la política de inclusión de la Revolución Bolivariana, en cuanto a la educación y la cultura para todos (que tuvo un momento paradigmático con los esfuerzos que condujeron a la declaración de Venezuela como territorio libre de analfabetismo y que ha tenido continuidad a través de una multiplicidad de planes y programas), en estas ventanas escritas (que de seguro inventarán miles de otras con el surgimiento de nuevas escritoras y escritores al contacto con estas páginas), el pueblo venezolano, en definitiva, encuentra aquí una sólida convocatoria para continuar siendo protagonistas en la tarea inacabable de vivir mejor y de transformar el mundo para ello.

Así pues, lectoras y lectores que pronto abrirán estas ventanas, que la pasen bien con los paisajes que encuentren a su paso, con los paisajes que les esperan desde hace mucho y conocerán muy pronto.

INTRODUCCIÓN

La última obra que Mariano Picón-Salas preparó fue *Suma de Venezuela*: una selección de sus ensayos ya publicados que pudiera “dar a compatriotas y a forasteros una imagen sintética y vivaz del país”. Poco antes de morir redactó (aa finales del año 1964”) el prólogo que la acompaña. En él expresó su rechazo a los dogmatismos de cualquier signo ideológico. “Venturosamente —decía— vivir es más problemático o más poético que lo que pretenden ciertos simplificadores o empresarios de mitos que suelen ser también candidatos a verdugos.” A la vez explicó el carácter de su selección con estas sencillas y significativas palabras: “Hay escritos que son testimonios no sólo de una Venezuela leída sino también caminada o sentida como vivencia, conjuro y añoranza. Es acaso la Venezuela que sufrí y que gocé con mis nervios y con mis huesos.”

No por azar se combinan en ese breve prólogo estos dos aspectos aparentemente disímiles. Los unía el llamado a que el venezolano se liberara de tantas mistificaciones e intolerancias y abriera el alma y la conciencia a una relación más auténtica, más directa con su país. No es difícil reconocer en esa suerte de último llamado la misma lucidez con que treinta años antes, desde su exilio en Chile y durante la dictadura gomecista, un joven escritor había como asentado el principio de una nueva política para Venezuela: “La idea de la nación está antes que la idea de clases”.

En Picón-Salas no hubo rasgo alguno que pueda llevarnos a confundirlo con el exaltado visionario o con esos intelectuales totémicos que nuestras sociedades parecen adorar. En su visión de Venezuela destacan la claridad, el fervor, la pulcritud de propósitos, la íntima y aun desgarrada reverencia que se siente ante lo que

llamamos “la Patria”. Por eso es también tan notorio en esa visión lo que él mismo definía como “un sencillo fin de servicio”.

Otros han escrito sobre Venezuela como si ésta fuese una abstracción, tierra de nadie susceptible de ejemplificar cualquier teoría o cualquier ambición. Del positivismo, con su científico y ávido caudillaje, pasamos a la exuberancia mágica y telúrica; hoy hemos decaído en la módica y casi irrisoria escatología de las desacralizaciones. El fetichismo, la idolatría y la herética: esos agobios tautológicos que, a veces, los países tienen que soportar.

Picón-Salas nunca pretendió elaborar teorías sobre lo venezolano. Habló del país —aun en sus períodos de mayor violencia y confusión, o de casi irreparable decadencia moral— como historia, riesgos y conflictos entre los hombres. Habló siempre de Venezuela como proyecto de libertad. De manera muy sensible, se percibe que desde joven intuyó que sí existía una nación venezolana, formada en una gran aventura colectiva. Con frecuencia, la trama de esa aventura se había oscurecido y aun deshebrado; pero era posible hilarla de nuevo, redibujarla y reinventarla en sus líneas más luminosas.

Este fue el objetivo central de su larga y paciente meditación sobre el país. No dejó que la desvirtuara la profusión pintoresca o la fácil acrimonia. Al contrario, supo dejarla fluir con serenidad, como atento siempre, “en largo plano temporal”, al verdadero ritmo de nuestra vida y de nuestra historia. “La aventura venezolana”: así tituló, en 1963, uno de sus últimos ensayos. Es la más cabal síntesis —por sus ideas, por su don verbal— de lo que él creía: Venezuela era historiable porque era un pueblo con memoria de la aventura. Y ya sabemos lo que quería expresar cuando hablaba de aventura: el arrojo con que los hombres y los pueblos llegan a encarar el destino; aunque éste les sea adverso, el arrojo mismo es ya prueba de conciencia de la libertad.

La meditación venezolana de Picón-Salas sigue siendo ejemplar, sin tener ánimo edificante, porque la orientó el espíritu de comprensión. Sólo quien comprende logra desprenderse de dogmatismos, de orgullos olímpicos y sentencias lapidarias.

Sobre todo, sabe amar lo que conoce: no tanto explicarlo o analizarlo (aunque él fue un incomparable analista) como aprehenderlo e iluminarlo hasta en sus signos más secretos y contradictorios. “No hay que engañar al país, sino ayudarlo y comprenderlo”, escribió justamente en el prólogo a *Comprensión de Venezuela* (1949). En este libro empezaba a delinearse, con madurez, su visión más amplia: reconciliar a Venezuela no sólo consigo misma sino también con el mundo y la cultura universal, librándola del patetismo autoindulgente y la ilusión de originalidad, esa imagen de barbarie edénica que cierta astucia criolla —y no sólo la de los caudillos— había cultivado. Era necesario asumirse como sujetos de la historia, y no simplemente padecerla; unir a la memoria el impulso de una imaginación creadora como empresa colectiva. “Los países como las personas —alertaba igualmente— sólo prueban su valor y significación en contacto, contraste y analogía con los demás.”

La vivencia, la comprensión, el universalismo: por estas vías fue como Mariano Picón-Salas logró reencontrar el hilo de la aventura venezolana. El hilo narrativo, que es como decir su trama espiritual. Quizás habría que leer estos escritos sobre el país como capítulos de una gran narración.

Historiar narrando ¿no es una de las virtudes que ha sabido rescatar la historiografía más moderna? Es también una de las virtudes de los buenos prosistas. Ya en la madurez, al rendir homenaje a su Mérida natal, a Picón-Salas le deleitaba evocar el lenguaje de sus coterráneos y de sus mayores. “Oigo con la memoria —escribía— el habla un poco arcaica, suave, cortés, de las gentes que habitaban esas casas.” Sería negligencia no percibir en su propio estilo el resonar de esa elegancia verbal, todo ese buen decir colectivo.

¿Y cómo dejar de reconocerlo finalmente? En el estilo de Picón-Salas se ha depurado el alma venezolana; en él se intuye una aventura más íntima y no menos radical: el acceso a la lucidez y al matiz, a la convivencia y a la tolerancia. En otras palabras: el don de la medida que dan la independencia de criterio y la libertad de

espíritu. Glosando una idea borgiana, aun sería posible decir: si un hombre tuvo una visión tan clara de su país, en alguna parte de ese país debe existir la claridad.

Este segundo volumen de la biblioteca Mariano Picón-Salas no sólo acoge el título de *Suma de Venezuela*; también sigue, enriqueciéndola oportunamente, la estructura que el autor le dio a ese libro. Se ha añadido una tercera parte a la que, por simetría, se ha puesto el nombre de “Creación e imágenes”; en ella se reincorporan textos sobre literatura y arte que aparecieron en las ediciones de *Comprensión de Venezuela* y de otros libros del autor, según se explica en las notas finales. Quizá esta nueva *Suma de Venezuela* sea la que, con los años, al propio Picón-Salas le hubiera gustado recopilar.

Guillermo Sucre

CRITERIO DE EDICIÓN

La presente edición de *Suma de Venezuela* (1987), publicada por Monte Ávila Editores Latinoamericana dentro de la Biblioteca Mariano Picón Salas (tomo II), respeta de modo fiel el original en que se basa. No obstante, en consideración al carácter didáctico que guía a la **Biblioteca Popular para los Consejos Comunales**, no se incluyen en estas páginas ni el “Apéndice” ni las “Notas y variantes” que contiene la referida edición, pues su enfoque fundamentalmente apunta hacia la lectura y revisión especializada de la obra de Picón-Salas. Queda, entonces, para el lector, la meditación venezolana de este autor que, en palabras del académico Guillermo Sucre, quien estuvo al cuidado de tal publicación, “...sigue siendo ejemplar, sin tener ánimo edificante, porque la orientó el espíritu de comprensión”.

Primera parte

HISTORIA Y SÍNTESIS

LA AVENTURA VENEZOLANA*

Desde que Andrés Bello, al final de la Colonia, escribía un resumen de la historia del país, los venezolanos nos hemos inclinado a ver el recuento de nuestro pretérito como anuncio y vaticinio del porvenir. ¿No es una inmensa, a veces trágica profecía, toda la obra escrita de Bolívar, que es como el gran himno que acompaña su acción? Según fuera su marcha por América y los problemas que le brotaban al paso y que él trataba de someter y vencer como Hércules a sus hidras y gorgonas, el Libertador podía pasar —y esto es completamente humano— del entusiasmo al pesimismo. O ¿adónde nos están llevando los hechos, el sino peculiar de estos pueblos?, es una pregunta ínsita en todo su pensamiento desde la *Carta de Jamaica* hasta la proclama con que se despide de sus conciudadanos en 1830. La Independencia comenzaba un proceso que —como todos, en el devenir histórico— para lograr sus fines debía surcar las más variadas y tormentosas corrientes de adversidad. Invocando a Bolívar como el dios tutelar que se llevó temprano la muerte y vaticinando, también, todos los recursos que nuestro país puede ofrecer al mundo, viven y padecen muchas generaciones venezolanas durante el siglo XIX. ¿No era un poco de consuelo en la recatada y desposeída existencia de un Cecilio Acosta que al par que se queja en una carta de que carecía de dinero para pagar el porte del correo, se exalta en otro artículo diciendo que “aquí las bestias pisan oro y es pan cuanto se toca con las manos”? Desde la aflicción de hoy se miraba la dorada promesa utópica de mañana. Los

* Fue publicado por primera vez en el libro *150 años de vida republicana (1811-1961)*, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, 1963, volumen I, pp. 35-48.

venezolanos del siglo XIX y de las dos primeras décadas del siglo XX —hasta que comenzó a explotarse el vellocino petrolero— vivían mediocrementemente, continuamente consternados por el caudillo que “se alzó”, la guerra civil que no permitía recoger bien las cosechas y la fluctuación de precios en sus escasos productos de exportación —el café, el cacao, los cueros—; la estrechez de nuestros presupuestos de entonces, que, más que pagar adecuadamente los servicios públicos, parecían dádivas de hambreados, y una remota esperanza que al fin habría de llegar. Con los frutos de la tierra, con la democrática caraota, el casabe y la arepa y el tasajo llanero y la tacita de café aromoso que despertaba la imaginación, se pasaba la vida y se conjuraba un futuro lejano y siempre inaccesible.

No hubo en nuestra historia de entonces esos fértiles Dorados que, especialmente la minería, ofreció a otros países hermanos como México, Chile y Perú, o la abierta y rápida prosperidad de Argentina. En los años de su cesarismo y cuando no tenía que vencer a ningún otro general “alzado”, Guzmán Blanco dio su revoque de yeso, plantó cariátides y metopas en algunos edificios públicos, construyó el Paseo del Calvario, el Teatro Municipal y el Capitolio, hizo concursos literarios y subvencionó compañías de ópera. Con humor y gracia criolla, algunos venezolanos de fines del siglo XIX podían pensar que nos estábamos civilizando y refinando en extremo. ¡Pero qué poco era ese yeso arquitectural, las estatuas y motivos decorativos importados de Francia y los gorgoritos de la ópera, ante el vasto silencio de la ignorancia, soledad y atraso que venía de la entraña de la inmensidad venezolana! Aun en Caracas misma, la vida era menos lujosa y más mediocre que en otras capitales de América. Contemplando los grabados de una revista como *El Cojo Ilustrado*, se puede fijar el repertorio de lo que los venezolanos eran y de lo que soñaban, en relación con otros pueblos, a fines del siglo XIX.

Casi había un contraste trágico entre la ambición y grandeza de nuestra Historia, cuando en el período de la Independencia los venezolanos, ganando batallas, formando repúblicas y haciendo

leyes, se desparramaron por media América del Sur, y lo que habíamos terminado siendo. Éramos un poco como don Quijote después de su última y desventurada salida, y estábamos dispuestos a contar nuestro cuento nostálgico al bachiller, el cura y la sobrina. En nuestra literatura novelesca, hasta el Modernismo, son casi personajes insistentes la espada, el quepis y el uniforme que el abuelo o el lejano tío lucieron en Ayacucho y que se decoloraban, viejos de tiempo, desengaño y cansancio, en el desván de la casa familiar hipotecada y retrovendida. La mujer —un poco muda y resignada en la literatura venezolana hasta los días actuales— apenas forma parte del coro trágico y acompaña a llorar. Hasta los cuentos de José Rafael Pocaterra y de Rómulo Gallegos, estas musas de nuestra tierra caliente guardan las flores del novio que se fue; rezan y suspiran en voz baja. Parecen los testigos y acompañantes del continuo desastre que hicieron los hombres: guerrilleros, políticos, aventureros, soñadores frustrados o simples “balas perdidas”, “pollos pelones” de una familia en trance de desintegración.

Las gentes, sin embargo, que cumplieron la hazaña de llegar hasta el Alto Perú no habían sido mediocres, sino algunas de las más decididas y despiertas de América. Eso de que los venezolanos estaban “despertando para algo” y que en las costas y valles del país se seguían con interés las noticias de Europa en un tiempo tan cargado de tensiones históricas como el que abrió el siglo XIX, se registra en los grandes viajeros que llegaron a Tierra Firme en los años que anteceden a la revolución de Independencia, como Humboldt y Depons, Humboldt no sólo se asombra con el paisaje y se deslumbra en Venezuela con la luz equinoccial, sino simpatiza con los hombres. Son los sosegados hidalgos que asisten a las tertulias de Blandín y de La Floresta, han leído ya sus enciclopedias y discuten la suerte del mundo en un siglo nuevo y que anuncia tantos “cambiamientos”, o el joven Andrés Bello que lo acompaña en larga caminata por el monte Ávila, o aquel extraño don Carlos del Pozo que en la soledad de un caserón llanero se ha puesto a inventar aparatos de física como un Franklin indígena. Además de ser un sabio, el Humboldt que visita Venezuela es un joven treintañero,

y el regocijo de haber descubierto un edén tropical y sumamente prometedor se advierte en las páginas que le inspira su viaje. Acaso ninguna otra promoción de hombres tan inteligentes y empeñosos pudiera encontrarse en ninguna otra parte de América como la que realizaría en las tres primeras décadas del siglo XIX la aventura y milagro histórico de Venezuela. Están —como en los cuadros históricos de Tovar y Tovar— con sus grandes corbatones flotantes, sus casacas azules, las últimas pelucas del antiguo régimen, firmando con la pluma de ganso el Acta de Independencia de 1811; pero el fondo de los retratos será el paisaje de volcanes, cordilleras, selvas y estepas del Continente, y las batallas que separan a Caracas del Alto Perú.

Pero ¡qué difícil volver a ordenar la casa después de la larga expedición de gloria y derroche vital por todos los caminos de América! A una Venezuela despoblada y hambreada por haber pagado en hombres y recursos el costo de la gran hazaña, tornan los soldados que estuvieron en Ayacucho y los políticos de la frustrada Gran Colombia. Ha muerto Sucre en la montaña de Berruecos, y la paz llena de intrigas de las facciones y conspiradores —más peligrosa que la guerra— acabó con Bolívar a los cuarenta y siete años. A la escasa oligarquía culta y a la vieja prudencia de comerciantes y hacendados, que en medio de la general estrechez representan todavía un poder económico, se confía Páez en 1830 para organizar el país. Debe apaciguar y someter a sus propios conmillitones y acostumarlos a un orden civil que, si no es el de la democracia perfecta, parece una traducción tropical de la monarquía inglesa. Se cuenta para este orden, a pesar de varias revueltas y de algún inevitable fusilamiento, con el prestigio carismático del gran caudillo, “primer lancero del mundo”, más valiente y diestro que los otros, e intuitivo, sosegado y discreto para saber escuchar a los hombres inteligentes del país, y para tener como una especie de Vicario General, como sucesor que asegura la “continuidad de la política”, al prudente y flemático Soubllette. Progresá, sin duda, Venezuela entre 1830 y 1848. Tiene fama de país sensato y ordenado, mientras la Argentina sufre la tiranía de Rosas, México el

torpe caudillismo de Santa Anna, Nueva Granada se anarquiza en facciones y en casi todo el Continente el caudillismo militar y la guerra civil se hacen instituciones congénitas.

Se siembra café, cacao y añil; se restauran las viejas haciendas que habían enmalezado el abandono y la guerra, y el paquebote que llega a Saint-Thomas y descarga en goletas y bergantines, nos aporta algunos bienes de la civilización europea. Don Fermín Toro recibe sus revistas inglesas y francesas, estudia los problemas que han engendrado la Revolución industrial y los abusos del liberalismo económico, y las primeras consignas del socialismo romántico agitan la alborotada cabeza de Antonio Leocadio Guzmán. Nace una literatura venezolana, ya bastante vivaz y decorosa, en las primeras páginas de Toro, Baralt, Juan Vicente González y en los escritores costumbristas del *Mosaico*. Se empieza a creer en la inmigración europea y en la educación regeneradora, y llegan los primeros inmigrantes alemanes que establecen la Colonia Tovar. Hombres de tanto genio como Vargas y Cajigal fundan lo que puede llamarse nuestra medicina y nuestra ingeniería modernas.

Claro que hay los problemas no resueltos y sin posibilidad de solución en país tan vasto y tan reducido de recursos fiscales, y hay también la impaciencia de aquella clase militar y terrateniente, con vasta servidumbre, poderío provinciano, leyenda e influencia, que personifica a partir de 1846 la familia Monagas, con su gran régulo José Tadeo. Si los llamados conservadores hicieron suya y convirtieron en tótem protector la lanza de Páez, los llamados liberales se apoyan en la de Monagas. Y un año crítico como el de las elecciones del 46 presencia, como un espectáculo en plena sabana, la lucha de los dos llaneros: el de Araure y el de Aragua de Barcelona. Diríase una rivalidad de atletas que comenzó en la guerra de la Independencia, acaso en la batalla de Carabobo. No importa que a través de los años ambos se llamaran “compadres”, se hayan abrazado fuertemente, refrescado anécdotas y recuerdos, y cambiado toros y caballos pasitroteros. “Hay que ganársela al compadre”, decían en el siglo XIX los caudillos venezolanos. Y la lucha por el poder político era como un torneo en que se trata de

saber quién desjarreta al novillo. Cuando el gran demagogo liberal Antonio Leocadio Guzmán sale de la cárcel y se le conmuta la pena de muerte al ganar la presidencia Monagas, se pudo hacer la ilusión de que los liberales llegaban al poder. Llegaba solamente, con toda su omnipotencia y su cólera, la familia Monagas. Y en nombre del liberalismo, que administran en uno que otro decreto —más verboso que real— los doctores y licenciados que sirven al caudillo, se malogran esperanzas y burlan necesidades del pueblo venezolano. Si se libertan los pocos esclavos que aún quedaban en 1854, no se les da tierra ni se les enseña oficio útil, y engrosarán como “reclutas” o “carne de cañón” las futuras revueltas.

Las dos lanzas de Páez y Monagas, que fueron el poder detrás de las Constituciones en las tres primeras décadas de la República, se multiplicarán en muchas lanzas, en subversión total, en la larga guerra de los cinco años, o de la Federación, entre 1858 y 1863. O los últimos y elegantes discursos de la Convención de Valencia, donde el antimonaguismo quiso rehacer el Estado sin lograrlo, presencian ya la algarada de los primeros “alzados”. Se enfrentaban sin conciliación dos generaciones. La de los sosegados hidalgos y letrados que habían acompañado a Páez y entre 1858 y 1860 asisten a las tertulias de don Manuel Felipe Tovar, y la de los que aprendieron su populista evangelio de rebeldía en los escritos de Antonio Leocadio Guzmán. Desde 1846 se está gritando insistentemente: “¡Abajo los godos!” Y encubierta bajo el mágico nombre de “Federación”, la guerra de los cinco años desea completar radicalmente lo que no realizó la Independencia. Fue un poco la guerra de los pobres contra los ricos, de los que no podían pagar sus deudas contra los ávidos acreedores, de los que no tenían linaje contra los que abusaban de él, de la multitud preterida contra las oligarquías. Naturalmente, la guerra —aunque la hayan predicado los intelectuales— la hacen los hombres de armas, y el auténtico igualitarismo social que el país logra después de la revuelta federal no se equilibra con los abusos del nuevo caudillismo militar y con esa turbulenta sociedad de compadres armados, de “jefes civiles y militares” que se rebelan en sus provincias y continuamente

quieren cambiar el mapa político del país. Sobre la “catarsis” del desorden y el igualitarismo a cintarazos que se abre con la Guerra Federal y en los diez años que la siguen, se erigirá, finalmente, en 1870 la fanfarrona omnipotencia de Guzmán Blanco, una mezcla de César y Napoleón III. Habían desaparecido ya los primeros actores del drama: Zamora, Falcón, el viejo Monagas, Bruzual, el “soldado sin miedo”; comenzaba a ponerse “chocho” el viejo Guzmán, y más hábil e intrigante que todos los peludos caudillos de la Sierra de Carabobo, de Coro y del Guárico, resultará el “Ilustre Americano, Regenerador y Pacificador”.

La Guerra Federal había arruinado hasta tal punto el país, que el gobierno de Falcón, entre otros arbitrios financieros, debió negociar en Inglaterra el vergonzoso empréstito de 1863 por dos millones de libras esterlinas, uno de los más inicuos que se recuerden en nación alguna. El Gobierno se comprometía ante los prestamistas británicos a “hipotecar la parte libre de las importaciones de las aduanas de La Guaira y Puerto Cabello o la totalidad de los derechos de importación de las demás aduanas de la República, o la renta de exportación de algunas o de todas las aduanas del país, pudiendo también dar en garantía cualesquiera otros bienes o propiedades nacionales”. Y un símbolo un poco triste, acaso caricaturesco, de la miseria a que había llegado el país en esos años, es el catálogo de los artículos venezolanos exhibidos en la Exposición Internacional celebrada en Londres en 1862. Entre otras cosas modestas y miserables, muestras de mediocridad y derrota, se exponen unas “frutas en cera; tres totumas, dos sin adorno y una pintada; un pañuelo de bolsillo; una hamaca fabricada en Margarita; raíz y extracto de zarzaparrilla; unos cueros de cabra de Coro; unos botes de guayaba; naranjas y camburitos pasados, y unas muestras de caraotas, dividive, maíz y tapiramos”. Lo poco que nos había dejado la tormenta; los signos de un país que parecía retornar al estado de naturaleza.

Quizá Guzmán Blanco, que lo contrató —recibiendo, según se dice la más deshonesta comisión del empréstito—, tenía sobre los otros generales emergidos de la guerra, si no toda la honradez,

algunas cualidades que permitirían salir del desorden y enmogotada barbarie. O en él se conjugaron, extrañamente, los complementarios destinos. Hijo del gran agitador y demagogo Antonio Leocadio, era un poco el Delfín, el heredero armado del liberalismo populista de 1846. Pero su liberalismo de plazuela caraqueña y de los guerrilleros de la Federación hizo un poco de aprendizaje cosmopolita en Estados Unidos y Europa; aprendió el estilo y los ademanes de la buena sociedad; aprendió, también, a tratar a los financieros de la *City* londinense, y pretende curarnos del atraso trayéndonos progreso material aunque se pague demasiado caro. Con habilidad y soberbia y mimetismo muy criollo, sabe imitar y acercarse a los arquetipos políticos de su siglo XIX. Si en algunos momentos de aventura y de acción se parece a Garibaldi, en otros emula la pompa cesarista de Napoleón III. No será, precisamente, el liberalismo de los editoriales de *El Venezolano* que redactara su padre lo que impone su largo dominio sobre el país, sino una especie de “imperio liberal” a la manera como Emile Olivier justificó en Francia el poderío del César francés y con todas las modalidades de una traducción a la criolla. Jactancioso y a veces insolente, sin ninguna duda sobre su providencialismo, Guzmán Blanco moderniza y mejora la desamparada existencia venezolana después de la sangría federal. Olvida pronto la generosa y liberalísima Constitución de 1864 para ir plegando las leyes a su instinto de dominación. Pero quizás entre todos los grandes conmlitones que hubieran podido disputarle el poder, era el más culto y el que tenía más clara concepción del Estado, aunque lo personalizara en exceso. Y nos preguntamos qué hubiera sido del país en las manos de León Colina o de Matías Salazar.

Bajo el cesarismo guzmancista —a pesar de la prensa oficial, de la escasa libertad política, de la vanidad del caudillo y de lo que se llamó irónicamente la “adoración perpetua”—, Venezuela se limpia las cicatrices y costurones de diez años de anarquía. Si se pagan a muy alto precio las obras de progreso material, ya los bultos y las personas no se trasbordan en goletas y bergantines desde Saint-Thomas para llegar a La Guaira; se levantan muelles y líneas

férreas, se comienza a fabricar aquellas cosas elementales de que ya informan los *Anuarios estadísticos* a partir de 1873, e ingresan más pesos fuertes. Las oligarquías comerciales —la mayoría de nombre extranjero— establecidas en Caracas, Maracaibo, Puerto Cabello, Ciudad Bolívar, compran y distribuyen en los grandes mercados europeos y norteamericanos los productos de la tierra, desde el café, el cacao, los cueros, el dividive, la sarrapia, hasta las plumas de garza, el ganado que se consume en las Antillas y a veces se exporta a Cuba, y dotan, por retrueque, a los productores agrícolas de las mercancías de una rudimentaria industria vernácula: liencillos, jabón, rones y cervezas; velas esteáricas para alumbrar la larga noche campesina, o “depurativos” para limpiar la sangre o mejorar las tercianas. En 1875, en 1884, se vivirá un poco mejor que en 1864. Y los provincianos que vienen a Caracas, asisten a las ocasionales compañías de ópera y suben a la colina del Calvario, tienen la ilusión de que la ciudad es un pequeño París. Algunas de las galas del tiempo, las cuidadas barbas de los caballeros y la ardorosa o lánguida belleza de las mujeres, entre sedas, cintas, abanicos, peinetas y mitones, se pueden ver en los retratos del viejo maestro Tovar y Tovar. Para los “centenarios” que comienzan a celebrarse —como el del Libertador en 1883—, la Venezuela oficial y vestida de etiqueta lucirá sus grandes lienzos y *plafonds* de batallas. El régimen guzmancista es como una enorme ópera en que el apuesto dictador, vestido con el mejor uniforme que hicieron los sastres militares de París, avanza al proscenio a cantar su solo exultante.

Ya está un poco pasado de “moda”, no había hecho el necesario tránsito del “Segundo Imperio” a la “República”, cuando después del postrer viaje a Europa, que lo conduciría a la derrota y a la ausencia definitiva, los estudiantes derriban sus estatuas en 1888 y se ensaya con Rojas Paúl y Andueza Palacios la reconstitución del orden democrático y civil. El viejo liberalismo, que había sido cautivo de los militares, quiere hacer la expiación de sus faltas, y la nueva generación positivista anhela curar, con los métodos de la ciencia y los estudios sociales, las viejas dolencias

del país. Pero también un letrado y orador como Andueza sufre el complejo de nuestra viveza y jactancia vernácula. ¿Y por qué no ha de conseguir en 1892 que se le prolongue siquiera en “dos añitos” su período presidencial? “No más eso” —como se diría en un corrido mexicano— estaba aguardando el último y más simpático caudillo de la Federación, el General Joaquín Crespo, para hacer contra el “Doctor” su revolución legalista. Crespo ha de cerrar con su campechana bonhomía, su conducta de gran compadre para quien la dirección de la República parece prolongar el dominio del hato llanero, y también con la bala de mampuesto que le segará la vida en “La Mata Carmelera”, el ciclo de los caudillos rurales del siglo XIX. Pero ya no de los Llanos sino de las sierras andinas avanzan con Cipriano Castro los nuevos dominadores con quienes se inicia el siglo XX. En el séquito de Castro y contrastando con su temperamento impulsivo, extrovertido y nervioso, amigo de las frases y los gestos resonantes, viene un compadre taciturno, el financiero de la expedición, el que vendió sus toros y sus vacas y metió algunos de los miles de pesos que le había ganado a la casa Blohm, para costear la aventura. Se llama Juan Vicente Gómez; tiene el don de hacerse el Bertoldo, el que dice cosas obvias o sabe callarse junto a los doctores y los generales que conversan mucho; pero junto al frenesí, la estridencia y casi la histeria de los nueve años del gobierno de Castro, se edificará un sólido poder personal que a partir del 19 de diciembre de 1908 —cuando don Cipriano se está curando en Europa sus cansados riñones— se trocará en tremendo poder político.

De un país insolvente, intimidado por las escuadras europeas en 1903 porque no podía pagar las deudas de noventa años de revoluciones, Venezuela comenzará a guardar en la alcancía fiscal bajo el despótico, largo y abrumador protectorado de Juan Vicente Gómez. (Hablamos de la alcancía fiscal porque no existe durante los veintisiete años de dictadura nada que se parezca a una política económica ni nada que mejore a fondo las condiciones sociales.) Como se concede tan generosamente el petróleo a los consorcios extranjeros a partir de 1917, y éstos pagan tan escasos impuestos

al país, el poderío del Caudillo puede afirmarse en una Venezuela que se cansó de las revueltas y parece adormecida en el letargo de una existencia provinciana donde la mayor seguridad es no estar en la cárcel. Fue, sin duda, la época más cruel de nuestra historia republicana. Los carceleros de La Rotunda, de Puerto Cabello, de San Carlos, se encargan de los civiles que siguieron invocando la libertad y a quienes en el lenguaje de los periódicos cortesanos se les llamaba los “malos hijos de la patria”. Los “buenos” eran los que acompañaban al General en sus paseos por las haciendas aragüeñas; los que se prestaban para la continua farsa de sus congresos; los que ofrecían su nombre para onerosos contratos con las compañías extranjeras; los que se repartían, a más de sus sueldos, las secretas pensiones y dádivas del “Capítulo Séptimo”. En las provincias, la paz y el orden del régimen son mantenidos por pretorianos feroces con vocación de “genocidas”; por hombres que, como Eustaquio Gómez, merecían haber vivido mil años antes, en la más violenta hora feudal. Y aun una brillante generación de escritores venezolanos, los de la generación modernista, que habían escrito algunos de los libros más significativos de nuestra Literatura, se callan, se destierran o caen en el servilismo y la monotonía de la prosa oficialista y el poema de encargo, durante el sopor espiritual de la dictadura. Casi lo mejor y más viviente de las letras nacionales de entonces se escribirá en las cárceles o en el exilio.

A pesar de los automóviles, quintas y piscinas, de la plutocracia y de la magnitud que ya adquirían las explotaciones petroleras, la Venezuela en que al fin murió Gómez, en 1935, parecía una de las inmóviles provincias suramericanas. El gran caimán nos contagió de su sueño. Diríase que en inteligencia, creación e inventiva poco habíamos adelantado en los largos ochenta años que ya nos separaban de la Guerra Federal. No era sólo la ignorancia y pobreza del pueblo, la vasta necesidad que invocando a Santa Rita o a Santa Bárbara, abogadas de lo imposible, venía de la inmensidad silenciosa, sino también la ignorancia y el abuso de quienes en tres décadas de tiranía se convirtieron en clase dirigente. Muchos de los malos sueños y la frustración del país se fueron a

enterrar también aquel día de diciembre de 1935 en que se condujo al cementerio, no lejos de sus vacas y de los árboles y la yerba de sus potreros, a Juan Vicente Gómez. Se le comparó a Harum-El Raschid porque contaba apólogos de la más oriental invención y no distinguía entre el tesoro público y el tesoro privado, y a Luis XI porque sabía anular y deshacerse, con la más cautelosa malicia, de todos sus enemigos. Fue más bien el gran tronco que erigimos para detener las aguas de la Historia, o, en el símil de los llaneros, el cocodrilo apostado en la boca del caño. Algunos de los miedos, los espectros, las supersticiones de la época pasan a través de varios libros reveladores: *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos o las *Memorias de un venezolano de la decadencia* de José Rafael Pocaterra. Libros que parecían enseñar el arte duro, cruel y violento de ser venezolanos en días tan difíciles.

Podemos decir que con el final de la dictadura gomecista comienza apenas el siglo XX en Venezuela. Comienza con treinta y cinco años de retardo. Vivimos hasta 1935 como en un Shangri-La de generales y de orondos rentistas que podían ir cada año a lavar o intoxicar sus riñones en las termas y casinos europeos; o, por contraste, en una fortaleza de prisioneros y en el descampado del espacio rural —llano, montaña, selva— donde el pueblo hacía las mismas cosas que en 1860, sembraba su enjuto maíz, comía su arepa y su casabe; perseguía alguna vez al tigre y a la serpiente, o escapaba de las vejaciones del Jefe Civil. Los desterrados, principalmente los jóvenes que regresaban a la muerte del tirano, traen de su expedición por el mundo un mensaje de celeridad. Era necesario darle cuerda al reloj detenido; enseñarles a las gentes que con cierta estupefacción se aglomeraron a oírlos en las plazas públicas y en las asambleas de los nacientes partidos, la hora que marcaba la Historia. Con todos los defectos, abundancia y explicable impaciencia de los recién venidos, se escribe en los periódicos de 1936 el balance patético de nuestras angustias y necesidades. Y tanto se clama, que mucho de lo que se había dicho pasa a los planes y programas de gobierno de los generales López Contreras y Medina Angarita. Porque la habíamos olvidado en largos años de silencio

y cautiverio, se repite innumerables veces la palabra “problema”. Y el problema es mucho mayor que vender las reses que se engordan en los verdes pastos aragüeños y ofrecer al General las viejas onzas de oro, o exportar a Hamburgo, Amberes y Nueva York el café y el cacao que se acumulan en los depósitos portuarios de Maracaibo, La Guaira, Puerto Cabello. O que el alto jefe de la Compañía petrolera lleve al Ministerio de Hacienda los cheques con las regalías del año, y que a los colaboradores del Gobierno, “los buenos hijos de la patria”, se les obsequie una casa o un *Cadillac*.

Rehacerlo todo, reedificarlo todo, ha sido el programa venezolano en los últimos veinticinco años. Contra las tensiones y conflictos que experimentó el mundo en este período —que ha sido uno de los más turbulentos de la Historia Universal—, mucho hemos ganado. Si la segunda gran guerra detuvo un poco el proceso de crecimiento y tecnificación que había comenzado en 1936, oleadas de inmigrantes emprendedores y enérgicos llegan al país a partir de 1945. Si no están resueltos los vastos problemas educativos, económicos y humanos acumulados en larga herencia de empirismo, sin duda que un nuevo método y una nueva actitud para abordarlos se desenvuelven en el último cuarto de siglo. Y ni una dictadura ya anacrónica, montada en unos años de *boom* económico, bien abastecida de policía y de política y de tanques de guerra como la de Pérez Jiménez, logró cambiar la voluntad democrática y reformadora que ya había arraigado en las gentes. En diciembre de 1952, por ejemplo, cuando Pérez Jiménez quiere que el pueblo lo elija y ha repartido grandes sumas para el fraude y el cohecho, de toda la nación le llegan, como bofetadas, las papeletas de repudio. Mal aprendiz de superhombre, se monta sobre sus máquinas de guerra, expulsa y encarcela opositores o quiere adormecer toda protesta en la marejada de negocios y millones que el resurgimiento económico de todo Occidente y la demanda universal de petróleo vuelcan precipitadamente sobre el país. Pero, a diferencia de Gómez, ya ni siquiera se le puede llamar un hombre fuerte, y sólo lo rodean en su aventura regresiva gentes de segunda categoría. Varias Venezuela están coexistiendo, mientras

las *caterpillars* y *bull-dozers* operan en el valle de Caracas un verdadero sismo geológico para que surjan avenidas y edificios altos y se aplanen y desforesten colinas. La tierra erosionada con esa falsa ingeniería del desorden castiga a las gentes con un ciclo de sequedad y de sed, o de quebradas y aludes que revientan en los aguaceros. Usufructuaria del régimen es una clase publicana que descubrió el arte de los más veloces negocios, de las compañías fantasmas, de vender al Gobierno a mil lo que le costó veinte, y con el dinero demasiado fácil imponer a todos su derroche y atapusado mal gusto. Era un grupo destinado a reventar —como los que tragarón en exceso— con su pequeño cesarillo. Naturalmente, tenían los párpados hinchados y aun perdieron en la molicie toda voluntad de poder cuando el pueblo, los intelectuales, los técnicos y los oficiales de una nueva promoción se decidieron a derrumbar al sub-superhombre en 1958.

Quizá quienes contribuyen más a la lucha contra la dictadura son los que en un ensayo de esos días me atreví a llamar las “gentes del autobús”, las que no salían a las cuatro de la mañana de los clubes elegantes y carecían de “yate” para pasear “sirenas” en la isla de La Orchila. Se empezó a formar en los últimos veinticinco años una clase media; la que con su trabajo y estudio, concurrendo a veces, en las horas libres, a los liceos nocturnos, aprendiendo idiomas extranjeros y las técnicas que exigían otras actividades y oficios, ganó su sitio en el mundo. El desarrollo económico y social, el crecimiento de las ciudades, el requerimiento de una producción más calificada estaba fijando para el hombre venezolano nuevas metas y horizontes que los que podían preverse en el tiempo de Juan Vicente Gómez. En ese último cuarto de siglo también la mujer —que antes fue sólo testigo silencioso del drama— se incorporó activamente al magisterio, la administración, las profesiones liberales, los partidos políticos y el parlamento; a la vida de la nación. Al lado de los hombres, hubo mujeres prisioneras, desterradas y torturadas por combatir al dictador. Nuevas y aun bruscas estructuras sociales han emergido en el gran cambio de estos años, y una modernidad violenta transformó el

rostro de las ciudades y el ritmo de las gentes. La tiranía de Gómez apenas nos dejó en la civilización del automóvil y de unos aviones e hidroplanos todavía lentos, que cubrían una que otra ruta nacional o se aventuraban hasta Miami, Florida. Ahora entramos en la era de los *jets*, y se perfila ya la aventura de la comunicación y la civilización cósmicas.

Si nuestros problemas son un poco distintos a los de 1936, asumen también diversa prioridad y jerarquía. En las estadísticas de las Naciones Unidas somos, con toda la América Latina, países “insuficientemente desarrollados”, ya que, en Venezuela, hay que redistribuir en trabajo y producción la renta nacional que bajo la dictadura de Pérez Jiménez era acaparada por no más del 14 por ciento de los venezolanos. El desorden de los gastos y el derroche en obras de ornato bajo aquel régimen, que careció de planeamiento económico y social, acumuló en las ciudades, succionándolo de los campos, un proletariado paria, sin oficio, preparación y destino, que no sirve para la industria y vive un poco de la “emergencia” y la aventura. Desde el momento de la recuperación democrática del país en 1958 se habló de reforma agraria, y la Ley aprobada por el gobierno del Presidente Betancourt ha permitido ya la dotación de tierras a millares de familias. Pero la reforma agraria —como lo entiende también el Gobierno— comporta una política paralela de tecnificación e industrialización agrícolas a que habrán de dedicarse inmensos recursos. Será, por fin, el cumplimiento de la repetida consigna de “sembrar el petróleo”. El problema educativo también presenta una perspectiva diversa a la de hace veinticinco años. Ya se ha alfabetizado, bajo la gestión del actual gobierno, una gran masa de población, y nuestra estadística de analfabetismo ha descendido de 43 por ciento en 1957 a 18 por ciento en el instante de escribir estas páginas. La matrícula escolar se ha multiplicado y más de un millón y medio de alumnos concurre a los establecimientos de enseñanza. Pero el problema educativo en un país como Venezuela, con sus recursos naturales, riqueza minera y la población todavía escasa, nos plantea un complejo desafío. Porque así como tenemos que concluir de alfabetizar y ofrecer los

primeros rudimentos de la cultura a quienes la ignoran; hay que preparar, para todas las invenciones y manipulaciones científicas y técnicas de la época, a los sabios, expertos y especialistas que se exigen con casi desesperada urgencia. Muchos inquietan si en nuestras universidades, con excesivo bullicio político, algaradas, mítines y discursos de demagogos, habrá el riguroso sosiego y la disciplina de trabajo que exigen la ciencia y la tecnología actuales. Y si, por preferir el alboroto, las universidades no forman estos calificados especialistas, las empresas, industrias o el gobierno que los necesiten tendrán —con mengua de nuestro patriotismo— que buscarlos en el extranjero.

VÍSPERAS VENEZOLANAS*

Quizás cuando don Mateo Gallagher y don Jaime Lamb fundaron, durante el último trimestre del muy perplejo año de 1808, la *Gazeta de Caracas*, pensaron hacer un discreto negocio británico, precursor, acaso, de otros mejores. En las cosas de aquel tiempo y en las querellas universales en que estaba envuelto el mundo, Dios proponía y los ingleses disponían. ¡Cuántas cosas, riesgos y aventuras nuevas iban a abrirse aún para los pacíficos vecinos de la Capitanía General de Venezuela! Era uno de esos vertiginosos cambios de tiempo que habrían de afectar en sus antiguos “solares conocidos”, en sus casonas de tres patios, en sus haciendas de cacao y en sus hatos llaneros, a los más empelucados linajes de la criolledad. La generación de Simón Bolívar y de los apuestos jóvenes Montilla, la de Vicente Salías y Antonio Muñoz Tébar, era muy distinta, en su espíritu combativo y apetencias espirituales, a lo que fue la generación de sus padres, y aun los hombres ya cincuentones como el Licenciado Sanz, Francisco Espejo o Juan Germán Roscio, que absorbieron bastante doctrina revolucionaria en los libros enciclopedistas, preferían acercarse a los jóvenes y aprender la dialéctica que reclamaba la nueva circunstancia. Como uno de los tantos síntomas de lo que acontecía en el lejano universo, la Posada del Ángel se poblaba de extraños huéspedes que ya no eran sólo los señorones y hacendados que desde Valencia del Rey o Nueva Barcelona venían a Caracas para sus tratos y contratos,

* Se publicó por primera vez como prólogo de la edición facsimilar de la *Gazeta de Caracas* (1808-1810), Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1960, pp. 15-21. Se incluyó después en *Suma de Venezuela*, Editorial Doña Bárbara, Caracas, 1966, pp. 47-55.

y en la rada de La Guaira anclaban embarcaciones, procedentes de las Antillas, de Filadelfia o de Boston, que traían, junto con la “harina del Norte”, periódicos y noticias extranjeras. Después del feroz Guevara y Vasconcelos, que mandó al patíbulo en 1797 a los primeros conspiradores contra la corona española, gobernaba la Capitanía General el bonachón y vacilante don Juan de Casas, quien sería sustituido por el ya “criollizado” —por varios años de residencia en Cumaná— Vicente Emparán.

En una ciudad como Caracas, que se desarrolló tanto en las últimas décadas del siglo XVIII y donde el Barón de Humboldt había encontrado hacia 1800 mayor curiosidad política que en otras villas indianas, la *Gazeta* habría de cumplir —como lo vieron bien sus editores— un valioso y casi rentable servicio público. Podrá publicar, por ejemplo, “relaciones circunstanciadas” de los confusos hechos que están aconteciendo en Europa con motivo del motín de Aranjuez, la deposición del odioso favorito Godoy, la abdicación de Carlos IV a favor de su hijo Fernando VII, la lamentable jornada de Bayona y todas las peripecias de la invasión napoleónica en España. En una palabra, y aunque no lo hubieran querido los más ricos y fieles vasallos americanos, las guerras de Europa, la tremenda ofensiva del poderío napoleónico al volcarse sobre España, se proyectaban también sobre las Colonias de América y abrían a la sociedad criolla una inquietante perplejidad. ¿Qué vamos a hacer?, se preguntaría en sus tertulias caraqueñas al anciano, responsable y prudente Conde Tovar, especie de Néstor de la nobleza vernácula. La gravedad y extrema tensión de las cosas preludiaba el momento en que los americanos habrían de afrontar su propio destino: resistirse, acaso, a ser transmitidos, como manso rebaño, de las manos pusilánimes del viejo y fofo Carlos IV a las garras de Napoleón Bonaparte; o reclamar a las Juntas que se formaran en la Península, para defender la legitimidad de la monarquía borbónica y la continuidad del Estado español, el derecho de ser oídas las provincias americanas. ¿Por qué, en esta crisis, los ricos Virreynatos y Capitanías Generales, los opulentos México y Perú, la

industriosa comarca del Plata, Santa Fe, Quito, Chile, Venezuela, Cuba, iban a quedar en relación de inferioridad con las regiones españolas, como Extremadura o Galicia? Si en 1806 los “mantuanos” caraqueños dieron su dádiva al Capitán General cuando fue puesta a precio la cabeza del “conspirador” y del “hereje” Francisco de Miranda y el silencio e inercia de la población civil frustraron la aventura liberadora, dos años después los patricios empiezan a pensar que Miranda era menos loco y satánico que lo que decían los bandos oficiales y que sólo se adelantó a prever una situación que estaba en la naturaleza de las cosas. ¿No se liberaron también de su dominación metropolitana las gentes de Nueva Inglaterra? ¿No se habían transformado en pocos años los Estados Unidos en una nación cuya industria y prudencia eran modelo para todos los pueblos del mundo? ¿Mejor que aquellos febricitantes “jacobinos” franceses, sedientos de sangre y ruidos de sospecha, hombres como Franklin, Washington o Jefferson no eran los arquetipos de la sociedad más igualitaria e inventora que estaba surgiendo? ¿No daban estos “americanos del Norte” un ejemplo y paradigma optimista a los americanos de lengua española? Desde 1790, por lo menos, los patricios de Caracas, como los de Bogotá, Lima, México, Buenos Aires o Quito, leían estas cosas en una que otra gaceta europea, y una nueva filosofía de la sociedad había penetrado en los propios libros españoles, como los de Campomanes o Jovellanos. Ahora lo que sólo había sido dato o información intelectual se transformaba en acosadora vivencia. Sí, habría que tomar una decisión, decían en voz baja hasta las personas prudentes. Naturalmente que toda decisión entre personas, generaciones e intereses opuestos debe encontrar la fórmula del compromiso. El austero y discreto Conde Tovar no podría proceder con la fogosidad de un Bolívar o un José Félix Ribas. Pero para ir buscando las formas fluidas de ese “compromiso”, la teoría de hoy que puede radicalizarse en la teoría de mañana, la Universidad de Caracas ha ido formando los legistas —un Sanz, un Roscio, un García de Sena— que han de configurar, en el momento oportuno, la doctrina más válida.

A quienes no se interesen por la filosofía social y política se les podría hablar otro lenguaje, como el de los recursos y esperanzas que abren a los productos de América las guerras y los conflictos de Europa y sobre todo la colisión entre potencias de gran tamaño como Francia e Inglaterra. El monopolismo económico español había cerrado a las Colonias su natural expansión industrial, y Cádiz y La Coruña eran ya estrechos mercados para todo el cacao, todo el añil, todos los cueros que la Tierra Firme pueda mandar a los puertos del norte de Europa. Contra los viejos reglamentos y controles del Estado, la libertad económica es un jubiloso dogma de la época, y en la *Gazeta de Caracas* habrán de aparecer, asimismo, los avisos de mercaderes de tanta iniciativa como el después mal famoso don Gerardo Patrullo, que aun en los días de mayor crisis negocia y trafica en todo lo que se puede comprar y vender. En los anuncios de don Gerardo Patrullo —fiel proveedor de la *Gazeta*— se venden fanegas de maíz blanco y harina del Norte, se despachan barcos para el litoral antillano, se ofrecen café, caballos, alambiques para destilar alcohol, y como es tan rico en tierras, casas y semovientes, a veces se le escapan los esclavos, por cuya captura ofrece halagador rescate. A cambio de ese trabajo y riqueza de los hacendados y mercaderes criollos, vienen ya de Europa, a las compraventas de don Gerardo Patrullo, objetos de tanto lujo y gusto como “birlochos” y “calesas” para dos personas, “órganos nuevos de cigüeña para sala con 6 registros, 3 cilindros, 30 sonatas en todo, triángulo y timbal para marchar”, y “espejos de guarnición de madera pintada con un dorado ligero de 31 pulgadas de alto y 19 pulgadas de ancho”.

Pero no sólo las ideologías y el señuelo económico de un futuro que puede ser mejor cuando los “criollos” negocien libremente con todas las naciones habían producido vivaz impacto en la conciencia nativa. Es que aconteció también, en pocos años, la violenta ruptura de los más tradicionales valores. Por ejemplo, el del prestigio y fidelidad monárquicos. Aunque la *Gazeta de Caracas* surja, en sus comienzos, como periódico muy prudente y conservador, y pida a los vasallos venezolanos amor y devoción

por los Reyes cautivos, no puede ocultarse el drama de cobardía e indignidad que dio origen a la abdicación de Bayona. Las figuras grotescas del famoso cuadro de Goya ahora descubren, en las crónicas de la época, su pequeñez, miedo y miseria tan poco “reales”. El pueblo español salió a la calle tratando de enseñar a los soberanos la dignidad y bravura que desconocían. Pero trasluce en todas partes —aun en los comentarios muy comedidos de la *Gazeta*, en la “Exposición de los hechos y maquinaciones que han preparado la usurpación de la corona de España”, por don Pedro Cevallos, Secretario de Estado y del Despacho de S. M. C. Fernando VII— el enredado drama de familia que ha dado al traste con la monarquía borbónica y permitió a Napoleón tratarlos como menospreciables lacayos: la privanza de Godoy, la irresponsabilidad de la Reina, la fofa blandura de Carlos IV, el resentimiento y la envidia del linfático y malévolo Fernando VII. Como en el cuadro de Goya, eran la disolución de un linaje, las máscaras y espectros de una soberanía sin sustento moral. Las sedas de sus vestidos, las cintas y medallas de sus condecoraciones, son más importantes, nobles y vivientes que los seres mismos. Es un conjunto de *commedia dell'arte*, a la italiana, que vino a disfrazarse de reyes. Cuando el pueblo español declara su guerra autónoma, inexpiable, contra la invasión francesa, el viejo y fofa Rey habla de “manifestarse abiertamente al Emperador y de pedir la protección de este Gran Príncipe”. En cuanto a Fernando VII —el “hijo enemigo”, según las palabras del Rey—, no ha hecho “sino desdorar las canas de su padre”. ¿Y es por esta familia de tan escasa dignidad y energía que han de permanecer en muda adoración, fidelidad y vasallaje las provincias americanas?

Una nueva interpretación habrán de hacer los juristas de América, entre 1808 y 1811, de la extraña coyuntura que vive el mundo “indiano” a consecuencia del cautiverio de los monarcas. Más que súbditos de la nación española, los pueblos de América estaban unidos directamente a la Corona por las capitulaciones que firmaron los descubridores y conquistadores con los Reyes. No dependíamos de una España abstracta, impersonal y

geométricamente centralizada, como pudo ser la Francia de Luis XIV. Nuestro vínculo era con esos soberanos que intervenían en forma tan paternal, reglamentista y minuciosa en la vida de sus vasallos americanos y con frecuencia recomendaban en sus farra-
gosos documentos, en sus “reales cédulas” y “reales provisiones”, que Pedro no se metiera con Diego, que el Prior de los Dominicos no se querellara con el Prior de los Agustinos, la sangre de tal familia se considerara limpia y el Obispo acordara derecho de palio al Oidor. Más que el Estado a la moderna —a pesar de las recientes y muy discutidas tentativas de centralización de la dinastía bor-
bónica—, prevalecía la vinculación feudal. No era el Estado espa-
ñol, en su continua e insegura diáspora por el territorio invadido, quien podía alegar derechos sobre América, sino los soberanos, directamente. Pero abolida o en cautiverio la monarquía legítima, se rompía, de hecho, el vínculo tradicional y los americanos reco-
braban su libertad originaria. He aquí un argumento que habrán de elaborar, hasta con citas de la escritura santa, los primeros teó-
ricos de la revolución que viene, desde un Roscio en Venezuela hasta un Camilo Henríquez o un Egaña en el lejano Chile.

*

Entre tanto, ¿qué representa en Venezuela esa *Gazeta de Caracas* que, fundada con la intención más pacífica y pragmática, muy poco revolucionaria, por los señores Gallagher y Lamb en el mes de octubre de 1808, asiste al grito del 19 de abril de 1810, a la categórica declaración de Independencia el 5 de julio de 1811, y es captada y utilizada por la bárbara contrarrevolución de Monteverde, después del trágico mes de julio de 1812, cuando cae incendiada en sangre y furor la primera República? Sin idealizarla demasiado, diremos que —aun a pesar de sí misma— es el registro o la hoja de temperatura de la conciencia venezolana en esos años en que comenzó a configurarse la imagen de la patria. Al principio, en sus primeros meses, hasta las vísperas del 19 de abril, parece un periódico demasiado extranjero que se edita en Caracas

como pudiera publicarse en cualquiera otra latitud de las Indias. Las cartas de España, los “extractos” de las gacetas españolas o inglesas, las “relaciones circunstanciadas” de los sucesos europeos con motivo de las guerras napoleónicas, abarcan casi todas las apretadas páginas de redacción. No se hace presente todavía un auténtico pensamiento nacional, acaso porque —como lo decía el editorial del primer fascículo— “a todos los sujetos y señoras que por sus luces e inclinación se hallen en estado de contribuir a la instrucción pública” se les publicarían sus producciones, recordándoles que “el precio del trabajo se arreglará a la tarifa de veinticuatro pesos por la primera centena de pliegos”. Pensar en letra impresa para los venezolanos de entonces —y los había de tanta talla como Sanz, Roscio, Andrés Bello, García de Sena, sin contar con ese impetuoso joven Simón Bolívar que acababa de regresar de Europa— era un lujo que debería pagarse. Y aun se corría el peligro de que “nada saldrá a la prensa sin la previa inspección de las personas que al intento comisione el Gobierno”. Casi lo único venezolano durante el primer año de la *Gazeta* son los reiterados avisos sobre la fuga de esclavos, como cierto simpático Hermenegildo que se le escapa al señor Cura de Santa Cruz de Aragua y es tan hábil sirviente que “sabe tocar arpa y guitarra, cantar y pintar y hace figuras de escultura”, u otro pobre negro infeliz que es “alto, ladino y tiene las piernas con cicatrices de gálico”. Las modosas fiestas, tan oficial y tediosamente circunspectas como las que Caracas dedica en enero de 1809 a celebrar la instalación de la “Suprema Junta Central Gubernativa de España e Indias”, con banda de música, iluminación del Ayuntamiento, exhibición del “real retrato” e intempestiva procesión de la efigie del Apóstol Santiago desde la Santa Iglesia Metropolitana hasta el Convento de las Carmelitas, son otras de las escasas informaciones locales en la primera época de la *Gazeta*. Pero ¿qué pensarían la revoltosa juventud o los viejos enciclopédicos como Sanz y Roscio de esos homenajes de lealtad a una fugitiva y maltrecha monarquía fantasma? Seguramente era espectáculo mejor conversar en la Posada del Ángel con los capitanes de bergantines procedentes de Boston y de Filadelfia,

y de goletas inglesas, que subían a descansar en Caracas, o asistir al recibimiento solemne, en que no faltaba el “bello sexo”, que se otorgó el 9 de febrero de 1809 (¡hecho insólito!) al Excmo. Sr. Jaime Cockburn, Almirante de la Armada Británica y Gobernador de Curazao. Hubo cabalgata de nobles para recibirlo, tropas de la guarnición que le presentaron armas y banquete en que se brindó “por la generosidad inglesa y el afecto mutuo de ambas naciones” y por el odio que las unía frente al “miserable corso que quiere despotizar al Universo”. Para que Sir Cockburn se divirtiera extraprotocolarmente, no faltó tampoco una más alegre “función campes-tre” en los frescos alrededores de Caracas.

Pero aunque los editores hubieran querido la más neutral de las gacetas, que en materia de política no fuera más lejos que a la continúa execración de Bonaparte y los reiterados votos de fidelidad a la Madre Patria, el drama que vive España se ha de metamorfosear, cada día, en el nuevo drama de la conciencia criolla. Este periódico será un reactivo para que las gentes venezolanas piensen que las noticias y problemas del país deben asumir la misma importancia que aquellas informaciones de Sevilla, Cádiz, Londres y Lisboa que se publican en todos los números, y para que se proyecten otras empresas más definidamente nacionales. En el número 86, de 27 de octubre de 1809, se publica el “Prospecto para una guía universal de forasteros”, escrito por la sabia pluma de Andrés Bello, cuyos párrafos iniciales parecen una afirmación optimista del destino y esperanza del pueblo venezolano. “La provincia de Venezuela —se dice en ese prospecto— debe elevarse al rango que la naturaleza le destina en América. Como parte integrante del gobierno de la Metrópoli, ocupa un lugar distinguido en su sistema político, y como uno de los más privilegiados territorios del Continente americano, debe tenersele entre los pueblos cultos del nuevo mundo.” Sabemos que Bello para esa “Guía de forasteros” escribió un admirable resumen de la Historia de Venezuela que ahora puede leerse en la moderna edición de sus obras completas, y cuya peculiar filosofía —contrastándola con todas las Historias anteriores, como la de Oviedo y Baños— era que el país de aventura

e inseguridad de los primeros siglos coloniales ya se presentaba como nación próspera, regenerada por el trabajo de sus hijos. Los descendientes de los conquistadores de ayer habían arraigado en la tierra, formaron sólidos linajes y su voluntad de permanencia los distinguía bien de aquellos españoles que sólo vinieron con el rápido designio de pasar y medrar. ¿No era la firmeza de esa sociedad criolla, y la esperanza en todos los recursos y bienes que podía desenvolver el país, el punto de partida de una nueva patria? Aun luciendo títulos de Castilla, ¿qué venezolanos habrán de mostrarse algunos personajes de la nobleza vernácula como el Conde Tovar o el Marqués del Toro!

Y complace al lector observar cómo, a partir de 1809, van penetrando el periódico temas y preocupaciones más venezolanas, y dotarán al hombre criollo de su inmediata dialéctica. ¿No es la propia Junta de Sevilla, cuando invita a los Virreinos y Capitanes Generales a nombrar a sus representantes ante ella, y declara que dichos países ya no se pueden llamar “colonias o factorías, como las de otras naciones”, quien reconoce a los pueblos de América un nuevo y maduro grado de personalidad política? Cuando en otros documentos la Junta española enjuicia la situación de España y de sus provincias ultramarinas antes de la invasión napoleónica, reconoce que hubo “negligencia, desorden y tiranía antinacional”. Si los señores de la Junta sevillana, y después los de las Cortes de Cádiz, hacían la crítica del “pasado inmediato” para propiciar una reforma del Estado, ¿con cuánta mayor razón los americanos iban a desear el cambio!

Antes de que llegue el 19 de abril, noticias y teorías que parecen prerrevolucionarias impregnan ya la *Gazeta*, a pesar de la prudencia de los redactores. El 12 de febrero de 1810 se publica el Edicto del Virrey de Nueva Granada, Amat y Borbón, que, ex-crándola, publica la historia peligrosa de la Junta de Gobierno formada en Quito en agosto de 1809 para deponer a las autoridades españolas y reemplazarlas por otras del país, elegidas en cabildo abierto. Si el Virrey se gloria de haber dominado la sublevación de sus provincias quiteñas, ¿no se está señalando un ejemplo, un

método de acción que puede cundir en otras provincias americanas? La iniciativa de los criollos se proyecta mucho más necesaria cuando, pocas semanas después, el manifiesto del Capitán General del 13 de abril de 1810 parece tan pesimista ya que no se han recibido noticias ni barcos de España y se ignora, en ese momento, cómo se desarrolla la resistencia contra los franceses. El consejo que Emparán da a sus subordinados caraqueños de que “esperen tranquilos ver la suerte que tiene destinada a nuestro amado Fernando y la Madre Patria” resulta bastante ineficaz, pues en un número anterior de la *Gazeta* el bando de 28 de marzo dio a entender que había peligros y conspiraciones en Caracas y se tomaban medidas contra sospechosos. Cuando va a estallar una revolución, las viejas autoridades recomiendan, más celosa y lastimeramente, la tranquilidad y el orden. El 19 de abril habrá de hacerse al margen de toda previsión de la *Gazeta*. ¡A dónde llevaron las cosas de esos prudentes empresarios que se llamaban don Mateo Gallagher y don Jaime Lamb! Para festejar el gran suceso se estrenan nuevas letras de encabezamiento, se agrega al título de la *Gazeta* el lema latino: *Salus populi suprema lex esto* y se publica un editorial que comienza con estas palabras auspiciosas: “Cuando las sociedades adquieren la libertad civil que las constituye tales, es cuando la opinión pública recobra su imperio”. Lo que después acontece a la *Gazeta* es ya parte de una dramática historia venezolana y se confunde e integra en ella. Ya no se trata más del hipócrita amor a Fernando VII, ni de maldecir al “corso invasor”, sino de establecer una nueva República. Las ideas sobre las cuales podrá fundarse empiezan a discutirse en la *Gazeta*, hasta que llegue el gran día del 5 de julio de 1811, y el primer Congreso de Venezuela proclame la Independencia absoluta. Ya las cuatro páginas del papel, seguidas de sus ocasionales suplementos, se hacen estrechas y morosas para recoger la agitación que reina en los espíritus. Del tono de tranquila neutralidad que quisieron imponerle los editores, es preciso salir cuando Guillermo Burke —el hábil propagandista que vino con don Francisco de Miranda— inicie sus artículos sobre los “Derechos de la América del Sur y de México” o defienda, por

primera vez, la tolerancia religiosa. Otros escritores como Miguel José Sanz fundaron en tono más directo, más impregnado de pasión venezolana, nuevos periódicos como el *Semanario de Caracas*. La *Gazeta* será testigo del tremendo terremoto de 1812, de la capitulación de Miranda y de la entrada de las furiosas mesnadas de Monteverde a la capital. La imprenta en que se edita y los operarios que la manejan son embargados como bien mostrenco por las tropas que invaden Caracas en nombre del Rey o en nombre de la Patria. La tinta habrá de mezclarse de sangre. Van a vivirse días de extremo dramatismo. Y ya para 1813 la multitud venezolana que salió a hacer la guerra o dispersó la aventura, el sacrificio y el infortunio, casi no tiene tiempo para leer las ya anacrónicas reflexiones de las gacetas porque está jugando en el peligro su más desnudo destino existencial: “Vienen las hordas de Boves”; “Simón Bolívar invade por la Nueva Granada y es proclamado Libertador” son las frases sintéticas y candentes de esos días. “Seguid el ejemplo que Caracas dio” había dicho la canción de los patriotas venezolanos en 1811, y la guerra encendida en Venezuela para proclamar nuestra libertad política ha de esparcirse por casi toda la América del Sur.

La *Gazeta de Caracas* señaló una hora de vísperas venezolanas, un confuso momento en que iba a cambiar la conciencia criolla, y las palabras de Bolívar, su tenacidad y desvelo titánico, y la acción de las gentes que fueron a acompañarle en la gran marcha, desde el Caribe hasta el Océano Pacífico, desde los ardientes llanos de Venezuela hasta las punas gélidas del Alto Perú, sembrarán de repúblicas el inmenso camino. Fueron esos hombres, durante catorce años de guerra, los insomnes jinetes de la adversidad. En la dialéctica de toda Historia parecían responder a la otra desmesurada aventura que habían hecho por las mismas tierras, por los Andes y por los “arcabucos” tropicales, los duros conquistadores de España. ¡Y qué pausada y convencional parecía ya la prosa de las gacetas para contar semejante epopeya!

LA INDEPENDENCIA VENEZOLANA*

Si en toda revolución parecen precipitarse diluvialmente los impulsos, tormentas y utopías que configuran una época, es la personalidad de los protagonistas lo que marca su resonancia y recorrido: cómo el dardo pegó en el blanco de la conciencia histórica. Cada 5 de julio celebramos los venezolanos una fecha que nos llevó mucho más lejos de lo que hubieran pensado aquellos mesurados hidalgos, patricios de la más culta estirpe, que en el elegante cuadro neoclásico de Tovar y Tovar están firmando el Acta de Independencia de 1811. Por una extraña situación; porque estábamos, acaso, sin advertirlo bien, en un gran remolino de Historia Universal y por haber dado hombres excepcionales para la empresa, el movimiento de Caracas conmovería a la América entera. Parece superior por su energía e influencia a lo que era el país a comienzos del siglo XIX. Preparado ya por grandes personalidades venezolanas que desde fines del siglo XVIII salieron —como Miranda y Simón Rodríguez— a recorrer el ancho viento de la Historia, se operará en la América del Sur, entre 1810 y 1830, un casi inexplicable milagro venezolano. De Caracas hasta el Perú y penetrando, también, en el distante Virreinato del Plata, los venezolanos están dando que hacer en todas partes; ganan las mayores batallas con Bolívar y Sucre; realizan en los Llanos las mitológicas proezas de Páez; inspiran a los poetas como el Libertador inspiró a Olmedo; presiden congresos y fundan repúblicas. Nunca funcionaron mejor nuestras hormonas; fuimos nación combatiente, despierta y fecundadora. Las últimas empresas venezolanas de la

* Fue publicado por primera vez en *Bohemia*, Caracas 12 de julio de 1964, pp. 4-6. Se sigue el texto que presenta *Suma de Venezuela*, *op. cit.*, pp. 57-60.

Independencia buscaban ese techo del mundo o sagrada cumbre del Sol, que son los Andes peruanos y bolivianos. Ya teníamos historia para que la recordaran todas las generaciones que vinieron después.

A los venezolanos la Independencia nos costó “sudor y lágrimas”, pero nos ofreció, también, inesperada grandeza. No sólo fue insurgencia de provincias sino revuelta general de almas y cosas. En ninguna parte la guerra emancipadora pareció más cruel. Hasta por nuestra posición geográfica, Venezuela fue el antemural contra el que rebotaba la mayor ofensiva de fuerzas españolas que combatían a los insurgentes hispanoamericanos. Pagamos la libertad de América en inmenso tributo de hombres, y con los caballos llaneros y sus jinetes intrépidos y con el ganado que se extrajo de las misiones de Guayana pudo realizarse y nutrirse la gran campaña que desde Boyacá abre a Bolívar el camino del Sur. Avanzábamos entre tumbas y ruinas, opuestos climas y lóbregos desfiladeros, como en el verso de Goethe.

Mirada desde la lejanía del contemplador histórico, la Independencia de Venezuela, especialmente en los ocho años que separan la firma del Acta de 1811, de la fundación de la Gran Colombia y de la Campaña de 1819, parece un enorme drama existencial que somete a extrema tensión el país, con todos sus estamentos, personas y regiones. Nadie estará fuera de este drama, nadie dejará de sufrirlo hasta la más entrañable raíz del ser. Hay momentos lúgubres y atroces como el del terremoto de 1812 que pareció inexorable castigo del cielo; la capitulación de Miranda y la ruina de la primera República; las hordas de Boves y sus verdugos; la cólera de la guerra a muerte y la diáspora de los patriotas en 1814 buscando los inseguros barquichuelos que los arrojarán a una playa antillana, o vagando como fieras en la soledad de los Llanos. Como en alguna página romántica de Juan Vicente González, la familia errante hace un alto en el desierto para que expire el padre moribundo, o en el escondite del fugitivo han tocado los sacrificadores de Antoñanzas y Zuazola que vienen a cobrar su cabeza. Pero aun en ese país, incendiado y asolado, circula una gran esperanza.

Para seguir a Bolívar, hasta el venezolano de las familias “mantuanas” debió aprender los más peligrosos oficios. Los aristócratas se vuelven jefes populares como José Félix Ribas, y los de origen humilde se elevarán a la mayor grandeza del coraje y del heroísmo como José Antonio Páez. Ninguna generación debió madurar más pronto para imprevistas y terribles tareas como los que eran niños o adolescentes en 1811. Serán lobos de mar en la expedición de Los Cayos y en los desembarcos en el Oriente venezolano; serán artilleros o lanceros; aprenden a amansar caballos en pelo y a enseñarles el pasitrote de las largas correrías que los aguardan. Otras veces no son sólo los jóvenes sino también los viejos los que sufren la extraña metamorfosis. Un vecino de la ciudad de Mérida, ya en edad madura, se incorpora a las tropas de Bolívar en 1813 y se tornará en inexorable guerrillero. Se llama Vicente Campoelías y es el héroe de Niquitao y Los Horcones. Con gente de este jaez se atravesaron los Llanos, se esguazaban los ríos violentos, y se iniciaba esa marcha casi fantasmal hacia el helado páramo de Pisba que conducía al verdor y la gloria de Boyacá.

Un año después, en 1820, cuando la combatividad y ubicuidad bolivarianas obligan a Morillo a aceptar un temporal armisticio y un tratado de regularización de la guerra, el jefe español espera al venezolano a la entrada del pueblo de Santa Ana. Busca su rostro entre los oficiales del escaso séquito patriota que está llegando al pueblo. ¿Cuál es Bolívar?, pregunta al negociador O’Leary. Y ante la estupefacción de Morillo, O’Leary responde: “Ese hombre pequeño, de levita azul, montado en una mula”. Como don Quijote, a veces el Libertador podía ser caballero de triste figura porque no tenía la marcialidad de la apariencia, sino la del ánimo y del impulso ardoroso. Más que don Quijote, el desvelado caminador fue recorriendo y palpando en la marcha inmensa todas las quejas, agravios y esperanzas de un Continente que despertaba de la modorra y humillación coloniales. Las teorías que había leído en los libros iluministas y las que soñó con su genio de fundador de pueblos las sometía a la prueba de una experiencia desgarrada. Le quemaban los problemas y quería resolverlos

acelerando el tiempo. Si era necesario acabar con el dominio de los monarcas españoles y su sistema arcaico para que surgiesen repúblicas democráticas, esto no significaba encerrarse en un autoctonismo racista como lo hubieran deseado, en el furor de la guerra, los resentidos odiadores de España. La gran Historia no se hace con odio sino con amor y generosidad, y en ello estriba otro aspecto de la grandeza de Bolívar. (En una mezquina biografía regañona, Salvador de Madariaga no lo comprende así y no comprende, tampoco, cómo el gran caraqueño fue uno de los salvadores de la cultura hispánica en América en una hora de tremenda crisis. Si no surge el Libertador, quizá los ingleses —como lo pretendieron hacer en Buenos Aires en 1806— se meten por un tiempo en Sur América, y para hacer sus buenos negocios nos imponen cien años más de coloniaje en el Continente.) Bolívar no sólo pertenece a la mejor civilización hispánica, sino a la magnífica y briosa lengua española en que están escritas sus cartas, discursos y proclamas; es nuestro primer Evangelio político, la Carta para navegar en una Historia azarosa. Es nuestro gran descifrador y profeta.

Pero en el drama de voluntad y energía triunfante en que culminó, mucho más allá de Caracas, la Independencia venezolana, Bolívar estuvo acompañado por toda una legión de libertadores. De Miranda a Sucre, pasando por Páez, Urdaneta, Anzoátegui, Marino, Bermúdez, ¡qué variedad de tipos y temperamentos! Los historiadores de nuestro Romanticismo, para entender su acción, los comparan con los héroes de la mitología y de las epopeyas clásicas y medievales. Si, como en el cuadro de Tovar y Tovar, Miranda ya es el viejo Néstor de la Independencia, precursor, padre y consejero de una idea que ha de pagar con el cautiverio y la muerte, Páez parece, alternativamente, el Hércules y el Aquiles, así como Sucre es el Rolando o el Caballero sin tacha. En duros versos de canción de gesta merecería decirse la hazaña de Bermúdez, el forzado; de Marino, el ágil e intrépido; de aquel Negro Primero que sabe morir tan bellamente en la batalla de Carabobo. Y también los héroes civiles, aquéllos con quienes quiso Bolívar edificar la utopía de su “Poder Moral”. De Sanz y Roscio a Gual, pasando por

Palacio Fajardo, Revenga o Francisco Javier Yanes, el movimiento de Independencia inspirará a estos hombres de gran sosiego que en medio del fragor de la guerra ayudan a crear relaciones exteriores, la hacienda, la administración y las leyes de las Repúblicas que estaban naciendo. Algunos mueren con tanta nobleza y pundonor como Miguel José Sanz en el desastre de Urica.

Nuestra Revolución de Independencia no fue un movimiento aislado de la modesta provincia del Imperio español que se llamaba Capitanía General de Venezuela. Los soldados venezolanos, que después de combatir aquí siguieron a Bolívar en su arrolladora marcha hacia el Sur, le dieron al movimiento de Caracas vibración y dimensión americanas. Se pedía la libertad para algo: para oponer la democracia igualitaria al privilegio monárquico; para fundir los grupos raciales dispersos; para llevar las luces y la justicia a millones de desposeídos que las estaban esperando. Este es el legado moral más válido del pensamiento de la Independencia, lo que todavía nos enseña y estremece cuando leemos aquellas páginas de profecía y de fulgor en que Simón Bolívar transmitió su experiencia de combatiente.

COMPRENSIÓN DE VENEZUELA*

Geografía con algunas gentes

A un cuero de los Llanos, bastante bien secado al sol de la zona tórrida, se semeja en los mapas el territorio de Venezuela. El matarife divino (porque en todo inicio está la Teología o la Geología que conduce al mismo), al realizar aquella operación de corte, empleó, sin duda, un gastado cuchillo rural ya que lo que se puede llamar nuestra piel topográfica dista mucho de la simetría y de aquellas exigencias que en las grandes curtiembres se fijan al producto. La materia más abultada del inmenso cuero donde el geólogo taumaturgo se complació en las salientes costras, es ese arco irregular Sur-Oeste-Noreste que forman, desde el Táchira hasta la península de Paria, los Andes y su ramificación montañosa costera. Al sur de aquel arco, en el desagüe de los ríos que alimentan el Apure y la gran serpiente del Orinoco, el cuero ya es más simétrico y liso; es la región de los Llanos. Quien guste de soñar ante los mapas puede entretenerse en otras curiosidades topográficas: los pedazos de nuestro Continente que en época remotísima se llevó el mar de los Caribes: el pie de la isla de Bonaire, que yergue su talón de futbolista contra las Antillas más lejanas; la lámina del cuchillo de Curazao —verdadero cuchillo de pirata holandés—; las gallinitas cluecas bien acurrucadas en un suave nidal marítimo de las islas de Aves, el duro farallón de Los Roques, Margarita con sus perlas y los prodigiosos colores de su “Arestinga”; el zurrón, contradictoriamente lleno de asfalto y azúcar, de la isla de Trinidad

* Se publicó por primera vez en *Comprensión de Venezuela*, Ministerio de Educación, Caracas, 1949, pp. 11-37.

de que disfrutaban los ingleses, y toda la menuda siembra de islotes que, frente a nuestros dos mil ochocientos trece kilómetros de costa marítima, se alinean y despliegan como adelantándose a defender ese territorio bravo, puente o costilla que parece juntar el mundo antillano con el mundo andino y que políticamente se nombra Estados Unidos de Venezuela. Prehistórico sitio de paso para los feroces Caribes que desde la más pilosa y bárbara selva amazónica avanzaron hacia el mar, y de piratas fluviales se convirtieron en piratas marítimos, vencieron y sometieron a los araucas y de una a otra isla saltaron con su grito de guerra, su *Ana Carine Rote*, por todo el archipiélago que llevó su nombre. Vestigios de pequeñas civilizaciones derruidas al paso de la oleada bárbara se descubren cada día, y entre otros aquella misteriosa cultura del Lago de Valencia rescatada del limo lacustre por el Doctor Rafael Requena, donde el fantasioso arqueólogo se complacía en ver y mostrar los “vestigios de la Atlántida”.

Pero, ¿qué de cosas debieron ocurrir en esa infancia de la Historia y del mundo! Frente a San Juan de los Morros, puerta de los Llanos, por donde ahora cruzan bajo el bravío sol, apaciguando sus reses con el canturreo monótono, los pastores llaneros que las llevan a la ceba y a los activos mataderos de la región de Aragua, se yerguen unos cerros dentellados en la más caprichosa forma, especie de castillos feudales o graníticas almenas para dominar la planicie. Quien trepa a ellos con zapatos y bastón de explorador tiene la ilusión de haberse salvado de algún naufragio marítimo; y conchas petrificadas, fósiles de moluscos, le enseñan —aun sin saber geología— que por allí se precipitaron las aguas del mar Terciario. Lo que es ahora llanura herbosa antes fue océano, y desde el *verandah* del hotel termal donde el dictador Gómez bañaba en la piscina probática sus riñones de toro viejo, se perfila en roca viva el testimonio de esa lucha plutónica. Los peñones de los “Morros”, compendio de la más escueta y desgarrada geología, son los que impiden a las llanuras venezolanas —a diferencia de las pampas argentinas— salir al mar; los grandes ríos de la planicie se corrieron demasiado al sur —donde todavía el hombre venezolano los utiliza poco—,

y los pequeños valles de la Cordillera de la Costa, que con Margarita, el litoral cumánés y los estados andinos del Occidente tienen la mayor densidad demográfica, sufren a veces de sed y necesitan irrigación artificial.

Esa Venezuela poblada —la del norte del país y la de los Andes— ha requerido, a pesar de todos los cantos románticos a la opulencia de la zona tórrida, esfuerzo de hombres machos para superar una geografía bastante difícil. Los vascos del siglo XVIII con su buena servidumbre mestiza poblaron de casales y plantíos los valles de Aragua que a Humboldt se ofrecieron en 1800 como uno de los más laboriosos y animados jardines de América; los mayoraños diligentes de las viejas familias criollas —Palacios, Pulido, Bolívar y esa extraña dinastía fenecida de los Mier y Terán— penetraban a los Llanos a doctorarse en rejo y en lazo, a domar reses bravas y a asentar con el imperio sobre la tierra ilímite aquel instinto de dominación que hizo de Venezuela durante las guerras emancipadoras del siglo XIX un caliente almacén de jefes. Como en dulce sombrío de aclimatación prosperó, también, desde fines del siglo XVIII el café que el Padre Mohedano llevaba al valle de Caracas y que fue extendiendo su palio de azahares y sus gajos de rosadas cerezas, en todas las laderas cordilleranas del norte al occidente, entre 800 y 1.700 metros de altitud. Si el cacao fue un cultivo esclavista; si durante la época colonial apenas sirvió para erigir sobre una gleba sumisa el dominio de la alta clase poseedora que adquiriría títulos y a quienes apodaban, justamente, los “Grandes Cacaos”, el café fue en nuestra historia un cultivo poblador, civilizador y mucho más democrático. Algo como una clase media de “conqueros” y minifundistas comenzó a albergarse a la sombra de las haciendas de café.

En mi bella ciudad de Mérida, cuyo paisaje de agricultura de tierra alta se transformó a comienzos del siglo XIX con los cafetos, narraban a propósito del fruto una bonita historia del tiempo romántico. Ocurre, entre paréntesis, y para ambientar mejor el suceso, que aquella tierra de la angosta altiplanicie merideña tiene ya la fatiga de tres siglos de ser trabajada. Al más hispido cerrito se

pegan los que ya fatigaron la tierra plana, mandando valle abajo los rodados y la erosión. Viejas familias que ya se transmitían sus testamentos y firmaban sus decoradas rúbricas en las escrituras del siglo XVII conservan esas tierras sobre las que gravitaron muchas capellanías y censos civiles y eclesiásticos; estrictamente lo preciso para lo que en el estilo arcaico de mi ciudad se llamaba “no perder la decencia”, pero insuficiente para quien quiera alcanzar el millón de bolívares. Y de las fiestas sociales de Mérida, donde ponía las más gallardas contradanzas y adivinaba todas las charadas, partió por los años 60, poseído de un sorpresivo espíritu de aventura que asombró a sus contemporáneos, don Diego Febres Cordero a desbrozar las entonces virginales tierras de Rubio en el Táchira, a remover su negro migajón y a levantar con máquinas llevadas por piezas a lomo de mula, a través de los barrancos cordilleranos, las primeras instalaciones modernas de caficultura conocidas en el país. Podían los caudillos en otras regiones de Venezuela combatir por el color rojo o por el color gualda, por “los sagrados principios” o la “alternabilidad republicana” —como decían las proclamas casi teológicas de entonces—, pero en las fincas de don Diego, con ceibos corpulentos, con represas para el agua y cilindros y trilladoras modernísimos, nunca faltó el pan abundante y una laboriosidad de Arcadia bien abonada. ¡Oh, si por tantos caudillos como tuvimos entonces hubiera poseído el país cincuenta Diegos Febres Cordero! A la escuela patriarcal de don Diego mandaban las viudas a sus hijos “con buena letra” para aprender la contabilidad y el estilo de cartas que se escribían a los comerciantes de Hamburgo, óptimos compradores del café tachirenses. Y en aquella región fronteriza, el cultivo cafetero del siglo XIX formó pueblos alegres con iglesias de dos torres y tres naves, con amplia plaza para colear toros y correr “cucañas y cintas” el día del Santo Patrón y hasta con su Centro de Amigos o Club de Comercio para agasajo de visitantes forasteros. No todo era desorden ni algazara en aquella Venezuela post-federal que describieron algunos sociólogos pesimistas. Cuando faltaba el auxilio del Gobierno, los vecinos de los Andes reparaban su necesario camino al Lago; los magníficos

arreos de mulas de Carora, anticipándose al ferrocarril, repartían por los más intrincados pueblos montañoses los productos de la civilización, y las alzas de café y la buena ceba del ganado traído de los Llanos permitían que, en ferias y fiestas, campesinos prósperos hicieran, a los gallos y a los dados, “apuestas de a cien fuertes”. El Estado era pobre pero prosperaba y crecía, a pesar de todo, nuestra buena raza hispana y mestiza; la que producía simultáneamente caudillos y agricultores y poetas de a caballo, generales que hacían versos, como Falcón y Arismendi Brito.

Los prohombres de un país inmenso y mal comunicado, de fuerte vida regional, se conocían en los Congresos o en las tiendas y hoteles de la Calle de Mercaderes de Caracas, a donde todos llevaban, con “el voto de los pueblos”, las complicadas listas de encargos de sus familiares, clientes y compadres. Allí precisamente alternaban el andino Eusebio Baptista con el guayanés Dalla Costa, el General Araujo con el sutilísimo doctor Vicente Amengual, creador de todo un estilo político, de una sagaz malicia indígena cuyo último intérprete fuera hasta hace apenas dos lustros el Doctor Victorino Márquez Bustillos. Durante veinte y tantos años el “recibo” semiparisiense, modelo Segundo Imperio, del General Guzmán Blanco albergó todos los días los rostros de esos mensajeros de una Venezuela inmensa y violenta; barbas de caudillos de la Guerra Federal, doctores atiborrados todavía de cánones y latines en la vieja Universidad de los Andes, oradores de la época romántica que tenían la negrísima perilla, la voz de órgano y las metáforas orientales del Doctor Ildefonso Riera Aguinagalde. Contra todos ellos había erguido su cesarismo liberal, su política de europeización ese Pedro el Grande del trópico que se llamaba “El Ilustre Americano”. Pero de una de esas audiencias del “Ciudadano Presidente”, derrocado ya Guzmán Blanco, y finalizado el siglo XIX, salió un hombrecillo desmirriado, mal vestido y de ojitos de parapara profiriendo injurias contra el mandatario que, según el incómodo visitante, “ya no oía el voto de los pueblos”. Tratábase de Cipriano Castro, descendiente —según dicen— de bravos indios motilones, personaje rural hasta esa fecha pero cuya

tremenda energía y audacia desplegará pocos meses después la revolución andina que desde los últimos rincones fronterizos hizo, en marcha sorpresiva y casi paralizante de más de mil kilómetros, la conquista del Capitolio. Un espíritu aristocrático, dueño de la mejor prosa modernista, discípulo de Barres y de D'Annunzio, Manuel Díaz Rodríguez, comparaba en una novela publicada en 1901, *Ídolos rotos*, la marcha de aquella soldadesca enruanada, de los labriegos con fusil que acamparon al pie de la estatua de Bolívar, con una invasión de bárbaros. El desterrado en su propio país, que era en ese instante el autor del libro, cerrábalo con un lóbrego *Finis Patriae*. Vivir en Europa, pasearse por las *loggias* de Florencia y amar heroínas dannunzianas, parecía la solución de aquellos personajes pálidos y nerviosos de Díaz Rodríguez. Pero, ¿es que acaso con las mesnadas de Castro no se incorporaban, a fundirse en una gran síntesis venezolana, gentes que vivieron aisladas y cuya propia aventura, por primitiva que parezca, no revelaba una nueva conciencia de sí mismos, un ímpetu altivo de participación? No es culpa de ellos, sino de las condiciones sociales, si su insurgencia no fue más culta, si los doctores y legistas no pudieron crear un marco jurídico para el nuevo ascenso de masas, si por el renunciamiento y cobardía de las llamadas clases influyentes, se pasó de la aventura de Castro al letal letargo de la tiranía de Juan Vicente Gómez. Pero en ésta — como después lo veremos — es preciso no juzgar tan sólo las circunstancias autóctonas sino también las de un imperialismo voraz, las de consorcios inversionistas sin escrúpulos, que encontraron en el duro pastor de La Mulera el mayor-domo que requerían sus intereses.

En todo caso, y desde una perspectiva más amplia que es la que hace la Historia, el proceso de la República en los ciento y tantos años que separan a Bolívar de Juan Vicente Gómez, fue un largo proceso de fusión. En 1777, cuando una Real Cédula creó la Capitanía General de Venezuela, esto parecía casi una entelequia administrativa. ¿Qué tenía que ver entonces Mérida con Cumaná y los esclavos de las haciendas cacaoteras con los mantuanos de Caracas? Bolívar y su agónica peripecia a través de los Llanos y

Andes fue el Moisés que reunió a las tribus dispersas y les dio la conciencia de unidad y destino. Aquel orgullo venezolano, el de las lanzas llaneras que subieron al Alto Perú, el de los caballos apureños que abrevaron en el Desaguadero, el de Antoñito Sucre, prócer en Bolivia, mantuvo su mesianismo, su esperanza y mérito de mejores días, aun en los momentos de mayor desolación nacional. Después, los territorios y las gentes aisladas empezaron a juntarse en el gran crisol de la República. Sangre llanera se unía con sangre andina en la convulsión de la Guerra Federal. Los montañeses del Táchira iban al oriente y descubrían la fascinación de Guayana en las guerras castristas de 1902. Y si hay un factor que pierde cada día su validez en la política venezolana es el regionalismo que ayer fue consigna de pequeños caciques. En poco más de un siglo, Venezuela ha asentado su unidad, y se diría que ya hay un mestizo nuestro, un tipo venezolano que ha asimilado aquellas sangres, aquellas divergencias, aquella parte de historia común que marca hoy con gozo y con esperanza nuestro patrimonio.

Acaso falte —como en todas partes— perfeccionar nuestra democracia legal, pero es ya bastante amplia nuestra democracia humana. Una educación gratuita que reparte cada día nuevos grupos escolares, nuevas escuelas granjas, nuevas legiones alfabetizadoras por todo el país, que aumenta cada año el presupuesto educacional; una moderna y creciente conciencia de los servicios públicos, empresas económicas que surgen con más audacia, están cumpliendo en nuestra tierra una tarea redentora. Y por todo el tiempo que los venezolanos dedicamos a lamentarnos, a ser los Narcisos del propio dolor, bien vale la pena señalar y alentar esta hora de estímulo.

Signo del calor

Cierta sociología naturalista, muy de moda a fines del siglo XIX, nos desacreditó el trópico como tierra del más langoroso calor donde se anula y amortigua el impulso del batallar humano. Pero además de que en nuestro trópico el clima se modifica por las

altitudes andinas y quien sin saber viese, por ejemplo, una fotografía de Mucuchíes en el Estado Mérida, con sus mestizos enfundados en chamarretas de lana, situaría el lugar y las gentes en una región hiperbórea, y quien comiera manzanas en Pueblo Nuevo o Bailadores supondría, imaginariamente, que estaba en Galicia; a más de las complicadas relaciones entre temperatura y orografía y de que la técnica del siglo XX puede afrontar el problema del trópico de modo muy diverso a como lo consideraba el siglo XIX, a más de todo eso, se hace necesario, para quienes lo hemos sudado y vivido bastante, distinguir los matices y variedades del calor. En el calor, como en el amor, también se distinguen grados y especies. Antes de desenvolver la teoría —porque presumo de ser experto en calores—, conviene una requisitoria contra ese melindroso siglo XIX que tanto nos calumniara. Siglo burgués, si los hubo, sobre todo en su segunda mitad, el siglo XIX —como en las famosas caricaturas de Daumier— se caracterizó por un falso ideal de seguridad, por presumir que todo, en un mundo que se tornaba sumamente satisfecho y orondo, ya transcurriría sin riesgo ni peligro. El burgués bien comido y pensionado por el Estado —como en las novelas francesas de 1870 a 1880— podía entregarse a la contemplación de sus complejidades psicológicas. Y el criollo que vivía en Caracas, en Bogotá o en Managua se dedicaba al lamento que engendró muchas páginas de nuestra literatura modernista. Pero los voluntariosos vizcaínos de la Compañía Guipuzcoana que en el siglo XVIII dieron gran incremento a la agricultura de Venezuela, y los agresivos y bien dispuestos frailes de las misiones catalanas que en el propio 1700 fundaron pueblos hasta en el más remoto rincón del país, no pensaron demasiado en el calor, como tampoco pensaba Humboldt que se solaza en su libro describiendo las tibias y estrelladas noches de Cumaná. Y un baño en el río Manzanares compensaba, para el viajero romántico, la molestia de cualquier día caluroso. Era para él la más perfecta emoción rusoniana que podía ofrecerle la zona tórrida.

Por ese impulso tan característico de la Colonia venezolana en el siglo XVIII, nuestra civilización de entonces pudo llamarse

—aun con más propiedad que la de hoy— una civilización del calor. Buenas obras de mampostería arruinadas después por la guerra civil habían dejado frailes, guipuzcoanos y dueños de hatos en las poblaciones llaneras. Algunas de las muestras de mejor arquitectura que tiene nuestro arte colonial se encuentran curiosamente en los pueblos y ciudades más cálidos: aquel delicioso portalón de la Casa de la Blanquera en San Carlos de Cojedes; la iglesia de San Juan Bautista del propio San Carlos, con su limpia fachada de basílica romana; la “Casa de las Ventanas” de Coro; las iglesias de Araure, El Pao, Guanare; el palacio del Marqués de Pumar en Barinas. Y tal arquitectura —muy superior a todo lo que durante más de un siglo levantó la República— no brotaba, precisamente, como mero capricho y ornato sino estaba en relación con la prosperidad y recursos de la tierra. Era el tabaco de los Pumar y las reses gordas, y las magníficas bestias de silla de los Pulido, Palacios y Blanco que se hacía piedra y dibujaba volutas en los grandes paredones enjalbegados. ¿Que el calor debilita? ¿Y de dónde salió el Catire Páez con su puñado de lanceros? Habían viajado bastante estas lanzas y atravesado llanos y páramos y asegurado en Boyacá la independencia de Nueva Granada, cuando una noche —precisamente la noche del 24 de junio de 1821, después de Carabobo— descansaban al lado de Bolívar, junto al vivac. Regalándose con el humo de su “capadare”, Páez pregunta al Libertador:

—General, usted que ya nos conoce bien, ¿puede decir cuál es la primera lanza del Llano? —Monagas —contesta el Libertador. —¿Y cuál es la primera lanza de Venezuela? —insiste el Catire. —Monagas —reafirma Bolívar. Y Páez, ya molesto: —¡Caramba, mi General! ¿Y entonces yo qué soy? —Usted, General Páez, es la primera lanza del mundo.

Misiones de Guayana; hatos del Guárico, Portuguesa y Apure; opimos campos de Aragua sembrados de samanes; mulas caroreñas y sueltas caballadas a las que los llaneros de Páez les ponían el primer bozal —productos de tierra caliente, todos— contribuyeron a la economía de quince años de guerra vertidos sobre la mitad del Continente. Más bien con la República se

detuvo esa conquista de las tierras calientes y la población se fue concentrando en las montañas y en la zona costera. En los pueblos del Llano, por ejemplo en el desolado San Carlos, el bahareque ligero y el tuerto rancho de paja sustituyeron la mampostería erguida por los españoles. Caserones como el de la “Blanquera” o el “Palacio Pumar” fueron ruinas cubiertas de tártago.

Calor seco y calor húmedo son dos connotaciones fundamentales de nuestra geografía biológica. Las tierras del calor seco, desde las islas perleras de Margarita y Cubagua hasta Coro, Carora y El Tocuyo en el occidente, fueron tempranos centros de colonización española. Caroreños y corianos, hijos de un paisaje semidesértico, tienen fama de ser los soldados venezolanos de más aguante físico, y los borricos y yeguas que llevaron allí los conquistadores proliferaban y se reproducían con mayor talla y resistencia que en sus nativas dehesas andaluzas. Al fuerte asno coriano y a la mula caroreña les debe mucho nuestra vieja economía rural antes de las carreteras de cemento, los camiones y los automóviles. Junto al caballo llanero, el de los grandes combates que se plantó en el escudo nacional como símbolo de osadía y de distancia, la mula y el burro conducían el armamento y las vituallas de la guerra emancipadora. Casualmente en una de esas mulas de seca tierra caliente iba montado Bolívar —según lo cuenta O’Leary— el día en que salió a encontrar a Morillo para el armisticio de Santa Ana en 1820. Y durante la Colonia, altos Prelados y Oidores del Virreinato de Nueva Granada se disputaban esas mulas caroreñas pagadas en peluconas de oro. Su peripecia civilizadora tramontando páramos, torrentes y caminos de travesía se pierde en un sitio tan lejano como las montañas del Tolima o el duro camino que conducía de Bogotá a los llanos del Meta. A viejos “cachacos” granadinos que oyeron su leyenda, les he oído preguntar por nuestras mulas. Fueron una de las tantas cosas periclitadas en el tránsito de la agricultura patriarcal a la absorbente industria del petróleo. Pero allá por los años 60 del pasado siglo, en el séquito del General Mosquera, se paseaba en una mula de ésas, organizando elecciones e intrigando de Bogotá a Antioquia con todos los jefes

liberales, nuestro diabólico Antonio Leocadio Guzmán, que después de ser Vicepresidente de Venezuela se daba el lujo de firmar —como constituyente granadino— la famosa “Constitución de Río Negro”. Y el General Mosquera le dio bastantes onzas y un título de Ministro Plenipotenciario en Caracas, para que fuese a gestionar en Venezuela la reconstitución de la Gran Colombia. Don Antonio Leocadio vendió la mula y partió para Saint-Thomas en las Islas Vírgenes, donde se escribieron tantos documentos y cartas clandestinas de nuestra Federación.

Esas familias vascas de una ciudad de firme estirpe española como Carora —Riera, Zubillaga, Perera, Oropesa, Aguinagalde— pueden decir si el calor seco hace mal a la salud y si no se daban en aquellos caserones de tres patios familias prolíficas, gentes a quienes sólo vencía la más añosa longevidad. Otras regiones del calor seco, como la isla de Margarita, tienen la más alta densidad demográfica de Venezuela y el margariteño —buzo, marinero, hombre de muy cambiantes profesiones— ha cumplido en todo el país, arrojado por la estrechez insular, una ingente obra colonizadora. El Territorio Delta Amacuro, con sus tierras limosas emergidas del Padre Orinoco, es una especie de fundación insular. En las petroleras de Monagas, Anzoátegui y el Zulia, como en el “Central Venezuela”, abunda el brazo margariteño. Se les ve, además, con sus barquitos “trespuños” y “goletas” recorriendo todo el Caribe o haciendo un comercio lícito o ilícito, según sean las circunstancias. La vieja raza guaiquerí fundida con la española engendra estos mestizos ágiles, unidos entre sí por una conciencia tribal —como quizá no la tiene ninguna otra comunidad venezolana— y por el culto de la Virgen del Valle, talismán y tótem de su pueblo, cubierta de perlas, aguardando siempre el regreso de tan nómada gente que desde cualquier rincón de Venezuela acude a depositar ofrendas y pedirle nuevo aliento para la constante aventura.

Como el margariteño, el coriano y el cumanes, el industrial maracaibero es también hijo del calor seco. Su gran lago les daba a los habitantes de nuestra segunda ciudad un como imperio acuático y comercial que exaltaban y defendían con

celoso regionalismo. Aún no se erguían las grandes torres petroleras y no se iniciaba la danza de millones y regalías de aceite que remeció como un cataclismo la vida venezolana, y ya los maracaiberos afirmaban con un poco de injusticia que en un país demasiado pendiente del presupuesto y las dádivas gubernamentales, eran ellos los más laboriosos. Y para que no los apodaran fenicios, tenían sus poetas propios y sus mitos indígenas regionales. Absorto en la belleza de sus noches de luna, el mayor de estos rapsodas, el viejo Yepes, se ahogó cerca de los muelles, el que fuera marino y sorteara en piraguas y balandras todos los chubascos del Caribe. Contra la tradición del héroe militar, tan vigente en otras ciudades de Venezuela, Maracaibo alzaba estatuas a sus escritores y poetas. El neoclasicismo de sus maestros de escuela exigía que junto a la rumorosa Calle del Comercio existiera la Calle de las Ciencias, y que cualquier rapaz se nombrara Aristóteles o Sócrates. Los “Ateneos del Zulia”, aun en épocas de caudillos y revoluciones, sesionaban para discutir cualquier problema métrico o gramatical o estudiar las consecuencias que para el mundo antiguo tuvieron las guerras púnicas. La mitología clásica era tan familiar como la nativa con sus leyendas de Anaida e Iguaraya immortalizadas por el viejo Yepes y con lo que ofrecía en largos poemas nativistas, premiados en todos los Juegos Florales, Udón Pérez, poeta oficial de la región y sumo cacique de la poesía indigenista. Para escribir con severo rigor gramatical, hasta los contadores de las casas de comercio se aprendían el *Diccionario de Galicismos* escrito por su coterráneo don Rafael María Baralt. En ese Maracaibo anterior al petróleo que yo alcancé a conocer de muchacho; el de las grandes casas con azoteas, un poco morisco; de aljibes en los patios para recoger la escasa agua de la lluvia; de las muchachas bonitas en las carrozas del carnaval o en los bailes del Club del Comercio; los viejos periódicos mantenían cada día, junto a la página del tráfico portuario y la exposición minuciosa de las toneladas de plátanos y azúcar que trajo del sur del Lago la piragua Chiquinquirá o los sacos de café que llevó el vapor americano, la página de

versos poblada de madrigales, elegías o epitalamios. Y antes del “impuesto a la renta”, las grandes casas de comercio debían contribuir a las carrozas del carnaval y a los juegos florales. Se hacían millones, se exportaba todo lo exportable, se fundaban bancos regionales o centrales de azúcar, pero Maracaibo aún aspiraba —más que a ampliar sus muelles o dragar su “barra” lacustre— a tener Universidad. ¿No era éste un ejemplo —ingenuo o romántico, si se quiere— de un deseo de cultura, de un ansia de progresar y sobrevivir a todo contratiempo, sobre toda oscura contingencia que pesó sobre la vida venezolana? En Maracaibo también se hacía con versos, con juveniles sociedades secretas, con organizaciones obreras clandestinas, la lucha contra la tiranía de Juan Vicente Gómez.

Si ese mundo del calor seco reivindica las calumnias que se esgrimieron contra el trópico y es, por lo menos, tan habitable como el de nuestras altiplanicies andinas, Venezuela, como todos los países tropicales, debe incorporarse, con la técnica del siglo XX, las zonas del calor húmedo. Mucho hace en semejante tarea nuestro ejemplar Instituto de Malariología, que desgraciadamente no puede preparar aún toda la gran cuota de médicos higienistas o ingenieros sanitarios que requiere el país. A la patriótica tarea de luchar contra los mosquitos de Urama o de Barlovento, los jóvenes médicos prefieren su consultorio elegante en las ciudades grandes. Desde su laboratorio de Maracay, rodeado de un equipo de excelentes batalladores de la medicina social, el doctor Arnoldo Gabaldón pide más vocaciones de higienistas. Y si las zonas del calor seco arrojan un saldo positivo en lo demográfico y humano, las del calor húmedo constituyen una potencial esperanza económica. Mucha más azúcar en la región de Bobures, mucho más arroz en el Delta del Orinoco, más cacao en Barlovento, más aserraderos en Turén, más bananos en Yaracuy, marcarán ese esfuerzo técnico y sanitario contra el calor húmedo. Ya en un sitio tan antiguamente palúdico como la costa de Turiamo, las estadísticas minuciosas de Arnoldo Gabaldón no registraron, en los dos últimos años, ningún nuevo enfermo.

En un paisaje de calor húmedo el Dr. Juan Iturbe hizo una observación que no es sólo de hombre de ciencia sino también de poeta: mientras los hombres marchaban pálidos y desmirriados, los pájaros —turpiales, paraulatas, gonzalicos— se alborozaban en los árboles y parecían con sus plumajes brillantes, los ojos fogosos y el buche henchido de cantos, los pájaros más felices de la tierra, las aves del Paraíso. De la guayaba al caimito, al guanábano y al anón, picoteaban su banquete frutal. La mañana, herida de sol, saltó como una flecha desde sus gargantas. El gozoso desayuno de los pájaros contrastaba con el que hacían en el rancho próximo unos campesinos, con su lámina de casabe viejo y su café aguachento. Y es que, más sabios que los hombres, los pájaros sabían elegir su comida, no sufrían de avitaminosis. No calumniemos tanto al clima ni hagamos una improvisada sociología sobre los efectos del trópico mientras no enseñemos bien a comer y a vivir a todos nuestros campesinos; a los del frío San Rafael como a los del caliente Tucupita; a los de tierra seca como a los de tierra húmeda, a los del Llano y de la altiplanicie. Hay en Venezuela, precisamente en el Ministerio de Sanidad, un conjunto de jóvenes investigadores que diseminados por todo el país ya nos han enseñado cómo se alimenta y por qué se enferma la población rural. Está descrita en estos cuadernos una auténtica política social —humana, quisiera decir más bien— que haga del hombre venezolano un ser más feliz, más dueño de su ambiente que lo que lo fue cuando lo expoliaban los “jefes civiles” y los caudillos alzados. Juan Bimba, el hombre de la “pata rajada” o de la alpargata de fique, se vengaba en las coplas de toscó romancero:

*Yo conozco generales
hechos a los empellones.
A conforme es la manteca
así son los chicharrones.*

Y esta súplica conmovedora: “¡No me diga General porque yo a naide he robao!”

Pueblo e intelectuales

¿Estudiaba usted por casualidad Derecho, Ingeniería o Medicina en la Universidad de Caracas en 1928? Sin duda que esa fecha tiene que ver, o tendrá que ver, con lo que acontezca en Venezuela en los próximos años. Don Juan Vicente Gómez, nacido en 1857 en el pueblo fronterizo de San Antonio del Táchira, antiguo contrabandista de ganado y uno de los empresarios financieros de la revolución de Cipriano Castro en 1899; omnipotente caudillo del país a partir del 19 de diciembre de 1908, ya entraba en la más provecta ancianidad y cada día un mayor número de venezolanos dudaba de la sedicente eficacia mágica de su régimen. En veinte años de satrapía ocurrieron —a pesar del silencio político— algunos extraños fenómenos: la nación agrario-pastoril que él comenzara a gobernar en fecha lejana se había transformado en uno de los mayores reservorios petroleros del mundo. Y si el oscuro aceite contribuyó como muchas otras cosas a enriquecer al General Gómez y su camarilla, también estaba engendrando, frente al antiguo y paciente campesinado, una clase obrera. Surgían ya ante el anciano jefe problemas políticos y sociales más complejos que aquéllos del año 21, cuando contestaba a la Oficina Internacional del Trabajo que en Venezuela no se requería una legislación social como la recomendada por los teóricos ginebrinos, ya que los asuntos de capital y brazo proletario eran decididos en el país del modo más armonioso. “¿No es así, don Antonio?” —preguntaba el caudillo con asiática cazurrería al Señor Pimentel, Rey del café y su émulo en los latifundios aragüesos.

No puede negarse que don Juan Vicente fue uno de los hombres con mayor estrella personal que conozca la historia contemporánea, o el astro que lo favorecía estaba en conjunción opuesta con el que proyectó sobre Venezuela años tan fatídicos. Frente a los viejos caudillos románticos, derrochadores de la propia vida, y en cuyas frases pomposas resonaba el eco libertario de alguna traducción al español de la Historia de los girondinos, éste era un hombre sanchesco, reservado, minucioso para esconder sus centavos y

pesar sus frutos menores. Durante el gobierno de Castro, que fue de ruinoso deudor público, de conflictos con las grandes potencias, de saraos y discursos al “Restaurador”, Gómez desempeñó tan perfectamente su papel de Bertoldo que a su ingenuidad deberían acudir los doctores políticos avezados que promovieron en 1908 la conjura contra don Cipriano. ¿Iba a reconstituirse el viejo Partido Liberal del siglo XIX o, por el contrario, después de tantos años de herejía, divorcio y patronato eclesiástico, se implantaría un conservatismo del buen modelo que don Rafael Núñez y los hombres que le siguieron habían impuesto en Colombia? A los diestros políticos que le ofrecieron un banquete y pensaban deshacerse de él en la más próxima coyuntura, nuestro impenetrable “Bertoldo” supo responderles que él sólo pertenecía al “Partido de la Paz y del Trabajo”. A quienes aludían a las doctrinas tradicionales del siglo XIX, les contestaba que Venezuela necesitaba sembrar. Así como en el año 89 Rojas Paúl convirtió a los letrados que lo acompañaron en la reacción contra Guzmán Blanco, y a quienes no podía nombrar de Ministros, en Académicos de la Historia, Gómez iba metiendo en un pomposo “Consejo de Gobierno” a todos los antiguos y peligrosos jefes que en Oriente u Occidente pudieran rebelarse. Y uno a uno y acompañando a los doctores que también pensaron “madrugárselo”, aquéllos fueron pidiendo pasaje para las Antillas o Nueva York a riesgo de ser amurallados en La Rotunda.

La filosofía positivista, representada por algunos letrados en los primeros gabinetes de Gómez, erguía contra el liberalismo romántico la tesis del “Gendarme necesario” y la panacea de la Paz. “Héroe de la Paz” llamaban ya por 1910 a Juan Vicente Gómez. Si con el lema de “Prefiero la peligrosa libertad a la quieta servidumbre” se habían librado las polémicas del siglo XIX o desfilaron los estudiantes del año 88 a derribar las estatuas de Guzmán Blanco, ahora los nuevos intérpretes de la Historia, los que se arrogaban el derecho de sacar de la propia realidad del país una “Constitución” más constante que la que estaba escrita en los papeles, hacían del “caudillismo” una ley inflexible y entre todos los caudillos preferían, naturalmente, el que refrenara toda insurgencia. El café

—principal fruto de exportación entonces— subió considerablemente en 1913 y 1919; el General Gómez propiciaba su “política de carreteras” y el más escondido villorrio se hacía la ilusión de estar pronto unido a la Capital con una cinta de cemento. Efectivamente, el General Gómez apaciguó con dádivas, presidencias de Estado o carcelazos —terapéutica cambiante según la calidad del sujeto— a los pequeños caciques ambiciosos. Y ya aparecían en los bordes del Lago de Maracaibo, erigiendo los primeros taladros, los ingenieros de la *Standard Oil*. Con ese dinero inesperado y miliunanochesco se fortalecería la dictadura. La riqueza potencial del país ya parecía un mérito atribuible al rudo “Pacificador”.

Intelectuales perezosos y una cauta burguesía acomodable encontraron en el “General” la fuente de toda merced. Vertiendo en mejor prosa los lugares comunes del caudillo sobre “Unión”, “Paz”, “Trabajo”, “Agricultura”, conseguían bien pagadas prebendas. Y no alcanzó mayor eco la rebeldía de unos pocos estudiantes, cuando la dictadura ordenó cerrar la Universidad, en 1913. Lo que entonces podía llamarse la “oposición” eran los viejos generales caídos en desgracia que desde su retiro de las Antillas o Nueva York, narrando pretéritos heroísmos pero sin ninguna idea, esperaban la oportunidad de invadir las costas venezolanas. Gómez era más sagaz y disponía, naturalmente, de mejores servicios de espionaje.

Pero ya para 1928 hay grupos de muchachos, bastante coherentes, que cuando los sablazos de la policía gomecista les interrumpía la fiesta estudiantil en que coronaban una reina con flores y versos, se vieron empujados a pensar en serio. Del madrigal caían en la dialéctica, en la dialéctica feroz de las cárceles y persecuciones gomecistas. Sobre toda la retórica con que entonces se maquillaba, agrietada de dolor y de urgencias, la realidad nacional, aquellos jóvenes empezaron a usar el escalpelo. Muchos eran estudiantes de cirugía y, rasgando la vistosa propaganda, tocaron las más doloridas cosas: analfabetismo, miseria, injusticia social. No era de los ancianos caudillos —tan gastados como Gómez— que, cuando más, se quedaron en las frases del liberalismo guzmancista,

de quienes Venezuela podía esperar el cambio. Era preciso hablar con palabras concretas a tanta gente soslayada y desengañada en el ciclo eterno de las autocracias vernáculos. Había que llevar el adjetivo “social”, el que verdaderamente mueve al pueblo y a la insegura clase media, al plano de la política. ¿Y es que no había sido en Venezuela la política —como en todos los países hispanoamericanos— maniobra de condotieros armados, deseosos de empararse de poder personal, o —por el contrario— juego retórico de grandes señores y letrados, de elegantes socios del Club y de jóvenes “inteligentes” que desean arrimarse al más rico o al más dadivoso? ¿Contaba hasta entonces el pueblo? El pueblo suramericano atado a la recluta y a la conscripción forzosa, o conducido por los patronos de hacienda a votar en madrina, como otro ganado más del latifundio.

En el “dividir para reinar” del caudillismo vernáculo se acentuaba todo recelo o prejuicio regionalista. Monagas favoreció a sus “orientales”, Falcón a sus “corianos”, Crespo a sus “llaneros”, Castro y Gómez a sus “andinos”. Hay que defender a los andinos porque el resto del país precipitará contra la montaña —decían cuando murió Gómez— a algunos explotadores del regionalismo. ¿Pero es que no eran andinos aquellos veinticinco mil o treinta mil tachirenses que abandonaron sus casas y conucos y se refugiaron en Colombia para librarse de la cruenta protección de sus procónsules? Sin distingo o privilegio lugareño, en las cárceles de Gómez no tenían celdas o suplicios diversos, centrales y andinos, maracaiberos y cumaneques.

Muerto, por fin, el viejo dragón, el General López Contreras presentaba a los venezolanos en febrero de 1936 un “Plan trienal” para resolver en treinta y seis meses las necesidades y el clamor de cien años. El “Plan” empleaba algunas palabras modernas, y cierta atmósfera de contemporaneidad ya no podía sino impregnar entonces el anquilosado vocabulario político venezolano. Acaso en su fuero interno pensaba el nuevo Presidente que él “era un poco socialista”. Mas ciertas reformas de vocabulario no correspondieron a la renovación en los hombres. Tornaban a los Congresos con

sus ideas de 1910 los más gastados políticos. Se reconstituían en el interior del país los cacicazgos provincianos. Con el cansado lema de “calma y cordura”, con la gerontocracia que llenó algunos de los gabinetes de 1936 y 1937, por lo menos dos generaciones de venezolanos —los que habían pensado y sufrido más— se sentían excluidos. El General López Contreras actuaba como intérprete de cierta mágica y misteriosa realidad nacional que nunca comprenderían los jóvenes que residieron en el extranjero. Se hizo un excesivo consumo doméstico de la memoria del Libertador, a quien se ponía de cómplice de malos discursos y decisiones mediocres. Por respeto a Bolívar, quien además de tantas virtudes excelsas tuvo la de su buen gusto, algunos venezolanos —defendiéndose del abuso y la profanación— tenían entonces el tacto de no nombrarlo. El choque de generaciones —los que propiciaban el cambio por cuentagotas y los que exigían superar con técnica y decisión el atraso en que nos sumieron cinco lustros de dictadura— llevaba su debate hasta las más tradicionales zonas de la vida nacional, como la Iglesia y el Ejército. Los sacerdotes jóvenes pedían a sus viejos pastores que tuvieran mayor sensibilidad por los hechos sociales, que pensaran, siquiera un poco, en las “Encíclicas de León XIII”, así como los militares jóvenes que estudiaron en el extranjero y manejaban las máquinas complicadas de la ingeniería moderna ya empezaban a vocear su descontento contra los “coroneles” empíricos que los comandaban. Y se iba generando por eso, por el irrefrenable impacto de cultura y comunicación con el universo que produjo la muerte del tirano, la revolución de 1945. El movimiento estaba ya en las cabezas, en los editoriales de los periódicos, en los libros, arengas y debates sostenidos en el país durante dos lustros.

El problema venezolano era de más calificada cuantía que aquella división regionalista, aquella polémica entre “andinos” y “centrales” que promovieron los viejos caudillos. Sobre todo conflicto cantonal empezaba a erigirse la fuerza del espíritu nuevo. El tránsito de una economía agrario-pastoril, que fue la del antiguo caudillismo, a la de las grandes explotaciones petrolíferas destruía

la vida cerrada de los distritos, creando, en torno de los pozos y los taladros, masas obreras unidas en la reivindicación y el reclamo común. Era ya tiempo de líderes y no de caudillos. Se producía el fracaso y definitiva oxidación de los políticos cortesanos que no se preocuparon de estudiar Economía ni de orientarse en el dédalo de la vida contemporánea, porque su única estrategia fue la de “complacer a los generales”. Estaban, pues, enfrentándose dos estilos, dos métodos de política. Y lo que marca una diferencia profunda entre la Venezuela de estos días y la de hace dos o tres lustros es que ya abordamos la realidad con actitud más audaz y concreta.

Desengaño y resignación, o romántico escape de las cosas, habían sido durante los años de eclipse civil los síntomas de una prolongada derrota venezolana. Que aquí no vale la pena esforzarse por romper la costra de las costumbres y malos hábitos porque una misteriosa inercia autóctona terminaba prevaleciendo sobre todo impulso renovador. A los soñadores a quienes defraudaba la acción o encontraban ésta muy tosca y rastrera, quedaba el recurso del escape. Reunir algún dinero del modo más expeditivo o conseguir un consulado bajo la recomendación de un general para gozar de la vida en Europa. Estar en la propia patria como desterrado y liberarse y evadirse conversando pesimistamente de las cosas con otro ingenioso grupo de escépticos. La historia heroica —la época de Bolívar y de los grandes próceres— se transportaba como a un plano de mitología; era como esa vanidad de origen y linaje que tienen siempre los últimos y decaídos descendientes. Y, precisamente, vencer todos aquellos temporales complejos de inferioridad o de frustración ha sido la tarea más positiva de los últimos años. Cuando en los mítines políticos después de 1936 se descubrió que el pueblo respondía a las más inteligentes consignas; cuando los nuevos institutos y escuelas técnicas rebasaban su abundante matrícula; cuando en un liceo nocturno el hijo de la criada doméstica pudo concluir su bachillerato; cuando en las nuevas casas de los campamentos mineros —contra todo prejuicio reaccionario— los trabajadores no destruyeron los baños

y conservaron los jardincillos, se había demostrado que nuestro pueblo no es inferior a ningún otro y que tiene el mismo anhelo de progresar y ascender de todos los pueblos. Civilizarse —desde este punto de vista— es necesitar y exigir más, no resignarse en silencio a lo que descuidadamente nos arroja la vida.

Tenían que aprender, por ejemplo, las grandes compañías inversionistas establecidas en el país, que las necesidades humanas son iguales para un trabajador de Venezuela que para otro de Massachusetts y Virginia. Que la Divina Providencia no ha dado a la raza sajona el privilegio de las casas limpias, de la escuela de amplios ventanales y cómodos bancos o del “Centro social” donde reunirse después de las horas de trabajo. Y al antiguo *No trespassing* con que los inversionistas se defendían contra la peligrosa gente nativa, nuestro pueblo opuso su destino de “traspasar”. Y esto no era precisamente “comunismo” —palabra con que quiso detenerse en 1936 todo justo avance social— sino más bien una forma moderna de capitalismo; la que aumenta el número de consumidores, la que no hace de la higiene, la educación, el confort, exclusivo y costoso privilegio de un grupo oligárquico. En este problema de “traspasar” los cotos cerrados de la vieja plutocracia egoísta, está Venezuela como todos los países hispanoamericanos. Es nuestra gran batalla cultural y social del siglo XX.

Más allá de todo “ismo” político, de los dogmas y pasión de poder que ahora desgarran el mundo, la verdadera revolución suramericana, en la que ya parecemos marchar, es ante todo de cultura y de técnica. De las nuevas generaciones que estudiando y planeando no se resignen a esperar que la felicidad les venga en el caballo de un general victorioso. De una ordenada fe en que nuestros pueblos son capaces de prosperar y crecer como los mayores y más hábiles de la Historia; de que hemos perdido ante las naciones imperialistas aquel complejo de inferioridad o de desvalida urgencia con que en el siglo XIX entregábamos, por ejemplo, a los ingenieros y compañías ingleses nuestras pocas líneas férreas con hipoteca de cien años. Y creo que esta nueva conciencia de crecer y

de ser, de empezar a hacer las cosas con nuestra cabeza y nuestras manos, ya empieza advertirse en la vida de mi país.

Esperanza y humanismo americano

Aquí, en una vieja hacienda del Estado Aragua, protegida de montañas azules y mirando la esmeralda tranquila del Lago Tacarigua, festoneada en los bordes de samanes y ceibas, está una colonia de seiscientos y tantos inmigrantes. Cada barco europeo que arriba a Puerto Cabello arroja su tributo de familias pobladoras que oyeron la leyenda de un país nuevo, con tierras feraces donde podría rehacerse el destino y la concordia rota durante los años de guerra y crisis en sus países originarios. Hay italianos y yugoslavos, portugueses y checoslovacos. En las cómodas barracas —de técnica norteamericana— donde se alojan, aprenden las primeras palabras de español, colocan sus trajinados equipajes, hasta que los autobuses los distribuyan, de acuerdo con la profesión y demanda de trabajo, en diversas regiones del país. Mientras se hace el censo de necesidades y aspiraciones, los chicos de la familia —porque cada grupo trae su prole— juegan en los jardines de la hacienda y se familiarizan con el gusto sávido y los colores violentos de la fruta tropical: mangos, guayabas, caimitos. A la hora de comer se levanta la olla del sancocho con una prodigalidad que aquellas gentes olvidaron en sus años de éxodo a través de los bombardeados caminos de Europa. Al principio, cuando llegaron los primeros inmigrantes, las gentes más temerosas escribían artículos en los periódicos para decir que apenas se les debía aceptar en los trabajos agrícolas, pero ocurre que en un país que está creciendo también se necesitan mecánicos, electricistas, constructores. Y hasta es posible que en una dormida villa del interior, para alegrar la vida de las gentes y mejorar la pequeña orquesta municipal, también sea conveniente la presencia de un músico austriaco. El Ministerio de Sanidad coloca, además, numerosos médicos e higienistas que prestan excelentes servicios en alejadas poblaciones rurales. He visto algunos de estos médicos, acriollados ya por la urgencia de su

nueva vida, visitando en su mula o su caballito de paso —adonde no puede llegar el automóvil— a la esparcida clientela campesina. En un pueblo de los Andes uno de estos médicos arregló su casa como una granja del Tirol, y la providencia del país nuevo regala su terrenito de frescos espárragos, alcachofas y tomates. Decíame que aquí, andando a caballo de uno a otro sitio cotidianamente; siendo ya compadre de algunos clientes agradecidos, resolviendo con humor y bondad los pequeños problemas de muchas gentes, le parece que rinde un servicio social más útil, más radicalmente humano, que cuando esperaba en su consultorio de Viena la visita de las señoras elegantes que venían a depositar su tributo de artificiales complejos. ¿Con sol, paisaje y leche tomada al pie de la vaca no se disminuyen bastante las angustias del hombre supercivilizado? Y en esta casa de tejas, nítidamente blanqueada, también puede conservarse aquello que siempre perdurará de Europa: los versos de Goethe o de Rilke, la colección de discos en que Toscanini y Bruno Walter dirigen las Sinfonías de Beethoven.

Esperanza hay bastante porque en un país de 900 mil kilómetros cuadrados, donde ahora sólo viven cinco millones de hombres, no falta espacio ni promesa de abundancia para treinta o cuarenta millones. Cuando el grupo de inmigrantes contempla un bonito mapa de esos en que la geografía se hace cuento de niños y dibuja en el terreno mismo los productos y actividades humanas, un sueño de colonización, de empresa económica y hasta de aventura, llena los ojos de estos hombres que vienen de pueblos azotados donde impera todo control y donde el instinto amoroso no es libre sino de tener los hijos que permite el magro salario y el pequeño tabuco donde la familia se amontona. Aquí convidan, en el mapa, los minerales de hierro de Imataca; la casi inexplorada Parima con sus caídas de agua; las verdes, frescas y recatadas lejanías de la Gran Sabana; las bahías de Guanta y Puerto la Cruz con su prodigioso *hinterland* petrolero; el horizonte vacío de las grandes llanuras. El engrandecimiento y tecnificación del país debe hacerse aun por encima de las guerras políticas y colisiones de credos e ideologías que tornaron tan áspera la historia universal

de los últimos años. En este choque de grandes potencias, disfrazado a veces de filosofía política, en que cada corriente con su respectiva cauda de intereses quiere precipitarnos, las naciones hispanoamericanas, por lo mismo que no tienen grandes secretos guerreros ni controlan los mercados mundiales, deben afirmar un primordial programa pacífico y de conservación humana. Huerta, telar y escuela, más que caserna, debe ser nuestro plan de subsistencia histórica. Nuestra auténtica Revolución no consiste en pelearnos en las calles por determinado dogma o excluyente teoría de la sociedad escrita en algún viejo libro, sino ofrecer al universo las reservas y esperanzas de tanta naturaleza por poblar y domesticar. Entre los dos campos antagónicos que ya perfilan una nueva guerra mundial, cabe soñar en la tercera posición: la de los países pequeños que no desean desgarrarse sino desarrollarse y para quienes la tarea no consiste en pugna por la primacía sino por el bienestar y la cultura.

¿Habrá gentes capaces de precaverse contra todas las propagandas y bulliciosa extraversion que nos lanzan en cruzada por intereses extraños y que adviertan que la mejor utopía de América es superar las querellas de razas y místicas de desesperación que desquiciaron a Europa y buscar en el trabajo, en la tierra por poblar, en los recursos por desenvolver, la nueva concordia humana? En una de las puertas de este Continente, con la conciencia de nuestro mestizaje conciliador, con el horizonte de grandes espacios virginales, con la única nobleza que a cada cual señalen sus obras, los venezolanos estamos esperando. Aquí el hombre no se ahoga en su marco geográfico ni en la abrumadora historia pasada, porque puede salir a conquistarlo y a escribirla cada día.

RUMBO Y PROBLEMÁTICA DE NUESTRA HISTORIA*

Señores Académicos:

Fue un lugar común de las últimas promociones considerar las Academias como herméticos sanedrines donde los escribas de la vieja ley parecen resguardarse contra el tumulto siempre cambiante de lo humano, contra las corrientes —a veces enrarecidas— del tiempo histórico. Repitiendo el verso de Rubén Darío, decían los hombres de los grupos literarios a partir del Modernismo: “De las Academias, libranos Señor”. Pero a medida que la natural insurgencia juvenil descubre que nunca se nace por generación espontánea, que nuestro pequeño aporte o mínima pericia personal sólo se explica en función de lo que hicieron los antecesores y de lo que harán los descendientes; a medida que el individualismo altanero de los veinte años es sustituido por una conciencia más solidaria de comunidad, empieza a explicársenos esa tarea serena, de permanencia pacífica, que realizan instituciones como ésta. El honor de pertenecer a ellas, que en el caso particular de la Academia Nacional de la Historia debo agradecerlos del modo más vivo, no es sólo un galardón personal: es el estímulo que el escritor obtiene al saber que no está solo; que ha recibido para conservar y enriquecer, si es posible, el legado cultural de las generaciones precedentes; el testimonio de una cultura patria que nos abrió el camino en nuestros años de mocedad y que transmitirá a los hombres de mañana el signo de nuestros sueños, nuestras angustias y desvelos. Aun

* Discurso de recepción en la Academia Nacional de la Historia (1947). Se recogió por primera vez en el libro *Comprensión de Venezuela*, op. cit., pp. 38-56.

diríase que en épocas de tan violenta lucha universal como la que hemos contemplado en el último cuarto de siglo, cuando el espíritu de facción ha prevalecido sobre toda generosidad humana, conviene que haya en cada país muchos institutos donde los hombres depongan algo de su beligerancia callejera y discutan en ese clima casi intemporal del estudio desinteresado, del gusto de conocer sin que el conocimiento se convierta, precisamente, en consigna política. En pleno corazón de Caracas, con su patio de cipreses que evoca el recogimiento de un claustro religioso —y no en balde se ha comparado al erudito con el monje—, esta Academia de la Historia ha conservado, contra todo el fragor que pudo reinar en Venezuela en las últimas seis décadas, el sentido de la nacionalidad; esos hilos, a veces sutiles, de pensamiento y hasta de utopía, con que el proceso de un pueblo sigue sobre todo temporal desengaño y toda desgracia. Como historia y como conciencia, la patria subsistió porque venturosamente siempre produjimos, junto al caudillo que en las guerras civiles del siglo XIX invadía la ciudad con sus mesnadas vindicadoras, el hombre de letras, el humanista o el historiador que, soñando en una nación más perfecta, dábase a adiestrar generaciones enteras, como el Licenciado Aveledo, o atravesaba las calles de la ciudad, desafiando casi la irrisión que provocara en los aprovechadores y los audaces su viejo sombrero de copa y su levita de académico, todas las señales de su pobreza digna, como el ilustre don Felipe Tejera. Otros podían hacer negocios o pedir a los dictadores de aquellas épocas una brizna de poder arbitrario, pero al don Felipe Tejera que yo conocí en mis años adolescentes le interesaba más describirnos en su fervoroso lenguaje los grandes hombres que forjaron nuestra nacionalidad; enseñarnos, más que la patria de los caudillos, la gran patria legal de Sanz, de Gual, de Peñalver, o recordar —como en sus *Perfiles*— la nota a veces cándida, a veces lacrimosa, siempre transida de angustia venezolana, de nuestros viejos poetas románticos. ¡Qué buenas tertulias, qué vivos y provechosos diálogos, qué emocionada evocación del pasado, se hizo siempre al margen de las sesiones oficiales, en estos claustros de la Academia!

No nos reponemos todavía de la reciente ausencia de don Pedro Emilio Coll, cuyo sillón vacante, huérfano de lo que fue en él cordialidad y gracia y finísima agudeza literaria, habéis tenido la generosidad de ofrecerme. Al hablar de Pedro Emilio (como él quiso de preferencia llamarse), el riguroso elogio al gran escritor se me confunde con la emoción que suscita el amigo. No podría referirme a él en la lengua un tanto convencional de los discursos académicos. A pocos días de su muerte dije en dos artículos todo lo que perdían no sólo las letras venezolanas sino lo que vale más que eso: la sensibilidad venezolana, la manera de amistad que tenemos los venezolanos, con la desaparición de este espíritu socrático, de este singular maestro de benevolencia y tolerancia en quien se conciliaban fraternalmente todas las generaciones literarias, todas las discordias que puedan erizarse en nuestro país. Pedro Emilio era de todos. Su risa y su ingenio, su arte de sentir y entender lo criollo constituían la sal de Caracas. Más allá de toda clasificación literaria, pertenecía a esa escogida familia de los escritores caraqueños cuyo más ilustre ascendiente es el propio Libertador, tan de esta tierra luminosa en la rapidez de su espíritu, en la gracia para definir, en el ritmo vivaz del estilo. Dentro de lo que puede llamarse nuestra tradición literaria, la auténtica nota caraqueña — pensemos en Bolívar, en Pedro Emilio Coll, en Teresa de la Parra — no es de ningún modo el tropicalismo estrepitoso, sino un arte más íntimo de sugestión, de prontitud metafórica y hasta de amable ironía que suaviza todo estruendo como las nieblas del monte Ávila templan, desde el mediodía, la abierta y regocijada luz de este valle. El alma frecuentemente extrovertida del hombre costero y la seria introversión de nuestro hombre serrano parecen armonizarse en este clima medio, en la espontaneidad no exenta de discreta reserva del caraqueño. Aunque la inmigración antillana y el descuido de la escuela en corregir los defectos fonéticos, cada vez más frecuentes, están estropeando demasiado la lengua común, el caraqueño habla con gracia; una metáfora inesperada le sirve para reemplazar el más tranquilo proceso del pensamiento lógico. Y estos hallazgos del habla vernácula; casi lo que llamaríamos el surrealismo

popular hecho de asociaciones y símbolos sorprendivos; este arte de evitarse todo un discurso de sociología con una anécdota reveladora, constituía, en gran parte, el encanto de charlar con Pedro Emilio Coll. Su extraordinario, y al mismo tiempo, bondadoso ingenio, glosaba con la misma agudeza un verso de Shakespeare, una página de Renán o un cuento —como en su narración de *Las tres divinas personas*— de la vieja cocinera mulata. Si su generosidad y espíritu efusivo no prefiriera conversar más que escribir todo lo que vio, todo lo que oyó y todo lo que se le ocurría, además del excelente crítico y ensayista que todos conocimos, hubiéramos tenido en Pedro Emilio un gran novelista o acaso memorialista a lo Saint-Simon, que como nadie arrojaría luz sobre las expresiones más íntimas y casi más soterradas del alma criolla. Acaso por ser tan entrañablemente venezolano era, al mismo tiempo, Pedro Emilio, tan universal. Un importante problema para los críticos e investigadores literarios de mañana será descubrir en aquellas confidencias de su juvenil y breve *Castillo de Elsinor*, o en esas dispersas y exquisitas glosas que escribió sobre la vida y gentes caraqueñas a fines del siglo pasado, el perfil de todo un momento de la cultura venezolana transmitido por un testigo de prodigiosa sensibilidad. ¿No valen por un libro de historia algunos retratos suyos, escritos como al desgaire, en páginas confidenciales o de reminiscencias de costumbres, como la silueta del General Guzmán Blanco en su crónica de *La Delpinada*? Aplicando —acaso sin proponérselo— aquella teoría que desarrolla Brandes, según la cual el retrato de César no consiste tan sólo en lo que era César sino también en su mito, en su aura, en lo que los demás pensaban de él, nuestro bizarro caudillo surge no sólo de frente, con toda su gallardía física y su galoneado uniforme del Segundo Imperio, sino en la leyenda y el respeto supersticioso que forjó en los coetáneos. Y en la silueta de Pedro Emilio, al arrogante jefe de Caracas se opone —en transposición muy humana— el buen papá, el ya nostálgico abuelo del destierro parisiense, que suspiraba recordando, entre todos los refinamientos de la cocina francesa, los opimos y criollísimos aguacates de Guarenas.

Un poco de mis diálogos con el ilustre maestro, de sus chispeantes intuiciones venezolanas, de la historia viva y bien conversada que él oponía a la de las grandes colecciones documentales, me ha surgido el tema del breve discurso que desarrollaré. Y sea a falta de cosa mejor, mi pequeño homenaje a la memoria de un hombre que si nuestros sucesores conocerán por su limpia y persuasiva prosa, nosotros conocimos también por lo que vale tanto como la inteligencia y el estilo: el ímpetu generoso del corazón.

Hasta nuestros días el estudio de la Historia nacional ha sido, desde el clásico Oviedo y Baños a Gil Fortoul —para no nombrar sino los muertos—, tarea de individualidades señeras, de solitarios y magníficos investigadores que siempre pidieron al pasado una conciencia y razón del presente. Casi podría decirse que en Venezuela —como en todos los países hispanoamericanos, tan probados y sufridos durante el siglo XIX por la lucha con su naturaleza titánica o por turbulentos procesos sociales— la Historia cumplió una urgente tarea de salvación. En horas de prueba o desaliento colectivo se oponía al cuadro triste de lo contemporáneo el estímulo y esperanza que se deducía del pasado heroico e idealizado. Ya un sentimiento de lo criollo, de que no sólo es posible, sino también grato, arraigar en esta tierra y oponer a la dispersión y aventura de los primeros siglos coloniales una nueva conciencia de territorialidad y permanencia pacífica, aparece en el libro de Oviedo y Baños con que se inauguró culturalmente nuestro siglo XVIII. Y después de la inmensa hazaña y diáspora heroica de la Independencia, cuando predominó una dirección y voluntad venezolana en media América del Sur, y cuando, cumplido el milagro histórico, al sueño libertario de los hombres de 1811 se opuso la prueba del caudillismo y las dictaduras militares, la gran Historia, la que narró Baralt en su prosa neoclásica y la que pintó Tovar y Tovar con tan severa elegancia, era nuestra esperanza en la crisis; aquel “*Bolívar, miserere nobis*” con que los venezolanos intentamos conjurar toda derrota. Tuvimos la Historia romántica que como en Juan Vicente González, Felipe Larrazábal y Eduardo Blanco acrecentó el mito épico y creó, de cierto modo, el cantar de gesta

nacional; tuvimos, después, la Historia positivista que buscaba la concordancia entre el medio y las instituciones, y ahora, cuando ambas corrientes del pensamiento histórico parecen haber cumplido su proceso y agotado sus premisas, conviene pensar un poco en los rumbos posibles de una futura Historiografía. No se trata de disminuir lo que cumplió, a veces magistralmente, nuestra literatura histórica, sino de completarla con otros puntos de vista, con nuevos métodos de investigación. Junto a la Historia militar y política, preferente trabajo de nuestros historiadores durante el siglo XIX y primeros años del vigésimo, ya vemos surgir, como otra cara del problema, una Historia económica y una Historia cultural.

Diríase que la interpretación personal llevada a cabo por nuestros más eximios historiadores requiere ampliarse, a la luz de las necesidades y exigencias venezolanas de este momento, con una sistemática tarea de grupo en que colaboren, por igual, lingüistas, etnógrafos, antropólogos, folkloristas, etc. Porque el trabajo científico fue en Venezuela puro impulso de la vocación, horas de absoluta gratuidad espiritual robadas al apremio económico, tenemos apenas sobre nuestro país un conocimiento disperso que es preciso perseguir con voracidad de maniático en raros folletos o colecciones de periódicos guardados en alguna hermética biblioteca. No son accesibles al público los grandes digestos documentales, y aun éstos, como la ya agotada colección Blanco y Azpúrua, exigen una nueva mano ordenadora que nombre bien las cosas y sustituya con mejor criterio las pintorescas y a veces arbitrarias denominaciones que ponía a sus papeles el peregrino soldado que fue, a la vez, y en multiplicidad muy criolla, sacerdote e historiógrafo. La narración de los fastos de la Independencia absorbió de tal manera nuestro trabajo histórico que casi no tuvimos tiempo —aparte de algunas páginas de don Arístides Rojas, de Tulio Febres Cordero, de Lisandro Alvarado, de los ensayos de Vallenilla Lanz y de una que otra acotación sagacísima de Gil Fortoul, para movernos tan sólo en el ilustre Elíseo de los muertos— de estudiar en su integridad la historia del pueblo venezolano, no sólo como tema jurídico u objeto de discurso político, sino como

comunidad que se formó en encuentro y alianza de grupos raciales, en el contacto modificador de la tierra, el clima y el trabajo ancestral y en el predominio de distintas formas de cultura que unas veces venían de Sevilla o las Canarias, otras del Virreinato de México, otras de Santo Domingo, otras de la relación con piratas y corsarios, otras, finalmente, del núcleo colonizador y civilizador que proyectó Nueva Granada sobre el occidente venezolano y cuyo enlace era el camino que conducía de Santa Fe de Bogotá a Mérida con los hitos necesarios de Tunja y Pamplona. Aunque la región andina se incorporó a la Capitanía General de Venezuela en 1777, no se perdió, por ello, el contacto tradicional con la Nueva Granada, y en vísperas ya de la Independencia seguía el entronque acostumbrado entre las familias merideñas y pamplonesas. Así, cuando en la emigración de 1814 los patriotas de Mérida buscan una vía de escape contra las mesnadas realistas, lo hacen reinternándose en los viejos caminos virreinales y protegiéndose hasta en los escondidos y selváticos llanos de Casanare. Para quienes la Historia es mucho más que el documento oficial y el papel escrito; para quien desea completar el testimonio de las gentes con el testimonio de las cosas mismas, la explicación de muchos fenómenos culturales venezolanos es una perpetua interrogante. Por qué el habla de Cumaná y de la región oriental de Venezuela presenta tanta semejanza con el idioma común de Santo Domingo y Puerto Rico; por qué el “papelón” de forma piramidal de la antigua provincia de Caracas se trueca ya al llegar al Estado Trujillo en la “panela” cuadrada; por qué en los Andes el “requinto” sustituye al “cuatro” como instrumento popular y aun los campesinos de Mérida celebran los festejos navideños acompañando sus villancicos y viejas canciones al son de rústicos violines — caso único en nuestro folklore musical —, he aquí una serie de cuestiones usuales, sensibles a quien recorre el país, y que piden su respuesta a los futuros historiadores de nuestra cultura. De pronto un ritmo que por el hábito de oír en la radio canciones antillanas parecía de origen negro — como nos ocurrió recientemente presenciando un “baile de tambor” en las inmediaciones de Maracay — revela

su absoluta semejanza con una vieja melodía castellana del siglo XVI. Al compás de los músicos nativos, un folklorista español que estaba con nosotros pudo seguir la línea melódica de la canción en sus antiguos versos; y notábase en el grupo de danzantes que los más ancianos, los ya menos permeables a la deformación que producen los programas de radio, bailaban con un ritmo distinto de quienes, caprichosamente, la africanizaron. La suma y el análisis de tantas cosas menudas, el trabajo ordenador de lingüistas, etnógrafos, antropólogos, etc., que colaboren con el historiador, nos llevarán a una visión más completa de lo venezolano; a la historia del pueblo que ha de completar la historia del Estado. Y tal labor es necesaria no sólo para satisfacer la curiosidad del folklorista o la nota de típica autenticidad que busca el escritor, cosas muy respetables ambas, sino también para que todo lo que se haga en materia de progreso o reforma social consulte hasta donde sea posible las modalidades locales. Quien ha recorrido el país, siquiera con una modesta libreta de apuntes, sabe, por ejemplo, que junto al Derecho escrito en las oficinas de Caracas hay en la vida venezolana muchas formas consuetudinarias que nunca fueron absorbidas bien por nuestros Códigos civiles de inspiración napoleónica; y que son muy distintas las relaciones de familia y el concepto de propiedad en una comunidad navegante y pesquera como Margarita y en un Estado de tan vieja tradición agrícola como Trujillo.

Se hace así urgente ampliar lo que yo llamaría las fuentes de nuestra Historia. Por explicable razón política y por la emoción que tiene todo testigo de dar valor primordial y casi exclusivo a los hechos en que participó, los historiadores del siglo XIX vieron el proceso de Venezuela como si las provincias de nuestro territorio hubieran estado soldadas siempre en firme comunidad, y como si el movimiento emancipador iniciado en 1811 marcara una censura infranqueable con el vasto período precedente. Aunque antropólogos como Marcano empezaron a estudiar los residuos de la prehistoria indígena, fue un lugar común desechar completamente aquellos orígenes, diciendo, con verdad de Perogrullo, que nuestro pasado prehispánico carecía de toda importancia comparándolo

con el de mexicanos y peruanos y con nuestros vecinos occidentales, los chibchas. Tampoco el lenguaje de los arqueólogos podía dar una noción clara y fácilmente asimilable de tales testimonios. Por autodidactismo y por la frecuente creencia de que se puede conocer historias locales sin conocer el método histórico, la Arqueología y la Antropología fueron en nuestro siglo XIX, con excepciones tan ilustres como la de Marcano, temas de desordenada divagación y fantasía. En toda Hispanoamérica hubo pintorescos eruditos, exegetas de un solo libro y posesos de una peculiar manía, que se planteaban tan absurdos problemas como el de si los hebreos habían llegado al Amazonas; si los chinos influyeron sobre México en remotísimo tiempo, o —siguiendo la barroquísima teoría de Sigüenza y Góngora en el siglo XVII— si el mito de Quetzalcóatl puede identificarse con la leyenda cristiana del apóstol Santo Tomás, evangelista de las más lueñas regiones. Cada persona que encontraba un cementerio indígena, un conjunto de cráneos, de hachas y vasijas, dábase a formular hipótesis sobre el más antiguo poblamiento de América. El análisis de cualquier raíz o desinencia lingüística llevaba a la más arbitraria relación entre alguna lengua americana y otra del Viejo Mundo. Un poco de claridad metodológica, de rigor severo en la clasificación, de honesto acopio de datos antes de formular teorías, se requiere en materia que se ha hecho tan intrincada, a veces tan farragosa, como la de nuestra proto-historia aborigen.

Pero mientras que antropólogos, arqueólogos y lingüistas ordenan y sistematizan los materiales, sí es posible comenzar a ver el mundo indio de modo más intenso, siquiera con mayor emoción estética que la que le dedicamos hasta ahora. Un mundo muy nuestro, sensible ya al misterio de nuestra naturaleza y a los materiales de la tierra; una mitología que se irá aclarando, se nos ofrece en los maravillosos vasos de la cultura tacarigua, en las estatuillas timotocucas, en los aún hoy vivos tejidos, adornos y cántaros de guajiros y orinoquenses. Los viejos cronistas que como Gili o Gumilla tuvieron en el siglo XVIII tan profundo contacto con las poblaciones autóctonas, requieren releerse e interpretarse con un criterio

ya diverso al de recoger noticias sueltas y datos pintorescos que fue el que prevaleció hasta hoy. Dentro de la Historia de la Cultura universal hay que incluir esos testimonios directos de especial importancia: la descripción *in situ* de tribus y grupos étnicos antes de que los acabara de dispersar el conquistador, y la extraña problemática que el mundo físico y las sociedades americanas produjeron en el europeo; ávido interrogatorio de temas de ciencia natural y conocimiento histórico que contribuirían, en grado no pequeño, a la transformación de la propia y muy orgullosa cultura europea. Una de las hazañas que de modo singular en México, Argentina y Perú está realizando la nueva escuela de historiadores hispanoamericanos, es la revaluación de esas fuentes iniciales de América; esa a veces olvidada literatura de misioneros y evangelizadores, que —como en el caso de Sahagún, del Padre José de Acosta o de nuestro Gumilla— presenta para el lector contemporáneo la novedad y fascinación de las obras maestras. A la luz de la ciencia etnológica y antropológica presente, muchos de esos libros antes menospreciados comienzan a ser para la cultura universal tan valiosos como han sido para el hombre europeo, durante veintitantos siglos, las obras de Estrabón o Herodoto.

*

Ya venturosamente la historiografía de todos nuestros países, y de modo especial en Venezuela algunos eminentes investigadores de esta Academia, ha superado muchos de los antiguos prejuicios sobre la colonización y el pasado español. Como quise demostrarlo en un libro, la cuestión no consiste en sustituir la leyenda negra, que se elaboró en los países émulo de la vieja España imperial, por otra leyenda blanca y seráfica en que el conquistador se convierta en santo. Pero no es con nuestros conceptos de hoy como se entienden los problemas de la expansión oceánica del siglo XVI. Más que factorías de mera explotación económica como son aún ahora las colonias tropicales de los países imperialistas, la enorme huella de España por el vasto mundo indiano

originó naciones de tan firme conciencia territorial y psicología tan diferenciada como las que integran Hispanoamérica. La rica cultura colonial, creadora ya de un arte mestizo, de una nueva visión del hombre que del pensamiento misionero de un Las Casas pasa a las grandes interpretaciones del mundo indígena de Sahagún y Motolinía e influye, además, en las utopías renacentistas; de un noble debate sobre la libertad y dignidad humana que en teólogos como los criollos Avendaño y Alegre parece anteceder al liberalismo moderno, constituye un vivo legado civilizador, un tema permanente de nuestra conciencia histórica. Es claro que debemos distinguir, como en toda Historia, las fuentes oficiales: la perfecta ley escrita o la Real Cédula que no se cumplía y la costumbre y el hecho motivados por la circunstancia ambiental. Pero ante nosotros el problema de la Colonia ya se plantea de modo muy diverso a como lo consideraron los historiadores-testigos de la Independencia (Yanes, Baralt), influidos por el racionalismo simplificador de la Ilustración y el encono de la guerra reciente, y de la manera pintoresca como lo viera, en deliciosas páginas de costumbrismo histórico, don Ricardo Palma. Porque entonces se inició nuestro proceso de mestizaje, porque el impacto entre los grupos raciales y culturales que formarían la futura América se observa allí de modo más vivo, es dicho período un punto de partida y repertorio insuperable de toda investigación sociológica sobre nuestros pueblos. Casi diría que, por ello mismo, es la época que exige mayor cultura y fineza interpretativa en el historiador.

Quien se sumerge en ese Medioevo americano —con que se ha comparado la Colonia— tiene ante sí la más enredada problemática. Primero, junto al documento oficial envuelto frecuentemente en fórmulas de devoción o etiqueta barroca hay que poner otras fuentes que, como los procesos inquisitoriales recogidos por José Toribio Medina o Genaro García, dan el trasfondo oscuro de la existencia diaria. Que la Colonia fue mucho menos santa de lo que habitualmente suponemos, nos lo enseñan algunas crónicas de ciudades como los famosos *Anales potosinos* de Martínez Vela o el *Diario de Lima* de Mugaburu y obras de señalado encanto

literario como *El carnero* de Rodríguez Freile, libros todos que ofrecen una como historia secreta y condimentada murmuración de lo que no se escribía en los papeles públicos. En cartas privadas, testamentos, deposición de testigos en los más acres juicios eclesiásticos y civiles, hay que perseguir este otro rostro resbaladizo de aquel período. Y no pensar, tampoco, con falsa ilusión histórica, que desde el punto de vista social y cultural, la Colonia finalizó radicalmente con el movimiento iniciado en 1810. Cuánto de colonial queda en las costumbres y estilo de vida de algún rincón aldeano; en ciertas formas de lo que puede llamarse nuestro Derecho consuetudinario; en las tradiciones del arte popular, en ritos y supersticiones, es todavía tema de investigación para el sociólogo o historiador de la cultura.

Otro problema es aquel que dos grandes investigadores latinoamericanos como don Fernando Ortiz y Arturo Ramos han denominado con palabra utilísima “transculturación”. La “transculturación” no consiste tan sólo en el trasplante de la cultura europea a América sino también en el producto nuevo o en el obligado retroceso que, a causa de las condiciones del ambiente, sufre con frecuencia la forma cultural europea. El estilo de los monasterios e iglesias construidos por los primeros frailes franciscanos en México durante el siglo XVI —valga un ejemplo—, más que al gótico florido de la corte de los Reyes Católicos o al Renacimiento que ya penetraba en España, se parecía a las fortalezas medievales porque el temor ante los indios, la sensación de peligro del mundo nuevo y las formas económicas de una comunidad cerrada retardaban la hora de América en comparación con el tiempo europeo. Junto a la estructura del Estado español traído a las Indias, se superponía la circunstancia autóctona, aquella frecuente discordia entre ley y realidad histórica definida hasta la exageración en la famosa y destemplada carta de Lope de Aguirre, “El Tirano”, a Felipe II. He leído en el Archivo Nacional curiosos papeles de encomenderos de comienzos del siglo XVI que, al hacer ante la Corona su recuento de servicios, dan una imagen de la vida venezolana en aquellos años que podría homologarse a la difícil existencia europea durante el

feudalismo. La influencia organizadora del Estado se relajaba a medida que se salía de los pequeños núcleos urbanos, con su iglesia y su cabildo, a la naturaleza semibárbara. Ver, más allá de la historia externa y de las fórmulas frecuentemente convencionales y mentirosas, lo que don Miguel de Unamuno llamaba la intra-historia, el oculto y replegado meollo de los hechos, es así la tarea sutilísima del historiador. Porque lo contrario sería proceder como en cierto desventurado Manual de Historia Patria que se enseña en muchas escuelas y colegios, en que el proceso político nacional, el tránsito de uno a otro presidente, se narra como si todo hubiera transcurrido en la más perfecta y serena legalidad; como si el país no conociera jamás dictaduras y actos de violencia. Dicha historia, inspirada más en los documentos de la *Gaceta Oficial* que en los hechos mismos, casi se confunde con la de un apacible país como Suiza y en los días de más sosegada democracia. Como en un cuento de nuestro libro primario, el deber del historiador es no conformarse con la apariencia y averiguar qué es lo que está encerrado en el saco.

*

En la palabra “Venezuela”, que a partir de 1777 significó la fusión de núcleos territoriales que vivieron dispersos y que con la guerra de Independencia adquirieron la más valedera unidad histórica, cabe hoy —como en los motivos musicales de una sinfonía— la variedad de regiones, costumbres y formas de cultura. Desarrollada ya en gran parte la Historiografía Militar y Política, convendría detenerse un poco en la Historia cultural. Lingüistas, etnógrafos, antropólogos, folkloristas, economistas, mancomunando su esfuerzo, deben trabajar en esa *Summa de Venezuela* de que estamos requeridos. Tanto como las grandes batallas de la Independencia, es un problema histórico saber cómo, en estos cuatro siglos que abarca nuestra historia documentada, el venezolano transformó su suelo; qué etapas ha sufrido su economía, qué ideas o consignas rigieron su vida espiritual. La historia de las ideas en que comienza a interesarse un grupo nuevo y muy

empeñoso de historiadores hispanoamericanos, es mucho más —como ya lo advirtieron Gil Fortoul y Vallenilla Lanz— que estudiar la influencia del pensamiento europeo en América; es esclarecer, al mismo tiempo, qué reacciones, cambios y reajustes suscitaron aquellas ideologías en su choque con un medio social distinto. ¿No es casi un tema patético inquirir, por ejemplo, aquella continua metamorfosis que la despierta cultura europea sufrió en el alma ardiente de Simón Bolívar? Seminarios de investigación donde jóvenes diligentes se entrenen en la nueva historiografía; colecciones documentales que hagan menos penoso el trabajo de búsqueda; clásicos y obras raras que desde el círculo cerrado de los eruditos se difundan en escuelas y colegios, se necesitan para la tarea exploradora. Y completar siempre la Venezuela ya escrita en los archivos y papeles viejos, con la que el emocionado caminador, el auténtico baqueano de la patria, descubre en un diálogo campesino, en una canción popular, en una de esas casas de provincia donde parece haberse detenido el tiempo.

Quizá para la empresa de grupo de donde surgirá nuestra futura historiografía, sea necesario dividir el país en zonas y áreas culturales. Habrá que hacer, por ejemplo —como lo realizan ya muchas naciones—, nuestro mapa lingüístico, que arrojará mucha luz no sólo sobre el habla común del pueblo, sino sobre las influencias indígenas y africanas y sobre tantos problemas semánticos que definen nuestra psicología colectiva. Porque en el idioma el hombre ofrece la más válida configuración de su alma. Tanto como una fuente escrita, son testimonios históricos para explicar contactos o formas peculiares de cultura los instrumentos musicales del pueblo, el ritmo de sus canciones, los materiales de su casa o decoración, el estilo de su cocina. Que la historia nos sirva más; que concurra con sus datos a aclararnos problemas e interrogantes de cada día; que no sea tan sólo el tema del discurso heroico sino la propia vida y el repertorio de formas de la comunidad, es cuestión que ya nos planteamos.

Quisiera decir que en pocos momentos como el que ahora se perfila el país requirió de mayor conciencia histórica. Los grandes

choques y corrientes espirituales del mundo ya no rebotan en Venezuela como en un país aislado, de relativa insignificancia dentro de la economía universal. Las grandes potencias y consorcios monopolistas extranjeros —como ocurrió en el siglo XIX— podían contentarse, en estas tierras casi virginales, con negocios de alto rédito como los ferrocarriles y obras portuarias que constituían casi todo el progreso técnico conocido por las generaciones precedentes. Los barcos de arribo a nuestros puertos arrojaban sus fardos de mercaderías y se llevaban, en cambio, el café y el cacao cosechados por sumisos peones, en un régimen patriarcal o feudal, según sea la connotación política con que queramos definirlo. A espaldas del trasatlántico en que los hacendados y los políticos prósperos iban a Europa, a espaldas de las grúas de los muelles, vivía el país una existencia soterrada, casi colonial. Generales audaces y, de pronto, un civil efímero se sucedían en la Presidencia de la República. Un mal año de cosechas y una turba creciente de cesantes, excluidos del presupuesto, desembocaba en una revolución para la cual se escribían las más resonantes proclamas. Con su ímpetu, con su desorden, con su siempre frustrado romanticismo libertario, Venezuela llevaba una existencia hermética al amparo de estas montañas costeras, de los inmensos llanos, de las cresterías andinas de donde surgían, a veces, hombres de voluntad conquistadora. Pero desde que en 1920 el petróleo comenzó a sustituir al café y al cacao como producto dominante, desde que un capitalismo técnico y financiero pesó en la vida del país, desde que la política mundial con sus nuevas místicas se hizo sentir en las discusiones públicas, habíamos dado el salto tremendo y, sin duda, arriesgado que nos separaba del siglo XIX. Parece que el país es potencialmente muy rico, y nuestro débil crecimiento demográfico sufrirá un cambio vertiginoso con las gentes que ya están llegando porque escucharon la nueva Leyenda del Dorado. Como en el sueño de los libertadores, América se ofrece como la convalecencia de Europa. Hay que esperar que los inmigrantes que ya comienzan a congestionar las ciudades descubrirán los caminos y bajarán los fosos que, desde esta accidentada serranía central,

conducen a una Venezuela más ancha, más desconocida. Entretanto empiezan a oírse en los cafés de Caracas, en los hoteluchos y albergues, todos los idiomas. Las instituciones y servicios públicos, el ritmo tradicional de la vida criolla parecen lentos y anticuados cuando se los compara con ese impulso foráneo, de intereses económicos, de aventuras y sueños insatisfechos, que parece ceñir nuestras playas. Adaptar a Venezuela a esas gentes que vienen y seguirán viniendo; defender, contra los nuevos conflictos de poder y hegemonía que habrán de suscitarse en el mundo, la línea de la nacionalidad, la verdadera tradición del Libertador, es nuestra próxima y más urgente tarea de educación histórica. Una nación —lo sabéis, vosotros, señores académicos, que con tanto esmero habéis estudiado lo que puede llamarse el legado moral de nuestro país—, una nación no es sólo una suma de territorio y recursos naturales, sino la voluntad dirigida, aquella conciencia poblada de previsión y de pensamiento que desde los días de hoy avizora los problemas de mañana. Por eso, no sólo por lo que fue sino también por lo que es y por lo que será, cuando un grupo de venezolanos estamos juntos invocamos, como el del más desvelado contemporáneo, el nombre de Simón Bolívar. Es que, por sobre el uso y el abuso verbalista que se haya hecho de nuestro héroe fundador, él constituye una de las primeras y primordiales razones de nuestro vivir histórico. Hubo en ese momento del siglo XIX que fue el de Bolívar, un potente núcleo de suramericanos que, contra designios de la Santa Alianza, pusieron cerebro y corazón animoso para que las tierras de nuestros países no fueran de reparto entre grandes y empezásemos a ser dueños de nuestro destino nacional. Había que lanzar, hasta sobre la desolación y la desdicha, los dados de la Historia como lo hizo el Libertador. Pero la lucha por la independencia de América no se cerró en Ayacucho; es proeza que revive contra peligros y armas distintas en cada generación. Y como lo ha dicho Benedetto Croce en un libro admirable, la Historia sería vano ejercicio retórico y recuento de hechos que, por pasados, son irreversibles, si el hombre no viera en ella una permanente y siempre abierta hazaña de libertad.

Señores Académicos:

Os reitero las gracias no sólo por el honor que me habéis discernido, sino por la oportunidad, ínsita a él, de departir en vuestra sabia compañía y de colaborar con vosotros en una tarea de conocimiento venezolano que nos importa a todos. Aquí os traeré —no pretendo emular vuestra ciencia; ya que en el campo de la historia patria apenas hice excursiones veloces—, aquí aportaré, por lo menos, mis dudas, mis preguntas, mis perplejidades. ¿No es el mejor y más sereno símbolo de la vida intelectual de un país ese diálogo, ese cuestionario a veces angustiado, a veces cabiloso, con que cada generación quiere aprender e interroga a las que la precedieron?

PROCESO DEL PENSAMIENTO VENEZOLANO*

Además de los libertadores, hay algunos rostros que frente a la gran tragedia y el azaroso vivir al día de la historia política venezolana representaron la previsión, la prudencia, la búsqueda de un pensamiento nacional afincado en la realidad de nuestra existencia histórica y servidor de ella. Dos grandes generaciones ha conocido hasta hoy la historia de Venezuela: la de aquel puñado de audaces que realizaron la Independencia y la de aquéllos más tranquilos, pero no menos inteligentes, cuyo doloroso testimonio de la tierra quedó expresado por ejemplo en los discursos y discusiones de la Convención de Valencia en 1858. Buscando el instinto más que la reflexión, hemos solido olvidar el pensamiento de los héroes civiles —Gual, Fermín Toro, Valentín Espinal, Juan Vicente González, Cecilio Acosta— que supieron ver como pocos, y teniendo la esperanza de mejorarla, la oscura y tumultuosa verdad autóctona. Después de ellos, o simultáneamente con ellos —como en la dolorida y recoleta existencia de Cecilio Acosta—, comenzó la era de los “caudillos únicos”, de los “césares democráticos” bajo cuyo reinado el pensamiento nacional perdió su fuerza creadora y combativa o se ocultó y proliferó en el matorral de la inofensiva retórica. Dice Harold Lamb que Gengis Kan, el terrible jefe de las estepas asiáticas, gustaba rodearse de los letrados chinos, no precisamente para escuchar sus consejos, sino porque aquéllos sabían iluminar en oro, en rojo y en azul los más bellos manuscritos. Letrado y dibujante eran términos casi sinónimos en el tiempo de Gengis Kan. Y el “jefe”, que no comprendía ni se interesaba por el

* Se publicó por primera vez en entregas al diario *El Universal* de Caracas, del 17 al 20 de abril de 1937, con el título de “Proceso de la inteligencia venezolana”.

pensamiento, era extraordinariamente sensible a la bella caligrafía. Un manuscrito iluminado le parecía tan hermoso como una silla de montar, unos bien librados estribos o aquellos cráneos de los enemigos muertos que con su pie de plata eran las copas más apetecibles. Así bajo el reinado de los “césares” los intelectuales venezolanos solieron llamarse “orfebres”, coleccionistas de adjetivos, optimistas y alabadores profesionales que trabajaban el pensamiento como los talabarteros y los calígrafos de Gengis Kan. Hay algunos libros documentales que expresan esta era sombría de sumisión y miseria de la inteligencia venezolana: una gira de Castro por los Estados del interior, “sincronizada”, diríamos hoy, por los más retumbantes discursos; y el pequeño libro en que Morantes se complació con humor triste en apresar y recoger, como un herbario, las adulaciones más sonadas que había merecido el Restaurador. Bajo Gómez fue la época del soneto y de la sociología: el soneto tenía como tema la paz del “Benemérito”... paz de las vacadas en los potreros de Aragua, de las carreteras y la prisión civil. Muchos venezolanos —que no sabían hacer otra cosa— hicieron sonetos. En cuanto a la sociología, al servicio del César, con su revestimiento de cientificismo pedante, de mal aplicadas ideas de Taine o de sociólogos de menor cuantía que ya estaban completamente trasnochados o superados en Europa, propagó una resignación impotente cuya influencia deletérea en el espíritu nacional examinaremos después. En el pesimismo, la alabanza fácil y la conformidad ante un estado social desventurado como era el de nuestro país, se olvidó aquel pensamiento constructivo que tuvo la generación de la Independencia y que fue el mensaje intelectual de un Fermín Toro o un Cecilio Acosta.

Desposeído el escritor criollo de toda misión social, no tuvo otro destino —si quería ser limpio y honesto— que evadirse por las rutas de la fantasía, verter en fábulas su dolor del tiempo presente. Para algunos, siguiendo el viejo ejemplo de Juan Vicente González, la Historia Nacional era como un castillo recóndito donde encerraban su callada y amarga protesta. Es el caso de ese como último discípulo de Rousseau y heredero de la tradición de

don Simón Rodríguez, que se llamó Lisandro Alvarado. Alvarado es una de las mentalidades más curiosas y un poco malogradas que ha producido Venezuela. Su inconformismo —como el de don Simón Rodríguez— se transformó en espíritu nómada, en permanente curiosidad, en ansia de lo primitivo. Era el hombre que quería buscar en el idioma y la convivencia de los indios el sentido y explicación del universo que no podían enseñarle los doctores de Caracas; que se ponía unas alpargatas y se dejaba apresar en la recluta para identificarse con los pobres soldados palúdicos que comen su ración de “topochos” y tocan su triste “cuatro” en la plaza de la aldea criolla; que en una recepción del Ministerio de Relaciones Exteriores exhibe una corbata de púrpura y un prendedor con la calavera y las tibias de la muerte como para escandalizar —un poco infantilmente— a los prudentes funcionarios; que defiende contra la Facultad de Medicina de Caracas al yerbatero Negrín “porque éste ofrece yerbas de nuestros campos y vosotros, señores doctores, usáis venenos químicos y cobráis veinte bolívars por la consulta”. Esta simpática y buscada extravagancia de un hombre como Alvarado esconde de manera simbólica la tragedia de la inteligencia criolla, del hombre inconforme entre muchos hombres satisfechos. Quienes como él no podían dialogar con los indios, o perderse por los caminos de Venezuela arrastrando las alpargatas del recluta, o leer los clásicos latinos, salían al extranjero —Morantes, Blanco Fombona, Pocaterra— a derramar sus panfletos y protestas. Otros solían malograrse en el clima trágicamente monótono de las tiranías estúpidas, de una existencia como al margen de las aspiraciones y los problemas del mundo moderno. Venezuela no sólo ha devorado vidas humanas en las guerras civiles, en el azar sin orden de una sociedad violenta, en convulsionado devenir, sino también marchitó —antes de que fructificaran bien— grandes inteligencias. Entre las no pocas cabezas que surgieron de nuestra tierra no infecunda, tal vez la única que cumplió goetheanamente con su nutrido mensaje fue la de Andrés Bello. Pero la obra de Bello fue a convertirse en organización civil, en norma jurídica, en tradición cultural en la República de Chile.

Sobre otros grandes hombres nuestros cayó un destino de misantropía y soledad como el que acabó con la extraordinaria existencia de Cajigal, o de ya insalvable fatalismo histórico como fue el caso de Gual, de Fermín Toro, de Juan Vicente González, de Cecilio Acosta. En la primera de sus novelas, *El último Solar*, ha contado Rómulo Gallegos esta historia permanente y profundamente nuestra del idealista que no alcanza a convertir su ideal en acción, del reformador que no reforma.

*

Después de la Guerra Federal (1859-64) había entrado el país en un proceso de barbarización que no alcanzó a superar ni vencer el sedicente “despotismo ilustrado” de la época de Guzmán Blanco. Imbuido de la suntuosidad ornamental y aparatosa del Segundo Imperio Francés, inteligente e intuitivo, pero al mismo tiempo vanidoso y cerrado en su providencialismo, Guzmán olvidó, por la obra de ornato o por la empresa entregada al capital extranjero, las cuestiones inmediatas de la tierra; su progreso se quedó en la periferia y no llegó a lo profundo de la vida nacional. Tuvo oportunidad de hacer una política semejante a la de Sarmiento, Mitre o Pellegrini en la República Argentina; encontraba un país que le hacía caso y podía poblar y sanear (era el momento en que grandes masas de población europea desembocaban en la Argentina.). Pero su simple ideologismo y su vanidad de dictador limitaron la obra de Guzmán Blanco: en vez de unir una Venezuela agotada, desangrada y barbarizada por las guerras civiles, se complació en dividir. Venezuela dentro de la idea guzmancista —que fue también la de aquella facción que se denominó el “Partido Liberal Amarillo”— se dividía en los “buenos” y en los “malos”, en los “liberales amarillos” y en los “godos de uña en el rabo”. Fue muy inferior a Páez, porque no logró formar en torno suyo una “inteligencia” que le diera forma, base jurídica o moral al Estado venezolano. El intelectual para Guzmán Blanco fue el amanuense, el rapsoda de las glorias del “Ilustre Americano”. Y con el pretexto magnífico de una cuestión doctrinaria (Venezuela

no quería que los sacerdotes se metieran en la política), escamoteó el verdadero problema venezolano, que era el de aquellas masas campesinas de la Guerra Federal que con su oscuro instinto reclamaban justicia económica; “Anticlericalismo y alternabilidad republicana” fueron casi las únicas consignas que podían traducirse claramente dentro de la retórica vaga y proliferante de lo que se llamaba “Partido Liberal”. Anticlericalismo: el sonado asunto de las “manos muertas” y de la “laicización de los bienes de la Iglesia” no enriqueció precisamente al país sino a los jefes y usufructuarios de la Federación. En cuanto a la alternabilidad republicana —no del César, naturalmente, que se hacía aclamar y reelegir, sino de los funcionarios, sometidos al arbitrio y la caprichosa voluntad del amo—, impidió que se formara en Venezuela ese elemento de orden y de disciplina social que se llama una reglamentada administración pública. (El funcionario, que no necesitaba competencia ni adiestramiento técnico, sino dependía solamente del tornadizo humor del “jefe”, consideró su empleo como una provisoria y eventual época de “vacas gordas”, como un premio de la lotería fiscal que es preciso aprovechar dado su carácter aleatorio. Sociológicamente, Venezuela después de las guerras civiles de la segunda mitad del siglo XIX es como una gran montonera —sin ejército, sin administración pública digna de este nombre— donde el caudillo más guapo, inteligente o astuto se impone sobre los otros caudillos provinciales.)

Si, para sus obras de ornato, Guzmán Blanco pensaba en la Francia del Segundo Imperio, y por ello algunos edificios públicos construidos en esa época tienen un estilo de balneario, para gobernar sobre los voluntariosos caciques era como el Supercacique que hablaba... francés. Desaparece de la acción pública aquella inteligencia constructiva de nuestros primeros legisladores, hombres de Estado o pensadores; y el escritor y el jurista sólo sirven, como en Bizancio, para poner en mejor prosa los caprichos del Jefe. Es el valor del “guapo” o la audacia arbitraria del “cacique” la más alta medida humana en ese largo período histórico (1864-1935) que se prolonga hasta el final de la dictadura de Gómez.

Ya en 1865 un escritor de la talla de Juan Vicente González se había colocado con un poco de romanticismo histórico en la posición del último venezolano que ha visto morir a los hombres que hicieron la patria, que ha enterrado con Gual al último grande hombre de Estado, con Fermín Toro al último gran humanista; que ha sido testigo de la lamentable senectud de Páez. Se objetará, y con razón, que lo que dolía a Juan Vicente González, a pesar de que su estilo y su visión histórica habían recibido la influencia de Michelet, era la desaparición de una tradición aristocrática, vinculada un poco a los “mayorazgos” intelectuales de Caracas. Venezuela, por la necesidad imperiosa de la realidad geográfica, no eran las cultas tertulias caraqueñas de don Manuel Felipe Tovar, ni el grupo de humanistas que habían hecho muy bien su latín en el Seminario Tridentino, ni las jóvenes generaciones del Colegio del Salvador del Mundo. Venezuela era también el desierto y los hombres del desierto, ansiosos de expresión, cuyo caudillo y profeta se llamó Ezequiel Zamora. Pero ocurrió que esa educación un poco para las “élites” intelectuales (la educación del Latín y el Derecho Romano de nuestros primeros hombres públicos) no fue reemplazada por una Educación democrática, por el “humanismo moderno” con que soñaba Cecilio Acosta.

Cecilio Acosta fue uno de los hombres que entre los años 60 y 80 tuvieron una visión más aguda de los problemas y urgencias nacionales. Se han precipitado sobre el país las masas rurales, los “hombres nuevos” que movilizaron las facciones federalistas: era preciso incorporarlas a la cultura, “darles forma”, como diría Spengler. Y ese humanista —esa especie de fraile laico— sabe ver los caminos de la civilización contemporánea. Más que en los discursos académicos —demasiado adornados para nuestro gusto de hoy—, el pensamiento vidente y vigilante de Acosta se vierte en aquellos artículos o cartas un poco familiares en que parece discutir con un interlocutor invisible el destino de nuestras democracias criollas. El mundo democrático sajón le sirve como ejemplo, contraste y amenaza ante el desorganizado mundo indolatino. Pide para Venezuela nuestro humanista aquello que es un lugar

común pero que en la práctica no hemos hecho: una enseñanza democrática que a base de idiomas modernos bien aprendidos nos abra las rutas del comercio y el conocimiento mundial; menos doctores y más agricultores y artesanos, estudios técnicos, conocimiento objetivo y directo de nuestro territorio. Contra el peligro imperialista sajón que ya había advertido admirablemente Gual, Acosta recomendaba “sajonizarnos” un poco, no renunciando a nuestra alma nacional pero adaptándola a los valores y las formas del mundo moderno. Éramos los románticos, los soñadores indolentes y desaprensivos, en una civilización dirigida por ingenieros y hombres de empresa.

Pero bajo la autocracia guzmancista no era un pensador aislado, como Acosta, quien podría transformar la vida nacional. Él y otros intelectuales que no se plegaron a la alabanza y perpetua apoteosis del Dictador, vegetaban en ese “cementerio de los vivos” de que hablaba el propio Guzmán Blanco. La gran retórica de la “causa liberal” ahogaba en las aclamaciones del “septenio” o del “quinquenio”, en los discursos y manifiestos presidenciales, en los editoriales de *La Opinión Nacional* —primera gran empresa de periodismo cesarista surgida en el país—, el eco de un verdadero pensamiento nacional que ayudara a la edificación democrática. La fuerza del Estado guzmancista se expresaba en aparatosas obras de ornato: el Capitolio Nacional construido en ochenta días, el Paseo del Calvario, las torrecillas góticas de la Universidad, etc. Entre tanto se extendía el paludismo en el Llano, se estancaba la riqueza ganadera y pagábamos en contratos leoninos las pocas obras de efectivo progreso construidas con auxilio del capital extranjero (muelles y ferrocarril de La Guaira, ferrocarril de Puerto Cabello, etc.).

El clima propicio y los elementos raciales más homogéneos favorecían a algunas regiones del país, como la región andina, que permanecieron un poco al margen de la vasta tormenta federal y que aun sin recibir inmigrantes y disponer de buenos caminos al mar, aumentaban, empero, de riqueza y de potencial humano. Son estas circunstancias étnicas y sanitarias las que en la alborada del

presente siglo producirán una revolución andina. Lo que se ha llamado “la cuestión andina” reproduce en pequeño, en nuestra Historia Nacional, el caso del Lacio agrícola y biológicamente fuerte y unido de los primeros siglos de la historia romana, sobre las poblaciones más brillantes, pero más divididas, de la Italia meridional o de la Macedonia montañesa sobre los retóricos y discutidores de Atenas. Ningún problema de historia venezolana requiere del historiador o sociólogo mayor cuidado y comprensión al interpretarse. Que bajo Castro y Gómez, los dos caudillos montañoses, la administración fuera rapaz, no es culpa de los Andes sino de la vasta dolencia social. Y en la descomposición de ese período que Pocaterra ha llamado la Venezuela de la Decadencia, Castro y Gómez, ayudados también por sus “doctores”, pueden afirmarse en el poder, nueve años el uno, y veinte y siete el otro.

Medio siglo después de la Federación aún subsistía aquel estado social informe creado por ella. Castro, Gómez y sus “jefes civiles” eran como los últimos y tardíos representantes de esas masas rurales que entre 1858 y 1864 destruyeron las “formas” del Estado venezolano. Habrían podido llegar a incorporarse normalmente a la vida nacional si lo que entre nosotros se llamó campanudamente el Liberalismo, hubiera realizado lo que no alcanzaron o no pudieron realizar los godos: un plan económico y una reforma educacional. El poder público se deseaba como una industria en un país de tan rudimentarias formas económicas como era el nuestro. Si algunas pequeñas oligarquías provincianas conservan las haciendas heredadas de sus mayores y la tierra rica (a pesar de la técnica agrícola primitiva) les da holgadamente para vivir, si a la sombra del capital extranjero empieza a formarse en Caracas y en los centros comerciales otra oligarquía que acapara los bancos y el comercio exterior, la gran masa carece de destino económico. El venezolano que no heredó hacienda y que no tiene vocación para médico o abogado (las dos profesiones liberales a que se aspira más anhelosamente) no encuentra qué hacer. Por esta razón, las guerras civiles y revoluciones de Venezuela en el siglo XIX parecen movilizar en busca de un destino personal a esa masa de población

pasiva, sin ubicación ni sitio en el mundo. Pequeños comerciantes y gentes endeudadas se incorporan así en las facciones de la Federación y de las guerras que vienen después. La vida venezolana de aquellos días es la enorme novela de las gentes que se lanzan a perseguir la suerte. Se esperaba una revolución casi como un medio de circulación económica; se robaba al hacendado o se imponía un “empréstito forzoso”. Cuando no había una revolución, eran aventuras como las del caucho o el oro de las selvas guayanesas, las que lanzaban a las gentes tras un nuevo Dorado de fortuna.

El atraso cultural iba de mano con el atraso económico y explica también la violencia inaudita de aquellas horas de historia nacional. Ante las masas nuevas y bárbaras que había aflorado la Guerra de Federación, un hombre como Guzmán Blanco llega a asustarse y tiene una gran idea: multiplicar las escuelas, crear la educación primaria obligatoria. Esta idea guzmancista, como todas las suyas, apenas roza la superficie del problema. Indudablemente hay más escuelas en 1884 que las que se hicieron en el tiempo de los godos. Pero estas escuelas sin maestros (porque los caciques locales nombran a su guisa los preceptores), sin material de enseñanza, sin relación práctica o emocional ninguna con el medio donde deben actuar, apenas enseñan a algunos proletarios o campesinos venezolanos a garrapatear su nombre o a leer deletreando. No se traducen en cambio moral o económico provechoso para el medio rural. No mejoran la producción ni las formas de la convivencia familiar, ni la comprensión cívica de la patria. Por lo demás, el esfuerzo educacional de Guzmán Blanco no tiene continuidad bajo los “césares” posteriores. Recientemente, y de manera muy sagaz, ha hecho Arturo Usler Pietri un estudio crítico de los presupuestos venezolanos en el presente siglo. La instrucción pública es naturalmente, bajo los regímenes de Castro y Gómez, la rama más abandonada y peor dotada entre los servicios del Estado. En esta materia nos corresponde, bajo el gomecismo, el triste privilegio de ir como a la zaga de los países suramericanos.

Ante las desgracias del país y el empirismo y la rutina bárbara que se suceden bajo la forma de malos gobiernos, la inteligencia

nacional suele reaccionar conformista o pesimistamente. Un venezolano que hubiera nacido en las últimas décadas del siglo pasado —el 70, el 80, el 90—, y cuya edad de razón correspondiera a los regímenes de Castro o Gómez, no habría visto en torno suyo ni podía aspirar ni desear otra cosa. Lo que entre nosotros se llama la cultura no es propiamente la identificación o comprensión con la tierra sino la fuga, la evasión. El “modernismo literario” de los años 1890 a 1900 significó para los intelectuales venezolanos el camino a Europa, la reivindicación individual de cultura de los mejor dotados, en un país que todavía no los comprende ni los necesita. El nombre de la revista con que se inicia una de las más brillantes generaciones literarias que ha tenido el país —la de Coll, la de Díaz Rodríguez— es revelador de ese estado de alma. Se llama *Cosmópolis* porque hay que buscar en otras tierras el contento espiritual que no puede ofrecer la nuestra. Porque en el medio no dominan las ideas sino los instintos, el escritor o el artista se encierran en su “torre de marfil”, en el shakesperiano castillo que sirvió como título a un libro de Pedro Emilio Coll. Las dos actitudes más frecuentes en la literatura y el pensamiento venezolanos de ese período son el criollismo folklórico y el ausentismo estético. El decadentismo europeo y el individualismo estético de los años 90 alejan al escritor de la tierra o lo impulsan a erigir, frente a la oscura realidad próxima, su fantástico mundo de sueño y de errancia, como en el Tulio Arcos pintado por Díaz Rodríguez. Si los mejores escritores de esta generación y de la inmediatamente anterior —Gil Fortoul, Zumeta, Díaz Rodríguez, Coll, Urbaneja Achelpohl— han escrito páginas que cuentan entre lo más duradero de la prosa venezolana, a otros puede aplicárseles la definición de Francesco De Sanctis al explicar el barroco literario italiano de la época de la Contra-Reforma: “Toda idea literaria —decía De Sanctis— se refiere a la forma y carece, entonces, de contenido. La literatura es una especie de espectáculo vocalizado en que predomina y se busca lo intrincado del concepto, el brillo de la imagen, la sonoridad de la frase. Es un ideal frívolo y convencional con escaso sentido de la vida real; es un absoluto ocio interno.” Mientras los

bárbaros llegan —como en *Ídolos rotos* de Díaz Rodríguez—, el artista que se siente desterrado en el medio, sin voluntad ni apatencia para un combate que advierte desesperado, se refugia en el amor o en un solitario e incompendido ideal de belleza. O bien —ya que todos son bárbaros—, con frenesí dannunziano, quiere buscar también la oscura y cruel hermosura de la barbarie. (Había poetillas decadentes que comparaban a nuestros “jefes civiles” de la época de Castro y Gómez con los *condottieri* del Renacimiento.) Ser “guapo”, en el sentido de la violencia criolla, parecía también un valor estético.

A pesar de nuestro atraso científico, o precisamente por eso, el materialismo determinista de la segunda mitad del siglo XIX era la única corriente filosófica que había penetrado en nuestras escuelas. Como ya lo he explicado en otro ensayo mío (*Hispano América, posición crítica*), surge en esa época, entre nosotros, una sociología de tipo cesarista que pretende justificar el hecho venezolano y que puede esgrimirse como arma providencial de propaganda política.

Los ensayos del Dr. Arcaya, por ejemplo, que ha hecho un trasplante tropical de las ideas europeas de Taine en sus *Orígenes de la Francia contemporánea*, de Lettourneau, Tarde o Sergi, tienden a producir este conformismo o renunciación del hombre ante el medio. Para su sociología (que en este punto se acerca curiosamente al materialismo marxista), son causas de orden naturalista las que producen y concatenan con inexorable fatalidad los sucesos históricos. El hombre —aunque sea el grande hombre— no es sino un contemplador pasivo de las fuerzas mecánicas e ineludibles que, según él, imponen el ritmo de la Historia. Bolívar tenía un pensamiento —parece decirse el Dr. Arcaya—, pero las circunstancias geográficas, étnicas, económicas y sociales hicieron de la acción de Bolívar algo muy diferente de lo que él soñó o se propuso. En nombre del materialismo científicista que atribuye al hombre del trópico las peores condiciones de realización, el Dr. Arcaya ataca en un discurso memorable el sueño cívico y legalista de Muñoz Tébar en su obra *Personalismo y legalismo*. Mientras que

para ese genial creador de la Historiografía moderna que se llamó Leopoldo Augusto de Ranke, la Historia es precisamente aquello “que no quiere someterse ni resignarse a la naturaleza, la creación cultural que predomina sobre la fatalidad telúrica, el conflicto grandioso de las voluntades humanas”, para Arcaya la Historia es una especie de ciencia natural. Por ello, porque las cosas suceden como suceden y la voluntad humana no puede torcer su inexorable curso, Arcaya es el pensador eternamente viejo, sin ilusión ni esperanza. Exagerando a Taine, todo se lo explica por factores naturalistas: Bolívar sale para él de los antepasados vascos trasladados al trópico; Páez es un producto puro de la sabana venezolana. Pero lo que con la expresión goetheana podríamos denominar “la formación y el aprendizaje”, la gran aventura del hombre para forjar su destino, no encuentra en él una explicación clara. Si a menudo los conservadores reclaman para sí una filiación espiritualista, el conservatismo de Arcaya es, por excepción, materialista. Antes de él los historiadores y escritores venezolanos —Larrazábal, Eduardo Blanco— habían visto el pasado nacional envuelto en las nubes del poema épico. Se escribía, se escribe aún de Historia, en fatigoso tono de himno. Pero para reaccionar contra ellos se cae con Arcaya en el extremo contrario: se convierte la Historia en un como capítulo de la Geografía Física o de la Etnografía.

Mucha mayor viveza de forma y de intención dialéctica tienen los trabajos de Vallenilla Lanz. Este alegato apasionado, habilitosísimo, que él formula en pro del cesarismo criollo, se quebranta por su base. Vallenilla aspira a una teoría del pueblo y del Estado venezolanos, a descubrir una “constitución natural” que oponer a las constituciones de papel de los ideólogos que desdeña, como si Venezuela fuese ya una nación fijada en un definitivo cuadro histórico. Argumenta un poco como podría hacerlo un Mommsen contemplando desde una lejana perspectiva histórica el Estado romano. Para él, Venezuela ya “es”, y no comprende, y no quiere comprender, que Venezuela “deviene”. Buscando un paralelo al caudillismo criollo, se encuentra con el caudillismo argentino de la época de Rosas; pero lo que puede ser una forma transitoria se le

aparece ya como fijado y permanente. Al poder despótico, surgido de la montonera y de la guerra civil, él le agrega el epíteto “democrático”. Pero la palabra “Democracia” apenas parece tener en Vallenilla un sentido racial, étnico. Venezuela es Democracia para Vallenilla porque algunos hombres de color o de humilde origen se convirtieron, merced a las guerras civiles del siglo XIX, en clase dirigente. Es decir, de sometidos se transformaron en opresores, sin que cambiara absolutamente la estructura económica.

Recuerdo —siendo yo un adolescente— haber escuchado dos o tres veces la charla vivísima y anecdótica de Vallenilla Lanz. Para ser un venezolano de su tiempo, había acumulado una carga opulenta de fría desilusión. Manejaba cada anécdota de los caciques de la guerra civil como una ley de inexorable sociología. Por no creer en la eficacia de las ideas, se entregaba a ese mensaje oscuro del instinto bárbaro. Escribió con talento y seguramente fue sincero. A la corriente intelectual que él representó se le pueden aplicar algunas de las ideas-fuerza de aquella política.

Desde un punto de vista puramente literario es *Doña Bárbara*, de Rómulo Gallegos, la más significativa obra de ficción producida al final de la época gomecista. Es el libro en que mejor cabe, hecho símbolo, la tragedia civil que sufría Venezuela. *Doña Bárbara* es el instinto puro y devorador que consume toda construcción, todo orden de la inteligencia y la cultura. Ella se yergue ardorosa y terrible en su voluntad de barbarie. Es como la Venezuela mestiza surgida de la montonera primitiva, del pueblo sin guía, del Estado sin forma que hemos sufrido a través de las crueles guerras inexpiables y las dictaduras de los siglos XIX y XX. Y aquel mundo de *Doña Bárbara* se puede comparar —si no literariamente, por lo menos desde el punto de vista sociológico— con la Venezuela aldeana que con parecido dolor civil describiera Fermín Toro en un discurso famoso de la Convención de Valencia en 1858. Entre uno y otro testimonio literario han mediado setenta años: es decir, el curso de más de dos generaciones. Y a pesar de algunos ferrocarriles y carreteras, el estado social del pueblo parecía el mismo en 1930. Superstición, rutina, crueldad. Después de Fermín Toro

las masas campesinas en que ardía un como instinto mesiánico siguieron a los caudillos que les prometían justicia. Pero los jefes de la guerra se convirtieron en los “jefes civiles” de la paz castrista o gomecista. Relatos fabulosos, los sueños de un mundo mágico, siguen llenando, como en 1858, el alma de la multitud analfabeta, crédula, infantil. Y la Historia que comenzó Bolívar está por proseguirse.

*

En 1936 se abrió como un paréntesis, se comenzó a ventilar la que era empozada existencia nacional. Tuvimos prensa libre y deseo de renovar nuestra historia. Nos faltaba educación política que no pudieron transmitirnos los largos años de “cesarismo democrático”, y aparecíamos de pronto en medio de la vida moderna, como confundidos e interrogantes ante la variedad de caminos. Democracia es la palabra permanente en que se han troquelado todos los anhelos de reforma y organización advertidos en los últimos años venezolanos. Somos en la mayoría gente de tierra caliente, y más que el plan tranquilo nos toma el arranque afectivo. El estadista debe contar con ello cuando se dedique a mejorar y transformar la realidad venezolana.

La Democracia —como ya lo enseñaba Cecilio Acosta entre los años 60 a 80 del pasado siglo— es, entre otras muchas cosas, un problema de cultura colectiva. Replegada en el bizantinismo formal de muchos años de tiranía; cerradas e inexistentes las escuelas y universidades donde pudieran formarse los hombres capaces de organizar un nuevo Estado, el problema cultural venezolano de los presentes días comporta una doble técnica y una doble solución. Por una parte esperan incorporarse a la vida jurídica y moral de la nación esos “Juan Bimba” sin historia (así se les ha llamado en 1936) cuyo destino étnico y espiritual todavía es un secreto; masa campesina y proletaria en cuya sangre se han confundido al través de las generaciones el blanco, el indio, el negro; raza nuestra cuya única forma de expresión colectiva

fue la violencia. Había hecho crisis la pequeña escuela —donde, como decían los programas de Instrucción Primaria, se les enseñaba “Lectura, Escritura, Historia Patria, Aritmética Razónada”—. Hay que enseñarles, también, a producir, a mejorar el trabajo de sus manos, a hacer moral y estéticamente más sana su convivencia.

Educación económica (rural, manual, técnica), educación física y sanitaria son rubros casi nuevos en eso que hasta ahora denominábamos nuestra Instrucción Pública. Simultáneamente con ello, hay que crear las cabezas que piensen para la nación, los hombres capaces de señalarnos los caminos de la vida moderna. El médico, el abogado, el poeta espontáneo, han solido ser los únicos representantes de nuestra vida cultural. Al humanismo clásico que dio su mejor fruto en Bello, en Fermín Toro, en Juan Vicente González, no lo sustituyó, en nuestra enseñanza universitaria (fábrica de profesionales), el humanismo moderno en que pensó Cecilio Acosta. Nuestra cultura superior ha sido —como en todos los países suramericanos— algo extraño al medio, flotante sobre nuestra realidad, ajena al misterio propio que se llama el país. Glosa, repetición, traducción, fue la forma de nuestras universidades anquilosadas. El sabio solía ser el abogado instruido en los códigos de los más lejanos países, y que almacenaba en su memoria las sentencias de la Corte Federal y de Casación. Por ello existe tan profundo abismo entre las leyes fabricadas en Caracas y la oscura circunstancia autóctona. Por ello lo que tiene más valor en la producción cultural venezolana son algunas obras de imaginación donde el instinto del artista —como en ciertas páginas de poesía o de novela— tropezó, más inconsciente que conscientemente, con el secreto o el enigma nativo. Algunos hombres de ciencia bien dotados, capaces de investigar y crear en un medio que no los comprendía, han trabajado terriblemente solos. Al margen de ellos, con el empirismo, la rutina, la copia mecánica de la Ley y el Decreto, permanecía el Estado venezolano.

Contra la inteligencia creadora y renovadora que en un medio de lucha cultural como el europeo transforma la realidad,

abre la brecha de nuevos destinos sociales, han conspirado entre nosotros no sólo la ignorancia, sino el materialismo de una época de tanta depresión moral como la de la dictadura de Gómez. El destino mágico y extraordinario de aquel campesino astuto y rapaz hacía pensar a muchos que el dinero adquirido de cualquier manera y el poder eran los dos únicos valores humanos. Conocible y explicable era el desdén de Gómez por los letrados: ¿no le daban forma ellos a sus más oscuras intenciones?; ¿no le reformaban la Constitución cuando así convenía a los negocios del “Jefe”?

El dinero fácil compraba los hombres o los hundía en el carnaval de favores, humillaciones e indignidades. Unos ingenieros yanquis habían descubierto el petróleo y la riqueza fiscal mal administrada servía para la corrupción cotidiana de almas. Muchos que tenían capacidad y talento se perdieron en esta gran feria de vanidad y de peculado. No hay una vida intelectual organizada porque no se la necesita y los cuatro temas de la literatura oficial: la “paz”, el “trabajo”, el “Benemérito”, “los malos hijos de la Patria”, agotaron ya su posibilidad expresiva. A través de 27 años ha caído regular, monótonamente, el mismo diluvio de adjetivos. Desaparecieron las revistas donde en otro tiempo se discutían problemas nacionales. Unos cuantos semanarios gráficos, que publican las instantáneas de una corrida de toros o “El General en Las Delicias”, sirven para darle cabida y satisfacción a la intelectualidad gomecista. La otra intelectualidad está aherrojada en las prisiones, dispersa en el extranjero o reducida al silencio en la propia patria. En la Universidad se seguía repitiendo el *Derecho Romano* de Gastón May y la *Anatomía* de Testut. Con ello se obtenía un título y, si se era dócil, era posible incorporarse al rodaje de la pesada, rutinaria —pero eterna— máquina dictatorial...

Una tan larga experiencia de males nos da acaso, por contraste, la posibilidad de cambiar. Es ahora el instante de volver por esa tradición cultural que perdimos, pero que vivió con anhelo constructivo en algunos de los mejores y excepcionales hombres que ha dado el país. Contra el empirismo, la violencia, la eterna

sorpresas y la aventura criolla, podríamos invocar la inteligencia que planea. La inteligencia no como adorno y objeto inútil, como evasión y nostalgia, sino como comprensión y revelación de la tierra. Es una especie de plan para recuperar el tiempo; el tiempo que aceleró Bolívar y que después se retardó y empozó en la maleza oscura de nuestra ignorancia y nuestra desidia. El problema de la inteligencia nacional es el de aprovechar la energía perdida, de hacer consciente lo que hasta ahora sólo fue como rápida iluminación en algunos escritores y algunos artistas; de abrir —para los que estaban perdidos y ciegos— las ventanas y los caminos que se proyectan sobre el mundo.

ANTÍTESIS Y TESIS DE NUESTRA HISTORIA*

Hace pocos meses uno de los escritores venezolanos más diestros en la reflexión histórica, Augusto Mijares, reunió en un conjunto de ensayos, titulado *La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana*, lo que se puede llamar la crítica y el proceso de la tesis materialista y fatalista con que cierta familia de pensadores criollos abordó la explicación de nuestras sociedades vernáculas. Mijares polemiza un poco contra aquellos doctores que no vieron en la historia social y política de la América Latina después de la Independencia sino una pintoresca monotonía insubordinada, donde la agria ley del instinto bárbaro y un gusto del desorden por el desorden fueron más eficaces que el principio jurídico y la construcción abstracta de los ideólogos. En el alba de la historia política de nuestras nacionalidades se opera ese conflicto entre el letrado y el jurista que ha recibido la cultura europea y quiere arraigarla en el duro terral americano, y el violento hombre del destino que viene con sus jinetes nómadas, su lanza y su violencia a destruir la abstracta y artificiosa construcción de los intelectuales. Es simbólicamente el conflicto entre Rivadavia y Rosas en la República Argentina, entre Carujo y Vargas en la historia venezolana. La Historia de América no fue, en aquel oscuro momento genésico, como debía ser sino como pudo ser. Lo rural suele prevalecer sobre lo urbano; la inmensa tierra adentro —llano, pampa, serranía— no sólo manda a las más civilizadas ciudades del litoral la fuerza de sus vientos y sus lluvias, sino la más ciega voluntad

* Fue publicado por vez primera en la *Revista Nacional de Cultura* n° 3, Caracas, enero de 1939, pp. 11-16, con el título de “Antítesis y tesis venezolana”.

de sus multitudes fanáticas y vengadoras. Son días de violencia y furor, verdaderos *dies irae*.

Cuando la civilizada y confortable Europa de aquel tiempo que era para ella de expansión económica y de seguridad burguesa, y de fe en que las ciencias experimentales y el materialismo científico no sólo explicarían los fenómenos particulares sino pudieran proyectarse, también, al fondo complejo de las sociedades humanas; cuando, más allá del Atlántico, Europa y sus sabios miraban orgullosamente a nuestros pueblos recién nacidos, lo hacían aplicando esquemas y prejuicios que coreaban después —porque tenían la suprema autoridad de lo europeo— nuestros repetidores y exegetas. En Sur América había frecuentes revoluciones; cambiaban con extraordinaria prisa algunos jefes de Estado, o bien, si lograban dominar a los pequeños caciques alebrestados que competían con ellos, se afirmaban en el poder por largos e institucionales lustros. La Constitución era una camisa elástica que cambiaba —zurcida y enmendada por los doctores— según fuera el apetito y la gana del caudillo dominador. Miradas superficialmente, nuestras revoluciones y montoneras parecían, a la risa pronta de los europeos optimistas y bien alimentados de aquel tiempo, estupendos temas para las operetas y el *vaudeville*. En los espectáculos parisienses de *variété*, allá por el novecientos, las revueltas suramericanas competían con las balcánicas sus posibles argumentos de pintoresca teatralidad. Más de una canción parisiense de *avant-guerre* inventa y ridiculiza un falso paisaje americano de cocoteros, indios y revoluciones. De la misma manera, en la zarzuela española el caudillo americano que viene de la manigua, con su sombrero de cogollo y su melancólica voz cantante, solía ser a menudo un protagonista de la comparsa cómica. La estilización europea más lograda de esa visión arbitraria y absurda de nuestra América nos la ofrece la buida prosa del *Tirano Banderas* de Valle-Inclán: canto y caricatura magnífica de una América de cromo poblada de guitarras, hamacas, machetes y caciques de pelo hirsuto y ancho sombrero. Cuando se quería dar una explicación pretenciosamente científica de aquella turbulencia, se achacaba al

clima tórrido y al mestizaje racial. Con estos dos factores de raza y clima se fundamentaron algunos estudios sociológicos nuestros —por ejemplo, en Venezuela, los del Dr. Pedro M. Arcaya, discípulo de Le Bon o de Letourneau. La Europa que nos juzgaba había olvidado la perspectiva histórica y pretendía que nuestras soluciones sociales se adaptaran armoniosamente a las suyas. Olvidaba la Europa del siglo XIX que ella también fue díscola y tumultuosa en su período de formación; por ejemplo, en la Edad Media. Y que los caballeros de la Epopeya francesa no eran menos aficionados a la sangre que los caudillos de nuestra guerra civil. La técnica política, la crueldad fría y la astucia de un gran personaje de la vieja historia europea como Luis XI no eran, miradas en su medio y momento, diametralmente distintas de las de un voluntarioso caudillo criollo como Juan Manuel de Rosas en la Argentina. El error más grave era, así, aplicar a los fenómenos americanos los mismos valores de juicio que podían convenir a la Europa próspera, parlamentaria y capitalista del siglo XIX. La seguridad, la tolerancia, la organizada vida de la Europa de entonces, ¿no eran una consecuencia del bienestar económico, de la abundancia de mercados y productos, de la democratización de los progresos técnicos? Y como para desencantar a la orgullosa Europa que ya creía haber asegurado para siempre, como adquisiciones permanentes de su civilización, la tolerancia y la libertad civil, la filosofía política del liberalismo, la democracia electoral y el creciente ascenso económico de las masas, ¿no hemos visto después de la Guerra, en las naciones que sufrieron más, un como retroceso y crisis de aquellos valores, un nuevo e insospechado predominio de la violencia sobre la ley, un como “suramericanismo” político en el sentido en que calificaban nuestro sistema social los envanecidos pensadores de hace treinta años? ¿No se adornan de títulos pomposos, como nuestros caudillos del pasado, los dictadores europeos que brotaron de la tormenta material y moral de la postguerra? En algunos países que nosotros reverenciábamos como civilizadísimos ¿no están ahora sujeta la prensa, comprimida la opinión pública, repartida y confiada la Administración al grupo ciegamente adicto, con la

exclusión de toda idea discordante y análisis libre? Y ha ocurrido, como para destruir aquel esquema que nos asignaba a las naciones jóvenes de América, en comparación con las de Europa, una fatal inferioridad política, que en la hora presente la vida social y los regímenes de gobierno de nuestros pueblos americanos parecen ya más normales y jurídicos, con mayor respeto por la persona humana que las construcciones de odio que se han levantado en algunos refinados y supercivilizados países europeos. No es, pues, el clima o la mezcla de razas lo que produce la turbulencia o la dictadura, como nos enseñaban algunos maestros de la sociología naturalista. Violencia y dictadura son estados sociales y complejos que rompen el marco falso de una interpretación étnica, geográfica, antropológica.

Un caso como el de nuestra historia nacional podemos los venezolanos estudiarlo y mirarlo sin los prejuicios de una pseudociencia marchita, porque es nuestro mismo tiempo y el ensanche de nuestra pupila histórica lo que está rectificando los dogmáticos esquemas de ayer.

*

Fue Venezuela uno de los países donde la Historia se vivió más como tormenta y como drama. El largo trazo de gloria y aventura marcial que una milagrosa voluntad venezolana —guiada por hombres del empuje y al estilo de un Bolívar, de un Sucre, de un alma tan potentemente conspiradora y demoníaca como la de Miranda— marcó en la Historia de América, esa extraordinaria hora en que nuestros jinetes y pastores llaneros, ansiosos de espacio, cruzaron la América del Sur e iban a disputarse Repúblicas, vive en el recuerdo y la tradición venezolana con todo su patetismo romántico y hasta servía de contraste para lamentarse de la miseria y el dolor inútil que después siguió en muchas horas oscuras de nuestro inmediato pasado. En nuestra vida histórica de cortos años, pues sólo comenzó efectivamente en 1810, ya los venezolanos hemos hablado de “apogeo” y “decadencia”.

Como la historia es reciente y tiene por escenario una naturaleza inmensa y todavía en trance de domar, el esfuerzo del hombre es discontinuo y el hecho nuevo parece imprevisible. A la magnífica energía venezolana que se hizo sentir en el Continente durante las guerras de la emancipación, a ese momento triunfal en que Venezuela proveía de presidentes y libertadores a la mitad de la América del Sur; a la empresa libertadora que comenzando en el Caribe iba a finalizar en las lejanísimas punas heladas del Alto Perú, le sucede en nuestra Historia interior una época de intranquilidad y turbulencia que tiene su reverso terrible en la luchas sociales de la Federación. De la voluntad aglutinadora, de la conciencia nacional que habían tenido los próceres de 1810, se pasaba a la anarquía y disgregación de las contiendas civiles, apenas apaciguadas en la paz con mordaza de nuestros caudillos. Independencia y Federación eran como las dos claves históricas en que se desencadenaba el drama de nuestra nacionalidad. Una primera época afirmativa en que los venezolanos ofrecen a la libertad de América un caudal excedente de ideas y energía, y una segunda época negativa en que recludos ya de nuevo en nuestro escenario cantonal nos devoramos unos a otros; matamos venezolanos porque ya no hay godos ni españoles; guerreamos y peleamos y nos “alzamos” porque se ha destruido en el rencor fratricida todo concepto y toda idea de convivencia política. A los Libertadores se oponen, entonces, los Dictadores, los jefes de la mesnada ululante en quienes la ley se convirtió en látigo de cuero retorcido y la “cosa pública” se volvía despojo privado. Con breves interregnos de civilidad y legalismo que ni alcanzaban a gustarse, se desarrolla así todo un período de nuestra historia social que comenzó en 1858, o acaso mejor en 1848 con la primera presidencia de José Tadeo Monagas, para terminar en 1935 con la presidencia que parecía vitalicia de Juan Vicente Gómez. Interregno trágico de 87 años en que los venezolanos hemos alternativamente peleado o llorado, o bien, porque era menos peligrosa razón de vivir, nos adormecemos en el sopor de una vida material fácil ya que exigía poca cultura y poco bienestar y el trópico regalaba sin esfuerzo sus opimos frutos.

En ciertos momentos, y ante lo que sentíamos como invencible y empecinado desastre político, inquirimos si cuando Bolívar dijo su desconsoladora frase de “aré en el mar” no había descubierto la más dolorosa corroboración de nuestra historia.

Pero sólo en la Biblia o en los elevados y lejanos símbolos de la Teología existen pueblos perdurablemente marcados con un signo de maldición. La Historia no puede interpretarse sólo como antítesis, como alternancia de gloria y de miseria, de premio o de castigo. El hecho histórico tiene una vibración infinitamente más amplia que la que le impone nuestro subjetivismo romántico. Y ver, por ejemplo, en Venezuela una época grandiosa y dorada a la que se opone en claroscuro una época negra, es una forma de ilusión, una metáfora. La turbulencia y la ilegalidad violenta de todo un período de nuestra historia no significan para nosotros ninguna inferioridad específica en relación con cualquier pueblo americano o europeo, sino una explicable etapa de nuestro proceso social. Y aún podemos preguntarnos si esas revueltas que retardaron nuestro avance material no contribuyeron, desde cierto punto de vista, a solucionarlo, o cuando menos a precipitar la solución de otros problemas que sin ellas gravarían o complicarían más la vida venezolana.

De aquella antítesis, de aquel período oscuro, el historiador puede desprender también una tesis, algunos valores positivos susceptibles de hacerse razón y conciencia en el desenvolvimiento nacional. Veamos estas fuerzas y formas que marcaron la tipología de nuestro país en el conjunto de los pueblos de América.

*

La guerra fue —haciendo una desacreditada imagen romántica— como la enorme criba, el tremendo caldero de las brujas, donde iba a fundirse o a prepararse lo que empezamos a llamar democracia venezolana. Quien pueda sentir nuestra historia no como documento inerte sino como color, cuadro, imagen, notará cómo estas guerras fueron cambiando el tono y mudando el paisaje

social. Hasta 1810, hasta 1814 tal vez, fue la Colonia cerrada y dividida en sus estamentos y castas. Rígidis prejuicios de clase y de raza, la etiqueta y el formulismo puntilloso de una sociedad hermética, caracterizan nuestra vida colonial como la de otros pueblos de América. Hay algo más que anécdotas y lance divertido en aquellas disputas coloniales por la limpieza de la sangre, por el privilegio de servir en la milicia real o de llevar paraguas, Episodios y escenas que nosotros interpretamos con humor, los contemporáneos los sintieron como tragedia. (Aquello que un filósofo actual, Max Scheler, ha estudiado como un factor sociológico de suma importancia, el resentimiento, obra como un explosivo en grandes hombres de acción venezolanos, desde Miranda hasta Ezequiel Zamora. El joven Miranda, que ha visto humillar a su padre, convierte en conspiración genial su soterrado rencor contra los españoles, del mismo modo como Ezequiel Zamora no olvidará nunca, hasta que muere en San Carlos, en plena tormenta federal, la bofetada que recibió de un jefe goda en el año 46.) Pero la guerra fue en Venezuela, entre otras cosas, una como descarga y liberación del rencor de castas que había sedimentado la Colonia. Episodios tan trágicos como el de la Guerra a Muerte y el de la gran emigración del año 1814 ante el avance y reconquista española, me parecen decisivos para la formación del alma criolla. Con la Guerra a Muerte —aunque haya sido tan horrible, porque los momentos genésicos de todo pueblo y toda historia suelen ser momentos horribles— el criollo (llamando criollo no sólo al blanco americano sino a todos los que seguían la bandera de Bolívar) toma conciencia de su orgullo y de su valor frente al español; el derecho del suelo, su ocupación de la tierra, crean en él una como fuerza jurídica y moral que opone, osada y cruelmente, frente a la jerarquía administrativa y nobiliaria española. Bolívar trabaja y aprovecha la vehemencia de ese instinto popular; domina y es jefe porque no intenta imponer a esa belicosa montonera el orden y la disciplina militar de tipo europeo, que había querido importar Miranda. El Bolívar del año 13 es muy diferente del pensativo legislador de Angostura en 1819 y del hombre ya un poco desengañado y un tanto reaccionario que vive su noche triste en Bogotá, en 1828: es

aqué! un Bolívar en plena fuerza de la edad, sumido y sumergido en el torrente del alma colectiva, el Bolívar que, viviendo y comprendiendo a América, ha sabido cambiar su casaca europea por la ruana y la chamarreta con que los “guates” serranos cruzan los páramos o por la cobija terciada del jinete llanero. Un Bolívar que no ha sido sordo —porque era necesario— a la tremenda y espantosa lección de fiereza que daban en ese instante, desde campos contrarios, un Campoelías y un Boves. La patria está ahí, con su mezcla de razas, de color, de regiones y costumbres, en estos venezolanitos rápidos y nerviosos que acampan junto a la Iglesia de San Francisco en la Caracas de 1813.

Y el año siguiente es el año de la gran emigración. Seguidos de sus familiares y esclavos, conduciendo en pocos fardos lo que han podido salvar de la riqueza inmóvil de la Colonia —objetos de plata, trajes de lujo, papeles y viejos títulos de propiedad—, marchan los patricios criollos en desolada e incierta fuga. La marcha de la caballería española, los crímenes de Rosete y de Boves, los patíbulos de Caracas, de Valencia y de Cumaná son los espectros de sus noches. No saben adónde van, adónde llegarán. Es un viaje sin itinerario. Unos se salvan en barquichuelos que se dirigen a las Antillas. Para otros es la inmensa marcha a pie o a caballo que terminará en la soledad de los Llanos o en las altiplanicies de la Nueva Granada. Para algunas familias serán tres o cuatro años de nomadismo. Y es el peligro común, la trágica coherencia que produce el miedo, el impulso de la vida errante que ha roto el viejo orden sedentario, lo que acerca a las clases, lo que suaviza y aproxima la relación del amo y el esclavo. No es posible mantener en un caney llanero, junto a la siempre atizada fogata nocturna que los defiende de los animales feroces y de los peligros de una naturaleza bravía, la etiqueta y cerrado régimen aristocrático que imperó en las mansiones patricias de Caracas. La lucha por lo elemental: vida, alimento, choza o tienda habitable, disminuye las rígidas fronteras sociales. Hay una nueva e inédita comunicación entre el amo y el siervo.

*

El pueblo ha producido en esta inmensa faena de la guerra sus pastores y conductores. José Antonio Páez, un llanero humilde, que a fuerza de valor, galopadas y lanzazos se ha creado un inmenso destino personal, es el jefe de Venezuela en 1830. En él se apoyan los grupos oligárquicos porque —éste es un fenómeno profundamente venezolano— sin él, sin el guerrero que viene del pueblo, ellos no tendrían voluntad de poder. Lo que en la historia de nuestro país se llama el régimen godo, o la oligarquía conservadora, es un sistema de transacción entre el militarismo que tiene origen popular y la clase aristocrática que suministra los letrados, los financistas, los grandes funcionarios. Transacción que indica un tono de vida muy diferente a lo que fue el régimen colonial. Conteniendo sus prejuicios éticos y sociales para asegurarse la buena voluntad del jefe, la aristocracia criolla, en sus grandes personeros, debe visitar y rendir pleitesía a las esposas morganáticas del General Páez. En la Administración pública y las altas funciones del Estado se van mezclando, junto con los viejos apellidos historiados y rancios, aquellos nombres nuevos de militares y caudillos que afloró la guerra. Si pequeños círculos oligárquicos sirven para controlar y dirigir en centros urbanos y pacíficos como Caracas, Valencia, Mérida, Cumaná —ciudades godas—, tienen muy poca validez en provincias como las llaneras, donde es preciso defenderse del doble peligro de un espacio inmenso y des poblado y de una gente nómada y díscola. De las grandes llanuras ha venido en la Venezuela del siglo XIX el ímpetu guerrero e igualitario. El militar criollo, que comenzó siendo jefe de montonera bárbara, cumple en la Venezuela de entonces una misión análoga a la del tirano griego: es un poco el creador de un orden nuevo, y frecuentemente ilegal, frente al constitucionalismo estático de la clase oligárquica y letrada.

Después de 1848, a la fuerza fusionante y belicosa que viene de la campaña llanera se mezcla la demagogia urbana. Y el primer gran demagogo urbano que pone en una prosa galicada la teoría liberal y casi socializante que recogió en las gacetas europeas, es Antonio Leocadio Guzmán; el viejo Guzmán que merece una

biografía novelada y pintoresca, análoga a las que están hoy de moda. Extraña alma de criollo, ambiciosa e inescrupulosa, a quien mortifican —para su inmenso deseo de figuración— algunas gotas de sangre mezclada, y en quien también actúa “el resentimiento”. El viejo Guzmán ha sido un segundón —por la edad y los cargos que se le confiaron— en la gran generación de la Independencia, y él aspira y necesita un sitio de primer plano. Su lucha es un poco contra los Generales de la Independencia y la clase oligárquica que no le permite arribar plenamente; sabe, con un arte dual y complicadísimo, halagar a la multitud y fomentar la intriga secreta entre los viejos conmlitones como Páez y Monagas. Es uno de los espíritus más diabólicamente tentados por la política que ha producido Venezuela; el demagogo máximo que en su vejez, y frente a la sociedad nueva que surgirá de la revuelta federal, podrá asumir su esperado y deseado papel de gran patricio y consejero de la “causa liberal”.

Y por aquí marchan ya y se insinúan los caminos que a través de la dictadura de ambos Monagas han de conducirnos a ese revuelto mar de fondo, a ese profundo terremoto social que se llamó la Federación.

*

En su barbarie, en el encuentro del ímpetu rural e igualitario que venía de las grandes llanuras con la demagogia urbana, la Federación —entre muchos desastres— sirve para fundir y emulsionar, definitivamente, las clases sociales. Es sobre todo un violento impulso ascensional el que desde el decreto de liberación de los esclavos por José Gregorio Monagas en 1854 conmueve a todo el país; se agitan los más profundos estratos; hombres que ayer molían caña en el trapiche engrosan las facciones federalistas, se convierten —como un Martín Espinosa— en los guías y taumaturgos inexorables de una multitud vindicadora y desalada. Verdadera invasión de masas campesinas; precipitado del campo sobre la ciudad; amalgama racial que se produce por el derecho de

la aventura y la guerra. Y es ya una sociedad nueva la que debe presidir en sus veintidós años de cesarismo un hombre como Guzmán Blanco. O los godos aceptan la fusión y pactan con los hombres nuevos, o quedan reducidos al olvido y al silencio. A diferencia de otros países de América —como Chile o Colombia, donde subsisten los apellidos ilustres y la casta doctora—, la vida social venezolana se caracteriza, entonces, por su extrema movilidad; nombres oscuros y venidos de las más remotas provincias, lustrados y descubiertos por la guerra, entroncan con los apellidos históricos. Una ciudad-crisol, Caracas, trata de civilizar y dar forma a esas gentes que, galopando en su instinto, salieron de la comarca más lejana a fijar su nombre e imponerse. Y es comprensible que, roto el marco jurídico y la jerarquía de la vieja sociedad fundada en la tradición y la sangre, sea el militarismo la única fuerza coordinadora, la disciplina instintiva de un pueblo en ebullición, en trance de fundirse.

El subconsciente individual o colectivo encontró satisfacción en esta como descarga psíquica que aportaba la guerra civil. Las fiestas de Guzmán Blanco tratan de apaciguar o domesticar a aquellos jefes rurales que con una espada —siempre a punto de desenvainarse— y una plebe mística que puede seguirlos, es preciso incorporar a los nuevos estamentos sociales. La aristocracia de ayer, empobrecida y probada por tantos años de horror y de privaciones, acepta y busca —como la aristocracia romana de fines de la República— el *ius connubium* que le ofrecen aquellos plebeyos afortunados. Quedan como en Roma los “tradicionalistas”, los Catones nostálgicos de una tradición y una jerarquía perdidas. Ellos evocan —como don Domingo Antonio Olavarría— el buen tiempo pasado y quisieran restaurarlo desde las páginas de sus escritos históricos y estudios políticos. No se dan cuenta de que lo que ocurrió en Venezuela fue algo mucho más profundo que “las malas ideas del viejo Guzmán” o el largo despotismo personal de Guzmán Blanco; que era como una fuerza plutónica que removía y cambiaba los estratos sociales. Y por no comprenderlo, los últimos godos románticos buscaron durante largos años un segundo

Páez. El último mito godo, el último sueño tradicionalista, es a fines del siglo XIX y primeros años del siglo XX el General José Manuel Hernández, el “Mocho” Hernández, el caudillo de la fracasada esperanza. El “Mocho” fue para el tradicionalismo venezolano lo que aquel mito de “don Carlos, el pretendiente” para los legitimistas españoles del siglo pasado. Se nutren ambos mitos de idéntica materia emocional. Indefinibles elementos mágicos, el conjuro de los soñadores que no pueden obrar, ungen de mesianismo a estos seres que son casi fantasmas y que por ello recogen la vaga nostalgia de todo un grupo social. En nuestra literatura criolla “el Mocho”, el eterno alzado y el eterno proscrito, requiere un artista que lo interprete —no tanto por lo que en sí mismo valía sino por lo que en él puso el subconsciente colectivo— así como Valle-Inclán hizo en España la novela y el poema del mito legitimista. Pero mientras los señores de provincia, el círculo de lectores de don Domingo Antonio Olavarría, siguen esperando y esperarán más de veinte años al infortunado “Mocho”, nuevas masas rurales se alzan y mueven, buscando su integración y fusión. Son, por ejemplo, las que seguirán a Cipriano Castro en 1899. En esta como traición de las palabras que debe develar quien estudie nuestra historia criolla, Cipriano Castro llamó a su gran revuelta la “Restauración”, cuando en ella no se restauraba ningún régimen antiguo sino proseguía solamente aquel movimiento de desborde y subversión campesina que comenzara bajo la Federación. Eso sí, que en 1899 las facciones no venían del Llano sino de las montañas de los Andes.

Desde cierto punto de vista —y en el proceso de un país que económica, cultural y demográficamente había permanecido estacionario; donde la aventura de la guerra civil se había convertido casi en una industria— esa época de nuestra historia es de crónico y obstinado desastre. El ruralismo desbocado y torpe fija el color bárbaro de un tiempo que es por excelencia el de los “jefes civiles”, como han entrado en la imaginación y en el mito popular; el guapo aguardentoso y analfabeta, gallero, armado de látigo, puñal y revólver, que dispone como patrimonio privado de la “pesa”, el

juego y los “alambiques”. (En la novela de Rómulo Gallegos, el “jefe civil” tiene un secretario: aquel Mujiquita, meloso y bachiller letrado, que pone en palabras esdrújulas y exuberantes “considerandos” los designios de su señor.)

*

Cabe pensar, sin embargo —y en un momento como el actual en que los venezolanos parecen estar dispuestos a rectificar su inmediato pasado, en que nuevas necesidades y progresos técnicos cambian forzosamente aquel primitivo medio social, en que nos modernizamos y civilizamos a pesar de nosotros, porque la vida moderna nos llega en el avión, en el trasatlántico, la creciente influencia de Europa y Estados Unidos—, cabe pensar si no hay algún saldo positivo en nuestra historia: algún valor o fuerza que nos sirva en el nuevo combate por nuestra nacionalidad. Se ha ido formando, a pesar de todo, un pueblo venezolano que cubrió y borró en la guerra civil aquella separación rencorosa, basada en la casta, el color y el prejuicio social, que hace ochenta años nos dividiera en irreconciliables facciones. De todos los mitos políticos y sociales que han agitado al mundo moderno a partir de la Revolución Francesa, ninguno como el mito de la Igualdad conmovió y fascinó más a nuestro pueblo venezolano. Desde cierto punto de vista nuestro proceso histórico —a partir de la Independencia— es la lucha por la nivelación igualitaria. Igualdad más que Libertad. Para nuestra masa campesina y mestiza del siglo XIX el concepto de Libertad era mucho más abstracto que esta reivindicación concreta e inmediata de romper las fronteras de casta que trazara tan imperiosamente el régimen colonial. El impulso igualitario de los venezolanos empieza a gritar desde aquellos papeles de fines de la Colonia, en los que el criollo humillado manda a la Audiencia o al Capitán General su queja o lamento contra la soberbia manutana. El valor personal o la audacia rompe con los grandes caudillos venidos del pueblo el marco de la vieja jerarquía basada en la sangre. La psicología criolla repudia, en estas palabras vernáculas

que dan mejor que cualquier expresión española el justo matiz del fenómeno, al que se “vitoqueó” o se “sintió chivato”. “Vitoquearse” o “sentirse chivato” es quebrar esta línea de llaneza que nuestro instinto popular venezolano pide a sus hombres. Y contra el solemne trato castellano que todavía subsiste en algún país de América —como Perú y Colombia—, surgió entre nosotros el tuteo criollo, un poco brusco y francote, pero cargado de intención igualitaria. Psicológicamente, al menos, el venezolano ha logrado —como pocos pueblos de América— una homogeneidad democrática. Como nuestra historia se ganaba a punta de lanza y estaba llena de emboscada, aventura y sorpresa, no pudo formarse ni estratificarse aquí una aristocracia tan recelosa como la que en otros países hermanos fija y mantiene inexorables fronteras sociales. Quizá ninguna nación del Continente haya vivido como nosotros un más precoz y tumultuoso proceso de fusión. Y esto, cuando menos, ha ido contribuyendo a nuestra homogeneidad moral. No existen entre nosotros diferencias ni distancias que obturen e impidan toda comunicación entre el indio, el blanco, el mestizo. Fuera de algunos millares de aborígenes diseminados a la vera de los grandes ríos de nuestra floresta tropical, no hay entre nosotros ningún grupo de población del que nos separe profundamente el alma, el lenguaje, las costumbres. No tenemos multitudes indígenas que redimir. Y en el color de la piel que va del blanco al oscuro —sin que ello sea límite o separación—, cada venezolano ha fundido en sí mismo un complejo aporte étnico ya venezolanizado. Lo indio puro entre nosotros es arqueología como lo negro puro tiende a ser folklore. Sólo en muy circunscritas comarcas —como la costa de Barlovento— predomina un grupo racial aislado. Así el venezolano parece haber vencido ya —y esto es un signo histórico positivo— aquel complejo de humillación y resentimiento étnico y social que se mantiene de manera tan aguda y peligrosa en otras repúblicas americanas donde el proceso social fue más retardado y donde se siente aún el recelo y la desconfianza de las castas.

Todo esto es en la Venezuela de hoy un signo favorable. Porque, más allá de la demagogia y el rencor, pudiéramos iniciar la

conquista y plena valorización técnica de nuestro país. Oponer al azar y la sorpresa de ayer, a la historia como aventura, una nueva historia sentida como plan y voluntad organizada. Hacer de esta igualdad criolla, por la que el venezolano combatió y se desangró durante más de un siglo, la base moral de nuestra nueva historia. Esto es lo que yo llamaría la “tesis” venezolana; el saldo positivo que aún resta y debemos fortalecer conscientemente, después de la prueba tremenda que fue nuestra vida civil. Y en la comprensión de este problema, en la manera como la nación librada de sus tragedias y fantasmas puede ser creadora, radica el misterio alucinante de nuestro destino futuro. Materialmente tenemos el espacio, el territorio y hasta los recursos. Se impone ahora la voluntad humana.

NOTAS SOBRE EL PROBLEMA DE NUESTRA CULTURA*

Problemas y otros que no lo son

Confieso mi aversión por la palabra “problema”, palabra asediante y a veces demasiado enigmática si no se la penetra bien, que al pronunciarla parece que se traga toda explicación y por ello es tan favorecida de quienes nada pueden explicar. Es palabra que se está escribiendo mucho en Venezuela desde hace cuatro años —es decir, desde el momento en que nos dejaron la lengua y la pluma sueltas—, como si en ella hubiéramos metido todo lo que en nuestro concepto le falta al país. Problema educacional, problema demográfico, problema sanitario. Pero a pesar de su frecuente uso y profano tráfico, la palabra aún tiene que servir —a falta de otra— para entrar en el espeso misterio de algunas urgencias venezolanas que imponen que el sustantivo se escriba con letra mayúscula. Capitular y mayúsculo es, por ejemplo, entre nosotros, el problema educacional, al que le viene bien la trajinada palabra para distinguirlo de otras cuestiones que son mucho menos problemáticas. Y aquí estaría bien un distingo, sutilmente dialéctico, entre los que llamaríamos los “verdaderos problemas” y otros que en la escala de valores nacionales podrían definirse con vocablos mucho más modestos. Si la cuestión educacional de nuestro país pudiera abocarse de una manera exclusivamente técnica, si se tratara sólo de cambiar métodos didácticos anticuados por otros modernos, si como lo creyeron algunos funcionarios, se habría aclarado la

* Se publicó por primera vez en 1941: *Cinco discursos sobre pasado y presente de la nación venezolana*, Editorial La Torre, Caracas, 1940, pp. 128-153.

incógnita haciendo penetrar a nuestras pobres escuelas los sistemas y los hallazgos de la pedagogía de hoy, si el Estado hubiese cumplido su función cultural lanzando muchas más copiosas promociones de maestros y elevando cada día más el presupuesto de Instrucción Pública, el problema casi no sería problema. Se solucionaría como tantas otras necesidades del Estado que requieren dinero y criterio técnico para ser dominadas y resueltas. Catalogar o clasificar una biblioteca u organizar un departamento de Estadística son, por ejemplo, cuestiones típicamente técnicas. El bibliotecario que clasifica los libros no puede pretender inventar en sus tarjetas una nueva división de las ciencias y debe atenerse a una rutina bibliográfica ya internacional, si quiere ser eficiente en su tarea. Los yanquis, verbigracia, han creado unas cuantas pseudociencias formadas de consejos y observaciones muy prácticos, con rutinas que al observarse escrupulosamente son de suma utilidad. Las bibliotecas principales del mundo, hasta las historiadas y casi milenarias bibliotecas europeas, han adoptado, así, los métodos de clasificación de la Biblioteconomía norteamericana. De la misma manera una oficina de Estadística establecida en Venezuela tiene que cumplir en sus diagramas y cuadros de datos un sistema que ya es universal. Pero el enigma de una cuestión como la educativa es que, actuando sobre elementos mucho más diversificados y complejos, está más allá de la técnica, o la técnica es en ella solamente un procedimiento y de ninguna manera un fin exclusivo. Por eso, porque rebasa los límites de una técnica, porque en ella se entremezclan lo social y lo político con lo puramente pedagógico; porque individuo y sociedad plantean en esta cuestión sus solicitudes y reclamos, reservamos para la Educación el denso sentido que se encierra en la palabra “problema”. Este sí que es un problema y uno de los más serios y delicados que debe afrontar un país en trance de recuperarse, como el nuestro.

Al adentrarnos en la palabra “problema” y al escarmenar su apretado ovillo ideológico, encontramos otros vocablos contiguos y también extraordinariamente complejos, de los que ciertos hombres simplistas y prácticos se defienden, temerosamente, como,

por ejemplo, la palabra “Filosofía”. Y justamente la circunstancia específica de que vienen cargados de filosofía es lo que distingue los problemas de otras cuestiones que, si urgentes, son de una solución más fácil. Pero el hombre práctico que rehuye lo puramente teórico nos argüirá que se filosofa para algo, y concediéndole en este caso razón, ya que educar es actuar más que contemplar, descubriríamos en la vecindad otra palabra que emplearíamos con su originario y noble sentido aristotélico, como la palabra “Política”. “Filosofía” y “Política” son dos expresiones-brújula que nos guiarán, entre otras, en una breve exploración por nuestro problema educativo. Y tendremos que luchar contra el común prejuicio que los limitados y los practicistas sienten contra estas dos palabras. Como ya en el lejano tiempo de Erasmo, no es el completo desconocimiento, lo que podría llamarse el “analfabetismo virginal”, lo que entraba y dificulta la discusión de un problema de cultura, sino más bien lo que en el idioma paradójico del gran humanista se denominara la “docta ignorancia”.

Un poco de historia

En su sentido más lato, la Educación es entre nosotros embrollado problema porque nunca tuvimos un criterio filosófico, es decir, integral, para apreciarlo. Aquí como en todas las cosas prevaleció la improvisación y el humor, la pequeña receta superficial. Un Estado privatista sin idea nacional alguna, como fue nuestra pobre Venezuela durante un largo trecho de su historia contemporánea, no pudo sino dar soluciones caprichosas y descoyuntadas. La “Instrucción Pública” se apreciaba, sobre todo, como uno de los tantos capítulos repartibles del presupuesto. Y Ministros inteligentes que llegaban a aquel servicio, nada podían hacer contra una dolencia profunda que no era tan sólo de la Educación sino de todo nuestro organismo histórico. Si acaso, se lograba mejorar un poco la técnica, la calidad de los maestros, pero no era posible penetrar hasta la entrañable raíz del problema. Aquellos hombres inteligentes, por lo demás, nunca entraron a las funciones

del Estado como equipo, expresando una teoría política, un programa de fija y definida estructura, sino como servidores individuales. En la incoherencia mental de los Gabinetes, Ministerios de “amigos” y nunca expresión de partidos u opiniones organizadas, naufragaban, por contemporización o incomprensión general, los propósitos mejores. Puede esto servir de disculpa o quizá de reproche, desde el ángulo en que se mire, a la participación de algunos destacados intelectuales venezolanos en las tareas del Gobierno. No había tampoco para auxiliarlos, para “cubrir su retaguardia”, fuertes organismos morales, opinión pública que tuviera voluntad y forma. Por lo demás, muy característico de nuestro altanero individualismo venezolano es que el alto y pequeño funcionario se aísla orgullosamente en su función y prefiere mandar antes que deliberar y escuchar. Aquella sentencia criolla, violenta y fatalista a la vez, de que “jefe es jefe” no sólo regía para nuestros caudillos y caciques, sino también para los intelectuales.

Contra la unidad nacional que hubiera podido convertirse en unidad y vertebración de la función educativa, conspiraba una serie de causas como el propio sistema federal con su caciquismo aldeano, con su régimen de escuelas y colegios estatales y municipales no controlados y supervisados por el Ministerio y que eran una de las tantas prebendas de que disponían los “jefes”. En los Estados de la Unión estas escuelas y colegios eran las pequeñas dádivas que se ofrecían a las “señoritas decentes y vergonzantes” y los pequeños empleos para los pequeños amigos de la causa o, en el mejor de los casos, para ocupar a algún “bachiller calígrafo” que no alcanzaba apostura de Jefe Civil. La idea de “Causa” —“Causa de la Regeneración Liberal”, de la “Restauración” y de la “Rehabilitación”— era la más opuesta y antagónica a la de la unidad nacional. Concretamente la “Causa”, a pesar de su motivación abstracta, era la clientela particular del caudillo. Se estaba con la “Causa” o “contra la Causa”, lo que quería decir, en otra de esas pintorescas fórmulas retóricas que usaron nuestros despotismos, que se era “buen” o “mal” hijo de la patria. Y en la constitución práctica y efectiva de los “jefes”, mucho más eficaz que las constituciones de

papel que hacían los doctores, esta peligrosa calificación moral, sin términos medios ni matices, daba o privaba de los derechos políticos. Un país inexorablemente dividido en “buenos” y “malos”, en “amigos” y “enemigos” de la causa, no puede aspirar a una conciencia y un destino espiritual común. Evadiéndose del presente —tan amargo—, los venezolanos se habían convertido en los Narcisos de su tradición histórica. Porque el genio de Bolívar fue tan grande y la voluntad de los venezolanos recorrió en cruzada de Independencia entre 1810 y 1830 casi toda la América del Sur, nos habíamos detenido en el pasado, embalsamándolo. Como folklore o fábula lejana, en borrachera épica, en procesión abigarrada, en gallardete retórico de papel picado, sentimos los venezolanos nuestra historia. Los fastos y las batallas de entonces, las cenizas de los héroes, la genealogía heroica —y cada venezolano tiene por lo menos un abuelo que peleó en Carabobo, en Boyacá, o en el Alto Perú—, no nos permitieron advertir estas cenizas más próximas que estaba amontonando nuestra imprevisión. Y en actitud de panteoneros en quienes el pasado no sigue, sino se congeló y se guarda como rito funerario, nos ha sorprendido el tiempo. Por eso tenemos tanta historia épica y tan poca historia social; por eso falta en la mentalidad venezolana, que compone discursos y ama las palabras brillantes, la noción de lo concreto. La herencia de la educación colonial española, educación de palabras más que de cosas, educación que tras de los claustros del siglo XVII parecía amurallarse contra la naturaleza; educación que ya había procesado Miguel José Sanz en la aurora de nuestra revolución de Independencia, vino a complicarse con la retórica delirante que nos cerraba un contacto más directo con nuestro medio físico y moral. Nuestro atrasado sistema educativo prolongó hasta hoy lo que llamaríamos el período fraseológico de la cultura venezolana: la palabra divorciada del hecho, suelta y autónoma en su vaga sonoridad. Y se impone por ello a las generaciones nuevas que quieren comprender y definir su país, entrar en él como derribando un inmenso muro de frases: frases de los discursos académicos, de los documentos oficiales que tan frecuentemente se escribían en la más bizantina de las prosas;

frases de los partidos y los grupos políticos de ayer cuyos apetitos y pasiones se enredaban en las más culteranas fórmulas.

Si el Estado venezolano honraba a su manera a los héroes y atendía a las cuestiones momentáneas con expedientes en que a veces se combinaban la violencia y la retórica, o en que la retórica era la forma pseudolegal de la violencia, careció de toda noción de futuro. Desaparecidas aquellas primera y segunda generación de estadistas con que se formó la República; barbarizada ésta durante la época de las guerras civiles; destruidas y desorganizadas aquellas pequeñas “élites” intelectuales que en los primeros lustros de nuestra vida republicana habían formado las “Sociedades de amigos del país” y animaron una libre prensa de ideas, la política criolla ya sólo marchó resolviendo las urgencias de la semana y completamente sujeta a la órbita del Poder Ejecutivo. Por eso un problema como el de la Educación, problema que mira al futuro, tenía que resultarle ajeno. En términos generales que pueda corroborar quien estudie los últimos ochenta años de nuestra historia venezolana, podemos decir que los únicos asuntos que preparó y combinó sutilmente la política autóctona fueron las reformas constitucionales que permitían prolongar el mando de los caudillos y satisfacer sus intereses privados o los de su círculo; las “aclamaciones” que daban un fausto de luces de bengala y de pirotecnia oratoria a los gobiernos que ya fastidiaban mucho, o las “conjuras” que —como las que se organizaran contra Guzmán y contra Castro— salían de los propios grupos de Palacio. En el juego de argucias de los abogados y el concreto apetito de los déspotas, se retardaba toda cuestión verdaderamente nacional. Comparado con el proceso histórico-político de otras naciones latinoamericanas, el desarrollo venezolano arroja el siguiente saldo en contra: Chile, por ejemplo, comenzó a organizar sus escuelas primarias y sus institutos de enseñanza normal en 1844 bajo el famoso Ministro don Manuel Montt y con la genial colaboración de Sarmiento; la organización de sus liceos y la enseñanza secundaria femenina en 1879; la formación de su profesorado secundario con estudios especiales en la Universidad en 1888. Argentina, que hacia 1860 tenía menos

población que nuestro país, empezó valerosamente a afrontar su problema demográfico desde 1868; Bolivia, la mediterránea Bolivia, trató de modernizar y unificar sus sistemas educativos desde 1912. Y a pesar de nuestra aparente modernidad y nuestra riqueza, hay problemas que ahora se nos plantean como los de Argentina en 1868 o los de Bolivia en 1912.

Tres pensadores venezolanos

Venezuela, donde siempre se dio vigorosa la planta-hombre, ha producido tres entre los más grandes pensadores y filósofos de la educación que puede ofrecer la América Latina. Fueron estos hombres sobre cuyas ideas conviene meditar porque nos aportan más actualidad que la que superficialmente podría creerse, don Simón Rodríguez, don Andrés Bello y don Cecilio Acosta. Especie de Rousseau americano, con análogo instinto nómada, genial y destempladamente loco, menos poeta pero inconmensurablemente más hombre que el gran ginebrino, don Simón Rodríguez, en su prosa laberíntica donde se revuelven entre los últimos restos del escolasticismo colonial español algunas de las grandes intuiciones de la época romántica, es, por la personalidad y por la doctrina que diseminó en un itinerario intelectual tan vasto como el itinerario de Bolívar en la guerra y en la política, uno de los grandes videntes que ha tenido el problema educacional americano. Vidente hasta en aquella tendencia a la exageración, la caricatura y la disparada extravagancia de su enseñanza, como para que en choque violento se grabara más. Ciudadano imposible y casi exasperante, pésimo maestro de escuela cuando no tenía un discípulo de la talla del Libertador, don Simón Rodríguez vale por dos o tres ideas que, en manos de un estadista sensato que neutralizara la explosiva locura en que venían envueltas, hubieran inspirado para su época, en la América Latina, un sistema educativo auténticamente valioso. Para su tiempo y en el ambiente de aquellas colonias españolas que salían del espíritu medieval en que las mantuviera España, es nuestro don Simón Rodríguez el más revolucionario y

el más americano de los pensadores. Esos breves escritos suyos, donde asoma entre desconcertantes apotegmas una sonrisa socrática, marcan una inspiración educativa que quiere arraigarse en la tierra nuestra. “Más que de los asirios o de los caldeos ocupémosnos de nosotros, los americanos”, enseñaba don Simón. Y como la educación española había sido la de la letra muerta y del libro viejo ausente de toda realidad vital, don Simón aconsejaba la terapéutica del viaje a pie, de la naturaleza contemplada directamente. Singularísima debió ser aquella escuela de Valparaíso donde en el extremo austral de sus andanzas allá por 1830 y tantos, y con métodos que antecedian a la pedagogía de hoy pero que entonces resultaban de desconcertante excentricidad, don Simón hablaba de sus viajes y experiencias, y al tratar de las ciencias de la vida, para que los alumnos conocieran la portentosa máquina del cuerpo humano no en una vana descripción sino en su escueta realidad, don Simón —tan flaco como don Quijote— se quitaba la ropa y se convertía en viviente lección anatómica. Al prudente don Andrés Bello le fueron a decir algunos padres de familia que en la escuela de su compatriota todo se resolvía en saltos y ejercicios gimnásticos; en hablar de los incas, que para un muchacho de América según la cantinela de don Simón debían ser más importantes que los egipcios y los asirios; en recoger yerbas y salir a vagar por los cerros del puerto, y en contar cuentos en los que a veces el extraño maestro sufría la traición de su descosido lenguaje. Más que las gramáticas de la época y la geografía con sus listas de golfos y de gobiernos, le interesaba a don Simón lo que el ojo puede ver, la mano palpar y el hombre formar dentro de sí mismo. Y machacaba la etimología de una palabra, su mundo de ideas afines, su proceso histórico, para exprimirle vida. En cuanto a la geografía de Europa y América, animada de llanuras, valles y torrentes, don Simón la había aprendido a pie con sus grandes botas de caminador, que es la mejor manera de aprender geografía.

Justamente en la casa de don Andrés Bello, que en el fondo lo comprendía pero cuyo armonioso equilibrio no podía sino defenderse de todo lo inusitado, recóndito y demoníaco que había

en aquel Quijote-pedagogo, hizo don Simón Rodríguez su última estación chilena. Y pues había asustado a los padres de familia y ya no podrá más ganarse la vida como maestro de escuela, se va de nuevo al Perú, donde terminará sus días, vecino de una aldea costera y en el oficio de fabricante y vendedor de velas. Puesto que estamos en el siglo XIX —decía don Simón—, ésta es una de las tantas maneras de crear y repartir luces. En la pedagogía de don Simón se revolvían los más curiosos fermentos revolucionarios; en su otro gran interlocutor encontrado en Chile, don Andrés Bello, se presentaba lo contrario: un orden intelectual que trata de canalizar las reformas.

Siendo uno de los hombres de mayor dimensión que dio nuestra República, nosotros no conocemos a don Andrés Bello sino a través del muro aislador de sus gramáticas y de sus odas neoclásicas, donde dejó, fuera de uno que otro cuadrito delicioso, mucho de aquella divagación erudita —y por lo tanto muy poco poética— cuyo modelo había dado el aburridísimo Delille de *Los jardines*. Sin atreverse a decirlo, muchos venezolanos que no lo estudiaron, consideran a don Andrés como el primero y más notable de aquellos “académicos correspondientes” que en nuestra América tuvieron el monopolio de los versos tediosos; los que cantaban a la vacuna, a la lengua castellana, al cultivo del trigo o del maíz o al progreso del siglo XIX (todo con letra mayúscula). Pero aun mirado desde este solo aspecto, don Andrés no fue comprendido por sus fríos continuadores académicos, si exceptuamos un Miguel Antonio Caro, en Colombia, que se le puede equiparar por su armoniosa sensibilidad y fineza crítica. La Gramática de Bello tuvo, en el momento en que apareció, el valor de un pronunciamiento rebelde. Precisamente contra el prejuicio purista, contra la regla convencional, contra los muertos cánones que oprimían el idioma, fue don Andrés uno de los primeros hombres que aplicó al castellano los métodos de la ciencia lingüística; que lo sintió no como campo cercado, lleno de límites y fronteras, sino como proceso dinámico. El no era un preceptista más que quisiera codificar el español y erizarlo de reglas, sino trataba de explicarlo.

Acaso desde el lejano tiempo de Juan de Valdés ningún otro se había detenido en el idioma como ante un tema de reflexión filosófica. Y no fue culpa de Bello que muchos dómines mediocres se asiesen a su Gramática como a una materia inmutable, cuando ella sólo quería revelar —y muy ejemplarmente— un momento y una actitud de la ciencia lingüística del siglo XIX. Pero más allá del lingüista, del autor de odas, del intérprete de los broncos versos de la epopeya castellana, del jurisconsulto y del internacionalista —que todo lo fue Bello—, hubo su personalidad de educador, de jefe intelectual en el más alto sentido. Todavía los venezolanos nos dolemos de haber perdido a Bello, cuya capacidad de primer Gran Ministro de la Cultura fue a enriquecer y servir a la República de Chile. Y precisamente tocó en suerte a este comedido e inteligentísimo caraqueño la magnífica tarea de ser uno de los fundadores espirituales de la entonces alboreante nación chilena. Se calumnia a Bello cuando se le describe —como lo ha hecho cierta crítica superficial— como el escribano y el alto preceptor al servicio de los “pelucones” chilenos de 1830, que con su bravo jefe Portales habían destruido todo romanticismo libertario, y se aprestaban férreamente unidos en sus clases familiares, en la paz de sus grandes haciendas, con la servidumbre sumisa y analfabeta, a asentar su dura ley, su poder de clase durante largos lustros. Bello no era apóstol inflamado sino sensato realizador. Si le toca en su iniciación chilena aquella sociedad de grandes propietarios que después de la guerra civil de 1830 se había convertido en gobierno y no ya el círculo liberal y europeizante de don Francisco Antonio Pinto, los “pipiolos” románticos que le habían convidado, Bello no se quiebra la cabeza por ello ni se pone a sacrificar a lo desesperado e imposible. Con admirable cortesía de huésped logra, poco a poco, imprimir un alto tono jurídico y un espíritu de ecuanime progresismo a cuanta institución —Relaciones Exteriores, Código Civil, Universidad— impregna de su personalidad ordenadora. Un poco por la influencia de Bello, especie de Ministro sin cartera durante treinta y cinco años de la historia chilena, Chile adquiere estilo entre otras naciones latinoamericanas que se debatían entonces

entre regímenes personalistas y violentas dictaduras. Y justamente de los discípulos de Bello surge aquella inquieta promoción liberal que allá por el año 42 empieza a batir su impetuoso rebato de reformas. En el terreno de la cultura, nadie en la América de aquel tiempo había realizado una labor equiparable; desde el idioma hasta el Derecho, pasando por la Historia, que bajo la influencia del maestro venezolano se trueca en seria disciplina documental, todo ha sido ordenado y mirado con pupila nueva en aquel laborioso círculo universitario que Bello preside desde 1843. Contra el espíritu colonial, o sea el extremo conservatismo, y contra la demagogia estridente, o sea la ruta para los despotismos militares en la América de entonces, él trae un mensaje de evolución cultural, programada y concreta. Lo rodean en su tarea universitaria un grupo de sabios cuyo trabajo coincidía con el que Bello trazara para América desde las páginas londinenses de su *Repertorio*: un geógrafo y explorador como Claudio Gay; un naturalista como Domeyko. Junto a ellos un juvenil equipo de investigadores a quienes Bello sabe apartar a tiempo de la tendencia criolla al discurso y la declamación, para que se pusieran a estudiar su tierra en los papeles de los archivos, en el análisis directo de las instituciones y costumbres. “Antes de interpretar, documentarse”, era la fórmula con que Bello quería calmar el ímpetu de su discípulo Lastarria.

Y a los muchachos que le piden temas para doctorarse y llegar a las facultades de la Universidad, Bello les impone que no copien de otro libro sino que trabajen la materia nueva que se guarda en los documentos o en la observación de la naturaleza. Las directivas intelectuales de Bello dan de este modo a Chile —antes que la tuvieran otros países americanos— una literatura histórica, un molde jurídico, un sistema universitario, un ordenamiento sistemático de la tradición nacional. Hay un Bello desconocido —y el más admirable— que es el que durante seis lustros de su gloriosa edad madura, que se podría comparar por la armonía vital con la de Goethe, labora con su consejo y equilibrio en la fundamentación espiritual de un pueblo. Cuando otro hombre de América, Domingo Faustino Sarmiento, llega a Chile agrediendo

y peleando como un toro bravo de sus pampas, lanzando su cruzada por la escuela primaria y la educación común, ella ya es posible porque con Bello se ha formado el fuerte equipo conductor que echaría las bases de una cultura democrática. Que al Estado nunca le falte este grupo dirigente que comprenda las necesidades de su tiempo, de amplia mirada universal, fue una idea y un propósito cumplido por el gran venezolano. Y contra la improvisación y la abundancia caótica en que se suele mover el alma del criollo de América, él fue una personalidad diáfana y escrupulosamente ordenadora. Simbólicamente su pluma escribió para la República de Chile un Código, una Constitución, una Gramática, las tres creaciones normativas que requiere una sociedad para vivir en ecuaníme convivencia, para pensar bien, para fijar las fronteras jurídicas y morales del individuo y del Estado.

Por el mismo tiempo en que Bello, largo ya de honores y de años, concluía en Chile su trayectoria fecunda, otro gran maestro venezolano, Cecilio Acosta, soñaba para nuestro país un sistema de educación que, de pueblo atrasado y perezoso, contra la corriente del tiempo, nos pusiera en las rutas del mundo moderno. El pequeño trabajo de Acosta *Cosas sabidas y cosas por saberse* contiene en su estilo condensado algunas de las verdades de más bulto que se hayan escrito en nuestro país. Tal ha sido nuestro atraso que esas palabras de Acosta rigen hoy y tienen la misma frescura que en aquel año lejano de 1856 en que fueron escritas. Acosta mira con alarma este contraste del Continente americano entre una América sajona, creciente y audaz, que está aprovechando y desarrollando a mayor escala la técnica europea para poblar su desierto, y la otra América soñadora y morena que vive en la “erudición del pergamino”, “las trabas del peripato”, “el casuismo”. Una América se preocupa de “lo que es”, mientras nosotros permanecemos absortos ante lo que “fue”. Contra el espíritu colonial hecho palabra muerta, fórmula o reglamento complicado, erudición barroca que se aísla de la realidad social, lanza Cecilio Acosta su ardiente homilía. Que el mundo cambia es lo que él se propone enseñar y repetir a sus graves colegas de la Universidad:

“Si el mundo truena y muge como una tormenta, con el torbellino del trabajo, si los canales de la riqueza rebosan en artefactos, si todos los hombres tienen derecho, ¿por qué no se desaristoteliza la enseñanza?” Y a los que siempre esperan la lenta evolución del organismo social, el curso natural de las cosas, Acosta les enseña esa nueva dimensión moderna de la rapidez. La época que inventó el ferrocarril ya no puede marchar como en el siglo en que se viajaba en diligencia: “En otro tiempo había lentitud en la propagación de las ideas; decíase hablando del progreso de las naciones que para ellas los siglos eran días. Hoy un día que corre es un siglo que pasa.” La idea de democracia se confunde en Acosta con la educación: “Enséñese lo que se entienda, enséñese lo que sea útil, enséñese a todos. Los medios de ilustración no deben amontonarse como las nubes, para que estén en altas esferas, sino que deben bajar como la lluvia a humedecer todos los campos.”

Don Simón Rodríguez, don Andrés Bello, don Cecilio Acosta: desde distintos puntos de mira, estos tres grandes pensadores de Venezuela habían intuido y sistematizado algunos de los aspectos más singulares de nuestro problema educativo indoamericano. El naturalismo de don Simón Rodríguez, de raigambre rousseauiana y romántica en que se reconocerían muchas aspiraciones de la escuela de hoy, no tiene por qué oponerse a aquella alta educación normativa, a aquel grupo ductor que según don Andrés Bello debería llevar al pueblo los progresos sociales, ni al propósito de Acosta de incorporar al concepto tradicional de “cultura” la realidad técnica del mundo contemporáneo. Pero el pensamiento de ninguno de los tres logró influir ni imprimir una directiva filosófica en este siempre improvisado e informe organismo que ha sido nuestra educación pública; miscelánea de asignaturas y reglamentos donde lo burocrático ahogó siempre lo creativo, donde el papel con timbre del Estado fue más eficiente que cualquier idea, donde por existir muchas cosas faltó lo esencial: una finalidad, un determinado propósito. Porque marchamos siempre a ciegas; soportando la circunstancia más bien que previéndola, siguiendo el humor y el capricho del momento, confiados en que en el minuto

necesario nos ayudaría el “pálpito”. Todavía para muchos venezolanos la política es una cosa mágica e imprevisible; es suerte, azar, fatalidad. No en balde somos por excelencia un pueblo de vendedores y compradores de boletos de lotería. Antes que el plan y el trabajo metódico, cada venezolano se entrega a su musa o a su demonio que en el instante crítico le inspirará una solución que pueda cambiar tanto como la del matador frente a los cuernos del toro.

Sin embargo...

Sin embargo, desde hace algunos años ha penetrado en nuestro país, al romperse con la dictadura gomecista aquel muro de silencio y mentira que gravitaba sobre la vida nacional, una profunda emoción educativa. Descubrimos millares de analfabetos; falta de técnicos que nos ayuden en la valorización y aprovechamiento de nuestro desocupado territorio, cultura política no sólo en las grandes masas a quienes guía el instinto vital más que la inteligencia ordenadora, sino también en aquellos grupos en quienes la sociedad delegaba sus funciones más responsables. A ninguna nación latinoamericana como la nuestra —porque estuvo sumida muchos años en una catalepsia histórica— se le presentaba la tarea de recuperar con rapidez y voluntad actuante un inmenso tiempo perdido. Cuestiones que ya otros pueblos habían resuelto en el siglo XIX se mezclaban entre nosotros con urgencias modernísimas. En nuestro problema político hay una angustiosa doble faz, un anverso y un reverso que no es sino el necesario ajuste y equilibrio entre la cuestión interior de amoblar la casa, ordenarla, hacerla más adecuada a las exigencias de hoy, y la cuestión exterior que no puede ser ajena a ningún pueblo, sobre todo cuando es potencialmente rico pero políticamente débil, y está en los peligrosos caminos de choque de la economía mundial y de las nuevas luchas del predominio imperialista que ahora se proyectan sobre el horizonte histórico. Porque hay que quitar —a quienes todavía la tienen— la falsa ilusión de que Venezuela como las demás

repúblicas suramericanas puedan ser países aislados, separados del mundo exterior tras sus peculiares regímenes de gobierno y de sus economías atrasadas, como fue el sueño de más de un voluntarioso caudillo criollo. Esta preparación y comprensión de lo que ha de venir, este sentimiento de que ya no podremos permanecer separados de los conflictos mundiales, debe ser en nosotros conciencia profunda, planeamiento del futuro para que éste no nos desconcierte y sorprenda. En un mundo voraz y violento como el presente, ya hay poco lugar para los países débiles, que, o se fortalecen material y moralmente y de esta manera aseguran su autonomía, o rebotan como balones ciegos en la inexorable lucha de los fuertes. De que haya entre nosotros una segura, potente y comprensiva generación de hombres dispuestos a marchar, a equipar el país, a resolver en días lo que antes se hizo en años; hombres sin pequeñas ilusiones porque tienen la exclusiva y casi trágica ilusión de su deber histórico, depende nuestro destino nacional. Y que no se crea que las fórmulas de 1890 puedan servirnos hoy. Ninguno de aquellos tiempos prósperos y seguros —tiempos de un capitalismo bien comido, de crecimiento feliz de las grandes naciones, de ingenioso juego diplomático y de pulidas reglas de Derecho Internacional— puede compararse con el hervor patético de nuestra historia presente. Y es en la realidad de ahora aunque nos parezca brutal, y no en los sistemas de ayer aunque nostálgicamente los sintamos más hermosos, donde debemos buscar nuestras soluciones.

En relación con ello fijamos el ineludible interés político de una educación nacional adecuada en esta seria hora de trance. (Y hay que evitar el candoroso e infantil temor que algunos sienten contra la palabra “Política”, confundiéndola con las pequeñas trapecerías que en nuestro país se disfrazaron bajo tal nombre.)

La política es —o debe aspirar— a una ordenación y descubrimiento del destino nacional. En toda alta política se hace práctica una concepción filosófica del mundo. Esta es la atinencia y relación que existe entre las palabras “filosofía”, “política”, “educación”. Esto nos explica que no puede existir una

auténtica educación sin base filosófica ni fin político. Quienes pretenden recluir la educación en los límites del individuo sin llegar al Estado, olvidan este imperativo social que a través de la Historia marcó todo sistema educativo: Esparta preparaba a sus ciudadanos y soldados, como Atenas a los gimnastas y oradores de sus asambleas, como la milenaria China a sus funcionarios públicos y como los jesuitas del siglo XVII, ansiosos de poder, se encargaban de los príncipes y de la nobleza dirigente de los países católicos.

Si al penetrar en la Escuela nueva los métodos de la psicología y la pedagogía de hoy, se atiende sobre todo, y muy laudablemente, a los factores individuales —edad, temperamento, vocación y aptitudes, desarrollo biológico y formación de hábitos—, la tarea educativa del Estado no termina en aquella función pedagógica de formar el individuo física y moralmente fuerte. Más allá del individuo adiestrado y hábil empieza el fin social y político de toda educación. El Estado educa para algo; quiere utilizar colectivamente la educación suministrada, acentuar en ella ciertos valores, necesidades, tradiciones o formas que considera más cónsonas con su organismo histórico. Así, por ejemplo, en países formados y de conciencia nacional clara, distinguimos, en cuanto cargan el acento sobre determinados valores sociales o tradicionales, una educación inglesa o francesa que no puede sino aspirar a la conservación o la formación de determinado arquetipo humano.

Distinto se presenta el problema en países como los latinoamericanos —países en aluvional proceso de formación—, donde la cultura ha sido como una masa informe de noticias, conocimientos y sugerencias venidos de todas partes y no sometidos a una disciplina o sistema coherente. El destino nacional se pierde entre lo contradictorio y confuso; una cultura de impresiones y retazos no soldados y flotantes en nuestra realidad histórica, extraía más que dirige al alma venezolana, en la búsqueda y comprensión de sus propios fines.

Una voluntad nacional

En la educación, como en los demás problemas orgánicos de nuestro país, se requiere pues, sobre todo, y tanto como las reformas pedagógicas que ahora empiezan a hacer más humanas y habitables nuestras escuelas y nuestros liceos, una voluntad nacional que descubra y fije los fines. No se educa por educar, ni como pensaba Rousseau para que surja el perfecto individuo aislado, el soñador y delicadísimo Emilio que se propone descubrir en sí mismo todas las experiencias de la especie humana. La época no deja tiempo para ello. Pero también es cierto que toda auténtica educación como toda auténtica Cultura sólo tiene valor en cuanto se elabora en las profundidades del ser; en cuanto surge como voluntad y necesidad interna más que como mecánica imitación de lo que viene de fuera. Su carácter foráneo, inadaptado, es el mayor obstáculo que pesa sobre nuestro régimen educativo. Pensemos en lo que es Venezuela y en lo que es nuestra educación y se acentuará el trágico contraste. A ella — como Edipo a la esfinge — podemos formularle las más desconcertantes preguntas.

Siendo el grado principal, naturaleza, es precisamente el paisaje y el medio físico de nuestro país lo que menos se ha incorporado y menos dice en nuestros librescos programas escolares. Porque sólo la ha mirado a través de libros y discursos, hay que poner al hombre venezolano frente a su tierra no sólo en cuanto ella puede ser conflictivo problema, sino también como emoción y goce estético. En un paisaje que a pesar de su potente hermosura se le antoja a ratos inhumano porque él no ha hecho nada para sentirlo con mayor confianza y dominio, el hombre de nuestro país todavía no sabe querer ni aprovechar su tierra con esa seguridad laboriosa y sencilla con que la masa campesina europea afirma y sostiene la tradición del terral materno. Desde la educación del campesino nuestro que vive en la noche de la economía y de la cultura, el campesino víctima del mal alcohol de la pulpería, del gamonal, del yerbatero y del brujo, hasta la educación del señorito urbano que prefiere ser oficinista o eterno pensionado del fisco,

esta voluntad que nos impone nuestra propia naturaleza debe imprimirse, como una ineludible urgencia, en nuestros sistemas didácticos. Sólo existiendo ella surgirá en el hombre venezolano el apetito geográfico de domar y vencer nuestro desolado e inmenso territorio; sólo de esta manera se resolverá el trágico contraste entre la ciudad que con sus automóviles y teatros pretende ser moderna y el duro campo cerril sumido en la prehistoria. Sólo, por ello, la potencial riqueza nuestra que se esconde en los bosques del Caroní, entre torrenteras y cataratas —que nos son tan desconocidas como en el tiempo de Lope de Aguirre—, se trocará en riqueza mensurable, palpada y ceñida por la mano. Civilización del ancho camino vecinal uniendo pueblos y tierras prósperas; civilización de la huerta, del arbolado, del agua limpia, de la granja y la escuela aldeana es la que requerimos y anhelamos más que el hacinamiento mecánico y el estuco pretencioso de que se reviste la gran ciudad. Comarcas que tengan vida propia, donde el hombre no sienta la desesperación de fugarse porque la tierra, la casa, el huerto, el paisaje que amansó e hizo suyo, arraigan en las más recónditas fibras del alma. Ahora educamos para que el venezolano alegue en los tribunales o persiga un puesto público, pero no para que su mano trace huella duradera sobre esta tela vacía, sobre este enorme campo eriazos que ha sido nuestro país. Y hasta el problema económico de producir mejor y más copiosa y racionalmente, es por esto un problema del espíritu venezolano. Nuestra agricultura es tosca y rutinaria como el alma rural que la produce. Y nada hacemos reemplazando con el tractor o el arado mecánico los viejos implementos agrícolas si no se transforma fundamentalmente la deprimida existencia material y moral de nuestra masa campesina. En Venezuela ello es una cuestión excepcionalmente grave, no sólo por el analfabetismo, la desnutrición, el atraso técnico, la miserable vivienda y los flagelos endémicos que pesan sobre la población agraria, sino por el éxodo y el abandono destructor que desde los dos últimos lustros ha comenzado trágicamente en nuestros campos. Las industrias extractivas del subsuelo, que han alcanzado con técnicas y capitales extranjeros un

desarrollo vertiginoso, están produciendo en Venezuela un trastorno social semejante al que ocurriera en la Inglaterra de los primeros lustros del siglo XIX, cuando el nacimiento de la economía industrial atraía y hacinaba en las ciudades nuevas cubiertas de humo, en miserables barriadas proletarias, una masa rural que había perdido su sano contacto con la tierra. Por eso la repoblación del campo y la defensa biológica y adiestramiento educativo de nuestras decadentes masas rurales, pesa como uno de los problemas más inmediatos de la vida venezolana de hoy. Por eso, en cuanto debe mirar y afrontar urgencias venezolanas que no están todas escritas en las teorías y los libros pedagógicos que vienen de fuera, nuestra cuestión educativa debe buscar y vertebrarse con otras cuestiones que como la económica y social la amplían y la completan. Por sobre todo problema particular hay en la ansiosa Venezuela de estos días un problema de coherencia. No trabajamos en sectores aislados; no podemos actuar en la materia doliente de nuestro país como quien pone una venda en el brazo herido o aplica un mensaje sobre la pierna lastimada. Hay una cuestión más profunda de Fisiología social. No se trata de mejorar órganos enfermos sino de llegar a la profundidad y la integridad de nuestro organismo. Sólo por medio de una disciplinada acción coherente, con una pupila como la del médico, que más allá del órgano busca el organismo, que relaciona causas y síntomas, podremos descubrir y establecer la terapéutica eficaz para esta dolencia nacional que nuestra ceguera y desidia abandonó tan prolongadamente. Toda solución técnica, toda reforma que se haga en la educación o en la economía, debe orientarse hacia un predominante fin nacional. No educamos sólo con un propósito individualista; educamos para que la nación utilice y recobre en energía humana, en inteligencia creadora, en esfuerzo técnico lo que ella gastó y diseminó en su empresa educativa. No nos interesa, por ejemplo, la cultura que sirve tan sólo como el aditamento decorativo de una clase snob; la cultura para conversar en el club o para tomar el té, a la manera londinense, entre mujeres exquisitas; la única cultura ego-céntrica, narcisista, inútil y culpable a que aspiró durante mucho

tiempo una sociedad decadente y ociosa. No queremos tampoco un país poblado de solitarios inmersos en la contemplación de su “yo”; Hamlets pálidos que se pasean y divagan entre su inventado paisaje de sombras. Estamos en trance y necesidad de hacer una nación, es decir, de darle un destino y una aspiración común a estos dispersos hombres que desde el Orinoco hasta los Andes tratan de humanizar su inmenso y agobiante paisaje; navegan en las curiaras, lacean toros, cazan caimanes, trepan con sus recuas de mulas y sus puntas de ganado hasta los altos contrafuertes de la Cordillera. Sienten el calor de Calabozo y el frío polar de Mucuchíes. En una educación nacional, el oficio y la actividad del hombre venezolano, el territorio y el clima, el dominio y comprensión de las cosas circundantes tienen tanta o mayor importancia que aquellas listas de reyes, de lagos, de golfos, provincias o figuras retóricas que memorizábamos en los bancos de nuestras escuelas secundarias, creyendo que adquiriríamos cultura. A la falsa pretensión universalista de nuestra enseñanza, al programa-catálogo, debemos reemplazarla por otra sentida como actividad y creación. No son hombres de memoria amoblada, de esos que nos recitaban los fastos de la Historia Universal en pomposos discursos —en aquella época en que el discurso altisonante era casi la única manifestación del intelecto nacional—; no son retóricos que sacuden los vanos bejucos de su palabrería los que han de ayudarnos y guiarnos en la gran exploración y organización de nuestra decaída nacionalidad. Requerimos las inteligencias lúcidas que reaccionen ante su tiempo y lo comprendan; que sepan mirar sin prejuicio cada circunstancia original, que tengan esa doble actitud para la creación y para la lucha en que se ejemplariza y hace magnífica la profesión de hombre. Lo peor que podría ocurrirle a Venezuela es que al amparo de un presupuesto pródigo como el que la riqueza petrolera vuelca sobre el Estado nos trocásemos en un país de burócratas y parásitos; en una inmensa oficina de pensiones que, comenzando en el Distrito Federal, se ramificase por todo el territorio, de hombres que escriben sobre papel oficial y cobran el día quince, mientras que la minería, los cultivos, la dirección de las

empresas económicas, la aventura viril de conocer, dominar y aprovechar nuestra tierra va gravitando por inercia hacia el técnico o el industrial extranjero que trae más voluntad, destreza y codicia. Ya advertimos cómo no es posible el sueño romántico de vivir aislados del mundo tras de nuestros cordones de cerros, en sociedades patriarcales que practican una simple economía natural, en la modorra de una existencia que puede parecer dulce y despreocupada. La tormentosa voluntad de la Historia, el empuje que ahora hace marchar y sacudir los pueblos a pesar de sí mismos, no consiente esas Arcadias poéticas y baldías. Si sobreviene —como es muy posible— una guerra mundial imperialista, necesitamos estar poblados y equipados. Necesitamos de generaciones enérgicas que no se queden escuchando los bellos cuentos y cantos del pasado porque tengan los ojos, las orejas y la conciencia en la previsión de lo que puede venir.

Una nación se hace con dos cosas: con un pueblo y con un comando. Pueblo no es la multitud inorgánica, dispersa y deprimida en su miseria física y moral, en su primitividad sin anhelo y sin historia que mantuvimos en Sur América como inocuo o humillado rebaño. Un pueblo atrasado acaso sirva —como en más de un país de nuestro Continente— para que sobre él germinen y se mantengan, parasitariamente, las oligarquías ociosas y los caciquismos feudales. Pero la grandeza y vitalidad de una nación estriba en la capacidad y productividad de su pueblo, que nuestro tiempo tan concreto quiere ceñir y fijar en cuadros estadísticos: natalidad, producción, consumo. Cuando comparativamente medimos el valor y significado potencial de cualquier otro país suramericano con el de la República Argentina, acaso sea el hecho palpable y corroborable de que el pueblo argentino es, de acuerdo con la Estadística, el que consume más alimentos y vestidos y el que compra más periódicos y libros, lo que explica su primacía. Industria y cultura se convierten también, así, en capacidad y adiestramiento del pueblo. En la lógica de la Historia, que no admite sentimentalismo sino realidades, Argentina, por ello, porque tiene un pueblo que consume en gran cantidad carne, cereales

y libros, afirma una potencia incomparable frente a un país como Bolivia, donde el indio del altiplano suele apaciguar el hambre con una hoja de coca y rara vez sabe escribir su nombre en las actas electorales. Es el pueblo y no las oligarquías, que acaso puedan ser más refinadas en Bolivia que en Argentina, lo que señala el índice de potencia nacional. Aun más: países decadentes o atrasados suelen tener oligarquías refinadísimas. La Rusia del siglo XIX, hundida en su inmensidad geográfica, en la primitividad de sus masas campesinas, en su medioevo agrario y su atraso técnico, ofrecía, por contraste, una de las más pulidas aristocracias de Europa. En la Italia disgregada y decadente del siglo pasado que nos describieran Stendhal y Taine, en ese país al que la vejez y la gloria muerta habían convertido en museo o escenario de ópera, las llamadas clases “cultas” conservaban un magnificante estilo de vida que no se compadecía con la miseria popular.

Pero junto con la idea y la necesidad del “pueblo”, es decir de unidad y conciencia colectiva, una nación requiere comando. La idea de “comando” indica coherencia, claridad, decisión. Que las aspiraciones y urgencias que vienen de las más entrañables raíces del pueblo se coordinen y unifiquen como en la copa del árbol se corona el esfuerzo de la savia germinal. Que haya voluntades capaces de imprimir a la nación un derrotero y destino, no dejándose llevar por los hechos y navegando en el azar, sino preparando y dirigiendo.

Formar pueblo, es decir, integrar nuestra comunidad nacional en un nuevo esfuerzo creador; trocar la confusa multitud en unidad consciente; vencer la enorme distancia no sólo de leguas geográficas sino de kilómetros morales que nos separan a los venezolanos, y adiestrar “comandos”, es decir, hombres que comprendan su tiempo, que se entrenen para la reforma con que debemos atacar nuestro atraso, que tengan voluntad y coordinen sus esfuerzos, son las tareas educativas más presurosas que reclama nuestro país. Junto a la transformación pedagógica, a la necesidad de humanizar y difundir las escuelas y preparar maestros —maestros para Venezuela, es decir, que deben conocer y actuar en un medio

y un ambiente precisamente determinados—, la idea filosófica que nos conduzca a alguna parte; que imponga a esta acumulación informe y contradictoria de materias y propósitos que hemos llamado nuestra cultura, un sistema y un espíritu ordenador. No se trata tan sólo de cambiar reglamentos, leyes y planes de estudios; de adoptar los métodos de Decroly o de Kerchesteiner, de utilizar los tests o las estadísticas norteamericanas a que circunscriben el problema algunos pedagogos simplistas, sino de movilizar espiritualmente la nación, de darle —porque vivió mucho tiempo una vida ciega, violenta y rudimentaria— la conciencia de su destino y la fe en lo que puede ser y hacer. (En el fondo de toda cuestión venezolana, más allá de la técnica y de la reforma administrativa, hay una aspiración espiritual y moral que no suelen ver los especialistas, pero que deben ver los políticos; la aspiración de un pueblo que desea recobrase y reiniciar su vida histórica, ascender en capacidad y potencia. Y semejante ambición y anhelo debe prevalecer sobre la querella aldeana y la politiquería pequeña, en los venezolanos de hoy.) Es preciso hablar a los que tienen fe.

PARA UN RETRATO DE ALBERTO ADRIANI*

A los hombres jóvenes de Venezuela, en memoria de una juventud laboriosa, sería para cumplir su tarea, contraída y honesta en el servicio común, como fue la irreparable juventud de Alberto Adriani.

No puedo decir aún, en el ensimismamiento y estupor emocional de que no me recubro, la admiración que tenía, la carga fecunda de grandes esperanzas venezolanas que todos habíamos puesto en Alberto Adriani. Comí en su compañía (y éste es mi último recuerdo) la noche del 24 de julio, conmemoración del Libertador, día en que llovió mucho en Caracas y en que nos reunimos, como cada semana, a conversar y divagar frente a aquellas pastas italianas y la botellita de vino Chianti del Restaurant de Contestabile. Él era todo el señor Ministro, uno de los hombres más considerados de Venezuela, pero para mí continuaba siendo el compañero de colegio, el amigo de infancia con quien sobre cualquier otra posición oficial me unía todo el tiempo pasado, los episodios comunes de nuestra adolescencia, una amistad sin dudas ni secretos que no lograron destruir los años ni las distancias. A veces él estaba en Ginebra, en Londres, en Nueva York, o sencillamente en Zea, Estado de Mérida, trabajando las tierras de sus padres, y yo vivía en Chile; pero nuestras cartas valían por largas conversaciones. Y toda nuestra evolución mental podía seguirse en ellas con las dudas, los análisis, las rectificaciones de todo hombre que piensa. Cuando regresó a Venezuela

* Se publicó primero en Caracas, en el diario *El Universal*, del 11 al 17 de noviembre de 1936. Poco después se editó en forma de libro por la Editorial Orbis, Praga, 1936, 24 pp.

en 1931 pasó por Caracas, y algunos personajes oficiales rondaron en torno suyo para ofrecerle algunos puestos decorativos en Relaciones Exteriores. En el extranjero había medido —y a veces era necesario salir de Venezuela para tener una perspectiva exacta de la tiranía— todo el horror del gomecismo. Dedicó una temporada en Washington a estudiar la economía latinoamericana en las estadísticas y documentos oficiales del gobierno norteamericano, y ya tenía una idea exacta de cómo debía procederse para convertir nuestra pobre economía encadenada en una economía autónoma. “Pero con esta gente rapaz e ignorante no se puede hacer nada”, escribía en 1931. A pesar del gran peligro que comportaba no aceptar un puesto en aquellos días oprobiosos del “Jefe único”, Adriani se fue a Zea, e internándose más en la montaña, empezó con verdadero tesón a trabajar unas tierras del Alto Uribante. Desde allí me escribió una carta magnífica. El sentía, como César cuando leía la vida de Alejandro Magno, la tragedia de que ya se le habían echado encima los treinta años y todavía no había actuado; contemplaba con indignación patriótica y con protesta de hombre culto la destrucción de nuestra nacionalidad por una bandada de hombres ignaros y doctorcitos incapaces; medía todo el dolor del atraso venezolano, y hasta como pequeño agricultor —él era en ese momento pequeño agricultor— vivía como propia la desolación del campo venezolano: el cosechero víctima de su rutina y esclavo siempre del comisionista, y el pobre pueblo labriego, analfabeto y enfermo, cuya vida sin historia apenas se marca por los sucesos meteorológicos: las lluvias que cayeron en el mes de mayo, el veranito de diciembre. Pero, en todo caso, había que esperar; estudiar, informarse, hacerse más fuerte y más libre, hasta que el tiempo estuviera maduro.

Recuerdo que le contesté aquella carta acordándome de Bismarck, cuando un joven altivo, lleno de energía pero inconforme con su tiempo, resuelve internarse un día de 1847 en una granja de Pomerania. Ya conoce el mundo y la sociedad de las grandes capitales y todo ello le parece inútil, falso, podrido. El se siente capaz de transformar las cosas, pero no es todavía el momento.

La naturaleza —hasta ahora él ha descuidado un poco la naturaleza— le puede enseñar tanto como los libros. Y un campo bien sembrado de patatas, un campo que en una mañana de primavera aparece todo alborozado de tréboles nuevos, es mucho más hermoso que aquellos salones de Viena o de París por donde el joven aristócrata prusiano ha paseado hasta entonces su juvenil fastidio.

“La Corte gasta y feminiza a sus hombres”, piensa entonces Bismarck; y no desea ser, en una época más ruda y afirmativa que pide realidades tangibles, uno de los tantos von Bismarck que estuvieron en la Corte. Anhela ser —y se prepara para lograrlo— una voluntad actuante y enérgica sobre las cosas.

Si en aquel momento de 1931 yo comparé el retiro de Adriani en Zea con el de Bismarck en Pomerania, era porque él estaba llamado a ser en nuestra tierra el gran estadista creador, el hombre que lleva su verdad y su destino definitivo por sobre toda otra contingencia; por sobre las tumbas, adelante, como decía el verso goetheano. Lo conocía bien y sabía que su inteligencia y su honestidad estaban a prueba de cualquier tentación y desliz; que era orgánicamente virtuoso, no en el sentido de los incapaces o de los anémicos, sino en la temperatura alta de la probidad, del sacrificio, de la voluntad probada como la mejor flecha.

Por eso, cuando con la delicadeza de una amistad de tantos años, quiero ahora evocarlo, más que el hombre público que en menos de seis meses de gobierno hizo tanto, pero no alcanzó a hacer todo lo que se había propuesto, me viene y se me presenta a la memoria el retrato del hombre privado, del Adriani íntimo que seguramente apenas conocieron (pues él se empeñaba en decir que era un provinciano y un campesino en Caracas) las gentes que acompañaron su cadáver el día 11 de agosto. Y en pocos hombres vi esta coincidencia entre lo privado y lo público, esta admirable armonía vital que prefiguraba el gran papel histórico que le correspondía en la actual resurrección de Venezuela.

Mi primer recuerdo y conocimiento va a un joven de dieciséis o diecisiete años que estudiaba su bachillerato en Mérida allá

por 1916 y de quien los muchachos menores sabíamos hacernos lenguas en los escolares corrillos de la Plaza Bolívar: “Lee en francés, inglés e italiano, y no lee precisamente novelas sentimentales ni aventuras de cowboys.” “Posee unos atlas alemanes de Geografía Económica y conoce bien lo que producen las principales potencias del mundo y cuáles son sus recursos.” “En las clases de Geografía, avergonzando a esos profesores frecuentemente malos de la provincia, puede seguir la ruta del Transiberiano, llegando hasta el distante Vladivostok, en el Pacífico.” “Y esa complicada ofensiva aliada en los Dardanelos nadie la sabe seguir y explicar mejor que él.” “Pregúntele a Adriani quién ganará la guerra europea.” De los diez o quince mil habitantes que tendría entonces la ciudad de Mérida, este muchacho rubio, un poco solitario, pero de quien todos dicen que es el mejor y más inteligente, sólo él podría contestarlo. Cuando lo conocí, sin que ello fuera obstáculo para que hiciéramos una excursión y la termináramos infantilmente comiendo unos dulces, él me habló de sus preocupaciones filosóficas. ¿Era yo idealista o materialista? Porque uno de mis tíos era sociólogo positivista y había enseñado las doctrinas de Spencer, con algún escándalo de la Curia, en la Universidad; yo en aquel momento estaba leyendo una obra de Sir John Lubbock y otra viejísima de Blüchner titulada *Fuerza y materia*. En uno de esos libros había encontrado dos sentencias de no sé qué pensador antiguo —Séneca o Luciano— sobre la muerte: “No hay nada después de la muerte y la misma muerte no es nada.” “¿Tú preguntas dónde están las almas de los muertos? En el mismo sitio en que estaban antes de nacer.”

Toda mi infantil pedantería filosófica se deshizo en aquella primera conversación con Adriani. Los libros que yo leía, en opinión de él, eran sumamente viejos. Ese materialismo orondo y satisfecho del siglo XIX, ese materialismo que pretendía haber destruido todo misterio y ofrecer al burgués de nuestra época un mundo perfectamente mensurable y clasificable, ahora estaba en bancarrota; era demasiado simplista y grosero; y a medida que avanzaban las ciencias positivas, el límite de lo conocible se iba

haciendo más vasto. Átomos, moléculas, electrones. “Y, sobre todo —advertía mi amigo—, existe una vida espiritual que no está enteramente sujeta, como pensaban aquellos materialistas, a lo fisiológico.” No es posible creer ya en un paralelismo psicofisiológico tan rígido como el que pretendían haber determinado los materialistas de 1850. “Pero yo no tengo vocación especial para la Metafísica, porque prefiero la acción”, me dijo Adriani. En no sé qué lectura él había encontrado una frase de Leibniz y quería tomarla como lema: “La vida es obra, es acción.”

*

1920 nos encuentra en Caracas en una modesta casa de estudiantes que hemos arrendado y toscamente amoblado para librarnos de la sopa clara y de la carne demasiado correosa de las pensiones baratas, en el poco aristocrático barrio de Caño Amarillo. Humo; las chimeneas de algunas fábricas, los silbatos angustiosos del ferrocarril de La Guaira, el olor acre de algunos depósitos de café. Pocos días antes de instalarnos en la económica morada, había ocurrido en la casa inmediatamente contigua un espantoso crimen de un muchacho español, recién emigrado, que asesinó a su padre y a la amante de su padre; horrible y espeluznante circunstancia que nos permitió que el dueño, por razones de la trágica vecindad, nos rebajara cincuenta bolívares en el canon de arrendamiento. Lo que primero adquirió Adriani fue una silla de extensión y un estante de libros. La silla de extensión —nos lo advirtió— no es ninguna voluptuosidad especial, sino resulta absolutamente recomendable para leer con provecho y reposar las cosas leídas. Por esos días llegaron a Caracas los libros amarillos de la colección “La cultura argentina”, dirigida por José Ingenieros, que nos permitieron a varios muchachos conocer y apreciar la tradición histórica de aquel país que, análogo a nuestra Venezuela por la geografía, pudo convertir sus pampas en granjas, vencer el desierto y situarse decididamente en el camino de la vida moderna. Esos libros nos presentaron con su propia lengua y en la agitación

de su escenario histórico, vivos y palpables, aquellos hombres que, como Sarmiento y Alberdi, no habían sido para nosotros, hasta ese momento, sino próceres llenos de adjetivos.

Adriani intuía la necesidad de un pensamiento venezolano un poco pragmático, un pensamiento que fuera como otra forma de acción, donde se esclareciera la oscura y turbulenta realidad de nuestro país, desconocida, velada, entre un manto adiposo de retórica y de literatura superflua. Universidades y escuelas excesivamente literarias y palabreras; intelectuales que eran los dóciles escribanos de la bárbara tiranía gomecista, una carencia absoluta de estudios técnicos, la espontaneidad plañidera de nuestros poetas erigida en sistema artístico, abandono, improvisación, desarraigo del medio, era el balance de nuestra inteligencia venezolana. Y, de pronto, desde el propio pasado de América, escuchábamos aquellas voces tan criollas, tan aplicables a la realidad de Venezuela, de Sarmiento y de Alberdi, que habían conocido circunstancias como las nuestras: tiranos, desiertos, barbarie, pero que, a diferencia de nosotros, tuvieron la decisión de vencerlas. “Este es el verdadero hombre de América”, dijimos, cuando entramos en relación con el cejijunto don Domingo Faustino. Después de Bolívar nos parecía la personalidad más recia y más útil plasmada por la tierra americana. Periodista, *pioneer*, maestro de escuela. Así tomaba su pico de minero como salía al galope de su caballo unitario —pues todos los que estaban contra el tirano Rosas eran unitarios—, o escribía un método de escritura y lectura por el novísimo método de Mr. Horace Mann. Y todo el tumulto de América cabe en su ancha prosa. A veces, cuando escribía un poco bárbaramente contra Garcilaso —como placía decirle a nuestro ponderado don Andrés Bello—, uno se imagina que está talando un bosque. Sarmiento, más analítico, más narrador de bellas historias; Alberdi, más sintético, economista nato, uno de los poquísimos economistas que ha producido la América Latina. Mis preferencias estaban por Sarmiento; las de Adriani, por aquel estilo un poco enjuto, pero lleno de claridades, cargado de verdades americanas, de don Juan Bautista Alberdi. “Tú debes

ser el Alberdi de Venezuela —le dije un día—. Tú, como Alberdi, en el año de gracia de 1852, debes escribir las *Bases* de nuestra República.” Contra la retórica y el floripondio que nos han escondido tanto tiempo la realidad venezolana, hay que inventariar allí —como lo hizo Alberdi en Argentina hace tantos años— las posibilidades de nuestra existencia nacional, crear una técnica, imponer un orden, que no es el orden sepulcral del gomecismo, el orden del “plan de machete”, sino el de la inteligencia creadora.

En estos años (1920-1921), en Venezuela se habla de paz. El *Nuevo Diario* escribe este sustantivo con mayúscula, pero es la paz de la boa que duerme después de engullir; la paz animal del instinto gomecista, hecha de astucia, de egoísmo y de rapacidad.

¿Qué hacer? Leopoldo Ortega Lima, un gran amigo nuestro, un muchacho en quien ardía la llama de un destino heroico, decidió —pobre estudiante— hacer la revolución. Lo llamaban desde el fondo del tiempo unos Ortegas y unos Limas que en el matorral bravío de nuestras guerras civiles se jugaron la vida con la apostura y el desprendimiento de viejos venezolanos. Y de su pensión caraqueña, donde entre el Derecho Romano de Monsieur Gastón May y los libros de Ingenieros y de Bunge se juntaban los planes utópicos que Leopoldo había trazado para reformar el país, partió nuestro amigo en busca de la gran aventura. Cayó preso, naturalmente. Lo sacaron de La Rotunda ya tuberculoso. Y semi-moribundo (porque no había perdido el humor) entreteníase en remedar los diálogos que sostenía con su cabo de presos, un tachirense de San Antonio del Táchira. Leopoldo era valenciano, y encontraba divertida aquella enérgica parla tachirense donde se duplicaban las eses y donde ciertas palabras caían como machetazos. “Si educáramos a este pueblo nuestro... —concluía diciendo Leopoldo—. Ese cabo de presos me molestaba no por andino, sino porque no le habían enseñado otra cosa”. Se fue Leopoldo a convalecer o a morir, más bien, en un campo de los suyos, en los alrededores de Valencia. Unos días después, en medio del silencio gomecista, porque pronunciar en público el nombre de Leopoldo era casi un delito y evidentemente un peligro, supimos su muerte.

Desaparecido ya, siguió siendo un contertulio de nuestros diálogos. “Como decía Leopoldo”, “¿Qué hubiera pensado Leopoldo?”, eran frases que nos ataban como deberes cuando en un momento denso aleteaba y se detenía cerca de nosotros la viviente tragedia venezolana. ¡Pobre juventud la nuestra, que no tenía otra evasión que el aguardiente malo de los “botiquines”, el “trueno” con las mujerzuelas, los versitos lacrimosos que salen en la primera página de *El Nuevo Diario* y, si se excede en el pensar o en el hablar, los grillos y los tortoles de La Rotunda!

De América, de la América Latina que nosotros sentíamos una en el gran sueño y en el gran compromiso bolivariano, nos llegaban de pronto noticias de grandes cosas: la reforma educacional que Vasconcelos realizaba en México; el movimiento de las juventudes de Córdoba, en Argentina, que habían renovado su Universidad y pedían la incorporación de la juventud a la vida política y cultural de su país; el Congreso de Estudiantes de la Gran Colombia que debía celebrarse en Guayaquil y del cual se le dijo a Atilano Carnevali, por boca de un funcionario gomecista, “que si algún venezolano asistía no esperara retornar al país”.

Pero, según Adriani, esa revolución contra la estúpida tiranía era necesario realizarla primero en nosotros. “Gómez es, de cierta manera, la consecuencia de un estado social.” Gómez manda porque nosotros hemos sido la indisciplina, la improvisación, la guachafita. Gómez es el gran culebrón que vino a gobernar sobre las ranas cuando éstas pedían más poder, según la fábula clásica. Muchos muchachos románticos piensan que se tumba a Gómez después de beber unos tragos, buscando camorra a un policía y apareciendo en la Plaza Bolívar al grito de: “¡Abajo la tiranía!” Este es un problema de preparación, de orden, de disciplina colectiva. “Antes de hacer la República debemos hacernos nosotros porque todavía no somos.” Y para “hacerse”, Adriani partió a Europa un día de 1921.

*

Esta ciudad de Ginebra, sede de la Sociedad de las Naciones, era en aquellos inquietos días de postguerra una especie de microcosmos, de síntesis de nacionalidades y de corrientes políticas. Por las avenidas, a la orilla del Lago, solía aparecer el sobre todo arrugado de Monsieur Aristide Briand fumando su *Céltique*; mal vestido, caviloso, con la enorme cabeza gravitando sobre los hombros y encendido de fuerza espiritual como los mejores franceses. Aparecían los delegados de esos países nuevos surgidos después del Tratado de Versalles: Polonia, Yugoslavia, Checoslovaquia. Personalidades políticas como Benes o Titulescu. Ese viejo de barba blanca y de oscuro ojo levantino, ojo que es adivinación y perspicacia, se llama Venizelos, el creador de la política griega moderna. Y, frente a las grandes personalidades, otros hombres no menos interesantes: redactores políticos de grandes diarios; peritos en economía, sanidad o cuestiones administrativas, todo el equipo de esa inteligente técnica con que Europa esperaba salvarse después del desastre de los cuatro años. Colman las pensiones y hoteles de Ginebra, los cafés, las bibliotecas, las cervecerías. Aparecen también otras gentes que son en sí mismas verdaderos problemas de Derecho Internacional: emigrados rusos que, con su pasaporte *Nansen*, de la Sociedad de las Naciones, desean afrontar la tragedia de la nacionalidad que perdieron; príncipes y princesas y falsos príncipes y falsas princesas que, por las buenas gestiones de Monsieur Albert Thomas, uno de los directores de orquesta de aquella exposición internacional, desean colocarse y fijarse en algún sitio del ancho mundo. En las calles de Ginebra se están vendiendo constantemente, por hombres sospechosos, los collares y los aderezos de la princesa Tatiana. Y esos emigrados rusos, tan parecidos a los suramericanos en la fantasía, siempre cuentan una extraordinaria historia.

Buen lugar, apasionante encrucijada del mundo para un hombre de veintitantos años que quiere estudiar Economía, perfeccionar los idiomas extranjeros y entrar en contacto con los problemas de la política moderna. A pesar de estas gentes cosmopolitas que ahora la pueblan, Ginebra continúa siendo la ciudad

un tanto calvinista y algo aburrida, donde llueve con frecuencia, donde las gentes estudian, y como Rousseau, como Amiel, los grandes ginebrinos, desmenuzan y sutilizan sus conflictos morales. Hay una revista pan-europea, *La revue de Genève*, dirigida con el mejor espíritu internacional por M. Robert de Traz y cuyos artículos, comentados y marcados, son los primeros mensajes que Adriani me envía de su nueva residencia. Concorre a la Universidad y frecuenta los debates públicos de la Sociedad de las Naciones. Con una avidez de conocimientos observa los hombres, las instituciones. A propósito del delegado chino a la Sociedad de las Naciones en aquel año 21 o 22, que se destacó con excepcional inteligencia en los más complicados debates políticos, me escribe una carta curiosísima sobre la psicología de los orientales; sobre lo que puede significar el misterioso Oriente en una nueva y próxima etapa de la historia moderna. En Alemania, después de los años terribles de 18, 19 y 20, ha aparecido un político de genio: Walter Rathenau. Gran economista, gran escritor. Las ideas más caras a Adriani sobre el Estado, sobre el deber y la disciplina social, se expresan por la boca de este gran judío, que es, en ese momento —como desmintiendo la oscura e irracional filosofía racista—, el intérprete conmovido y emocionado de todo un pueblo. (Escribe sobre Rathenau un magnífico artículo titulado “La Alemania actual y Walter Rathenau”, que debe haber quedado perdido en algún número de la revista *Cultura venezolana*. En la Venezuela gomecista no sabían leer estas cosas. Todo lo que nos era desconocido en la ignorancia y el hermetismo político que sufría nuestra Patria se nos revelaba en la prosa de Adriani: la política y economía de masas, la técnica al servicio del Estado, la aguda revisión que sufría en Europa el liberalismo económico).

No sé si fue ese excelente diplomático venezolano, hombre cordial y caballeroso, que se llama C. Parra Pérez, el que consiguió para Adriani un puesto entre el numeroso personal extranjero de la Sociedad de las Naciones. Aquello le significaba completar de manera práctica las cosas que le habían enseñado los libros. No es que él se hiciera, en aquella Europa cansada que sufría aún las

consecuencias patológicas de la guerra, demasiadas ilusiones sobre el ideal wilsoniano y sobre la eficacia ejecutiva de la institución de Ginebra. “Pocos son los pueblos europeos —me decía en una carta— que, como la Checoslovaquia de Masaryk, han sabido organizar siguiendo las líneas claras y humanas de una concepción jurídico-filosófica; en la mayoría prevalece el egoísmo, el interés de lo inmediato, el exhibicionismo del prestidigitador que se suele llamar político. Pero en esta Casa Internacional de Ginebra hay excelentes archivos y noticias; se va elaborando, a pesar de todo, el derecho y la economía de los nuevos Estados.” Y entre sus leyes de trabajo, boletines estadísticos, reformas agrarias en los países de la Europa central o sur-oriental, él pasa sus horas. De tiempo en tiempo, un corto viaje por Italia o por Francia. Y tanto entusiasmo como las obras de arte y los museos le suscitan aquellas obras no menos grandiosas de la técnica moderna. La agricultura en el Piamonte, la industria en la Lombardía. Patriota, piensa en las caídas de agua y la riqueza hidroeléctrica de Venezuela completamente desaprovechada. En un como sueño de patria futura, piensa que el paisaje de Mérida, en nuestros Andes, se parece, por ejemplo, al de Turín o Milán; y nuestro Chama andino guarda tantos caballos de fuerza como el Po. Tenemos carbón, petróleo, hulla blanca; y la unidad nacional —el nuevo hombre venezolano, libre ya de todo rencor regionalista, dispuesto a la creación pacífica— podría formarse acaso en aquellas tierras altas de Guayana, gran esperanza, misterio maravilloso sobre nuestro mapa venezolano. La prosa de sus cartas, tan precisa de datos y noticias, se alumbra de pronto con entusiastas visiones: “Si se pudiera vencer la incuria y la ignorancia de esos hombres imprevisores que en estos años de despilfarro y servidumbre gomecista pretenden dirigirnos... Venezuela es entonces un Estado fuera del mundo, una factoría de petróleo extraído por brazos esclavos. Gobiernan los incapaces y los peores.” Y el ambiente de Europa, los duros inviernos que imponen los fuertes ejercicios físicos u obligan a estudiar junto a la chimenea, le van templando la voluntad para aquellas lejanas empresas. En la Ginebra de ese tiempo se está realizando la educación de un estadista.

En 1923 yo vivo en Chile horas de pruebas y de pobreza. Se había cerrado aquella casa estudiantil y caraqueña de Caño Amarillo y nos dispersamos a buscar nuestro propio destino. Me gano la vida vigilando muchachos en un colegio, haciéndoles formar, desfilas, computando —cosa que me es bastante desagradable— sus faltas de conducta. Como los pesos chilenos son escasos, hago de colaborador y *reporter* en una empresa de publicidad, en un diccionario biográfico, uno de esos *Who's who* que se escriben para satisfacer la vanidad de gentes que quieren pasar a la Historia pagando la entrada. A todos estos futuros próceres de la inmortalidad los entrevisto para inquirir y escribir sus maravillosas biografías. Cuando hay juventud y humor resulta soportable toda pobreza. El propietario de la obra cambia por pesos mis adjetivos. En los ratos estudio Pedagogía y me doy tiempo para concurrir a ese Pedagógico de Chile, tan cordial, donde siempre se encuentran, bajo la atmósfera sencilla y calurosa de la hospitalidad chilena, tantos hombres y tantos rostros latinoamericanos. En ese tiempo las cartas de Adriani eran mi tónico más fuerte. Que hubiese dejado aquel Derecho Romano que estudiábamos en Caracas por la Pedagogía; que me preocupara de observar el movimiento social y político de Chile, entonces apasionante; que hubiera impuesto al través de los reveses un plan a mi vida, eran cosas que merecían su estímulo. Y tuvimos entonces un proyecto que nos daba esperanza de trabajar, de adiestrarnos para un tiempo que se iba haciendo cada vez más lejano. “Celebro que hayas orientado tu vida por otros caminos que no son los usuales en la juventud venezolana —me decía en una carta—. Y espero que cuando pasen estos amargos días y empiece a renacer Venezuela nos encontremos para una empresa común, como, por ejemplo, un periódico moderno, que contribuya a crear la Patria futura.”

Dejábamos algunas veces de escribirnos cuatro o más meses; pero un buen día necesitábamos hacer el inventario de lo que habíamos hecho y pensado, de las rectificaciones que le

habíamos impuesto a nuestra conciencia, y entonces se cruzaban cartas de ocho a diez páginas. Las de él estaban firmadas en Londres, en Washington, en Zea, Estado Mérida; yo, más sedentario, apenas cambiaba en los veranos algunos lugares y nombres de la geografía administrativa de la República de Chile.

*

Y damos vuelta en el calendario a esos años —25, 26, 27, 28, 29, 30— en que ocurren tantas cosas en el mundo menos en la Venezuela de Juan Vicente Gómez. En 1928 hubo un terremoto en Cumaná y una sublevación de estudiantes. ¿Caerá Gómez? ¿Se morirá de viejo? Pero él era ya el gran faraón momificado e insensible en aquel hipogeo cerrado con muchas piedras y muchas llaves que se llamaba el “Régimen de Diciembre”; el régimen de la “paz y el trabajo”, como le decían sus periodistas. Los escribas le cuentan los millones y los rebaños; él recibe su plata, la guarda, y nuestro pueblo moreno sigue arrastrando aquella existencia monótona, sin esperanza, condenada al silencio y la hipocresía. “¿Me quiere mi pueblo? —se preguntaba el déspota—. Tal vez, porque los que no me quieren están bien guardados.” Los jóvenes —los de los movimientos estudiantiles del año 13, del año 18— ya empezaban a enardecer o a engordar, o eran ciudadanos sumisos flotando apenas en las aguas muertas de aquellos días sin ilusión ni anhelo. Un materialismo terrible corroía a los hombres y las generaciones. Aquí no hay valores espirituales; jerarquías, doctrinas, ideas, eso por lo que se afana y combate la juventud del mundo. Los hombres se dividen en los tontos y los vivos; tontos son los que piensan que Gómez es mortal y que en esta azotada tierra nuestra podrá edificarse un régimen más justo y más sano; vivos son los que después de las visitas a Maracay cambian sus marcas de automóvil. ¿Que hay que estudiar, prepararse, mirar a este enigmático pueblo nuestro, cuyos oscuros ojos se están cargando ya de preguntas; que ha resistido con su arepa y su papelón, su sombrero de cogollo y sus cotizas, este sistema de arbitrariedad, este

gobierno de jefes civiles, de látigo y de peinilla, pero que algún día inquirirá si no se puede estar mejor, y si no tiene también derecho al alfabeto y la cultura, a la tierra generosa acaparada por una docena de barones bárbaros? De los macizos muros de las cárceles gomecistas, en el silencio de la alta noche, suele venir el grito de los hombres torturados. Uno, dos, tres. La guardia hace su ronda y los látigos restallan sobre las espaldas frías de pavor. ¿Quién los escucha? Para el mundo civilizado el régimen de Gómez es también un régimen civilizado. Los diarios todos los días cantan la misma cantinela: “La paz, la riqueza, el Benemérito.” Y hasta en el extranjero hay grupos revolucionarios tan absurdos que no ven en este dolor, en esta lamentable etapa histórica, sino un pleito casero, un problema regionalista: “Venezuela está mal porque gobiernan los andinos —se dicen ellos—. Las cosas se arreglarán cuando dominen los caraqueños.” Caraqueños y andinos y orientales, todos van pasando por esta especie de pesadilla trágica y grotesca, por este sueño de veintisiete años del que Venezuela, la Venezuela de Bolívar, tardaba en recobrase.

*

1930. El Centenario de El Libertador. (Ya conocemos esos centenarios. Vallenilla y Arcaya, los sociólogos oficiales, pronuncian discursos en que las guerras y los héroes de la Independencia son como el antecedente necesario de Juan Vicente Gómez. Bolívar y Gómez. Uno comienza el ciclo y el otro lo cierra. Y entre los dos, estamos los venezolanos esperando.) Pero en este 1930 hubo otro número del programa. En el momento en que se iniciaba la gran catástrofe económica mundial, el prudente economista que se llama el General Gómez decide pagar la deuda pública de Venezuela. Él hubiera podido invertir con más tino ese dinero en obras reproductivas dentro del país y prevenir la crisis y la cesantía que no se rigen por la voluntad del Benemérito, sino por las posibilidades de un mundo productor y consumidor; pero en tal caso esa medida no serviría para la propaganda exterior del régimen. “Que

los extranjeros piensen bien de nosotros aunque nos falte trabajo, sanidad y escuelas.” Ahora puede circular en los periódicos del mundo entero una noticia venezolana. Y cuando en el extranjero decimos que somos venezolanos, se nos mira con gran curiosidad, como tratando de determinar si somos personas o somos ente-le-quias, y se nos dice: “¡Ah, el señor es del país que pagó la deuda!”. No conocen nuestra cultura ni nuestra tradición histórica; están sordos para nuestra tragedia, pero resalta aquel hecho que la ubicua *United Press* difundió dondequiera: “¡Venezuela pagó su deuda!”

Es entonces cuando, en un pequeño pueblo del Estado Mérida, Alberto Adriani se convierte en el testigo y el crítico implacable de nuestra economía. De la misma manera que Razetti cuando afrontó el problema biológico de Venezuela, al colocar unas al lado de otras varias columnas de cifras puso en evidencia nuestro estancamiento demográfico, a Adriani también le basta la elocuencia de los números. Con la crisis descienden bruscamente los precios del café, “General —le habían dicho a Gómez—, los agricultores de Venezuela ya no soportan más. El café no costea sus gastos de producción.” Y el Benemérito no encontró mejor remedio que repartir un poco de dinero fiscal entre los productores endeudados. Gran noticia, suprema munificencia del Jefe, que merece los más gruesos títulos en *El Nuevo Diario*. Los agricultores de Venezuela deben agradecerle directamente a Gómez por medio de un telegrama, cuyo modelo y cuya retórica les imponen los jefes civiles, aquella prueba de magnanimidad. En los artículos que escribe Adriani se hace la crítica prudente del sistema de auxilios. No imponer la mendicidad obligatoria y trocar a los agricultores en mendigos que agradecen la dádiva, sino producir y saber qué vamos a producir, es lo que necesita la economía venezolana. Él estudia el proceso de la agricultura mundial, y de las cifras y los cálculos estadísticos desprende las líneas de una nueva política agraria. Abarca al mismo tiempo, en un inventario lleno de datos y de verdades, lo que se llama la “legendaria riqueza venezolana”. Porque, precisamente, ahora estamos pobres y lo que tenemos no

es nuestro, sino extranjero, ha llegado el momento de empezar a crear una economía nacional. Elocuentes de números y dialécticas, estos artículos que aparecen en periódicos de provincia saben conquistar y llegar hasta la Capital. “Lo que ha escrito este mozo Adriani es un poco escandaloso, pero implacablemente cierto.” Y por su veracidad, y porque las verdades se convertían entonces en protestas, el nombre de Alberto Adriani fue en aquellos días el de un posible candidato a las cárceles gomecistas.

Para evitar tan peligrosa candidatura, Adriani hizo entonces un viaje por Colombia. Y en la nueva política económica colombiana, infinitamente más sensata que la nuestra, él veía como una corroboración de sus doctrinas. “Colombia asciende en población, en vialidad, en recursos económicos, mientras nosotros descendemos”, me decía en una carta. Y ésta es la consecuencia de los veintitantos años de la paz decembrina. Hay que esperar que el viejo caimán apostado en el caño inmóvil de nuestra existencia nacional concluya de morirse; morirá de hartura. Entretanto, no se puede pasar, avanzar, hacer nada. No es sólo la crueldad y la rapiña el mal de aquel régimen; es la ignorancia, la incuria, la espantosa vejez y momificación de los hombres y las ideas. Venezuela se asfixia como bajo una compresora y enorme campana neumática. Nada puede volar ni expresarse en este como desierto lunar, sin atmósfera. Aquí no hay interés por conocer, aprender ni renovar nada. Y si Edison o Marconi fueran nuestros compatriotas y hubieran enviado a Maracay sus máquinas y sus inventos maravillosos, no merecieran del “Benemérito” otra respuesta que su habitual: “Recibido y en cuenta. Ajá.” Es decir, no me moleste con sus ideas de progreso: déjeme robar y agradézcame que todavía usted vive y está libre.

*

Ahora estamos en Caracas bajo ese febrero lleno de esperanzas de 1936. Los venezolanos abren de nuevo los ojos, estiran los músculos jubilosos y miran el día —tan bello— después de un

largo sueño. Del fondo de los años brota otra vez el entusiasmo, y todos quieren ir con esa Venezuela que nace, en la emoción y la fe colectiva. Pasó el gomecismo con sus cinco lustros de oprobio, y puede ya pensarse en crear una nación. Comparece el pueblo venezolano ansioso de revelarse y de surgir. Son días que recuerdan, en la temperatura caliente de las almas, en la efusión de los rostros, en la esperanza y la fe multánime que desfiló por las calles de Caracas la tarde del 11 de febrero de 1936, aquellos días muy lejanos de 1810 en que unos colonos de una pobre colonia de América descubrieron el significado de la palabra Libertad. Y para conocerla otra vez en la tierra de Bolívar, han venido por todos los caminos gentes, venezolanos, que estaban dispersos en el mundo.

En una pieza de un hotel de Caracas converso con Alberto Adriani. Salvó de estos años de prueba un tesoro invalorable: el entusiasmo y la juventud. Se vino de su retiro provinciano, y aunque los días eran febriles, no olvidó sus papeles y sus fuentes de información. Hasta esta pieza del hotel no dejan de llegarle sus revistas inglesas y las publicaciones sobre economía. Y, a pesar de todo, y cuando el hombre está solo, viene bien la compañía de un clásico. El no amaba esa literatura pura en cuya busca de formas sin contenido malgastó tanto tiempo la juventud de mi país. Los viejos historiadores, los pensadores políticos, los hombres de acción que con un poco de desengaño escriben sus memorias, enseñan bastante sobre la naturaleza humana y sobre ese extraño juego y conflicto de voluntades que se denomina la política. Y un economista —él muy bien lo sabía— no es sólo el hombre que maneja cifras y calcula precios, sino más bien el que sabe amoldar a la vida, a la necesidad biológica de consumir y producir, el abstracto lenguaje de los números. Economía sin historia, sin sociología, sin geografía humana, sin psicología, es sólo posible para aquellos tontos graves que, porque calculan bien su tasa de intereses y ejercen libremente la usura, se sienten y se llaman a sí mismos, entre nosotros, financistas o economistas. Y lo que sobre la naturaleza humana no le decían los cuadros estadísticos, él lo buscaba en los grandes historiadores o en los pensadores políticos.

Por su sangre italiana, calentada al trópico, Adriani sabía, y lo propalaba, que, a pesar de todo, son los hombres de voluntad enérgica, los que pueden darse a una idea y pelear su destino, quienes en última instancia realizan la historia. Y del precipicio adonde nos arrojara una sucesión de gobiernos tiránicos o incapaces; de nuestra fatalidad tropical —clima, mezcla de razas, analfabetismo de grandes masas— sólo podría salvarnos, como a los argentinos del año 52, una política creadora, una política de grandes vistas que sobre la pequeñez actual previera y edificara el futuro. “Inteligencia, decisión, energía, honestidad” eran las cualidades que en esta hora de 1936 había que pedirles a los venezolanos. Y puesto ante el mapa de nuestra población y nuestra economía, afirmaba con voz casi profética: “A veces los pueblos que han sufrido y se han destruido mucho, como el nuestro, tienen un minuto para recobrase y readquirir su ritmo histórico. Una generación puede lavar y vencer los errores de las otras generaciones. Acuérdate de la Prusia de Federico el Grande y de la Italia de Cavour. Aprovechemos este instante. ¡Que la libertad que ahora gozamos no sea sólo entusiasmo sin norte; que no prolifer y se pierda en pura retórica tropical, en adornadas palabras!”

Se satisfizo toda la parte viviente del país, quienes se daban cuenta de que algo había cambiado y debería cambiar en Venezuela, cuando se vio a un hombre de treinta y siete años, sin otro empeño que sus méritos, sin otra recomendación que su competencia, al frente del Ministerio de Agricultura primero, al frente del Ministerio de Hacienda después, en este año de 1936. El joven pensador y economista comenzaba su vida activa.

*

Cada sábado, al fin de una semana que para él estaba plena de luchas, de visitas de solicitantes, hasta de polémicas y comunicados de prensa para enseñar a gentes nerviosas y desordenadas cuestiones elementales de Economía y Administración, yo solía encontrarme con el señor Ministro. Me encontraba más bien con

el muchacho de Mérida en 1916 o con el estudiante de Caracas en 1921. Gustaba pasar de incógnito entre gentes que siempre están dispuestas a prodigar un adjetivo o a decirle que él constituía una esperanza de la patria. Entonces se revelaba un poco brusco, con aquella brusquedad de los demasiado sensibles o de los demasiado modestos. El buscaba su fuerza sintiéndose un poco provinciano en Caracas; hombre de la montaña, para quien no se han hecho las ceremonias ni las frases pulidas, huye de la sociedad envolvente y hasta llega a pensar —con algún candor— que esa sociedad puede ser una Babilonia. Por entre las caras conocidas y las mujeres hermosas, atravesábamos el café, ubicando el rinconcito solitario donde bebíamos nuestro *gingerale* o nuestra copa de coñac. Otras veces, el sábado terminaba junto a los tallarines siempre calientes y la botellita de vino Chianti del generoso Contestabile. O un nocturno paseo en automóvil por aquellos caminos llenos de una extraña magia —cocuyos, estrellas, cañaverales— de los alrededores de Caracas. Amábamos ese camino de Los Teques, un poco alpino, con sus barrancos y sus helechos frescos. Y las casas blancueadas y los pinares y la luna fría de Los Teques, de noche, eran un extraordinario sedante después del pesado día caraqueño, hirviente de discusión y política.

El auto rueda, y la esperanza en Venezuela, hecha planes, programas, técnica, cae de sus palabras. Experiencia de sus viajes, reflexiones de sus lecturas, anécdotas de su convivencia campesina con los hombres de nuestra tierra. Y yo veía que sobre la rutina que nos oxidó tanto tiempo, algo empezaba a hacerse. Los hombres como él tomaban a Venezuela como una hacienda arruinada por cuyos campos pasó la desolación, la imprevisión, el pillaje. “La casa es buena y extensa —solía decirme—. Somos todavía un poco bárbaros y eso nos salva de la corrupción definitiva. En esta extensión, del Orinoco a los Andes, es preciso comenzar a contar y medir. Nos dicen que somos ricos, pero la riqueza sólo tiene valor en cuanto puede intercambiarse con los hombres; en cuanto es una fuerza activa y dinámica, capaz de desplazar las energías humanas. En este espacio vacío hay que construir un granero; en

este pozo pútrido debe circular el agua fresca. Y sin perdernos en un combate doctrinario, en la metafísica beligerante de las teorías políticas, nuestro problema es de limpiar, de sanear, de contar y organizar bien. Más vale una hectárea de buena sementera que cien de rastrojo; más la pequeña Bélgica que el enorme Sudán. Orden, técnica, claridad. Habría que pasar sobre las ruinas de más de ochenta años de atropellos, de desorden, de incapacidad y violencia para que los nuevos venezolanos aprendan esa disciplina que forma los Estados; el verdadero valor cívico que es contención y equilibrio, justicia para los demás, responsabilidad de las cosas que hacemos.”

Y un sábado de julio llegó contento y con una noticia excepcional. Por aquella noticia podría perdonarse la tribu de solicitantes, arbitristas y majaderos que rondaban en torno de cada ministro, en aquellos días primaverales de nuestra democracia. Gente impaciente, pedigüña, que no deja trabajar. Recogía ya al cabo de tres meses de Ministerio los frutos inmediatos de una nueva organización. Y se le iluminaba la cara adolescente al transmitir la buena nueva: durante el mes de junio las aduanas de Venezuela habían recogido más dinero que en cualquiera otro mes de la historia fiscal de Venezuela. “No es que hayan aumentado mucho los negocios —me dijo—. Es que disminuye el contrabando y empieza un régimen de honestidad. Salvaremos este año de prueba, año en que hay que perfeccionar los organismos de control, formar una administración eficiente, y el año próximo, si estamos todavía aquí, pondremos el país a producir.” “Una economía nacional autónoma y próspera”, era una frase que él acuñaba como una fórmula.

Para hacerla y estudiarla, una lámpara estaba encendida hasta alta noche en el segundo piso del Ministerio de Hacienda. A esta hora no hay visitas y en el caserón solitario las cifras estadísticas cobran vida; la producción, los caminos, las zonas de la variada tierra nuestra parecen esperar esa nueva política que las hará resurgir. El Orinoco, los Llanos, las serranías de la costa, Margarita y el vasto litoral del Caribe, las tierras templadas de los Andes; petróleo, café, cacao, rebaños; tenemos la posibilidad

de crear una economía que nos libere, que multiplique en poco tiempo nuestro potencial humano y económico. Y como los problemas eran múltiples, había que numerarlos y ponerlos en serie. Alberto Adriani había dicho: “Colonización, coordinación de los transportes, inmigración europea, educación y enseñanza agrícola a las grandes masas de población campesina, política de producción, moneda que nos permita exportar.”

“Si ahora no fuera ministro de Hacienda —habíame dicho—, me gustaría contribuir a realizar ese vasto inventario de lo que existe; recorrer el país, palmo a palmo, gozando con su nuevo descubrimiento.”

“Habría que traer primero, y formar después, los geógrafos y los estadísticos que ayuden a la reconquista económica de Venezuela. Con ello no sólo se hará una labor económica sino una profunda labor política: la de despertar para grandes empresas el alma un poco dormida de nuestra gente. El dominio y colonización de esas maravillosas tierras altas de Guayana, que todavía el venezolano de hoy no mira sino bajo un velo de fábula y de misterio, podría significar en nuestra historia actual una empresa de energía colectiva semejante a la de la conquista interior del Far West para los Estados Unidos. Daríamos espacio, destino, heroísmo, riqueza y posibilidad a muchos hombres que lo están esperando. Ante una gran empresa nacional, se acabará la rencilla lugareña de orientales contra andinos, de corianos, caraqueños y barquisimetanos. Despertaría la emoción de una Venezuela más numerosa y más grande.”

*

Muchos proyectos por nacer, por cobrar cuerpo y arraigar en esta soñada nueva realidad venezolana, quedaron en los papeles de su escritorio y en esa cabeza que inmovilizó súbitamente la muerte una madrugada de agosto de 1936. Ya no es hora de imprecicar al destino. Los hombres y las vidas humanas siempre son más frágiles que las ideas que fecundan; que la capacidad de entusiasmo y

de acción que pueden irradiar. Alberto Adriani ha sido un nombre, de los más limpios y mejores, en esta promoción de la historia venezolana. El sacó de la tiniebla de una vida nacional que estaba como aterida y muerta, la esperanza de hacer una nación mejor; se quemó por esta idea, y en el camino embrollado de nuestra improvisación y nuestra indolencia criolla, trazó unas líneas que van al futuro. Escribió, luchó, habló, organizó. El pensamiento que de él queda en el ensayo económico, en el plan político, en la decisión administrativa tiene calidad y materia para seguir fructificando. Y es ejemplar la historia (en este país nuestro de tantas historias inejemplares) de un hombre joven y modesto, nacido en un pequeño pueblo provinciano, cuyo talento y cuya honestidad pudieron ofrecerle en plena juventud un grandioso destino.

Hay también —y no puedo olvidarlo en el momento de escribir— el rostro de un amigo inevitablemente ausente. Como en la vieja canción de los combatientes que compartieron la misma trinchera y el mismo duro invierno y hasta el pan y el vino familiar de la pascua, uno puede decir con la ternura un poco áspera de que somos capaces los hombres: “Yo tenía un camarada”, es decir, uno a quien conocí y quien me conoció bien; una mano fraternal que me daba confianza y franqueza, unos pies que al lado de los nuestros nos acompañaron a recorrer los misteriosos caminos del mundo.

UN JOVEN ARQUETIPO*

No he tenido tiempo para dar a mis palabras el elaborado ordenamiento de una conferencia. En el avión que me traía a San Cristóbal saqué punta a mi lápiz para anotar algunas cosas de las que quería decirles, y mi deseo de escribir en medio del ruido de los motores y la nerviosidad que produce todo vuelo a quienes no nos hemos desasido de nuestro originario elemento terrestre, se contrastaba con el deseo de ver la naturaleza, el enorme lienzo de llano, de bosques y de ríos que se enfocaba desde nuestro observatorio en las nubes. Mirar la naturaleza venezolana; sentirla en su inmensidad, en su potencialidad cargada de futuro, era para mí una manera de homenaje a la memoria de Alberto Adriani. Él tenía —como uno de los signos más constantes de su rico temperamento— aquel instinto geográfico de sus ancestrales marinos ligures, los que navegan y visitan tierras desde la más remota antigüedad europea; los que llegaron a la legendaria corte del gran Kan, los que en los comienzos de la época moderna levantaron los mapas de los nuevos orbes descubiertos y orientaron la ciencia renacentista al más cabal dominio de la naturaleza. Cuando Adriani viajaba por la superdesarrollada Europa o por los Estados Unidos, el apasionante problema de humanizar y tecnificar nuestro ámbito geográfico, de hacerlo franqueable al tráfico de los hombres, de sacarlo de su mundo mágico al mundo de la civilización y de la técnica, era un motivo permanente de todas sus reflexiones. Y todo

* Conferencia en el Salón de Lectura de San Cristóbal con motivo de un homenaje a la memoria de Alberto Adriani (1942). Con el título de *“Adriani, hombre arquetípico”*, fue publicado por primera vez en el diario *El Universal* de Caracas a los días 19, 20 y 21 de febrero de 1942 (pp. 4-5).

lo que veía —la electrificación en el valle del Po, los maravillosos cultivos de la campiña francesa, los canales de Holanda o las claras granjas de Dinamarca— actuaba en su visión como un estímulo a la tarea civilizadora que desde hace tanto tiempo aguarda a nuestra gente criolla. Domesticar el trópico era uno de los problemas que siempre se planteó su espíritu estudioso; y varios libros que narraban la aventura del hombre blanco en las tierras calientes de Asia y de África se encontraron sobre su mesa de noche, con la huella fresca de sus manos, anotados por un lápiz reciente, aquel sorpresivo día fatal en que se nos fue.

Por primera vez —después de tantos años de inercia y de oprobio— Venezuela comenzaba a reconocerse en un estudiante joven, salido de las modernas promociones intelectuales del mundo, hombre de acción y hombre de estudio, cuyo ímpetu lírico, cuyo despierto fuego juvenil sabía apoyarse en su enorme capacidad de análisis, en la documentación y la precisión de quien está acostumbrado a manejar cifras, a interpretar diagramas, a clasificar y ordenar hechos. “Sería un hombre de lujo en cualquier sitio del mundo; se parece al joven Pitt, el primer gran creador de la Inglaterra moderna; se parece a Cavour y a Sarmiento”, me decía de él un intelectual extranjero, huésped entonces de Caracas. Y agregaba: “Es uno de esos hombres que en la vieja pero flexible Inglaterra, al salir de Oxford, comienzan por su talento y la fuerza incontrarrestable de su personalidad, una carrera de Primer Ministro.” Y después de conocer a quienes durante tanto tiempo se han llamado políticos en Venezuela, ¡qué estimulante y energética resultaba la presencia de este hombre joven, de esta mentalidad documentada y despierta para quien ningún gran problema de la cultura moderna parecía extraño! Que si conoce muy bien el más pequeño detalle local de la agricultura en los Andes, conoce asimismo cómo se desarrollaron las últimas elecciones inglesas y cuáles son los últimos y más famosos libros que se editaron en París, en Londres y en Nueva York. Había un momento verdaderamente conmovedor en la jornada cotidiana de aquel Alberto Adriani, Ministro, y era cuando al salir —generalmente muy tarde— de su Despacho llevaba consigo un

legajo de revistas europeas o norteamericanas acabadas de recibir, los libros que le remitían sus libreros parisienses o neoyorquinos, y con verdadero regocijo de estudiante se encerraba en su habitación del Hotel Majestic (lejos de los Clubs o de las fiestas a que concurren otros hombres públicos) a madurarlos o a pensarlos. Allí le encontraba frecuentemente, y conversar con él en esos momentos era como cumplir un viaje retrospectivo a través de los paisajes, las gentes, los problemas más diversos. Desde el tiempo magnífico de un Santos Michelena o un Fermín Toro, en el alba de la República, no se había sentado en el sillón del Ministerio de Hacienda de Venezuela un hombre de mirada más universal y de pasión patriótica más vigilante. Nos devolvía por su cultura, por su austera mística del Estado, por el permanente ímpetu de hacer, nuestro olvidado orgullo venezolano. Con hombres de su talla era posible una patria.

En las páginas biográficas que escribí en prosa desgarrada, a alta tensión, cuando la tragedia de su muerte temprana me dejó atónito, quise contar la huella, el magnetismo que imprimió en mí su personalidad extraordinaria. Todos se dolían del Ministro, del grande hombre de Estado desaparecido, pero yo necesitaba decir también cómo fue el amigo; qué intrínseca superioridad, qué materia moral de tan elevado estilo le conocí y admiré desde lejanos días infantiles. Era —sin que fuese preciso recalcarlo— el primer venezolano de su generación, y un halo imponderable de firmeza interior, de pensamiento preciso, de energía sana, imponía y elevaba su presencia en cualquier sitio en que apareciese. Hasta pudiera contar ciertas anécdotas de adolescentes cuando el corro de muchachos, que en las aulas de Mérida se transmitían en lenguaje descomedido sus primeras experiencias de hombres y cierto falso alarde de virilidad los inclinaba al cuento pornográfico o la jactancia sucia, sabía enmudecer, moderar su idioma, cuando llegaba Alberto Adriani. No precisamente porque nuestro amigo practicara ningún género de virtud mojigata, sino porque imperaba en él tan depurada nobleza, tan alto destino de cosas serias, que su sola presencia asumía la eficacia de la más austera norma.

El amor, por ejemplo, a las tres o cuatro mujeres que aparecieron por su vida, es a veces —muy curiosamente—, y mezclándose a las noticias de sus estudios, a las reflexiones de sus viajes, un tema confidencial de algunas de sus cartas. Pero no es, de ningún modo, el amor sentido a la habitual manera criolla del que colecciona aventuras, o del romántico desalado a quien no deja pensar el fuego que lo consume, sino el de quien sabe recibirlo no sólo con los sentidos, sino también con la inteligencia, con aquel *intelletto d'amore* que, según el concepto de Dante, sólo se otorga a los espíritus perfectos, a quienes alcanzaron según la definición dantesca la elaborada y difícil virtud que él denominaba “gentileza”.

Amor e cuor gentil sonno una cosa

decía el viejo poeta gibelino.

Hasta el presentimiento de su muerte temprana, de la necesidad de hacer, y de hacer pronto, que varias veces aparece como nervioso *leit-motiv* de sus cartas, signó el destino de Adriani de aquella inquietud y desazón heroica que no conocerán nunca los resignados o los oportunistas. “Todo el mal de mi vida —escribió en una carta a Manuel Arocha— lo constituye el tiempo que vuela y que envejece, y el temor de que esta vida se prolongue, y al prolongarse me vuelva filisteo.”

Por ello su muerte constituye, y constituirá durante mucho tiempo, un duelo permanente de la juventud venezolana, un reclamo patético de la acción que debe cumplirse, un mensaje de futuro que nos habla y nos hablará con su idioma caliente, rico de ímpetu y de verdades.

Porque ya dije en otras páginas algo de lo mucho que contenía e irradiaba su persona excepcional, no quisiera detenerme esta noche sino en ciertos valores que en él se encarnaban y que siguen actuando como arquetipos, como modelos ideales, para este anhelo de transformación y de cultura que sienten trágicamente, y como una consigna ineludible, algunos venezolanos que están despiertos.

Una mentalidad moderna

Después de tantos años de improvisación, de impericia y de apolillada rutina venezolana, actuaba en el joven Ministro de 1936 una mentalidad moderna. Su tarea en Europa y en los Estados Unidos, entre 1920 y 1929, fue, como me lo decía gráficamente en una de sus cartas, sustituir aquellos viejos librotres y aquellas fórmulas de grasosa retórica de que estaba llena nuestra enseñanza oficial en los achatados días de la Dictadura, por un mundo objetivo y concreto, en que pudieran palpase las realidades de la vida moderna. Esta no entraba, y apenas comienza a entrar, en el formulario recinto de nuestras universidades que se llaman Ilustres. Una política de estilo nuevo, en Venezuela, cónsona con el reclamo de la época, tropezaba con el inconveniente de que el país carecía de los geógrafos, los economistas, los expertos sociales que pudieran actuar sobre nuestros problemas con algo más que con la consuetudinaria argucia abogadil, o con el fraseo retórico en que se había estancado la inteligencia venezolana. Faltaban también —a causa del mecánico profesionalismo imperante en nuestra organización universitaria— aquellos hombres de mirada universal, de cultura política en el más amplio sentido, que puedan abarcar los problemas en su íntima conexión, y para quienes la tarea por hacerse rebase de la intriga de la semana a la urgencia de preparar el porvenir. A una cultura de palabras y de fórmulas, como había sido la nuestra, era necesario reemplazarla por otra que contuviera hechos y cosas. El culto de nuestro pasado heroico, que entendido bien, sentido como fuerza dinámica, conjugado en tiempo presente, pudiera actuar como un gran estímulo educativo en los venezolanos, se había momificado en la fraseología y la vanagloria. Venezuela era un país que miraba hacia atrás mientras le iban cayendo las ruinas de su existencia presente. Parecía mantener —cuando otros pueblos se lanzaban con audacia a las nuevas creaciones de la economía y de la técnica— su lamentable vocación de pueblo sepulturero. Y como animado de un fuego insaciable, el

estudiante Alberto Adriani, en Ginebra, en Londres y en París, quiere adiestrarse para la tarea reformadora. Al pobre latín que, como una caricatura mendicante de humanismo clásico, siguen ofreciendo en pequeñas dosis los liceos de Venezuela, comenzó por reemplazarlo por tres o cuatro idiomas modernos bien hablados y bien leídos que fueran como tres o cuatro almas nuevas que comiencen a dialogar dentro de uno. Y la Economía, la Estadística, la Geografía Económica y Humana, la Biología aplicada a los hechos sociales, la Historia, la Filosofía —porque es necesario tener una concepción del Universo, no moverse entre las cosas como si uno fuera sonámbulo— colman sus semestres de estudio. No quiere ser uno de aquellos pequeños tontos graves que se dan en nuestros países, los que se aíslan en su pequeña islita de pequeña especialización y no tienen ojos para nada más, y un día me escribe que se ha ido a pasar unas vacaciones en Florencia “porque quiero educar mis ojos y mis oídos”. Advierte entonces que en nuestra educación venezolana se educaba la memoria para recitar las cosas muertas, pero no los sentidos para captar las cosas vivas. Él sabía —ya se prevenía desde sus tiempos de estudiante— que esa reforma de Venezuela tiene que luchar contra el espíritu curialesco, contra los falsos doctores de la ley que oponen a la vida, a las urgencias de la época, a los reclamos de las multitudes, sus fórmulas y sus rutinas litúrgicas. Que cuando aparece un hecho social nuevo se asustan de que no esté previsto en la legislación existente, y que quisieran detener el irrefrenable avance de la Historia con las mañas de su jurisprudencia. Por eso él clama tanto contra la mentalidad abogadil, contra los que todavía no comprenden que sobre el viejo derecho individualista nuestra época está edificando un clamoroso Derecho Social, y que los problemas del Estado moderno desbordan ya las angostas limitaciones de los viejos códigos para exigir un planteamiento y una solución más especializadamente técnica. No sustituir una época de dictadura por otra de leguleyismo, era una fórmula política que le oí repetir en 1936, cuando los sectores más reaccionarios de Venezuela, los que siempre piensan que

todo está muy bien y que nada debe mejorarse, se atrincheraban en la argucia jurídica y querían confundir la ley con el privilegio. Gobernar con la ley, pero que ésta salga también del campo de las abstracciones, de los escritorios donde se elaboran las teorías jurídicas, a pasarse por Venezuela, a comprender qué necesita ahora —y no dentro de cien años— el pueblo venezolano. Y cada urgencia actual de nuestro pueblo debe prevalecer sobre la antigua ley que no la previno.

Este espíritu de Adriani, que por sobre la fórmula retórica saltaba al hecho descarnado; que más allá del mito y del fantasma tocaba la realidad; la precisión casi estadística en que se expresaba su pensamiento, eran los signos determinantes de su mentalidad moderna. Hay un estilo de Adriani que lo acerca a los tres o cuatro venezolanos que han pensado mejor. Es un estilo que sacrificó el arabesco a la línea precisa, que le dio a cada palabra un valor de límite y de definición, que, liberándose de la proliferación verbal inútil con que muchos escondemos nuestro pensamiento, ofreció en puro fuego la esencia de su mensaje. El no tenía tiempo para aquel trabajo de mosaicistas que algunas veces entre nosotros se confundió con la literatura. Le dolía Venezuela, sabía cómo actuar sobre la patria doliente, y disparaba sus palabras como la saeta voladora que pega y queda vibrando.

Nacionalismo universalista

Con la modernidad de Adriani cabe también relacionar lo que yo llamaría su nacionalismo universalista. La dictadura de Gómez, que realizó la trágica paradoja de una economía completamente dependiente de los intereses extranjeros y una vida nacional cerrada a las corrientes culturales y técnicas del mundo moderno, y retardó la solución de los problemas venezolanos, iba acumulando un remanente de necesidades públicas porque carecía de la voluntad y hasta de la capacidad para afrontarlas. La política entonces no tenía mayores exigencias intelectuales porque se había ruralizado. Como en el más viejo tiempo del mercantilismo europeo, se

confundió la riqueza nacional con el oro aposentado en los bancos y cuya circulación y disfrute estaban reservados a una minoría de beneficiarios mientras más allá del estrecho círculo de Maracay o de los clubs de Caracas padecía, y se debilitaba y estupidizaba, un pueblo *féláh*. La riqueza del Estado frente a la miseria del pueblo fue el contraste más violento, más destructivo y cruel de tal sistema. Actuar sobre Venezuela significaba, por ello, en 1936, traer para la solución de nuestras angustias, del atraso de nuestra agricultura, de la ineficacia de nuestra educación, de la miseria física y mental de nuestras masas, los métodos y los instrumentos con que los pueblos más evolucionados que nosotros asumieron dicho trabajo social. El mundo moderno ya no conoce, tampoco, aquellas ínsulas cerradas, aquellos países baldíos que, a espaldas del ritmo mundial de la civilización, reclaman su derecho al atraso autóctono y pretenden desconocer y negar las grandes corrientes del pensamiento y la economía que ahora marcan su huella en la vida colectiva, lo mismo en Londres que en Sidney, en Nueva York que en Montevideo. Contra el reclamo de cambio y mejoramiento que en los primeros días de 1936 expresaban angustiosamente varios venezolanos, se irguió entre los círculos más irredimibles, entre las cabezas más obtusas, la cantinela aquella —que todavía se repite en mala prosa reaccionaria— de que Venezuela no está todavía para semejantes reformas; que toda transformación es prematura. Según la tesis de semejantes panurgos, toda nueva idea en lo económico y en lo cultural chocaba con lo que ellos denominaban “la realidad venezolana”, cuya misteriosa interpretación ellos mismos se reservaban. A los que pensábamos y queríamos poner nuestro pensamiento por encima del chismorreio, los prejuicios o la intriga aldeana, se nos llamaba —cuando menos— “inadaptados” o “extranjerizantes”. Para considerarnos y tomarnos en cuenta, para empezar a ser personas serias cuyos argumentos vale la pena analizar, quería sometérseos a una especie de áspero noviciado sufriendo el doble embate de la estupidez resentida y del formulismo retórico con que durante tan largo tiempo los venezolanos escondieron su palpitante tragedia. Más de algún pseudo-

economista con mentalidad de pulpero atacaba en aquellos días a Adriani, “porque sus ideas económicas no se ajustaban a la realidad de Venezuela”. Pero justamente la política de un país —me decía entonces nuestro amigo— debe tender a superar la realidad existente, a sustituirla por otra mejor y más próspera. Si un grande hombre de Estado como Cavour hubiese gobernado resignándose tan sólo a la realidad de su pequeña provincia piamontesa, nunca se hubiera unificado el reino de Italia. Cavour debió buscar afuera las técnicas y los métodos de que carecía su región, traer de Inglaterra los primeros ferrocarriles, luchando contra las gentes románticas que preferían las diligencias. No conformarse con lo que es, sino preparar lo que “debe ser”, es así el secreto de toda política que quiera perdurar, que anhele convertirse en Historia. Si se gobernase solamente en acuerdo con esa realidad venezolana que levantan como un muro contra toda reforma las gentes más inertes, más perezosas, recalcitrantes y viejas del país, tendríamos que conservar como símbolo de una lamentable Venezuela el paludismo que impera en algunas regiones del Llano o los ranchos de la jungla del Yaracuy o de Barlovento en cuyo fango fresco se revuelcan los hombres y los cochinos.

El nacionalismo de un hombre moderno —continuaba Alberto Adriani— tiene que estar cargado de un sentido universalista, en cuanto los países ya no son esas órbitas cerradas, esos misteriosos Tibet de otros tiempos menos veloces; en cuanto cada progreso, cada descubrimiento técnico, alcanza hoy una proyección mundial. El problema de adaptar una fórmula y una experiencia extranjera a nuestra realidad social, es asimismo un problema de cultura —de la más responsable y documentada cultura— cuya solución no podría esperarse tampoco de gentes ignoras que confunden el tejado de su casa con el centro del mundo.

El verdadero nacionalismo, el único eficaz, el que puede actuar sobre la circunstancia autóctona para mejorarla y modificarla, no es el de quien se queda absorto mirando el río que pasa por su aldea, sino el del que acude a la experiencia de otros pueblos, a la lección que dan otras culturas, para fecundar y enriquecer el

ámbito propio. Nacionalismo y universalismo no son términos excluyentes. Y precisamente porque los métodos y las técnicas de la vida moderna se retardaron tanto en llegar hasta nosotros, necesitamos salir a buscarlos sin ningún prejuicio xenófobo. Sólo imitándolos en lo que tienen de mejor, en los instrumentos y las creaciones que les permitieron acelerar su progreso, podremos aspirar nosotros a competir algún día con las grandes naciones, ser sujetos de la Historia Universal. Lo contrario es proceder como cierto peregrino doctor que yo conocí en Mérida, declarado enemigo de los automóviles y de la lengua inglesa, que suponía que al aprender aquel idioma nórdico y al manejar el más modesto Ford, se desvirtuaba nuestra alma nacional. Él se dolía de que nosotros no hablásemos y escribiésemos en castellano antiguo, y se sorprendió cuando, volviéndome sobre su argumento, yo le repliqué que también el español de Alfonso el sabio parecía cosa importada, y que con mayor validez debería resucitar el ya muerto idioma de los timotes, de los caribes o de los jirajaras.

Bases de una nueva nación

Allá por 1920 —antes de irse a Europa— Alberto Adriani leía y comentaba ante un grupo de estudiantes aquel pequeño y admirable librito en que Juan Bautista Alberdi, el gran patriota de la República Argentina, señaló en prosa concisa, casi tan clara y tan seca como una fórmula algebraica, lo que requería su país hace ochenta y tantos años en el momento en que se liquidaba una dictadura bárbara y se erguía la esperanza de construir una nación. Nos ha faltado a los venezolanos de la República, tan distintos de la maravillosa generación que realizó la Independencia y que cumplió su formidable periplo a través del Continente entero, nos ha faltado —decía Adriani— aquella voluntad para la organización civil y para el pensamiento claro y útil que en la Argentina permitió, por ejemplo, que la hosca estirpe del tirano Rosas no se perpetuase en nuevas tiranías. País sacrificado, país que perdió sus gentes mejores en el tumulto de las guerras civiles y en la lenta

oxidación de las dictaduras, el problema de Venezuela —continuaba nuestro amigo— se nos presenta casi con el mismo perfil con que advertían el desamparo de su patria los argentinos de 1850. Acrecentar nuestro capital humano, reponer con inmigrantes activos todos esos millares de venezolanos que no alcanzaron a vivir, es en Venezuela —como en la Argentina de entonces— la primera fórmula civilizadora. Sin atender esta urgencia, aunque tengamos uno de los presupuestos más elevados de la América del Sur, el inmenso e hísido desierto que constituyen algunas zonas de nuestro país dificultará toda obra de civilización, hará nugatorio todo esfuerzo. No es preferible, por ejemplo, para combatir el analfabetismo, pedir a un maestro de escuela que en las soledades del Llano haga cada día una jornada de cuarenta leguas buscando sus discípulos, o que éstos salgan a buscarlo en el íngrimo infinito, a través de las tierras sin hombres. Aquella maravillosa riqueza venezolana que nos entusiasmaba en las descripciones casi líricas de nuestras Geografías infantiles, sólo tendrá importancia cuando haya gentes que la exploten, que la cuenten y midan. De lo contrario, una región como Guayana, la de los miles de ríos, la de las cataratas, los pájaros polícromos, las selvas milenarias y los diamantes, pertenece más al mundo del mito que al de la historia.

Pero en el pensamiento de Adriani esta nueva actitud hacia Venezuela transcendía del hecho económico al fenómeno moral. No sólo a la técnica y a aquella ciencia social tan precisa que él estudiara en las universidades de Europa confiaba el designio de reconstruir nuestro país; le parecía una empresa requerida de enorme entusiasmo y vigilante espíritu. Era necesario para ello que nuestro disperso y dividido pueblo venezolano se sensibilizase y unificase en un ideal común. Frente a aquellas juventudes calculadoras o desengañadas que se consumieron en su propia amargura, en el inmenso tedio de una nación inmóvil donde nada se hacía y nada quería hacerse, donde la Historia era sólo tiempo pasado, él soñaba con las generaciones despiertas, de cuerpo recio y voluntad irradiante que otra vez se movilizaran —como sus antepasados de la Independencia— en la alegría del ímpetu. Le

preocupaba como el primer problema político de nuestro país, el único que conciliaría las viejas y estériles discordias regionales, la disgregación y el cantonalismo imperantes en Venezuela desde los días de la Guerra Federal, le preocupaba descubrir el secreto para suscitar ese entusiasmo, para remover dentro de las cenizas de nuestra historia contemporánea el fuego creador de esa patria de mañana. Levantar el alma de una nación amodorrada, comprometerla en una gran tarea colectiva, sacudir a los durmientes, aparecía en 1936, y aparece ahora, como la más ineludible consigna.

Siguiendo a Hegel, pero concretizándolo en su robusto espíritu latino, Alberto Adriani amaba en la Historia aquella “edad florida de los pueblos, cuando el espíritu es todavía activo, cuando hay el afán de conservar la patria y de revisar el destino nacional”. Y en el mismo libro de Hegel marcamos cierto día qué es lo que se llama decadencia y conformidad en los hombres y en las naciones, es decir, aquello contra lo cual él reclamaba la austera militancia de la juventud. En los pueblos y en los hombres se observaba la decadencia —agregaba Hegel— “cuando se renuncia a nuevos propósitos, cuando se vive en la satisfacción del fin alcanzado, cuando todo se hace costumbre. La vida pierde entonces su máximo y supremo interés, pues el interés sólo existe donde hay lucha y antítesis.” Terminamos la admirable lectura y él me dijo: “Es preferible morir pronto en medio del combate por un ideal que valga la pena, y no alcanzar una vejez inocua y embalsamada”.

Lo dejé con sus proyectos, hablando la lengua fuerte y precisa de los grandes realizadores, cierto día de julio de 1936. Durante las dos semanas de un viaje por Europa, el pensamiento suyo, las últimas palabras y los últimos propósitos que le escuchara, siguieron multiplicando dentro de mí su proyección magnética. ¿Se habrá producido un milagro en Venezuela?, no podía uno sino preguntarse mirando en tan alta función pública a aquel hombre de treinta y siete años, tan distinto por su cultura y por su fuego de los tradicionales políticos mañosos que antaño sufriera nuestro país. Temía —es claro, y no dejé de decírselo— la sorda conspiración de muchas gentes envidiosas, resentidas e inertes; el peso tremendo

de la rutina, la indefinida guazábara de los intrigantes y de los emboscados. Pasiones atroces, calumnias cargadas de veneno, se levantaban en aquellas semanas contra la genuina buena voluntad de los reformadores. De las antecámaras de ciertos personajes desplazados o ambiciosos salía cada tarde la hojita anónima, la bien calculada intriga, a disparar confusión. En el innominado asalto corríamos el peligro de no identificarnos ni reconocernos. No era concebible, aún, que a tan corto tiempo de la Dictadura, Venezuela hubiese vuelto a su auténtico nivel moral. Los años de opresión habían roto todas las jerarquías éticas y mentales, quebrantaron todo respeto al hombre, nos familiarizaron con la arbitrariedad y la sorpresa. Pero Adriani nunca entendió la vida como un sendero placido. “Aquí estoy como el soldado en vela —le escuché decir cierto día—. Soy y seré fiel a mi convicción interior, a lo que creo que el país necesita. Estudio los asuntos, cotejo mis juicios con los de otros y nunca lanzo una opinión a priori. Si desgraciadamente las fuerzas de inercia y de retroceso logran prevalecer en Venezuela sobre las fuerzas de creación, si no fuera suficiente mi buena fe y mi empeño de cumplir, retornaré a mi antiguo y nunca olvidado oficio de campesino. Allá en las tierras del alto Escalante hay una casa de teja, unos barbechos sembrados por mí y unos libros que me aguardan. Cada cual cumple con su patria como le resulta posible. Lo importante es que hagamos bien, sin pereza y con fe, las cosas que se nos encomiendan. Venezuela no es una entelequia abstracta; Venezuela resultará bien o mal, según sea el esfuerzo y la conciencia de varios millones de venezolanos. Cuando no se alcanza a perfeccionar la patria, siempre queda la posibilidad de perfeccionarnos a nosotros mismos.”

Una intriga irremediable, la intriga que no puede detenerse, la que llega a tientas y hace olvidar las otras y minúsculas intrigas en que se entretienen y se combaten los hombres, la sorprendente intriga de la muerte, vino a llevárselo en medio de la cálida promesa de su faena. Pero en su ausencia, por todo lo estimulante y todo lo germinante que había en su personalidad, por la claridad y la validez de su pensamiento político, por haber sentido como

pocos a su Venezuela, a nuestra Venezuela, sigue siendo uno de los nombres orientadores, es decir, uno de los nombres más vivientes, de nuestro país. A él acudimos siempre, porque señaló los caminos más ejemplares por donde puede marchar nuestra patria de hoy y engrandecerse nuestra patria de mañana.

AUDITORIO DE JUVENTUD*

Cierta vez en una conversación se me preguntó qué era lo que yo creía más necesario de modificar en Venezuela para adaptarnos a las halagadoras esperanzas que brotaron en nuestro país después de la muerte de nuestro último y más empedernido dictador. Mucho más que para hacer una frase, contesté que lo primero que necesitábamos cambiar era nuestra alma; concretamente aquella alma con que los venezolanos se oxidaron, renunciaron y prolongadamente se desengañaron, en el bochornoso sopor de la tiranía. Habrá que dejar morir muchas almas viejas e intransformables, de esas que la teología católica llama con suma propiedad impenitentes, para que surja esta nueva psiquis nacional más optimista y dinámica, capaz de imponerle otro destino a nuestra historia. Los que siquiera hojearon alguna vez un modesto volumen de Psicología colectiva saben que el alma de los pueblos, aunque influida por imponderables factores étnicos o telúricos, no es precisamente una constante, y que su posibilidad de modificación, de actuar con nuevos estímulos para producir nuevas reacciones, es lo que diferencia el mundo del espíritu del más inexorable mundo de la naturaleza. El violento reactivo de las circunstancias históricas impone al individuo, o a los pueblos, maneras de proceder o de defenderse aparentemente insospechadas. En un régimen de tiranía como el que gravitó sobre nosotros durante tan angustioso tiempo, los espontáneos tienen que trocarse en reservados, los impulsivos en calculadores, los audaces en cautos, y de este

* Versión taquigráfica de una charla de estudiantes universitarios (1941). Apareció publicada por vez primera en el diario *El Universal*, el 29 de junio de 1942. (pp. 4-10)

modo el ambiente puede modificar lo más íntimo y originario de nuestro carácter. Las tiranías como las guerras destruyen, así, las reservas vitales de los pueblos; diríase que sacrifican a los mejores, ya que son precisamente ellos los que se atreven a alzar su gesto o su palabra disonante sobre la fofa conformidad del montón. Por eso la primordial reforma venezolana la sentía como una reforma anímica, que pudiese devolver al hombre de nuestro país su frustrada esperanza.

“Oh, los venezolanos, tan individualistas, tan inteligentes y tan desengañados”, me decía un hábil observador forastero, resumiendo con honradez las contradictorias impresiones que había recogido de una temporada entre las gentes de Caracas. Se dieron aquí en el pasado individualidades de gran ímpetu, hombres de extraordinaria dimensión humana que parecían aislados como grandes rocas eruptivas en medio del grupo social. Las tiranías, que entre nosotros sucedieron al ciclo de las individualidades heroicas, destruyeron, sin embargo, toda coherencia colectiva. Cada individuo, como un topo agazapado, se labró su solitaria cueva donde ponerse al abrigo de la tormenta. Y esos animales de copiosa y estratificada caparazón, la tortuga que conduce su propia cárcel o el cachicamo que arrastra como para una fuga su propia silla de montar, semejaron en algunos momentos los emblemas totémicos del alma venezolana. En un tiempo lejano y magnífico fue nuestro símbolo el caballo del Escudo, el que paseó su ansia de aventura y espacio libre por casi toda la América del Sur, pero replegándonos, reduciéndonos, desengañándonos al través de los fracasos de nuestra historia contemporánea, dejamos de venerar el corcel heroico para adormecernos frente a otros signos más mediocres, opacados y domésticos.

Sucedían, así, a las virtudes creadoras, las virtudes negativas, las que ya no lanzan su ardiente combate contra las cosas porque prefieren el más inocuo nirvana. Después de haber sido una conciencia y una voluntad directiva en la historia de la América del Sur, especialmente en aquellos años que van del 1810 al 1830, donde todo lo que aconteció en nuestro Continente meridional

tuvo con Bolívar, con Sucre o con civilizadores como Bello un signo venezolano, nosotros nos habíamos replegado y retrocedido en el más oscuro provincialismo. Todavía ese peso muerto de timidez y de prejuicio, esa falta de decisión para penetrar valerosamente en la vida moderna, el don de mimetismo y disimulo erigido en táctica vital, señalan en la Venezuela de hoy un saldo por liquidar, la vieja alma abatida y derrotada, sin cuya superación no es posible imprimir en la vida del país el destino que él nos está reclamando. Venezuela quiere ser y puede ser un país técnica y humanamente más vigoroso que la despoblada y hermética provincia que devolvió a los venezolanos, en 1935, la dictadura de Juan Vicente Gómez. Luchar por lograrlo es la consigna más patética que yo asigno a la juventud del país. Es en estos tiempos de tan oscura zozobra mundial nuestra segunda y más necesitada afirmación de independencia.

Reduciendo el problema a tres palabras que tengan la convicción y la densidad de tres consignas, diría que ese camino, esa labor que está llamando a las generaciones que no quieren perderse y anhelan resaltar su nombre en el porvenir, es un triple camino de cultura, de organización, de entusiasmo.

Cultura

Con el problema de nuestra juventud se enlaza estrechamente el que yo llamaría una política de la cultura. Como todas las demás cosas —y aun más que el progreso técnico que de cualquier modo iba penetrando en el país en las cintas de cemento de las carreteras o en las torres de acero del petróleo—, nuestra vida espiritual se estancó en la gran decadencia de los estudios que caracterizara a la época gomecista, en el poco vuelo y la ninguna audacia del pensamiento nacional que, con muy contadas excepciones, no quería comprometerse peligrosamente. Lo que se pudiera llamar las necesidades culturales de la tiranía se cubrían ampliamente con las anuales promociones de médicos, abogados e ingenieros que egresaban de una Universidad adormecida en el más mecánico

profesionalismo. Ante la incuria cultural de tantos años, los venezolanos han tenido que ponerse a improvisar una serie de estudios y disciplinas intelectuales cuya ausencia se hizo presente en el momento en que quisimos crear servicios públicos más amplios y modernos que los que utilizara la tosca burocracia de antaño. Hablamos, por ejemplo, de inmigración y colonización, de reiniciar la conquista geográfica de nuestro inmenso territorio, e inquirimos por los geógrafos venezolanos capaces de animar tan arriesgada empresa. Hablamos de los políticos que puedan orientarnos en la transformación de nuestro país, y no abundaban los hombres públicos de amplia visión de conjunto, capaces de una actitud original para descubrir los problemas y resolverlos. Era frecuente, así, una niveladora mediocridad, un cauto y medroso provincialismo para animar la valiente empresa de nuestra reforma nacional. Se había plasmado en aquellos años de silencio —y corresponde a las nuevas generaciones superar tan burdo concepto— un arquetipo de político venezolano, reservado y zamarro; de político que no opina, que se repliega en su falsa gravedad, en el más neutro impersonalismo. Eran “ancianos desde niños”; aprendieron demasiado pronto las virtudes negativas del viejo y su pobre ideal humano no los conducía más allá del rápido enriquecimiento, de acaparar dinero e inmuebles y poner entre el país y ellos el ferrado muro de cristal de sus lujosos coches. Cuando perdían la posición que alcanzaron, sin hacer nada por merecerla, en esta subversión de valores que caracterizó durante tanto tiempo a la vida venezolana, uno los observaba en su más medrosa y desnuda insignificancia, tal como se vería Adán en aquella terrible mañana en que Jehová le quitó el usufructo del Paraíso. Fueron tan excesivamente prudentes, se mimetizaron de tal modo, cultivaron como un mérito su insipidez y su falta de audacia, que cuando se desvistieron del falso ornamento que les ofreció la caprichosa suerte, ni siquiera conservaron para el instante de la derrota la sombra de una personalidad. En otros países más organizados el político caído en las azarasas vueltas de trompo de la acción pública dispone de algún sitio donde cobijarse: tiene su partido o su periódico, dispone de

una opinión a la que siempre le interesa oírlo, posee cuando menos una pluma o una palabra clara para seguir demostrando que existe. Aquí caía en la anonimia; frecuente creación de la nada, tornaba a ella a rumiar, si acaso, su melancolía doméstica. Su fracaso era apenas un problema que interesa a la señora o a los deudos más próximos pero que no lograba conmover a un país justamente desengañado e indiferente. ¿Qué hicieron ellos para ganárselo; qué estímulo sembraron, qué idea les abrasaba el espíritu? Se lamentaban con menos justicia que Luzbel, porque eran Luzbeles sumisos, de haber perdido su efímero momento de gracia.

Erguir un ideal humano más razonable y creador que el de la chata mediocridad que se petrificó tantos años en nuestra existencia colectiva, me parece un deber de la juventud; y uno de los caminos que conducen a esa obligación impreterminable es precisamente la cultura. Una cultura viva que oponer a la cultura muerta, puramente mnemónica, completamente lejana de las apetencias y los clamores del tiempo presente, que fue la que durante tantos años se nos dio en nuestros establecimientos de enseñanza como un débil sustituto. Nuestra condición cultural era apenas la de una distante Colonia de las ideas europeas que nos llegaban bastante marchitadas por el viaje. Se puede hacer una crítica de nuestra enseñanza universitaria diciendo que ella consiste en el más tosco proceso simplificador. El catedrático suele hacer un resumen de algún libro europeo, lo transmite a sus alumnos que a su vez lo resumen más, y de este modo la fórmula de nuestra actividad cultural es lo que yo llamaría con las viejas palabras platónicas el “resumen del resumen”, la “copia de la copia”. Muy pocas veces se pone al joven venezolano frente a una realidad nueva para que la analice y la trate; muy pocas veces se anima una investigación verdaderamente original. La rutina que pesa tanto en numerosas actividades venezolanas, aun en aquellas que por su índole debían ser más audaces, proviene de esta deficiencia de nuestro sistema cultural. No se preparan los hombres para enfrentarse a nuevas circunstancias o nuevas necesidades históricas; no están acostumbrados a pensar

por sí mismos y se amparan por eso —tímidamente— en el “precedente”. Un verbalismo vano, una retórica convencional y llena de prejuicios se interpone como vegetación proliferante entre nosotros y la realidad. No en balde la poesía de álbum o los malos discursos hiperbólicos y campanudos con que se ofendió la persona del Libertador, que fue hombre de acendrado gusto literario, constituyeron durante largo tiempo una de las actividades más constantes de cierta invasora subliteratura nacional. Cuando surge un problema efectivamente serio e inaplazable, hay que llamar —como ha pasado en los últimos años— a un perito extranjero porque nuestra Universidad no había formado los hombres que resolvieran aquellas cuestiones que no podrían afrontarse con el antiguo recurso burocrático del “precedente”. Estamos, por eso, los venezolanos urgidos de una política cultural que nos enseñe qué somos; que más allá de la historia heroica, con resonante fanfarria de adjetivos, nos descubra nuestra verdadera historia social; que defina los recursos un tanto legendarios —porque poseemos sobre ellos más fábulas que documentos— que guarda nuestro suelo; que dé a nuestra gente un destino espiritual más alto y entusiasta que el de esta vida provinciana, incolora y pacata en que muchas generaciones venezolanas acendrarón la materia estéril de su imposibilidad y su amargura.

Porque somos un país de tan rala y dispersa población, esa política de la cultura debe procurar que las energías del joven venezolano no se malogren ni dilapiden en ese doble desastre integrado por nuestra desorientación mental, por la crónica deficiencia de nuestros sistemas de enseñanza —que sólo desde hace un lustro han comenzado a mejorarse— y por la incuria física, por el prolongado suicidio biológico a que estuvo tanto tiempo condenada la raza venezolana. Cuando en cierta ocasión, en un grupo de intelectuales, se hablaba de la ineludible reforma de nuestras universidades y cada uno de los opinantes ofrecía diversas recetas técnicas para mejorarlas, me atreví a decir que, en mi concepto, nada se lograba creando en el viejo organismo universitario nuevas cátedras y nuevas disciplinas científicas, si

previamente no se formaba el ambiente, el hábitat (para emplear una palabra grata a los geógrafos), donde esos estudios puedan prosperar. Tanto como la calidad de la enseñanza, es para mí un problema cultural el ambiente en que el joven venezolano se adiestra para su combate con la vida. Si hay algo de edificante y recomendable en las universidades anglosajonas es que, a diferencia de las nuestras, para quienes el estudiante es apenas un mecánico memorizador de textos, ellas se interesan por sus alumnos en un amplio sentido de integración humana. Saben crear un ambiente de protección, de cooperación, de alegría, de salud física y moral a la que no sólo importa el estudio especializado, sino la más alta y difícil profesión de hombre. Compárese, por contraste, el ambiente sórdido en que suele vivir la mayoría de nuestros estudiantes; la barata casa de pensión que los explota, la falta de estímulo cultural, de bibliotecas, de clubs, de instrumentos de trabajo; el angosto medio social, la hosca soledad en que frecuentemente fracasan y se amargan. De ese falso intelectualismo antivital de nuestra enseñanza provienen en mi concepto muchas de las deficiencias del hombre venezolano como agente del progreso colectivo: su falta de cooperación que no pudo aprender en nuestro anárquico individualismo, en el continuo “sálvese quien pueda” de nuestra incoherencia social; su unilateralidad, que me evoca la de cierto político, con título universitario, ahora en venturoso retiro, que me decía en una ocasión que la música, la pintura y la literatura no le parecían actividades de personas serias, y que cuando a causa de sus buenos negocios necesitó hacerse una casa la aderezó —por lo mismo que no le gustaba el Arte— con cursilería ejemplar. Algo de lo áspero que todavía tiene nuestro sistema de convivir, la falta de coordinación de nuestras actividades públicas, la excesiva desconfianza con que nos miramos hasta los más próximos y los que debíamos entendernos, la solapada intriga y la venenosa zancadilla, ese como complejo de desilusión que inhabilita aun a nuestros hombres más capaces, provienen, sin duda, del crónico clima de mediocridad en que nos oxidamos y renunciemos

durante casi medio siglo de retroceso y agonía. Venezolanos más voluntariosos, de más apasionado querer, de mayor fe en sí mismos y en el destino de nuestro pueblo, son por ello los que nos hacen falta.

Organización

Dentro del carácter tan limitado y viejo del Estado venezolano tendrá que ir surgiendo —si es cierto que la nación quiere equipararse para el porvenir y fortalecer su potencial como pueblo— una serie de servicios y formas de organización colectiva que naturalmente no necesitaba ni comprendía nuestro antiguo empirismo político. ¿Puede sernos ahora indiferente el destino de la juventud, la más válida reserva vital del país, proyectada hacia el tiempo futuro? Preservar y defender su juventud, adiestrarla física y mentalmente, es ya un deber primordial del Estado moderno. La obligación no se cumple con el libre y gratuito acceso a las escuelas públicas; dijérase que debe abarcar la más amplia defensa de la raza y su preparación biológica y moral para que actúe con eficacia en el progresivo desarrollo del país. Un pueblo sano y eficiente, unificado por un fuerte ideal nacional, que tenga conciencia de su rumbo histórico, será para nosotros una riqueza más valedera que la de nuestro petróleo. La energía nacional es, ante todo, energía humana. Y los que cantan tan hinchadamente la riqueza de nuestra geografía deben preocuparse, con tanta insistencia como la que dedican a las reservas del suelo, por las reservas humanas. Un gran geógrafo moderno, Vidal la Blache, ha dicho que hasta en el mundo de la naturaleza el fenómeno más admirable es el de la obra humana, transformando, luchando o adaptándose a las condiciones telúricas.

Organizar, pues, una juventud que como la venezolana estuvo tanto tiempo anarquizada; defender su salud y su energía física, facilitar crecientemente su acceso a la cultura, unificarla con el potente impulso moral de un destino común, vencer el desencanto de que padecieron tan ácidamente las últimas generaciones,

es por ello uno de nuestros grandes problemas educativos. Recuerdo al decirlo cómo, desde fines del siglo XIX, se exaltó el dormido espíritu de los pueblos eslavos, sometidos a la extranjera monarquía austríaca, con una institución de tanto ímpetu juvenil como la de los *Sokol*. En Praga, allá por 1936, miraba aquellos magníficos desfiles de muchachos sokolianos, legítimos herederos de los jóvenes alegres y heroicos que hacia el año 60 del pasado siglo se propusieron resucitar una nación, uniendo los fragmentos, las tradiciones y los recuerdos que habían logrado sobrevivir en medio de la humillante dominación extranjera. El Estado austríaco quería que ellos hablaran alemán, pero los muchachos del *Sokol* anhelaban conservar su lengua eslava, que fue en la que les dictó su imperecedero mensaje moral, su destino como nación, un Juan Huss o un Comenius. En contacto con el pueblo y los campesinos, hasta en la olvidada danza y la canción popular impregnada de los más entrañables acentos de su raza, en la disciplina cívica, en el deseo de servir y de servirse mutuamente, aquellos muchachos de 1860, entre los cuales se contaba Tomás Garrigue Masaryk, que cincuenta y tantos años más tarde sería el libertador y primer jefe de la nación checoslovaca, estaban cumpliendo una tarea de incalculable proyección histórica; de un destino de servidumbre elevaban a su pueblo a un destino libre. Y porque vi a aquellos muchachos checos pasear por las calles de Praga sus alegres banderas; porque a la gloria de su país ofrecían sus campeonatos olímpicos, porque ante el destino nacional se disolvían los prejuicios de clase y el sentimiento de comunidad los identificaba a todos, yo creo que existe y existirá una nación checa que —a pesar del presente colapso— no logrará destruir la tecnificada barbarie de los nazis. Una institución como la de los *Sokol* ha creado en el pueblo checo un sentido de perdurabilidad, capaz de abrirse paso a través de todas las pruebas y todos los dolores.

A veces he pensado en el profundo valor moral y educativo que tendría para el joven venezolano —tan solitario, tan tempranamente desengañado— una institución así, que opusiese a nuestro áspero individualismo el ideal y el deber de la comunidad; que

alejase a tantos muchachos nuestros de la cantina y del prostíbulo en que a veces gustan de alardear su fuerza viril; que canalizara su entusiasmo, su deseo de actuar, que entre nosotros es pura energía perdida; que asegurase en la empresa de una generación austera y alegre (porque austeridad y alegría no se contraponen) el destino de la continuidad nacional. Y una o dos generaciones forjadas en tan poderoso troquel lograrían mucho más por la transformación del país que los más copiosos presupuestos.

Los antiguos gobiernos venezolanos le tuvieron miedo a la juventud. “Los estudiantes, lo que hacían los estudiantes” fueron uno de los escasísimos fantasmas que llegaron a turbar la petrificada seguridad de la dictadura de Gómez. Me parece mucho más peligroso para un Estado temer a la juventud, es decir, condenarla a la amargura y el resentimiento crónico, que tratar de comprenderla y encauzar su fuerza dinámica. Hay ahora un clima propicio para que la juventud destaque su presencia en la marcha del país. Pero como alguna vez lo decía cierto pensador hispano, no basta ser joven para pretender un sitio en el mundo. Como todo don de la vida, la juventud también hay que merecerla. Y sólo con la cultura y la organización es que la corriente renovadora, que se supone encarnada en la juventud, puede imponerse ante el natural escepticismo de las generaciones viejas.

Hay que desconfiar de aquéllos que son “ancianos desde niños”, de los que llegaron a la vida con un conformismo demasiado precoz. La historia es lucha, choque de fuerzas y necesaria pugna de ideas. Donde eso no reina, donde todos están conformes, apenas prospera la calma letal del pantano.

Entusiasmo

Las virtudes negativas, el mérito del “no hacer”, del “no manifestarse” y del “no opinar” a que tendieron tantas generaciones frustradas, hay que reemplazarlas por las virtudes positivas, por aquella *Summa* del hombre que los viejos maestros

griegos señalaron como la más alta norma vital, la que no niega la vida, sino la dirige y la gobierna como el atleta lanza su disco. Justicia o virtud de relación con los demás, la que señala sin conflicto los límites entre el individuo y la comunidad; sabiduría o continuo alumbramiento de las cosas, como lo enseñaba el método socrático; valor o deber de destacarse, de afirmar la personalidad en el irrenunciable combate de la vida, y por último, armoniosa *sofrosine* que equilibra inteligencia y sensibilidad, eran para el griego antiguo los signos del hombre completo, aquel que puede acercarse a los arquetipos eternos. Es decir, la esencia de toda gran conducta humana no consiste en renunciar, en cerrar los ojos ante el torrente de las cosas, sino en conducirlas y en dominarlas. Todavía como un último precipitado del crónico desengaño venezolano, se escucha por ahí, en más de un círculo medroso y doméstico, aquel consejo nirvánico de que “no hay que meterse”. Meterse dentro del país, en la más encendida entraña de sus necesidades y de sus problemas, es y tiene que ser una obligación irrenunciable de la juventud venezolana. Habría que rehacer en Venezuela aquel gran ensayo político que conoció nuestra gran generación de 1810 y que casi olvidamos desde el tiempo de Bolívar. Cuando se averigua qué era lo que tenía, qué representaba aquel audacísimo joven de veintitantos años que un día de 1811 —y mientras los legisladores de grandes pelucas discutían sus teorías jurídicas— irrumpe en la barra del Congreso a decidir en un discurso cortante, puro aliento, puro fuego, la suerte de nuestra Independencia, respondemos que contra el lento razonar de los abogados, Bolívar poseía la gran política del entusiasmo. No era el momento de acomodarse a las leyes viejas, sino de crear el ambiente para crear las leyes nuevas. El no se resignaba a ser un testigo porque quería ser un creador de historia. Ya que sufrimos tanto tiempo de la política de la desilusión y del desengaño, ya que gentes demasiado prudentes y desconfiadas hasta de su propia sombra nos retrotrajeron de la gran Historia a la mezquina historia de la aldea, habría que des-

pertar otra vez esa política del entusiasmo, revivir en el hombre venezolano su preterida fe.

Corresponde, pues, a los jóvenes combatir por ese otro estilo de convivencia; la que acerca a los hombres por la cultura, la solidaridad, la cooperación; la que cohesiona para el común destino nacional los grupos inorgánicos y recelosos; la que reemplaza por un trato moral más alto la hosca guazábara en que nos anarquizamos y nos autodefendimos en los días de nuestro desamparo y nuestra disgregación; la que moviliza la irradiante virtud del entusiasmo. Bastaría la fervorosa tarea de una generación para transformarnos.

EL TIEMPO Y NOSOTROS*

[En los días de Juan Vicente Gómez]

En los pueblos atrasados y dormidos, aquéllos que según la definición de Spengler son más naturaleza que cultura, el tiempo no apremia ni parece correr: con su cauda de soles y de noches, sus lluvias y sus sequías, es como un dominio compacto y lejano sobre el cual no se ejercita el albedrío del hombre. Los seres están metidos en la cáscara del tiempo pero ignoran cómo imponerle su voluntad, cómo modificarlo o acelerarlo. Los ciclos son largos, inmóviles y densos, sometidos a un ritmo puramente telúrico como aquéllos de la mitología indostánica donde los dioses aparecen, se metamorfosean o se acuerdan de los hombres cada cuatrocientos mil años. Vegetan, así, en los más oscuros comienzos o en los crepúsculos de las culturas, los llamados pueblos *féláhs* porque se les compara con aquellos campesinos del valle del Nilo que habían perdido la memoria de su pasado y que, sin acordarse de sus reyes y sus potentes dinastías, trenzaban juncos o recogían la cosecha eventual con que los obsequia el limo fértil después de las grandes crecidas del río con la misma resignación rudimentaria de sus olvidados abuelos en la lejanísima época menfita. Más que conducir el tiempo, el tiempo los conduce. Sin progreso ni cambio, fundiendo la sangre y los huesos de las generaciones con el lodo milenario de la tierra egipcia, pertenecen a la geología más que a

* Se publicó por primera vez en la revista *Viernes*, nº 18-22, Caracas, enero-mayo de 1941, pp. 7-9. Posteriormente este trabajo fue incluido en la segunda edición de *Comprensión de Venezuela*, Aguilar, Madrid, 1955, pp. 427-433. Este volumen sigue la versión aparecida en *Viernes*.

la historia. Apenas la marca de sus primitivos sembrados señala, al cabo de los siglos, las ondulaciones del río, lo que emergió o fue sumergido. De pronto, un arqueólogo europeo desentierra en las inmediaciones una estatua —una estatua de esos “servidores” que se colocaban en los hipogeos formando el séquito simbólico de los príncipes y faraones enterrados— y se advierte, entonces, la semejanza entre el campesino actual y el de hace seis mil años. Ni las razas, ni los conquistadores que en tan dilatado trecho de historia se pasearon por la tierra egipcia, produjeron en el fêlâh otro apetito de vida, otro sistema de necesidades, otro anhelo de perdurar. Lodos y juncos arrastrados por las crecientes son el signo de su vida, como cuando Menes sometió los primitivos clanes a un orden religioso y dinástico. La historia en el Egipto la habían realizado grupos de guerreros, de sacerdotes y de familias reales que cuando fueron disueltas por los conquistadores persas, helénísticos y romanos, cuando se impuso sobre el país una dirección extranjera, no dejaron tras de sí sino estos campesinos miserables, estos fêlâhs sin memoria y sin ambiciones. Al margen de ellos, confundiénolos a ellos con la tierra milenaria de la muerta civilización egipcia, se desenvolvía una historia extranjera: persa, griega, romana, islámica, inglesa. El tiempo para el fêlâh es lo puramente estacional y monótono. Su único reloj —su sola medida de las cosas— es el viejo río amarillento donde bostezan desde hace más de sesenta siglos los cocodrilos sagrados.

En nuestro país venezolano durante más de treinta años tuvimos una dimensión puramente campesina del tiempo; la única que podía advertir un labriego trocado en pastor de hombres, más naturaleza que historia, satisfecho con su dinero y sus vacas como lo fue Juan Vicente Gómez. La derrota biológica y moral de Venezuela se traducía en la renuncia a toda empresa histórica, en una conformidad naturalista con las cosas que no las dirigíamos o las creábamos, sino las aguantábamos. El “aguante” fue entonces la única capacidad del pueblo venezolano. El “aguante” hizo posible todo lo empírico y arbitrario, la ruptura de toda jerarquía, la renuncia a todo plan y pensamiento creador. ¿A qué estudiar, pensar y

prever cuando llamaban a Gómez “el gran intuitivo”? A espaldas de todo suceso o todo problema universal, el tiempo se distendía como un gran cuero seco a la entrada de aquel conuco, sobre la tierra apisonada de aquel rancho, con que pudo compararse nuestro país. Anécdotas rurales, acompañar al “Jefe” a visitar sus sembrados de yuca, celebrarle su astucia de zorro en acecho, constituyeron la atención preferente, el único ejercicio de muchas cabezas nacionales. Dentro de esa concepción solamente vegetativa del tiempo, casi nada tenía importancia. Más que por fechas abstractas o por corrientes espirituales que nunca remueven su conciencia, el tiempo rural se cuenta por sucesos telúricos, por fuerzas desconocidas y ajenas al hombre que de pronto rasgan la soporosa costra de los días. Se habla vagamente del “año del cólera”, del “año de la gran creciente”, del “año del terremoto” o de “la revolución”. Cuatro o cinco cosas así, perdidas y discontinuas dentro de una enorme masa de tiempo innominado, recorrido apenas por el sol o por las lluvias, por la plata que se ganó, por el deudo fallecido o por el becerro que le nació a la vaca sarda, marcan la trayectoria de muchas vidas. Y no conviene apresurarse porque siempre sale el sol. Los hombres que se aseguraban o que triunfaban con Gómez eran hombres de larga paciencia; hombres que se deslizaban por el inmenso túnel del tiempo, sin forzarlo, sin apremiarlo. El tiempo lento —verdadero reactivo del “aguante”— que se vivía en las cárceles donde veinte años equivalían en el habla rural, suave de diminutivos, a “algunos añitos”, o el de los hombres que se iban momificando en el ceremonial de la corte, en la guardia de un viejo que nunca concluía de morirse y que sabía oponer su razonamiento labriego, su infinito fatalismo, al más sutil razonar de los doctores. Acaparaba el tiempo, y todo lo que era posible acaparar, una minoría brahamánica (que había renunciado a toda iniciativa porque las iniciativas son peligrosas) mientras al lado suyo vegetaba un pueblo que se iba trocando en feláh. Por encima de ese tiempo rutinario e inerte, empezaba ya a soplar sobre nuestras costas un agresivo viento de historia moderna. Pero olvidar los problemas más que resolverlos, esperar que la naturaleza obre —si

ello es absolutamente necesario—, parecía el secreto de aquella política, de aquella anti-historia.

La incógnita que nos planteaba a los venezolanos la liquidación de una torpe dictadura era que nuestro pueblo ya se convertía en pueblo féléh, en pueblo que ha dejado de vivir su propia historia para entrar en la órbita de una historia extranjera. Mientras a la sombra del samán (con que tantas veces se comparó a Gómez) los viejecitos “echaban cuentos”, se aferraban a su tiempo-naturaleza, gentes foráneas descubrían nuestros recursos explotables; empezaban a establecerse sobre el sopor y la ignorancia de la casta brahamánica, así como los violentos publicanos de Roma llevaban el tumulto de sus negocios, de su audacia y su dominación a las poblaciones perezosas de un Oriente demasiado podrido.

Todavía en Venezuela luchan estas dos concepciones del tiempo: la de aquéllos que como los féléh esperan que llegue la divina crecida del Nilo, que se cruzan de brazos o apenas rezan para invocar el milagro, y la de los que comprenden que también el tiempo es tarea dirigida, creación de la conciencia y voluntad que modifica el letargo, el silencio y la fatalidad de la naturaleza. Ser una nación, o un inerte y olvidadizo clan de féléhs, es tarea que debe resolver nuestra capacidad y nuestra decisión, en un momento en que la Historia Universal empuja y precipita tan tumultuosos destinos. Sabemos que viene un tiempo en que a los pueblos aletargados les espera la suerte de aquéllos campesinos del Nilo ante la sucesiva presión de persas, de griegos, de romanos; los que tenían más empuje se montaron sobre la Historia dominándola, haciéndola caminar, como un infatigable caballo de poderío.

HISTORIA DE UN ANTI-HÉROE*

En Venezuela, donde ya existe una historiografía sobre los héroes, conviene, como el revés de la tela, como aquel tosco hilado sobre el cual se mantiene el trabajo brillante de los grandes creadores históricos, estudiar alguna vez los anti-héroes, ya que la acción heroica se ejecuta precisamente contra los obstáculos y la inercia de quienes no desean arriesgarse. Así como, en la zoología, junto al águila caudal que cubre los grandes espacios subsiste el ratón marrullero cuya pericia no es de osadía sino de conservación y defensa, en la fauna de la Historia conviven las naturalezas heroicas y la masa de los anti-héroes. Suele ocurrir que éstos, que de ordinario están perdidos en el montón de los insignificantes, a veces se destacan falsamente por pertenecer a una muy nombrada familia o porque sus intereses económicos pesan y se ramifican de tal modo que no es posible eludirlos, aunque sólo sea como estorbo. Entran entonces como por la puerta falsa y los trascorrales de la Historia y el héroe debe aguardar la zancadilla o la tramoya de quienes, sobre todo ideal lejano y difícil, levantan el de su conveniencia egoísta y el de prosperar con todos los gobiernos. Como Talleyrand y Fouché, dirán, disculpándose, que no fueron ellos, sino las cosas, las que mudaron. Son —como dice el rico refranero español, tan oportuno en todo género de matices humanos— los “pescadores de río revuelto” o la “sopa de todas las bodas”. Gracián, a quien genialmente le complacía invertir el sentido de los refranes, observaba que existen dos clases de hombres: aquéllos que prefieren “un pájaro en la mano que ciento volando”, y los que,

* Apareció publicado por primera vez en el diario *El Nacional*, Caracas, 15 de agosto de 1946, p. 4.

por el contrario, gustan más de “ciento volando que de un pájaro en la mano”. Los soñadores, los utopistas, los héroes, aquéllos que aceleran el ritmo de la Historia, son siempre los del “ciento volando”. Dentro de las complejidades de toda tipología se da también el caso —y es el tema del drama *Wallenstein*, de Schiller— de quien pudiendo ser naturaleza heroica se acomoda al rastrero cálculo del anti-heroísmo, el cálculo que da, de inmediato, oro y poderío, y, por pasarse de oportunista y precavido, no prevé, finalmente, aquella parte de generosidad y utopía que cabe también en el ser humano. En el drama de Schiller, *Wallenstein*, que engañó a todos y se aprovechó de todos, concluye siendo traicionado por todos.

Mario Briceño-Iragorry ha escrito la ejemplar historia de un antihéroe venezolano: el Marqués de Casa León, el que en medio de la gran tormenta revolucionaria prepara siempre una puerta de escape; el que sin ideas y convicciones sirve y traiciona, alternativamente, al Rey, a Miranda, a Monteverde, a Bolívar, a Boves, y de tanto traicionar y acomodarse hubiera acaso concluido como honorable agricultor y propietario, como una sedicente columna del orden social, si el General Páez, quien junto al impulso heroico conservó el cálculo sanchesco, no pensara que aplicando la ley a Casa León podría adquirir, al mismo tiempo, las magníficas y bien regadas haciendas que el Marqués poseía en los valles de Aragón. La posesión de aquellos fundos opimos del centro de Venezuela, de gruesa capa vegetal, en cuyos jugosos pastos se ceban los ganados que vienen de las llanuras y donde se produce desde el suave café serrano hasta el cacao del litoral caliente, constituye un apasionante capítulo de la historia política y social de Venezuela. De Casa León a Gómez pasando por Páez y por Crespo, allí se iluminan algunos de los móviles económicos de nuestro proceso histórico hasta días muy recientes, cuando las acciones bancarias y las regalías petroleras engendraron una forma de poderío quizá más diabólico. Lo demasiado humano que coexiste en toda historia junto a lo sublime y lo generoso se nos aclara en estas excelentes páginas de Briceño-Iragorry, que sirven, más allá de su valor erudito y

de su logrado colorido, de reconstrucción histórica para intentar lo que muy pocas veces se ensayó en Venezuela: una tipología de nuestros políticos. Si le quitamos a Casa León su comprada peluca de marqués, si lo sacamos de la vecindad de aquellos grandes hombres, como Miranda y Bolívar, cuyo arrojo y grandeza sirven de contraste a la propia bellaquería y pusilanimidad, dijérase que la estrategia del resbaladizo personaje es de todas las épocas y todos los regímenes que se han sucedido en nuestra tormentosa República. Es personaje para un Balzac criollo que chapotee y explore en el lodo de nuestra “Comedia humana”. Hubo Casa Leones en los días de Guzmán Blanco, en los de Castro, en los de Gómez, en los más recientes de nuestra cronología política. Nos parece haber conocido al antihéroe redivivo en algún club elegante, entre vasos de whisky escocés, mientras se tejen las más misteriosas cábalas financieras. Casa León hace también aquellas pequeñas generosidades que pueden pagar las almas pequeñas, los que esperan cobrarse el mínimo servicio con la tabla de intereses compuestos. No carece de mundanidad; alardea de cinismo y en círculo de hombres solos goza fama de simpático, mientras pide otra ronda de copas y cuenta chascarrillos inocentes. “Mi amigo el Marqués de Casa León”, dice el joven arribista que olvida que los pseudo-linajes criollos se pagaron con sudor de esclavos, con añil podrido y con cacao que comenzaba a fermentarse, del mismo modo que las plutocracias contemporáneas surgieron del préstamo a interés y de los amaños leguleyos de quienes siempre estaban dispuestos a hipotecar a una compañía extranjera el suelo y el subsuelo, el cielo y la tierra venezolanos. Pero lo característico de Casa León es no tener amigos, porque los amigos de hoy son sólo un escabel para saltar a los amigos de mañana; quema ahora lo que adoró ayer y sólo conserva de cada metamorfosis la misma sonrisilla, el mismo ojo de lince para asaltar cada succulento bocado. Sus ideas, aunque siempre las esconde, son plegadizas y elásticas, y así puede disculparse diciendo que aconsejó cordura cuando la violencia parecía dominar, y fue partidario de la determinación enérgica cuando prevalecían los indecisos. Así el cortesano de Miranda y arbitro de

las rentas de la Primera República aconseja a Monteverde, pocos meses después, que remache bien las cadenas y mande pronto y al más seguro presidio español al Generalísimo. Todavía tiene flema para salir a recibir a Bolívar en 1813, y Bolívar lo atiende porque, al fin y al cabo, es “don Antonio de León”, viejo amigo de la familia, colindante de alguna hacienda y con quien los suyos compartieron el café y las más fragantes hojas de buen “capadare”. De Bolívar se pasará a Boves y de Boves intenta pasarse a Páez, si el astuto llanero ya no necesitara de este anciano chapetón cuyo repertorio de mañas se ha agotado en los diez años más dramáticos que conozca la historia venezolana. Pero así, de viejo y cansado, por sentimentalismo doméstico, María Antonia Bolívar consigue de su omnipotente hermano que se le pase una pensión, mientras el Marqués echa su última boqueada en San Juan de Puerto Rico. Allí junto al mar azul y las murallas del Castillo del Morro, que un tiempo estuvo lleno con las víctimas de sus delaciones, y entre todas, la víctima máxima, Francisco de Miranda, meditaría el ya casi mendicante Marqués en la mudanza de las cosas humanas. De tanto calcular, casi nunca se calcula esta hora final de derrota.

Casa León inaugura —como lo destaca muy bien Briceño-Iragorri en su magnífico ensayo— un tipo de político venezolano y suramericano. En sociedades nuevas donde la cultura y la tradición no fijan los valores sociales, el dinero se convierte en el más indiscutible certificado de triunfo, en la máxima jerarquía. El prestamista que se trocó en propietario de tierras o en “honorable comerciante”, el pleiteador que ensanchó sus linderos y destacó su boato, asume, por ello, un nuevo mérito moral. Los gobernantes lo consultan porque se supone que el dinero es indicio de talento y de cabeza fría y equilibrada. Contra los ideólogos y los reformadores, son ellos los que “pisan en la tierra”. A veces fingen desinterés ante los cargos públicos que tanto persiguen gentes más humildes y hambreadas. Frecuentemente dicen que “sirven por honor” o “por cumplir con la patria”. Pero más allá de las listas oficiales del Presupuesto, en las antesalas de algunos ministerios, en las oficinas de algún banco, en un bufete de leyes y combinaciones,

ellos ven y negocian lo que los funcionarios y aun los políticos más visibles no pueden negociar. Y cuando caiga un gobierno y el pueblo quiera cobrar la injusticia y el abuso de que padeció, volcará acaso su cólera contra el humilde guardia municipal, contra el escribiente que gana cuarenta pesos, el portero o el jefe de parroquia, descubriéndose ante el Señor Marqués de Casa León. Van a constituir nuevo gobierno y el Señor Marqués ya marcha en traje de gala a ofrecer, patrióticamente, su consejo y dictamen. Desde su trinchera de finanzas y relaciones sociales, él espera al político inexperto, a veces idealista, como Mefistófeles aguardó a Fausto. Se le puede llamar “industrial”, aunque sólo produzca pagarés. Es, alternativamente, diplomático, presidente de muchas compañías, banquero y árbitro de numerosos juicios. Con el mayor énfasis declara que no es político, y merced a esta aparente apoliticidad se desliza rastreando como gran lagarto por la contradictoria jungla de intereses y pasiones que crea todo gobierno. Cuando los políticos de un régimen desaparecen, siempre subsiste Casa León organizando una nueva expedición pirática sobre las propias tablas del naufragio.

Una lección moral y una tentativa de mirar también (porque es indispensable) el revés de la Historia se expresa en este libro de Briceño-Iragorry. Es uno de los primeros estudios en que se descubre con noticias concretas la influencia del financista inescrupuloso en nuestra complicada marcha civil. En la requisitoria frecuente que los venezolanos hemos lanzado sobre nuestro proceso político se descargó toda la culpa sobre algunos caudillos arbitrarios, olvidando a quienes los apoyaban y los nutrían: los hombres de la nocturna y trapacera familia a que pertenecía Casa León. Ya en tiempos de Bolívar, Casa León no era sólo el anti-héroe, sino la anti-República. Y después, en prolífica descendencia (los anti-héroes se reproducen más que los héroes), los herederos de Casa León medraron y negociaron y enturbiaron las aguas en todos los sitios donde en Venezuela se manejaba el poder público. Fueron cortesanos de Páez, en La Viñeta; de Guzmán Blanco, en Antímano; de Crespo, en Santa Inés; de Castro, en Villa Zoila;

de Juan Vicente Gómez, en Las Delicias. Ni siquiera necesitaban cambiar de casaca para penetrar en las maquinaciones de cada nuevo sistema. Eran la eterna fuerza corruptora que se oponía al aliento de creación y reforma, también palpitante —es justicia decirlo— en algunos venezolanos heroicos. Para aquéllos, marcándolos para siempre, escribía el Libertador sus últimas palabras desengañadas.

SANZ, JUSTICIA MAYOR*

En reciente sesión del Colegio de Abogados de Caracas, el doctor Héctor García Chuecos —según informa la prensa— se refirió a varios aspectos ignorados de la biografía del ilustre patriota don Miguel José Sanz. Sanz es el político de más genio y previsión en los dos azarosos años de la primera República de Venezuela —1810 a 1812—, y de ahí el interés con que leamos cuanto atañe a su vida y a su pensamiento. Parece que el estudioso Archivero Nacional descubrió algunos papeles que se refieren a una extraña y poco conocida gestión del “Licurgo venezolano”, cuando en las postrimerías de la Colonia, y bajo el duro gobierno del atrabiliario Capitán General Manuel de Guevara y Vasconcelos, sirvió de “Teniente de Justicia Mayor y Alcalde” de los pueblos de Capaya y Curiepe, donde era propietario de extensas haciendas. García Chuecos —de acuerdo con la versión de su discurso, resumida en el diario *La Esfera*— homologó aquella función pública colonial con la de nuestros republicanos jefes civiles. Y ya se sabe la connotación peyorativa que en los momentos más calamitosos de la historia nacional tomó semejante título. No es culpa de los jefes civiles buenos, sino de los malos, la desconfianza con que el pueblo venezolano miró siempre aquella jerarquía administrativa. Y según una carta de Guevara y Vasconcelos que también exhuma el historiador, el pacífico don Miguel José se vio abocado durante el desempeño de su oficio a la rebeldía de varios vecinos y esclavos, presos en las ergástulas. La ley colonial no era muy piadosa y nuestro licenciado se comportó en esta circunstancia como lo hacían otros ásperos Justicias Mayores. “Rompieron los presos

* Fue publicado por primera vez en *El Nacional*, Caracas, 13 de octubre de 1952, p. 4.

el candado y cerradura del cepo, y se fueron; entre ellos va aquel mulato que azoté”, dice Sanz en su epístola al Capitán General. Y agrega en una postdata del mismo mensaje: “Me han traído uno de los presos que dice ser esclavo, e inmediatamente le he mandado dar en el botalón de la plaza cincuenta azotes, por pronta providencia. Este es uno de los medios, que a más de ser conforme a Derecho en delitos de esta naturaleza, es muy oportuno y eficaz consideradas las circunstancias locales.”

Quizá no era de ese episódico Sanz, castigador de esclavos rebeldes, de quien querían oír hablar los juristas caraqueños que concurrieron la semana pasada a su muy añoso y venerable Colegio de Abogados. Ni aclara tampoco la versión de *La Esfera* bajo qué circunstancias y tensiones el ilustre patricio venezolano obró con tan desusada cólera. Pero si Sanz no fuera sino el protagonista de un incidente semejante, no valdría la pena acordarse de él y su nombre daría sólo pábulo a la curiosidad y recreación erudita en los empolvados papeles que guardan las decisiones de un pequeño “jefe civil”, en una aldea venezolana, a fines de la Colonia. La historia —felizmente— es más que la suma de estos hechos torpes o monótonos. Y el historiador debería explicar por qué si Sanz se comportó de tan censurable manera, pocos años después actúa como político de tan noble y humana doctrina y refrenda con su vida en el trágico campo de Urica su amor por la República. Sobre ese “Teniente de Justicia Mayor” que nos merece un reproche (aunque habría que conocer con más extensión y crítica testimonial los documentos citados por García Chuecos), se superpone otro Sanz, el que verdaderamente cuenta en la tradición venezolana: el legislador, el político, el gran combatiente civil de la Independencia. Ese Sanz creador, humano y heroico, conquistará el derecho a que se le perdonen sus explosiones de cólera o la justicia sumaria de un terrateniente y primera autoridad aldeana, bajo el régimen español. Hubo en él, venturosamente, una evolución que lo conduciría a leyes y conducta más ecuanímes. Y no sería tan malo el recuerdo que dejó entre los humildes labriegos de Capaya y Curiepe, cuando Miranda lo delega a esas tierras en 1812, a ver

si aplaca por su consejo e influencia una sublevación que esgrime consignas racistas. Abundan otros documentos históricos (por ejemplo, los que reunió el Marqués de Rojas en su libro sobre Miranda) en que puede comprobarse el ascendiente moral que tenía el ilustre licenciado sobre el proletariado negro de aquellas comarcas.

Además un historiador, en un tránsito tan profundo y tormentoso como el que conduce de los días coloniales a la Revolución de Independencia, no puede prescindir del enorme cambio en los espíritus y en la conducta humana que engendraran las ideas de reforma social ínsitas al movimiento emancipador. No será sólo Sanz el único venezolano que rectifica. Con la Revolución y los libros y las ideas europeas que la inspiraron, viene también una como nueva carta de derechos. Hay una concepción más democrática del poder público y de las garantías ciudadanas. Ya las gentes dejarán de pensar con la mala glosa de una frase aristotélica que “hay esclavos por naturaleza” y que los dueños tienen poder omnímodo sobre ellos. También en esos primeros días del siglo XIX penetran en las Colonias americanas —e influirán sobre Sanz— las doctrinas jurídicas reformadoras con que un Beccaria o un Bentham habían cambiado la concepción absolutista del delito y la pena y luchaban por la abolición del castigo corporal. Entre sus días de terrateniente en Capaya y los de la declaración de Independencia, Sanz leyó, sin duda, a Locke, a Hume, a Rousseau. Toda su vida y acción posterior, su obra señera de estadista y jurisconsulto, su íntegro pensamiento democrático que defiende contra los últimos prejuicios coloniales del patriciado criollo, ejemplarizan en él una nueva actitud política y humana.

Pero aceptemos la tesis de García Chuecos de que Sanz se condujo como un altanero “jefe civil” en los duros días del gobierno de Guevara y Vasconcelos. Su comportamiento futuro —aquel que le acredita una estatua en el Palacio de Justicia— demuestra cómo superó o sublimó el autoritarismo abusivo del sistema colonial. El “jefe civil” de Capaya hubo de convertirse en el “Licurgo de Venezuela” y en el héroe de Urica en una escena que

tiene la grandeza de una tragedia griega. Partiendo de su ejemplo, cabe plantear la tesis de si el progreso y perfección del hombre venezolano no consiste en ir superando por el estudio, la cultura y un sentimiento creciente de solidaridad social ese contumelioso jefe civil o bronco y muy arbitrario “Teniente de Justicia Mayor” que muchos llevamos en el subconsciente. Acaso del bárbaro individualismo caribe y del orgullo y belicosidad del conquistador español subsiste todavía, en las zonas más oscuras e irredimibles del alma nacional, ese complejo de ser “jefe”. Se quiere ejercer alguna función no sólo para tener derecho al “uso”, sino también al “abuso”; para satisfacer nuestro rencor o nuestra vanidad ante quienes suponemos que nos niegan o nos molestan. La *libido dominandi*, como la *libido possedendi*, son instintos primarios del hombre que sólo se afinan y se integran en la coherencia social, cuando por la cultura ampliamos nuestra órbita espiritual y moral y sometemos nuestro arbitrio a la ley y la razón.

Históricamente el problema más importante no es averiguar cómo Sanz fue transitorio “jefe civil”, sino cómo aprendió a dejar de serlo. Cómo la evolución de su pensamiento y de su ecuanimidad, cómo una más democrática concepción del mundo, venció aquellas cóleras del terrateniente de Capaya. Cómo para forjar la Independencia y la República aquellos esclavos y manumisos de Barlovento empezaron a gozar de los mismos derechos del patriado blanco. Cómo sobre la superstición, el prejuicio y la violencia, debía levantarse una nueva imagen del ciudadano y del Estado. Y Sanz redimió en sí, con los pocos y grandes venezolanos que han merecido bien de la Historia, aquel torpe y primitivo complejo del “mandón” para integrarlo en las normas de la solidaridad social y de la cultura. Por eso se le ha llamado a presidir en el Palacio de Justicia las deliberaciones de la razón que subliman la arbitrariedad y el atropello.

LA ESTATUA DEL VIEJO GUZMÁN*

La municipalidad de Caracas hará viajar ahora la estatua del viejo Guzmán desde su caraqueñísimo rincón murmurador y demagógico de la antigua plaza del Mercado, tan cónsona con su temperamento, donde estaba oyendo —como en vida— la charla de los traficantes, de los vendedores de pájaros, hierbas y oraciones mágicas, a un más moderno sitio en El Retiro. Como todas las cosas caraqueñas, el viejo Guzmán también se “reurbanizará” y habrá de merecer nueva pintura. Casi setenta años de aire libre entre la heteróclita sociedad de ese pueblo de vendedores; recorrido de todos los pajarillos que venían a manchar su levita de bronce y sus barbas a lo Gladstone, justificaban su fuga a un lugar más apacible. Alguna vez escribí cómo este discutible Mesías, hecho de nuestra más tumultuosa pasión mestiza, este profesor de una gramática social incorrecta, pero de sumo alcance populista, había venido a ser honrado en el lugar donde el pueblo caraqueño semeja más turba, donde se parece más a aquella arrobada multitud mística que lo siguió en su igualitario evangelio de 1846. En los dos últimos años, merced al brillante y animado libro de Díaz Sánchez, el viejo Guzmán ha vuelto a estar de moda, y cada uno —según sus intereses— ha visto en el grande y demoníaco político del siglo XIX un Maquiavelo criollo poblado de artimañas o un líder en que se hicieron voz y combate las primeras reivindicaciones sociales del pueblo venezolano. Acaso el gran arte de novelista que Díaz Sánchez despliega en su libro insista más en la “estrategia del poder”, en los aspectos demasiado humanos y censurables del apasionante personaje, que en sus ideas y convicciones.

* Se publicó por primera vez en *El Nacional*, Caracas, 18 de noviembre de 1952, p. 4.

Gran intuición de Díaz Sánchez fue integrar la vida del viejo Guzmán con la de su hijo Guzmán Blanco, ya que en el proceso social del país ambos personajes están unidos, y sus analogías y diferencias se complementan y marcan, con extraña impronta de cesarismo liberal, nuestro desarrollo político. Aun ese “des-tiempo” que frustra o reduce a segundo plano muchas de las acciones en que el viejo Guzmán hubiera querido intervenir como personaje decisivo (era apenas un adolescente cuando se realizaba la gran empresa de la Independencia y bajaba la pendiente de los sesenta años cuando acontece la Federación) es, en cambio, en el hijo, perfecto sincronismo de quien surge y actúa en el momento oportuno. De cierta manera padre e hijo, dentro de esa mística un tanto confusa, pero no carente de intención renovadora, que se llama la “causa liberal”, son el precursor y el realizador, el tribuno y el caudillo, y en algunos momentos de esas biografías, a la vez rivales e identificadas, el hijo se yergue contra el padre y le dice como el héroe altanero del conocido corrido mexicano:

Aparta de aquí, mi padre,
que estoy más bravo
que un león.

Pero las dificultades, sublimados complejos y pasión dirigida con que el viejo debe forjar su exuberante personalidad, serán el sustentáculo sobre el que se edifique la gloria y destino de su hijo, Guzmán Blanco. No en balde don Antonio Leocadio fue un contemporáneo tropical, y, por ende, más ardiente, de los personajes balzacianos y del Julián Sorel de *Rojo y negro*. Pudo terminar en el patíbulo — como el protagonista de Stendhal — si la Venezuela de 1847 hubiese sido la Francia sólidamente burguesa de la Restauración borbónica.

Creo que en el excelente libro de Díaz Sánchez — para esclarecer bien el problema de nuestro liberalismo venezolano desde sus orígenes — falta un capítulo inicial que se refiera a la formación ideológica de Antonio Leocadio Guzmán durante sus años de

aprendizaje en España, cuando como discípulo de Lista participa en el gran movimiento de los liberales españoles contra la autocracia de Fernando VII. Tengo, sobre esa temporada de la juventud de Guzmán en la península, algunas notas que acaso aclaran cómo el veintiañero Guzmán trae ya a Venezuela una dialéctica y doctrina popular a la que será fiel durante toda su vida, aunque la estrategia que emplee parezca a ratos bastante sinuosa. Y la diferencia de Guzmán con sus opositores políticos —a ejemplo del incontinente Juan Vicente González— es que ninguno de ellos podía presentar una doctrina con la coherencia, simplicidad y don de contagio popular del redactor de *El Venezolano*. Que Guzmán no sólo fue un demagogo oportunista, sino también un ideólogo, es lo que no siempre se define en la brillante biografía de Díaz Sánchez. Y es más fácil juzgar a un hombre por la línea contradictoria y zigzagante adonde lo llevan sus defectos, que por la permanencia de sus cualidades.

No hay disonancia entre el pensamiento de que se empapa el inquieto estudiante venezolano en las “logias” españolas, en las llamadas “torres” de los “comuneros y vengadores de Juan de Padilla” y en el círculo de los alumnos de Alberto Lista, y las doctrinas que predicará en Venezuela. En los cafés madrileños de 1818 —como el que después sería famosísimo, de *La fontana de oro*— se congregaban a leer los periódicos de aquella época, tan excitada de política, los estudiantes y jóvenes conspiradores. ¡Cuánto aprendería con ellos —en el muy masónico *Espectador*, en *La Libertad*, en *El Sol* y en los periodiquillos más dislocados y agresivos como *El Zurriago* y *La Tercerola*— el gran periodista y agitador que ha de llamarse Antonio Leocadio Guzmán! El fue aplicado alumno de las cátedras de Matemáticas y Literatura del Colegio de San Mateo, que dirigía don Alberto Lista. Y la fervorosa ortodoxia católica de Lista no era obstáculo para su propaganda de liberalismo universal. Guzmán aún estaba en España en 1820, cuando al grito de Riego las tropas españolas congregadas en Cádiz para marchar a América, se niegan a perseguir liberales ultramarinos. Y presencia en Madrid aquel asalto de las turbas madrileñas a las

cárceles de la Inquisición, en una como violenta imitación hispana de la toma de La Bastilla. Muchos liberales españoles afirmaban la fe en su causa y en la transformación de la caduca monarquía fernandina, con el posible triunfo de los patriotas americanos. Y es investigación por hacer cuántos admiradores tendría Bolívar en aquellas activas logias y sociedades revolucionarias de la península, en 1820. En el breve intermedio de liberalismo que tolera Fernando VII, las prensas reformistas españolas fueron sumamente activas. No sólo en periódicos y folletos como las *Cartas del pobrecito holgazán*, sino en numerosas traducciones del francés, se propaga la nueva ideología política. En las obras de texto como los *Elementos de verdadera lógica*, de Juan Justo García, y los *Principios de Legislación* de Ramón Salas, se vulgariza entonces en España el pensamiento radical de un Destut de Tracy o de un Bentham. Algo del primer socialismo utópico a lo Saint-Simon, expresado en el conocido lema: “A cada uno según sus necesidades, de cada uno según sus obras”, penetra en los comentarios y revistas de libros que publican los periódicos de la época. Creo que en esos años españoles empieza a formarse no tanto la habilidad política de Antonio Leocadio Guzmán, sino lo que vale más que eso: su doctrina de reformador popular, y sería hermoso trabajo para Díaz Sánchez, en venidera edición de su libro, estudiar esos orígenes del pensamiento guzmancista y definir cómo coinciden con la futura propaganda del gran líder político.

Su naturaleza de estudiante era la de un asimilador rápido, un poco superficial, para quien las ideas serán, sobre todo, armas de combate. Ni el buen casticismo y las perfectas lecciones de “Literatura española” que transmitía don Alberto Lista le enseñaron a manejar el idioma con suficiente pureza. Aprende —por que también lo requiere— un francés apresurado, en que recoge mayor número de noticias políticas que en el español de los clásicos. Muchos galicismos y una gramática atropellada, una verbosidad que quiebra toda sintaxis, encontraremos después en su estilo. Pero ya está provisto de frases y dialéctica para cumplir una extraña misión en su lejana patria. En España comenzó, también,

su carrera masónica, que en aquella época podría abrir a los desprovistos de linaje y dinero algunas secretas puertas e influencias. El desparpajo con que habrá de pasearse muchos años después por la América del Sur, siendo, además de político venezolano, diputado granadino en Río Negro, planificador de ambiciosas ofensivas diplomáticas en el Perú, sumo lenguaraz y maestro de inesperradas combinaciones en todas partes, es un desparpajo masónico. Y con sus barbas —que después del año 40 querrán imitar las de los estadistas ingleses— y sus insignias de caballero “Kadosh”, pasará por los más recónditos escenarios.

Cuando en las logias de España que él frecuentó en su juventud, el “Gran Castellano” —traducción local del “Gran Oriente”— preguntaba al neófito, al que habían conducido a la “Torre” con los ojos vendados: “¿Quién eres?”, éste debía responder: “Un ciudadano que se presenta con bandera de parlamento a ser alistado.” Y no sólo porque fue un político con la común impureza de los hombres de su condición; porque fue un intelectual luchando con los mayores e influyentes espadones de la República, sino porque ofreció al pueblo verdades sencillas y convincentes y alistó ciudadanos para el primer gran combate antioligárquico, parece hoy tan vivo y con tanto vigor polémico como hace cien años.

De sus antiguas y bulliciosas amistades del mercado público, ahora se conduce la estatua a un lugar de mayor sosiego. La de subsistir, hecho escultura, fue la única batalla histórica que ganó a su contumelioso hijo, Antonio Guzmán Blanco, quien lo fue reduciendo a la incómoda y decorativa función de “momia” y “reliquia” del liberalismo amarillo. Se merece un retiro honorable, con más árboles y aire libre, en una progresista urbanización, O acaso no convenga que, aprovechándose de la vecindad, le sople ideas peligrosas — como en 1825 — a su amigo y vecino el Libertador.

CENIZAS DE SIMÓN RODRÍGUEZ*

En un barco de guerra peruano, envuelto en las dos banderas de Venezuela y del Perú que le dieron cuna y sepultura, regresan en estos días a su Caracas natal los restos de don Simón Rodríguez. Hace ciento cincuenta y seis años, después de cuando, con la conspiración de Gual y España —en la que estuvo secretamente comprometido—, brotaron en el país las primeras ideas de independencia política, dejó don Simón la graciosa luz de este valle para cumplir una correría universal que no tenía mejor objeto que el de perfeccionar, al contacto de los principales pueblos y lenguas, su muy revolucionaria profesión de hombre. Fue el segundo caminador universal venezolano después de Miranda. Y como el Precursor, también se metamorfoseaba en nombres y oficios, se hacía contertulio excéntrico de las más diversas gentes, estudiando toda la variedad de lo humano. Antes de partir había dado las primeras lecciones de hombría, de espíritu crítico y de justicia casi quijotesca al genial adolescente llamado Simón Bolívar, con quien volverá a encontrarse en Europa. De una hora de meditación en Roma, frente al sol poniente, los mármoles, las ruinas y la demasiada Historia clásica que suscita la campiña romana, surgió en el discípulo el casi turbulento proyecto de libertar el Continente entero. Detrás de la empresa política de Bolívar, Rodríguez se reservaba la tarea de ir esparciendo sus “luces y virtudes americanas”. Quería ser el pedagogo universal del nuevo hombre democrático. Aprestábase a una batalla descomunal contra los endriagos de la rutina, la ignorancia y la superstición. Repetía hasta la saciedad que no pueden constituirse nuevas Repúblicas si

* Se publicó por primera vez en *El Nacional*, Caracas, 24 de febrero de 1954, p. 4.

no formamos, paralelamente, los hombres nuevos. A la revolución política debía seguir la revolución cultural y la profunda metamorfosis de las almas.

De toda la ideología iluminista del siglo XVIII daba agresivo énfasis, en su propia *Summa* de ideas, a un nuevo y radical método de veracidad, que permitiría estudiar las cosas sin prejuicio ni tabú, como mirándolas por la primera vez, y en acercamiento también radical a la naturaleza, primera maestra del hombre. Parece, a ratos, un Franklin o un Jefferson suramericano más desasosegado, ya que la lucha entre arcaísmo y modernidad, autocracia y democracia, se presenta con caracteres más trágicos en nuestra América Hispánica, con su colonial separación de castas, su prolongada y humillada obediencia, los contrastes de su economía feudalista. Este estudiar las cosas de modo directo, libre de todo velo y convención tradicional, levantaría en contra suya el rebaño de los pusilánimes e indecisos y la conjura de los privilegiados, cuando Bolívar le da el encargo de echar las bases de una nueva educación popular en la República de Bolivia. Él defendería la causa del indio contra el corregidor o el latifundista armado. Buscaba para sus escuelas el talento y la vocación de las gentes creadoras, y no el prestigio del apellido aristocrático. Junto a la enseñanza libresca acreditaba —contra el viejo prejuicio español— la de los oficios y el trabajo manual. Su ética —demasiado audaz para su siglo— no era sólo la del cuerpo vestido y el sexo ignorado, sino la del hombre fiel a su conciencia. Decían los bolivianos que con su palabra y sus lecciones el diablo andaba suelto en Chuquisaca. Y cuando ya no le permiten ejercer su modesta profesión de maestro de escuela, que en la tremenda América de entonces la desempeñaban hasta los expresidarios, se venga escribiendo el lejano mensaje democrático para las repúblicas que todavía estamos esperando. El fermento de una nueva dialéctica que quiere llegar sin tapujos a la propia naturaleza de las cosas, que no le teme al escándalo cuando éste sirve para aislar la verdad, es lo que nos ofrecen sus extraños escritos. Y hasta la estructura estilística, la puntuación, el insistente subrayado de palabras y conceptos, como para grabarlos en las cabezas

más ociosas, obedecen a su desvelado combate por la libertad y la modernidad. Cuando ya se ha muerto Bolívar, y muchos quisieran olvidar el gran compromiso histórico que involucra su nombre, él se trueca en su voluntario albacea espiritual. Como errante vengador de su nombre, y profeta incómodo que no transa con la opresión y el privilegio, vaga entonces por los caminos de Chile, del Perú, del Ecuador. Prefiere, a la acomodaticia filosofía oficial que en el Perú conservador excomulgaba a Vigil y en Chile quemaba los escritos de Francisco Bilbao por manos de verdugo, aquella cátedra al aire libre, de desenfadado hablar, que establece en cualquier villorrio de los Andes, entre arrieros y troperos, o cuando aparece un visitante forastero de tanta imaginación como el francés Paul Marcoy. Vende velas o yerbas indígenas porque ya no tiene dinero para imprimir sus escritos, pero sigue redactando en sus extraños cuadernos las revolucionarias proposiciones según las cuales debería organizarse una América dispuesta a completar la revolución de Bolívar.

Ahora sus huesos andariegos tornan a Caracas, a encontrarse en el Panteón Nacional con los de su gran discípulo caminador y libertador, Se habían despedido en Lima en 1826. ¡Cuánto cambió, y cómo en parte se frustró en ciento veintiséis años, aquella nueva América Hispana que ambos auguraron! No se unieron, sino se disgregaron, las naciones hispanoamericanas que el Libertador quiso juntar en Panamá. Bolívar y Rodríguez parecen todavía, a tanta distancia, los desvelados caballeros andantes de un Continente inconcluso. Diríase que ambos preludian el programa político y el programa moral de nuestras repúblicas insatisfechas. Aun desde el punto de vista de la historia del pensamiento, y despojando a sus escritos de toda e inmediata aplicación pragmática, Rodríguez se adelantaba, en sus planteles de Chuquisaca, Concepción y Valparaíso, a lo que los pedagogos de nuestra época llaman “escuela nueva” y a un método filosófico que, al aislar y definir la cosa como si se viera por primera vez, se asemeja curiosamente a lo que ahora denominamos Fenomenología.

PARA UNOS NUEVOS PERFILES VENEZOLANOS*

La cultura del hábitat

La cultura de un país es la suma no sólo de las creaciones originales sino de los préstamos cambiantes que cada pueblo —aun el más modesto— debió realizar para configurar su historia. Un cronicón como el de Juan de Castellanos nos da la imagen de los trances que los primeros conquistadores y pobladores españoles tienen que vivir para adaptarse a un paisaje, clima y hábitat completamente distintos de los de Extremadura o Castilla, de donde procedían; al ejercicio no sólo de una guerra siempre sorpresiva con los indios, sino a la continua y cotidiana sorpresa de comer otras cosas y nombrar con otras palabras sus útiles y alimentos. Si los indios y primeros mestizos como Francisco Fajardo de cierta manera se españolizan y aprenderán a guerrear como los conquistadores, éstos en muchos casos reciben la seducción de los indígenas. Hay en la historia de cada país americano la novela del español que, como Gonzalo Guerrero en la conquista de México o como Francisco Martín en la conquista de Venezuela, aman más a la familia que engendraron en su manceba india y el estilo de vivir casi selvático, a la manera de los naturales, que el contacto con sus antiguos conmlitones. Descubren quizá la comodidad o la liberación de hacerse indios. Aun en los españoles que, después de largo asiento en América, tornan a la península a buscar cargos y favores y a disfrutar de su botín de conquista, habrá ya ese aire de “extrañeza” que caracteriza graciosamente el teatro y la literatura del

* Apareció publicado por primera vez en *Cuadernos americanos*, México, enero-febrero de 1962, pp. 270-290.

Siglo de Oro, especialmente de Lope, al describir los “peruleros” e incorporar al vocabulario usual de la lengua un gracioso ramillete de “indigenismos”. En este cambio de corrientes y formas de vida, si el conquistador extremeño está buscando en el trópico la primera meseta o el valle alto para sembrar el trigo europeo, también llevará a Europa el cacao, el maíz y el tabaco, y más tardíamente las papas y la quina.

Una vida ya mestiza, en que la costumbre española se ha identificado tanto con el paisaje y la costumbre indígena, parece bien perceptible —desprendiéndola del disfraz literario oficial— en una literatura como la del siglo XVII mexicano; en los versos humorísticos, a veces procaces, del curioso aventurero Rosas de Oquendo, y más tardíamente en el aspecto popular de “jácara”, “canzonetas” y “villancicos” de la obra poética de Sor Juana Inés de la Cruz. En el Perú, El Lunarejo, el mestizo apologista de Góngora, compondrá sermones en quechua y trasladará a las sierras del Cuzco, en su hermoso teatro evangelizador, la parábola del “hijo pródigo”. Y cuánto de “indianismo”, de vida española trastocada por el paisaje americano, de anécdota impuesta por la adaptación a un paisaje distinto, puede seguirse en otros libros coloniales, como *El carnero*, *los Anales de la villa imperial de Potosí* atribuidos a Martínez Vela y las crónicas de esos frailes poéticamente detallistas y chismosos como el Obispo Lizárraga y el Padre Calancha.

Si no conocemos en Venezuela —fuera de algunos versos humorísticos de “vejamen” universitario y uno que otro corrido o décima popular que puede datarse en el siglo XVIII— mayores muestras de esa expresión mestiza, sí puede reconstruirse con bastante colorido cómo era el mundo de preocupaciones, costumbres y formas de nuestros antecesores de hace doscientos o trescientos años. No sólo la vida pública y aventura exterior escritas en las “Historias” —algunas tan hermosas como la de Oviedo y Baños— o en los informes de gobernadores, obispos y capitanes generales, sino la vida más menuda de sueños, angustias, prejuicios y supersticiones que a veces se nos ilumina en una carta privada, en el relato de un vecino que escribe su chisme al Obispo

o al Gobernador, o en las curiosas autobiografías que hacen los solicitantes cuando piden al Rey, desde un lejano rincón de Tierra Firme, que se les otorgue algún cargo o prebenda. Habrá que ponerse a escarmenar con imaginación la historia de esas vidas de encomenderos, militares, clérigos, bachilleres, que sufrieron la tentación de marcharse a las Indias, apoderarse de leguas de tierra realengas, perseguir en las costas a los piratas heréticos o descubrir tesoros, para que aparezca sobre la época colonial una novela más animada y varia que la que nos llega a través de los anales públicos o pomposamente cortesanos.

Si tomamos para medir el estilo de vida venezolano en cierto momento de la época colonial un conjunto de informes como los que dirigen al Gobernador Solano en 1767 y 1768 los corregidores y “tenientes de corregidores” de los pueblos, y los comparamos con las formas de existencia del hombre de hoy, surgen a nuestra vista una serie de hechos del mayor interés sociológico en que radica la peculiaridad o “extrañeza” de la época.

Nuestros compatriotas de entonces parecen depender y vivir más de lo que extraen de su hábitat geográfico, que el mimado, desordenado y dispendioso venezolano que hemos conocido en épocas posteriores. Viven —como dice uno de los informantes— de “los frutos de su fundación”. Si algún hacendado rico puede lucir, para las escasas fiestas o recibir su vara de alcalde, el galonado casacón azul con telas venidas de España y el zapato de hebilla, los indios de Chabasquén o de Sanare se visten con el lienzo de algodón ordinario que ellos mismos hilaron. En la villa de San Jaime —según el cronista— las gentes llevaban “aquellos vestuarios que antiguamente se usaban en la ciudad de Caracas” y “unos vestidos bombachos bien extraordinarios como el usar las camisas fuera de los calzones, las faldas”.

La mayoría de las casas son de “bajareques dobles, cubiertas de palmas” y sólo las llamadas “casas reales”, donde se ejerce la justicia y se guardan los presos, alcanzan la dignidad de la “mampostería”. Para comer, en tierra rica de lagunas, bosques y caños como los llanos de Cojedes, no falta la cotidiana arepa, el arroz, el

frijol, el ñame, la yuca y la res que se mata, ni tampoco una singular variedad de peces y cacería. Hay peces como el balentón, el cazón, el bagre, el rallao, el toruno, el pejesapo, el bocachico y el coporo. La cacería ofrece venados, báquiros, lapas, cachicamos, o bien pautíes, gallinetas y perdices. De tosco asiento de cordobán nativo es la silla en que se descansa y como sumo primor cuelga la hamaca o el chinchorro, tejido con fibras de moriche. El aceite de corozo alumbraba las primitivas lámparas, o se elaboraban velones de sebo en el campo y de cera para las ceremonias religiosas y honrar mejor a los santos. El dueño del hato — como en los entonces ricos llanos de San Carlos de Austria — despacha a Caracas, Valencia y Puerto Cabello no sólo sus ganados sino las mulas cargadas de papelón, arrobas de queso, tasajos, pescados salados y cecinas. En la descripción geográfica de Cisneros se hace el elogio de esa floreciente economía agrícola que permite a los venezolanos del siglo XVIII comer a barato precio (“por cuatro pesos se compraba el novillo más gordo”), tan “buenas terneras, corderos y capones”. Claro que no informa el acucioso Cisneros, pintor idílico de los beneficios que la Venezuela colonial recibe de la Compañía Guipuzcoana, a cuántos habitantes del país favorece aquella liberalidad de precios. Una escasísima minoría de quienes se llamarán luego “mantuanos” son los que disfrutaban de la riqueza y el poderío, y toda la distancia social es la que media entre la casaca del marqués y el pie desnudo del esclavo, o — como diría Gilberto Freire para el Brasil — entre la *casa grande* y la *senzala*. No falta, sin embargo, la sensibilidad criolla, el aire y la luz del paisaje tropical en la prosa de Oviedo y Baños y en esos bonitos caserones del siglo XVIII que dejaron en Caracas, en Coro, en Calabozo, en Ospino, en Barinas, Guanare, El Pao de San Juan Bautista o San Carlos, las grandes familias del mantuanaje. O en los corridos, décimas, galerones y joropos a que impregnará tanta fuerza épica la próxima guerra de Independencia.

El comercio con el exterior, que fomentaron, en secreta rivalidad económica, el contrabando y los navíos de la Compañía Guipuzcoana, había generalizado en las casas hidalgas de Caracas y de

las villas más importantes el nuevo gusto por los “jamones, chorizos, bacalao, salmones, arenques, quesos de Flandes, vinos de Malvasía, frutas secas y todo género de especiería que se importa de Europa”, y el lujo de tafetanes, medias y sedas. Cisneros, que es una extraña mezcla de geógrafo y agente viajero, ha hecho tan buenos negocios como el de “vender a treinta pesos cada sombrero de castor blanco, a doce pesos la libra de canela y a seis el frasco de vino”.

En las poblaciones del interior, a fines del siglo, los vecinos acuden todavía a los extraños milagros de la flora indígena para su medicina en estado de naturaleza. Se alivian con la sábila, “remedio universal”, cuando sufren de “obstrucciones, apostemas, golpes, dolores gálicos, quemaduras” y toda especie de “corrupciones”. “La pascuala, especie de pepita redonda, color de tabaco en polvo” se emplea como efficacísimo purgante. El bejuco de cadena se emplea para las fiebres “y para evacuar los humores”. Y el cronista se entusiasma exaltando la virtud de panacea de otras plantas como la tua-túa, el zumo de tuturuto, la chirca, la escorzonera y el culantro silvestre endulzado con miel de abejas. La naturaleza demasiado dura de ciertos eriales de Carora daba sus pequeños monstruos: culebras, alacranes, ciempiés y arañas, pero ofrecía también, a pocos pasos, sus agrestes antídotos. Lo mismo que el hombre medieval, el aislado habitante de una remota región venezolana tiene entonces un conocimiento a la vez inmediato y mágico de la naturaleza que lo circunda. Depende más de las contingencias naturales: de la quebrada crecida, del “rayo y de la centella”, de la sequía y del camino cortado como ya casi lo ignoran las generaciones de hoy. Y este “desafío” que suscita el medio ambiente, provoca dos milagros de la historia venezolana cuando se desencadena el movimiento de la Independencia. Uno es la energía física y la voluntad de “aguante” —para decirlo con la palabra criolla— que demostrarán nuestros criollos y mestizos, llaneros de “garrasí” y serranos de “cobija”, al emprender aquella expedición guerrera que termina, a través de media América del Sur, en las punas del Alto Perú. Desde el Llano caliente,

desguazando ríos tropicales y subiendo páramos, salieron a conocer los volcanes andinos. Peleaban con otras gentes, bebían raros alcoholes, se amancebaban con las indias en las pulperías de Puno o Chuquisaca. Parecían repetir, de otra manera, en la epopeya de la Independencia, la hazaña en que nació en sangre, caminata y aventura la América mestiza. Y otro milagro coincidente fue el de las ideas que, venidas de la Europa del siglo XVIII en los “navíos de la ilustración” de que habla Basterra, ofrecen al hombre criollo una nueva conciencia de autonomía política y diluyen en polémica radical las grandes estructuras del coloniaje: Estado absolutista, monopolio económico, conciencia dirigida, sujeción a la voluntad monárquica. En menos de 60 años los venezolanos pasaron del “Sacarreal Majestad” de que hablaban aún los campesinos y gente del común en 1810, a aquella disposición de la constitución de 1864 de que no se reconocerá en Venezuela otro tratamiento público que el de “ciudadano” y el de “usted”.

También en un sitio privilegiado de las Indias, como el valle de Caracas, nacerán en el siglo XVIII —y en el curso de dos generaciones escalonadas entre 1750 y 1783— algunos de los libertadores políticos y de los libertadores intelectuales de la América inmediata, desde Miranda hasta Bolívar, pasando por Simón Rodríguez y Andrés Bello.

Ni tan española, ni tan indígena

¿Por qué no fue desde los grandes y áureos Virreinos del Perú y de México de donde se expandió el movimiento insurgente por toda la América Hispana, sino desde provincias un tanto marginales en la vida económica y el esplendor colonial, como Caracas y Buenos Aires? La revolución comenzada en 1810, casi a un mismo tiempo en puntos extremos del Continente suramericano como el Plata y Venezuela, se diferencia de los cerrados movimientos indigenistas del siglo XVIII y de la epopeya de Hidalgo y Morelos en México, en cuanto tendrá un carácter más universalista, no sólo por la formación de sus

líderes y propagandistas, sino por la distinta voluntad histórica que expresa. Los heroicos curas insurgentes de México animan, sobre todo, una revolución rural e indígena contra los grandes títulos españoles, latifundistas criollos y alto clero, que poseían toda la tierra y el poder mexicano, mientras que los marqueses de Lima pensaban aprovecharse del cambio político de los tiempos para asentar —contra la fiscalización de España— su abusiva herencia de encomenderos. El pensamiento de Miranda y Bolívar parte de otra coyuntura histórica y se dispara hacia otra meta. En ese momento tan agitado de la Historia universal, de revolución y liberalismo, el hombre americano no podía satisfacerse con la restauración de un perdido mundo indígena, con devolver la América a sus naturales y darle a cada indio —como hubiera sido el sueño del Cura Hidalgo— una estampa de la Virgen de Guadalupe, un fusil para defenderse de los “gachupines” y una “milpa” para sembrar maíz. La independencia de América, aun como acto político, había que ganarla e intrigarla también en Londres entre banqueros y diplomáticos que nos reconociesen, y el flujo revolucionario de las cosas nos lanzaba en vertiginoso torbellino de historia mundial. No era una revolución racista para poner otra vez a Atahualpa en el sitio en que se sentó Pizarro, y para que, expulsando a los dominadores españoles, nos encerrásemos en un nuevo y xenófobo Tahuantinsuyo como el que quiso reconstituir Túpac-Amaru. No se iba a atrasar el reloj hasta hacerlo retroceder al tiempo cósmico de los aztecas o de los incas, sino se pondría a la misma hora que marcaban los instrumentos de precisión europeos. Había que partir, no del sueño nostálgico (el del “gran Moctezuma de la silla de oro”, como diría, un siglo después, Rubén Darío), ni del de los engolados virreyes españoles de la época barroca, de los que creían descender, sin mezcla de bastardía, los intrigantes marqueses peruanos que molestarán a Bolívar, sino de la situación sociológica tan compleja y varia que el Libertador analiza en la Carta de Jamaica. Necesitábamos libertad económica y libertad política y formar nuevas repúblicas, partiendo de nuestro mestizaje.

América era mestiza, no sólo porque había recibido otras sangres —blancos o negros— para agitar el viejo caudal indígena, sino porque las ideas que se estaban manejando y adaptando a la angustia del instante venían de Europa, aunque se cargaron de nueva y contagiosa pasión al asentarse en el alma americana. Hubo ya en la conquista y primeros siglos de la Colonia la “transculturación” del cristiano; ahora a comienzos del siglo XIX se hacía la “transculturación” de las revoluciones europeas. Era del genio de Bolívar darle sentido y unidad a ese mundo mestizo que pedía liberación y expresión, y tener como orejas de gigante para escuchar lo que viene en el aire de la época: liberalismo y gran expansión europea, comercio e industria universales, luchas contra las últimas formas absolutistas, y atender, al mismo tiempo, los enredos, contradicciones y trances en que se agitaba y peligrosaba la insurgencia americana. Los veinte relampagueantes años en que se consume la obra y la acción de Simón Bolívar parecen, así, cruzados de todos los dardos, todas las direcciones que marcan uno de los más tensos momentos de la Historia humana. El gran caraqueño tiene que ser, a la vez, revolucionario, guerrero, estratega, escritor, sociólogo, teórico y utopista de un nuevo Derecho de naciones. Leyes y estructuras políticas no sólo se hacen, sino, a veces, se van inventando al paso de su caballo por todas aquellas provincias desunidas que sólo su genio y pasión unificadora ponía a vivir juntas.

Quizá la Venezuela en que nació Bolívar era tierra propicia para hacer esa síntesis y prospecto de un mundo nuevo. No pesaba ya la carga indígena en nosotros a la manera que en otros pueblos americanos. No teníamos ni Teotihuacán ni las piedras del Cuzco para llorar nuestros perdidos imperios. Lo indio que no desapareció en las cruentas guerras de la Conquista viajaba ya revuelto con lo español, y aun con lo africano, en el caudal de nuestra sangre, o estaba separado de la conciencia nacional de entonces por ese telón selvático, más allá de las ciudades y los pueblos, más allá de la última misión, que se levantaba en otro país ignoto, al sur de los grandes ríos. No éramos tan indios ni éramos tan españoles pensó

siempre Bolívar, quien dedicó algunos de los párrafos más hermosos de la *Carta de Jamaica* a definir nuestro mestizaje. Si no teníamos nombre de raza porque íbamos a llamarnos sencillamente venezolanos, colombianos, hispanoamericanos, sí teníamos el de la actividad y el oficio que la naturaleza de América nos impusiera. “Los llaneros de Apure y de Casanare subirán al páramo de Pisba” o, a la inversa, los “guates” de la Cordillera, los “serranos” se convertirán en lanceros cuando peleen en las grandes llanuras calientes, se informa en los partes de Bolívar.

Si la época colonial formó los tipos humanos y configuró el hábitat del hombre de nuestro país, la inmensa aventura de la Independencia, “cuando Antioñito Sucre, el joven de Cumaná, fue a convertirse en Mariscal en el Perú a los treinta años”, equivale en nuestra historia local a la leyenda de una nueva cruzada. Como los generales de Alejandro, los de Bolívar —sobre todo cuando les falte el Libertador— quieren formar reinos y baronías separados a medida que acampan en esa expedición de miles de leguas, entre Caracas y el Alto Perú. Si los que vuelven con los laureles de Junín y Ayacucho quieren cobrar su gloria al General Páez y son frecuente obstáculo para el primer orden civil de la República, los que se quedan en el Perú, en Chuquisaca, en Quito, marcan también, con su valentía y turbulencia, la vida de algunas naciones hermanas. Si dimos un hombre tan puro, abnegado y ecuánime como Antonio José de Sucre, que sabe entregar su República de Bolivia a los bolivianos, dimos otros tan intrigantes como Flores. Basta leer en tan documentado libro como es la biografía de Juan Montalvo por el escritor ecuatoriano Osear Efrén Reyes, hasta qué punto pesaba en la vida política del Ecuador hacia 1845 ó 1850 la influencia que ejercían en pequeños pueblos del país esos venezolanos que se quedaron acompañando a su jefe Flores.

En la herencia y añoranza de cada venezolano sigue contando mucho esa gran marcha por la América que hicieron sus ascendientes de la Independencia; y las “biografías de ilustres próceres” parecen crónica familiar.

Tres generaciones de retratos

En los *Perfiles venezolanos* de Felipe Tejera (Caracas, 1881) y *La literatura venezolana del siglo XIX* de Picón-Febres (Caracas, 1906) vemos con sus levitas neoclásicas, sus corbatas de plastrón o sus revueltas melenas que puso de moda el romanticismo, los retratos de nuestros escritores de hace cien años, desde la augusta figura de Andrés Bello hasta los que ya veían nacer el modernismo como Pérez Bonalde. Tres generaciones de retratos en una época en que retratarse era acto demasiado solemne, en trance de posteridad y enfática compostura, como hacer testamento, casarse y partir a la guerra civil a “defender el liberalismo”. ¡Qué pena la de escribir en un país como el nuestro entonces, cuando el periódico mayor llegaría a los mil quinientos o dos mil ejemplares, y los pocos libros que podrían imprimirse se amontonaban, por falta de compradores y lectores, en los sótanos de una Casa de Gobierno, donde, con la ilusión de fomentar la cultura, los había adquirido un gobernador mecenas! O se prestaba el libro y el periódico, de una a otra casa, de uno a otro solar desierto, para distraer las largas noches perforadas de cantos de gallos, a veces balas de guerrilleros y cabalgadas de cuatrerros, en la provincia demasiado espesa. Bolívar, que fue el mejor cronista e intérprete de su propia vida, nos ha dado en sus cartas y en la visión casi profética de la circunstancia americana que surge de sus escritos políticos, el modelo de un pensamiento tan ágil y de un estilo tan vivo y centelleante que no tiene equivalente en la lengua española de su época. En el mundo hispano de comienzos del siglo XIX hubo dos hombres casi diabólicamente modernos en la invención estética y en la invención política: el español Francisco de Goya y el venezolano Simón Bolívar. ¿No anunciaban ambos, cada uno a su manera, un Apocalipsis y consumación del mundo hispánico? Eran los dos únicos genios que en ese momento podían imprecар y maldecir en español.

Andrés Bello parece de cierto modo el Solón del Nuevo Mundo, el ordenador y legislador de una sociedad que comienza. Parte de una cultura como la española a otra cultura antípoda

como la inglesa para realizar en sí mismo aquella síntesis de corrientes universales que, según él, correspondía a la vocación conciliadora del hombre americano. Desde la conciencia de la lengua que hablamos y debemos defender para que desde México hasta el Río de la Plata no se rompa nuestra unidad lingüística, hasta la nueva conciencia del Derecho y la libertad política, la inmensa obra de Bello es como la suma máxima de nuestra pedagogía social en el siglo XIX. Hablar, proceder, pensar bien, los tres actos peculiares del hombre, vencer el prejuicio, la superstición y xenofobia en que vivieron nuestras sociedades cerradas y forjar con las luces del siglo el nuevo modelo de un mundo ecuaníme, era el secreto de la enseñanza enciclopédica, volcada, a la vez, hacia el lenguaje, la filosofía, la historia, la legislación y cierto tipo de poesía civil, como aquélla en que Solón enseñaba la “eudemonía” a los ciudadanos de Atenas y Virgilio anhelaba conciliar al pueblo romano después de las guerras civiles.

Después de Bello y Bolívar no hay mucho que leer en la *Literatura venezolana del siglo XIX*, hasta que llegue la revolución modernista. Algunos escritores con admirable patetismo y colorido romántico, como Juan Vicente González, nos dan en su prosa vehemente el testimonio del medio histórico en que se mueven: son biógrafos de héroes y caudillos, entristecidos e indignados comentaristas de nuestras guerras civiles. Otros, como Fermín Toro, analizan con alto estilo de filósofo social las contradicciones de justicia en que se erigía nuestro turbulento experimento democrático, la ignorancia, la usura y la miseria ejercida sobre las clases pobres que gravitaba como escarnio en nuestro nombre promotor de repúblicas. Es Fermín Toro figura fundamental de nuestro humanismo decimonónico y una especie de Carlyle tropical que no parte sólo del socialismo sino de la más entera y libre conciencia cristiana para definir la injusticia que los liberales del siglo XIX escondían bajo las más resonantes palabras. ¡Y qué buena prosa se lee, también, en las cartas, tratados y discursos de Cecilio Acosta, otro de nuestros grandes humanistas del siglo XIX, y en la *Historia* de Baralt, quien, por escribir tan irreprochable idioma,

obtuvo lauros de gramático y de académico en España, y fue a buscar a Madrid el sosiego literario que no podía ofrecerle la turbada Venezuela!

De todos los nombres, de todos los retratos que se acumulan en los *Perfiles* de Tejera y en la *Literatura* de Picón-Febres, sólo ya muy pocos pueden significar algo viviente para un lector de estos días. La literatura, lo que ellos llamaban literatura, se confundía con la pequeña política parroquial, con el discurso de ocasión, con la lección de gramática o la novelita y el cuento irrealmente sensibleros. Los malos poetas románticos lloraban por todo: porque la novia podía estar tísica o porque las necesidades económicas o administrativas los obligaban a trasladarse de Valencia a Caracas y ellos querían deplorarlo ante sus amigos en desgarrada elegía:

Horóscopo sangriento me arrebató
de tu feraz y
pintoresco suelo.

La terapéutica de la exageración y la sensiblería —enfermedades de todo romanticismo— es en nuestra literatura criolla el “cuadro de costumbres” en que los escritores de 1840 —y uno de ellos con tanta gracia y vigor como Daniel Mendoza— empiezan un como inventario de tipos populares que, en el crudo lenguaje de la calle caraqueña o de la vaquería llanera, viven su vida especialísima o vuelcan su comentario sobre la injusticia, la arbitrariedad y el abuso que soportan los venezolanos. Si el “costumbrismo” es, a veces, humorismo, frecuentemente ejemplariza las “moralidades” de nuestro siglo XIX. Del llanero Palmarote, gran personaje creado por Daniel Mendoza, crítico de la civilización desde un sano e implacable realismo rural, descienden muchos protagonistas del cuento y la novela venezolanos hasta los días más próximos. El contraste entre campo y ciudad en nuestra literatura no sólo estriba en el conocido tópico de la bondad campestre y la perversión urbana, sino en que efectivamente, en años de guerra civil y violencia, el campesino pagaba en tributos, reclutamiento

y despojo de animales y tierras los platos rotos de la anarquía ciudadana. Hace, naturalmente, la guerra de los caudillos y de los aventureros o se ilusiona —como en el movimiento de la “Federación”— en una “guerra popular”, para él, que aprovecharán, es claro, las nuevas oligarquías del poder militar o del poder político. Los costumbristas-moralistas, desde Daniel Mendoza hacia 1860 hasta Jabino a fines del siglo, recogen en rasgos ágiles la tipología de un vario mundo venezolano de ignorancia, malicia, viveza, desengaño y frustración de que daba pocas veces noticia la prosa académica de los doctores. Porque la característica de Venezuela —como la de casi todos los países latinoamericanos en el siglo XIX— es la del contraste trágico entre la realidad social y el falso revestimiento de leyes, costumbres e instituciones importadas o traducidas de Europa y en el que se disfraza, más que remedia, nuestro atraso y abandono. Un “ilusionista” como el General Guzmán Blanco, que quiso vestir con los más elegantes vestidos de París a los generales de la Federación, acaso llegó a pensar que su Capitolio Federal era el Palacio de las Tullerías y él, Napoleón III, con la misma corte de espadas, uniformes, abanicos y crinolinas. Pero la falsa pompa de aquella Caracas de los bailes guzmanistas, de los concursos literarios y artísticos, de las cariátides de yeso de los edificios públicos y de los espléndidos caballos en que caracoleaba su vanagloria el gran caudillo, no llegaba hasta la soledad, el hastío y la incomunicación de otra Venezuela más vasta y adormecida.

Entretanto, hasta que el modernismo literario traiga nuevas modas estéticas, los poetas de nuestro romanticismo nos dejaron algunos centenares de versos rescatables; poetas como Maitín, Calcaño, Yepes, Francisco Guaicaipuro Pardo y sobre todo Pérez Bonalde cantan su pena individual. Es la del buen señor campesino, como Maitín, sosegado propietario en el valle de Choróní, a quien se le muere la mujer, la entierra en el cementerio de la aldea y va a susurrarle algunas de las palabras más sinceras y confidenciales de toda nuestra poesía romántica. O los versos en que Abigail Lozano canta el atardecer y la noche tropicales; un admirable

soneto místico de José Antonio Calcaño —una de las escasas flores de nuestra poesía religiosa— y, por contraste, las canciones de aquel hombre errante y políglota, traductor excelso de Heine y Poe, que se llamó Pérez Bonalde. Los venezolanos no dejaban de ser andariegos, vivaces e inteligentes, y los hubo que fueron escritores, políticos y hombres de varia influencia en España, como Ros de Olano, Baralt, García de Quevedo y posteriormente Sánchez Pesquera; fundarán grupos literarios en el Perú, como los hermanos Camacho, publicarán revistas y periódicos en Nueva York, como Bolet Peraza, y hablarán tantas lenguas como Pérez Bonalde. ¿No se había ejercido en Chile el magisterio de Andrés Bello y no había llevado a través de los más diversos paisajes americanos una pedagogía y una revolución animadora, verazmente implacable, don Simón Rodríguez? Esa romántica posibilidad de expansión y aventura del hombre venezolano nos consolaba un poco cuando en los peores años del siglo XIX el país se había hecho demasiado angosto.

Contra el peligro de una literatura vestida de levita, sin relación con el ambiente y cuya única meta era la Academia Venezolana de la Lengua, donde también pronunciaba discursos el General Guzmán Blanco, quien pretendía encarnar hacia el año 80 todo el Estado, toda la Iglesia y, quizá, todo el Espíritu, han de insurgir al final del siglo, y desde distinta posición, los “positivistas” y los “modernistas”.

Positivistas y modernistas

El positivismo venezolano —pues las escuelas filosóficas europeas cambian un poco de gusto, como los vinos, al cruzar el Atlántico— puede compararse con un liberalismo vestido de ciencia, y no de una ciencia cualquiera sino de ciencia natural que es la que precisamente no puede aplicarse a los hechos históricos. Además, llega a nuestro trópico con casi treinta años de retraso, y aplicando el esquema comtiano de las tres edades de la humanidad, pretende haber logrado, después de pasar

rápidamente de la edad teológica a la edad metafísica, la satisfactoria etapa positivista, en que ningún fenómeno permanecerá inexplicable. Se explicará lógicamente, partiendo del clima, la raza y la geografía, el carácter de los venezolanos, la inconstancia del sistema democrático y los abusos de fuerza y poder de los caudillos guerreros que nos habían dominado, incluida la voluntariosa persona del General Guzmán Blanco, pretendido césar liberal y vehemente “modernizador” de Venezuela. En conflicto con la Iglesia —como muchos caudillos hispanoamericanos— por su afán de modernizar el Estado, Guzmán Blanco pretende que los venezolanos opten entre la Iglesia y él, pero los jóvenes discípulos de Ernst y Villavicencio, que salen de la Universidad de Caracas en la década del 80, pretenden elegir la ciencia. Habrá dos caminos para los positivistas criollos: los que de acuerdo con Spencer piensan que sólo por una transformación de las cosas y acelerando el advenimiento de una promisoría sociedad “industrial” se mejorará el sistema político, y los que, cautivos del determinismo naturalista que no superaban algunos mediocres divulgadores europeos, como Le Bon, pretendían que era preciso aceptar —contra el idealismo de las leyes— la seca realidad que surge de las malas costumbres de la tierra. Por aquí vamos a aquella tesis derrotista del “gendarme necesario” que sostendrá en 1920, a varias generaciones ya del positivismo, Laureano Vallenilla Lanz. Y la paradoja de la situación venezolana es que gentes que se creían liberales y leyeron a Spencer defenderán el providencialismo de los generales para negar, en cambio, el más sacro y venerable de los curas. “Defienda usted el derecho inalienable al poder político de los caudillos armados, pero blasfeme contra los sacerdotes”, fue así la fórmula de un liberalismo caricaturesco. Al General Gómez se le podía llamar “Benemérito Rehabilitador” y “admirado jefe y amigo”, pero al Obispo —si usted es buen liberal— denomínelo solamente el “ciudadano Obispo”. Un poco de materialismo a lo Haeckel y de sociología de segunda mano andan revueltos con muchas adulaciones rastreras y alabanzas a las vacas, que el gran ganadero y caudillo

apreciaba más que a los hombres, en muchas de las páginas que pagó e inspiró la dictadura de Juan Vicente Gómez.

Pero algunos de los positivistas eran, como José Gil Fortoul, escritores de primer orden y solían olvidarse al escribir de todo rigor de escuela para soltar un poco el ingenio y la fantasía. *El hombre y la historia* y la *Historia constitucional de Venezuela*, de José Gil Fortoul, serán siempre dos obras considerables de nuestras letras. Ya no importan en ellas las citas de sociólogos europeos de 1890, generalmente olvidados, sino la gracia y agilidad con que Gil Fortoul hace la síntesis de una situación confusa, el retrato de un personaje, invoca la anécdota reveladora o auspicia —a pesar de las épocas de tiranía en que se movió su vida— alguna reforma que mejoraría a los venezolanos. Quizá pudiera censurársele que al narrar nuestro proceso histórico, desde la Conquista española hasta la Guerra Federal, lo ordene en tan clara lógica, como si todos los venezolanos que hicieron nuestra historia razonasen como Gil Fortoul. Es obra escrita con el alma civilizada de explicar y ordenarlo todo, en el método más racional. Y por ello, testimonios de más oscura irracionalidad hay que buscarlos en otras obras históricas, como la *Historia de la revolución federal* y *Los delitos políticos en la historia de Venezuela*, de Lisandro Alvarado, en algunos ensayos históricos del Dr. Pedro Manuel Arcaya y del propio Vallenilla Lanz. Y, sobre todo, en la varia tipología de personajes de la más violenta, cínica o acomodable naturaleza que desde fines del siglo XIX empieza a poblar nuestra novelística. ¡Qué galería de tipos humanos —caciques, cuatreros, latifundistas, mujeres tiernas o feroces, brujos o pobre pueblo supersticioso y explotado— en la novela y el cuento venezolanos desde *Zárata* de Eduardo Blanco, *Peonía* de Romero García, *El sargento Felipe* de Picón-Febres, hasta nuestras grandes novelas del siglo XX, como *Doña Bárbara*, *Cantaclaro* y *Canaima*!

Los románticos —hasta el propio don Eduardo Blanco, que con su libro *Venezuela heroica* mereció el honor de que se le llamara el Homero de la República y suscitó en tres o cuatro generaciones de venezolanos la ilusión de que todos podíamos ser tan heroicos

como Páez, tan virtuosos como Sucre, tan abnegados como Negro Primero —habían visto la realidad venezolana en continuo trance de epopeya y sublimación, y ahora, a partir de los positivistas, los realistas y los modernistas nos acercaban a la más contradictoria y desnuda veracidad.

Ha sido casi un lugar común de la crítica literaria reciente censurar en los modernistas, en la muy refinada generación literaria que comienza a escribir hacia 1895, que los problemas que les preocuparon fueron estéticos más que sociales. La literatura europea y especialmente la francesa, que era entonces la más próxima a nuestra sensibilidad, había puesto de moda aquella compleja actitud de espíritu que se llamó el “decadentismo” y los decadentes ya renunciaban a componer el mundo y parecían complacerse, más que en la mejora de una sociedad irredimible, en el cultivo de sus sueños y de sus sensaciones. Sólo en los goces y extraña invención que puede ofrecerles el arte, encuentran el valor de la vida. Ya que el artista, ni un nuevo Balzac que naciera, no es capaz de recoger y expresar toda la realidad, que se contente con reflejar la “impresión”, las sutiles vibraciones que la vida imprime en la conciencia personal. No importa que sean fragmentos, siempre que en ellos —como en los cuadros de los impresionistas— esté también la luz y la atmósfera, ese sistema de relaciones en que las cosas se integran en el mundo. Habrá de contentarse el creador literario con aquel instante o *morceau de vie* que interesaba a Maupassant, o con el retrato del ser fluctuante y sorpresivo, en intransferible conflicto con la existencia. Más que epopeyas —como las que a su manera hizo Balzac—, el llamado artista decadente retratará “temperamentos”. El idioma en que habrá de escribirse tendrá también un ritmo, una adjetivación y una gramática peculiares que expresen otra relación anímica con el mundo y la naturaleza. Los modernistas venezolanos —Díaz Rodríguez, Pedro Emilio Coll, Rufino Blanco-Fombona— contribuyeron en nuestro país a aquella revolución lingüística que se opera en la lengua española, animada no sólo por el genio de Rubén Darío, sino por todas las tensiones estéticas de la época. Y cuando en 1896 ante los graves letrados de

la Academia Venezolana se presenta un pequeño y deleitoso libro como *Sensaciones de viaje* de Manuel Díaz Rodríguez, deben reconocer que algo nuevo estaba naciendo en las letras nacionales.

Desde Díaz Rodríguez y Pedro Emilio Coll hasta los epígonos de la escuela, como el poeta Arreaza Calatrava, el modernismo dio a la literatura venezolana algunos de sus libros más valiosos, precisamente aquéllos en que lo literario, separado ya de lo político, lo oratorio o lo didáctico, asume un valor propio. *Sangre patricia*, *Ídolos rotos*, *Camino de perfección*, *Peregrina o El pozo encantado* de Díaz Rodríguez; *El Castillo de Elsinor* de Pedro Emilio Coll, unos pocos cuentos de Urbaneja Achelpohl, las páginas de memorias, ciertos versos incorrectos pero cargados de tremenda pasión de Blanco-Fombona, figurarán siempre entre lo más significativo de nuestro modernismo. Y aunque su rebelión puramente anárquica e individualista y su evasión ante la circunstancia social ya no nos satisfaga, los modernistas cumplieron en el campo de nuestra literatura lo que Alfonso Reyes llamaría un cuidadoso “deslinde”. Es decir, el cuento ya no se confunde con el cuadro de costumbres, ni la novela con el folletín lleno de intrigas ni el discurso político, como fue habitual en las generaciones que le precedieron. Quizás una de las cosas laudables que hizo un caudillo tan criollo como el General Crespo fue enviar a Europa como cónsules o secretarios de Legación a los jóvenes mejores de la generación positivista y de la juvenil revista *Cosmópolis*, para que aprendieran a escribir con más vivacidad y gracia que los ya anquilosados literatos que aburrieron al público en las profusas columnas de *La Opinión Nacional* y de *La Tribuna Liberal*. ¿No era eso mucho mejor, y hacer revoluciones estéticas y gramaticales, que las otras revoluciones de “carne y hueso”, a la sombra de cualquier improvisado guerrero que “interpretaría los ideales de la juventud”, en que perdieron el tiempo tantos venezolanos del siglo XIX? Y la época que se inicia en el 1900 con el dictador Cipriano Castro será durante nueve años una época muy cursi, porque el caudillo anunció en su proclama: “nuevos ideales”. Con Castro y con Pérez Jiménez, especialmente, los venezolanos aprendimos

para siempre qué cosa tan peligrosa es el caudillo armado que no se satisface con contar sus vacas, sus presos y sus acciones en el banco, porque pretende hacernos partícipes de sus “ideales”.

Otros retratos para 1981

Pensemos en un autor que viva en 1981, y repita a cien años de distancia la tentativa de Don Felipe Tejera de ofrecernos otros *Perfiles venezolanos*. ¿De cuántos de nosotros se habrá salvado, para entonces, siquiera el retrato; una fotografía menos solemne que la de los enlevitados caballeros del siglo XIX, pues nos agitaron, desorbitaron o despeinaron otras pasiones que las de nuestros padres y abuelos, y nos retratábamos, no para la olvidadiza descendencia sino para el frágil momento de cambio, amor, política y aventura que está en el destino normal de todos los hombres? Hablará el “perfilista” de entonces de maestros que conocimos y a quienes la obra y la muerte tornó clásicos como José Rafael Pocaterra y Teresa de la Parra. Se verá —si los críticos de 1981 quieren ser justos y no piensan candorosamente que la Historia comienza con ellos— la altísima importancia de una literatura que pudo producir obras tan inconfundiblemente nuestras como las *Memorias de un venezolano de la decadencia* y *Las memorias de Mamá Blanca*. Se evocará la tremenda aventura que los hombres de entonces ya no podrán vivir otra vez, en el gran ciclo de las novelas de Gallegos, potente testimonio de una Venezuela que aún no lograba humanizarse. Se leerán los “palabreos” de Andrés Bello, y acaso un sociólogo pretencioso —de los que piden a la literatura mucho más de lo que ella puede dar— estudiará en el poema *A un año de tu luz* de qué modo se vivía y se sentía en un hogar provincial venezolano a comienzos del siglo. Un desgarrado testimonio de nuestra conciencia civil, en un mal momento de dictadura y plutocracia, se meditará en los ensayos de Mario Briceño-Iragorri, que a cien años de distancia emula la pasión y el venezolanismo justiciero de un Fermín Toro o un Cecilio Acosta. Serán otros clásicos los grandes novelistas de hoy: Uslar Pietri, Enrique Bernardo

Núñez, Antonio Arraiz, Otero Silva, Díaz Sánchez y Guillermo Meneses, y los clásicos más jóvenes que ya delegan al futuro las generaciones inmediatamente siguientes, como la de la revista *Viernes*, la de *Contrapunto* y la de *Sardio*. (A los últimos todavía los llamamos jóvenes y muchachos, y casi no los nombramos para no interferir en su fama, pero en 1981 serán ecuanímenes y muy honorables ciudadanos, acaso barbados —porque estamos en una época en que renacen las barbas—, y habrán adquirido para entonces mucho más nombre y cargos públicos, que en nuestras tierras son una imitación de la gloria.) Y hay, sin duda, en la poesía venezolana de hoy (mencionaremos sólo algunos poemas como *Mi padre el inmigrante* y *Nuevo mundo Orinoco*) una nota de angustia y compromiso existencial con la situación histórica que ellos viven, como no la conoció el lirismo más vago y ausente de nuestra poética anterior. ¡Cuántos poetas habría que nombrar, desde los grandes poetas ya muertos de la generación de 1918 —Luis Enrique Mármol, Andrés Eloy Blanco, Jacinto Fombona Pachano, el gran artista que se llamaba Ramos Sucre—, siguiendo a partir de Paz Castillo hasta Ida Gramcko, Luz Machado, Liscano, José Ramón Medina, o los poetas últimos como Palomares, treinta o cuarenta años del más fecundo período en la poesía venezolana!

Quizás en ninguna época —si exceptuamos el tremendo momento de la Independencia y el otro gran período de fundación de la República entre 1830 y 1848— el venezolano se acercó a definir su circunstancia, a escribir el memorial de sus deficiencias y fijar su proyecto de futuro, como en los años que comenzaron en 1936 a partir de la muerte de Juan Vicente Gómez. Partiendo de las más varias filosofías y trincheras políticas, pero configurándolas de acuerdo con la especificidad venezolana, hombres de la talla de Rómulo Betancourt, Rafael Caldera, Arturo Uslar Pietri, el malogrado Alberto Adriani, Augusto Mijares, Luis Beltrán Prieto y muchos otros, a la izquierda y a la derecha, hicieron el gran balance de nuestra problemática social. Libros como *Venezuela, política y petróleo* de Rómulo Betancourt, las páginas venezolanistas de Adriani, los análisis que ha dedicado Prieto a

nuestro desordenado y discontinuo proceso educativo, son el testimonio de una hora muy despierta de la conciencia venezolana. Nuestros sociólogos, economistas y escritores políticos habían superado ya el antiguo liberalismo retórico de las grandes frases y salían empeñosamente al encuentro de la verdad. Surgía frente al conformismo de otras generaciones una literatura de denuncia. Partiendo de nuestra insuficiencia y de un oscuro legado de engaño y derrota, queríamos echar las bases de una democracia real. Y ni el intermedio anacrónico de una dictadura como la de Pérez Jiménez impidió esa conquista de un pensamiento más claro y auténtico. Muchos jóvenes, egresados de la Universidad, comienzan también a ofrecer a una Venezuela que ya quiere escucharlos, el fruto de una nueva y desvelada pesquisa en nuestra problemática nacional. Sin duda que hemos entrado —no sé si los críticos e historiadores de 1981 lograrán verlo— en un extraño momento de agitación y sumo cambio en la vida hispanoamericana. Y el gran cambio de la Venezuela todavía rural, limitada y provinciana en que nacimos a la que ya quiere industrializarse y universalizarse; de un callado país mestizo a otro que desde hace veinte años se agita con todos los ruidos y el poliglotesmo de los inmigrantes, los hombres de mi generación lo llevamos en la propia piel y en el revuelto archivo de nuestras emociones. Muchos libros venezolanos de esta época fueron obligadamente nostálgicos, porque ya veíamos esfumarse como en una aguafuerte romántica el color de costumbres, gentes y formas de vida que encantaron o asustaron nuestro pasado. Eran nuestra familiar colección de estampas y fantasmas. Aquella Caracas señorial, ingeniosa, lenta y cortés que pintaba todavía Teresa de la Parra en los años 20, ya no se parece en nada a la metrópoli trepidante —un poco Houston, Texas y un poco Nápoles— a cuya violenta luz y ruido de carruajes, hombres de negocios y mítines políticos, despiertan los caraqueños de 1961. Con los escombros de sus viejas casas —las casas que tan deleitosamente ya pintaba Oviedo y Baños en el siglo XVIII y donde conversan en la tradición novelística venezolana los personajes de *El hombre de hierro*, *Ifigenia*, *El último Solar*, *Vidas oscuras* o *La*

trepadora— el venezolano dispersa, para que se instale un tiempo distinto, quizá más claro, quizá más planificado, sus añoranzas y memorias. Sobre el contraste muy hispanoamericano de tremendas desigualdades de riqueza y miseria, cultura e ignorancia corre nuestro desnivel social; esas sociedades de varios pisos que sólo equilibrará el desarrollo técnico y la continua acción reformadora. Venezolanos en distinta situación histórica, siguiendo las metáforas de nuestra novelística, eran Mamá Blanca y Vicente Cochocho, el Doctor Payara y el muy desvalido Juan el Veguero. Venezolano es el gran plutócrata y poderoso gerente que recorrió en avión todos los cielos del mundo, y el selvático indio motilón que aún rechaza la visita de los misioneros. Pedazos de prehistoria, formas de vida colonial y otras que ya avanzaron hasta el siglo XXI, se mezclan en nuestro revuelto paisaje humano. Pero hemos ganado en la conciencia de lo que debe hacerse, en la documentación y los métodos de que ninguna otra generación venezolana dispuso. Milagro de los últimos veinte y tantos años es no sólo que nuestra tasa de nacimientos sea una de las más altas del mundo (45,8 por mil), sino que nuestra mortalidad haya descendido al nivel de los países más civilizados (10 por mil) mientras que las cifras de Francia y del Reino Unido son de 11,7 y 11,12 respectivamente. También —en contraste con la situación que reinaba hasta hace pocos años— un millón doscientos mil muchachos asisten a las escuelas de Venezuela en una población que se calcula en 7 millones de habitantes. También la reforma agraria que se opera en el país evitará ese éxodo caótico hacia las ciudades, buscando trabajo y aventura aleatoria, que fue una de las herencias peores que nos dejó aquella dictadura del derroche, la obra pública puramente ornamental y el cínico reparto entre validos y favoritos en monstruosa orgía de especulación, que fue la característica del régimen de Pérez Jiménez. El hombre venezolano que hasta entonces había sido previsor y modesto se contagió de la megalomanía del dictador, y creyó que se aseguraba para siempre el dominio de un inagotable Pactolo. Ante la ceguera y crueldad de aquellos días recientes, ahora volvemos a contar lo que tenemos, a reajustar el

dislocado mapa económico del país, a buscar más trabajo, educación y justicia para esos venezolanos que aprendieron a reclamar. Así como otros escritores hicieron la novela de nuestras selvas, nuestros ríos, nuestras llanuras, quizás el Balzac que todavía no nos ha nacido penetre en los pactos y lances diabólicos de aquel puñado de gentes que en la época del último dictador decidieron convertirse en millonarios en veinticuatro horas.

Sí; tendrá un poco que pensar el biógrafo y el crítico que en 1981 haga otros *Perfiles venezolanos*. Un país mucho más grande crece a nuestra vista, en ritmo quizás un poco vertiginoso, y habrá que prever que la cultura más difundida, venciendo tantos desniveles sociales, formará, también, gentes mejores. Contra la añoranza del poeta, plañendo por el tiempo que se fue, proyectamos hacia adelante la promesa de la edad de oro.

TRADICIÓN*

En artículos de periódico he encontrado en los últimos días insistentes llamados a estudiar la tradición venezolana. Una tradición que trascienda de los himnos triunfales de Venezuela heroica, de la satisfacción que puede sentir todo venezolano de que sus tatarabuelos o bisabuelos ensillaran el caballo al pie del Ávila para ir a detener la volatería libertaria y ansiosa en las más altas cumbres del Perú. Merecer a Bolívar y a Sucre y a todo aquel grupo de fundadores civiles que completan la acción de los próceres, desde Miguel José Sanz y Pedro Gual hasta Fermín Toro, es permanente lección cívica que requiere buenos maestros que la enseñen y actualicen. Y cómo se conjuga el culto de la Historia hecha con el compromiso de la Historia por hacer, es precisamente el mejor estímulo de una tradición bien entendida porque muchos “tradicionalistas” pensaron que Bolívar libertó pueblos para que nosotros no hiciésemos otra cosa que cuidar su sepulcro, y don Cecilio Acosta escribió tan hermoso castellano para que nuestros modos de pensar o escribir se detuvieran en aquel día de 1856 en que salió de la mente de nuestro gran humanista el hermoso ensayo titulado *Cosas sabidas y cosas por saberse*. Interpretándola con verdadero sentido histórico, toda tradición “deviene”; es el valor del pasado que mira con nuevos ojos y aplica a nuevas necesidades cada generación. Es aquel admirable pensamiento de Jefferson, cuando recomendaba que cada veinte años se permitiera a los más avisados espíritus de las nuevas generaciones revisar las leyes de un país para ponerlas a tono con las circunstancias históricas. Sin duda que Venezuela necesita ahondar cada día más en la conciencia de su

* Se publicó por primera vez en *El Nacional*, Caracas, 29 de octubre 1950.

usado, pero no para quedarse detenido en él, sino para descubrir, entre la selva de los hechos, el perfil y la problemática de la nación.

El problema es ahora más urgente que en otros días en tanto nuestro país está recibiendo un inmenso contingente migratorio de gentes que se incorporan a la vida nacional, y hay que ofrecerles no sólo oportunidades económicas, sino también valores de cultura. Los inmigrantes que llegaron a la Argentina después de la caída de Rosas pudieron nacionalizarse bien porque, tanto al trabajo de los agrónomos y los ingenieros, que modificaban las condiciones de la naturaleza, estaba el pensamiento orientador y vigilante de una gran generación de pensadores y escritores. Las palabras de un Sarmiento o un Alberdi valían —para quienes piensan que el papel del intelectual en nuestras sociedades es puramente decorativo— lo que el mejor plan de los técnicos. Lo peor que pudiera acontecernos es el desarrollo de una técnica sin espíritu, y sin miras nacionales, como la que las viejas naciones imperialistas trasladaban, para su propia comodidad y mejor usufructo de su expansión económica, a sus factorías de Asia o de África. Había muy buenas carreteras y excelentes edificios en Singapur o en Shangai, no tanto para el servicio de los nativos como de los capitalistas ingleses.

Cierto aire de colonialismo, o semicolonialismo económico, hace de las oligarquías criollas —mucho más que en los días de los hacendados o de los viejos caudillos rurales— pasivos grupos tributarios del capital extranjero, y amengua frecuentemente, a la nación, su fuerza creadora y defensiva. Muchos compatriotas esperan para prosperar que —como extraños Santa Claus o Simbad genieros— lleguen las empresas foráneas a perforar el pozo de aceite o taladrar la montaña de hierro que apareció en el solar de nuestra casa. Nosotros pusimos el potrero o el solar y recibimos, como premio, la nueva lámpara de Aladino con que se satisfacen todos los caprichos. El complejo de la “regalía”, de esa continua esperanza de que los extranjeros sigan desarrollando y explotando todo lo que es explotable, y nosotros esperemos la confitada lluvia de la piñata, pesa demasiado en la vida venezolana y engendra dos

actitudes psicológicas complementarias: una es el asombro ante lo que hacen aquellos dioses que traen técnicas y artilingios desconocidos; otra, la alabanza y servilismo ante quienes pueden repartir a los muchachos más bobos tan hermosas grageas. Pues que ellos saben más que nosotros, inclinémonos a adorarles y servirles, lo mismo que los indios guaiqueríes traían sus canastas de perlas ante don Cristóbal Colón.

Porque no fueron educados para este mundo de la técnica y la explotación industrial de la naturaleza, muchos venezolanos que quisieron prosperar en esta época de “las regalías” se dedicaron al comercio, a vender las baratijas foráneas. Eran como aquellos “indios ladinos” que en los días de la Conquista colocaban, entre los otros indios que no habían aprendido “la lengua” y las mañas de los recién llegados, los espejitos y las cuentas de vidrio. Entonces se produce en la vida económica del país una especie de marea regresiva. El petróleo, por ejemplo, crea buenos salarios; los comerciantes (porque no hay industria nacional) traen del extranjero hasta las mazorca enlatadas, los venezolanos las compran y el dinero de los salarios torna al país de donde salió. El capitalismo extranjero nos hace, a su modo, un préstamo con el buen respaldo de nuestras materias primas, y lo devolvemos en cuanto artefacto útil o inútil adquirimos con la fácil lotería del aceite. Empezamos a vivir como en un extraño Singapur del Caribe, donde hasta el mérito social habrá de valuarse por la cercanía o el favor que nos otorguen los extraños dioses extranjeros.

Resulta fácil y hasta demagógico hablar de las fuerzas desnacionalizadoras de un país, cuando no hubo plan ni voluntad de mejorar la situación histórica; cuando permanecíamos adánicamente desnudos ante el impacto de estas formas modernas hechas de cálculo, previsión, escueta tecnología. Es que por sobre todo estudio y auténtica pasión nacional prevalece en muchos venezolanos la actitud que los clásicos llamaban del *carpe diem*, el ciego hedonismo de quien disfruta del buen vino y la buena cena, sin preocuparse de las necesidades y angustias que surgirán mañana.

Por ello, hasta la hermosa frase de “tradición venezolana” —tan repetida en recientes escritos de los periódicos— está pidiendo nuevo examen y nuevos puntos de vista. No nos adormecemos con ella como indescifrable fórmula litúrgica. Penetremos la historia con nuestra angustia y nuestra necesidad creadora. Repensémosla, para averiguar los compromisos y deberes que dejaron para nosotros los grandes nombres tutelares. Hay que defenderse de la falsa tradición que repite, sin ahondarlas ni analizarlas, todas las frases hechas y todos los adjetivos que acuñó el tiempo sobre nuestros héroes o nuestros pensadores. Entender el pasado, pero con espíritu y actitud contemporáneos, en solidaridad de historia que no se detiene, sino prosigue ensanchando la tarea y el destino común.

TRADICIÓN Y VOLUNTAD HISTÓRICA*

En varios artículos ha aludido Arturo Uslar Pietri a lo que puede llamarse el problema de la tradición y el proceso histórico de Venezuela. Coincido con él en que la “tradición” no es inerte e inmutable, y que lo más significativo en la historia de cada pueblo es su impulso de “devenir” y su capacidad de adaptarse y dirigir las circunstancias que trae cada época. Ninguna nación puede vivir en el enquistamiento de las formas adquiridas que parece característico del mundo de la naturaleza, en oposición al móvil mundo de la historia.

Es cierto que las rocas, las montañas y la plataforma continental también sufren cambios morfológicos a través de las edades, pero ellos se miden en lenta dimensión de geología casi imperceptible para una vida humana o para el curso de varias generaciones que pueden presenciar, en cambio, grandes emergencias históricas. No habría casi tarea para el hombre si cada generación repitiese todas las rutinas, hábitos y modos mentales de las que la precedieron. Cada historia necesita resolver nuevas y cambiantes situaciones vitales. La falsedad de una sociología de tipo positivista, como la que se escribió en Venezuela hasta hace pocas décadas, consistía en que homologaba los hechos sociales a los fenómenos de la naturaleza, sin prever que los cambios de producción, el impacto de nuevas formas culturales, las modificaciones del “paisaje histórico” aportan otras estructuras y sistemas. Pueden cambiar, simultáneamente, los estilos políticos y los estilos artísticos, la fraseología literaria y el modo de gobernar.

* Se publicó por primera vez en *El Nacional*, Caracas, 6 de mayo de 1952, p. 4.

Si un régimen como el de José Tadeo Monagas pudo ser una clara consecuencia de fenómenos y formas venezolanos de la segunda mitad del siglo XIX, resultaría un anacronismo en la segunda mitad del siglo XX. Y decir, por ejemplo —como lo hicieron varios escritores de la escuela positivista—, que los “gendarmes necesarios” o los “caudillos” eran expresión política permanente y definitivamente cristalizada de nuestra psicología social, resulta tan a destiempo como afirmar que Francia debería ser gobernada siempre por reyes como Luis XI, ya que la dura energía de aquel soberano pudo ser eficiente al final de la época feudal. La historia también modifica lo que se ha venido llamando la psicología de los pueblos.

Hasta aquí parece que no hay nada que discutir con Uslar Pietri. Sin embargo, se me ocurren algunas observaciones a la manera como él desenvuelve su tema. Que no nos preocupemos demasiado de la tradición, y que dejemos el libre juego de todas las influencias foráneas o universales que ya desde hoy comienzan a configurar la Venezuela de mañana, parece ser su tesis liberalísima. Y agrega que si el futuro como el presente continuara aboliendo muchas de las cosas que nosotros denominamos “tradición”, lo esencial y más significativo del país siempre habrá de conservarse: la memoria de sus héroes, la flor de su pensamiento y sus obras de arte.

Estos argumentos de Uslar Pietri serían irreprochables si no omitiese en su meditación otros factores que también condicionan toda equilibrada vida histórica. El primero es que cada pueblo no puede esperar por el simple contagio pasivo de otras formas de civilización la esperanza de una mejor historia, porque tiene que prepararla al mismo tiempo, de modo más calculado, responsable y consciente de su destino. La historia no sólo se recibe, sino se planifica y se hace. Hay en el desenvolvimiento de las grandes naciones una como meta o guía ideal que orienta el progreso colectivo y permite la afirmación y defensa de la personalidad nacional, aun en los momentos de mayor crisis. Cualquiera, entre las más importantes concreciones políticas nacionales, revela este fin voluntarista, este destino común que se atribuye a la nación o al Estado.

El Estado de Luis XIV, por ejemplo, no surgió por simple juego espontáneo de fuerzas sociales, sino porque hubo el empeño de crearlo tan racional, clara y lógicamente como el método de Descartes. La historia moderna de Italia, por ejemplo, no se explica sino por la lejana lucha —ya muy viva en la Edad Media— por la unificación, que no se realizará sino en el siglo XIX. En las luchas de Inglaterra y España desde fines del siglo XVI ya se ejemplariza una “constante” de la política inglesa que anhela la “libertad de los mares”, y cuyo individualismo económico la llevará, a través de las revoluciones del siglo XVII, a una limitación del poder político soberano, como se expresó en el parlamentarismo inglés. En cualquiera de esas historias, los hombres no se contentaron con esperar las corrientes naturales del acontecer, sino trataron de planeear conscientemente su futuro. Sólo carecen de ese impulso configurador los países coloniales que aceptan inertemente cuanto les llega de fuera, y viven —sin ninguna otra mira— en la simple contingencia de cada día. Era la vida de esas factorías europeas en Asia —Singapur, por ejemplo— donde el nativo fue un resignado y humillado espectador de cuanto hacían o traían los extranjeros.

Aguardar pasivamente las corrientes foráneas que modificarán nuestro estilo de vida, sin que haya en los venezolanos un impulso de planeamiento histórico, parece sumamente peligroso.

En lo que las gentes llaman vagamente “Civilización”, se suelen esconder fuerzas y formas muy contradictorias. Ya no tenemos los hombres de hoy aquella fe en un progreso indefinido que hacía creer a los utopistas del siglo XVIII que, por el simple avance de la razón, el futuro sería siempre mejor que el presente. A más de que el concepto de “Civilización” cambia según el espíritu o intereses de quienes la juzgan. Para un simple vendedor de artefactos mecánicos, una horrible “motorola” pintada de groseros colorines, disparando a todo ruido sus “modernas versiones” de Chopin o Beethoven, podría ser indicio de civilización, y en nombre de un falso progreso (“arroje usted veinticinco céntimos en la ranura y ya gozará de la música”) incitará a sus clientes a comprarla. En cambio, una persona de tan refinado gusto estético como Arturo Usler

Pietri se resistiría a tenerla en su casa. La denominada “Civilización” contiene así, junto a muchas cosas útiles, una serie de objetos estúpidos y embrutecedores impuestos tan sólo por la presión materialista del comercio. Y si “Civilización” fuese todo lo nuevo, cualquier analfabeto enriquecido que puede adquirir un Cadillac, sería más civilizado que Goethe o que Bolívar.

Además, cuando confiamos en el próspero desarrollo de nuestro país por el simple influjo expansivo de la llamada “Civilización mundial”, olvidamos que la oportunidad de todas las naciones no es la misma ante los beneficios civilizadores. En reciente artículo, Uslar Pietri juzga esa fuerza modeladora de la civilización como si ella se expandiese de modo unánime a lo ancho del planeta; como si hubiere una clara justicia distributiva en el orden internacional. Por desgracia, el drama de la Historia es que hay pueblos ultrapoderosos y pueblos misérrimos. Que en el mal equilibrado conjunto de las naciones, unas son las que producen e imponen sus productos y otras son las que deben comprárselos.

Y este desajuste en el reparto y usufructo de los bienes civilizadores suscita el complejo fenómeno que se denomina “Imperialismo”. En la presión económica, y no siempre progresiva (porque de las materias primas y el trabajo barato de los países pobres viven las grandes naciones plutocráticas) que forja el Imperialismo, se desquician y anarquizan fuerzas o recursos locales, y se establecen entre grandes y pequeñas naciones vínculos de condicionalidad y vasallaje. Cuando la “Civilización” se alía con el “Imperialismo” no es necesariamente filántropa. ¿Ganó algo esencial la cultura humana y el espíritu liberador del hombre cuando el imperialismo romano, por ejemplo, a partir del siglo I de nuestra era, absorbió todos los núcleos culturales del mundo helenístico y del Oriente mediterráneo, disolviendo las formas y expresiones locales, tratando de unificar cultos, estilos y mitos en una artificiosa e hinchada monumentalidad? Y el viejo ejemplo de Roma acaso es saludable advertencia para quienes, contra la varia y hermosa “pluralidad de las culturas”, auspician una civilización igual y regimentada, que en los pueblos

débiles desquicia costumbres y formas propias, sin sustituirlas por mejores recursos y más feliz concordia humana.

El tema es provocativo, y aún queda tela para otras meditaciones complementarias.

Segunda parte

LUGARES Y COSAS

APROXIMACIÓN AL ORINOCO*

Mi experiencia venezolana del Orinoco es casi vergonzosa: una lectura infantil de la a veces disparatada pero muy estimulante novela de Julio Verne, con su tropical exotismo de aventuras; las láminas del precioso libro del explorador Chaffanjon, que vi también de muchacho en un viejo tomo del *Mundo ilustrado*, o el gusto que me produjo en el umbral de la adolescencia la memorable obra del doctor Elías Toro *Por las selvas de Guayana*. Hay, asimismo, en esos días de emoción imaginativa, el recuerdo de algunas tarjetas postales de la Alameda de Ciudad Bolívar, con su primer plano de grandes árboles y su fondo de piraguas y lanchas, o las vistas de los castillos o de la “Piedra del Medio”, y el relato de ciertos caucheros fracasados que llegaban a mi montaña andina, después de atravesar todo el país, a curarse su paludismo y a contar aventuras extraordinarias de la selva, entre serpientes, tigres y bandoleros. ¿No ha sido Guayana la permanente tierra de ensoñación colectiva; la esperanza y también el temor de una Venezuela que demasiado promete y que no concluye de hacerse?

Mi imagen infantil del Orinoco se tornó más concreta en el viaje que realicé hace más de diez años hasta Caicara, en el Estado Bolívar, por la vía de Cabruta, en el Guárico. ¡Pequeño y casi menospreciable prólogo para los aficionados a penetrar y sumirse en toda inmensidad fluvial o selvática! Verdad que iban

* Escrito como prólogo al libro *Orinoco, río de la libertad*, de Rafael Gómez Picón (A. Aguado, Madrid, 1953, 501 pp.); fue publicado por primera vez en *El Nacional*, el 12 de agosto de 1952 (p. 4). Fue incluido en *Comprensión de Venezuela* (1955), *op. cit.* (pp. 379-387), y en *Suma de Venezuela, op. cit.* (pp. 113-116), cuya versión sigue esta nueva edición.

en aquel viaje amigos y testigos excepcionales: el doctor Francisco Izquierdo, que a su oficio y talento de médico humanista unía su extraordinaria vocación de explorador; fue nuestro generalísimo, nuestro director providente en dos deleitosas semanas de campamento llanero; el doctor Juan Iturbe, que había publicado en aquellos días su excelente trabajo *La biología de los Llanos* y parecía trasladar su laboratorio a cualquier morichal o mata de sabana; el General Teodorito Velázquez, centauro guariqueño, con las cicatrices de sus hazañas de guerrillero y sus historias de cazador de tigres y caimanes, y el General Arévalo Cedeño —el peregrino que mayores lances vivió en las selvas y soledades venezolanas en todo lo que va de siglo. Cambiamos en Cabruta los caballos llaneros que, después del automóvil y la camioneta, nos acompañaron en buen trecho de sabana, por la lancha a motor, que parecía otro corcel de crines revueltas sobre la planicie espumosa y remoliente del inmenso río. Caicara, con sus bonitas casas del siglo XVIII —testimonio todavía de las misiones catalanas que empezaron a civilizar aquellas regiones—, los árboles de su plaza, sus riberas pobladas de tortugas enormes y aquel meloso y penetrante olor a sarrapia que emana de todas sus tiendas y negocios, es uno de los pueblos venezolanos de mayor extrañeza turística. Es, desde luego, la capital gastronómica de la sopa de tortuga. Se siente el trópico abrumador en el tamaño de los árboles, el plumaje y garrulería de loros y guacamayos, el olor de las frutas, la cólera del río y los cuerpos de las mujeres. Estas son excepcionalmente recomendables como atestiguando la buena raza pobladora, pero por desgracia engordan a muy tempranos años a causa de las comidas grasosas y la larga siesta canicular en el chinchorro. Pero ¿quién resiste después de mediodía y un condumio de tortuga la tentación de aquellos livianos chinchorros de moriche que se fabrican en Caicara?

Durante el breve pero excitante viaje, los doctores Iturbe e Izquierdo y los generales Velázquez y Arévalo Cedeño fueron para mí enciclopedias vivas y distintas de temas llaneros y guyaneses. Pasábamos de las maravillas y misterios del paisaje al

folklore y las costumbres y a una historia contemporánea de días de guerra civil, de violencias y aventuras militares y económicas. Fueron momentos inolvidables en que uno se lamentaba de no tener a mano una máquina grabadora para recoger el gusto y la anécdota de tantas conversaciones impregnadas de inconfundible venezolanidad.

Y ahora mi horizonte y visión del Orinoco se ensancha singularmente en el vasto libro de medio millar de páginas que le dedica mi amigo colombiano el doctor Rafael Gómez Picón, que acabo de leer en su versión manuscrita y que será al publicarse una de las obras más comentadas del año. Estamos, además, en un año de jubileo orinoquense en que nuestro gran río —explorados ya sus misteriosos orígenes— se ha puesto muy de moda en todos los círculos científicos y económicos del mundo. Vuelve a ser otro Dorado. Ya no con aquellas cúpulas de oro y pórvido que colocó en sus Manos imaginarias la fértil imaginación de Sir Walter Raleigh, sino con montañas de hierro y recursos hidroeléctricos capaces de transformar a Venezuela entera en una inmensa usina.

El autor de este libro es uno de los más obstinados y entusiastas coleccionistas de ríos que me ha sido dado conocer. Se mezclan en su curiosidad fluvial la pasión del explorador y del erudito. Su excelente obra *Magdalena, río de Colombia* es, a pocos años de publicada, obra ya clásica en la literatura geográfica del hermano país. Y el método de este caminante, con botas de muchas leguas, que acaso por haber nacido en la serranía de Ocaña —nudo genitor de ríos— sintió la tentación de seguirles valle abajo, describiendo paisajes, climas, tipos y actividades humanas, es completar la visión directa con el más escrupuloso material documental. Después de la inmersión acuática viene la dilatada inmersión erudita, en cuanto librote o papel viejo quedó la huella de exploradores, geógrafos, economistas y antropólogos. El río no es para él tan sólo un hecho geográfico, sino una historia de afanes, búsquedas, esperanzas o desengaños de todo un pueblo. ¡Cuánta frustración, riqueza aleatoria, cambios de aventura o trabajo puso el hombre venezolano en el espejo móvil, cargado

de tentaciones fabulosas de su gran río! Hubo la época del oro, del caucho, del balatá, de la sarrapia, de las plumas de garza, de los diamantes. Estamos en la del hierro, la bauxita, la electricidad. En sus aguas turbulentas, que a través de selvas y raudales parecían conducir a un paisaje de la primera edad del mundo, se buscó el secreto de una fortuna rápida, captada al azar, la violencia y el despojo. Hasta muy avanzado este siglo, nuestra gran zona selvática y fluvial del sur continuó siendo campo de la más áspera piratería. El Orinoco, también, vino turbio y arremolinado como algunas terribles horas de la historia venezolana. En su mundo de *Canaima* pareciera pactar y entenderse el sistema de Juan Vicente Gómez y el de Tomás Funes. Aún en días muy recientes se entregaba a cualquier favorito del gobierno el dominio del “Territorio Amazonas”, como se podía ceder en la alta Edad Media el uso y el abuso de una baronía feudal. Se le dejaba derecho a explotar *ad libitum* la selva y a los indios. Un relato como el que hace Blanco-Fombona de sus días orinoquenses, en el libro *Camino de imperfección*, parece, por la violencia y arbitrariedad de los sistemas descritos, un testimonio del feudalismo europeo de hace mil años. A tan apartadas regiones sólo llegaba la fuerza del Estado en forma de atropello, robo, conscripción. Guayana sufrió como ninguna otra comarca venezolana —acaso por ser la más vasta, la más despoblada y la que guarda también mayor esperanza— el continuo impacto de estupidez, imprevisión e iniquidad que caracterizó tantas horas venezolanas. Sus gobernadores fueron a veces los más perversos descendientes de los encomenderos. ¡Cómo se había olvidado el ejemplo paternal y enciclopedista de un Manuel Centurión!

Y cómo la gran promesa que constituye para los venezolanos el mundo orinoquense impone un trabajo más pacífico y planificado que el de las aleatorias aventuras económicas de ayer, es la mejor moraleja que puede aprenderse en el libro útilísimo de Gómez Picón. Ha hecho muy bien en titularlo *Orinoco, río de libertad*, porque si de sus aguas resonantes, frente a Angostura, partió la gran peripecia libertaria americana de Bolívar, que sólo se detendría en las cumbres del Alto Perú, también de esa zona privilegiada

podría partir la independencia económica de Venezuela. De río de bosques y mitos el Orinoco puede trocarse, con su hierro y sus recursos eléctricos, en un futuro río de usinas. Las grandes aguas realengas ya están pidiendo ser arremansadas. El Orinoco, que hasta ahora casi no condujo a ninguna parte, inmenso potro bravío sobre la soledad meridional de Venezuela, nos está señalando las rutas de una economía transformadora. ¿Habrá venezolanos capaces de dirigir, desarrollar y defender para las generaciones que vienen tan espléndido patrimonio? El porvenir de Guayana no nos lo asegura la aparente prodigalidad de ninguna compañía inversionista, sino nuestro propio, enérgico y venezolanísimo designio de crecer, de planear y de progresar. Ningún Santa Claus forastero, de roja nariz y escarcela llena de acciones, dólares y secretos técnicos, hará lo que no puedan hacer los venezolanos mismos. Cuando tanto capital usuario no se empoce en los bancos porque esté obligado a circular; cuando nuestras universidades formen bastantes peritos para el nuevo trabajo tecnológico, no nos quedaremos esperando — como ahora — esa nueva visita de los reyes magos que descendían de un avión.

Y debo agradecerle a este pariente trasandino mío — de los que en el siglo XVIII se quedaron en la línea del Virreinato —, a tan fino experto y examinador de ríos como el doctor Gómez Picón, este cúmulo de noticias, este animado historial y proceso del Orinoco que puso tan amablemente en días pasados sobre mi escritorio. Andando en curiara y compartiendo el casabe en la más íngtima soledad de Venezuela con los indios piaroas, él ha estudiado y se ha solazado o conmovido ante el paisaje nuestro, como el más valeroso y tenaz de los venezolanos. Hay en su libro un como gusto de selva, riesgo y aire libre que parece ejemplar para tantos escritores poltrones. ¡Y cómo venezolanamente me avergüenzo de mi mínima y compendiada sabiduría orinoquense ante la magnitud de la suya!

CARACAS EN CUATRO TIEMPOS

*Litografía del Septenio**

Los sauces son los últimos húsares empenachados, de volti-jeante copete, que custodian el valle por el límite sur. El poeta ha de hablar de la “blanca torre, [las] azules lomas”. El Guaire todavía trae agua y nutre las más apacibles huertas. En sus herbazales —según la litografía de Lessmann— pastan burros, caballos y vacas de ordeño. También por su lindero sur y oriental la pequeña urbe termina en tejares y trapiches; huele a greda y a melaza. El Anauco mereció los honores de llamarse río y en sus frescas riberas puso a vagar don Fermín Toro a las últimas ninfas afligidas del romanticismo. El Ávila, casi aplastando las casas de adobe y el románico de tosca albañilería de las iglesias, era el gran pecho robusto de la ciudad, su mayor proveedor de crepúsculos, color y granito; su vieja muralla contra el mar y las costumbres demasiado audaces. Quedaban todavía, cubiertos de dura vegetación de ñaragatos, los últimos conventos y las últimas casonas agrietadas por el terremoto, la guerra a muerte, setenta años de derroche vital y de desorden. De aquí saltó de sus chinchorros, o de los labrados lechos coloniales, la raza nervuda y febril de los libertadores. Quedaban las ruinas del convento de las Concepciones y de San Felipe Neri; la portadilla barroca, tratada con gracia y prolijidad de retablo, de la iglesia de San Francisco; las arcadas de la Plaza

* Apareció por primera vez en el diario *El Nacional*, Caracas, 14 de mayo de 1953. Este volumen sigue la versión recogida en *Comprensión de Venezuela* (1955), *op. cit.*, pp. 289-300.

Mayor donde se puso precio a la cabeza de Miranda y se proclamó también el 19 de abril. Había una laguna —en esta ciudad que después será tan sedienta— llamada del “Espino”, que en los días de Guzmán será surcada por muy parisienses botecitos, en los que aprenden a remar, cuidados por el ayo tuyero y por la sirvienta martiniqueña, los chicos de la más escogida “crema”. Con sombrero de paja, largo corbatón y pantalones bombachos jugarán también al aro y conocerán las primeras y horribles bicicletas de 1875. Por la calle de Mercaderes, bajo la muestra de los relojeros suizos, transitan doctores y generales de levita, sombrero de copa lujoso, bastón de monograma y negra barba envaselinada, que apenas se defienden de la canícula con sus pantalones de dril blanco. Las mujeres van apresadas en sus altos corsés, en las campanudas faldas donde flotan las cintas y los encajes, y parecen bellas, extrañas y a veces cómicas aves tropicales. Según la edad, esbeltez, forma del sombrero y del peinado, semejan desde la gallina doméstica hasta el paujíl, el Tucán, la reinita y el tucuso azul. Sobre el busto envarillado, donde el seno va a estallar, junto al antepecho de terciopelo como bomba anarquista, cuelga el áureo dije con el retratillo del bigotudo galán que se fue a la guerra civil. Los nombres de las batallas parecen también nombres de vals; se llaman, por ejemplo, Río Tocuyo o Flor amarilla.

Los poetas —rizadas melenas y barbas que oscilan entre el romanticismo y la gramática neoclásica— a veces se reúnen a conversar y abren sus parasoles en la esquina del Museo en que Guzmán Blanco ordenó reunir “herbarios y conchas marinas, objetos raros, petrificaciones y concreciones, caprichos de la naturaleza, producciones de climas extraños y de los nuestros”. Alguna vez se abre un concurso óptimamente pagado sobre las “glorias del Ilustre Americano”, un paralelo histórico entre “Bolívar y Guzmán” o una oda “al poder de la idea”. Don Felipe Tejera —como nuevo Ercilla— está componiendo sus epopeyas interminables: *La Colombiada* y *La Boliviada*, y del bolsillo de los hermanos Calcaño —nido de ruisseños— salen discursos académicos, epitalamios, traducciones y cuentos exóticos que ocurren en las ciudades italianas del

Renacimiento, en Estambul o en Venecia. De tiempo en tiempo llega de Maracaibo, con sus historias marinas, el trágico relato de la tripulación que se enfermó de cólera y el gran chubasco en que comenzó a componer su *Balada de Santa Rosa*, el bondadoso y hermoso gigante que se llama José Ramón Yepes. Dejó en el álbum de una caraqueña su aplaudida canción de *La ramilletera*:

*Ramilletera de estos alcores,
siempre vendiendo, llenos de cintas,
de cintas verdes, ramos de flores...*

El mayor foro popular es el Mercado, junto a los soportales coloniales que se demolerán para construir la Plaza Bolívar. Allí, una Caracas semirural de criadas y vendedoras de pañolón o floreados pañuelos de la India; de borriquillos que traen las flores de Galipán; de yerberos prodigiosos, de santeros que venden con las oraciones canónicas la del Justo Juez, la de Santa Marta y la del Ánima Sola; de ollas de chicha y carato, de mondongo y adobo, de todos aquellos especiados y fragantes productos de la zona tórrida, en cuya enumeración se entretiene el lápiz costumbrista de Bolet Peraza en un cuadro de aquellos días.

Pero ya había venido sobre su blanco caballo pasitrotero, con brío y jactancia de Santiago Apóstol, el General Guzmán Blanco, a modificar tan añejas costumbres. Quien se sentía el hombre más civilizado de Venezuela necesitaba, como nuevo Augusto o nuevo Pedro el Grande, no sólo pacificar, sino también refinar a los venezolanos. Desde el progreso material hasta el arte de combinar los vinos o iniciar una contradanza que se parezca a las de las Tullerías, quiere enseñar tan altanero pedagogo. ¿No era tan infalible que quiso sostener ante los académicos de la Lengua que el verso castellano se medía por pies, como los hexámetros griegos? Y la bella Doña Ana Teresa será la emperatriz Eugenia de este Napoleón III, más hábil y buen mozo, que nos había nacido en el trópico. En las *Glorias de Guzmán Blanco* se había publicado, en

varias lenguas, su biografía; sabíamos en alemán que “*Antonio wurde am 28 Februar in Caracas der Hauptstadt der Republik Venezuela geboren*”; en francés, que “*il mit un terme à la guerre civile de la Fédération*”; en italiano, que “*Venezuela a lui deve la restaurazione del suo crédito interno ed estenio, l’istruzione, l’immigrazione e tutto il suo ingrandimento morale e materiale che le da oggi la fisionomía di vera nazione civilizzata*”. Y los venezolanos debíamos obedecer, sin crítica, cuanto quisiera imponernos, porque, según un frenólogo de Nueva York, que se acercó a medirle y definirle el cráneo, era “hombre de naturaleza excepcional, de constitución activa y excitable, que casi no soportaba que se le contradijera”.

Ahí está ahora —como antes se impuso a los hispídos y barbudos caudillos de la Sierra de Carabobo y jugó dados con el lúgubre Agachado y no le temió a la ferocidad del “chingo” Olivo y arrojó su tremenda justicia de Padre Eterno sobre el irredimible Salazar— dirigiendo los artífices y obreros que levantarán, alternativamente, el templo masónico y la iglesia de Santa Teresa, las escalinatas y glorietas románicas del Calvario y el muy romano peristilo y cúpula del “Teatro Municipal”. Que haya salido sobre su caballo peruano, seguido del fiel guardaespaldas, a quien apodan Tomás mariposo, por las calles de Caracas es indicio de que todos deben trabajar. Es gran maestro y gran pontífice. Discutirá los planes de un edificio con Roberto García y Juan Hurtado Manrique y la calidad de la mezcla con los albañiles. Con una especie de irritado complejo filial, su padre, el viejo Guzmán, que se había preparado para ser el supremo dispensador del liberalismo vernáculo, ha de calmarse escribiendo sus prolíficos *Datos históricos suramericanos*, cambiándose cada semana sus pelucas y enviando cartas fastidiosas a *La Opinión Nacional*, para consolarse de ese poder que le quitó el hijo altanero. Como es época de énfasis y adjetivos, el cachorro hecho león lo contenta con un pomposo título de “ilustre prócer de la independencia suramericana”, que él debe contestarle con otro aún más extenso: “ilustre americano, regenerador y pacificador”. Y esta Caracas que ha de salir de los sueños de su cabeza y de la reminiscencia de sus viajes, parece un poco su propiedad

personal. Los templos gemelos de Santa Ana y Santa Teresa tienen el anagrama de su mujer, como si se tratara de la marca de un ajuar o de una vajilla doméstica. Y erige su prestigio, casi divino, sobre dos cosas contradictorias y complementarias: que se siente tan caudillo como un Venancio Pulgar y un León Colina, y a la vez tan refinado y cosmopolita como el más presuntuoso duque europeo.

Hay algo de progreso de tarjeta postal, de civilización traída por la “linterna mágica”, en esa Caracas que desde el adobe aborigen pretende ascender hasta el afiligranado gótico de relojería de la portada de la Universidad o el neoclásico partenón del Palacio Legislativo. Hay carencia de sentido histórico en sustituir aquel gracioso retablo de imaginería barroca a la española que servía de frontis a San Francisco por otro más liso y geométrico donde los santos policromados se cambian por los de la helada marmolería industrial francesa. Su bizarro gusto de la pompa y de la apariencia no le permitió nunca adentrarse en el meollo de las cosas. Y cuando sea más dictador ha de imponernos una “Constitución suiza”, como si fuésemos un país de pastores alpinos, ministros calvinistas y relojeros. Que todos se entretengan con sus graciosas invenciones; que los cuerpos de la nación se disfracen y desfilen como en una escena de corte en sus actos oficiales de gran parada; que mientras él esté en el país tenga la cuerda de Venezuela en el bolsillo.

Y quien contempla en las bonitas láminas del libro de Miguel Tejera, *Venezuela pintoresca e ilustrada* (1876-1877), aquel pequeño foro cívico de la Caracas guzmancista que conduce desde la Ceiba de San Francisco hasta la calle de Mercaderes, encuentra una deleitosa superposición arquitectónica. Allí hay pedacitos minúsculos y traducidos al estuco —ya que el presupuesto del país no alcanzaba para mármoles— de París y de Londres. Y la gran estatua del Saludante, mirando a la vez al Templo de las Leyes, puede evocar también al Marco Aurelio ecuestre de la romanísima plaza del *Campidoglio*. Pero en un país donde la violencia, la guerra, el ímpetu destructivo de la vida trataba a la naturaleza como a una madrastra, Guzmán Blanco vuelve a ser el primer protector

saludable del agua y los árboles. Quizá su mayor proeza civilizadora —además de la Ley de Instrucción Primaria— fue convertir aquel lúgubre erial del Calvario, donde en los días de la Guerra a Muerte se fusilaron, alternativamente, realistas y patriotas, en la colina hecha jardín que es todavía —para quienes saben verlo— el más bello rincón de Caracas. Culpa de los caraqueños actuales y de una edilicia insensibilidad estética es haber casi tapiado, con bloques de cemento, el acceso a esa florida terraza de la ciudad que podría ser nuestro *Pincio* o nuestro *Piazzale Michelangelo*. Subía en coche el Ilustre Americano a mostrar su ciudad a visitantes como el príncipe Enrique de Prusia, con el orgullo de un sultán que hace desplegar su gran tapiz de Samarcanda. En las tardes de domingo una Caracas ingenua se congregaba junto al pequeño zoológico. El sabio doctor Ernst había bautizado los animales y los árboles; clasificó todo el delicado jardincillo de hierbas de olor. Pasaban las gentes de la vivaracha sociedad de los monitos “tití” a las grandes pruebas trapevistas de la “marimonda” y a la exhibición de modas y colores del paují de copete, de la “tigana”, que parece diva de ópera, y a las menudas joyas del colibrí “topacio” y del “garganta rosa”. Los más irónicos comparaban al viejo Guzmán, por la barba rojiza, indefiniblemente enmonada a fuerza de tinturas y tricóferos, con el araguato anciano, que ya sólo aúlla. E invirtiendo el refrán venezolano, los últimos godos que reservaban un sitio en el infierno a Don Antonio Leocadio decían que, bajo el guzmanismo, hijo no carga a su padre.

Esa es la Caracas de Guzmán Blanco, que a ochenta años de distancia asoma sus últimos capiteles corintios, sus hierros forjados a la francesa, sus cornisas de estuco y sus mascarones de ópera, dentro del polvo de las demoliciones. Nuestros nuevos modelos de vivir ya no se buscan en Roma y en París, sino en Houston, Texas. Al arquitecto individual al que el Dictador daba sus órdenes como Pericles a Fidias y Guzmán Blanco a Roberto García, lo sustituye el anonimato capitalista de la empresa constructora. Contra esos pequeños dijes afiligranados de la época de Guzmán se levantan unos edificios enormes, de estilo impersonal, semejantes a grandes

acordeones de cemento, que dentro de ochenta años, acaso, nos parezcan mucho más feos que los que estamos demoliendo. Pisamos la Pompeya de una época, y de la muralla que se derriba aparece, como en un escenario existencialista, la gárgola de una canal haciéndonos muecas o el paisaje deleitosamente cursi de un papel de tapicería. Se entierra con sus álbumes de retratos, sus muebles muy decorados, sus espejos, sus pesados relojes y sus alabastros, los últimos vestigios del siglo XIX. En el Capitolio de Caracas aún se yerguen, como ironía o esperanza que nos legara Guzmán Blanco, dos blancas estatuas de la Ley y de la Justicia, con todo su profuso alegorismo decimonónico. Son cariátides que, simbólicamente, parecen sostener el edificio de la República. Y entre tantos azares y violencias de nuestro proceso histórico, no sabemos si aún se conservan vírgenes o han sido sucesivamente blanqueadas. Sobre el gran tazón de agua, junto a los árboles del patio, aún revolotean aquellas palomas de Caracas —las del viejo poema de Pérez Bonalde—, las que pueden siempre volar sobre la miseria de las cosas, las que ignoran los crueles cambios de la Historia.

II 1920*

Podría compararse la Caracas de los años 20 con aquellas ciudades italianas de las novelas de Stendhal que se detuvieron con su tirano sombrío, sus medievales mazmorras y sus bellas y apasionadas mujeres, capaces de inspirar las aventuras de Fabrizio del Dongo en el umbral de la vida moderna. O ésta llegaba en el equipaje de un viajero que traía una que otra noticia del tumultuoso mundo, en los planes de un conspirador romántico, o el explosivo libro que colmaba de ideas de libertad insatisfecha el espíritu insomne de los adolescentes. Por una parte, la vida era hermosa —porque nos acercábamos a los veinte años y los instintos y los

* Apareció por primera vez en *Comprensión de Venezuela* (1955), *op. cit.*, pp. 300-311.

sueños despiertan pronto en la demasiada luz del trópico—; por otra, la muerte también parecía acosarnos en el peligro, la persecución y el holocausto de que fueron víctimas muchos de los venezolanos de entonces.

Enclaustrada —como todo el país— en la censura y el silencio oficial del sistema gomecista, apenas llegaban a Caracas los pálidos o recortados reflejos de la cultura foránea; llegaban compañías de ópera, opereta y zarzuela, dramas de María Guerrero; tonadilleras españolas, como Paquita Escribano y Resurrección Quijano; toreros, como El Gallo, que se anotaron tardes espléndidas y pávidas “espantadas” en el Nuevo Circo, o poetas recitadores al estilo de Villaespesa, quien logró estrenar en el Municipal un ripioso drama sobre Bolívar en el que centelleaban a veces las más melódicas luciérnagas o lentejuelas poéticas. Además de las escenas de retrasado medievalismo que acontecían en la Corte del Tirano, en los lóbregos presidios, en el consultorio del famoso brujo Negrín, que por aquellos días —y contra las protestas de la Facultad de Medicina— tuvo fama de gran taumaturgo y sacaba del estómago de sus pacientes culebras de dos cabezas, había otras como las que presencié a las puertas de la Casa Amarilla en los días de la rumbosa visita del príncipe Fernando de Baviera y Borbón, tío del rey de España.

Las fiestas a aquel personaje alcanzaron fausto y prodigalidad inverosímiles. Se instaló su alteza en un caserón de la Plaza España (donde ahora funciona un comedor popular), y el protocolo, dirigido entonces por el anciano y muy formalista señor Nicolás Veloz Goiticoa, que usaba en toda ceremonia tricornio, uniforme galonado y espadín diplomático, a más de sus rubios, grandes y germánicos mostachos de entorchada voluta, tuvo el singular esmero de rodearle de todas las ceremonias y rituales que exigiría la más quisquillosa Corte habsburguesa. Mozos de sociedad le servían de edecanes y hasta le acompañaban —cuando el propio príncipe se aburría de tanto estiramiento— a algunas juergas nocturnas en que su alteza escanciaba, ya sin protocolo y libre de la mirada del señor Veloz, botellas de brandy sazonadas de

alegre y muy libérrima compañía femenina. Tocaba al austero doctor Román Cárdenas, ministro de Hacienda, ordenar el pago de cuanto comió y escanció por cuenta del Gobierno tan blasonado huésped. Por más de una semana, con desfiles militares, discursos, bailes, procesiones cívicas, tés y *garden parties*, Caracas vivió en el más tropical delirio monárquico. Poetas y oradores chirles cepillaban las consabidas frases de ropavejería histórica sobre Colón, los Reyes Católicos y el Imperio en que no se ocultaba el sol. Como si este príncipe se llamara Cervantes, los caballeros de la Academia de la Lengua —siempre tan reaccionarios— comparecían con sus sufridas levitas de los días de Crespo y de Castro a ofrecerle sus parabienes. Don Fernando recibía los saludos y venias de la sociedad caraqueña en una especie de salón archiducal, recién vestido de espejos, alfombras, arañas y cortinajes de damasco. Mi curiosidad adolescente me empujó una tarde hacia allá, y entre terciopelos carmesíes, lámparas, tapices y consolas, veo avanzar con paso de grandes duques las floridas barbas e irreprochable elegancia del doctor Guillermo Tell Villegas Pulido y del General Manuel Antonio Matos. Metido en su uniforme, el emperifollado personaje real, de congestionado y acaso bien bebido rostro de zanahoria, extendía una mano de autómata. Fuera del estrado, donde corrían las graves presentaciones y donde el señor Veloz Goiticoa, con su emplumado tricornio bajo el brazo, a guisa de gallina muerta, anunciaba los nombres de los dignatarios: el Procurador General de la Nación, el Presidente del Consejo de la Orden del Libertador, la Corte Federal y de Casación, el Arzobispo de Caracas, había con bellos sombreros de flores y *aigrettes* y volanderas cintas, con perfiles de medalla clásica, chapines diminutamente chinescos y coquetos abanicos (porque en aquel año hubo una resurrección de abanicos), la más florida cosecha de mujeres caraqueñas. Pregunté sus apellidos (era un muchacho provinciano todavía extraviado en Caracas) y me dijeron que se llamaban Atunas y Parras, Toledos y Pulidos, De Las Casas y Salicrup, Tellos, Olavarrías, Jiménez y Jahn, Blancos y Herreras y otros nombres que ya me habían parecido de hadas y diosas en las tricromías de las revistas ilustradas.

A mi provincial timidez ellas asemejaban inalcanzables, y estaba lleno, como todos los muchachos de mi generación, de disparados ensueños y fantasías reprimidas.

Pero la escena medieval que iba a contar ocurría a las puertas de la Casa Amarilla después de un baile en honor del monárquico visitante. Los *chefs* del excelente restaurante *El Louvre* y aquellas tradicionales y honradas familias que durante generaciones enteras rellenaron y trufaron pavos y alcanzaron el punto justo y más difícil de los almíbares y las salsas, habían enviado sus azafates opíparos, sus montañas de viandas y postres al sarao y banquete del Ministerio de Relaciones Exteriores. Después de una noche espléndida de música, embriaguez y voluptuosidad, salían al amanecer con botellas de *whisky* y *champagne* escondidas en los sobretodos algunos jóvenes aprovechadores y hasta cierta honorabilísima y anciana señora que tenía fama de ser un Atila de los *buffets*. Con esa luz del día siguiente ya comenzaba a amontonarse a las puertas del Ministerio una ávida multitud proletaria a quien los chambelanes del Palacio obsequiaban las sobras. Y como pobres perros hambrientos alargaban sus pedazos de periódico para recibir restos de perril o revueltas migas de pavo relleno y ensalada de gallina. Es aquella escena, entre todas, la que me fija el dramático sentido feudal de la vida caraqueña de entonces. Porque con igual grosería ¿no lanzarían a su plebe —acumulada junto a las murallas del castillo— los residuos de su derroche los más broncos barones del Medioevo?

El ejemplo es bastante significativo de la escasa conciencia social reinante en la Venezuela de aquellos días. Tampoco nuestra cultura penetraba más allá de aquellos territorios retóricos —muy al estilo del siglo XIX— y de algo de modernismo artístico que nos llegara en los libros de Darío, Rodó, Azorín, Valle-Inclán, Díaz Rodríguez, Blanco-Fombona. La filosofía oficiosa más audaz se había quedado en el positivismo. Se llamaba hombre muy culto a quien podía poseer en su biblioteca los veinte y más volúmenes de la *Historia Universal* de Oncken. En materia artística, el suceso más extraordinario de aquellos días fue una exposición del viejo

y excelente maestro impresionista Emilio Boggio, resucitado que volvía a su tierra natal desde los círculos de Manet y de Monet de los años 80. De las grandes cuestiones suscitadas en el mundo alrededor del problemático 1920: victoria de la Revolución rusa, inquietud socialista en todas partes, primeros síntomas de fascismo, lucha por el derecho obrero, Sociedad de las Naciones, movimiento de reforma universitaria en casi toda Hispanoamérica, cambios sociales y políticos de magnitud considerable en México, Chile, Argentina, sólo sabíamos lo que podía filtrarse en una que otra revista salvada de la censura del Correo. En nuestra generación, demasiado inclinada entonces a la literatura (tiempo de aplaudidos recitales en el Teatro Capitol de los poetas de moda: Andrés Eloy Blanco, Luis Enrique Mármol, Fernando Paz Castillo, Jacinto Fombona Pachano, Gonzalo Carnevali, Rodolfo Moleiro, etc., que los jóvenes recién venidos escuchábamos con entusiasmo de neófitos), en nuestra generación sólo un hombre que nos llevaba pocos años, y a quien yo encontré en el grupo más activo de estudiantes de Derecho, tenía auténtica inquietud y curiosidad por los problemas internacionales. Fue Adriani, que ya leía varios idiomas, preparando su aprendizaje de estadista, a quien primero le escuché hablar de la crisis del positivismo del siglo XIX, del auge del bergsonismo, del alcance mundial de la Revolución Rusa, de las teorías económicas y sociales de Walter Rathenau, del instrumentalismo filosófico norteamericano, del psicoanálisis y de cuantas ideas explosivas afluía la época. Los grandes escritores venezolanos que nosotros admirábamos desde la provincia (Gil Fortoul, Díaz Rodríguez, Pedro Emilio Coll, Blanco-Fombona) no estaban en aquellos años en Caracas, y a falta de ellos recibíamos el consejo de los representantes de las generaciones siguientes. La cultura clásica y aquella pasión que hoy llamaríamos “existencial” de José Antonio Ramos Sucre; el esteticismo cosmopolita y postmodernista de Ramón Hurtado; el claro don de análisis de Eduardo Arroyo Lameda; la estimulante cordialidad y curiosidad de Luis Correa; la erudición de toda rareza de Leopoldo Landaeeta; el vigor, a veces implacable, de Julio Planchart; el silencio

poblado de intuición mágica de Rómulo Gallegos, orientaban un poco, y muy contradictoriamente, nuestra juventud. En otro plano, también de convivio deleitoso, nos acercábamos a escuchar en la Cervecería de la Torre, o en amables turnos de ostras y vinos españoles en *La Glacière*, las brillantes y humorísticas paradojas de don José Austria, el mejor conversador venezolano que jamás escuchara; las anécdotas peraltadas de suntuoso estilo oratorio de don Eloy G. González y aquella vieja sabiduría de radicalismo extremo, bebida contradictoriamente en Lucrecio y Spinoza, en Rousseau y en Darwin, del doctor Lisandro Alvarado.

También parecía Caracas una ciudad “stendhaliana” en su gusto por las personalidades bizarras y la buena conversación. Los modelos entonces vigentes de la sociedad criolla eran todavía franceses y españoles, lo que quiere decir que la villa tenía menos prisa y más gracia. La gran plutocracia, consolidada y desarrollada después, no erigía entre las gentes tan agresivas y cuantiosas barreras de fortuna. Las retretas dominicales de la Plaza Bolívar, dirigidas como por un viejo almirante por el maestro Pedro Elías Gutiérrez, congregaban encantadores grupos de muchachas y nos hacían comparecer a los mozos, en trance de la primera conquista romántica, con solemnes paltolevitas, chalecos de fantasía y extravagantes bastones. Era fácil que nos presentaran en la plaza a las chicas que nos embelesaron y que una luminosa mañana de domingo, poblada de esperanzas y fantasías sentimentales, concluyera amablemente en la pastelería La India, en juvenil obsequio de helados y vasitos de *vermouth*. Si teníamos éxito en esos primeros asedios, mediaban invitaciones a las muchachas para una función de cine en el Rialto o en el Capitol, que ellas sabían corresponder con otras a sus casas, donde al son de la vitrola se improvisaban ingenuos bailecitos de *one’ step* o *foxtrot*. La generación de la primera postguerra ya sustituía el vals y la mazurca de nuestros padres por las danzas sincopadas al modo norteamericano. Tenían también suma audiencia los pasodobles y chotis españoles, con sus letras trágicas y ardorosas:

*Pisa morena, pisa con garbo,
que un relicario te voy a hacer...*

O esa otra, cursilísima, de Rojo como un puñal:

*Rojo como un puñal ensangrentado,
como el color de la española enseña,
como la boca húmeda que sueña
besar un corazón enamorado.*

En ese dualismo de amor romántico, de palabras que no se atrevían a nombrar el cuerpo y la carne y de instintos reprimidos para merecer, a fuerza de idealidad, la belleza absoluta, los versos y la música de ciertos pasodobles pasaban como cálido y encesgador *simún*:

*Sevillano clavel, rojo como el deseo,
cuando tocas mi piel, abrasada me veo...*

Algo de los anhelos, represiones y frustraciones de la Venezuela de aquellos días se refleja en dos libros, quizá las más significativas obras de ficción publicadas en el país entre 1920 y 1924: *El último Solar*, de Rómulo Gallegos, e *Ifigenia: Diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba*, de Teresa de la Parra. La primera es una etopeya de las generaciones que nos precedieron, de su impotente lucha contra la barbarie y la violencia nacional y, al mismo tiempo, de la vaga irrealidad, poblada de impulsos contradictorios, con que las más finas e inquietas minorías se habían situado ante la angustia del país. En el Reinaldo Solar de Gallegos chocan sin armonizarse las más varias corrientes que configuraban la época: por una parte, el personaje ejemplariza el refinado y contemplativo crepúsculo de una estirpe; es el último romántico envuelto en indefinible angustia cósmica; pasa del nihilismo al explosivo e inconstante entusiasmo, parece simultáneamente conservador y reformador; reuniría en doble naturaleza el superhombre de Nietzsche y el humilde y religioso mujik tolstoyano. Cuando

se quiere liberar por medio del arte, lo acecha la sensualidad más neurótica, y junto a la pasión amorosa y la contemplación artística, está añorando el tumulto y frenesí de la acción autónoma. Cuando se precipita en ella y se sume en la violencia para superarla y busca en la guerra civil —a la vieja manera criolla— un como testimonio de virilidad plena, el choque es tan desgarrador que ya desea más la muerte que la victoria. Acaso sin que Gallegos —como todos los creadores de símbolos— pudiera advertirlo, en la novela llegaban a su clímax y final conflicto sin salida las fórmulas individualistas de una época que estaba cambiando. Desde otra perspectiva, el libro de Teresa de la Parra, más allá de la engañosa e insinuante frivolidad, plantea asimismo la crisis de una aristarquía social y de sus convenciones y represiones morales. La obra, que comienza como graciosa murmuración de muchacha inteligente y deleitable cuadro costumbrista de las grandezas y pequeñeces del “cogollo” social caraqueño, nos va precipitando desde el corazón de la protagonista a la tragedia desolada de las últimas páginas. También esta Ifigenia —como la otra— será sacrificada a los torpes ídolos de la tribu, a los prejuicios de un mundo de formas demasiado arcaicas. La historia empezó con risas y termina en desvelos y lágrimas. Y desde aquella alba trágica del último capítulo, en que las cosas parecen ofrecerse a la protagonista insomne con la más despiadada claridad, desnudamente crueles, parece que ella advierte en la conciencia y el dolor de su destrucción los collados de otra tierra prometida más comprensiva y humana.

Íbamos a salir los que éramos muchachos en aquel dilemático año de 1920 a la conquista de nuevos mundos morales y sociales. Nuestro atrasado romanticismo juvenil sufriría la prueba y expiación de una época que se tornó terriblemente tormentosa, en que los conceptos y fundamentos de la vieja cultura debieron modificarse ante la eruptiva emergencia de otras realidades. Aquí estamos todavía con las huellas y el dolor del impacto. Sufrimos, como toda generación bruscamente solevantada por la Historia, horas de naufragio y horas de esperanza. Si no logramos aquella isla de Utopía hacia donde pusieron proa nuestros sueños, algo hay

de nosotros, de nuestras meditaciones, creencias y consignas en lo que está discutiendo la época.

III **1945***

Aún quedan en la Caracas de 1945 algunos caraqueños ingeniosos y bien educados: don Pedro Emilio Coll, el Dr. Santiago Key Ayala, Eduardo Michelena, caraqueñísimo gerente de nuestra “Lotería de Beneficencia”, que escriben y hablan un castigado e incisivo idioma y sienten horror físico y moral cuando leen en un periódico venezolano de estos días frases como la siguiente: “La culturización masiva del conglomerado promete ser exitosa.” El área geográfica de estos caraqueños, últimos depositarios del estilo, se extendía en dirección oeste-este, desde el guzmancista Paseo del Calvario, con sus ninfas y estatuas de bronce a la moda de 1870 y su romántico jardín criollo, hasta el Parque de la Misericordia, deteniéndose —es claro— en sitios tan característicos como la Ceiba de San Francisco, el patio de la Academia de la Historia, la esquina de Las Gradillas, la Plaza Bolívar con los viejos guerrilleros que cuentan anécdotas de la revolución de 1903, del “Mocho” y del “Caribe Vidal”, y la antigua Cervecería de la Torre, que hasta 1925 ofrecía a los trasnochadores unas deliciosas tostadas de queso amarillo y un casi sólido chocolate español. Todavía en 1936, Luis Correa era un insuperable cicerone de Caracas. Luis representaba como pocos caraqueños esa curiosa mezcla de costumbres francesas y españolas que se superpuso al misterio y azar de nuestra vida criolla y marcó el tono social de la pequeña metrópoli entre los últimos años del siglo XIX y los primeros cinco lustros del presente: la Caracas de la época que puede llamarse, con una palabra antipática, “pre-petrolera”. Era la Caracas donde las mujeres se vestían con los modelos de la “Compañía Francesa” que parecían

* Apareció publicado por vez primera en la *Revista Americana*, n° 6, Bogotá, 1945, pp. 329-336.

reproducir las figuras de Toulouse-Lautrec y de Renoir, aunque el exceso de plumas, de cabellera y de punzones en el sombrero no estuviera de acuerdo con la circunstancia climática. Del Colegio de San José de Tarbes, donde aprendieron la angulosa caligrafía francesa, con sus letras enormes y un tanto afectadas, las muchachas de la buena sociedad o de la clase media pudiente salían para casarse con tanta ostentación que durante una semana la crónica social de los periódicos publicaba la heteróclita lista de los regalos. Estos comprendían desde los más caros aderezos de la casa Gathman hasta unas horribles estatuillas de terracota italiana con escenas pastoriles, cazadores del Tirol o muy sonrosadas aldeanas del Lago de Como, de aquéllas que describió Manuel Díaz Rodríguez en sus *Sensaciones de viaje* (Caracas, 1895). El desecho de esa Caracas que se fue, las últimas formas retorcidas del 1900 se pueden observar todavía en algunas casas de San José o San Agustín o en “chiveras” como la del antioqueño Restrepo, quien con su cultura y formalidad colombiana ha actuado como un verdadero Proust del comercio: siempre a la busca del tiempo perdido.

El francesismo caraqueño de entonces predominaba en trajes y perfumes, en el exceso de *Champagne Clicquot* en los matrimonios y grados académicos, en la literatura de la generación de *El Cojo Ilustrado*, que escribió cuentos a lo Maupassant, “manchas de color” y “análisis de almas”. Prevalecía, además, en algunos restaurantes ya desaparecidos como *El Louvre*, cuyos menús organizaban de modo insuperable los últimos gourmets que he conocido: Luis Correa o el Dr. Francisco Izquierdo. Gustavo Manrique Pacanins, ahora Procurador General de la Nación y adepto, por mandato médico, al Agua de Vichy o al Evian, fue hasta hace pocos años un exigente anfitrión. Las nuevas generaciones —hay que decirlo— han perdido el sentido del gusto y hasta cometen el sacrilegio de beber whisky durante la comida. Pero aquel francesismo no chocaba, de ningún modo, con el españolismo más popular de viejos cafés, hoteles y botillerías como el difunto Barcelonés, el antiguo Hotel Continental, de grandes balcones gaditanos, cierto Hotel Familias, última *Thulé* de los cómicos y banderilleros sin contrata,

ni con el entusiasmo por las corridas de toros, las inmensas apo-
teosis tributadas a Belmonte y a El Gallo y la paciencia para escu-
char recitales de Villaespesa, de Eduardo Marquina o de Juan José
Llovet. Todavía en 1924, en alguna casa de la calle de Candelaria,
en medio de una reunión con música y canto, la señorita recita-
dora, que cultivaba como una orquídea su tuberculosis incipiente,
disparaba ante el pequeño público los versos aprendidos en la
“Academia de Declamación” de Fernández de Arcila:

*En tierra lejana
tengo yo una hermana
... ..*

O de manera más cálida:

*... Iba muerto de sed. Tu voz tenía
un trémulo frescor de agua corriente.*

Era tan grande la separación de los sexos (aunque el *fox* y el *one' step* representaron una verdadera revuelta moral frente al vals y la mazurca) que, a través de los versos, muchachas y muchachos en plena combustión afectiva se decían lo que hubieran preferido decirse en el más elemental y eterno lenguaje de las manos.

Mucha gente —y es la diferencia con los presentes días— estaba, entonces, como fuera de la circunstancia histórica. Apenas se podía afirmar que vivían. No era sólo el horror de la dictadura gomecista que impuso casi a cada familia el tributo de un preso político, sino la mezquindad y pobreza de una clase media —que aún no se atrevía a llamarse de este modo— y el silencio y abandono del pueblo. Las pensiones de estudiantes, por donde en 1922, 1923, los que teníamos veinte años entonces padecimos hambre e incomodidad, eran frecuentemente comandadas por señoras de muchas campanillas, aspirantes a conseguir una protección fija del Estado como descendientes de próceres o de los veinte mil generales que a través de las guerras civiles se sacrificaron por el

país, y mientras la patria las premiaba, parecían cobrarse un anticipo en nosotros. Se puede hacer una novela triste y barojiana de aquellas pensiones de estudiantes. Están en la novela todos los elementos: el culto del pasado con la anciana señora que de su preterido esplendor efímero conserva los zarcillos con que fue a un baile guzmancista cuando el Centenario del Libertador; la tragedia de los “punta de raza” que interpretaron en algunos cuentos Pocaterra y Urbaneja Achelpohl; la del estudiante cuyo romanticismo contradictorio quiere conciliar el platónico amor, a base de flores, versos y cartas y la “enfermedad de trascendencia social” de que está padeciendo, y la inesperada presencia en la casa de dos policías de “la secreta” que vinieron a buscar a uno de los jóvenes “porque se había expresado mal del Gobierno”. Y ya se sabía demasiado, en los días de Gómez, cuál era el itinerario de quienes no trataban al Gobierno con irreprochable cortesía.

*

Una Caracas plutocrática reemplazó ya, muy definidamente, hacia 1925, a la Caracas afrancesada y andaluza de los comienzos del siglo. La antigua economía agrario-pastoril era sustituida por la vertiginosa e imperialista economía del petróleo. Naturalmente que los grandes jefes petroleros de aquellos años, los ingenieros de Texas que vinieron a perforar nuestro subsuelo y los *advisers* políticos que toda compañía americana paga para entenderse con la mañosa gente criolla, visitaban al General Gómez y, en las concesiones que el Gobierno hacía a las empresas, se reservaban algunas *royalties* de privilegiados personajes del régimen. Así los últimos años de la dictadura constituyeron una invitación al enriquecimiento. Gente que ni siquiera se había capacitado para ser rica, saltando todas las etapas sociales y culturales, se veía de pronto con una ingente masa de millones. Si los venezolanos de 1900 bebían en las botillerías españolas de grandes espejos y mesas de mármol, o en los Clubs de la Concordia, la Alianza, la Unión, la Amistad y el Comercio que existían en las capitales de provincia

su cognac *Hennesey* o sus capitosos vinos andaluces, y tarareaban, cuando estaban borrachos, el dúo de “Los Paraguas” o la romanza del “Caballero de Gracia”, desde 1925 el *whisky and soda* sustituyó a los licores mediterráneos y una borrachera —cuando había norteamericanos— podía concluir con el idiota estribillo de una de las primeras películas habladas de entonces:

*If I had a talking picture
of you...*

Las tertulias familiares con vales románticos, sangría preparada en la casa y poemas de Andrés Mata, fueron reemplazadas por los *parties* a la yanqui, en los *Country Clubs*. La muchacha nadadora o tenista tuvo más validez social que la recitadora. Entre 1925 y 1936, Caracas edificó para el exclusivo disfrute de una plutocracia satisfecha algunos de los más bellos clubs campestres de la América del Sur: el *Country* con sus grandes avenidas de chaguaramos y mangos y el estupendo artesonado de su comedor; Los Palos Grandes con sus terrazas que se recuestan junto al Ávila y proyectan el mejor balcón para dominar todos los verdes del valle; el Club Florida con sus acacias rojas y su gran piscina de azulejos; el Club Paraíso. También —y como otra cara de la medalla— un infeccioso mal gusto, de gentes que necesitaban mostrar su dinero, se vertía en algunas quintas de las urbanizaciones, quintas de doscientos a trescientos mil bolívares. En Maracaibo, ciudad más afectada aun que Caracas por esta riqueza sin estilo ni raíces, el General Pérez Soto hacía erigir el complicado y costosísimo merengue, revestido de chocolate, fresa y zapote, de la “Basílica de la Chiquinquirá”. El pueblo venezolano asistía mudo y desengañado a esta bacanal de los ricos; apenas los domingos, en las pulperías del barrio de Catia, mientras raya su canción mexicana o su tango argentino la última victrola o una radio estrepitosa perifonea las carreras, consumían su “berrito” y su “caña” mala que daban a los hospitales una alta cuota de desnutridos, tuberculosos o cirróticos. Para la “consunción”, el “pasma”, la “bola de fuego en

el estómago”, el “quebranto de huesos” o “lombriz de cuatro cabezas”, el viejo brujo criollo ofrecía sus pócimas, sus parches, yerbas y bejucos. Y hasta el Dictador Gómez, que nunca perdió su alma de labriego supersticioso y sorprendido ante el mundo, consultaba al yerbatero Negrín. Desconfiado de todo —hasta de su policía—, había hecho traer de la montaña a una legión de mocetones sanos y analfabetos (a quienes se hacía creer que los “caraqueños” podían “madrugárselos”) para constituir la feroz banda de “chácharos”. En alguna oculta casa y por misterioso sistema de “células”, estudiantes y chicas con deseos de emancipación se reunían para discutir las bases del “materialismo dialéctico”. La censura intelectual la ejercitaban, a veces, en las librerías dos “chácharos” que alcanzaron a aprender el *Libro Segundo* y que tenían orden de incautarse de cuanto papel pareciera sospechoso. Pero se cuenta que una roja edición de *El Capital* de Marx pudo mostrarse impunemente, durante largo tiempo, en una librería porque su título parecía a los censores coincidente con el pensamiento del General Gómez. ¿No era el “Benemérito”, como decían los periódicos, “defensor del Capital y de los hombres de trabajo”?

*

Para reposar y seguir mirando sus prados, los grandes bueyes cebú traídos de la India, los camellos de dos jorobas que eran ornato de su jardín zoológico y escuchar de madrugada las coplas del ordeñador, el General Gómez había construido para sí y para los suyos que fueran muriendo una alta tumba en forma de minarete islámico, en la verde y jugosa campiña de Maracay. Allí duerme hasta ahora inalterable sueño, a partir de un trajinado mediodía de diciembre de 1935. Murió confortado de todos los auxilios humanos y divinos y hasta asistente al Solio Pontificio porque Su Santidad lo hizo Conde romano, Caballero en grado máximo de la Orden Piana, y lo emparentó con los Chigi y los Torlonia, los príncipes que desde hace siglos montan guardia junto al primer trono de la Cristiandad. Sin embargo, se parecía, más bien, a los califas

de *Las mil y una noches* en cuanto era profundamente desconfiado, hablaba en apólogos que se hacía necesario traducir al lenguaje lógico de Occidente y practicó casi por obligación ritual —porque era ascético más que voluptuoso— la más seria poligamia. Aunque parezca extraño, hay muchas gentes que todavía lo recuerdan y le rinden invisible culto porque, entre otras cosas, la Venezuela surgida después de 1935 les impone mayor esfuerzo mental. Por enero de 1936 los viejos parques de Caracas y hasta los dos circos taurinos (el Metropolitano y el Nuevo Circo) se convirtieron en foros ideológicos. Los emigrados que volvían de los más antípodas sitios del mundo, que vieron la Plaza Roja, los mítines parisienes del *Vel' d'hiver* o la huelga de los mineros asturianos, abrieron ante los ojos de la ávida multitud su caja de sorpresas políticas. Se arengaba y se discutía: había liberales, socialdemócratas, socialistas de la II Internacional, comunistas, trotskistas y aun numerosos inconformes que aspiraban a establecer su propia teoría sobre el Estado y la Sociedad. El lenguaje criollo que se estancara en la simpleza aldeana y la continua represión exigida por la Dictadura o en las formas ya convencionales de los “discursos de orden” y del pseudo-clasicismo académico, recibía un continuo aporte de barbarismos o de nuevas nomenclaturas para revestir las cosas. Surgieron palabras pedantes y difíciles como “culturización”, “conglomerado”, “estructuración social”. Una manifestación, como la que en febrero de 1936 fue a pedir al General López Contreras que “ampliara el radio de las libertades públicas” (para hablar en el lenguaje de aquellos días), se llamaba un “desfile masivo”. Pero, a través de las nuevas palabras, y aun contra el rechazo de los académicos, penetraba en la vida venezolana mayor emoción social y sentido de justicia. Hasta las mujeres prefirieron a su antiguo “Nocturno” en el piano, junto al novio pálido y el ramo de rosas, la organización de centros culturales y filantrópicos, de casas-cuna, casas-hogares y aun pronunciar arengas de lucha en la “Federación de Estudiantes” o en los incipientes partidos “democráticos”. El Gobierno no podía menos que empezar a descubrir algunas palabras que como “Sindicato” habían estado proscritas

del vocabulario oficial. En los periódicos podía decirse que en el Llano había paludismo; que en el Estado Yaracuy la única forma de propiedad agraria es el latifundio y que los maestros primarios ganaban sueldos de hambre. Y aun contra todos los prejuicios (de los ricos contra los pobres, de una plutocracia irresponsable y satisfecha contra los intelectuales, de la mediocridad titulada contra el hombre inteligente, de los viejos contra los jóvenes, del venezolano que no salió nunca y se siente depositario e intérprete de cierta misteriosa realidad autóctona que no podrán comprender quienes vivieron en el extranjero), mucho se empezó a hacer. Surgieron nuevos hospitales, unidades sanitarias, escuelas, comedores escolares, institutos y servicios públicos de toda índole. Al pueblo y la clase media se le dieron facilidades para adquirir vivienda propia sin tener que pagar a los bancos el honorable interés del 12 por ciento y gravar todo lo mueble e inmueble con la más sólida hipoteca. Junto a las urbanizaciones de los ricos aparecieron las de los trabajadores y modestos empleados como Bella Vista, Pro Patria, Lídice. En los grandes bloques del actual Silencio, en que han trabajado arquitectos de fina sensibilidad como Villanueva y Bergamín, no se escatiman el aire, la luz, los prados verdes para que corran los niños. Son como la maqueta y prefiguración de una nueva Caracas, más aséptica, justiciera y luminosa que la que desapareció con la Dictadura. En la Caracas de hoy —como lo puede afirmar el Dr. Baldó— la tuberculosis ya no es una enfermedad de moda. Y la caraqueña prefiere su rostro y su espalda “arrosquetada” por el sol del deporte a la “palidez lilial” de otros días.

Hay, naturalmente, grandes problemas por resolver. La vida es cara y economistas y sociólogos analizan los efectos que nos produce la racha petrolera. Se ha hecho bastante por la educación del pueblo, pero nos falta todavía un claro y preciso plan de alta cultura. A los veinte años los muchachos quieren ser ricos, miembros de los Clubs más plutocráticos, irresistibles dominadores de la Sociedad, pero carecen de calma para prepararse. Quieren realizar, a veces, la Revolución o el alto Capitalismo sin cumplir las etapas previas que las dos metas antagónicas necesitan. El temprano discurso de mitin

ahoga, en algunos chicos que tienen talento, todo serio trabajo de estudio y documentación. Ya repetirán, con una voz que de armónica se hará gastada, las mismas consignas que fueron nuevas y que se van descolorando. Las damas, en lugar de conversar, con su nativa gracia de pájaros, prefieren juntarse a jugar bridge o rummy. Lo que la vida social pierde en ingenio, buenas maneras y espiritualidad, se sustituye por inagotables rondas de whisky y de cocktails. Lo más necesario para el éxito caraqueño no es la imaginación diabólica o el razonamiento calculador de los personajes balzacianos, sino el hígado a prueba de “bombas” y de trasnochos. Junto a los dorados high’ balls se hacen negocios. Y algún inmigrante audaz que llegó hace poco tiempo, aprendió pronto las mañas de los criollos y sobre esas mañas edificó su alta especulación, nos mira con piedad a los que en esta tierra tan próspera seguimos escribiendo o leyendo libros. Sin embargo, contra todos y contra la misma prosperidad, hay que seguir en nuestro duro oficio de ser venezolanos. La virtud nativa, por excelencia, es esta estoica y casi intemporal virtud del “aguante”. Ella le pone a la ilusión y esperanza con que es necesario seguir combatiendo y soñando por el país, un revestimiento duro y viril como el de la pitahaya, que bajo su corteza espinosa acendra tan tónica fresca.

IV 1957*

Operación en este valle

La nueva Caracas que comenzó a edificarse a partir de 1945 es hija —no sabemos todavía si amorosa o cruel— de las palas mecánicas. El llamado “movimiento de tierras” no sólo emparejaba niveles de nuevas calles, derribaba árboles en distantes urbanizaciones, sino parecía operar a fondo entre las colinas cruzadas

* Se publicó por primera vez en el libro *390 años de Caracas* (ARS Publicidad, Caracas 1957, 119 pp.).

de quebradas y barrancos que forman el estrecho valle natal de los caraqueños. Se aplanaban cerros, se les sometía a una especie de peluquería tecnológica para alisarlos y abrirles caminos; se perforaban túneles y pulverizaban muros para los ambiciosos ensanches. En estos años —de 1945 a 1957— los caraqueños sepultaron, con los áticos de yeso y el papel de tapicería de sus antiguas casas, todos los recuerdos de un pasado remoto o inmediato; enviaron al olvido las añoranzas simples o sentimentales de un viejo estilo de existencia que apenas había evolucionado, sin mudanza radical, desde el tiempo de nuestros padres. Se fue haciendo de la ciudad una especie de vasto —a veces caótico— resumen de las más variadas ciudades del mundo: hay pedazos de Los Angeles, de San Pablo, de Casablanca, de Johannesburgo, de Jakarta. Hay casas a lo Le Corbusier, a lo Niemeyer, a lo Gino Ponti. Hay una especial, violenta y discutida policromía que reviste de los colores más cálidos los bloques de apartamentos. Se identifica la mano de obra y el estilo peculiar de cada grupo de inmigrantes en ciertos detalles ornamentales: los buenos artesonados de madera de que gustan los constructores vascos; ciertos frisos de ladrillo contrastando con el muro blanco como en las masías catalanas y levantinas; los coloreados y casi abusivos mármoles de los genoveses. Hay otros edificios que parecen, con sus bandas verticales pintarrajeadas, enormes acordeones. Nos dan ganas de ejecutar en ellos trozos de ópera o alegres tarantelas.

Hay dentro de la ciudad pequeñas ciudades italianas como Los Chaguaramos y el novísimo barrio de La Carlota; hay calles que se “aportuguesaron” con sus pequeños hoteles, fondas y bodegas de lusitanos, y hay trozos muy yanquis con “supermercados” y bombas de gasolina que recuerdan a Houston, Texas, Denver, Colorado, Wichita, Kansas. El primer símbolo de esa transformación fue una inmensa bola de acero que se mostraba a los caraqueños allá por 1946, y que en dos o tres enviones convertía en miserable polvo o suelta arcilla arquitecturas entonces tan celebradas como el Pasaje Junín o el Hotel Majestic. Los caraqueños iban a contemplar el extraño boxeo que libraba con los muros, como

verían los romanos las proezas de un gladiador venido del Ponto o de Bitinia.

Nada más semejante a los monstruos o la mitología inicial de América —a los jaguares de enormes colmillos de las pirámides aztecas— que estas máquinas dentadas de la tecnología estadounidense que en pocos segundos devoran un pedazo de cerro y se ahítan de pedruscos y terrones y nos asustan en los caminos como si de pronto resucitara un plesiosauro. Han sido nota determinante del paisaje venezolano en los últimos años; quisieron modificar la obra de Dios, sirvieron a los inversionistas para crear nuevas barriadas, cavar las bases de construcciones gigantes, cruzar de blancas autopistas el contorno de la ciudad. Y el viejo monte Ávila, cimera tutelar del valle, antiguo bastión contra los piratas, bosque autóctono que aún recordaba los días de los indios, orquideario natural y productor de fresas, moras y duraznos silvestres, también fue invadido por la tecnología; se le surcó de cables para disparar un teleférico. Se ofrecen allí por cuatro bolívares crepúsculos y panoramas inauditos. Una fiesta comenzada en el valle puede continuarse, pocos minutos después, mil metros más arriba. Desde la eminencia del monte los ojos de los caraqueños se proyectan sobre los húmedos y floridos abismos de Galipán, sobre las innúmeras quebradas del valle, y por la otra vertiente, hacia los promontorios flecados de rabioso mar azul de la costa de La Guaira y Macuto. En la cima de la montaña hay una pista de patinaje sobre hielo, y el Hotel Humboldt, coronado de nubes, nos elevó desde el trópico caliente a una fresca y ventosa zona alpina.

Retrato de un caraqueño

Así como los pintores flamencos destacaban en el marco de una vidriera gótica, con los árboles del campo y los torreones medievales al fondo, la silueta de sus eclesiásticos, humanistas, príncipes o mercaderes, pudiéramos imaginar el retrato arquetípico de un caraqueño de hoy. Mientras escribo, con la ventana abierta, mirando y oyendo los autos que pasan por la avenida

incesantemente ruidosa, observo, también, en la calle lateral un inmenso montículo de tierra removida. Es alto mediodía y los obreros que trabajan en la construcción (predominan los italianos y portugueses) suspendieron un rato la tarea para tomar su pequeño refrigerio. Empinan las botellas de inocua Pepsicola y muerden el largo panetón aviado con lonjas de cochino y de queso. Al fondo también descansa la máquina dentada que durante toda la mañana engulló tierras y trituró pedruscos como si fueran avellanas. Tiene cara de tigre y gigantesca cola de dragón. La tierra excavada se amontona a un extremo con la simetría de una pirámide egipcia. Las sombras del mediodía parecen abocetar el rostro de una esfinge invisible. Dentro de unos minutos habrá de reanudarse en todos los barrios de la ciudad el ruido de las palas mecánicas, la misma trituración o levitación de materiales. Nos cubrimos del polvo de las demoliciones; somos caballeros condecorados por el escombros, para que comience a levantarse —acaso más feliz— la Caracas del siglo XXI.

Y el retrato más peculiar de un caraqueño sería el del hombre que, sentado a su mesa de ingeniero, contempla desde la ventana “funcional” el paisaje de estructuras arquitectónicas inconclusas que tiene de fondo el perfil de una *caterpillar*. Si el pintor que hiciera el retrato se inclinase al detallismo fantástico —a lo Brueghel el Viejo o a lo Jerónimo Bosch—, habría que pintar como en otras bandas panorámicas las varias gentes que suben por las escaleras o están tocando a las oficinas. El caraqueño puede haber abrazado la lucrativa profesión de contratista, y allí llaman a la puerta obreros de pesados zapatos que desembarcaron apenas hace dos días del vapor portugués; maestros y capataces italianos, delineantes españoles o bachilleres verbosos que dicen tener psicología y elocuencia para las relaciones públicas. No faltará tampoco un periodista colombiano o de las Islas Canarias que ofrezca, como otra mercancía, los adjetivos de un reportaje.

Y en extraña dualidad, en conflicto de valores y estilos parece ahora moverse el alma del habitante de Caracas. Hace apenas dos o tres lustros se les educó al tradicional modo romántico

suramericano, en que el mundo de las emociones contaba más que el mundo de los cálculos. La dimensión de la hombría la daban el coraje y la prodigalidad, la listeza y el ingenio, los éxitos en el amor y la popularidad con los amigos. Era un ideal estético —aunque no estuviera desprovisto de cinismo— en que el hombre más perfecto era el capaz de exponer la vida o derrochar el dinero; en que el mejor camino de la conducta no parecía el análisis prudente, sino el impulso irracional de la “corazonada”. Y aupado en un dulce viento de cinismo o de simpatía, la vida se deslizaba sin mayor sorpresa en el fácil y pequeño universo de gentes conocidas. Muchos venezolanos reclamaban, en la hora de los repartos, que eran descendientes de próceres; que una prima suya casó con un ministro; que en su familia, a través de largas generaciones, todos tuvieron puestos públicos. Pero otro espíritu de mudanza y áspera aventura empezó a soplar en los últimos años. Ya era imposible reconocer en una sala de cine a los nuevos y bulliciosos espectadores, y como hormigueros diligentes, salían de los sótanos, subían por los andamios de las estructuras arquitectónicas, compraban giros en los bancos, negociaban y vendían las más desconocidas gentes. Las escotillas de los barcos arrojaban en el terminal de La Guaira o en los muelles de Puerto Cabello millares de inmigrantes. Y el que fue hace diez años obrero, ahora puede ser propietario de una empresa de construcción. A los ricos por herencia, bonanza política o linaje se opusieron los nuevos creadores de fortuna. Aun los venezolanos más privilegiados tenían que despertar de su antiguo ritmo sedentario y correr en esta nueva maratón de empresas y aventuras.

Quizá estemos ahora en un momento transitorio que pulirán los tiempos, ya que el dinero se ha trocado en el casi exclusivo valor social. E innumerables caraqueños toman su matinal café con leche leyendo el movimiento de acciones en la bolsa, los avisos de venta de terrenos, las urbanizaciones que se proyectan. Hay otros de fantasía más distante que apuestan a las hazañas económicas que se cumplirán en los bosques de Guayana cuando ya esté produciendo la Siderúrgica o se arremansen en gigantescas turbinas las caídas de agua del Caroní, o cuando en el húmedo valle

de Morón, en tierras de Yaracuy, se yerga el vasto conjunto industrial de la Petroquímica. Y no hay que olvidar, en el cardumen de negocios y rentas con que muchos quieren detener la muerte y asegurar el futuro, otras inversiones en distintos puntos estratégicos del territorio venezolano: Puerto la Cruz ha de ser el mayor puerto petrolero del Oriente; El Tigre se parece a aquellas ciudades-hongos que surgían en el siglo pasado en los Estados Unidos cuando se conquistaba la frontera y se marchaba en busca del oro de California; Punto Fijo, mero punto en el calcinado desierto de Paraguaná hasta hace dos lustros, hoy es centro bullicioso y pobladísimo; Puerto Ordaz, centro exportador del hierro, se fundó hace tres años; Acarigua y Barinas son pequeñas capitales de la madera y el algodón; Calabozo y otros pueblos llaneros resucitan con la represa del Guárico; Maracaibo, Barquisimeto, Valencia, Maracay multiplican cada año sus cifras económicas y demográficas. ¿Ha de seguir aquí una civilización de tipo latinoamericano con nuestro amor por las formas estéticas, nuestro orden emocional, nuestra simpática “corazonada”, o habitaremos, más bien, en un aséptico y reglamentado mundo tecnócrata donde lo colectivo y abstracto predomine sobre lo personal e individualizado?

Hace diez años pensábamos que aquí, ineludiblemente, se prolongarían todos los estilos y formas económicas del Estado de Texas. Si el impacto norteamericano no iba a consumir nuestra pequeña civilización mestiza. Si no terminaríamos por ser demasiado sanos y demasiado optimistas. Si el viejo ideal de señorío y sosiego a la manera hispánica, “el sentimiento trágico de la vida”, no sería reemplazado por el dinamismo del rancho o del millonario texano. O el individualismo criollo —para tener una norma colectiva— adoptaría la de los clubs de hombres de negocios de los Estados Unidos. Si domesticarían con agua helada, deportes, comida sin especias, tiras cómicas y confort absoluto nuestro orgullo y casi nuestro menosprecio hispano-caribe; esa mezcla de senequismo español y de rudeza a lo Guaicaipuro que fuera tan frecuente en algunos viejos venezolanos. Quizá la inmigración europea —principalmente de Italia y de España— esté modificando

aquel esquema y acentuará más bien — como en la Argentina — una nueva latinidad.

El caraqueño que en el retrato imaginario miraba desde la ventana el cráter de las demoliciones, dejó de escribir o de trazar líneas en su achurado papel topográfico; bajó por el ascensor y se detuvo en el pequeño café italiano a saborear un concentrado espresso. Le sirve una muchacha rubia que parece escapada de *La Primavera* de Botticelli. El consumidor pregunta:

—Lei è di Firenze, signorina?

—Di Prato — contesta la muchacha.

Y si el venezolano es culto, tiene frescos sus estudios de liceo y hace poco viajó por Italia, acaso recuerda que Prato queda en la ruta de Bolonia a Florencia por la *direttissima*. Es ciudad industrial con un *campanile* de Giovanni Pisano y un *Palazzo Pretorio* donde se guardan madonas de Filippo Lippi y mayólicas de Giovanni della Robbia.

Y el gusto del café fuerte, la melodiosa voz de la muchacha y su semejanza con las musas y las madonas renacentistas, hace pensar al venezolano que se mantendrá en este país — con las audacias y aventuras tecnológicas que permita el siglo — una emocionada y conversadora civilización latina. Preferimos el encanto de esa muchacha al más prometedor plano topográfico. Nos conmueven más Botticelli y Filippo Lippi que aquel feroz ingeniero norteamericano que inventó el sistema Taylor.

Varios meridianos

El movimiento y color de la ciudad se reparte en varios meridianos. Hay todavía lo que queda de ciudad vieja en las calles adyacentes a la Plaza Bolívar. El límite de las dos Caracas se fijaba hasta hace pocos años en el añoso parque de la Misericordia, más allá del cual comenzaban las calzadas más amplias, que se empezaron a edificar por 1930. Entre la Caracas tradicional y el Country Club o Los Palos Grandes —lejanas urbanizaciones en la década del 30 al 40— mediaban haciendas y trapiches, los bucares más rojos y

los mijaos más corpulentos del valle. Ahora las avenidas de Sabana Grande y la Miranda enlazan ya los extremos. Las tiendas más hermosas y los comercios más abastecidos se trasladaron hacia el este. El prolongamiento oriental de la ciudad invade el Estado Miranda; se tragó los antiguos burgos mirandinos como Sabana Grande, Chacao y Petare, donde los caraqueños de hace apenas dos décadas iban a “temperar”; ocupa otros pueblos laterales como Baruta y El Hatillo y amenaza descender por las abruptas rampas que conducen a las tierras más cálidas de Guarenas y Guatire. Cuando las autopistas completen su tarea de circunvalación y enlace de los más varios niveles, tendremos una ciudad que en su diseminado conjunto urbanístico ha de ofrecer los más diversos climas. Los moradores de El Junquito y San Antonio de los Altos, los turistas del Hotel Humboldt encenderán en las tardes los leños de sus chimeneas y se vestirán de ropas invernales, mientras en la caliente Guarenas puede recomendarse en un día de agosto poner en movimiento los ventiladores eléctricos. Quizá ninguna otra ciudad del mundo ofrezca en tan pocos kilómetros semejante antología de temperaturas. “Caracas, capital de todos los climas”, es un sencillo y expresivo *slogan* que pudiéramos vender para sus próximos carteles a una agencia de turismo.

Quizá el mayor problema de la gran urbe en proceso es la falta de un eje central desde donde se determine el nacimiento de las calles, la clara matemática de un buen ordenamiento urbanístico. Por eso, en el laberinto de las urbanizaciones, es la ciudad del mundo donde parece más difícil encontrar una dirección desconocida. Como a veces no basta el nombre de la calle, se da también el de la casa, pero hay más de dos “Avenidas Los Cedros”, varias “Acacias” y un millar de quintas puestas bajo la advocación de la “Virgen de Coromoto”. A veces un telegrama enviado del exterior resulta costosísimo, pues sólo la dirección del destinatario comprende varias frases: “Barrio de El Paraíso, frente a la puerta de campo del Hipódromo Nacional”. En otras capitales de América los moradores de los barrios periféricos van al “centro”, que puede ser la Avenida Madero en México, la calle Florida en Buenos Aires,

el Girón de la Unión en Lima, las calles Estado y Ahumada en Santiago de Chile. Pero ¿cuál es el verdadero centro de Caracas? Hasta 1930 ó 1935 parecía la Plaza Bolívar, siguiendo el plano en damero de las ciudades coloniales. Después se pensó que iba a ser el Parque de los Caobos, o aquella encantadora frontera entre lo viejo y lo nuevo que fijaba la Plaza de los Museos. En 1945 otro núcleo quiso establecerse en la plaza de El Silencio, desde donde partiría la Avenida Bolívar. Cinco años después, había surgido un nuevo meridiano en la Plaza Venezuela con las bonitas tiendas y comercios de la Gran Avenida. Quizá para 1960 el eje central imaginario habrá que correrlo hasta la Plaza de Altamira. Y por el momento, Caracas es como una confederación de burgos y urbanizaciones separadas por árboles, túneles, quebradas y colinas. Las pocas parroquias que mencionaba en su *Guía de Venezuela* para el año 1904 Don Nicolás Veloz Goiticoa, se multiplicaron en nuevos y desordenados conjuntos urbanos. Hasta 1925 los caraqueños nacían o morían en Catedral, Altagracia, San Juan, La Pastora, San José, Candelaria, Santa Rosalía, El Paraíso, y los más proletarios en un arrabal de la entonces pobrísima Catia o en un cerro como el Monte de Piedad. Treinta años después, Catia es la más congestionada área industrial de la metrópoli; las parroquias foráneas se unieron a las urbanas, y ni el caraqueño más avezado podría definir todos los lugares y toponímicos de nuestra cambiante geografía administrativa. Ya pertenece al folklore de un pasado reciente aquello de que se vivía en La Pastora por su buen clima, propicio para las dolencias del pulmón; de las ventanas de la calle de Candelaria con sus castos idilios románticos; de la agresividad de San Juan con sus valentones siempre dispuestos a una pelea a cabezazos; de la altísima burguesía de El Paraíso con sus jardines y villas a la francesa, sus pequeños castillos de Amboise y las gentiles institutrices que enseñaban a las familias pasos de baile, modos de saludar y lenguas extranjeras. Toda una estratificada división de estilos, castas y fortunas comenzó a romperse y abigarrarse con el desarrollo económico y urbano después de 1936. Y como emancipándose de la tradición, otra Caracas se aleja y embellece hacia

las faldas del Ávila, las Colinas de Bello Monte o Las Mercedes o la Avenida Miranda, que cada día recuerda más a Los Angeles, en California.

Los trescientos mil vehículos de motor que, según una estadística reciente, circulan por el territorio venezolano, algún día del año parecen darse cita en Caracas y producen una marejada de ruido y combustible quemado que quita a los peatones el higiénico deseo de las caminatas. El caraqueño es hombre motorizado, y la misma dispersión de las cosas en los más opuestos barrios anula el gusto de andar a pie. No hay, como en otras capitales de América que conservaron dentro de su desarrollo moderno parte de la estructura colonial, portales de plateros y botoneros, de mercaderes y escribanos. No hay calles exclusivas para cafés, teatros y platerías, como en México o en Lima. Un comercio abigarrado prolifera en todas las zonas, y junto a un garaje puede colocarse una pastelería vienesa. A veces el acierto de un arquitecto que planificó los edificios de una calle, logra que florezca un conjunto de cierta gracia y armonía urbanística, y descubrimos de pronto que la avenida Vollmer se puso muy bonita con sus cuidados árboles, las terrazas de sus hoteles y restaurantes, el espléndido edificio de “La Electricidad de Caracas” y los pequeños cafés y pastelerías. O vagamos por las tiendecillas, librerías, peluquerías, logradas con tan sobria y clara gracia en el gran bloque del Edificio Galipán. O un amigo nos hace subir por casi medrosa rampa a la modernísima casa que se edificó en Bello Monte o Alta Florida, desde donde el valle luce condecorado de autopistas, de mazos de verdor, de hormigueros de automóviles, de collares de luces. “Caracas allí está”, pero no como en la paz casi agraria, añorante, de la vieja elegía de Pérez Bonalde, sino como la más desvelada, quizá la más demoníaca ciudad del Caribe.

Personas y lugares

Salgamos a pasear y detengámonos en algunos sitios de la ciudad que reflejan su ritmo y alma presente. Si consultásemos una

guía turística o formásemos parte de aquel cortejo itinerante que desembarca cada miércoles, haciendo su “crucero” por el Caribe en los vapores de la Compañía Grace, el *cicerone* bilingüe nos ofrecería un programa demasiado conocido. Nos llevaría, por ejemplo, a la Casa del Libertador, al Salón Elíptico del Palacio Federal, al Panteón, a los Museos y, por último, a refrescarnos el gaznate en la terraza del Hotel Tamanaco, frente a las sensuales bañistas que flotan y bracean en una piscina extremadamente azul. Pero la Catedral, el Panteón, la Casa de Bolívar pertenecen a la inalterable historia de Caracas, y tiempos y personas pasan por ellas sin cambiarlas sensiblemente. Son como el último y más tenso hilo de historia que une a las nuevas y viejas generaciones. El patio de los granados con su pequeña alberca, la neoclásica y severa tumba del Libertador, cuyo buen gusto se salva frente a otros monumentos heroicos que se irguieron después, son sitios que invitan a la meditación y nos transportan a otras zonas de la conciencia. Y el caraqueño de estos días casi no tiene ganas de meditar o prefiere dispararse con la luz de cada mañana adonde lo espera un torrente de negocios, transacciones y aventuras. Un paseo tan añosamente caraqueño como El Calvario casi no es concurrido por los venezolanos y sirve, en cambio, para que conozcan la flora tropical y cobijen sus primeros romances amorosos los inmigrantes recién llegados. Si acaso, sube hasta allí, a repasar sus tablas de logaritmos, un estudiante de matemáticas cuando llega la temporada de exámenes. Los caraqueños se han hecho excesivamente cómodos, y cuando se les invita a una excursión urbana, inquietan primero si encontrarán sitio para estacionar el automóvil. Prefieren al paseo despacioso, que saborea todos los detalles, la marcha frenética por las autopistas. Y ya los carruajes girarán por una inmensa cinta blanca, sin detenerse en ningún sitio. Otra generación ha de nacer que utilice sus piernas y se entregue al gratuito deleite de descubrir y gustar cosas a medida que las acendra la mirada. Crepúsculos, auroras, noches de luna, se prefieren ahora velocísimas, sin que interfieran con alucinaciones y con sueños el tránsito cabal de las carreteras.

Debemos ver, pues, otra Caracas que gesticula, negocia o actúa. Entrar, por ejemplo, a mediodía en los bares y comedores del Hotel Tamanaco. Con su arquitectura de pirámide azteca, no sólo es espléndida balconería de la ciudad, sino animado foro de relaciones públicas. Concurrido de inversionistas de todas partes, de magnates del hierro y del aceite, la dinamita y el rayón, de banqueros y estrellas de cine y aun de solicitantes de amistades útiles, el vitaminado *lunch* del Tamanaco crea lo que en la jerga mercantil se llama los “contactos”. Es antesala de empresas y negocios. Después de un martini en el bar o un refrescante *whisky and soda*, la ensalada tropical acompañada de camarones frescos permite el buen trato humano sin alterar la digestión. El ingeniero puede mostrar allí al capitalista —sin que parezca inelegante— el croquis somero de una urbanización; el abogado, el proyecto de una compañía anónima. Se puede telefonar a Nueva York sin que se interrumpa el almuerzo. Y en las salas de conferencias se reúnen los directores de compañías y asambleas de accionistas o se dan cursos que enseñan el difícil arte de vender y de negociar, de contratar seguros, combatir la timidez y salir por el mundo como alígero halcón en busca de su presa económica. Ese Tamanaco tan mercantil del mediodía es diferente ya del de la noche, que congrega, en las pistas de baile o en los saloncillos más penumbrosos, la más granada y alegre juventud. Para el extranjero ambicioso que viene a Venezuela y puede afrontar los gastos de las primeras semanas, el Tamanaco es una necesaria batalla social. Desde allí se inicia la red de las relaciones y cuando se tiene cálculo y estrategia puede ser el anchuroso vestíbulo de la fortuna. Para quienes saben descubrirlo y conocen las palabras mágicas, Aladino va, a veces, por las calles de Caracas con su lámpara de milagro que ofrece concesiones mineras, terrenos por urbanizarse, empresas por crear.

La Plaza Bolívar es punto de encuentros rápidos para los inmigrantes que no podían llegar a hoteles costosos y salieron con sus gruesos zapatos de obreros y labriegos, sus chaquetones de pana, después de comer la *fabada* de la fonda portuguesa, a

tomar también contacto con el ruido y la luz del extraño valle. Andan todavía desconcertados ante el excesivo brillo del sol y la coloración de los árboles. En grupos atraviesan las calles de la vieja ciudad, tropezando y agazapándose frente a los andamios de los edificios en construcción. Pero, por fin, llegan al pie de la patinada estatua donde el caballo del héroe se encabrita para saltar quién sabe qué abismo. Un Bolívar demasiado teatral y barroco, al gusto grandilocuente de la época guzmanista, venerable reliquia de 1874. Hay allí un diálogo babélico de todas las lenguas; el Libertador parece proteger la inmigración y diríase que a él se encomiendan, como a un nuevo San Jenaro, las gentes que buscan trabajo. Acude un contraamaestre que solicita albañiles para una empresa de construcción, o se leen, casi en comunidad, las largas columnas de avisos económicos con ofertas de empleos. Hay entre los inmigrantes —y eso sí resulta trágico— uno que fue profesor de latín y lenguas clásicas en la venerable Universidad de Cracovia o un actor cómico de la Ópera de Budapest. ¿Dónde colocarlos? A veces terminan de vendedores en un puesto de gasolina o de “contables” en una casa de abastos. O emprenderán desde Caracas un camino de azar que puede concluir, ejerciendo los oficios y profesiones más varios, en Acarigua, Estado Portuguesa, o en San Fernando, Estado Apure.

Era la Plaza antiguo ágora de conversación venezolana. Los viejecillos que no tenían para pagar las cuotas de un club, acudían a la caída de la tarde a establecer sus anacrónicas tertulias, que parecían traídas y extraídas de las boticas provincianas en el tiempo de las sillas de suela y los faroles de gas. Se evocaba allí una Venezuela de fines del siglo pasado o de comienzos del presente con sus revoluciones y guerras civiles, sus cuentos de caudillos, sus lances difíciles o inverosímiles. O se hablaba con la mayor erudición heráldica de las familias de Zaraza, de Trujillo o de Mérida. Se contaban chistes políticos que ya habían aparecido en las crónicas costumbristas de 1895 o en las caricaturas de *El Grito del Pueblo* en 1909. Era la historia de una Venezuela de pocas personas que

se conocían, por lo menos, de vista o referencia y repasaban sus recuerdos como quien hojea un álbum de retratos. Con sus bastones de vera, sus trajes de dril o de alpaca, sus desusados relojes y leopardinas, eran estos viejecitos los últimos depositarios de la tradición más coloreada y cuentera. Las biblias de su añejo sabor autóctono eran la *Historia contemporánea* de González Guinán, o la *Gran recopilación* de Landaeta Rosales. Pero la oleada inmigratoria comienza a correrlos de la plaza, y ahora, cuando logran encontrarse e improvisar un pequeño corrillo, denigran de esas gentes nuevas que ya nadie conoce y que, según su primario nacionalismo emocional, les arrebatan el derecho al sol, a la sombra de los árboles, a sus intraducibles anécdotas.

— ¿Qué va a ser de este país? —preguntan nostálgicamente.

Pero en la emulsión y trituración de sangres y corrientes culturales que vienen a sumarse a nuestro tricolor mestizo nadie podría aventurar la profética respuesta.

Sigue el paseo

El paseo por Caracas buscando lugares y gentes significativas del nuevo estilo de existencia nos llevaría muy lejos y acaso no requiera el lápiz enunciator de un cronista, sino una fantasía diabólica y descubridora como la de Balzac. Habría que revisar sitios tan contrarios como las casas y los salones elegantes y las oficinas de policía, donde identifican a una banda de ladrones de automóviles que cambiaba las placas de los vehículos usurpados y los iba a vender de contrabando a la República de Colombia. O el retrato del falso conde europeo que vendía condecoraciones imaginarias a los coleccionistas de títulos y medallas. O la muchacha húngara y francesa que para que fuéramos perfectamente civilizados fundó una “cava” existencialista con chicas voluntariamente desgreadas, músicos y cantantes de sexo indeciso, en un tranquilo barrio rural. O el italiano que vive en una covacha, pero que firma escrituras en el Registro por más de cuatro millones. O los transeúntes que a la medianoche del sábado se acumulan en los “Sellados del

5 y 6” a adelantar su conjuro hípico para las carreras del domingo. O la historia inaudita, que empapa los periódicos del lunes, del que acertó a las patas de los caballos y con un cuadro de ocho bolívares obtuvo ochocientos mil y los reporteros le preguntan qué piensa hacer en su nueva profesión de millonario. Y entre tantos éxitos, el suicidio del inmigrante inadaptado que trajo de la guerra o de su antiguo campo de concentración un trauma irremediable. Gentes, rostros, problemas para que los analicen sociólogos, economistas y psiquiatras.

Junto a los ricos y aventureros, las multitudes más pacíficas y estoicas que pueblan los autobuses o habitan los grandes bloques de apartamentos en los cerros. El pueblo matinal que madruga y la sociedad próspera que sale en la madrugada de las fiestas opulentas. La igualitaria democracia que se aglomera después de la medianoche en las ventas de tostadas y criollísimas “arepas”, donde nuestro viejo pan cumanagoto adobado con queso y chicharrón acerca en su fragancia conciliadora a todas las clases: al caballero de *smoking* que viene del baile y al conductor de camiones y gandolas que parte a las lejanas carreteras.

La abundancia de divisas trae no sólo un cosmopolitismo humano, sino otro de productos y prodigalidad. Las tiendas de Caracas, con frecuencia empachadas de mercancías, son como anticipo y prefiguración de las exposiciones universales. “Made in Germany”, “Made in Italy”, “Made in Japan” y alguna vez “Hecho en Venezuela”. Se puede comprar en la misma tienda una porcelana de Sajonia y un biombo japonés. Frente a comercios muy feos que aún recuerdan la decoración del extinto Pasaje Ramella en los días de 1900, hay tiendecillas que pudieran estar en París, Viena o Florencia. Los modistos franceses exhiben los modelos más caros. Aunque haya calor se pueden vender armiños y martas cibelinas. Hay también el cosmopolitismo del olfato y del gusto. Los vidriados y niquelados *super-markets* a la norteamericana contienen la más varia antología del sabor. Se consumen por igual sardinas de Margarita y esturiones del Mar Negro. Los alimentos yanquis ofrecen su infantil y entretenida manipulación mágica. Se echa un poco de agua o de leche y

se pone al horno el polvillo que contenía el sobre y dentro de pocos minutos veremos cómo se esponja —sin perder su olor de química y farmacia— un pastel de limón o de chocolate. Hay abundantes e inverosímiles juguetes de niños para escape de nuestra curiosidad o nuestro derroche, para ocupación de almas vacías.

Naturalmente que dentro del inmenso prisma de apariencias que es la vida caraqueña de 1957; de la luz de neón que nos inunda de anuncios comerciales; de la invitación a un perenne viaje por islas encantadas con palmeras de oro y danzantes cubiertas de flores, a que nos conminan las agencias de viajes; de las esmeraldas y diamantes de las joyerías, de los automóviles de todas las marcas que corren como galgos de lujo por las autopistas, hay también un mundo de más desgarrada realidad, de inalterable esencia. Todavía los caraqueños conocen el amor y la muerte, la angustia de vivir y la zozobra de comprender. Una droga que se ha generalizado en ciudad tan presurosa y que se llama “ecuanil” no logra calmar del todo la cavilación de las gentes.

Con equiparables choques, con los misterios de un subconsciente colectivo que aún no asciende a la comarca clara de la percepción, se está aún formando el espíritu de esta ciudad de Caracas que, a pesar de sus cuatro siglos de fundada, nunca lució tan terriblemente adolescente. Sigue creciendo y edificándose sin tregua, en el día y en la noche, en las horas de vigilia y en las horas de sueño. La amamos y también nos querellamos con ella porque resume en su dinamismo y perplejidad la esencia de una patria en ebullición que todavía gira sobre el futuro. El monte Ávila se recuesta en la ciudad con la turgencia de un pecho amoroso o fija sobre el valle, cambiante y agitado, su cimera de eterno granito. Hermosearla a la escala del servicio y el amor humano, pulir su alma para la solidaridad, la justicia y la belleza debe ser su prospecto moral que se concilie con el plan técnico de los ingenieros. Sólo el espíritu habrá de salvarla de la excesiva tensión de la aventura y aun de las demasías del dinero.

LEYENDA Y COLOR DE MARGARITA*

El siena de algunas tierras esperando el agua pluvial: los cerros duros, de vegetación espinosa, coronados de piedras y cardos como guerreros guaiqueríes, y, por contraste, la suma dulzura y verdor de otros valles-oasis (San Juan, el Espíritu Santo) con sus cocales, lechosos y nísperos y su muy florido pañuelo de frutos menores; el mosaico líquido de la Restinga, aladinesco brazo de mar donde la vegetación, el agua y la luz ensayan todos los colores, y el mar, siempre el mar cabrilleante, vestido cada día de nuevas turquesas y cobaltos, fijan la variedad y policromía de Margarita entre todas las regiones venezolanas. Tan extraordinario microcosmos geográfico se llamó así porque era un viejo nombre hispánico para las perlas y porque la primera ocupación del territorio insular coincidió con las solemnes bodas de la princesa Margarita de Austria, hipotética heredera del milenario y fabuloso imperio de Carlomagno, con el príncipe Don Juan, hijo de los Reyes Católicos. La bella princesa, educada en la suntuosa Flandes, agregaba a los brocados y encajes de su ajuar aquellas “margaritas” enormes, de tan pulido y espejeante oriente, que llevaron a Sevilla las naos de Pedro Alonso Niño y de Cristóbal Guerra. Era época de sorpresas y maravillamientos. “Grandes nuevas se publican por España y Portugal”, decía el deleitoso romancero del siglo XVI, y entre otras cosas que a la inmensa joyería cósmica de la corona española se agregaba esta irisada perla indiana donde el mar pintor y escultor modeló los más brillantes nácares.

* Fue publicado por primera vez en *El Farol*, N° 140, Caracas, junio de 1952, pp. 13-20.

Duro rescate de perlas de aquellos ágiles indios que en sus delgados cayucos salieron ya al encuentro de don Cristóbal Colón, cuando buscaba bajo los primeros cielos y aires de Venezuela el sitio balsámico en que debió localizarse el Paraíso terrenal, es la obra histórica de Margarita. Disputa la isla con su vecina Cubagua la primacía de un dorado perlífero. Muchos de los aventureros españoles —que antes de la conquista de México se aburrían en Santo Domingo y otras antillas engordando cerdos y preparando casabe para las expediciones de rescate— vienen a Margarita, donde, según la expresión popular, las perlas brotan como garbanzos. ¡Y cuánta joya margarita decoró los rojos y negros terciopelos de la nobleza; las grandes arracadas y aderezos para las vírgenes de Sevilla, el esplendor de aquel linaje de armiños y coronas, de principados, ducados, archiducados y virreinos: Flandes, Lombardía, Borgoña, Austria, Nápoles, Alemania, satélites del imperio de Carlos V!

Pero el margariteño, el guaiquerí —nombre de la raza aborigen —, no era precisamente un indio triste, sumiso y ensimismado como el de otras tierras americanas. Sus músculos estaban impregnados de yodo; sus piernas andaban más ágiles que sus remos. De sus abuelos caribes había aprendido el manejo de dos instrumentos de dominio como la flecha y la canoa. Ya Colón —apresurado turista que pasa por esa costa— envidia la belleza y vigor de los cuerpos y hasta la tez, que parecía más clara que en otras partes de Indias. Hacia 1530, Marcelo de Villalobos, oidor de la Isla Española, levanta en Margarita la primera fortaleza y poco tiempo después la iglesia franciscana que, profanada por los tiempos, aún yergue sus contrafuertes y medieval espadaña sobre las tortuosas callejuelas de La Asunción. El trabajo de la pesca de perlas hecha por los indios bajo el látigo de broncos mayores españoles era singularmente cruel, y Bartolomé de las Casas dejó sobre ella una estampita patética en su *Historia de Indias*. “Llévanlos —dice el buen fraile— en las canoas que son unos barquillos y va con ellos un verdugo que los manda. Llegados a la mar alta, a tres o cuatro estadios

de hondo, mandan que se echen al agua; zambúllense y van hasta el suelo y allí cogen las ostras que tienen perlas e hinchan de ellas una redecilla que llevan al pescuezo o asidas a un cordel que llevan ceñido, y con ellas o sin ellas suben arriba a resollar. Si tardan en resollar dales priesa el verdugo que se tornen a zambullir, y a las veces les dan de varazos. Están en esto todo el día desde que sale el sol hasta que se pone. La comida es algún pescado, y el que tiene las mismas ostras donde están las perlas, y el pan cazabe y el hecho de maíz. Las camas que les dan a la noche son el suelo con unas hojas o hierbas, y los pies en el cepo para que no se les vayan. Algunas veces se zambullen y no tornan jamás a salir porque se ahogan de cansados y sin fuerzas y por no poder resollar, o porque algunas bestias marinas los matan o tragan.” Es decir, las perlas, que habían sido para los indios sencilla diversión suntuaria, se les truecan en esclavitud económica cuando adelantados y tratantes deben abastecer con esos nácares del Nuevo Mundo la creciente exigencia de lujo y comercio de la Europa renacentista. Y las mujeres de Tiziano y de Rubens, venecianas y flamencas, y las princesas de Van Dyck llevan por eso collares y gargantillas cuyo rocío y espuma congelada extrajeron de su estuche de meleagrina los angustiados indígenas de que habla el Padre Las Casas.

Pero también los españoles —como lo cuenta en su enorme cronicón rimado Juan de Castellanos— habrán de sentir la belleza y apacible regazo de los valles tibios donde la fruta tropical es tan fresca y acendra tan maravilloso azúcar. Después de la inicial tarea de despojo, el conquistador comienza a ser conquistado por la tierra. Del gran cuadro de guerras, aventuras y expediciones de Juan de Castellanos surgen unas páginas idílicas en que cuenta los años de paz, jubilosos coloquios y canciones de los vecinos de Margarita antes de que viniera a desconcertarlos la diabólica aparición del Tirano Aguirre. Entre los pobladores había poetas y vihuelistas como Bartolomé Fernández de Virués, Jorge de Herrera, Fernán Mateos y Diego Miranda que entretienen sus reuniones campestres evocando los romances y villancicos de España e improvisando otros:

*Pasaban, pues, la vida dulcemente
todos estos soldados y vecinos
donde la fresca sombra y dulce fuente
al corriente licor abre camino.*

*En el val de San Juan principalmente
eran los regocijos más continos
y a sombra de la ceiba deleitosa
admirable de grande y hermosa.*

La boca adolescente de Juan de Castellanos se solaza en su libro con los sabores nuevos del trópico margariteño. Antes de Andrés Bello y los poetas nativistas encomió las guanábanas, anones, piñas, cotoperíes, pitahayas, guayabas y mameyes que ofrecían sus vallecitos y oasis. Y con el elogio a los peces del Caribe hecho ya por Fernández de Oviedo y Bartolomé de las Casas, parece completarse aquella cornucopia de bienes naturales, aquella “mesa de reyes” que hallaba en el apacible territorio insular el soldado-poeta.

También había en la raza —en el canoero y flechero guaiquerí y en el mestizo— un ímpetu creador, un gusto del riesgo, la acción y la aventura que fija muy tempranamente la psicología del margariteño entre todas las comunidades venezolanas. De soldado español y cacica indígena había nacido en plena conquista aquel primer gran caudillo mestizo que se llamó Francisco Fajardo. Pudo convertirse, más que los gobernadores provistos de Reales Cédulas que enviaron Carlos V y Felipe II, en verdadero árbitro de la tierra, si no lo asesinara con engaño y alevosía el cruel Alonso Cobos. En sus proezas de guerrero anfibio, de hombre de mar y de tierra firme, de negociador y colonizador, en el sutil cálculo e inteligencia con que este jefe genial asciende de su menospreciada condición a imponer sus puntos de vista a las autoridades peninsulares, se ejemplarizan ya las más viriles virtudes venezolanas y margariteñas. Con tres siglos de anticipación parece Fajardo un precursor de los héroes de Matasiete, de los invencioneros, veloces

y osadísimos “neoespartanos” que burlan a la empavesada flota de Morillo y a los veteranos ejércitos de Bailén.

Junto al hombre, en paz y en guerra, comparece también la ternura y la energía de la mujer margariteña. Al lado de Fajardo estarán siempre los consejos y hábil diplomacia de su madre, la cacica Isabel Charayma, como el heroísmo casi infernal de Arismendi se completa y sublima en la estética resistencia de Luisa Cáceres. Nunca hubo en Margarita sitio para la mujer indolente y ociosa. Como singular supervivencia de quién sabe qué matriarcado prehistórico, cuando el hombre margariteño rapta a la hembra, acude, para santificar las nupcias, a pedir que la madre bendiga la compañera, en ceremonia que suele preceder a la del matrimonio eclesiástico. Y la misma mano maternal se yergue para desear buenos augurios a la goleta que se lanza al océano y al grupo de muchachos esforzados a quienes la alta densidad demográfica de la isla y la esperanza de mejor fortuna envían a trabajar y poblar en las húmedas tierras del Delta del Orinoco o en las petroleras del Zulia y de Oriente.

Semejantes a aquellos griegos de las islas, desafiadores —como decían las inscripciones egipcias— de la “gran verde”, los margariteños expedicionan, pueblan y colonizan en todos los rincones de Venezuela. Hubo algunos que después de servir de buzos en la costa colombiana y en Manta, Ecuador, navegaron por todos los mares de la tierra y aun llegaron a conocer los bancos perlíferos del Océano Índico. Capitanes de trespuños y goletas, tripulantes en naves de las más variadas banderas, a veces los he visto en bulliciosos consulados como el de Nueva York mostrando sus pasaportes poblados de exóticos sellos y contando viajes a Noruega y a Filipinas, a Nueva Zelanda y al Japón. Con suma decisión y prontitud de inteligencia, tienen una especie de esperanto propio para pasar de uno a otro barco y a otro idioma. Nunca pierden, sin embargo, su “margariteñismo” esencial. Aunque estén trabajando en los muelles de Brooklyn, siempre se reconocen los “cuñaos” y se juntan para preparar un sancocho de pescado a la legendaria manera de Juan Griego y de Porlamar. El culto de la Virgen del

Valle, especie de divinidad maternal y totémica de la Isla, los une también en patriotismo nostálgico. A ella acude el hombre insular cuando parte para sus expediciones marítimas, y a su santuario volverá siempre a pagar la promesa por la buena navegación y los éxitos y proventos recogidos en el ancho mundo. También, como a una madre que admirara el valor y la osadía y perdonase las equivocaciones, a la Virgen han de contarle hasta las aventuras más censurables y peligrosas, como la de los buenos marinos que se convirtieron en agresivos contrabandistas.

Democracia social y humana como acaso no exista en ninguna otra región del país. El mar compartido, esa como zona colectiva de pesca y navegación, el linaje solidario de generaciones enteras que durante años y años hicieron el mismo oficio, la espera jubilosa de los más plateados cardúmenes abolía en el trabajo y la aventura todo prejuicio de clases. En pocos sitios como allí el hombre fue hijo de sus obras. Cordial tuteo y abrazo, riqueza de diminutivos y apodos para reemplazar la severidad de los nombres propios, parecen romper toda vanagloria genealógica; integran las gentes en solidaria y afectuosa comunidad. El amor a la isla y a su oficio marítimo los unifica a todos. El espíritu de comunidad rechazará al abusivo y demasiado egoísta. Discutirán por tal o cual caudillo o principio político, pero hay una tregua y fraternidad cuando en la olla está humeando el sancocho, cuando la lancha viene o parte para el Continente o cuando las campanitas del Valle a través de los cocales y los cerros, en la brisa yodada del amanecer, convocan a la gran fiesta anual de la Virgen. De los sitios más distantes de Venezuela, de Cabimas y Caracas, de Barquisimeto y Ciudad Bolívar, acuden entonces los peregrinos con sus velas y sus ofrendas a contar a la gran madre la humilde, entusiasta o heroica peripecia de sus vidas. A la sombra de la ceiba y el coto perís están encontrándose y abrazándose, antes de embarcarse de nuevo, esos Chenchos o Juanes, Petras y Josefás que dispersos en toda la patria han de congregarse una vez al año en inolvidable vínculo de suelo y sangre. La perla, el sombrero de paja y la botellita de

fragante “ponsigué” con que regresan serán a la distancia los más evocativos talismanes de Margarita.

Los sociólogos tendrían mucho que meditar y definir en esa tierra encantada. Ciertas formas de producción determinan allí una estructura social específica. El tren de pesca cuya fina hilazón tejen las mujeres-Penélopes impone una especie de propiedad comunitaria, ya que familias enteras, amigos y allegados deben asociarse en los implementos y la complicada faena. Los ojos, casi mágicos, de los vigías atisban desde una colina o eminencia del litoral el paso rápido y saltarín de los cardúmenes. La voz del vigía anuncia desde la concha acústica de su caracol salvaje el momento de comenzar la maniobra. Una tribu compacta de hombres, mujeres y niños se integra en la faena. El mar es de quien lo trabaja. Es más igualitario y premia al esforzado con mayor ecuanimidad que la tierra. Tornan ya las redes pletóricas, tiradas por brazos hercúleos, con su brincadora cosecha de peces vivos. Y en el campamento playero, como en una escena bíblica, acontece el reparto de los bienes. Hasta el mocosuelo de siete años, aprendiz de lobo de mar, que también asió su pedazo de cordel, tendrá participación en el botín. En tantas horas de comunión en el océano, toda existencia individual parece sumirse en el esfuerzo colectivo. Ningún individuo sobra, porque todo se funde en el impulso de la comunidad. Hay una espontánea y vital división del trabajo, distinta de aquel riguroso sistema mecánico que ha debido imponer el industrialismo moderno. Y del mismo modo una cultura tradicional de canciones, danzas y leyendas parece transmitirse en el cotidiano coloquio de hombres y mujeres, de niños y ancianos, y cuando a la sombra del rancho la familia entera desconcha las ostras de cuya encantada cavidad azul brota la perla como una princesa cautiva. Danzas de tanta gracia mímica como la del *Carite* estilizan y llevan a un plano místico la gran faena tribal; y con aires del siglo XVI español, alegremente modificados por la fantasía mestiza, como el *polo*, canta el margariteño su gesta y su viril humorismo. Aquí hay demasiada luz y mar amistoso para sumirse en la melancolía y el menosprecio del mundo. Cada casita blanca próxima a la

playa parece otro velero más, dispuesto a partir a la conquista de la fortuna.

Hoy la industria y la tecnología comienzan a transformar un poco las condiciones ancestrales del hábitat isleño. Se enlata el pescado, que ya compite en Colombia y en las Antillas con las mejores marcas del mundo. Hay ya fábricas y comercios regidos por el tiempo mecánico, diverso del profundo tiempo cósmico que antes señaló las horas de ensoñación y faena del pueblo margariteño. El turismo es otra industria inicial que empieza a erguir hoteles para que los visitantes del Continente se solacen en los colores de la Restinga, disfruten las olas y los crepúsculos de El Tirano y de Juan Griego, o miren desde los patinados torreonnes de los castillos la verdura del valle y el yodado pecho guaiquerí de las montañas. Mas a pesar de cualquier impacto de modernidad e irrespetuosa profanación turística, Margarita seguirá siendo como una perla encantada de la patria en cuyo oriente se refracta con la gracia y tónico vigor del paisaje la luz de una extraordinaria historia: la de Francisco Fajardo y el Tirano Aguirre; la de Arismendi y los héroes de Matasiete; la inagotable gesta de sus hombres de mar. Es, por excelencia, entre todas las venezolanas, una comarca fundadora.

CALOR DE CORO*

El calor de Coro se atempera por el viento casi constante, el gusto de las frutas que comimos en el mercado, la piscina azul del hotel, el fulgor fantástico de los plenilunios y la cordialidad adivinadora y sensible de sus gentes. Coro es tierra de amigos. A la sombra de un verdadero oasis doméstico, jubiloso de pájaros tropicales, de nísperos, de los cujíes más copudos de la República y de violentas flores de berbería, como el que erigió en su casa, tan abundante de libros e historia regional, Monseñor Mármol, tuvimos reparo de buena conversación y tratamos de entender lo personalísimo de esta ciudad entre todas las venezolanas. Luego, un grupo de animosas muchachas y de jóvenes nos invitaron a una excursión lunar a los médanos. Y como si fueran las serranas del Júcar cantadas en una de las más graciosas letrillas de Góngora, las muchachas se quitaron los zapatos, enlunaron sus pies, triscaban por los montículos y bailaron en corro donde la arena era más blanca, más fantasmal. Quise decir, como el viejo poeta cordobés:

¡Qué bien bailan las serranas!
¡Qué bien bailan!

Y seguía repitiendo la imaginación conmovida:

Alegres corros tejían,

* Fue publicado por primera vez en *El Nacional*, Caracas, 12 de junio de 1956 (p. 4). Más tarde se incluyó en *Hora y deshora* (Ateneo de Caracas, Caracas, 1960), en *Obras Selectas* (2ª edición, Ediciones Edime, Madrid-Caracas, 1962, pp. 313-317) y en *Suma de Venezuela* (op. cit., pp. 161-165), cuya versión se sigue en este volumen.

*dándose las manos blancas
de amistad, quizá temiendo
no la truequen las mudanzas.*

Naturalmente, cantaron *Sombra en los médanos*. Y casi lamenté llegar a Coro con atraso de muchos años, pues ¡qué promesa de gracia, de agilidad amorosa, de tierna compañía emanaba de aquellas muchachas! Ya canoso y desengañado, me contenté con embelesarme en sus danzas y firmarles el álbum de autógrafos. Pero, además, hacen mucho por la cultura regional: animan un Ateneo laborioso, organizaron hace pocos días una exposición de pintura, forman conjuntos musicales y asistieron con interés y cortesía perfecta a la conferencia a la que me invitaron. Jóvenes y muchachas quieren a su tierra con pasión estimulante; cuentan al viajero las leyendas de la ciudad, nos acompañan la visita a las iglesias, al añoso Museo diocesano, con sus primitivos retablos y sus arcones de caoba que huelen a siglos, con sus espejos, candelabros y escribanías, y a aquellas casas de columnas panzudas, portadas de blanco mojinete y ferradas ventanas donde parece asomarse todavía —según una tradición de la ciudad— la muchacha que salió una noche de luna, llevando ya su muerte de amor, y se perdió en los médanos. Y el “chuchube, rabilargo de amoroso cantar”, “pájaro juglar del desierto” —como dice la canción nativa— aún la busca y la llama en la lejanía movediza de las arenas.

Ciudad de excepción entre las venezolanas es esta venerable Santa Ana de Coro. Primada de Venezuela, núcleo de las más arriesgadas aventuras de Tierra Firme, centro de una pequeña civilización indígena que el viejo Manaure —especie de Néstor de los indios—, varón de gran autoridad y sosiego, empluma de leyenda. Coro creó un estilo de vida original que todavía nos ofrece su asentada solera. Acaso porque una tierra penitente, erosionada y desértica, que invita a la vez al combate y al ensueño, o serranías sin caminos la separaban del centro y del occidente de la República, el coriano acendró valores de cultura y tradición en que todavía puede enorgullecerse. Coraje, estoicismo y fantasía

se juntan en su blasón. Sus soldados podían ir lejos, aguantar el hambre y la sed, convertir a los infieles y cantar la “hégira”, como los soldados de Mahoma. En coloquio de periodistas se me habla y se me pregunta sobre Manaure, sobre José Leonardo Chirinos, sobre el teólogo y filósofo escotista Quevedo, sobre el magnánimo Mariscal Falcón, como si fueran personajes de estos días. Me muestran la casa en que escribió versos en latín y defensas del régimen republicano y de la soberanía popular con argumentos teológicos el Obispo de Tricala, Mariano de Talavera y Garcés. Lo que no saben mis acompañantes me lo puede explicar en el propio Coro don Ángel S. Domínguez, y en Caracas el eruditísimo doctor Pedro M. Arcaya. Y de los personajes de Urupagua, la jugosa novela regional de Agustín García, las gentes hablan como si los hubieran conocido en los más alegres velorios de la Sierra.

El linaje espiritual de Coro se afirma ahora frente a Punto Fijo, la ciudad neófita, no concluida de bautizar, hija que se volvió cosmopolita, aluvional y bullanguera. Si ella supera en habitantes y negocios a la ciudad matriz, algunos afirman que todos esos pobladores no son precisamente “almas”. Allí se cruzan las lenguas y la codicia de muchas razas y las camisas a todo color de negociantes y cantineros, las sedas, afeites y gargantillas escandalosas de las cortesanas que bajan a comprar desde el lejano sitio de La Concha —especie de isla de Citeres de las petroleras— emulan con la decoración a chafarrinones de las sinfonolas que a pleno día levantan su estrépito. Al próspero, dinámico y promisorio Punto Fijo, porque ya le sobra aventura y riqueza, parece faltarle un poco de sosiego civilizador. Punto Fijo y toda la península de Paraguaná, con sus torres de acero, sus espléndidas refinerías, su pampa ocre, el extraño trompo surrealista que levanta a la distancia el monte de Santa Ana, el cobalto perfecto del Caribe y, por contraste, las aguas sucias, un poco malditas, del Golfete, merece una novela que haría violenta antítesis a la novela tradicional de Coro. Y los corianos afirman que están separados de Punto Fijo no sólo por noventa kilómetros de carretera, sino por cuatrocientos cincuenta años de historia.

Para que reviva la contribución cultural de Coro a la República me regalan en el aeropuerto —casi al despegar el avión— una reciente *Antología* de escritores falconianos compilada por el escritor Luís Arturo Domínguez. Abarca desde el teólogo Agustín de Quevedo y Villegas, pariente ultramarino del señor de la Torre de Juan Abad, quien componía en latín teñido de sensibilidad barroca tratados sobre la “Unidad de Dios”, hasta los poetas y prosistas del siglo XX. Hay figuras que pertenecen no sólo a la historia literaria, sino a una más accidentada y novelesca, como aquella romántica señora Juana Zárraga de Pílon, bisabuela de las poetisas corianas, escapada a Cuba y a España en los más trágicos días de la guerra de Independencia; conocida dama de Corte, bajo el reinado de Isabel II, que sigue en su destierro y destronamiento a la “Reina Castiza” y evoca, de anciana, en un llorado poema, el paisaje y la gente de su niñez. Si había soportado tanto —como lo dice en sus versos— fue porque los corianos “son de raza generosa y fuerte”. O la figura bizarra de don José Heriberto García de Quevedo, uno de los delegados de Venezuela con el General Ros de Olano a los más movidos cenáculos del romanticismo peninsular; enamorado también de la livianísima hija de Fernando VII y hombre de aventuras, duelos y quebrantos. O el Mariscal Falcón, quien también hacía latigueantes endecasílabos, cantando a su caballo, “noble corcel, fiel compañero”, en plena y tremenda diáspora de la guerra de los cinco años.

Las poetisas de Coro —las primeras que tuvo la República— ocupan buena parte del libro antológico. Es misterio curioso de la vida nacional por qué allí florecieron como en ninguna otra parte. ¿O cuando sus maridos iban a la guerra, en los interminables alzamientos provinciales de Colinas y Rieras, Castillos y Tellerías, las mujeres recluidas en aquellos caserones poblados de leyendas y fantasmas, donde las flores huelen con extraño poder embriagante, se consolaban con la música o reflejando en versos ingenuos un drama de ausencia y de soledad? Formaban grupos literarios y musicales que se llamaban

“Armonía” y “Alegría”. Eran sacerdotisas de la luna, que allí brilla más hechicera y mágica, e iban de serenata hasta los médanos. Y como pañuelos de soles en que se humedecieron o frustraron sus sueños, dejaron versos y novelas en que parece adelantarse una empresa de comprensión y defensa femenina. Fundaban colegios y escuelas que mejoraban la angosta instrucción pública de entonces. Aún en la Mérida de mi infancia había maestras corianas de quienes decían en la ciudad:

*Ellas vinieron de Coro
y con decoro han vivido.*

Con su testimonio lírico o matriarcal del siglo XIX pasan por el libro estas valientes precursoras de las poetisas y novelistas de hoy: doña Josefa Victoriana Riera, poetisa épica que “tenía sangre de caudillos, fuerte como un cujisal”, dice el antologista; doña Virginia Gil de Hermoso, doña Carmen Brigé, doña Antonia de Lima, doña Polita de Lima del Castillo. Las vemos con sus camafleos y cintillos románticos sentadas en sus mecedoras de Viena, leyendo novelas patéticas y queriendo vencer la angustia, quizá la murria provincial de aquellos años, en sus canciones emocionadas. Invocan los “silfos de la aurora”, los “elfos”, las “hadass intangibles”, las vagas y susurrantes divinidades de la noche y de los bosques, y quisieran vivir —como dice uno de esos versos— en un “alcázar azul”.

Me siguen esas imágenes de Coro; el afán de cultura y hospitalidad de sus gentes, los fantasmas ochocentistas de sus poetisas, el eco de sus vales y sus polos con que me obsequió largamente una orquesta regional, la añoranza de sus calles y caserones —del “sol”, de “las ventanas de hierro”, de “los Talaveras”, de “los Tellerías”—, de la vieja cruz de cují, donde, según la tradición, se dijo la primera misa en Tierra Firme; de los “chuchubes” y cardenalitos rojos que vuelan sobre los médanos mientras el avión despega en busca del mar. En alabanza de aquellas bellas muchachas que tan gentilmente me mostraron la ciudad, torno a repetir los versos de Góngora:

¡Qué bien bailan las serranas!
¡Qué bien bailan!

.....

Alegres corros tejían,
dándose las manos blancas.

CARDONES Y HOMBRES*

La visita a Carora me estimula una meditación sobre los cardones, sobre estos duros patriarcas de la estepa plantados tan enhiesta y virilmente en el paisaje erosionado como bravíos caciques indígenas. Tienen algo de aquellos indios jirajaras que se oponían a los Welser y a los conquistadores enfurecidos por el sol y la alucinación del oro, que anduvieron por estas tierras buscando los mil caminos indescifrables que conducían a los siempre inasibles reinos de Manoa. El cardón les enseñó, por fin, la recia conformidad de la vida; fue viril maestro del viejo estoicismo hispánico tan enjuto y ayunador y del aguante y frugalidad indígena. Y por allí, entre las empalizadas y los ranchos, junto al corral de chivos, hombres de gran sombrero y pecho desnudo, fabricando sus quesos y pastoreando sus ganados, tienen la misma nervudez y esbelta energía de su espinosa planta totémica. Se contó con ellos para toda desesperada aventura venezolana de caballería o cargas de machete que salió a buscar una justicia más distante que el oro de Manoa. Sol y crecientes que bajaban de las cabeceras hinchando las grietas de las quebradas secas y arrastrando chozas y sembrados y buenas mulas de silla, acostumbraron al labriego de la región a su recio ejercicio telúrico. El clima tan fuerte —clima de machos y de cabríos— marcó también su erosión en los rostros morenos, en tórax y espaldas que se yerguen como rocas quemadas. Los

* Se publicó por primera vez en *El Nacional*, Caracas 1° de julio de 1952 (p. 4). Este texto también fue incorporado a *Obras Selectas* (*op. cit.*, 1ª edición de 1953: pp. 271-274; 2ª edición de 1962: pp. 301-304), *Compresión de Venezuela* (1955) (*op. cit.*), y *Suma de Venezuela* (*op. cit.* pp. 167-169). Este volumen toma como base esta última versión.

pájaros cruzan entre los tunales con la rapidez que debió de tener la flecha del indio apostado en su guazábara.

Hay algo de Arabia pétrea con sus Mahomas, dueños de caravanas, interpretando el rumor del desierto y los signos de las estrellas en las noches más claras, en estas estampas semiorientales del camino. Guerrilleros, poetas y místicos —productos de todo clima donde la vida circula más ardiente— salieron así de estos parajes. También es la comarca venezolana que recuerda más a Castilla, a La Mancha ocre y polvorienta cuyo cielo encendido y las nubes irisadas por el sol engendran los más quijotescos espejismos. Por algo una leyenda regional dice que Don Quijote vino a morir a Carora. Fue el más ensoñador y al mismo tiempo el más voluntarioso entre todos los pasajeros de Indias. Y el último Quijano el bueno que conocieron los caroreños se llamó don Chío Zubillaga, hidalgo antiguo, fuerte como un cardón, con el radical idioma justiciero, pintoresco y sabroso con que el héroe manchego imprecaba a los malandrines y ofrecía brazo y escudo a los desamparados. Una vieja justicia rural —antiguo y venerable tema hispánico, dotado de nueva energía mestiza por el patriarca de Carora: un tema que ya está en el *Poema del Cid* y en *El Alcalde de Zalamea* y en *Fuenteovejuna* y en el ímpetu con que Don Quijote se atreve a liberar a los galeotes— se ofrece en la obra valerosa y libérrima de Cecilio Zubillaga Perera. Fue abogado de campesinos pobres, de gentes vejadas y despojadas por el tradicional abuso de los régulos venezolanos. Pedía para el hombre la recta y nervuda libertad del cardón. Y la gran hamaca en que don Chío preparaba sus activos sueños, imaginaba sus artículos polémicos, congregaba al humo de su cigarrillo fantasioso cortejos de nombres y sucesos venezolanos para enjuiciarlos rectamente, y absolvía consultas de las gentes que le traían sus pequeños problemas de honor, trabajo o convivencia, es uno de los símbolos de la más ejemplar tradición caroreña. ¡Qué pocas cosas necesitaba don Chío para ser justo! En esta Venezuela del dispendio, del lujo extranjero, de la riqueza recentísima y chabacana, pisaba las baldosas de su caserón de ladrillos como un gran señor campesino del siglo XVIII; su bastón completando sus

piernas de árbol, su blanco liquilique, su boina de abuelo vizcainarra, sus anteojos y sus chinelas le conducían a todo sitio requerido de más luces o de más justicia. No transaba con todo lo aceptado y convencional. La última razón, el argumento de don Chío, siempre erguido y franco como un cardón caroreño, solía templar los abusos, frenesí o malas intenciones de los poderosos. Por eso pudo ser tan buen contertulio de don Miguel de Unamuno cuando el vasco castellano y el vasco transoceánico se encontraban en un café de París y hablaban de cosas sencillas, pero en ellos profundas, como costumbres, regiones, alimentos y palabras extrañas para nombrar las cosas. Era como un diálogo simbólico entre la encina de Salamanca y el dividive de nuestras tierras agrias. “El corazón del dividive —dice un botánico— es compacto, fortísimo, incorruptible y hasta difícil de labrar con los útiles de mano. Antiguamente sustituía al acero en las ruedas de maquinaria y podía emplearse para muchas clases de objetos torneados.” ¿Y no era comparable el espíritu de don Chío al del acerado y firme corazón del dividive?

En don Cecilio Zubillaga y en su curiosa síntesis de justicia rural y de letrado se ejemplarizaba también lo mejor y más constante de los viejos linajes caroreños. Apellidos que desde hace varios siglos aprendieron a domesticar esa tierra áspera y permanecen en ella con su frugalidad, su trabajo y su dignidad sobre los vaivenes de otra Venezuela movable e inconstante, cortesana de políticos y argonauta inescrupulosa de cualquier vellocino. En Carora se formó —como en pocas ciudades de Venezuela— algo que muy lícitamente se pudo llamar una aristocracia celosa de su comarca y de su cultivo espiritual. Gente raizalmente atada al paisaje venezolano por esos alfileres de energía y reciedumbre con que atraviesan el pellejo de su tierra viril los verticales cardones. Estas casas caroreñas de anchurosos patios —un poco conventos y un poco fortalezas— eran regidas por recios y austeros paterfamilias. Albergaban una aristocracia, desde el punto de vista en que la primacía social puede ser defendida: “como rango que les impone el deber de respetarse a sí mismas, de tener conciencia de sí mismas y también de someterse a la más dura crianza y, en ocasiones,

de afrontar la muerte”, según la clásica definición de Spengler. Y agregaba el mismo historiador, distinguiendo la auténtica y válida aristocracia sobre las espurias e irresponsables: “Este rango confiere a las clases primordiales la superioridad histórica, el encanto del alma que no presupone fuerza pero la crea. No es una suma de títulos, derechos y ceremonias, sino una posición íntima, difícil de adquirir, difícil de conservar y que, si se entiende bien, parece digna de que se le sacrifique una vida.”

No sólo sobre los antepasados que fueron, sino sobre los que serán por su trabajo, su digno sosiego, las virtudes de cultura, cortesía y frugalidad de una Venezuela que ya escasea, sustituida por otra aluvional y estridente, meditaba ante los caserones arcaicos y venezolanísimos de Carora. La ciudad es como un trofeo blanco arrancado a la recia tarea de la estepa. Dicen que más de un case-rón de éstos se blanqueó no sólo con la cal casi monástica de las can-teras, sino con leche espumosa de las dehesas provinciales. Y ante los muros y las gentes y el seco vigor del mestizaje bien logrado me puse también a pensar en ese arte de coraje templado de rectitud y moderación que se llama la hombría. En pocos sitios de Venezuela puede estudiarse mejor como en este paisaje penitente, guerrero y místico de la campiña caroreña. Los cardones están siempre ense-ñando su recia y enjuta verticalidad.

LOS ANDES PACÍFICOS*

Contrastes geo-psíquicos

En los últimos años el automóvil y el avión, acercando las gentes, han disminuido los contrastes psicológicos que se advertían entre los pueblos andinos, y entre éstos y el resto de la República. El más visible de los antagonismos —dentro de la misma zona cordillerana— era el que puede llamarse geo-psíquico entre los habitantes de los valles y vegas calientes y los de las empinadas altiplanicies, como se ejemplarizaba en las diferencias entre una villa bulliciosa, mercantil, igualitaria y extrovertida como Valera y otras de ceño más taciturno y jerárquico como Mérida, La Grita o Boconó. A medida que se ascendía en metros de altitud y se remontaba el curso de los ríos torrentosos, el alma montañesa parecía tornarse más conservadora y tradicionalista; regresábamos a estilos de vida, ética, recato y cortesía que se escenificaron en el siglo XVII español. Al caliente paisaje del cacao, de las vegas de caña, al sombreado y fresco del café y a la gélida paramera del frailejón, correspondían también psiques y actitudes distintas.

Como los primeros pobladores hispanos que huían de tan largas aventuras en el arcabuco tropical, prefirieron asentarse en lugares frescos y propicios al cultivo del trigo y de las frutas europeas, a la llamada tierra fría o templada de la zona andina se asoció un estilo histórico más patinado y venerable que el de las poblaciones de tierra baja, surgidas y desarrolladas en el siglo XIX como centros de tráfico hacia el Lago o sitios de acceso a las tres únicas y

* Con el título de “Vida y trabajo en Los Andes” fue publicado por primera vez en *El Nacional*, Caracas, 3 de agosto de 1953 (p. 58).

pobres vías férreas que se quedaron orillando la periferia lacustre: el ferrocarril de Motatán a La Ceiba, el de los Cañitos a El Vigía, el ferrocarril del Táchira. Del camino al Lago, que era también el del mar y el del forastero mundo cosmopolita, brotaron poblaciones como la dinámica Valera, en el Estado Trujillo, y Colón, en el estado Táchira. Eran las postreras etapas de los largos y despaciosos arreos de mulas que por cuentas y páramos conducían a Mérida, Tovar y San Cristóbal los víveres, las telas, los implementos agrícolas, el alambre de púas para cercar las propiedades, las drogas y las cervezas foráneas. A espaldas del baqueano caminador se acarreaban también los pesados órganos de las iglesias, los pianos para las señoritas de la sociedad y las primeras plantas eléctricas. El transporte de un piano desde Maracaibo hasta Mérida por la primitiva costa lacustre de El Vigía resultaba más caro que el instrumento mismo, y se elevaba a veces hasta trescientos pesos. Mientras en las villas nuevas y más próximas a los caminos de salida se albergó una sociedad más cambiante y dinámica, en otras, como Mérida, La Grita y Trujillo, se siguió viviendo una existencia más formalista y jerárquica que prolongaba en nuestra serranía el mundo ceremonioso y cerrado de la España de los Austrias. Centros de vieja cultura eclesiástica y conventual, la iglesia frecuentemente configuraba y absorbía allí —a pesar de todas las reformas republicanas— instituciones que eran más del orden civil que del religioso. Los juristas de Mérida en pleno siglo XIX sostuvieron, con los obispos Unda, Bosset y Lovera, polémicas sobre fueros, diezmos o jerarquía eclesiástica que recordaban las de los regalistas españoles en el siglo XVIII. Y la Curia emeritense —como en la Edad Media— sometió a solemne excomunión y entredicho allá por 1913 a un ilustre catedrático de la Universidad, firmante de ciertos papeles heréticos. En tan hermosas montañas parecía vivirse para el segado cultivo de la tierra en haciendas que jamás enriquecían; para ganar el cielo y alegar en los tribunales haciendo todavía citas del viejísimo tratado de *Derecho Español* de Sala y del venerable *Derecho Canónico*. No era extraño que muchos de los doctores de la Universidad quisieran lucir, por eso, justo a la

púrpura del Derecho Civil, la cinta morada de la Divina Teología. Y a los lectores curiosos que podían traducir el latín de los canónicos, el *Boletín Diocesano* servía cada mes los más enrevesados casos de la teología moral. En Mérida nos instruían latamente de las asechanzas del pecado, antes que de los gozosos bienes de la vida.

A los contrastes geopsíquicos, determinados por el clima y el *habitat* humano, se unían ciertas diferencias de formación histórica. Hasta 1777 la jurisdicción del Virreinato de Nueva Granada se extendía por los actuales Estados Táchira y Mérida hasta la región de Timotes. Trujillo entraba, en cambio, en el gobierno de Caracas. Y así pugnaron en los Andes desde temprano dos grandes influencias culturales: la que seguía el camino Bogotá-Tunja-Pamplona-La Grita-Mérida y la que desde la costa caribe, pasando por El Tocuyo y Carora, llegaba a las primeras “cuchillas” trujillanas. Aun el observador que mire más allá del camino real, observaría en comidas, fiestas, supersticiones o trabajo artesanal la coexistencia o el choque de estas dos corrientes históricas. Pero el desarrollo y rapidez de las vías de comunicación unifican cada vez más, dentro de una estricta homogeneidad venezolana, los contrastes y antagonismos. Un habitante de Valera, por ejemplo, ya no siente tanto su diferenciación de las gentes de la tierra fría porque en poco más de veinte minutos de autobús sube hasta la fresca explanada de Escuque o al boscoso y húmedo paraíso de La Puerta, como otro de Mérida descubre el trópico en toda su abrasada opulencia descendiendo en una hora a las antes terríficas laderas que caen a las vegas de Estanques y al bajo Chama.

Dentro de la unidad andina hay que atender, sin embargo, a la regional tipología de los tres Estados. El Trujillo, de tan legendaria tradición guerrera, tan quisquilloso y castellano en su vieja ética caballeresca del honor, es diverso de la Mérida universitaria, parsimoniosamente conservadora y más irónica que violenta, y del Táchira nuevo, progresista y emprendedor, con gran sentido pragmático. Irónicamente un merideño que acompañó a otros andinos en expediciones y aventuras políticas por toda la República,

definía de este modo la actitud de las gentes de la Cordillera ante el concreto hecho económico. “Los trujillanos —me decía— prosperan, si hay; los tachirenses, haya o no haya; y los merideños no prosperan, haya o no haya”. Con el fatalismo de mi paisano y a fuero de buen merideño, me satisface pronto con mi destino de inferioridad económica que nos asigna tan graciosa máxima.

La cultura que no está en los libros

Porque hasta comienzos de este siglo los Andes tuvieron una vida relativamente autónoma y comunicada con el mundo exterior más por el lago de Maracaibo que por el litoral del centro del país, venezolanos de otras partes, cuando vieron insurgir las montoneras de Cipriano Castro que de modo tan fulgurante ocuparon el Capitolio, atribuyeron a los andinos una serie de mitos y prejuicios. Se habían ya olvidado los orientales de Monagas y los corianos de Falcón, y tocaba a las gentes de la montaña su turno en el reparto y la ofensiva caudillesca. A la zaga de los caudillos venían también bachilleres, letrados o candidatos a funcionarios públicos. Como ocurre en todas las revoluciones, se habían quedado en casa las gentes que tenían algo que guardar y no querían exponerlo a los azares y precipitación de la guerra. También en los Andes —como en todas partes— había castristas y anticastristas, gomecistas y antigomecistas. Pero la imagen del andino belicoso, que peleó en Tocuyito y usufructuó pueblos como Jefe Civil, opacaba la de multitud de montañeses pacíficos —inmunes a toda excitación política— que permanecieron adheridos a su pegujal. Para muchos compatriotas distantes, los “andinos” venían a descubrir la cultura en Caracas, ignorando no sólo los 143 años que ya tiene la Universidad de Mérida, sino la más añosa tradición colonial de los colegios de Mérida, La Grita y Trujillo. Se sabe mucho de los guerreros de Tononó y de La Mocotí, pero muy poco de un Canónigo Uzcátegui que ofrecía al Rey de España a fines del siglo XVIII todo su peculio personal para que le permitiese crear en los alrededores de Mérida una de las primeras escuelas de “oficios útiles”

que debían fundarse en los dominios españoles. Y música, bibliotecas, periódicos y libros impresos había en los Andes muchísimos decenios antes de que los andinos de Castro descubriesen el Capitolio. A fines de la Colonia ya hubo gentes que llevaban a la montaña —como el legendario Obispo Torrijos— aparatos de física y química y muy profanos libros de lo que entonces se llamaba “Filosofía Natural”. Y no es de gentes incultas, sino de teólogos y juristas, la vivaz dialéctica que exponen los patriotas merideños al adherirse a la Junta de Caracas y clamar por la independencia en septiembre de 1810. Después, en la Mérida de hace más de un siglo, Miguel María Caudales podía enseñar a sus alumnos en su propio y muy novedoso texto de Gramática Latina; Juan de Dios Picón alegar liberalísimamente contra el fuero militar y eclesiástico y escribir sobre estadística, geografía y planes de industria y educación para su provincia; el Maestro José María Osorio instrumentar una ópera, y doña Berenice Briceño, en gentil acceso de frenesí romántico, componer una tragedia que quería emular con Zorrilla y el Duque de Rivas y que se llamaba *La flor de cabiorá*. Había representaciones dramáticas de aficionados, tertulias con música y poesía, solemnes colaciones de grado, picaras “ensaladillas” y epigramas de los estudiantes, vida espiritual que se abría pasó a pesar del soledoso hermetismo montaños. (En visitantes y viajeros de nota, como el colombiano Laverde Amaya, autor de un pintoresco libro de viajes por nuestra cordillera, y la francesa Madame de Roncajolo, se hace justicia a la buena sociabilidad y cultura de aquellas provincias en las décadas del 70 al 80. Y en la *Geografía universal* de Eliseo Reclus hay una encantadora página dedicada al penseroso sosiego de Mérida).

Cultura provinciana, sin duda; de mucho madrugar, andar a caballo por la posesión agrícola y sentarse a leer reposadamente junto a los corredores de la hacienda, festoneada de albriicias. Porque los caminos eran malos y todo no podía traerse de las costas a lomo de mula, la inventiva autóctona debía sustituir frecuentemente las deficiencias técnicas y los reclamos de la producción. Para el beneficio del café y la elaboración de la harina,

se improvisaban trilladoras, molinos, cilindros y descerezadoras, reemplazando ya la tracción animal por la fuerza hidráulica. Se adaptaba a la rueda Pelton y a las complicadísimas poleas traídas de Estados Unidos algún pesado artilingio mecánico de invención criolla. Esto, hasta que las carreteras y las modernas *caterpillars* ensanchando las montañas, permitieron conducir máquinas de mayor precisión e ingente tonelaje. Enternece, a medio siglo de distancia, la lectura de un periodiquito de tan sabias lecciones agrícolas y económicas y de tan progresiva conciencia industrial como aquel *Paz y trabajo* que dirigió en Ejido el Dr. Julio C. Salas, que pretendía orientar a conuqueros y ganaderos, y en el que pedagógicamente se disertaba sobre semillas, conservación de suelos, abonos, cultivos y pequeñas industrias rurales. Y es que junto a los montañeses agresivos hubo también los pacíficos y sedentarios; los hombres de escuela y granja, los que continuaron una tradición que, iniciada con el enciclopedista Canónigo Uzcátegui, se prolongaba en gentes de tanto ímpetu moderno como un Rafael Salas y el primer Caracciolo Parra en el siglo XIX, y un Diego Febres Cordero —creador del milagro agrícola de Rubio— hasta la segunda década de la presente centuria.

Se mantuvo, asimismo, una tradición de artesanía autóctona que sólo ha venido a dislocarla nuestra modernísima cultura aluvional, de mercancías importadas y de dinero fácil. En los Andes, la casa con su huerta doméstica, su horno para el gran amasijo, su gallinero, sus árboles frutales y hasta sus colmenas de abejas, era una unidad de producción en que las mujeres trabajaban como la Penélope de la *Odisea*. Codazzi enuncia en su vieja *Geografía* las ancestrales manufacturas merideñas de alfombras, cobijas, juguetes pascuales, confites y bocadillos y toda aquella algaraza de objetos nativos que aún en el tiempo de mi infancia se vendían en el rumoroso mercado de Mérida y en los tenduchos y talleres criollísimos de la hoy cambiada Calle de Lora. Se mostraban obras de muy limpia talabartería, empinadas sillas de montar; estribos, polainas y gualdrapas; guruperas y pretales; frenos de muy fino trabajo; rejos para enlazar; cordeles y cabuyas; tripas y cuerdas

para guitarras; violines y requintos de confección aldeana; muñecos para los pesebres y santos de toda índole que acaban de salir, con sus grandes chisguetes de pintura, del beatífico taller de don Aquilino Briceño. Las “donadas” del ya extinto convento de las Monjas Clarisas podían realizar en azúcar, para deleite de un obispo humanista como Monseñor Silva, los símbolos y emblemas del Antiguo y el Nuevo Testamento: el Cordero Pascual, el Buen Pastor llamando a su rebaño, el viñedo de la Eucaristía.

Pueblos de muy concentrada religiosidad, en torno del templo —como en la Edad Media europea— parecía cobijarse la vida comunitaria. Antes que los arquitectos y los ingenieros viniesen a planificar las ciudades, hubo alarifes de muy graciosa invención. Me acuerdo todavía del muy mentado Lisímaco Puente, a quien llamaban en toda la Cordillera el “Constructor de torres” porque, desde las bajas y miserables casas de los hombres, se había disparado con sus duomos de ladrillo y blanca argamasa a la conquista de la eternidad. Supo levantar y rematar a plomada una de las torres gemelas de la Catedral de Mérida que, según decían los mayores, estuvo a punto de convertirse en Torre de Pisa después del terremoto de 1894, y aprendiendo en tan grande estructura, lanzose ya en profesión de torrero magnífico por todas las iglesias de la serranía. Cuando en cualquier pueblo de los tres Estados la junta de damas y caballeros piadosos había reunido los primeros cuatrocientos pesos para reparación o construcción del templo, se llamaba a Lisímaco Puente para que le aderezara su peculiar *campanile*. Había inventado un como estilo románico de su propio magín, potente de llenos y masas de ladrillos, que llega a su clímax artístico en la torre y las cúpulas de la iglesia de Escuche. Este pueblo trujillano quedó tan contento de la buena obra del artífice que en el frontis de la iglesia se recuerda su nombre y se le sigue rememorando como los florentinos al Giotto. Y tras de Lisímaco marchaba siempre, en noble expedición estético-religiosa, el Maestro Antonio Dávila, extraordinario tallador en madera de púlpitos, baldaquinos, altares y confesionarios; el más genial ebanista que acaso hayan conocido los Andes. Todo merideño de las viejas

generaciones, y que se estime, nació en esas camas de muy florido y señorial copete, de recia caoba y muy robustas columnas salomónicas que el maestro Antonio sabía tallar y labrar como un Bernini de la madera.

Y en un paisaje de musgos y fresca navideña, vuelvo a escuchar aquellos “violineros” del longevo y venerable Maestro Deogracias —especie de Orfeo de los campos de Mérida— en las liturgias pascuales; verdadero encantador de bodas, bautizos y pesabres campesinos. “Violineros” —para diferenciarlos de Paganini y Stradivarius— en cuanto sus instrumentos no habían sido fabricados en Cremona sino en los Andes y en cuanto las cuerdas metálicas podían ser sustituidas impunemente —como en el alba de la música— por las tripas de un recental. Pero con su repertorio de villancicos y músicas para las “paraduras” del niño, para las fiestas de Reyes o de la Candelaria, formó escuela y, transmitiendo su primitiva sabiduría a los entusiastas discípulos, fue a morir, como un Pitágoras errante y casi centenario, en una aldea trujillana.

Otros oficios y artesanías andinas; telares indígenas de Mucuchíes, petates y esteras de Lagunillas, muñecos de anime, variada loza del Táchira, eran también la expresión de un pueblo laborioso que tenía que complementar con sus manos lo que no le daban los estrechos conucos. Y un amor de la casa campesina, blancamente encalada de vivo zócalo azul y rosadísimas tejas, que parecían acabadas de salir del horno. Cautelosa economía doméstica que gusta de la comida abundante, de la cama limpia, de la cosecha de cebollas y papas guardadas en la despensa, del altarcito poblado de santos y del patio florido de macetas. Un orden familiar y rural de la vida como no se encontraba paralelo en otras comunidades venezolanas. No se contaba con los Dorados promisorios de la Guayana ni con el dinero más fácil de las poblaciones mercantiles y costeras, y la riqueza —cuando se conseguía— no era sino la suma lenta y heroica de millares de horas de trabajo, de ahorro, de inventiva y cálculo. Si —como todos los venezolanos— los andinos también esparcieron violencia en esta diáspora azarosa que fue la historia del país, debe abonárseles, en cambio,

la positiva virtud de su prudencia vital. No sólo fue andino Juan Vicente Gómez; también lo fueron civilizadores y filántropos, hombres de tan benéfico espíritu creador como el Canónigo Uzcátegui, Monseñor Zerpa, el viejo Parra y Olmedo, Eusebio Baptista, Juan de Dios Picón, José Gregorio Hernández.

Problemática de hoy

Hoy los Andes —acaso con mayor angustia que otras regiones del país— ven en crisis su antigua y sosegada economía natural y requieren adaptarse a nuevos imperativos técnicos y capitalistas. La agricultura de cerros y vallecitos estrechos, arada por la milenaria yunta de bueyes, no puede competir con la mecanizada agricultura de las planicies. La erosión sigue destruyendo las tierras, ahondando calveros y profundas grietas en las que ayer fueron montañas húmedas y boscosas. Ya no basta, para el tranquilo orden de las modestas familias labriegas, asentar los hijos en el trabajo del conuco o sembrando a medias con el latifundista, o haciéndose curas, soldados y funcionarios aquellos que querían dejar la heredad. A hacinarse, perder el buen color y el prudente estilo campesino de vida, marcharon centenares y millares de mozos a los campamentos petroleros del Zulia y Falcón. Cambiaron la mistela y el anisado por el *whisky*, las alpargatas por los mocasines, y leyeron los *Tópicos Shell* sin que eso refluyera para la provincia en verdadero progreso social. A otros, el camión de carga con que van a Caracas, Maracaibo o Puerto Cabello, llevando o trayendo mercancías, los emancipó de la fuerte raíz tribal de la familia y se trocaron en gentes nómadas y escoterías, casi sin querencia en ningún sitio. Hay, detrás de los cerros, blancas aldeas donde predominan las mujeres porque la mayor parte de los hombres partieron en busca de una lejana riqueza. Quizás —y a pesar de la mayor circulación monetaria— hay menor abundancia de víveres y comidas que en aquellos años dorados de la gran producción cafetera, cuando no faltaba en cada casa rural el gran amasijo de morenas acemas, la espesa y nutritiva chicha de maíz (que en

los Andes era alimento más que bebida), las cremosas cuajadas, la amarilla y potente sopa de arvejas maduras sazonada de yuca, plátanos y ají, y la mazamorra y el guarapo caliente para nutrir a los muchachos. La población crece en progresión más alta que los recursos técnicos y económicos, y no es aventurado decir que entre las primeras “cuchillas” andinas del Distrito Carache, por el norte, y el río Táchira, por el sur, habita ya un millón de personas. (Es un territorio dos veces más pequeño que los llanos del Estado Guárico, seis mil kilómetros menor que el despoblado Estado Barinas y la décima parte del Estado Bolívar). La que era existencia sosegada, patriarcal y casi autónoma, con los cánones del siglo XVIII y aun con las formas económicas que prevalecieron en Venezuela hasta 1920, resulta ya dificultosa y problemática ante las exigencias de hoy. La mayor riqueza de los Andes era el vigor y sobriedad de sus gentes y sus hábitos de trabajo, pero esto ya no sirve cuando las tierras comienzan a erosionarse y empobrecerse. Y ¿cómo restablecer los módulos del antiguo trabajo rural en competencia con los altos salarios y la fascinación del petróleo?

Dentro del plan general de Venezuela, quizá se requiere un prospecto de los Andes —considerando los tres Estados como región natural y unidad geográfica— que reforeste y recupere las tierras perdidas, racionalice y modifique los cultivos, incorpore a formas modernas de producción el buen instinto artesanal de las gentes y abra todos los caminos necesarios para la conquista económica de ese *hinterland* que al pie de la serranía forman los llanos barineses y las tierras bajas de la periferia lacustre. Y cuando un gran ferrocarril de penetración se construya —preterido sueño andino de hace más de ochenta años—, las caídas de agua y los blancos chorrerones que se despeñan de los páramos podrán electrificar una industria como la que al pie de los Alpes forjó la grandeza de la Italia del Norte. En esa soñada Venezuela, Mérida y Trujillo serían el Piamonte, y el Táchira la más ancha Lombardía. Próvidas de aguas y con ritmo creciente de población, ciudades como San Cristóbal y Mérida ya no se conforman con su arcaico destino rural; quieren ascender a la moderna tecnología. Con

mejores rutas y organización económica, el capitalismo —que ya comienza a ser henchido— de una metrópoli mercantil como Maracaibo podría volcarse también sobre la región montañesa. Los Andes tienen no sólo frescos paisajes, ríos blancos y lejana corona de nieves perpetuas para reparo y alegría de los turistas, sino esfuerzo humano que —como en toda Venezuela— a veces degeneró en aventura y violencia cuando encontraba obturados los ecuánimes caminos del trabajo pacífico. Y no es cuestión de que cada comarca presente a las otras su lista de agravios y resquemores regionales, sino que todas se identifiquen en la tarea de la patria única.

TESTIMONIO DE MÉRIDA*

No era ministerio fácil el de cura en aquellas soledades del Virreinato de Nueva Granada en el siglo XVIII. Casi toda la larga vida de don Basilio Vicente de Oviedo se le pasó escribiendo en once dilatados volúmenes lo que puede llamarse una enciclopedia del saber sacerdotal, desde las más elevadas noticias sobre la naturaleza de los ángeles, la vida de los patriarcas, profetas, príncipes cristianos y sacerdotes, las doctrinas de los santos concilios, hasta nociones más simples, prácticas y cotidianas, como en cuánto se calcula la congrua sustentación de cada curato desde los Andes de Pasto hasta los llanos de Barinas, y otros datos útiles sobre remedios caseros —cataplasmas, bebedizos, confortativos— con que el sacerdote perdido en pueblos tan hoscos puede socorrer a sus feligreses. Entre éstos no todo es rebaño dócil; la actitud de los pueblos ante el párroco cambia con los climas y hábitos de la vida civil. El Padre Oviedo se expresa, por ejemplo, con suma acritud de los habitantes de Pedraza, en tierras barinesas, pues a más de abundar allí “los zambos caratosos”, viven “sin cuenta y razón”, “tienen cabeza de ignorancia” y “no se confiesan ni en artículo de muerte”. Conviene que además de su breviario, sotana, balandrán y aporreado latín, el cura conozca las plantas y animales del lugar en que habita y actúe de médico o simple curioso cuando no sólo peligran las almas sino también los cuerpos de sus fieles. Un bebedizo o una cataplasma oportuna completan el efecto carismático de la oración.

¡Qué deleitoso el capítulo segundo de las *Cualidades y riquezas del Nuevo Reino de Granada*, de don Basilio Vicente, en que habla

* Se publicó por primera vez en *El Nacional*, Caracas 15 de octubre de 1957 (p. 4).

de árboles, yerbas, untos y medicinas! Sabemos por él que el anime no sirve sólo para hacer figuritas, pájaros y corderos de pesebre, pues también “conforta la cabeza de los que padecen vahídos”. Todo el mundo aprecia las virtudes del “salsifraz”, que quebranta las piedras de la vejiga; de la “caraña” trementinosa, que en forma de apósitos y sahumerios se usa contra las dolencias producidas por el frío; del “coralito”, efficacísimo para erupciones, empeines y manchas, y de otras panaceas que ofrece nuestra flora indiana o se trajeron de España. Hay desde la espadilla, la escorzonera, la milagrosa zarzaparrilla, hasta el humildísimo y melancólico llantén. Una huerta con malva, romero, toronjil y ruda debe ser gentil complemento de toda casa cural.

Pero más que por tan añejas recetas, el libro del Padre se hace simpático a los venezolanos por la curiosa descripción de ciudades, villas y curatos de las provincias de Mérida y Barinas antes de que se incorporasen a la Capitanía General de Venezuela y se fundase la diócesis merideña. Al hablar de Mérida, la prosa del cronista se eleva hasta lo lírico. Ni el valle de Popayán, ni la sabana de Bogotá, ni la apacible y verdeante vega de Sogamoso (¡qué sauces, qué álamos, qué aguas quietas!) logran entusiasmarle como la meseta que tajaran con cuchillo de diamante los ríos serranos para que surgiera Mérida. Peculiaridad de la provincia es que también “produce ingenios excelentes, pues los más que se aplican a las letras salen aventajados y son agudos y perspicaces”. El capítulo XVI del libro lo dedica a la descripción de la ciudad. Enaltece en esa Mérida del siglo XVIII no sólo sus conventos de San Agustín, Santo Domingo y San Francisco, el Colegio de Jesuítas, tan “rico de haciendas”; el hospital y monasterio de monjas de Santa Clara, donde ya las manos monjiles hacían tantos primores en bordados, figuras de anime, “delicadas” y “brillantes” de azúcar, sino otras rarezas y maravillas de la geografía, con que la ciudad compite con muy prósperas y hermosas villas indianas. ¡Qué emoción —tan del siglo XVIII— pasar el torrencioso río Chama en “cabuya”, camino de los floridos prados de San Jacinto, y beber aquellas aguas clarísimas, dulces y frescas, que parecen el llanto de la Sierra

Nevada! Y luego los pájaros, las frutas, las flores. El Padre Oviedo goza enumerándolos: “Hay toches y turpiales de cantos muy sonoros.” Se producen “manzanas, duraznos, membrillos, granados, plátanos, chirimoyas, aguacates”. “Hay abundancia de buen trigo, maíz, papas, arracachas, yucas y riquísimos cacaos.” Es decir, que para ofrecer fragancia, gusto y regalo a los sentidos del hombre, en la latitud de Mérida se juntan los productos de la zona tórrida con los de la zona templada. Los albérchigos de los árabes, los limones andaluces y los cobrizos caimitos aborígenes.

Pero reparen geógrafos y naturalistas —y esto interesa mucho al Padre Oviedo— que tiene otra particularidad Mérida, y es la de juntar en un solo día las cuatro estaciones del ciclo solar. Según el reloj climático del buen cura, se disfrutaban en cada día merideño —para no envidiar otros climas— cinco horas de primavera templada, seis de caluroso otoño y medianoche y madrugadas frías. Y a los viajeros amantes de la naturaleza les gustará ver salir el sol o morir el crepúsculo desde uno de los miradores más extraordinarios de la altiplanicie merideña: “el cerro de las Flores, con su laguna hermosa en cuya circunferencia hay flores y laureles que la hermosean mucho”. Un rey moro habría hecho allí el más espléndido “generalife”. Y según el cronista, la belleza del paisaje parece influir sobre la apacibilidad y cortés sosiego de las personas. “Las gentes del lugar son de genios agudos, despejados, amables y festivos, y aun picados de briosos.” “Hay muchas familias nobles descendientes de los conquistadores, donde han permanecido o continuándose más, a proporción del número, por lo saludable, ameno y deleitoso, y ser tierra de comercio que se comunica mucho con el Reino y con la provincia de Caracas.”

Como el Padre Oviedo escribe para curas o aspirantes a una parroquia donde se pueda vivir y morir en paz, el curato de Mérida para aquellos días de 1750 era uno de los primeros y más apreciables en toda la extensión del Nuevo Reino. “Rentará a su párroco mil pesos en géneros, sin los novenos, y si éstos se les restituyen a los curas, rentará más de mil doscientos pesos.” Advierte que a tres leguas de la ciudad hay otra feligresía muy apetecible, la de Ejido,

que renta “otros mil pesos”, posee “muchos trapiches de caña, produce frutos de la tierra caliente” y “su principal trato son los dulces, azúcares, conservas y panelas, que conducen a Maracaibo”. ¿Y observan, también, los viajeros que otras leguas más allá, donde el Chama se torna más violento, crecido y crujidor, se levanta la “famosísima hacienda de Los Estanques”, que es “muy cuantiosa, con capellán perpetuo”, “muy linda capilla” y “servida de más de 150 esclavos”? La fundó doña María de Urbina, encomendera de dramática leyenda. Trajo allí artífices, doradores y artesanos que decoraron la prodigiosa capilla del Rosario de Tunja, para que tallaran y esculpieran las olorosas caobas. La adornó, asimismo, de Cristos y Vírgenes andaluzas de la escuela de Alonso Cano. Era quizá la obra más hermosa de nuestro barroco colonial. La devastaron y destruyeron los ávidos coleccionistas caraqueños y algunos turistas americanos. Se vendió por pedazos en las “chiveras” de Caracas. Columnas salomónicas, angelotes de hinchados carrillos, tabernáculos de plata y oro, sirven hoy de adventicio ornamento en alguna casa principal.

Quizás el Padre Basilio Vicente de Oviedo inicia en el siglo XVIII la lista de aquellos geógrafos y viajeros que se enamoraron del incomparable paisaje de la comarca merideña. Continúa la lista hasta hoy con nombres como los de Codazzi, Reclus, Siervers, Laverde Amaya, Madame Roncajolo, Alfredo Jahn, Samuel Darío Maldonado, Raymond Christie. ¿No valdría la pena que en lugar de tantos discursos retóricos en que los venezolanos derrochamos palabras, oídos y tiempo, se reuniese para el venidero cuatricentenario de Mérida una antología de dichos testimonios? Recogen imágenes insustituibles en la historia de nuestra cultura. Dan materia de reflexión y encanto a historiadores, sociólogos, poetas y novelistas.

EN LA UNIVERSIDAD DE LOS ANDES*

Agrario y eclesiástico (como correspondía al espíritu de la ciudad en el siglo XVIII) fue el origen de esta Universidad. La atrayente historia acaso comienza cuando el muy ilustre civilizador de toda la región andina que fue el Canónigo Uzcátegui marchó por frágiles caminos a encontrar al primer Obispo de la diócesis, Fray Juan Ramos de Lora, retenido entonces en Maracaibo por el demasiado amor de nuestros amigos maracaiberos, que recelaban de que la sede episcopal morase al pie de la Sierra Nevada. Y hay en esos días un deleitoso y casi medieval contrapunto entre las dos ciudades occidentales para ganar primacía de estudios y de religión, disminuyéndose mutuamente sus comodidades, méritos y piedad para recibir al Obispo. Como típica expresión de localismo en una patria que todavía no se soldaba ni lograba clara conciencia de su unidad, se pueden leer, en una serie de documentos que comienzan en 1785 y terminan en 1810, en las vísperas mismas de la Independencia, las listas de agravios —extremadamente pintorescos— que las rivales comarcas presentaban a esa oficina mayor de chismes de la inmensa monarquía española que era el Palacio de Madrid. Hay un despiadado vecino de Maracaibo, el licenciado don Josef García y Olivia, defensor de temporalidades en 1787, completamente insensible a la belleza del paisaje de Mérida, que acumula contra nuestra recatada ciudad montañesa toda una premática de denuestos. Según él, nadie puede vivir a gusto en Mérida, pues la región es “escasa de ganados, con terrenos de suma esterilidad y sierras muy escarpadas de nieves y páramos”.

* Fue publicado por primera vez en el “Papel literario” de *El Nacional*, Caracas, 31 de marzo de 1955 (pp. 3 y 6).

Agrega la injuria de llamarnos “terreno enfermizo”, “propenso al mal de cotos y paperas que salen en las gargantas”. De acuerdo con su bilioso juicio, quien recorriera las calles de Mérida no vería “sino estudiantes y niños pobres y vagos, faltos de todo auxilio y doctrina”. Y como es natural, los merideños reunidos en la casa de los Rodríguez Picón, los Dávila, los Nucete, los Paredes, los Ruiz Valero o los Uzcátegui, interrumpen una sabrosa partida de malilla para replicar los agravios y oponer, como singular argumento climático al destemplado frío que los hijos del Lago atribuían a nuestras montañas, la equiparable aspereza del calor maracaibero. Es toda una disputa medieval entre el frío y el calor, y qué conviene más a los humores del estudiante y al buen desarrollo de la “imaginativa”, la que se plantea entre ambas ciudades. Pero rendido por la hospitalidad y magnificencia como de príncipe renacentista con que vino a recibirlo el Canónigo Uzcátegui, Monseñor Lora se decidirá por Mérida y asentará aquí su cayado de obispo caminante. Además, aquel primer prelado merideño había vivido en la mexicana ciudad de Puebla de los Ángeles, que por la altitud y proximidad de sus nieves y montes se parece más a Mérida y está más cerca del cielo que la opulenta Maracaibo.

Y poco tiempo después de llegar a nuestra altiplanicie está comprando solares para construir el Seminario, núcleo inicial de la futura Universidad de San Buenaventura. Debió tener fino gusto estético, porque plantó la fábrica entre la Plaza Mayor, proyectada sobre la sierra, y las floridas barrancas en que la ciudad se asoma al clarísimo espejo del Albarregas. Desde entonces, este río que esparce blancura, como ya lo da a entender su nombre, más sosegado, labriego y erudito que el turbulento Chama, se vincula a la historia estudiantil de Mérida y ha venido a ser en nuestra tradición como el Tormes para la venerable Salamanca. El Albarregas, tan próximo a la Universidad, aprendió pronto versos de Garcilaso y declinaciones latinas. Se doctoró en ambos Derechos y es el más encanecido maestro y poeta de la ciudad. Lo cruzaba a caballo, para ir a sus tejares y trapiches de San José y fundir el primer cañón de la independencia, el diligentísimo Canónigo Uzcátegui; fue fiel

amigo del Rector Agustín Chipía, de don Emilio Maldonado, de don Tulio Febres Cordero, de los poetas de la generación de *Génesis y Literatura andina*, merideños que paladeaban como dorado vino añejo el espíritu de la ciudad. Allí hacían milagros el Obispo Arias, Monseñor Zerpa, el Padre Miguel Lorenzo —candidatos a santos en la rica hagiografía merideña—, y los mejores sonetos de su generación el poeta Humberto Tejera. Baño natural y reñidero de estudiantes; paraíso sombreado de ceibos y naranjos para los flojos que escapaban de clase; mirador y casi confesionario romántico de adolescentes que llevaban a aquellas riberas de luz, verdor y aguas maravillosas su primera sorpresa y estremecimiento ante el misterio del mundo. ¿Cómo no conoció y se encantó con el Albarregas el malhumorado doctor don Josef García y Oliva, adversario de Mérida y defensor de temporalidades? Pero a pesar de que crecía la edificación emprendida por Monseñor Lora, y la buena prosa del Mayordomo Juan Moreno describe en un documento de 1790 los “pesados tapiales de bastante firmeza”, los tejados de “alfalderías” (bonita palabra que desapareció de nuestro vocabulario) y los veinticuatro cuartos ya construidos en tres extensísimos patios y dos pisos, con pilares de mampostería y madera labrada de “la firmeza y curiosidad que permite la situación de la ciudad”, no obtienen los vecinos, en su farragosa y papelera disputa con el Monarca, que el corazón real se ablande y otorgue al Colegio dignidad universitaria.

¡Oh, si ese obeso y obtuso Carlos IV, tan intolerante con Mérida, caricaturescamente pintado por Goya en su actitud de buey manso de un Imperio que comenzaba a destruirse, hubiera visto alguna vez las mariposas y colibríes de nuestro paisaje serrano, las verdes montañas que enmarcan la altiplanicie, los diáfanos ríos que la circundan, y saboreado la dulzura de nuestros aires! Pero para vencer su testarudez no se había inventado entonces la fotografía en colores, y la prosa en que argumentaban su causa los merideños era bastante curialesca y pesada. Apenas, todo malhumorado, el Monarca accede desde el florido sitio de Aranjuez, en 1807, a que el Seminario tenga estudios generales

de Gramática, Filosofía, Derecho Civil y Canónico, a más de las Sagradas Escrituras, y que otorgue grados en dichas disciplinas, lo que evitaba a los escolares el fatigoso viaje en mula a Caracas o Santa Fe de Bogotá. Y cuando el Teniente de Justicia Mayor de la ciudad, don Antonio Ignacio Rodríguez Picón, manda que se propale la noticia, entre grandes regocijos públicos, quiere entender —excediéndose un poco en la interpretación del documento— que la gracia del Soberano vale ya por el título de Universidad. Entretanto habían acontecido en Mérida y en su primer núcleo académico una serie de hechos de significación considerable: se adscribieron al patrimonio del Colegio varias de las haciendas que fueron de los jesuitas, como San Jacinto, Santa Catalina, los Cacutes, San Jerónimo, la Virgen, el Hato del Pagüey, que bastaban al decente mantenimiento de catedráticos y escolares (“medio real de pan, medio real de carne, todo lo necesario de recado para la olla, un millar de chocolate por mes, ocho reales de velas y cuatro reales de conservas, más trescientos pesos de salario anual”, era la bonificación de un maestro, según un documento de 1794); y causando tormentosa perplejidad intelectual, llegaron en 1793 los treinta mil volúmenes, las máquinas eléctricas y neumáticas y los globos terráqueos y celestes con que dotaba al Instituto el enciclopedista obispo Fray Manuel Cándido de Torrijos. Es decir, las gentes se pusieron a leer lo que habían ignorado en más de dos siglos y medio de aislamiento y empirismo agrario. El Canónigo Uzcátegui había intentado fundar en la cercana villa de Ejido la primera escuela de oficios útiles, para sacar al pueblo de su centenaria condición de sirvientes y enfeudados, y el nocturno chocolate de los hidalgos y estudiantes se puebla de nuevas y explosivas materias de cavilación y desvelo. En Santa Fe de Bogotá, muy comunicada entonces con Mérida por los viejos entronques virreinales, don Antonio de Nariño ha impreso y hecho propagar los Derechos del hombre y del ciudadano. Está cambiando profundamente el mundo en la década final del siglo XVIII y primera del siglo XIX.

Por los tres grandes patios del Instituto alternan entonces con sus compañeros serranos los jóvenes ansiosos venidos de

Trujillo y Barinas, de Guanare y de Coro, que en 1810 contribuyen a animar la rebelión de la Junta Patriótica y serán prelados, juristas, héroes de la futura República. Los que se incorporan al ejército de Bolívar cuando por primera vez se le llama Libertador al entrar en la ciudad en 1813, y no mueren en Niquitao, Bárbula, Los Horcones (los héroes niños de que habla Bolívar en conmovedora carta), o no perecen en las mazmorras de Puerto Cabello y en la diáspora de 1814, bajo la represión realista, irán a los Congresos de la Gran Colombia o actúan como consejeros de alto sosiego bajo el gobierno de Páez. Los claustros de Mérida darán a la República naciente la noble prosa humanística y los versos latinos del Obispo de Tricala, la santa prudencia del Obispo de Jericó, Monseñor Arias, y los tratados político-económicos, de tan documentada sensatez, del Maestro Juan de Dios Picón.

Parece de milagroso significado histórico que una de las primeras reivindicaciones de los patriotas merideños al formar su Junta autonómica sea darle ya al Colegio el título de “Universidad de San Buenaventura de Mérida de los Caballeros”, con todos los privilegios de la de Caracas y con la facultad de conferir todos los grados menores y mayores en Filosofía, Medicina, Derecho Civil y Canónico, Teología. De un firme plumazo, aquellos varones, al empezar a romper los vínculos que nos ataban a la lejana metrópoli española e invocar su derecho a un nuevo tipo de sociedad política, señalaban como primera consigna un reclamo de cultura, hecho único y extraordinariamente enaltecedor que debiera grabarse en el blasón espiritual de Mérida. Es decir, que tan necesaria como la preparación de la guerra contra los españoles que inexorablemente vendría, era la “republicanización” (permítaseme la palabra difícil) de los estudios. Y al *Trivium* y *quadrivium* tradicional agregaba el acta de 21 de septiembre de 1810 una nueva cátedra de Filosofía y otras de Anatomía y Matemáticas. Y los jóvenes juristas que ya habían formado el Colegio —principalmente Talavera— se ocuparán en los meses siguientes de redactar una Constitución de la provincia en que quedan abolidos los mayorazgos y otros privilegios aristocráticos, y se formula, por primera vez

en estas montañas, una teoría democrática del poder público. Es ésta la mejor tradición cívica de Mérida y parte de sus memorables ejecutorias en la formación del Estado venezolano.

Después la historia de esta casa ha de mezclarse en el piélagos turbulento, pero a la larga igualitario y progresivo, en que hay épocas bonancibles y épocas adversas, del común proceso nacional. Años de guerra civil y de miseria en que los catedráticos daban sus clases sin esperanza de pago o acudían a las aulas con sus levitas decimonónicas tornasoladas por el uso. Tiempo bravío en que los sucesivos invasores de nuestras contiendas fratricidas ocupaban la ciudad e iban a encender fogatas para la intemperie nocturna con los viejísimos infolios del Obispo Torrijos. O los patios de la Universidad —tan próximos al antiguo Cuartel— sirvieron de hospital de sangre o cuadra de caballos guerrilleros. O llegan a Mérida las gentes desaladas que venían escapando del incendio de los Llanos durante la Guerra Federal. O la pueblan las caras famélicas que se salvaron de la terrible trampa de Mocomboco. Y se consuma el abuso del General Guzmán Blanco de privar al Instituto de sus antiguas fincas, sin devolver el precio del despojo. Había venido a menos la firmeza económica de la Universidad a fines del siglo XIX: se nutre en 1883 con cuarenta y cinco mil cuatrocientos bolívares anuales, frecuentemente retardados en la Tesorería, y paga a sus catedráticos ciento veinte bolívares al mes. Lo que perdió en fortuna material se le devuelve en adjetivos, y ya se le llama “Universidad de los Andes”, esperando que con tan menguados recursos centralice y oriente la vida espiritual de toda una vasta zona del país. Pero en esas épocas de infortunio hay merideños celosos, legítimos herederos de aquellos que pelearon a Carlos IV la fundación del Instituto, que defienden la urgencia de cultura sobre todo vaivén político. Un Ministro de Instrucción de aquellos días reprocha al diligente, áspero y austero Rector Caracciolo Parra que escriba a instituciones europeas y americanas, y aun a Jefes de Estado, pidiéndoles libros para la Biblioteca, sin cumplir el trámite protocolar de remitir las notas por conducto de la Cancillería. Y el Rector responde, con la más enfática entereza, que cuando el Instituto está tan abandonado,

es preciso no fijarse en esas minucias ceremoniales y buscar libros donde puedan darlos. Y el mismo viejo Parra, fuerte y duro como el guayacán de las tierras trujillanas, cumple proezas de fundador; ahorra, pide e insiste para acabar la construcción del edificio; cuida los ladrillos y los sacos de arena, y se da también el lujo de levantar la torre del Observatorio, que en su sueño romántico debía parecerse a las más medievales torres de la universitaria Bologna. Adereza, asimismo, el primer gran salón de actos públicos donde los merideños de comienzos de siglo veían las recientes e instructivas maravillas del cinematógrafo Lumière.

Y a pesar de tener fama la ciudad de ser de índole más eclesiástica y ritualista que otras del país, también hubo campo para la heterodoxia en esta casa de estudios. Al cobijo de la Universidad se formaron algunas de las generaciones literarias, científicas y políticas de más notoriedad en la historia de la Cordillera y de todo el país: la de Gonzalo Picón Febres y Tulio Febres Cordero; la de Morantes y Abel Santos; la combativa generación positivista de Julio C. Salas y Samuel Darío Maldonado; la de *Génesis*, que trajo el modernismo literario a las Sierras Nevadas; la de las revistas *Los Andes* y *Literatura andina*; las de 1920 y 1930; las que ahora despuntan en la vida nacional. Y en el sucederse de los tiempos, desde los días que ya nos parecen de conseja del Obispo Torrijos, hasta los de nuestra época atómica y existencial, frente a la común rutina y pasividad de muchas gentes, siempre hubo aquí promociones de mozos que fijaban su presencia en el mundo con una agitada invocación al espíritu y desde el silencio de estas montañas querían ir a conquistar las islas maravillosas de la Utopía. Ninguna cultura tiene validez si además de ordenar para el hombre los datos del mundo físico y de la conciencia, no lo eleva asimismo hasta el sueño de mejorar el universo y de vencer —hasta donde sea posible— el mal y la adversidad. Y cuando de muchachos leíamos los primeros versos y discutíamos los primeros grandes libros en estos claustros merideños, ellos parecían impregnarnos de aquella materia soñadora, utópica y quijotesca que le da suprema razón e inextinguible acicate a la vida.

Entre todos los tesoros que no se pueden disputar a Mérida está el de su prodigiosa naturaleza. Supremos dioses poetas se pusieron en este rincón de Venezuela a plegar y enverdecer montañas, tallar altiplanicies con el cuchillo de los ríos blanquísimos, desgajar nevados torrentes por las grietas de los cerros, congregar flores, pájaros y mariposas, para contento de los hombres. El merideño que viaja, lleva la iluminada fábula de su paisaje como permanente nostalgia. Y la franciscana cercanía de árboles, aguas, horizontes de placentero verdor, parece convidar en Mérida al estudio y la meditación. Nuestra tradición de cultura —por modesta que ella parezca— nos hizo en general gentes reflexivas, corteses y razonadoras. El auge que ya tiene la Universidad hace presentir lo que será mañana en una patria creciente y con mayor espíritu de emulación y trabajo. Si Facultades y Escuelas nuevas se han ido agregando a los programas, tradicionales, como la de Ingeniería Forestal, que debe cumplir en los Andes la tarea de defender y conservar nuestros despojados recursos naturales, otras aguardan el turno de incorporarse a nuevos planes de enseñanza. Quizá junto a las escuelas profesionalistas nos hacen falta —aun para mejor fundamentación de aquéllas— más ciencias puras y más humanidades. Parece un poco anómalo que no exista aquí una Escuela de Letras, Filosofía y Educación, para que las nuevas generaciones no pierdan el necesario amor por la cultura desinteresada, por el orden de las ideas, el buen uso del idioma, el análisis de la realidad social e histórica, sin los cuales el proceso del país no se organiza en conciencia creadora. El entusiasta renacer de los estudios humanísticos, de las discusiones y cursos libres de cultura, que ahora se observa en Caracas, debe contagiar a Mérida con un fervor parecido a aquel con que los patriotas merideños de 1810 pusieron en la primera lista de sus nuevas reivindicaciones y derechos la consigna de su Universidad republicana.

El destino de Mérida se asocia desde entonces e indisolublemente al de esta casa universitaria, que ha sido, tal vez, nuestra mayor empresa histórica. Y en el auge y la defensa de ella, en el cuidado con que debemos ayudarla y mejorarla siempre, se involucra

y responsabiliza nuestro civismo regional como parte entrañable de nuestro común deber de venezolanos.

MENSAJE A LOS MERIDEÑOS (EN EL IV CENTENARIO DE LA CIUDAD)*

No puedo estar en Mérida entre mis compañeros de generación y entre las gentes más jóvenes, contando amigos muertos y abrazando amigos vivos, para celebrar el cuarto centenario de la ciudad. Espero que el Chama, el Mucujún, el Albarregas, el Milla, los cuatro ríos que la ciñen y las pequeñas quebradas que le siguen cantando, se porten bien para ese día de fiesta, y la Sierra —a pesar de los relativos nublados de octubre— estrene las nieves más limpias para el regocijo. Y haya bastantes flores en las lomas, y algunos muchachos —como cuando éramos niños— levanten en el Llano Grande sus cometas de color y de viento. Que luzca perfecto para los forasteros que la visiten ese paisaje en que suelen juntarse —como en muy pocas tierras del mundo— lo eglógico y lo wagneriano. Mérida es eglógica, mirada desde aquellas pequeñas heredades agrícolas de La Otrabanda, San Jacinto, Liria, El Vallecito, La Pedregosa, donde nunca faltaba, junto al cilindro de descerezar el café y los tanques para lavarlo, la sombra hospitalaria del corredor con sus enredaderas y la silla y el buen “puntal” para el caminante. ¡Cuántas y hermosas fábulas aprendí —para que me encantaran la vida— en esas travesías campesinas! Recuerdo hasta los nombres de los caballos en que monté cuándo era muchacho. Oigo con la memoria el habla un poco arcaica, suave, cortés de las gentes que habitaban esas casas. Admiraba —contra el despilfarro, la vulgar ostentación y la precipitada moral de nuevos ricos que prevaleció después en la Venezuela del petróleo— su comedimiento, su sencilla hospitalidad, su

* Se publicó por primera vez en el “Papel literario” de *El Nacional*, Caracas, 25 de septiembre de 1958 (pp. 1 y 6).

sosiego. Parecía que aquellas gentes habían aprendido a vivir y prever la existencia leyendo las Geórgicas. Junto al mundo cotidiano de las siembras, del pañuelo de frutos menores, de las flores que hay que cuidar para que se adornen las señoritas, no les faltaba, tampoco, su fantástico mundo memorioso en que podían hablar de “Carlomagno y los doce pares” y recordaban algún arcaico romance español. Tiempos y liturgias vivían entrelazados en una de las tradiciones más solariegas, quizá más ceremoniales, que conociera el interior venezolano. Por lo mismo que tantos cerros y páramos, ríos crecidos y selvas nos separaban del resto del país, podíamos soñar con mares y países desconocidos.

Y otra invitación a la fantasía era el escenario wagneriano que allí convive con el paisaje eglógico; ese empinamiento de cumbres que se apelotonan en el horizonte, las gargantas profundas que cortaron los ríos, las “morenas terminales” de milenarios ventisqueros, los árboles que trepan sobre las grietas de las montañas y los torrentes que brincan regocijadamente contra las peñas, como colas de caballos blancos. Sí; el paisaje de Mérida fue creado en un día de sumo alborozo por un Dios demasiado inventor que se entretenía en recortar y tajar montañas, en esparcir paletadas de color, en orquestar, desde la meseta, una sinfonía de aguas que a veces braman como el Chama en los meses más tormentosos, o apenas susurran como el Milla cuando acaricia los verdes campos de Liria. Y hay otra agua subterránea que acompaña nuestros pasos —no sé si como un perrillo o una sirena— en aquellas caminatas adolescentes, en busca de nuestra vocación, desde las alturas de Belén o de la Columna hasta la plaza del Llano. Así, en la ausencia de mi ciudad, cuando pronuncio la palabra “Mérida” vuelvo a oír cantar todas las aguas y huelo todas las flores y las plantas de un inalienable territorio poético. Digo, por ejemplo (y todo merideño me comprenderá bien): “díctamo real”, “cínoro”, “incinillo”. Me provocan las frutas que vendían en el mercado: las rosadas “curubas” de los páramos; los “caimitos” de Ejido; las raras manzanas de Pueblo Nuevo; las “piñas” de Chama; las “badeas” de la Pedregosa. Recuerdo a don Salomón Briceño, don Pedro Enrique Jorge

Bourgoin, don Emilio Maldonado, don Nicolás Brizuela, que cuentan entre las gentes que amaron más las frutas, las flores, los pájaros y mariposas de Mérida.

Me pregunto qué es lo que debo a mi ciudad, y yo diría que primeramente un aprendizaje estético. Vivíamos en uno de los paisajes más singulares del mundo para que esa naturaleza tantas veces recorrida a pie o en el plácido “dos y dos” de nuestras cabalgaduras andinas, no nos marcara de su dulce e imponente fascinación. Soy todavía un jubilado jinete de mucha memoria para no saber todas las vueltas que tenía la “Cuesta del Ciego”, o cómo se subía a través de cerros y “llanadas” a aquel extraño lugar paradisíaco en que ocultaba su secreto mágico la “Laguna de las flores”. (Hay hasta una leyenda de un viejo hacendado que daba cita al diablo para que le trajera morocotas, aunque después se chamuscara su alma, en la boscosa y un poco sombría soledad de “La Carbonera”.) Y en mi obra literaria quise reflejar algunos de los mitos, visiones y temas que debo a mi oriundez merideña. En esa tierra aprendí a amar la poesía, y acaso un poco de sentimiento poético, arraigado desde mis años mozos, me acompañó consoladoramente en los peores trances de la vida.

Entre todas las ciudades de Venezuela, Mérida fue siempre labradora y estudiosa. A veces era un poco la ciudad Penélope, pues se quedó administrando su casa, sembrando sus barbechos, cosiendo sus vestidos, mientras tantos Ulises aventureros se perdieron en las sirtes del mundo. Y en toda añoranza de hijos pródigos, Mérida parece esperarnos con su cortesía y su recato hospitalario como la buena mujer de la Odisea. Como ella también, con su sosiego y su parsimonia, se negó al asedio de tantos pretendientes que rondaban, con su codicia o el ruido de sus espadas, junto a los muros del palacio. ¡Y cuántos pretendientes, coléricos de poderío, golpearon a la puerta de nuestras ciudades en lo que va de este siglo! Pretendientes a dictadores, aspirantes a verdugos. Pero acaso desde las viejas aulas del Colegio de San Buenaventura que se transformaron en Universidad republicana, Mérida había aprendido bastante Derecho para no capitanear empresas de violencia. Se dijo de

nosotros que éramos corteses más que agresivos, irónicos más que fanáticos, y que a veces con demasiada calma preferimos la contemplación a la acción ciega. Aunque nunca podrá esquivarse la responsabilidad de muchos letrados que pecaron por pusilanimidad o silencio en tantas desgracias venezolanas, fue característico de Mérida preferir siempre el jurista al caudillo. Cuando en muchas horas de mal destino nacional la vencieron y ocuparon los malos hombres de presa, la cultura autóctona se vengaba de los falsos dominadores, por el sarcasmo o la reticencia. Dejaban los merideños de asistir al baile del cacique invasor, o se mofaban de su torpeza y sus pocas letras marcándole de un apodo, ejemplarizándolo en una anécdota en las más buidas tertulias de los estudiantes. Cuando en la historia regional se citan nuestros próceres, frente a un primer civilizador de los Andes como el Canónigo Uzcátegui, mencionamos aquellos héroes niños que interrumpieron sus estudios en el Colegio de San Buenaventura para seguir a Bolívar en 1813, o aquel gran capitán de huestes juveniles, universitario que se convirtió en paladín, en primer Roldán de la República, como Rivas Dávila. Después, los próceres de Mérida eran más bien catedráticos que daban sus clases de balde y se les tornasolaban de uso y vejez las levitas, cuando el cesarismo de Guzmán Blanco despojó de sus tierras y solares a la casa universitaria. Vosotros conocéis sus nombres preclaros, y si no alcancé a ver al incansable viejo Caracciolo Parra, sí asoman en mis primeros recuerdos la levita del Dr. Monsant, del Dr. Lope María Tejera. Asistí a las clases de Matemáticas y Dibujo Lineal de don Emilio Maldonado, y como tantos otros muchachos formé parte del alegre grupo que rodeaba a don Tulio para oírle muy sabrosos cuentos a la salida de su lección de Historia. Y aun en estas tierras —aparentemente tan internadas—, ¡cuánta modernidad, qué aire polémico de ideas y corrientes filosóficas y literarias nos ofrecía la rica biblioteca y la vivacísima conversación de un Julio César Salas! Para un merideño de mi tiempo, aunque después se disparara por los más varios y contradictorios caminos, Mérida fue mucho más que el lugar de origen; el primero y dramático impulso del destino y la vocación. Sacamos también del alma, en nuestro recuento de

aconteceres, la niñez florida de frutos, bañada en las aguas blancas de este paisaje, y la adolescencia dispuesta como una flecha en las manos del arquero para rebotar contra los conflictos del mundo.

Del balance que ahora hace la ciudad labriega y estudiosa al cumplir cuatrocientos años, pudiéramos descubrir también hacia el futuro cuál es el destino y la voluntad de Mérida; qué prospecto de historia quiere fijarse para el tiempo y las generaciones que está emplazando. Hemos dicho tantas veces que los azares y contratiempos de Venezuela dependen no sólo de la fuga y dispersión del hombre en un territorio demasiado vasto, cuya naturaleza no acabamos de domesticar, sino de los desniveles de educación que centran la cultura, la riqueza y el poder en una escasa y privilegiada minoría, mientras las grandes multitudes permanecen fuera del tiempo histórico. Y seguir estudiando, porque cada época trae nuevas técnicas y nueva organización de los conocimientos y experiencias humanas, parece la mejor meta que puede fijarse nuestra ciudad en los días venideros. Si, cuando insurgimos contra el régimen colonial, los teólogos y juristas merideños supieron escribir en una admirable Constitución de la provincia la lista de sus derechos, y lo que ya le estaban pidiendo a la cultura del siglo XIX, las disciplinas y los estudios de hoy deben adiestrarnos para conquistar otros horizontes mentales. ¡Qué bien sería que en Mérida, junto a los abogados y los médicos, se formasen también los ingenieros, los físicos, los químicos, los investigadores científicos de toda índole que necesita —aun para desenvolverse económicamente— esta parte del oeste venezolano! Desde la defensa de la naturaleza azotada por un tratamiento empírico y devastador; la lucha contra la erosión, el cambio de suelos y cultivos, las obras hidráulicas para transformar en electricidad y energía la vasta agua realenga que se precipita en torrentes desde la Cordillera, es parte de la tarea regional que habrá de pedirse a los universitarios merideños. La riqueza de Venezuela no es un producto espontáneo del suelo, sino de la técnica, la previsión, el cálculo y la competencia con que sepamos aprovechar las dádivas de Dios. La mejor tarea del hombre será la respuesta previsor y gallarda al cotidiano

desafío que nos plantea el ambiente. Y que junto a la tecnología y la ciencia, reclamamos de nuestra edad para hacer más accesibles los recursos terrestres, nunca falten entre estos merideños, paisanos míos, otras almas artistas contempladoras que comprendan que también la poesía y la belleza son intrínsecas necesidades humanas y elevan al hombre desde una esfera de contingencia a otra más alta de libertad y felicidad. Porque lo verdaderamente libre no es el cuerpo que envejece y muere, sino el espíritu que pretende traspasar el tiempo y hacernos invulnerables a la muerte.

ESTRELLAS Y MARIPOSAS*

Desengañado acaso de aquellas damas de faldas revoloteantes y medieval y alto corsé que bailaron tan gentiles contradanzas en los saraos que organizó el doctor Carlos Rangel Garbiras en 1888 con motivo del centenario de su heroico abuelo, el joven Emilio Maldonado —también descendiente de próceres y emparentado con los Rangel de Cuellar— se sumió en el estudio y en sus colecciones de mariposas. Una pequeñísima heredad familiar, pañuelo de cafetos y frutos menores, otra casita en la ciudad de Mérida, más unas clases de Dibujo topográfico, Matemáticas y Astronomía en la Universidad y eventuales mensuras de tierras para resolver las querellas de litigantes que disputan linderos o “tomas” de agua, proveían a la congrua sustentación de él y de su no menos inteligente hermana Juana Paula. Eremitas en medio de la ciudad, ya sólo tenían ojos para las estrellas y para esas como enormes flores volátiles, orquídeas con alas que en los días más secos y transparentes del verano tienen sus cónclaves luminosos y emprenden vuelos nupciales en los campos de Liria, El Vallecito, La Otrabanda. Es casi lugar común decir que entonces los picachos nevados de la Sierra destacan sus quilates diamantinos sobre un límpido cobalto celestial. Estrellas y mariposas, y explicar a los estudiantes las leyes que rigen el movimiento de los astros, y las hipótesis que desde Kepler, Copérnico, Kant y Laplace se formularon sobre el cosmos y la formación de la tierra serían desde entonces la más determinante razón de su serena y larga vida.

Para ser buen astrónomo invirtió el producto de una próspera cosecha de café, allá cuando finalizaba el siglo pasado, y en

* Fue publicado por primera vez en *El Nacional*, Caracas 24 de marzo de 1952 (p. 4).

sociedad con su hermana, en uno de los mejores telescopios que fabricaban los ópticos alemanes. Así tendrían ameno e instructivo recreo en las más solitarias noches. Y en luna despejada, cuando mozos y estudiantes alegres recorren las calles en trance de serenata, ambos, desde la higuera del patio, por encima de los arriscados aleros, disparaban el largo tubo visual como una atarraya de constelaciones. Una fórmula matemática y memorias sobre lo que acontecía en Venus y en el cinturón de satélites de Saturno, eran el resultado de toda una noche de observación y desvelo. Y cuando Juana Paula —que se volvió tan sabia como él— comparecía en las ceremonias de la Catedral a arrodillarse en el reclinatorio y la alfombra que por antiguo privilegio colonial correspondía a su familia, más de un estudiante travieso la hubiera apodado “la musa astronoma”. Ella y su ensimismado hermano eran los más fieles testigos del Otomundo que tenía la ciudad de Mérida, y de todas aquellas peregrinaciones estelares se les hubiera pedido noticia, como hacían los florentinos con Dante Alighieri.

De la tierra les interesaban también esas aspirantes a estrellas y candidatas a novicias del mundo sideral que son las mariposas. Casualmente, el año 88, para recoger toda la multiplicidad de formas y familias en que se manifiesta aquel paraíso de gracia papillonesca que son los campos de Mérida, don Emilio proyectó una revista que se iba a ilustrar con grabados en colores hechos por él y que se titularía románticamente: *Las mariposas de la Sierra Nevada*. Veinticinco años más tarde —en mis días infantiles— aún esperaban los merideños la aparición de semejante obra en que habría de exaltarse esa como flora de los aires, las flámulas y banderitas de coloreada ilusión que están al alcance de cualquier ojo o mano curiosa en nuestra campiña serrana. (Desposeídos de otras riquezas, nosotros teníamos un como orgullo patriótico del inigualado primor de nuestros colibríes y mariposas. Pero en equitativo reparto de tan enojados bienes de Dios, don Emilio había dejado los colibríes a la no menor ansia coleccionista de don Salomón Briceño). La revista, por otra parte, de que apenas alcanzó a imprimir cuatro paginillas en un taller casero, resultaba empresa

titánica, porque él, como nuevo Gutenberg y a puro invento de su magín, estudiaba extrañas combinaciones de tintas y ahuecaba maderas para lograr aquel imposible grabado polícromo en que se reproducirían con tanto esmalte como en la realidad las mentadas mariposas.

Años más tarde, siendo yo estudiante suyo, me explicó don Emilio otras complicaciones de la empresa. Los profanos dicen “mariposas” y el término es tan vago y genérico como si dijéramos “hombres” o “familia”. Porque ese inmenso y fantástico mundo mariposeril está más dividido en clases, grupos y recelos sociales que nuestra ciudad de Mérida. Gozaba don Emilio pronunciando los nombres de las mariposas como un cronista social al describir las bellezas que asistieron a un baile. Hay las suntuosas “ninfálidas” cuyas grandes alas delanteras contrastan con la grácil pequeñez de sus extremidades. Y entre ellas la “heliconia” tiene la refulgencia, los violentos amarillos, la cinta roja o anaranjada de un turpial papillonesco. Si las “ninfálidas” parecen pájaros, las “licaénidas” son joyas; topacios o zafiros esparcidos en una piñata aérea. Las “uránidas” asemejan las misteriosas mensajeras de un mundo submarino; visten de color de nácar con pasamanería de algas y extrañas rugosidades de esponja. Las “piéridas” son un poco el proletariado de este mundo volante; son como simples hojas arrastradas por la ventolina y carecen de dinero para adquirir un bonito traje estampado. En las “noctíduas” hay ya un misterioso y siniestro parentesco con los murciélagos. Es un poco la mariposa tentada por el demonio, que comenzó a tornarse vampiro. “A Juana Paula no le gustan las noctíduas”, terminó diciéndome Don Emilio.

A muchas leguas de Mérida y a muchos años de mi infancia, que, como la de todos los niños, estuvo festoneada de calcomanías y mariposas, pensé en el viejo maestro andino y en su pasión de coleccionista. Había subido frente a los fantásticos volcanes gemelos que custodian la altiplanicie mexicana, al extraordinario observatorio que cerca de la ciudad de Cholula mantiene el Gobierno de México. Allí mismo, y casi con tanta sabiduría como la de los astrónomos que dirigen este instituto de Tonancintla, los

sacerdotes aztecas observaban el paso de Venus y miraron a Quetzalcoátl convertido ya en lucero de la mañana. Preside el Observatorio el astrónomo Erro, uno de los hombres de más disparada imaginación matemática y más vivaz y originalísima inteligencia que me haya sido dado conocer. Erro maneja unos ecuatoriales y lentes gigantesco, ante los cuales parecería una flébil caña el telescopio merideño de don Emilio Maldonado. ¡Cuánto han andado los astros y perfeccionado los instrumentos ópticos desde los días de mi infancia! Y tantas estrellas pasan por esos lentes multiplicadores, tantos luceros y constelaciones nuevas —para nuestros ojos— acuden a las citas astronómicas a que convoca Erro, que el astrónomo ya no sabe cómo nombrarlas. Ha agotado la mitología y las palabras latinas. Ofrece a sus amigos el padrinzago y el nombre de una estrella como quien nos invita a colonizar en una lejana urbanización. Ya todas las muchachas bonitas que uno conocía en México, Berenices de la nueva Astronomía, dieron sus nombres a verdaderos ramilletes de astros inéditos. Y cuando allá, entre océanos de nebulosas, separadas entre sí por inmensas cavidades y golfos de sombra, parpadearon dos estrellitas, me acordé de don Emilio y Juana Paula. Estarían acurrucados, como en las noches de Mérida, tratando de captar el cabrilleante cosmos, sumidos en el deleite de todas las cosas vivas, lumínicas y nómadas que pueden encantar nuestros ojos mortales. Y el cielo todo era como un campo de Mérida o valle de Tonancintla —que es también límpidamente azul—, tachonado de mariposas. Empecé a nombrar las palabras casi mágicas: “ninfálidas”, “licaénidas”, “piéridas”, “uránidas”. ¿No parecían, igualmente, nombres de constelaciones?

ALMANAQUES*

Algunos amigos míos vienen a pedirme colaboración para un almanaque del año 1952 que será como un mensaje de simpatía y entendimiento que hombres y técnicos de la ciudad, escribiendo en modernísimos escritorios de metal y absorbidos en sus diagramas estadísticos, habrán de enviar a sus olvidados hermanos del campo venezolano. Agricultores y ganaderos que trabajan la tierra o apacientan sus rebaños en los más lejanos rincones del país, adonde sólo de tiempo en tiempo llega una avioneta o brota, todo enfangado, un automóvil. Mientras que estos terribles y casi deshumanizados seres que somos los vecinos de la ciudad casi no necesitamos del almanaque, o nos basta para nuestros asuntos ver en el periódico del día la fecha que marca el año, el labriego o el ganadero viven presos en el círculo cósmico que forjan las fases de la luna o el retorno de las estaciones. Como un augur, el campesino descifra el tiempo en las nubes; ve marchar las garzas cuando se acerca el invierno tropical o comenta —como en la Mérida de mi infancia— que ya está lloviendo en los Llanos porque sobre los tejados de la ciudad volaron una noche los primeros patos güiriríes. Cuando yo era niño, en un mundo más asido a la naturaleza que éste en que ahora vivimos, los merideños pedíamos a nuestra Sierra Nevada, a las cordilleras enormes que parecían separarnos del resto de Venezuela, el secreto de nuestras vidas. La Sierra, ora diáfana, ora encapotada, como esos jefes civiles de la época de Gómez que escondían sus revólveres bajo la ruana, nos enseñaba que era el tiempo de sembrar, de recoger la primera “travesía” del

* Apareció publicado por primera vez en *El Nacional*, Caracas 14 de octubre de 1951 (p. 4).

café, o bien que después del borrascoso y mortuorio noviembre, tiempo de lágrimas, de lluvias y de resposos, entraba y se asentaba sobre cielos de perfecto cobalto la transparente claridad y dulzura de los días navideños. En las bodegas de las *Cuatro tiendas* los rapsodas y músicos de mi ciudad campesina templaban sus requintos y bandolines para las serenatas de aguinaldos; los estudiantes conversadores y enamorados, que cada tarde tenían tertulia en el enladrillado altozano de la iglesia de San Francisco, improvisaban las anónimas y versificadas “ensaladillas” que se dedicarían a las muchachas, y al mercado de la ciudad —que en mi recuerdo se me aparece enorme como el Foro romano— entraban con su indio conductor los bueyes “cargueros” que traían el oloroso laurel, el dictamo, el incinillo, los frailejones y prodigiosos musgos de los páramos con que habría de esmaltarse y perfumarse en cada casa el pesebre del Niño Dios.

Pero como el almanaque es necesario en toda familia que vive del trabajo campesino, había uno muy merideño y lleno de consejos agrícolas que durante más de cincuenta años elaboraron en su vieja imprenta de mano los sucesores de Juan de Dios Picón Grillet. Tengo por ese viejo pariente mío, a quien no conocí sino por su leyenda, una admiración casi romántica. No fue precisamente de los parientes prósperos de la familia, porque tuvo una extraordinaria fantasía de poeta unida a una singular inventiva manual que aplicó a las cosas más heteróclitas que podía emprender un merideño del siglo XIX. Además de su Almanaque, con sus curiosos grabados en madera, dibujados y fundidos por él (en una época anterior al fotograbado), dibujos que me enseñaron a admirar y casi a temer los signos del Zodíaco, compuso una ópera con el viejo maestro José María Osorio, que ensayaban las señoritas de Mérida allá por el año 1860; inventó un arte *sui generis*, que él llamó la “foliografía”, para reproducir con sus colores las plantas de la flora andina, y levantó los graciosos campanarios y portadas de algunas iglesias, como la merideñísima del Carmen con su encantadora placita. Especie de pequeño Gutenberg mezclado de León Battista Alberti, nacido a los pies de la Sierra Nevada, “Juan

de Dios no tiene fundamento y le arrastra la fantasía”, decían de él otros parientes que poseían potreros, cafetales y vacas lecheras o expedían mercancías secas en las tiendas de la Plaza Bolívar. Pero para organizar coros de música, inventar grabados y muñecos para las “laudatorias”, ensaladillas o programas pascuales, traducir o interpretar los estilos arquitectónicos a la buena argamasa de las tierras de Milla o del Vallecito y echar a volar globos y fantásticos voladores de luces cuando su propio Almanaque señalaba un día de regocijo, no había en la ciudad vecino y artífice mejor. Soñador, creador de cultura, cuando otros iban en caballos briosos arrastrando a Venezuela.

Y porque aprendí a amar los almanaques en el que todavía en mi infancia se llamaba en Mérida el “del cojito Picón”, el que entraba cada primero de enero con su olor a tinta fresca y sus estupendos signos del Zodíaco, que parecían arrancados de un aguafuerte de hace tres siglos, y leía allí los consejos a los campesinos y me impresionaban algunas palabras como el “Adviento”, las “cuatro Témperas”, el “Domingo de Cuasimodo”, simpatizo con la idea de que desde Caracas se escriba un almanaque para el campo de Venezuela. ¡Cuánta falta hace en tantas soledades del país ese librito que ayude a rescatar para los venezolanos la aporreada y fiel tierra labriega; la que contra el aluvión cosmopolita y la tentación financiera de las ciudades sigue produciendo caraotas, yuca y maíz; la de aquellas buenas gentes que perseveraron junto al pegujal, junto a la vieja casa de adobes de sus mayores, mientras otros se venían al centro a tomar *whisky*, a buscar dinero y poder más fácil, entre intrigas cortesanas y grandes bocanadas de cigarrillos *Chesterfield*! Y sólo el intercambio benévolo de campo y urbe; sólo esta piedad con que el higienista, el maestro de escuela, el agrónomo, el ingeniero, el mecánico, el escritor se acerquen a los problemas de nuestra tierra abandonada y profunda, la tierra de *Doña Bárbara*, de la Silva criolla, de las *cantas* y de los *galerones*, salvará a Venezuela, no para los inversionistas internacionales, sino para los que llevamos en la sangre la pasión y el deber del país.

PEQUEÑA HISTORIA DE LA AREPA*

La palabra “arepa” procede del cumanagoto *erepa*, que en dicho idioma caribe era nombre genérico del maíz. Pero el uso de esta especie de pan en forma de disco, que hoy es unánime providencia de toda mesa venezolana, debe ser tan antiguo como la “cultura arcaica del maíz”, que se extendió por toda América no menos de cinco milenios antes de que aparecieran en el continente los primeros europeos. Cereal de uso múltiple, que es para “bestias y para hombres, para pan, vino y aceite” —como decía el Padre José de Acosta—, el monumento americano más antiguo que testimonia su domesticación y uso es la venerable pirámide de Cuicuilco, cerca de Coyoacán, México, ejemplo de una cultura neolítica que algunos arqueólogos alargan a una vejez de diez mil años. Y en todas las mitologías indígenas, en las leyendas cosmogónicas del *Popol Vuh*, libro sagrado de los mayas; en el culto azteca del dios Cinteotl y de la diosa Xilonen, en las más divertidas tradiciones y ritos, desde Norteamérica hasta Chile, los aborígenes veían en la dorada y nivea mazorca la más benévola y útil ofrenda que los dioses hicieron a los hombres. Sólo la palma moriche en las leyendas de nuestra Guayana compite mitológicamente con el maíz su calidad de extraordinaria dádiva celeste. Y ya un viajero filósofo, con pupila afectuosa para captar y definir todo lo que ve en América, como el gran jesuita español José de Acosta, observa en pleno siglo XVI que “en todos los reinos de Indias Occidentales, en Perú, en Nueva España, en Nuevo Reino, en Guatemala, en Chile, en toda Tierra Firme”, era el pródigo grano el primero y más vario de los alimentos. Su fina prosa, en un capítulo de la

* Fue publicado por primera vez en la revista *El Farol*, N° 145, Caracas, abril de 1945, pp. 2-5.

Historia natural de las Indias, describe y encomia todas las comidas que se elaboran con maíz: el “mote” de chilenos y peruanos; las “tortillas” de México; el vino que en “*el Perú llaman azua y por vocablo de Indias, común, chicha*”; ciertos “*bollos redondos y sazonados que duran y se comen por regalo*”, y nuestras “arepas” de Tierra Firme. Una excepción en ese universal banquete son —según el jesuita— “*las islas de Barlovento: Cuba, la Española, Jamaica, San Juan* (ahora Puerto Rico), *donde los aborígenes preferían la “yuca y cazabe”*. Pero el Padre Acosta formula un pronunciamiento caluroso a favor del maíz, que “*en fuerza y sustento no es inferior al trigo, es más grueso y más cálido y engendra sangre*”. Tan noble producto fijaba, así, y aun antes de la Conquista, un como parentesco y linaje alimenticio entre los pueblos continentales: entre la “tortilla mexicana” y nuestra “arepa” y las “humitas” del imperio incaico; entre la “chicha” y “azua” del Perú y el áspero masato llamado “muday” por los araucanos de Chile. Quizás algún arqueólogo que fuera también un poco poeta repararía en la circunstancia de que los dos más famosos “panes” de maíz de América, la tortilla y la arepa, tienen la forma del disco solar, como si en ellos las nobles razas que los crearon quisieran venerar a ese primero y más visible dios que calienta la tierra e hincha los frutos. Asimismo el recipiente en que se cuecen “arepas” y “tortillas”, “comal” entre los mexicanos y “budare” en Venezuela, tiene la redonda forma del sol. Es como piedra o arcilla de sacrificio para el rito del primer pan.

Al trasplantarse de su paisaje español, los colonizadores que venían debieron acostumbrarse a comer “arepas” o “hibridizarlas” con otros guisos de su tradición culinaria. Pero era tanta la fuerza del alimento autóctono que aun en regiones venezolanas —como los Andes— donde pronto se cosechó trigo, y el castellano y el extremeño pudieron disfrutar del pan blanco y de las “rosas”, “acemitas” o “mojicones”, de noble abolengo peninsular, se injertó como buena mestiza, junto a la de maíz, una “arepa” de harina de trigo que aún convive con la otra en las mesas de Mérida, el Táchira y los páramos trujillanos. El pan europeo se “arepizaba”, así, como impulso e ineludible voluntad de la tierra.

Ya en los cronistas coloniales —en el tan embustero y fantástico Fray Pedro Simón, en Yangués, en la *Conversión en Píritu*, del Padre Ruiz Blanco— se habla de la “arepa” como de la más obli-gada nutrición del país. Gumilla observa que hasta se produce en ciertas regiones del Orinoco “un maíz de dos meses”, de pequeña pero muy blanda mazorca, que permite a los indios, en toda época del año y en inextinguible provisión de cosechas, comer siempre sus “cachapas” frescas.

Caliente regalo de las anchas cocinas coloniales, del legendaro “pilón” y del budare de barro —antiguo como las más antiguas culturas de Tierra Firme—, sustento inaugural de la mañana acompañando a la jícara de chocolate, al meloso guarapo y, a partir del siglo XIX, al excitante café, la arepa evolucionó y aceptó múltiples metamorfosis y aliños a lo largo de su proceso histórico. No en balde la frase “ganarse la arepa” es como la más unánime versión venezolana del Padrenuestro. Otro modismo criollo —que es toda una invitación al incremento demográfico— observa que no hay que preocuparse mucho por los hijos que nacen, pues cada chico que viene al mundo trae su arepa bajo el brazo. También con ella —como una venerable abuela— se vinculan otros condumios del mismo linaje autóctono: la familia de las *cachapas*, hijas del maíz más primaveral en las dos variaciones de la rubia “cachapita” de budare y la de hoja, y toda la variada progenie de los “bollos” y “hallaquitas”. La imaginación nativa vertió cornucopia de guisos y sazones: desde la inevitable mantequilla, los quesos de mano y criollo, las cuajadas llaneras y andinas, la ardiente “guasacaca” y el chicharrón. “Denme la arepa con pasajero”, dicen al dueño o mayordomo de la hacienda los peones andinos. Y se llama “pasajero” al trocito de carne o al oleoso aguacate con que el pan de maíz complementa su rico sabor. Tanto cabe en la absorbente masa, que en ciertas sofisticadas fondas caraqueñas ya le agregan —como suma y cosmopolita modernidad— hígado trufado a la francesa y sardinas de Rodel.

Si en la austera provincia o en el campo es comida madrugadora, y al último canto de gallos, cuando los celajes de la mañana

comienzan a dorar los cerros, el chisporroteo del budare acompaña musicalmente el acto de colar el café y forma la primera sinfonía doméstica, en la Caracas mal acostumbrada se trueca en bocado de noctámbulos. El “carrito” del vendedor de arepas, con su candil romántico y su hornillo ambulante, es como una pupila insomne de la ciudad cuando ya todo comienza a acallarse y a dormirse. Hay cortejos medianochescos de damas pintadas en traje de baile y de caballeros de frac que, de vuelta del festín y antes de retornar a sus casas, se detienen popularmente ante la tiendecilla nómade o invaden —como extraña comparsa que hubiera pintado Goya— las últimas fondas donde expenden el venerable pan cumanagoto. A esa hora lívida de la alta noche y en los venezolanísimos mostradores de los ventorrillos, con su olor a mondongo y a pernil, desaparecen las clases sociales y las gentes que bajaron del *cadillac* —como sometidas a la misma ley igualitaria del hambre— no temen confundirse con el carretero que se desayuna, mientras los otros toman la última cena, o con el borrachito nocharniego que sigue repitiendo entre cabezadas de sueño las frases de su monólogo. Durante largos años fue el muy criollo restaurante de Jaime Vivas, gran compadre y proveedor de “arepas”, como el último refugio nocturno de la ciudad, la antesala abastecida y bulliciosa de los insomnes. Ahora que la metrópoli crece, con nombres tiernos y folklóricos: *Alma llanera*, *Mi arepa y yo*, se difunde en todos los barrios la oferta universal de las areperías.

El otro pan aborigen: el cazabe, hecho de yuca, no alcanza tanta extensión, popularidad y honores ciudadanos. Alimento específico de las llanuras y selvas del sur del país, apenas logra franquear el límite de las altas cordilleras. Mientras la “arepa” es símbolo de vida agrícola, de pacífica y ordenada comunidad familiar, el seco y enjuto cazabe se adapta más bien a las condiciones de gentes pastoras y cazadoras: del llanero que terciando sobre la silla vaquera su “porsiacaso” recorre las vastas lejanías de la sabana, o del explorador y aventurero guayanés que en frágil curiara cabalga en la no menos pávida soledad de los grandes ríos. Poéticamente pudiera decirse que ambos panes, anteriores a Cristóbal Colón, inventos con que el dios Amalivaca premió a los hombres, son símbolos primarios de la

vida criolla, y todos los que nacimos en Venezuela somos un poco hijos de la arepa y del cazabe. Ya en el siglo XVI —como lo recuerda Arturo Uslar Pietri en su *Camino del Dorado*— las gentes hispídas y delirantes de “El Tirano Aguirre” llamaban “comedores de arepas” a los primeros mestizos del país.

Naturalmente que en la varia geografía de la “arepa” cada comarca del país se enorgullece y exalta las suyas. Hay cábalas y peculiares secretos, como el de las mujeres guaiquerías de Margarita que frotan y humedecen el budare (que ellas llaman “aripo”) con grasa de tiburón antes de colocar la masa, pensando lograr una amalgama más perfecta. Hay la casi insoluble disputa —muy viva en ciertas comarcas andinas— sobre qué forma de arepa: la “pelada” con lejía, o la “pilada”, la de maíz amarillo o la de maíz blanco, complace más al paladar. Hay grandes diversidades morfológicas entre la arepita pequeña y muy abultada del centro de Venezuela y el extenso y delgado disco de los Estados de los Andes. Ya en la zona de Carora, en el Estado Lara, punto de encuentro de varias influencias culturales, la “arepa” de la antigua provincia de Caracas comienza a “andinizarse”, o a la inversa, la “andina” se centraliza. También en el Estado Lara se inicia una curiosa rama genealógica de la “arepa”: la de los dulces “panes de horno” caroreños que en Mérida originan las deleitosas “arepitas” de horno, regalada y primorosa invención de los antiguos conventos de la ciudad serrana. Las nuevas generaciones casi ya no las conocen, porque para su artística manufactura eran indispensables aquellos grandes hornos semejantes a casas de esquimal y calentados con leña fragantísima, que fueron desplazados por el uso del kerosene, el gas y la apremiante economía de espacio. En el orgullo regionalista de cada arepa, los hijos de Coro pueden decir que las suyas son las únicas que “tumban budare”, como los trujillanos que no hay blancura, hoja y “punto” como los del país de Sancho Briceño.

Viajo un poco más por mis reminiscencias y andanzas gustativas en varios rincones venezolanos para decir cuáles fueron las que más me deleitaron. A pesar de ser merideño, y sin ánimo de ofensa o querrela areperil contra ninguna provincia, daría mi voto por las del Estado Trujillo. No se han vuelto a ver en este universo mundo,

que cada día se nos torna más uniforme y angosto, arepas que equivalgan en tersura y nitidez a las que hacía la rolliza negra Josefa en su fonda bautizada de Hotel del Comercio, en el pueblo de Motatán, y cuyos extraordinarios guisos saborearon hasta el año veintitantos los viajeros que aguardaban los despaciosos y chirriantes convoyes del fenecido ferrocarril de La Ceiba. Toda esa tierra del Distrito Valera es privilegiada de arepas. Y tres o cuatro especies de quesos: el salado de la tierra caliente, el mantecoso de los páramos, el arenoso de Perijá, contribuyen a sazonarlas en forma inenarrable.

Podría seguir extrayendo del desván de la memoria —especialmente de los primeros años mozos— la imagen y gusto de otras arepas, a ejemplo de las gordezuelas como manos de abad e hinchadas de cuajada de los páramos que hacía para el ilustre Obispo de Mérida, Monseñor Silva, su anciana y diligentísima criada Micaela. ¡Qué primores alimenticios que el virtuoso pastor casi no probaba, pero se ofrecían a los visitantes de aquel Palacio Episcopal de Mérida! Por derecho de infancia y de vecindad concurría con frecuencia a la cocina y solar del caserón a escuchar los cuentos de Micaela, a hurtar higos de una higuera casi bíblica y a recibir la primicia de inolvidables boronas.

En este vínculo cósmico y casi religioso entre el hombre y los frutos de la tierra, los campesinos de Yaracuy aún llaman “estrella arepera” a la *stella* matutina de las letanías; e inclinada sobre el pilón, la mujer mestiza marca en música y versos el ritmo de la faena:

*Las manos de este pilón
van subiendo y van bajando;
parecen dos corazones
cuando se están alejando.*

... ..

*Ya me duele la cabeza
de darle y darle al pilón
para engordar un cochino
y comprarme un camisón.*

COCINA ROMÁNTICA*

Hojeo, y acaso me tentará publicarlo como un testimonio del vivir venezolano en el siglo XIX, un inédito volumen de recetas de cocina en que la viejecilla nonagenaria que me lo entrega perfeccionaba, escribiéndolo, los perfiles y orlas de su letra inglesa y las labores domésticas que le enseñaron en el colegio de las monjas. Las casas eran grandes entonces; las cocinas de seis fogones, anchamente monásticas, y —para no aburrirse y prepararse para ser perfectas casadas o diligentísimas tías solteras— las muchachas ejercitaban un tradicional artesanado de aguja, bordado o repostería. Nada parecía valer el tiempo que se destinaba a la confección de un prolijo manjar, de una inútil relojera o de un recamado paño de iglesia.

Espumas de azúcar salpicadas de vivas grageas, mostacillas y cuentas brillantes coloreaban y vestían los objetos de boca y adorno. En farmacias y tiendas no siempre podían comprarse, como hoy, los productos cosméticos con que las mujeres se hermosean, y el libro contiene también recetas de afeites y menudas artes caseras. Con este menjurje, anterior a la costosa Elizabeth Arden, refrescaban y blanqueaban sus lindos rostros las caraqueñas de 1875: “Se hierve un litro de agua con medio de ácido bórico. Después que está frío, se le vierte medio real de óxido de cinc, una cucharadita —no muy llena— de tintura de benjuí y un poquito de glicerina. Se decanta bien y se usa.” No sólo la economía de la fórmula, que contrasta con el alto precio de los productos de la cosmetología moderna, sino el parsimonioso empleo de ciertos verbos, como “decantar”, es lo que

* Apareció por primera vez en *El Nacional*, Caracas 21 de agosto de 1954 (p. 4). Luego fue incluido en *Compresión de Venezuela* (1955) (*op. cit.*, pp. 537-543), cuya versión se sigue en este volumen.

celebramos en la receta. Y si algo falta en estos días, extremadamente derrochadores, comprometidos y nerviosos, es la paciencia para “decantar”. Nadie decanta nada: ni las soluciones para refrescar el rostro ni las ideas para esclarecer la cabeza. Sonreíamos de la cursilería del más humilde y morigerado tiempo en que vivieron nuestros padres o se escribieron estas recetas, y no advertimos los elementos de chabacanería ostentosa, de dilapidación sin gracia ni estilo que caracterizan nuestra vida presente.

Conmovedoramente ingenua pero entretención sana para las niñas desocupadas, era la técnica de fabricar y colorear flores de pasta: “Se remoja un poco de papel de seda ordinario en agua de cola, de regular espesor. Cuando ya tiene dos días remojándose, se mueve bien y se ‘amasas’ con blanco de España hasta convertirlo en una pasta muy suave. Se extiende y presiona con cuidado, y cuando esté del grueso que se desee, se pica con un vidrio, utilizando un molde de cartón o papel. Se forman las flores, pétalo a pétalo, pegándolos con agua de cola gruesa. Después de pegados, se pintan a gusto, se dejan secar y se les da ‘charol’.”

De un tiempo todavía asustado de las necesidades corporales y en que —según la clásica *Urbanidad* de Carreño— las cosas debían idealizarse con elegantes perífrasis, la cocina también se contagió de sublimación y perifollos románticos. Y en el libro hay recetas coquinarias caraqueñas que lucen nombres de poemas o de valsos. Frente a la muy realista, indigesta y viril cocina criolla de mondongos, sancochos, tropezones, pabellones, mochados y olletas, floreció también una más sofisticada cocina romántica. La tradición árabe-española, santificada por el sosiego y prolijidad de los conventos, que ya en la época colonial engendraran los “tocinos del cielo”, “manjares de ángeles” y “suspiros de monjas”, se complicó con otros productos criollos en que participaban frutos y aliños vernáculos, bautizados de graciosos nombres. Antes de que se inventara la dietética y se descubriesen las vitaminas, podían sumirse en muy tropicales orgías de azúcar y especies, amables para la vista y excitantes de olfato y de gusto. Un típico y popular producto del barroco alimenticio venezolano, además de la hallaca, fue la hoy un poco

olvidada “Torta caraqueña”, en que la mezcolanza árabe-española de azúcar, clavo, canela, almendras, vino de Málaga o malvasía, huevos, leche y mantequilla, se completó con el plátano criollísimo. Banano, maíz y toda una varia familia de tubérculos fueron acompañantes o sucedáneos mestizos, para viejas recetas peninsulares. Morisco y conventual era el dulce de huevos que en Venezuela originó, además de los “huevos chimbos”, los de “faltriquera”, los “relleños con almendra y canela”, los “moles”, los de “sorpresa”, con crema de vainilla, limón y chocolate, los de “nieve”, con azúcar en polvo y flor de naranja, y los “espirituales”, muy cargados de vino y aguardiente, con sazón de nuez moscada.

El romanticismo dio, naturalmente, nombres románticos a muchos de estos manjares. Según el recetario, sirve para fiestas y cumpleaños la “crema de rosa”, que imita las mejillas de una doncella con su color carmín líquido; la Mazzantini o “espuma de Italia”, aliñada de fuerte vino Madera; la de “flor de naranja” y la “frangipán”, con su fragancia andaluza de azahar y limones, y la llamada “crema báquica”, un poco embriagadora, por su exceso de aguardientes de la tierra. Junto a los elementos seráficos de todo romanticismo, que sirven para nombrar los “melindres”, las “pastillas de señorita”, los “ponqué violeta”, “rosa blanca”, “rosa piña”, “vanidad”, “rosquete de olor”, “bizcocho de espuma” y la casta familia venezolana de las “delicadas” y “gelatinas”, hubo también elementos diabólicos. Se presentaba en las mesas de Caracas cierta “manzana infernal”, digna de que Fausto la hubiera ofrecido a Margarita. Después de cortar, cocer, aliñar y macerar las manzanas en grueso caldo de esencias, de recibir los efectos del fuego y del azúcar quemada, se erguían en opulenta pirámide, se embriagaban de bastante ron (el de Carúpano era el más recomendable) y, flotando en alcohol, se encendían de nuevo hasta levantar una llama luciferina. Populares e insurgentes eran el llamado plato de “ahogagatos”, con su indigesta mezcla de manteca, almidón, azúcar, mantequilla, anís y especias, y cierto “Pan de Lima” o “Tumba gobierno”, que debió venir a Venezuela con los héroes de Ayacucho, y cuya receta tenía algo de liturgia mágica. A las doce del día se empezaba a hacer la masa con harina y papelón; a las cuatro de la tarde se le agregaban

nuevos condimentos, a las siete de la noche se le sobaba con manteca, a las ocho se le ponía al rescoldo de un horno flojo, y a las cinco de la mañana ya esponjaba, y difundía su final fragancia de anís y limón, el famoso bizcocho.

Otras rarezas del mismo y bien nombrado florilegio de cocina romántica eran una “Torta de la Soledad”, en que ésta se alivia con un complejo condumio de harina, huevos, leche, canela y clavo, vino blanco y gotas de agua de azahar; las que se hacían para onomástico y llevaban los muy comunes y femeninos nombres de “Adelaida”, “Panchita”, “Herminia” y “María Teresa”; el “dulce de la viuda”, para que éstas engordaran amodorradamente, y el “ponqué negro” que la autora recomienda para todas, a causa de su heteróclita mezcla de ciruelas, pasas y nuez moscada, que contribuían a darle su color, un tanto fúnebre. Este plato, de un romanticismo a la vez erótico y luctuoso, sugiere inmediatamente, aquella canción de Carlos Borges, *Bodas negras*, que la época trocó en espeluznante bambuco. Azúcares, especies, pastas de harina flor, endulzadas en vinos añejos, parecían entonces suma paradisíaca de todas las delicias gustativas. “Bien me sabe a qué”, inquiría desde su floreada bandeja el postre de este nombre, príncipe aún vigente de la dulcería criolla. De otros manjares, como el teológico y barroco “tocino del cielo”, se cuentan la vida y milagros. La mejor receta que llegó a Venezuela, acaso con las monjas Concepciones, es la que se logró elaborar en un convento de Extremadura. Y el secreto del “tocino del cielo” es que al preparar su almíbar éste sea tan fino que haga hilo entre los dedos índice y pulgar. Luego hay algo de rito brujeril cuando se cuece sobre unas “trébedes” bajitas, con lumbrer menuda, y se les deja largas horas tomar color y espesar, esparciendo brasas sobre la tapadera que lo cubre.

Casi se hostiga nuestro paladar, en este tiempo de dietética y vitaminas, con la especiada invitación a la gula que nos ofrece el viejo libro caraqueño. Y estudiar otras de sus recetas nos sirve para reconstituir los despaciosos menesteres y el adornado formulismo de una casa venezolana en la segunda mitad del siglo XIX. También sobre lo que usaba el pueblo y la ponderada y prudente economía familiar antes del vellocino petrolero, encontramos preciosos datos en tan prolijo cuaderno.

LÍMITES DE VENEZUELA: LA ISLA DE CURAZAO*

En mis recuerdos de infancia, Curazao tenía el gusto de las galletas de jengibre que se compraban por unas pocas “placas” en las tiendas de Punda pintadas como tulipanes holandeses, o de los calientes cacahuets que íbamos a robar a las negras en un viejísimo mercado, y por el solo deleite de oír las imprecaciones en esa lengua niña, prieta y sabrosa a níspero, que se llama el papiamento. Muchacho montañés, en esos lejanos días curazoleños me familiaricé con el mar, y cruzaron por la fantasía infantil las primeras tentaciones marítimas: espacio, viajes, caracoles, vida fluida y dinámica. El puerto de Willemstad, con sus casitas góticas trasladadas a la zona tórrida, su cruce de lenguas, su sinagoga y cementerio israelitas —los más viejos del Nuevo Mundo—, fue mi primera y coloreada inmersión en la más distinta geografía. El aire caliente difundía por los muelles un como olor a brea y a especies orientales, a cáscara de dividive y a naranjas agrias —de donde se extrae el licor de Curazao—, a funche, flor de cují y malagueta de Jamaica y Saint-Thomas. Curazao era a veces verde como las etiquetas de las botellas de *Bay Rum*, rojo como las estampillas de Sumatra, marrón como las pasas y los puros de Vuelta abajo, amarillo como los girasoles de Van Gogh. Me encantaba permanecer, contra las prescripciones de la policía, junto al puente de barcasas que une a Punda con Otrabanda, y girar como en extraño carrusel sobre las aguas, cuando los pontones se abrían para dar paso

* Se publicó por primera vez con el título de “Curazao: primera imagen” en el diario *El Nacional*, Caracas, 23 de diciembre de 1952 (p. 4). Con el nombre que actualmente lleva fue recogido en *Compresión de Venezuela* (1955) (*op. cit.*, pp. 401-407), cuya versión sigue en este volumen.

a bergantines y trasatlánticos. Entonces dibujaba incesantemente barcos, mares a todo el cobalto, que iluminaban el lápiz y surcados a la vez de las piraguas y goletas que venían de la costa venezolana y de los vapores en cuyos cascos se leían las palabras Bremen o Rotterdam. Una tarde, dos o tres chicos, que comenzábamos a leer a Salgari, nos aventuramos mar afuera conducidos por un viejo canoero borracho; caían ya sobre el puerto los goterones calientes de un pequeño chubasco, y nuestro capitán, soñoliento, no podía sostener las pesadas pértigas. Fue como un acto heroico —digno de los lectores de Salgari, y para no ir a estrellarnos en uno de esos farallones de toba volcánica, millonarios de corales, fuera de la bahía— apoderarnos de los remos para llegar de bolina, arrastrados por no sé qué favonio, entre regañón y paternal, hasta el atracadero de la fortaleza. Estábamos traspasados de agua y de sudor; lívidos y, al mismo tiempo, orgullosos de nuestra peripeicia. Otras veces, el mar —por ejemplo, en la pedregosa playa de Saquitó, donde hay ahora un leprocomio— parecía tan extraño como un paisaje de la Luna o de Marte. En noches enlunadas, la playa es de blancura sorprendente, y los residuos volcánicos y la erosión milenaria modelaron unas piedras cuyas formas oscilan entre el realismo fantasmal y la más inventora escultura abstracta. Unas simulan pies o brazos despedazados, monstruosos fragmentos anatómicos, o composiciones de Arp o de Zadkine.

También desde Curazao un muchacho de aguada sensibilidad —como yo debería serlo— captaba, proyectados en otro escenario, patéticos aspectos de nuestra realidad venezolana. Por ser, a la vez, distinta y vecina, desde la isla se abría una extraña rendija sobre la historia contemporánea de Venezuela. Gentes que se querellaron con Juan Vicente Gómez esperaban allí, entre pobreza y utopías, un bonancible cambio de las cosas. Viejos generales que, con el traje blanco ya bastante raído, fumaban sus cigarrillos a la par de su nostálgica charla interminable. O hacían de conspiradores por los muelles de Punda transmitiendo, a los marineros venezolanos de goletas y faluchos, mensajes misteriosos que debían llevarse a Coro, a Puerto Cabello, Cumaná y Margarita.

Aquí —decía uno de esos forzosos y ya vencidos inmigrantes— se llega con mucha esperanza y prosopopeya; pero se acaban los florines, Gómez no cae, y se concluye comiendo funche y oyendo misa en papiamento, con la población más misérrima. Recuerdo, como la mágica deformación de un cuadro surrealista, ciertas veladas entre literarias y musicales que organizaban por aquella época algunas familias de emigrados y que salían reseñadas en *El boletín comercial*. Formas y maneras de un preterido, provincial y romántico siglo XIX venezolano que sólo me llegó en reminiscencias de viejos, parecían conservarse allí en ese como escabeche emocional de todos los desterrados. Niñas solteronas, balanceándose en negras mecedoras de Viena, o acompañando en el bandleón un vals de Ezequiel Bujanda; el maestro Díaz Peña, que como un Beethoven de liquilique y ensortijado pelo mestizo ejecutaba en el piano *Pleyel* aquellas músicas lánguidas y calientes, músicas como para beber brandy en compañía de empitonadas muchachas morenas, de los saraos de Cipriano Castro. ¡Músicas que evocaban los caserones de La Victoria, la Villa o Maracay, con sus grandes enredaderas, su olor a magnolios, su voluptuosa noche en que la luna es como otro malabar más, blanqueando los ladrillos del patio! Y vida de esas gentes que era ya sólo añoranza, como si todo se hubiera congelado y detenido en 1905.

El Curazao de entonces también se nutría de otros residuos de angustia y frustración venezolanas. Aún se conservaba en el Curazao de mis imágenes infantiles la venerable Librería *Bethencourt*, que durante más de medio siglo nutrió a Venezuela de versos románticos y panfletos políticos de los emigrados. Don Agustín Bethencourt, hombre cuya biografía está por escribirse, pues pocos hicieron más por la literatura venezolana del siglo XIX, había muerto muchos lustros antes, pero aún se veía en deliciosos libritos y grabados en cobre, con los retratos de Andrés Bello, Rafael María Baralt, Cecilio Acosta, Guaicaipuro Pardo y Pérez Bonalde, su mano de editor cuidadoso. Había, también, el temible volumen en que Víctor Antonio Zerpa vapuleó la mala sintaxis y las pretensiones oratorias del General Guzmán Blanco, y otros cargados de la diatriba

y pasión política que no pudo ventilarse en nuestra propia tierra. Y admiré desde entonces —por infantil romanticismo— a tantas gentes que soñaron y fracasaron. Pero, a veces, del heroico y osado fracaso de las generaciones muertas surgen los ideales de las generaciones vivas.

El Curazao que vuelvo a ver después de ese lejísimo tiempo, sepultado ya en el recuerdo como una momia de la imaginación, sería casi igual al de aquellos años si no cambiaran el paisaje las torres de acero de la refinería de la *Shell*, en la ensenada de *Shottegat*. Es otro despojo o botín de Venezuela trasladado a la isla. Los inversionistas que erigieron esas estructuras, que en la noche se perfilan como rascacielos de Manhattan, nunca tuvieron fe en la tranquilidad venezolana para completar el proceso de la industria. El *Je maintiendrai* de la monarquía holandesa les aseguraba más firmes e inalterables dividendos. Del aceite de Venezuela se impregnan unas nubes rojizas, cargadas de gases, que galopan en la noche curazoleña sobre los canales dormidos. Pero en el viejo Willemstad aún se yerguen las casas de grácil juguetería y muy bätavo color de tulípanes. Los tejados, tan finos, simétricos y rojos, parecen fabricados por un duende albañil. Y en las puertas de la Casa Rosada, que en mis años infantiles era tentadora, con su venta de patines, bicicletas y coloreados frascos de dulce, ya me está sonriendo la cara bondadosa de uno de los más amables abuelos de Curazao: don Carlos Winkel. “*Cho Cai*”, se le dice en el más efusivo papiamento. Don Carlos, holandés muy venezolano, que sabe decir “vaina” y “chico”, con muy gentil bonhomía nos está invitando a la primera cerveza.

Tercera parte

CREACIONES E IMÁGENES

PASEO POR NUESTRA POESÍA (DE 1880 A 1940)*

En el presuroso coche en que Juan Antonio Pérez Bonalde llega a Caracas un día del 80 y tantos, el coche famoso de “Vuelta a la patria”:

*¡Apura, apura, postillón! ¡Agita
El látigo inclemente!,*

penetra en la poesía venezolana una ráfaga de subjetivismo nórdico. Trashumante y políglota, él hace decir en verso español —que es más moderno que el de sus contemporáneos— angustias, desesperaciones, dudas que vienen de la poesía alemana o del obsesionante mundo fantasmal de Edgar Poe. Pérez Bonalde es un poeta del otoño y la noche, y el color que predomina en su poesía es precisamente ese color amarillo —color de la melancolía otoñal— que es con el que se nos presenta su más logrado y conocido poema. En “Vuelta a la patria” hay tres versos dominantes, los que parecen expresar toda la intención, los que marcan mejor el acento de tristeza contenida, de sollozo viril que no estalla. El poeta dice ante la tumba de su madre:

*Y sólo traigo que ofrecerte pueda
esta flor amarilla del camino
y este resto de llanto que me queda.*

* Apareció publicado por primera vez con el título de “Ciclo de la moderna poesía venezolana (1880-1940)” en la *Revista Nacional de la Cultura*, N° 16, Caracas, febrero-marzo de 1940, pp. 90-114.

Lo que podía haber sido imprecación y grito se detiene de este modo en el mundo otoñal, en el elaborado subjetivismo de la elegía. El poeta se va con su dolor por esa comarca de luces lejanas, de perspectivas indecisas, de recobrado y difuso paisaje de su infancia que vuelve a encontrar. Y es ya ésta como elegancia elegíaca de Pérez Bonalde lo que marca su modernidad, su avance sobre los poetas de su generación. Piénsese cómo lloraron Maitín y Abigail Lozano; piénsese en la decoración de nuestros viejos poetas románticos, los que prodigaban una utilería de ángeles, guirnaldas, serafines y cipreses. Eliminando lo puramente escenográfico, la poesía de Pérez Bonalde es ya alquitarado drama interior. Sabe manejar lo que casi ningún poeta había dominado hasta él en Venezuela: los colores sordos; cierta música discreta y asordinada; hasta cierta levedad de la palabra que ya en él no cae redonda y elocuente, sino tiende a esfumarse en el verso. Con Pérez Bonalde se inicia cierta reacción contra lo que había pesado más en la poesía venezolana: la elocuencia; la elocuencia de que no se libraron espíritus tan bien dotados como el de Guaicaipuro Pardo. Pero en Pérez Bonalde culmina por excepción, y con más marcado acento cosmopolita, una familia rara de poetas nuestros a quienes se puede llamar los hijos de la niebla; capaces del murmullo más que del grito y cuyos antecesores fueron Yepes y José Antonio Calcaño. (Los otros, hasta los más próximos en edad a Pérez Bonalde —nacido en 1846— se movían todavía en una oficiosa y acartonada poesía de certamen; escribían como el laudable don Felipe Tejera —tan laudable por otros conceptos— sus “Colombíadas” y “Boliviadas”, sus discursos en octavas reales, las largas tiradas eruditas en que Copérnico, Colón y el porvenir de América andaban revueltos con los caciques indígenas y con complicados nombres botánicos y fluviales.) La poesía venezolana había trajinado hasta entonces por dos caminos opuestos que sólo en escasos nombres, como el de José Antonio Calcaño, encontraron una conciliación: un camino era el de los poetas eruditos, de los que degeneraron la copiosa herencia enseñante de un Andrés Bello; los del idioma académico y la intención didáctica, los poetas de la “Libertad” y “El triunfo

de la idea”, los cronistas de los sucesos cívicos que preparaban y aguardaban su premio de la Academia Española; los otros, los grandes espontáneos, abandonados a la facilidad que el hijo de nuestras tierras cálidas tiene por la palabra melodiosa; deliciosamente incultos en quienes la gracia andaba envuelta con el ripio y el acierto con la vulgaridad, como un Maitín y un Abigail Lozano. Hacían su vida de criollos apasionados; amaban sus mujeres, no omitían al escribir los hechos más íntimos, cabalgaban los potros de la guerra civil e iban sembrando sus versos a través de los álbumes y de las revoluciones. (Más de un verso triste o hiperbólico de Lozano, o de cualquiera de los poetas de la generación anterior a Pérez Bonalde, vale, así, por un tratado sociológico. Allí está el hombre nuestro en el prístino canto de su incultura, con todo su ardor, su fantasía y su desorden. Allí está el criollo que sabe ser guerrillero y amante. Y allí está también la mujer venezolana —el ángel o la hurí, como la llamaban los poetas de 1840— acodada en su ventana, en la tristeza fugaz del crepúsculo de los trópicos. Ante ella pasaba sobre corcel caracoleante, como en nueva versión de la Cruzada, el caballero que va a la guerra:

*Salud, bravo Arismendi,
al par guerrero y vate,
en cuyo pecho late
sin miedo el corazón.*

dicen unos detestables versos de Abigail Lozano.)

Sobre el fondo de esa poesía romántica de los años 40 a 80, poesía a veces un poco popular como nuestros “valsecitos” de tierra caliente, predomina la noche, la gran noche venezolana, tan trémula y sensible; la noche que según aquellos poetas tiene su Ángel de la noche y a donde las sílfides nocturnas acuden a verter

el opio blando de sus negras urnas.

Pero —es necesario decirlo— sin una gran fuerza como la de un Walt Whitman para sacar del fondo de su pueblo, del subconsciente colectivo el aliento de su nueva poesía, Pérez Bonalde, viajero y cosmopolita, procede a la inversa: depura su sensibilidad de criollo en el alambique de otras culturas; busca otros tonos, otros coloridos y hasta otras formas métricas; empieza a eliminar lo puramente episódico y accesorio y logra un acento de elevada intimidad como no se había escuchado antes de él en Venezuela. Inicia por ello, quince o veinte años antes de que comenzara el movimiento modernista, lo que puede llamarse el proceso de la poesía moderna en nuestro país. Con una diferencia: que mientras el modernismo de Darío procede de Francia, el aporte de Pérez Bonalde viene del marco de naturaleza y de nieblas de la poesía sajona —inglesa o alemana—. El primero se realiza como lujo verbal; el segundo, como afán naturista, como diálogo del hombre con el mundo exterior y con su destino. No el gran cuadro deslumbrante de la naturaleza de los trópicos, la poesía objetiva o la epopeya agraria que había querido hacer don Andrés Bello, sino una naturaleza afinada a la escala del hombre, un remolinear de hojas otoñales cuya música y dispersión implacable encierran el símbolo de la turbada existencia humana.

Como “hombre raro”, como personaje que duda en medio de muchos que creen, se describe a Pérez Bonalde en la silueta que le dedicara don Felipe Tejera en los *Perfiles venezolanos*. Por cosmopolita y moderno, él parece haber chocado con los hombres de su generación, tan aferrados a la grandilocuente poesía española del siglo XIX. Y no eran tampoco los mozos que él encontró en Caracas entre el 85 y el 90— un Romanace, un Potentini, un Paulo Emilio Romero— los llamados a comprenderlo: éstos, salidos de la improvisación venezolana, hombres de “botiquín”, de corrillo político y de revuelta criolla, no tuvieron tiempo ni humor para afinarse. Hacían una como versión tropical de las *doloras* de Campoamor. La prostituta y el hijo pródigo, la madre que espera en alta noche, los temas del falso folletín sentimental, del romanticismo degenerado en realismo, son la materia frecuente de sus

versos circunstanciales. El corrido llanero, la épica popular se pone a cantar a veces en las décimas de Potentini; pero por falta de cultura él no logra la necesaria transposición del mundo del folklore al mundo de la poesía. Lo mismo puede decirse de aquellos versos burlones y llenos de malicia criolla —que valen mucho más que sus versos sentimentales— en que Alejandro Romanace supo encerrar la sabiduría del pueblo; versos que han entrado en el refranero nacional y donde la terrible suerte de los cachicamos es “trabajar para las lapas”, donde el venezolano “vive y lo que puede atrapa” y donde el deber de los pobres es “pelar la papa” de los poderosos. (Desde el gordo y exuberante don Rafael Arvelo en los primeros días de nuestra República, pasando después a las alturas del año 90 por Potentini y Romance, hasta llegar en nuestro tiempo a los “pitorreos” de *Job Pim*, hay una nota frecuente en la literatura nuestra, y es la de convertir en burla el dolor social; hacer la moraleja de esa violencia obstinada que pesó tantos lustros sobre la vida venezolana, fijar en la risa y el refrán cáustico esta trágica inversión de valores que el país sufriera como consecuencia de la guerra civil y la rapiña de los caciques. Algo de lo más original y revelador del carácter nacional debe buscarse en la obra de estos humoristas que, trocando la imprecación en cinismo, lograron expresar hecha mofa una reprimida filosofía popular; descubrieron más allá de las enfáticas palabras oficiales la resignada y desengañada verdad de nuestro pueblo: “Cachicamo trabaja para lapa”. Un mundo sorpresivo y azaroso, un relativismo moral surgido del abuso crónico, es la materia terriblemente pintoresca de donde estos moralistas del humor —moralistas sin saberlo— sacaron sus enseñanzas venezolanas. En el escenario turbio que era nuestro país, tan prolongadamente descompuesto, estos rapsodas populares pasaron desafiando la pesadilla tal como un François Villon puso a danzar los lívidos fantasmas de su muriente Edad Media. Nuestra literatura no tiene una “Balada de los ahorcados”, pero tiene una curiosísima balada de la cárcel de La Rotunda, escrita por uno de esos humoristas de lo trágico: Leoncio Martínez. Y en algunos poetas venezolanos como Blanco-Fombona y Arvelo Larriva penetra de

pronto un tremendo olor de sangre fresca; un impulsivismo que se desboca, un grito de macho salvaje.)

II

Otto D'Sola señala en su *Antología* como otro de los precursores de nuestra poesía moderna a un extraño poeta hoy casi desconocido y olvidado por las nuevas generaciones, Miguel Sánchez Pesquera. Ido muy joven de Venezuela, vecino de Puerto Rico, de España y de las Islas Canarias, este luminoso cumanés da a la poesía nuestra un aporte diferente del de Pérez Bonalde. El paisaje mediterráneo y el paisaje bíblico, la luz del desierto y el cobalto del mediodía, Grecia y Arabia son las tierras ilusorias de su nostalgia. En el fino romanticismo de Pesquera hay ya un lenguaje poético completamente diferenciado de la prosa: evocación y sugerencia más que narración; palabra melódica más que palabra elocuente. La autonomía y el valor de la palabra poética marcan el proceso en que nuestra poesía deja de ser discurso o tirada académica o apóstrofe espontáneo cargado de interjecciones, como había sido —con las exclusiones que señalamos— durante el siglo XIX. Este proceso puede comenzar a fijarse a la altura de 1895, con la generación que se llamó de *El Cojo Ilustrado*. (Y aquí conviene advertir —sin que por ello se ofenda nuestro patriotismo— que, en la historia literaria de Venezuela, la poesía siempre marchó como a la zaga de la prosa. Acaso porque el alma del venezolano estaba cargada de tensiones y pasiones políticas, porque había mucho que narrar y mucho que imprecicar, hemos sido un pueblo de prosadores más que de poetas. Se han escrito aquí mejores novelas y más encendidos libros de polémica que libros de poesía. O ninguno de nuestros poetas —habiéndolos muy destacados— alcanzó la dimensión continental de un Darío, de un Lugones o de un Guillermo Valencia.)

La “modernidad” de la generación del 95 fue la de la palabra, el tema y el ritmo. Algo como una gran pintura de historia transcrita en versos de contorneada línea parnasiana, o en octosílabos

jugueteros que quieren imitar la anacreónica griega, destaca la personalidad de uno de los poetas de entonces: Gabriel Muñoz. Si los románticos nos habían traído para tenderlas lánguidamente en las ventanas de nuestros pueblos a las “huríes” y las “sílides” de ojos muy negros, esta poesía del 95 viene poblada de sátiros y faunos. Poesía verde y roja como el fino bosque literario donde el dios Pan modula su zampoña de encantamiento o como las vírgenes sacrificadas de uno de los más bellos poemas de Muñoz. Por uno de esos contrastes tan frecuentes en nuestra cultura, fue un gran mulato el que primero logró dar —y con equilibrado gusto— esta nota de fina evocación. Poeta de lenguaje muy limpio, de justa elegancia, Muñoz rectifica a quienes achacan al mulato el gusto de lo desordenado, lo estridente y lo bizarro. Es su contemporáneo de parnasianismo, Manuel Pimentel Coronel, poeta de acento batallador, un tanto elocuente pero cuyas luchas simbólicas de águilas y leones, sus sonetos de paisaje clásico —ejemplo su soneto al Mediterráneo—, sobresalen por la pulida lengua viril y la emoción del pasado. (No en balde son éstos los años de Arturo Michelena, que fue también un parnasiano de la pintura y cuyo firme dibujo— tan sensible para el cuadro histórico— sabe levantar el magnífico lienzo de Academia denominado *Pentesilea*).

Venezuela, la Venezuela de los vales, de los pueblos, de los cortejos de ventana, de las muchachas que languidecen de amor y que entonces tenían álbum, tocaban el piano y se retrataban con las grandes sombrillas, los encajes y las gasas de las proximidades del 900, requería su trovador romántico y Andrés Mata lo fue durante treinta años de vida literaria. De cierta manera, usando una lengua más melódica y ya podada de interjecciones, Mata continúa en pleno siglo XX la línea de los viejos románticos venezolanos. Mata es el sentimiento simple, transmitido en la emoción esencial, con la música que se graba en la memoria. Sin que llegue a la vulgaridad, Mata ofrece una clave emotiva que a todo el mundo sirve, y en la que pueden coincidir el hombre del común y el poeta. A veces esa emoción —que él denominaba con mucha justicia sus “arias”, y que recuerda un poco la línea melódica de la música italiana—,

a veces esa emoción es tan simple como la del contemplador que se embelesa en los reflejos de la luna “sobre el silencio diáfano del río”. Si nuestro romanticismo del año 40 convierte a las mujeres en “querubes” y las pone a pulsar el arpa —que tiene como ellas dorada cabellera—, ese romanticismo tardío, en las lindes ya del 900, es el romanticismo de un piano nocturno desgranado —los poetas de entonces decían que los pianos se “desgranaban”— sobre la transparencia frágil de la noche criolla. En música popular se convirtieron algunos de los poemas de entonces. Un grave médico de Barquisimeto, el doctor Ezequiel Bujanda, compone en horas de vagar una poesía sobre los vales y los pianos que recorrió hecha canción, trocada en nocturno bambuco, todos los caminos de Venezuela. La sensibilidad media de aquel tiempo está en sus estrofas lacrimosas:

*No toques ese vals: ¡cierra ese piano!
No broten nunca de tu blanca mano
Esas notas que invitan a llorar...*

Es la época; es la moda de lo que podemos llamar el “schubertismo” en nuestra literatura, porque el transporte musical más alto se los produce a los públicos de aquel tiempo la *Serenata* de Schubert cuya glosa poética había compuesto el mexicano Gutiérrez Nájera.

Frente al modernismo a lo Rubén Darío, que ya comienza a hacerse sensible a partir del 95, esa nota “schubertiana” subsiste en nuestra literatura por lo menos hasta 1915. “Schubertianos” son así, y de destacada calidad, poetas como Racamonde y Juan Santaella. Y a pesar de lo que ahora denominamos “vanguardismo”, en algunos pueblos de la provincia venezolana, donde la luna coadyuva al alumbrado público y donde los últimos pianos libran su trágico combate con los aparatos de radio, algunos viejos poetas todavía “schubertizan”.

(Los poetas de hoy, deportistas y cabriolantes, no saben lo que fue el culto al poeta en la Venezuela de treinta o cuarenta años

atrás, cuando los diarios de la Capital tenían columnas permanentes para publicar los cotidianos sonetos y la Fotografía Manrique —que por sí sola constituye un capítulo de la historia social venezolana— lanzaba, para que la coleccionaran las niñas de la provincia, la “vera efigie” de esos vates despeinados y ardorosos.) Viviendo la misma vida ilusoria y romancesca que evocaba la fotografía, muchos acudieron temprano a la cita de la muerte. Pero no sin despedirse de la amada, de todas las amadas que tenían en los pueblos de Venezuela, como Víctor Racamonde:

*Dulce gacela mía:
del lodo que mi nombre ha salpicado
está libre este amor, que es mi alegría.*

III

Modernismo y decadentismo son dos palabras a que se asocia en nuestros países una revolución literaria —y principalmente poética, cuyo gran caudillo en el mundo hispano fue Rubén Darío— y un estado de alma colectivo que es el de aquellos años que van de las postrimerías del siglo XIX hasta la gran guerra de 1914. Hay, pues, en el modernismo y el decadentismo, un aspecto formal y otro anímico. Desde el punto de vista formal, ya nos parecen inconcebibles, mirados desde una perspectiva de hoy, la resistencia y el ataque que mereciera de los sectores literarios tradicionales el magnífico mensaje de Rubén Darío, cuya acción más reformista que revolucionaria consistió solamente en que la anquilosada poesía española del siglo XIX conjugara el lenguaje de la época y se aproximase, por ejemplo, al simbolismo francés. Y para lograr este cambio no era necesario que la poesía hispana abjurara de su tradición, sino volviera a lo mejor de ella. (En el siglo XVII —especialmente con Góngora— el lenguaje poético español fue perfectamente autónomo frente al lenguaje de la prosa; se constituyó como color y música más que en desenvolvimiento

lógico, y Darío nunca llegó a la audacia de la intrincada metáfora gongorina.) Contra lo que reaccionaba Darío, especialmente, era contra el folletín poético y el discurso versificado, formas espurias de una sedicente poesía hispana en las últimas décadas del 800. Así, no comprendemos los denuestos que esta reforma de Darío provocara a algunos obstinados contemporáneos. Cada reformador artístico trae su propia materia ornamental, y la de Darío se expresa en aquellos temas del rococó versallesco, del París de los años 90 y de los faunos de tapicería que él presenta en el gran bazar de color y de música que son sus juveniles *Prosas profanas*. Música de Wagner tocada por un gran ejecutante tropical que al oro de las viejas leyendas agrega el del sol de su tierra caliente y los esmaltes de sus colibríes centroamericanos. No es eso, sin embargo, todo Darío. Entre sus dos libros poéticos esenciales —las *Prosas profanas* y los *Cantos de vida y esperanza*— se cumple un proceso semejante al que en la música moderna nos conduce del gran drama sinfónico de Wagner al arte más refinado e impresionista de Debussy. Frente a la orquestación verbal de las *Prosas profanas*, los *Cantos de vida y esperanza* erigen su delgada voz nocturna, su velado matiz, su concentrado aroma nostálgico. El sentimiento poético en este libro va mucho más allá de la palabra brillante; penetra en un complicado mundo de alta intimidad. La voluptuosidad triste, el cansancio, la incógnita del destino humano:

*y la vida que tienta con sus frescos racimos
y la muerte que aguarda con sus fúnebres ramos*

los temas eternos de la poesía, en una palabra, alcanzan la más exquisita modulación en ese gran libro de la madurez de Darío. Libro, naturalmente, de más difícil influencia —por contener mayor objetividad— que los de su brillante época juvenil.

A la distancia de veinticinco años que ya nos separan del gran poeta y de la magia de su obra, podemos juzgar mejor que en el momento del triunfo, cuál fue su trayectoria y penetración en las distintas poesías nacionales del continente. Esta *Antología*

de la poesía venezolana acaso sirva para demostrar objetivamente que entre nosotros el influjo de Darío no ha sido tan determinante como con frecuencia se cree. Algo del vocabulario y la métrica del gran nicaragüense penetra en los poetas de lo que podemos llamar la primera, segunda y tercera promoción de nuestros modernistas: Rufino Blanco-Fombona (1874); Carlos Borges (1875); J. T. Arreaza Calatrava (1885); Andrés Eloy Blanco (1897). Algunos poemas minúsculos de la juventud de Blanco-Fombona —que no son precisamente lo más revelador de su obra— han sufrido, más en la palabra que en la intención poética, la influencia rubeniana, así como la “Lámpara eucarística” de Carlos Borges tiene una curiosa analogía métrica —ya que el tema es tan diverso— con la “Marcha triunfal”. Del mismo modo, en el vigoroso temperamento poético de Arreaza Calatrava, millonario de las palabras, vate de gran aliento en quien desembocan y se agitan las más contradictorias influencias literarias, Rubén Darío pasa con sus esmaltes verbales, con su virtuosidad métrica, con su coloreado don evocador. En todo caso, la sombra tutelar de Darío se establece, por lo menos hasta 1920, como el verdadero árbol que canta, sobre nuestros modernistas. Influencia —como ya hemos dicho— más exterior y decorativa que profunda. Por Darío, muchos poetas de nuestra tierra caliente sueñan con Trianones, cisnes y princesas. Un rococó literario, poblado de lacas y marfiles, abates madrigaleros y Pompadoures de cromo, es lo que saben tomar e imitar al gran poeta algunos liróforos de provincia. Los malos imitadores intentan un “rubendarismo” puramente formal, de palabras escogidas y de adjetivos raros. La palabra en ellos es ornamento suelto más que signo. Lo que entre nosotros se llamó el “orfebrismo” fue esa tendencia a la complicación y el enrevesamiento verbal; aquellas palabras esdrújulas o desempolvadas del diccionario que como grandes parásitas quedaban colgando, balanceantes y desajustadas, en la prosa de algunos oradores y en las estrofas de algunos poetas. Contra esa degeneración del modernismo fue memorable la campaña de sanidad literaria librada por el gran novelista Pocaterra y la revista humorística *Pitorreos* a la altura de 1918. Desde

esa fecha la palabra “orfebre”, que se habían dispensado como alabanza los epígonos del modernismo, se convirtió en el emblema de una nueva cursilería.

Si la revolución modernista se proyectó singularmente hacia la música verbal, sacó nuevas palabras y combinó nuevos metros, el otro fenómeno coincidente —el decadentismo— tiene, además, una significación ética y psicológica; no se realiza sólo como forma literaria sino como conducta, gesto o actitud vital. En tal sentido, personalidades como la de Rufino Blanco-Fombona parecen, para la época, especialmente reveladoras. (A través de Nietzsche, de Barrés, de Wilde y D’Annunzio ha llegado a estas latitudes el mensaje anarco-individualista de la Europa de los años 90. Frente al conformismo y seguridad burguesa se proclama otra vez la rebelión y los derechos excepcionales del artista. En la más elaborada voluptuosidad, que no le teme a la sangre y a la muerte, el artista quiere ser aquel *uomo singolare*, más allá de la moral y la norma común, que erigió como imperioso arquetipo una época tan cargada de instinto, estética más que ética, como lo fuera el Renacimiento italiano. Liberado de toda tradición y norma corriente, el artista anhela afirmar su función de gran *condottiero*. Concibe la Historia no como la suave y ordenada marcha de lo que ellos mismos denominan el “rebaño democrático”, sino como lucha y darwinismo implacable donde el bello animal humano prevalece sobre los pusilánimes y los débiles. En este nuevo estado de conciencia, en este nuevo mal del siglo, semejante al que sufriera Europa en el alba del período romántico, caben todos los matices; desde la acción despiadada de Zaratustra hasta el nirvana imaginativo en que se hunden los personajes de Huysmans. Artificio y violencia parecen los caminos contradictorios que conducen hacia una terrible belleza. En la novela latinoamericana de comienzos del 900 coinciden en esta actitud los personajes novelescos del uruguayo Carlos Reyles y del venezolano Manuel Díaz Rodríguez. *Sangre patricia* e *Ídolos rotos* son dentro de la prosa nacional dos libros que ejemplarizan ese estado de espíritu. Y en su escala de contrastes el decadentismo significa, entre otras muchas cosas: rebeldía y aristocracia

del artista; refinamiento voluptuoso; afán de desconcertar al buen burgués; arte para los artistas; gusto de la paradoja. Huyendo de las masas, inmerso en su mundo solitario, el escritor suele encontrarse —como el complicado Tulio Arcos que describiera Díaz Rodríguez— con la sombra de Narciso. El universo concluye en sus propias percepciones.)

Rebeldía y excepcionalidad, vindicación del instinto libre más que refinamiento mórbido, es lo que se destaca entonces en la obra poética de Rufino Blanco-Fombona, el primero de nuestros modernistas y decadentistas en orden de edad. El *condottiero* danunziano se convierte en él en caudillo de tierra caliente. Su mensaje es elemental como el reclamo de nuestra geografía indómita:

*Mi querida se acerca, y dulcemente
apóyase en mi espalda.
Su cabellera se impregnó en el baño
de un olor de campiña. Me dan ganas
de beber leche, de domar un potro,
de atravesar un río.*

En el más aplaudido de sus libros en prosa, Blanco-Fombona ha hecho el elogio y contado la aventura del conquistador español del siglo XVI, caballero sobre la inmensidad de América. El sol del trópico, la soledad, la perenne codicia insatisfecha, lo tornan cruel y despliegan la personalidad inexorable. Vienen cargados de geografía, de reinos por descubrir, de venganzas como ese Lope de Aguirre, “El Tirano”, a través de los enormes ríos de la selva. Como un conquistador de entonces, llevado por su impulso y su imprecación, ha querido pasar Blanco-Fombona por la literatura nuestra. Esa rebelión de la carne y de la individualidad entera que se expresa en algunos de sus libros de poemas, como los *Cantos de la prisión y del destierro*, donde la poesía es casi documento, fue entre los modernistas venezolanos una nota habitual. Con mayor gracia lírica, con más fresca sensualidad y hasta con jugueteo humorístico poético, la encontraremos después en Alfredo Arvelo

Larriva. Si bajo todos los cielos la mujer es el tema más frecuente de la poesía, es curioso observar cómo el motivo femenino ha ido cambiando a través de nuestra historia literaria. Para Blanco-Fombona y Arvelo Larriva, la mujer ya no es el “querube” o la delicadísima amada de los románticos. Blanco-Fombona canta a su querida y Arvelo Larriva, en su famoso poema “Pilar Teresa”, dedica a una cortesana —a la cortesana que lo consuela en sus días de prisión— uno de los cantos de más liberada sensualidad que conozca la lírica venezolana. Ya no son los ojos negros, el pie breve, la boca ambarina; es todo el cuerpo de la mujer, no contemplado, sino retorcido en espasmos; la mujer en el embrujamiento de su paraíso diabólico.

IV

Mientras una lírica de mayor complicación verbal que la conocida hasta entonces en nuestra pequeña historia literaria estaba surgiendo con el modernismo y el decadentismo; mientras temas libertinos e ingenuamente demoníacos como los que Carlos Borges puso de moda en los primeros años del siglo; mientras cargado de metáforas y graciosos retruécanos, impulsivo y escandaloso en su exultante sensualidad, había venido de sus nativas sabanas un joven cantor como Arvelo Larriva, aparece también, como contraste y reverso del cosmopolitismo modernista, una poesía de cargado acento nativo que quiere fijar sus temas en el paisaje y las costumbres de la tierra. Es de cierta manera una transposición a la poesía de aquel movimiento criollista que había penetrado en la prosa a partir de las novelas de Romerogarcía (*Peonía*), de Gonzalo Picón Pebres (*El sargento Felipe, Fidelia*), de los primeros cuentos — tan cargados de lirismo a lo Federico Mistral — de Luis M. Urbaneja Achelpohl. El gran poema nativo de esos primeros años del siglo XX es la *Silva criolla* de Lazo Martí. Si pensamos en la oscura vida provinciana de este gran poeta, metido en sus llanuras, sin contacto casi con los grupos literarios de Caracas y con los tentadores libros de la época, la *Silva criolla* se nos presenta como

uno de los milagros de nuestra literatura. Porque casi no había crítica o la crítica todavía no sabía proyectarse hacia los verdaderos enigmas del alma venezolana, la *Silva criolla* ofreció sólo a los contemporáneos su encanto verbal y como la continuación o la paráfrasis moderna de la famosa *Silva a la agricultura de la zona tórrida* de don Andrés Bello. En realidad el poema de Lazo Martí tiene el valor de un manifiesto. No es sólo el virgiliano y clásico contraste entre campo y ciudad y la invitación a que el venezolano recobre su tierra y dome su naturaleza, tan bravíamente hermosa, lo que se expresa allí, sino también la condenación del vago juego decadente, las imágenes de una mitología no libresca e importada sino surgida del indomeñable horizonte, del milagro animal y vegetal del inmenso campo llanero. Frente a la poesía artificiosa —toda palabra y retorcida literatura— que la mala imitación del modernismo estaba produciendo, poetas como Lazo Martí, no sólo en la vigorosa arquitectura de su *Silva* sino en aquellas breves composiciones más intencionadamente líricas que él llamó las “Crepusculares”, descubren un fino y delicado tema de elegía criolla: el vuelo de las garzas espantadas por el invierno llanero, imagen simple del tiempo y del amor que se van; fuga de las cosas, fatalidad del hombre ante la naturaleza irreversible. Así, en este gran intuitivo de nuestra poesía vernácula, objetivismo y subjetivismo se concilian armoniosamente. Otros de los poetas criollistas —pienso en el más abundante de todos ellos, el zuliano Udón Pérez—, si saben describir la naturaleza en grandes poemas llenos de selva y de ríos crecidos, de palabras indígenas, no dan en cambio con la vida interior. Se quedan en lo épico más que en lo lírico.

En todo caso, estas generaciones literarias de comienzos del siglo han empezado a descubrir el paisaje. Se opera en la poesía un proceso semejante al ocurrido en nuestra pintura. Los pintores del siglo XIX —pintores de historia o retratistas como Tovar y Tovar y Michelena, realistas patéticos como Cristóbal Rojas— no se habían sumido aún en la naturaleza del trópico. El paisaje es sólo el fondo de las batallas heroicas o de las conmemoraciones biográficas que sus pinceles describen. Sólo en unos cuadritos de

Cristóbal Rojas, como en aquella deliciosa *Dama en el balcón* que evoca a Renoir, obras en que hasta ahora había reparado poco la crítica porque no tenían la magnitud ni el *fortissimo* de sus grandes escenas interiores, empieza a penetrar el paisaje.

La lección del impresionismo europeo nos llega retardada como todos los movimientos espirituales, y sólo se hace palpable después del 900. De los paisajistas en prosa como Urbaneja Achelpohl y Díaz Rodríguez el movimiento tomará la poesía. Otto D'Sola, compilador de esta *Antología*, ha rescatado para ella el nombre y la obra de un poeta hasta ahora casi desconocido, Pedro Rafael Buznego Martínez, que a comienzos del siglo describía en versos de fresca ingenuidad el paisaje y las faenas de sus campos aragüños, y que es por ello un precursor de una numerosa familia de poetas eglógicos. Espíritus ambiciosos como el de Samuel Darío Maldonado, a lo largo de enormes poemas inconclusos donde el acierto y la adivinación genial tropiezan con el ripio y la enumeración fatigante, sueñan entonces con una como mitología vegetal y zoológica de nuestra tierra caliente, con los grandes ríos verdes, con la magia de nuestras selvas, con la generación y la vida sin reposo que el aventurero venezolano —el del caucho, el del oro, el de las revoluciones— va señalando, apenas, al golpe de su curiara, raudal arriba. En tupidas composiciones, donde algunos versos se enredan y estorban como gigantesco bejucos, y en la caótica masa de su libro *Tierra nuestra* dejó aquel poeta un esfuerzo frustrado, pero formidable, de absorción de la naturaleza vernácula. Cargado de exageración, de genialidad y mal gusto, hombre de adivinaciones, de fiebre y de chispazos, Samuel Darío Maldonado es él mismo un río por explorar. Otros poetas nativos, más simples y armoniosos, no tienen tan enorme propósito: se contentan, como Sergio Medina, en describir la aldea, la procesión y los barbechos dorados; son los notarios de los pájaros; registran el tiempo venezolano con sus diciembres llenos de aguinaldos y de coplas, con sus nubarrones de abril que abren paso al invierno.

Característica de esta vida literaria venezolana entre el 900 y el 920 son los grupos provincianos. Aún la riqueza petrolera

—hecho capital en la historia y la economía venezolana del presente siglo— no producía el movimiento centrípeto de la población hacia Caracas y hacia las ciudades que reparten el presupuesto. A la sombra de sus plazas añosas, las ciudades de provincia tenían sus círculos literarios y editaban sus periódicos y revistas de cuatrocientos ejemplares. Hay núcleos provinciales como el de Coro, que animan los hermanos Smith Monzón; como el de Maracaibo, que preside con su vaso de cerveza y sus bolsillos poblados de sonetos el fecundo Udón Pérez; como el de Ciudad Bolívar, con el poeta Agosto Méndez; como el de Mérida, donde, contra la tradición eclesiástica, los jóvenes que pilotearán sucesivamente las revistas *Génesis* y *Literatura* andina imponen el modernismo, que al pie de las Sierras Nevadas resulta algo blasfemo. Las influencias más contradictorias se amalgaman en la literatura de entonces; los reflejos de la poesía española de los primeros años del siglo, donde el fino arte poético de un Machado o de un Jiménez combatía con la declamación rutilante de un Villaspesa o la bohemia enfermiza de un Carrere; el decadentismo europeo de un D'Annunzio o un Barrés, conocido, generalmente, al través de malas traducciones; la nueva emoción social o los problemas de conciencia de los escritores nórdicos. Los primeros 35 años del siglo XX son, para los venezolanos, de oprobio, de derrota, de tiranía. De la dictadura operetesca de Cipriano Castro —dictadura que se pone a bailar y a derrochar los dineros públicos; dictadura tropical y barroca donde lo trágico linda con lo cómico, donde el adjetivo anda liberado como un colibrí en la prosa y el verso de algunos escritores cortesanos— se pasa a la crueldad más calculada, al silencio siempre más denso, al gran enigma que se petrifica en el largo e inexorable gobierno de Juan Vicente Gómez. Cómo se encuentran con el país; cómo lo sienten; cómo se defienden; cómo marcan su presencia en el alma colectiva, es por esto el problema más serio de los escritores y artistas venezolanos en los seis últimos lustros.

La poesía, empero, sigue un camino que las circunstancias ambientales explican que no haya sido tan brillante como el que

recorren en el mismo tiempo otras literaturas americanas. La observación de que la prosa tuvo siempre entre nosotros mayor alcance que la poesía, guarda especial validez para nuestro desarrollo poético de los últimos años. Si el problema pudiera mirarse con criterio gramatical, un crítico argüiría que la literatura venezolana de los treinta últimos años adolece de la general decadencia de los estudios humanísticos, de la miserable instrucción pública que mantuvo la dictadura gomecista, del escaso contacto que durante aquellos años los escritores y artistas venezolanos tuvieron con el mundo exterior. Los más nuevos reprochan a los mayores su desnuda espontaneidad, su sentimentalismo trivial, la pobreza de sus temas, pero he aquí que tampoco —y con definidas excepciones— la poesía última ha logrado imponer una nueva conciencia artística. Seguir el ciclo desde Pérez Bonalde hasta hoy nos conduciría a una etapa de transición, a un momento de disolución y de quiebra de las antiguas formas que no son reemplazadas, todavía, por otras de universal vigencia. Sin embargo, sería injusto negar en la poesía venezolana de los seis últimos lustros un progreso, un combate por la forma y el tema poético, una aspiración de originalidad. Más que en los individuos, en el choque de las corrientes podemos observar estos caminos que ahora se interponen en el itinerario de nuestra poesía, las tensiones espirituales que ella experimenta.

V

La muerte de Rubén Darío en 1916 —plena gran guerra europea— señala una fecha inicial en la liquidación del modernismo. Juan Ramón Jiménez, que hasta ese momento había sido un poeta típicamente modernista, empieza a ensayar un arte nuevo de imágenes cada vez más liberadas, de más recogida música y que transmita metafóricamente las impresiones de un universo que no es ya el de los Trianones y las princesas del más divulgado rubendarismo. Simbólicamente, el cambio en el arte de Jiménez se realiza con su *Diario de un poeta recién casado*, en que, junto al tema

nupcial transmitido en los términos de una sentimentalidad personalísima, predominan paisajes, visiones, sugerencias de Norte América, es decir, de la tierra menos versallesca que sea concebible. Paralelo a la nueva experiencia de Jiménez se perfila el depurado clasicismo de un Antonio Machado, acaso el más clásico poeta que haya producido España desde los días de Fray Luis de León. Clásico —es claro— en cuanto es poeta de esencias, de concentración, de arquetipos; en cuanto lo puramente ornamental casi no se advierte en su poesía. Machado y Jiménez inician pues, ya, un camino divergente al de Rubén Darío. Y vienen desde entonces, junto a estas puras voces españolas, los laboratorios estéticos de París que quieren producir en la poesía algo semejante a lo que se estaba produciendo en pintura cuando los cubistas reaccionaron contra los impresionistas; cuando el subconsciente buscaba su tumultuoso cauce liberador a través del surrealismo. 1913-1925 han sido doce años de extraordinaria movilidad en la historia del arte contemporáneo. En un país tan distante y tan largamente cerrado para los movimientos de la cultura universal como fue Venezuela en los silenciosos años del despotismo, tales influencias no se han ejercido de manera ordenada y sucesiva, sino más bien se confunden y entrechocan. Aun más —y es una nota muy interesante en la poesía nueva venezolana—, al internacionalismo poético, tan visible en el mundo de hoy, se suele enfrentar aquí un fuerte nativismo como el que representan poetas contemporáneos de la calidad de Antonio Arráiz, Fombona Pachano, Arvelo Torrealba.

Rastreemos en el tumulto de estos veintitantos años que ya nos separan de la Primera Guerra Mundial y de Darío, lo que ha pasado en la poesía venezolana. Para diferenciar nuestros poemas actuales de los de ayer, se me ocurre la siguiente categoría de valores:

- 1) Una retórica en tono mayor, vocinglera, como fue la de los neoclásicos del pasado siglo y la de los románticos, ha sido sustituida por un lenguaje más íntimo y confidencial, por un como goce del detalle menudo. (Si comparamos por ejemplo un “Canto a Caracas” como el de García de Quevedo hacia 1850 con el mismo

tema tratado por el poeta Arroyo Lameda en 1915, observamos que el poeta moderno ya no necesita escalar un cerro para cantar a su ciudad nativa. El tema le va surgiendo en detalles y sensaciones aparentemente inconexas, unificadas y asociadas por el impulso sentimental. Más que la metáfora gigantesca, macrocósmica, se prefiere aquí lo microcósmico. Un viejo limonero enclavado en un solar caraqueño de la colonialísima esquina de Miracielos le evoca a Andrés Bello días de guerra y religiosidad, epidemias y novenas, una como historia y epopeya de Caracas que él trasmite en un bellissimo romance que tiene el difuso y envejecido color de una aguafuerte).

2) Selección estética. La abundancia del corazón inflamado, la vida y el amor desparramándose, eran el trance y el ideal del poeta para esos románticos nuestros, ripiosos y descuidados, cuyo ejemplo más revelador fue un Abigail Lozano. La poesía es generalmente, en ellos, crónica en primera persona, erizada de exclamaciones. Entre nuestros poetas modernos no faltan, en cambio, quienes convierten la poesía en tema de estudio. Acercarse a la sugerencia de otras artes; frenar la inspiración con la disciplina de la forma, pesar las palabras, buscar no el sentimiento común sino el personalísimo, es ahora una aspiración consciente. Contra Víctor Hugo, Baudelaire es una de las fórmulas más valederas de la poesía desde la época de los parnasianos. (Pienso en aquel pequeño pero muy elaborado libro con que iniciara hacia 1920 su carrera literaria Enrique Planchart y que para sus compañeros de generación se ofrecía como un breviario de poética, como un cuaderno de ejercicios de esos con que los pianistas doman su mar sonoro y hacen decir a la mano su nota precisa. Hasta con cierta buscada frialdad, un poeta como ése y su libro eran el anti-Abigail Lozano, el anti-Racamonde, el anti-Santaella. ¡Abajo la música fácil!, parecía decir Planchart en ese libro).

3) El sol contra la luna. Se me ocurre decir —y no sé si será una metáfora— que en algunos poetas de hoy, como reacción antiromántica, el sol se levanta contra la luna. A la queja enlunada de ayer se opone la exaltación solar, lo masculino. El sexo

del hombre es un símbolo solar, y los poetas que han dicho las palabras más nuevas y fuertes de nuestra poesía en formación son poetas solares. El libro más desnudamente dedicado al sol que haya producido la nueva poesía venezolana se llama *Áspero*, de Antonio Arráiz.

4) Magia del mundo infantil. Para los poetas románticos la infancia era tema de elegía. El hombre adulto miraba su niñez, lamentándose. Unos niños muy formales que repiten sus oraciones; que en la mesa, al atardecer, escuchan los consejos del padre, y que en la noche sueñan con “espíritus alados”, pasan con cierta grave melancolía en la famosa traducción de “La oración por todos” de don Andrés Bello. Eran niños sometidos a las abstracciones de los adultos. Ya sin conceptos, los poetas de hoy se sumergen en lo infantil como en una materia de colorido único, donde la palabra no tiene un sentido lógico sino mágico. El “Gárgaro malojo”, “La tinaja”, “La carreta del malojero” y otros poemas de Fombona Pachano son ejemplares en este sentido. La generación de 1920 —Andrés Eloy Blanco, Queremel, Paz Castillo, Fombona Pachano, Barrios Cruz, Moleiro, Morales Lara, Sotillo—, la de 1930 —Rojas Guardia, Rugeles, Arvelo Torrealba—, la de 1935 —Villalobos, Carlos Augusto León, Olivares Figueroa, D’Sola, Gerbasi—, son las primeras que se han detenido en Venezuela a descubrir con su gracia primigenia, hasta con sus palabras rituales y sus conjuros, el mundo de lo infantil.

5) Con esto mismo se relaciona el auge del folklore y la copla. andaluzamente, Andrés Eloy Blanco —unos años antes de que lo hiciera García Lorca— había disparado, como travesuras de su poesía seria, manojos de coplas ardientes, muy venezolanas en lo que tienen de juego, de insinuación velada, de tercera intención. Como un acontecimiento cayó en los círculos literarios de todo el país hacia 1930 el famoso libro *Cantas* de Alberto Arvelo Torrealba. Este joven rastreador, jinete de todos los horizontes del Llano, había laceado la noche llanera y la traía trémula de estrellas, con su lontananza, sus caños y

sus espantos, para que la contemplásemos en su íntegra veracidad. Fue un momento maravilloso en que nos preguntamos si nuestro auténtico destino no sería el de la “canta”. Después de su gran poema épico *Doña Bárbara*, Rómulo Gallegos había publicado *Cantaclaro*, es decir, una potente invitación a cantar. Desde el fondo del tiempo, metido en el breñal de su historia trágica, crédulo en apariciones y en hechizos, el hombre venezolano dice, como en su folklore:

*Cuando estoy a solas lloro
y en conversación me río.
Con la maraca en la mano
yo espanto los males míos.*

6) Interrogación a Dios y al Destino. Los poetas venezolanos —excepto, en el pasado, Pérez Bonalde y, a ratos, José Antonio Calcaño— siempre filosofaron poco. Trovadores y juglares, su poesía solía terminar junto a los ojos de la mujer amada. El destino del hombre, su soledad, el tremendo clamor de Dios se perdía sin ruido por entre las mallas sedosas de sus madrigales. Fue un poeta que no alcanzó la plenitud del lenguaje —porque murió antes de cumplir los treinta años—, Luis Enrique Mármol, uno de los primeros que dejó entre las jóvenes generaciones venezolanas el signo de su elevada angustia. Conocer y sufrir y qué valor tiene lo conocido, es el problema que se plantea en sus versos de inconformidad este malogrado artista que llamó simbólicamente su único libro, *La locura del otro*. No fue precisamente la influencia de Mármol, que desapareció muy joven para alcanzarla, sino acaso el contacto con otras literaturas, cierta popularización de la filosofía que nuestra época ha logrado como ninguna otra, lo que empezó a sacar en los últimos años a la poesía venezolana del círculo un tanto madrigalero que siempre la había acechado, y lo que sembrara en ella cierta inquietud trascendente, cierto alto dolor cósmico que encontramos, como señalada promesa espiritual,

en algunos de nuestros más jóvenes poetas (pienso en algunas páginas de *Presencia* de Otto D'Sola; en otras de Gerbasi, etcétera). Estos artistas empiezan a sentir en dimensión de profundidad su oficio poético; anhelan dialogar con aquellos escrutadores de lo anímico que se llamaron un Hölderlin y un Novalis. El pánico y la fiesta adolescente de sus juveniles poemas se llena, así, de anhelo trascendental. Son más castos y menos galantes que los poetas de treinta años atrás. La vida interior comienza a revelárseles. Junto a ellos se levantan —naturalmente— los poetas de la disolución.

7) A la altura de 1925 pasa por la poesía de América una tremenda voz disolvente: la del poeta chileno Pablo Neruda. Será después de Rubén Darío el poeta que haya merecido mayor ámbito continental. En Neruda, que es fundamentalmente un poeta impuro, desembocan como en un enorme río sucio muchas de las pesadillas de una época desesperada, rota, sin moldes. Como en algunas grandes corrientes del trópico, en él se disuelven el caimán y la mariposa, la mayor podredumbre y el más matinal perfume. Más abajo de la corriente sigue una vida subterránea, nocturna, llena de légamos y raíces. Es todo lo contrario de un poeta apolíneo. Pero con su lamento y disolución, él toca en las oscuras comarcas del sexo y de la muerte. Su guiado desorden, su tristeza sensual, su máscara de insomnio se han identificado con todo lo que hay de mágico y azaroso en el alma del criollo suramericano. Él también influyó en Venezuela. Y está pesando —acaso contra la voluntad de ellos mismos— en esta densa materia de sueños entrecruzados, de sexualidad confusa, de húmedo naufragio de algunos de nuestros poetas. Marca su presencia con su torbellino de hojas muertas y de peces sangrando, aun en la obra de artistas de tanto aliento como Luis Fernando Álvarez, Pablo Rojas Guardia o José Ramón Heredia. Ellos empiezan a salir a un claro de bosque, a un sitio limpio donde acampar, después de aquella como inmersión entre las enormes y retorcidas lianas.

VI

Venezuela, sus ríos y sus gentes, sus fiebres, y sus paraísos, el sueño de las multitudes que habrán de llenarla, la experiencia de su mestizaje, las tierras que tiene por descubrir, la música de su inmensidad, es un tema demasiado grande para un solo poeta. El verdadero gran poeta venezolano será el que por sobre las fórmulas y los convencionalismos de las retóricas vigentes se trague y se sumerja en esa materia germinal; arranque su canto del misterio que todavía somos, coincida en la actitud anímica y en la palabra reveladora con todos los que lo están aguardando. Así Dante se fue por los caminos, doblegado de las visiones, los odios y los rostros de sus terribles compatriotas toscanos; y el viejo Whitman se puso a acunar su rollizo y ansioso pueblo de los Estados Unidos. Se constituyó en protector de las espigas y de las estrellas.

PERSPECTIVA DE LA PINTURA VENEZOLANA*

Hito indígena

Quizá fue Gilberto Antolínez el primero que, contra la sortina y menosprecio de otros investigadores precedentes, se acercó al arte indígena venezolano en actitud de amor, ansioso de desenrañar su misterio estético. No era ocasión de promover querrela sobre el menor valor de esas cerámicas, tejidos y figurillas que no alcanzaron la dignidad del jade y las brillantes piedras duras, y se quedaron en el humilde barro de la tierra. Ya se ha dicho demasiado que el indio venezolano, en estadios casi primigenios de cultura, no podía elaborar la vasta cosmología de mayas, incas y aztecas y erigir monumentos como los de Palenque, Machu Picchu y Chichén. Pero los estudios arqueológicos están demostrando que tampoco lo que ahora llamamos Venezuela fue comarca cerrada al empuje de las varias oleadas culturales —a la fina cultura del maíz y a la más selvática de la yuca; a lo oceánico, lo fluvial y lo andino que configuraban antes de Colón la complejidad americana. Influencias chibchas y centroamericanas se han observado en el arte de nuestros Andes; alguien señaló el parentesco de las figuras excavadas por el Dr. Requena en el Lago de Tacarigua con las de Costa Rica, y en comarca tan lejana del Perú como la península de la Guajira exploró Acosta Saignes en 1953 los restos de una cerámica policromada que parece vincularse bastante con las bellas y lumínicas obras de las culturas costeras del Pacífico peruano.

* Se publicó por primera vez en el libro *La pintura en Venezuela*, Secretaría General de la Décima Conferencia Interamericana, Caracas, 1954, pp. 9-58.

Dispersos en tantas tribus y grupos lingüísticos como los que se extendían desde el golfo de Paria hasta los Andes y en el dédalo de ríos y bosques del sur, conmovida todavía la tierra por el invasor empuje bárbaro de los caribes, y con tantas diferencias locales de cultura como las que mediaban entre el cazador y pescador orinoquense y el agricultor timotocuica, esos indios venezolanos habían ya elaborado en su cerámica, tejidos y petroglifos una extraña y fantástica cosmovisión. El valioso trabajo de Antolínez “Elementos decorativos indo-venezolanos”, publicado en la *Revista Nacional de Cultura*, número 3, diciembre de 1938, clasifica hábilmente los temas de aquel remoto lenguaje plástico que va desde las grecas y rombos decorativos de toda estilización, pasando por el esquematismo de la figura humana y los animales totémicos —ranas, águilas, murciélagos, lagartos, serpientes—, hasta una peculiar grafía para describir el mar y las constelaciones. En el petroglifo de San Esteban, Estado Carabobo, el mar tranquilo se pinta como gran vasija, símbolo del agua en equilibrio, mientras en los de la zona guayanesa es “serpiente de extremos enroscados en forma de ola”. La constelación de la Cruz del Sur se figura como un árbol —el “Gran árbol del mundo”— y coexisten con los abundantes jeroglíficos de temas hilomorfos, geomorfos y zoomórficos, motivos enteramente míticos como los de los pectorales timotocuicas en que “se funden alas de águilas o murciélagos con cabezas humanas para representar una divinidad del aire”. Hay gran primor en la representación animalística en las vasijas timotocuicas donde con suma gracia dos cabezas de serpientes erguidas forman el asa que sostiene el cántaro, o un lagarto —cuidadosamente modelado— parece arrastrarlo, y en los expresionistas monos, caricaturescamente humanos, del arte guajiro. De las recientes exploraciones de Barrancas en el oriente de la República emergió, también, una pequeña escultura cerámica de muy expresivo realismo. Si buscáramos, en la multitud de piezas de todo el país que pueblan nuestro Museo de Ciencias, los dos grandes arquetipos del arte indígena, los

más significativos símbolos de lo masculino y lo femenino, nuestros Apolos y Afroditas prehispánicos, habría que detenerse en la llamada “Venus de Tacarigua” y en aquel hombre sedente —casi parecido a un escriba egipcio— que eleva a la divinidad su sagrado cántaro de chicha en una pequeña obra timotocuica, la “Venus de Tacarigua” —como los más viejos símbolos matriarcales de la humanidad; como su tosca antecesora prehistórica y europea llamada de Willendorf— es sexo y gravidez pura, poder germinativo autónomo, ya que hasta el rostro, en que podría individualizarse su belleza, se trueca en abstracta máscara rectangular. Con las piernas abultadas y la pelvis henchida, parece simultáneamente dar a luz y sostener la tierra. A un mundo más claro y ordenado que sacrifica al dios solar el vino nutritivo del maíz, nos transporta la masculina estatuilla timotocuica. El ritmo quieto de la figura, su armoniosa frontalidad, la cabeza rala y la mirada como en oración o reflexión, evoca inmediatamente —con una técnica mucho más imperfecta— el escriba sentado que se conserva en el Museo del Louvre.

Así ese primer hombre venezolano con medios rudimentarios forjaba ya un lenguaje de representaciones y símbolos en que desde su realidad próxima (iguana, mono, lagarto, serpiente, fruta del trópico) quería remontarse hasta el árbol astral, feérico varillaje del universo según la leyenda de la Cruz del Sur, o al puro sueño mítico, como en las mascarillas que decoran los pectorales andinos. En los petroglifos tan emocionadamente estudiados por don Aristides Rojas hace más de setenta años dejaron esos antecesores nuestros una especie de *Biblia* mítica de sus sueños y cosmogonías. Grabaron la barca en que el benéfico dios Amalivaca vino sobre las aguas tormentosas, y la rana totémica —símbolo de la fecundidad—, y los pies y manos de los primeros hombres. Y el comienzo de una inicial geometría de círculos, triángulos, hexágonos, elipses concéntricos, en que ensayaban una intuitiva mensura y abstracción del universo.

Colonia y vísperas de la República

Hasta el siglo XVIII, en una colonia pobre, marginada de las grandes rutas del oro y de las cortes virreinales, sin mano de obra bastante para las empresas de ornamento ni necesidad de oponer —como en México y Perú— a los suntuosos ritos indígenas una rival y agobiadora pompa católica, no floreció un arte venezolano. Las imágenes del culto venían, es claro, desde Sevilla. Por la ruta del cacao —La Guaira-Maracaibo-Veracruz— nos llegaba alguna influencia del Virreinato de México (lozas de Puebla de los Ángeles se usaron en nuestro país desde el siglo XVIII), como por los caminos marítimos a Cartagena de Indias, y terrestres a Santa Fe de Bogotá, con las importantes escalas de Mérida, Pamplona y Tunja, recibíamos obras de Nueva Granada, Quito y el Virreinato peruano. En nuestras tierras andinas fueron frecuentes los ingenuos Niños Jesús quiteños con su monjil y primoroso vestido de batista y los cuadros neogranadinos, de epígonos e imitadores de Gregorio Vázquez. Artífices de maestría parecida a los que repujaron los dorados baldaquinos y frondosos altares de los templos de Santo Domingo y Santa Clara en Tunja debieron pasar a Mérida, y hasta hace pocos años aún podía verse su elocuente artesanía en el florido templo de la hacienda de Estanques, levantado por una rica encomendera del siglo XVII y que la incuria de sus poseedores contemporáneos y la común imprevisión dejaron desvalijar por viajeros, “conocedores y maniáticos”. Altares y tabernáculos fueron sacados por piezas y vendidos a los turistas en aquella pequeña y ya vencida joya del exuberante barroco colonial. Y en toda Venezuela las guerras y terremotos, agregados al mal gusto de nuestro siglo XIX, suplantaron y reemplazaron la pulida y enjoyada obra manual de la Colonia por el adefesio industrial decimonónico. Pequeños oasis dentro de nuestro ahistoricismo iconoclasta son todavía algunas casas, templos e imágenes de Coro, Guanare, Calabozo, El Pao, Araure; la caraqueña iglesia de San Francisco, revocada con portada neoclásica bajo el gobierno del General Guzmán

Blanco, y los muros comidos de yerba y abandono en “La Blanquera”, San Carlos de Cojedes, y en las misiones de Guayana.

El siglo XVIII —entre todos los de la Colonia—, por el propicio desarrollo agrícola del país, abundante riqueza hidalga, mayor y más orgullosa conciencia territorial, estímulo extranjero suscitado por el contrabando y sentido más profano de la vida, empieza a perfilar muy despiertamente al alma criolla. Quizá la risueña y acompasada prosa en que el historiador Oviedo y Baños canta simultáneamente la gesta y hermosura del país, y alterna la historia guerrera con su balsámico elogio del valle caraqueño, y la gran música colonial de fines del XVIII —que se ha llamado “el milagro de Caracas”— son las primeras expresiones monumentales de un arte venezolano. Oviedo y Baños es deleitoso prosista como Lamas músico genial y los otros altos maestros de la Escuela del Padre Sojo parecen despedir ese crepúsculo de la Colonia con graves y encantados salves y motetes, himnos a la Virgen o altos trenos religiosos para bendecir el fuego y el agua en las dadas ceremonias del Jueves Santo. De este grupo musical del siglo XVIII, que junto con los madrigalistas españoles empezaban a conocer a Haydn y a Glück, afinaban tantas influencias al temple de su definida sensibilidad criolla y trabajaban casi colectivamente comunicándose sus hallazgos y experimentos, saldrían también los músicos de la Revolución como Lamas y Landaeta. El *Popule meus* de Lamas, escrito en el terrible año de 1801, año de hambres y de crisis, de ácido rencor nativo contra la sevicia de un gobernante cruel como Guevara y Vasconcelos, parece transportar a una elevada esfera religiosa la angustia de un pueblo que preguntaba como Cristo en la Cruz: Padre mío, ¿por qué me has abandonado? Y de allí, en otra tensión multánime, nueve años más tarde, brotará con orgullo y rebeldía el *Gloria al bravo pueblo* de Landaeta.

La plástica de la época no logra, sin embargo, equiparable plenitud. Quizá lo que más se aproxime en nuestra pintura casi anónima del XVIII al apacible y luminoso arte narrativo de Oviedo y Baños, sea aquel cuadro —tan querido de los caraqueños— que se llama *Nuestra Señora de la Luz*. También como en Oviedo, es la luz del valle

de la capital venezolana lo que parece iluminar el despejado y gozoso fondo en que se destaca la figura de tan amable patrona de la ciudad. No es el patetismo religioso a la vieja manera castellana sino una dulce sentimentalidad como la de los seiscentistas de Italia pasando por la escuela de Murillo, lo que expresó el pintor anónimo. Entre las flores y sonrosadas caras de los ángeles despuntan los iniciales primores de un escenográfico y un tanto azucarado rococó nativo. Los ebanistas caraqueños, en las buenas maderas del país, tallaban por entonces motivos ondulantes, cavidades de conchas marinas, hojas y flores de enroscado ritmo serpenteante, toda una fluida tracería ornamental que hace de los marcos del siglo XVIII —ya muy penetrados de influencia francesa— obras tan estimables como los un poco convencionales lienzos que contienen. Casi coetáneo del cuadro de *La Virgen de la Luz* es otro que yo llamaría más heráldico y topográfico que pictórico, en que la imagen de Nuestra Señora desde su blanca alcatifa de nubes mira la ciudad de Caracas. Y la escrupulosidad con que el pintor señaló las calles en damero, las torres de las iglesias, los portales de la vieja Plaza Mayor y una procesión que avanza con sus estandartes, pértigas, faroles, velones, cruces altas y encapuchados, es lo que fija el interés documental de la imagen. El tema pudo ser goyesco pero el autor lo desarrolla con escueto linealismo de topógrafo. El grupo de la Virgen y los santos contemplando la ciudad, está tratado como la cimera y lambrequines de un escudo heráldico. Posiblemente con parecida caligrafía el autor trazaba los nuevos blasones y pretendidas hojas de nobleza de aquellos “grandes cacaos” caraqueños del siglo XVIII en quienes el auge de los frutos tropicales, llevados a España por los navíos de la Guipuzcoana, suscitó el anhelo de comprar títulos de Condes y Marqueses en la Metrópoli.

De modo paralelo a estas influencias de estilos internacionales, que llegaban ya al país desde mediados del siglo XVIII y que servían a los requerimientos del lujo reciente, manteníase la tradición de una pintura más popular. Es la de aquellos ingenuos retablos y retratos que se pintaban en la fecha memorable del grado de un doctor, muerte o aniversario fúnebre, o para dotar una capilla de hacienda con una imagen de la Divina Trinidad, de la Virgen o

San José. En 1940, con la colaboración de coleccionistas de todo el país, pudo organizarse en el Museo de Bellas Artes de Caracas una muestra de aquellas obras que habían permanecido preteridas o ignoradas por nuestros historiadores de la cultura. No caigamos en la exageración romántica de idealizarlas demasiado. Así como nos enorgullecemos de nuestra música colonial, que resulta impar en la América de aquellos días, esa pintura anónima no se eleva de lo sencillamente detallista y rudimentario. Ni por asomo brotó un Gregorio Vásquez, un Echave, un Miguel de Santiago. No hubo imagineros o retratistas como los de Bogotá, Quito, El Cuzco, Guatemala. Hay a fines del siglo XVIII un Antonio Landaeta, pintor, que no puede compararse pálidamente con su casi contemporáneo Juan José Landaeta, el músico de la *Salve*, del *Ave Maris Stella*, del *Pésame a la Virgen*, del *Gloria al bravo pueblo*. El Obispo Mariano Martí en esas últimas décadas del siglo —de 1770 a 1792— auspició bastante el arte religioso, y muchos lienzos de entonces aparecen hechos bajo su mandato. Pero la mayoría de tales obras, como un retablo de la Virgen y el Niño fechado en 1783, parecen copias iluminadas de grabados renacentistas europeos, más rígidas e imperfectas por la mano que realizó la adaptación o metamorfosis.

Sin embargo, de ese primer aprendizaje plástico del siglo XVIII surgirán algunos pintores cuya obra penetra hasta las tres o cuatro primeras décadas de nuestro turbulento siglo XIX, como Juan Lovera, fiel retratista de clérigos y primer narrador de la gran escena revolucionaria del 19 de abril de 1810, acontecimiento emocionado de sus veinte años que ha de revivir en un conocido lienzo varios lustros más tarde.

De la Independencia a la Federación

Puñados de venezolanos, presididos por el radiante hombre tutelar llamado Simón Bolívar, se fueron por los largos y abruptos caminos que conducían desde el Ávila hasta el más alto techo de los Andes peruanos, en heroico e insosegable peregrinaje por la libertad de Sur América. No había tiempo para la pura contemplación

artística. Bronce de campanas y oro de los retablos coloniales se despojó, transformó o amonedó para pagar el precio de la inmensa diáspora. De Caracas a Bogotá, Quito y Lima, el gran héroe e inspirador de la jornada fue dejando sus retratos como los testimonios de un alma que se quema en su continuo caminar, combatir y pensar.

La gesta e irradiación bolivariana explica por qué la mayor parte de nuestra plástica del siglo XIX busca sus motivos en la historia y leyenda heroica. ¿Pero no fue Bolívar tema también presente en el romanticismo europeo? Con su nombre bautiza Byron la nave en que quiere marchar a la libertad de Grecia; el sombrero a lo Bolívar lo llevan los ardientes gentilhombres que se pasean por los portales del Palais Royal en 1830; es tema de numerosos grabadores e inspira, junto con las conocidas figuras de David d'Angers o Tenerani, páginas de la más caldeada prosa romántica de los viajeros o narradores europeos que describieron los desgarrados días de nuestra Independencia.

Carmelo Fernández, Antonio José Carranza y Joaquín Sosa son maestros de pintura en los años que siguen a la muerte de Bolívar y cuando, sobre la disgregación de la gran república colombiana fundada por el Libertador, se yergue la Venezuela de Páez. Fernández, quien es además militar y topógrafo, vive una arriesgada y fogosa existencia de expedicionario, viajero y combatiente. Pelea a favor de Páez cuando éste insurge contra la dictadura de Monagas en 1848, y la derrota del gran caudillo lo obliga a buscar refugio en Nueva Granada. El Gobierno neogranadino puso bajo las órdenes de Agustín Codazzi, autor de una excelente *Geografía y Mapa de Venezuela*, la presidencia de la Comisión Corográfica que se fue por todas las regiones colombianas haciendo planos y levantamientos y recogiendo en pinturas y dibujos el colorido y costumbres del país. Pintor oficial de la expedición era, precisamente, Carmelo Fernández. Con fidelidad y esmero narrativo, colorea en una serie de acuarelas las escenas y paisajes más característicos de un largo periplo terrestre, singularmente por las provincias de Tunja, Tundama, Ocaña, Socorro, Soto y Vélez. Ya

pintores románticos europeos venidos a América como Monvoisin y Rugendas, y criollos como el gran acuarelista peruano Pancho Fierro, habían descubierto lo que puede llamarse el exotismo y temática pintoresca del motivo autóctono. Empezaba a morir ante el impacto de la civilización europea la más entrañable y hermética vida colonial, y la “rareza”, tipos distintos y colorido curioso que los pintores europeos iban a buscar al África o al Oriente cercano, aparecían al alcance de los ojos en nuestros pueblos, provincias y caminos de herradura. Así, Fernández debió entretenerse como descubridor no exento de ironía y sentido caricaturesco, al trazar sus sabrosas estampas de las damas de Ocaña, de los linajudos hidalgos de Pamplona fisgoneando o murmurando a las puertas de la Iglesia del hacendado de amplio poncho y polainas de piel de tigre en tierras de Tundama; de los indios, los arrieros, los ríos crecidos, las ermitas, los trapiches y los puentes de cuerda en las fragorosas cordilleras. Abundante y deleitoso testimonio de la vida provincial y campesina colombiana al promediar el siglo decimonónico. En el legado cultural de Colombia, estas pinturas del venezolano Fernández y de los otros artistas de la “Comisión Corográfica” asumen la misma validez significativa que su rica literatura de costumbres y viajes, florecida en la misma época.

Antes de que la mala ventura de la política lo alejara del país, Carmelo Fernández había dado las primeras lecciones de Dibujo al que será el más importante de nuestros pintores de historia, Don Martín Tovar y Tovar.

Días de Tovar y Tovar

A ninguno de los pintores venezolanos se le otorga con mayores títulos el tratamiento de “Don” como al solemne, ponderado y elegante maestro de *El Acta de la Independencia* y del gran cuadro de la batalla de Carabobo. Con sabio neoclasicismo no carente de emoción romántica, Don Martín Tovar y Tovar (1827-1902) crea nuestra mejor pintura histórica y parece lograr en ella una curiosa síntesis del frenado arte dibujístico de un David con

el colorismo de los españoles del siglo XIX como Vicente López y Federico de Madrazo. Hace con señera maestría la feliz adaptación de la pintura de historia como se desarrolló en la Francia napoleónica y postnapoleónica al escenario tropical y eleva los nombres de nuestra epopeya a un sereno mundo mitológico. Maestro de equilibrada composición en que nada sobra y todo parece ajustado al mismo ritmo armonioso. Dentro de la pequeña pero vivaz tradición cultural del país, un gran cuadro como el del *Acta de la Independencia*, en el que aprendieron a amar a los próceres varias generaciones venezolanas, es, por lo majestuoso del conjunto, la perspectiva espacial y el porte estatuario de las figuras, nuestra Escuela de Atenas, un modelo casi rafaelesco de olímpica dignidad. Acaso falta el *pathos* de la Revolución porque tan clásico maestro prefiere enlazar e idealizar el grupo de las grandes individualidades directoras. Esta obra de la madurez del artista —compuesta ya en la cincuentena, cuando la vida arremansada parece contemplarse en su más entrañable esencia, olvidando lo episódico y fijando sólo lo característico— es como el más alto coloquio de nobles espíritus que haya imaginado jamás nuestra pintura.

Por la compuesta prestancia que limita todo frenesí, se ha comparado la pintura de Tovar y Tovar con la prosa de tan atildado prosista como Don Rafael María Baralt, autor de la primera gran historia del país, a pocas décadas de la Independencia. En ambos lo que podría deshacerse en emoción y crispamiento romántico se acompasa en ritmo grave y tranquilo, en exactitud de detalles. Pero además de componer un gran conjunto de lienzos históricos —*La firma del Acta de la Independencia*, el enorme cuadro de Carabobo cuya vasta escena se pliega con la mayor justeza topográfica al plafond abovedado del Salón Elíptico donde se colocó, y los cuadros de Junín, Boyacá y Ayacucho—, Tovar y Tovar fue excelente retratista de toda una época de Caracas. Nobilísimo complemento de los muebles “Segundo Imperio”, de las poltronas forradas de damasco y de terciopelo azul, de los pesados cortinajes, de las consolas y arriscados pianosfortes en

los salones de 1860, es la gentil galería de caballeros de levita en grave actitud penserosa, de dandis románticos, de mujeres criollas de ojos negríssimos cuyos rostros de leonardesco modelado contrastan con el brillo velazqueño de los encajes, las sedas, las joyas. Muchas de estas figuras de Tovar y Tovar, que compendian el espíritu de la sociedad de Caracas entre 1860 y 1890, valen lo que los mejores Madrazos.

También el lápiz del maestro, saliendo de los salones penumbrosos y los sofás en que se recuestan sus bellezas de época, pinta algunos personajes de la calle caraqueña (arrieros y vendedores, mujeres con pañuelo de Madras, chicuelos que alborotan con estruendosos juegos). Son los días en que alcanza gran auge popular el costumbrismo, y un acuarelista como Ramón Bolet expone aquella colección de escenas que llevaría a Londres el viajero inglés James Mudie Spence y de que da amplio informe en su libro *The land of Bolívar*. Los bocetos traviosos de Tovar y Tovar en los que se revela el pequeño mundo popular —que no alcanzaría la dignidad de la pintura— reconstituyen la imagen de una lejana y extinguida Caracas, muy penetrada entonces de costumbres campesinas, y en la que las clases sociales estaban separadas por casi infranqueables fronteras de vestidos y utensilios. Esta corriente, que parece ilustrar la obra de los narradores costumbristas de la época —Bolet Peraza, Francisco de Sales Pérez—, marca una primera tentativa de venezolanidad frente a la solemne idealización de la pintura neoclásica. Y en croquis y caricaturas de tipos callejeros también se probará el lápiz de un muchacho excepcional llamado Arturo Michelena, quien ya a los trece años de su edad, en 1876, ilustra el libro *Ratos perdidos* de Francisco de Sales Pérez.

Presidiendo un movimiento que será el más importante de la pintura venezolana en el siglo XIX, Don Martín Tovar y Tovar está —como en su conocido autorretrato— con su negra y pobladísima patilla de guerrillero o contrabandista romántico, y la generosidad de corazón que le celebran todos los contemporáneos.

De la tradición pictórica iniciada por el maestro de *La firma del Acta de la Independencia* surgirán dos pintores de acusado

genio divergente como Rojas y Michelena, y otros pintores discretos que conservan el legado sin modificarlo mucho, como Antonio Herrera Toro (1857-1914), Emilio Maury (1855-1908), Carlos Rivero Sanabria (1864-1915). En escala más limitada hay todavía algunos más cuyos nombres y obras hoy olvidados pueden leerse en libros ya tan añosos como *El arte en Venezuela* de don Ramón de la Plaza y la convencional compilación titulada *Primer libro venezolano de literatura, ciencias y bellas artes*. El trabajo pictórico de Antonio Herrera Toro nos conduce primero a las iglesias de Caracas —Catedral, Altagracia— en las que sirve de decorador y donde pinta con sentimentalismo muy decimonónico *La Inmaculada Concepción*, *La Asunción*, *El bautismo de Cristo*. Quizá fue el más buscado pintor religioso de toda la época. Luego es retratista muy apreciable, pintor de género —en escenas un poco atiborradas que parecen más bien ilustraciones al gusto del sentimentalismo burgués—, pintor de historia (*La muerte del Libertador*) y aplaudidísimo pintor de flores. Tanto Herrera Toro como Emilio J. Maury, quien también pinta con parecida fórmula motivos históricos y mitológicos (*El desembarco en Curamichate*, *Miranda mártir*, *Psyché bajando a los infiernos*), parecen víctimas del alegorismo parnasiano y de la tendencia anecdótica que prevalece sobre los valores plásticos. Tampoco es un innovador Carlos Rivera Sanabria, que en sus flores y naturalezas muertas, trabajadas con cuidado, trae alguna influencia de los pintores realistas alemanes que le enseñaron, como Erwin Ochme.

Aunque ya desde 1880 triunfaba en Europa el impresionismo, no han tenido ojos para verlo. Anecdótico y claroscuro de taller parecen apresar su pintura. Han de transcurrir todavía varias décadas para que, saliendo de una cita de sombras, los artistas venezolanos conquisten la alegría del aire libre. Entretanto se impone la obra de dos maestros que desaparecerán demasiado temprano como Cristóbal Rojas y Arturo Michelena.

Rojas y Michelena

Rojas y Michelena completan, con la figura venerable de Don Martín Tovar y Tovar, la alta trilogía de la pintura venezolana en el siglo XIX, aquel momento en que nuestra plástica sale de su lindero provinciano y costumbrista a mostrarse en salones internacionales. Treinta y tantos años menor que el maestro de *La firma del Acta de la Independencia*, Rojas, nacido en humilde hogar del pueblo de Cúa en 1857, y Arturo Michelena, de más acomodada familia, nacido en Valencia en 1863, coinciden a ratos en la época, la técnica y el aprendizaje, aunque bajo presiones e influencias parecidas ofrezcan una contraria imagen del mundo. El adolescente torcedor de cigarrillos en las calientes tierras de Cúa exhibe un primer cuadro histórico, *La muerte de Girardot*, en la Caracas del Centenario de Bolívar; hace de ayudante del pintor Herrera Toro en varias decoraciones de la Catedral y logra del omnipotente Guzmán Blanco una pensión para seguir estudios en Europa en 1883. Allí coincide dos años después con el más joven Arturo Michelena, quien llegó de Venezuela aureolado de parecidos triunfos. Frente al impresionismo naciente y aún rechazado por la pedagogía oficial, concurren al taller de Jean-Paul Laurens, quien continúa con aplaudida pompa la tradición de los cuadros de historia en elegante corrección académica. Acaso el imperativo económico de que no abundaban en Caracas los coleccionistas de arte y el más fiel comprador era el Estado, hacía para los jóvenes artistas que ese estilo solemne de pintar se les ofreciese como el más seguro vellocino. Para triunfar en Venezuela —y ello será prolongada norma hasta Tito Salas— era necesario saber pintar caballos al galope, cargas de lanceros y fusileros, uniformes, cañones y presillas. Nadie podía enseñarlo mejor que Monsieur Laurens, que había modernizado la técnica de neoclásicos y parnasianos. Su reconocido mérito oficial todavía opacaba la de esos grandes maestros heterodoxos que se llamaban Claude Monet, Pissarro, Sisley, Renoir. Pero a la doctrina de los salones oficiales se agregará en Rojas y Michelena la emoción social que suscitaba

el arte naturalista de aquellos años. Al gran cortejo de historiadas figuras que habrán de incorporar a sus composiciones, se juntan éstas de obreros, mendigos, pequeña burguesía vergonzante que encontraba en las novelas de Zola una nueva epopeya sedicentemente científica. Por una parte considerable de las primeras obras de aprendizaje de Rojas y Michelena pasará algo del arte lívido, angustiado e insomne del París zolesco, junto con otras levaduras espirituales tan contradictorias como el olimpismo alegórico de los parnasianos —la antigüedad interpretada en los marmóreos versos de Leconte de l'Isle— y aun los éxtasis religiosos y la actitud buscadamente beatífica de los prerrafaelistas ingleses. En este confuso contrapunto de influencias, no resulta extraño que el propio pintor de *La miseria*, *La taberna* y *El plazo vencido* —temas tan “zolescos”— sea también el futuro maestro del nebuloso cuadro *Dante y Beatriz*.

Aunque comparten la misma buhardilla parisiense y figuran entre los más fieles discípulos de Monsieur Laurens, el temperamento individual de ambos artistas irá fijando el diverso temple psicológico de su pintura. Rojas, hijo del pueblo con el alma continuamente excitada y ardida por la tuberculosis que lo malogrará tan pronto, se agita con todas las tensiones de la conciencia social de esos días; si ha visto y lo ha contaminado al comienzo el mal realismo de los Salones, ha visto también las obras de Daumier y ha penetrado, a través de Caravaggio, Rembrandt, Ribera y los españoles del siglo XVII, en el misterio del claroscuro y la expresividad barrocos. El fondo un tanto tenebroso que sirve de apoyo a sus primeros y grandes cuadros parece corresponderse con su patetismo espiritual, y el mismo pintor de la angustia física de *La miseria* será también el del terrible coro de espíritus sufrientes de *El Purgatorio*. Diríase, por este anhelo dinámico de expresión más que de tranquila belleza, un español del siglo XVII que hubiese resucitado en el tumultuoso París de fines del siglo XIX. Color pardo de taller, sombras lívidas y amoratadas, rojos pardos y amarillentos enfriados en una luz de interior, tonos pastosos, predominan en esta pintura. Hace —como es natural— el gran cuadro

de Academia de amplias dimensiones para obtener medallas en París y para que lo reconozcan en Venezuela, y trata la moderna “naturaleza muerta” con la umbrosa gravedad de los “bodegones” españoles del tiempo de Ribera y Zurbarán. Pero, paralela a la enseñanza académica de Monsieur Laurens y el cuadro con demasiada anécdota, se erigía ya en París la encantada fiesta libérrima de los impresionistas. Su amigo Emilio Boggio, pintor de origen venezolano, relacionado con ellos y paisajista de singular gracia, acaso lo llevó —como quien escapa de la cautiva luz del taller— a estas fiestas de verdes y amarillos, de rosa y negro gasificado, de vibrantes y rotos reflejos de los nuevos maestros. Y junto a los grandes cuadros de exhibición y encargo —como *La miseria*, *El plazo vencido* y *La taberna*—, regresa a Caracas en 1890 con una serie de pequeñas obras: *La dama del balcón*, *La lectora*; con numerosos croquis y acuarelas en los que ya comienza a despuntar el más ágil y dinámico impresionismo y que son para nosotros las muestras más puras y renovadoras de su tiempo. Aquí el joven y atormentado maestro ha superado las limitaciones —un tanto literarias— del tema; escorza las figuras con la fuerza de un Daumier, viste lo cotidiano con la leve y fluida atmósfera encantada de su *Dama en el balcón*; da dignidad de suprema forma y movimiento al sencillo boceto de *La mujer vistiéndose*, y logra los mágicos reflejos de aquella acuarela que se llama *La lámpara verde*. En la abundancia de sus bocetos a lápiz: niños, mujeres, figuras agitadas, se estaba ofreciendo la promesa del pintor más genial que hasta ese momento había nacido en Venezuela; quizá la figura señera de toda la plástica hispanoamericana en aquellos años. Apenas el Padre Olegario de Barcelona, cura de la caraqueña parroquia de La Pastora, colocaba en su iglesia el enorme lienzo de *El Purgatorio* por el que se habían pagado al artista en varios plazos doce mil bolívares, cuando un violento ataque de hemoptisis troncha la vida de Cristóbal Rojas a los 31 años de su edad, el 8 de noviembre de 1890.

Su compañero Arturo Michelena vivirá ocho años más, para concluir a los 35 y víctima de la misma dolencia, en 1898. Pero si el mundo de Rojas fue atormentado y patético, el de Michelena

parece más sereno y apolíneo. Dibujante insuperable fue Michelena así como Rojas colorista. A veces por la justeza de línea, el bien recortado contorno y la calma armoniosa de la composición, podría llamarse a Michelena un parnasiano de la pintura. Y acaso los temas del parnasianismo —después de pagar obligado tributo a los realista-burgueses, como en *El niño enfermo* y *La caridad*— lo inclinan a la mitología de su *Pentesilea*, *Diana cazadora* y *Baco*. De los tonos todavía sombríos de las primeras obras, envueltas en recogida luz de taller, el artista evoluciona hasta la tonalidad más luminosa, de bien cavada perspectiva y cabal virtuosismo dibujístico, de sus grandes cuadros históricos, que comienzan en *Carlota Corday* (1888) y concluyen en *Miranda en la Carraca* (1896). Apenas 15 años de intenso trabajo —1883-1898— colman su ardiente vida. Si no se atrevió a dar todo el salto que conducía de la pintura anecdótica y académica de los salones oficiales franceses de la segunda mitad del siglo XIX a la nueva visión impresionista, pronto el Michelena un poco convencional de *El niño enfermo*, arquetipo de sensiblera pintura burguesa, se empieza a plantear problemas técnicos: de ritmo y dinámico enlace de grupos, de agitados ropajes sueltos, de escorzos casi escultóricos como el de las figuras y caballos de *Pentesilea*; de bien distribuido claroscuro y ahondado espacio interior como en el cuadro de *Carlota Corday*, en que las nítidas zonas de color contrastan con la nocturnidad de la muralla y los objetos colocados a la derecha; de perfecta composición sometida a un equilibrado eje central como en *La multiplicación de los panes y los peces*; de contrapunto de actitudes como en *Miranda en la Carraca*, en que el movimiento de la pierna izquierda, que se prepara a saltar del sórdido y revuelto jergón, se opone al de la pierna derecha que reposa, y una extraña antítesis de cansancio y opresión física y despierta energía espiritual, fija la extraordinaria vivacidad del cuadro. Apacible armonía de color, con predominio de tonos claros, que hace recorrer todo el conjunto de estos cuadros sin choque ni esfuerzo, como deslizándose en suaves planos. La fácil caligrafía de su dibujo cohesiona todo, impalpable y sosegadamente.

También había visto como Rojas —aunque sin ahondar mucho en el problema— las primeras grandes muestras del impresionismo, y tan fino amator de la belleza y el misterio femenino (en contraste con la patética taciturnidad de su compañero) aplicará algo de las conquistas de la nueva escuela a la fluida luminosidad de las carnes, los cabellos, las sedas, tules y encajes de sus varias figuras de mujeres. El retorno a Caracas, saliendo del oscuro taller de París, le devuelve al goce de la luz del trópico. Se enamora de las flores que en tan deleitoso cuadro como el de la *Madre joven* —que pudiera ser el modelo mejor de la *madonna* venezolana— vibran como en una pintura japonesa y ascienden casi aéreamente por el muro, a manera de símbolo de gozosa exaltación de la vida. Es también el retratista de una Caracas ya más fantasiosa, alada y grácil que la de las solemnes y contenidas figuras de don Martín Tovar y Tovar. Si la *Madre joven* es uno de los más tiernos modelos de maternidad imaginado por nuestra plástica, en otros retratos femeninos —como el de su mujer, doña Lastenia Tello— se nos ofrece el más encantado arquetipo de la dama caraqueña a fines del siglo pasado.

Casi la multitud de encargos, flores y retratos, de algunos paisajes —como la marina que posee la familia Torres Cárdenas, con su ya primera influencia impresionista—, abruma a este fino hombre enfermizo que llega a ser ídolo de la sociedad. No faltan, es claro, dentro de su obra, concesiones a lo más convencional. En muchas casas caraqueñas deja el gran pintor de *Pentesilea* y *La madre joven* otra más liviana pintura de abanico. Pero descontando de su ardiente labor lo que debió sacrificar al gusto y las modas de entonces, es, entre otras cosas, uno de los mayores dibujantes que jamás hayan existido.

El modernismo del 1900

Con su nueva temática y el espíritu individualista, complejo, intencionalmente refinado y excepcional de sus creaciones, la literatura es como el arte arquetípico en la Venezuela del 1900. Y

Rojas y Michelena han muerto casi sin dejar tradición. Poco sabe ya el país de grandes artistas nacidos en su suelo que triunfan en Europa y se olvidaron de la patria tormentosa, agitada entonces por guerras civiles, como el pintor impresionista Emilio Boggio, que sólo vendrá a ser conocido de los caraqueños y a pintar paisajes nativos en la fecha aún lejana de 1919; como la gran ejecutante Teresa Carreño, quien no vuelve a Venezuela desde los días de Guzmán Blanco, o como el muy parisiense músico Reinaldo Hahn. De los gastados salones de la Academia de Bellas Artes, presididos todavía por don Emilio Maury, surge a principios del siglo un muchacho inquieto, de fácil y comunicativo talento, que en 1906 obtiene un oficioso premio por su cuadro *Los herreros*, es pensionado en París y puesto otra vez bajo la tutela de Jean-Paul Laurens, quien en su larga vida y magisterio parecía predestinado a adiestrar pintores venezolanos. Se llama Tito Salas; su fluencia creadora le permite obtener tempranas recompensas en el “Salón de artistas franceses” y los periódicos de nuestro país lo saludan, antes de cumplir los veinte años, como el sucesor de Michelena. Él vengará más de dos lustros de silencio que ya pesaban sobre la plástica nativa. Pero junto a la enseñanza para el “Salón Oficial” que sigue impartiendo Jean-Paul Laurens, Tito Salas es contertulio de los escritores y poetas modernistas hispanoamericanos que habitan París hasta la Primera Gran Guerra: Darío, Enrique Gómez Carrillo; a ratos Blanco-Fombona. A través de ellos participa en ese *frisson* y aventura de la sensibilidad, un poco neurótica, que aporta el modernismo y lee las biblias espirituales —antes de que se impongan los nombres de Gide, Proust o Valéry— que vulgarizan la estética de la época. Se ama la vida peligrosa y antiburguesa a lo Barrés; se admira la crítica estética, no inmune al cultivado verdor de la decadencia, a lo Rémy de Gourmont. Se estrenan en los teatros de París las obras de Gabriele D’Annunzio.

Tito Salas, de sensibilidad tan española, otea asimismo las corrientes que agitan la vecina península. Mientras se realiza aún en silencio y como en círculos de iniciados el triunfo definitivo de los impresionistas, el rescate de Cézanne y la iniciación de la gran

aventura artística de Picasso, hay un pintor español que encarna durante pocos años los ideales del modernismo hispánico. Se llama Ignacio Zuloaga y, como un Goya menor, más sombrío y más literario, quiere hacer una pintura que compita en temática y expresividad con lo que un Valle-Inclán, un Baroja o un Azorín realizan en las letras. Reconstruye en su estilo nervioso, de poco sosiego plástico, rincones y escenas españolas casi arqueológicas, estampas que parecían redivivas de la España negra, o recorta sobre un paisaje casi crepuscular de Toledo el retrato de un dandy modernista como el escritor argentino Enrique Larreta. Si la tendencia histórica de otros pintores venezolanos como Tovar y Tovar y Michelena procede de su aprendizaje neoclásico, la de Tito Salas se emparenta bastante con la de Ignacio Zuloaga. Visión dinámicamente expresionista en la que la variedad de tonos y contorno del dibujo se sacrifican a la energía totalizadora del colorido, y gusto por los horizontes borrascosos que sirvan de complemento al carácter de las figuras, parecen en él manifiesta influencia del pintor español. Y más que en el lento trabajo y ordenamiento de una geometría de las formas en que se afana tanto la pintura después de Cézanne, Tito Salas quiere volcarse en pincelada directa, en brusca y coloreada descarga anímica. Después de obtener premios y medallas por sus primeros paisajes y escenas de género exhibidas en París, el gobierno de Venezuela le encarga el *Tríptico* inspirado en la vida del Libertador que ha de guardarse en el Palacio Federal, en la misma galería heroica que iniciaron las grandes escenas épicas de Tovar y Tovar y Michelena.

Desde el éxito que le depara esta obra juvenil, ya la carrera artística de Tito Salas se orienta de modo primordial a la interpretación de Bolívar. El paisajista de graciosos rasgos vivaces, la espiritual y moderna travesura que había en muchos de sus bocetos parisienses, será absorbido por el nuevo y dilatado oficio de pintor de historia. Dispondrá — como ningún otro artista venezolano — de su propia Capilla Sixtina que es la casa natal del héroe, cuya decoración le es entregada a partir de 1919. En el reconstruido caserón colonial emplaza una serie de grandes lienzos que comienzan,

como en una pastoral del siglo XVIII, con el nacimiento del héroe en cuna rica, sus amores y juveniles andanzas, y ascienden en clímax trágico hasta la hazaña desmesurada, el patetismo, el dolor y la muerte. La nerviosa manera de entender el asunto hace de Tito Salas un pintor muy diverso a como fue Tovar y Tovar. Quizá los más expresivos entre sus lienzos sean aquellos en que se mueven, barroca y agitadamente, grandes grupos humanos, como el de la Emigración de 1814, o el de las sombrías figuras que siguen al Libertador por los helados desfiladeros del páramo de Pisba. A la visión más serena de Bolívar que dieran los retratistas anteriores, Tito Salas opone la de un Bolívar exangüe y quijotesco, conducido por su tormentoso fuego profético. El énfasis y agitación con que relata le importa más que el trabajo lento de los detalles y el enlace ajustado de las formas en que fueron maestros Michelena y Tovar y Tovar. El tipismo de la pintura española con su gusto del negro y de los tonos aborascados se impone a Tito Salas, como al grupo de los pintores españoles que se marginaron del pleno aire impresionista y de la reacción constructiva que comenzaría con Cézanne para llegar al cubismo.

Hay otros pintores significativos dentro de lo que puede llamarse la generación de Tito Salas, como Carlos Otero, actual Director de nuestro Museo de Bellas Artes, quien, desde las pobladas escenas que gustaba de pintar en sus juveniles años de París, evoluciona en su edad madura hacia el paisaje caraqueño buscando más fluidos efectos luminosos. También la influencia de la escuela española de comienzos del siglo, en la línea que va de Zuloaga a Romero de Torres pasando por Álvarez Sotomayor, se observa en tan cuidadosa retratista como Nina Crespo.

La temática macrocósmica que desde Tovar y Tovar hasta Tito Salas orientó la pintura venezolana hacia las escenas históricas, las batallas y los retratos, no había permitido a nuestra plástica profundizar en el misterio de la luz y la atmósfera tropical. Las tendencias impresionistas y su vivida manera fragmentaria de tratar la naturaleza (advertidas ya en algunas “obras pequeñas” de Rojas y Michelena) llegarán a nuestro país con más de treinta años de

retraso. También desvía a otros artistas, en la búsqueda de los problemas de la plástica pura, el auge popular que desde fines del siglo XIX —y con el gran progreso de las artes gráficas— alcanzan los ilustradores de magazines y revistas. Aun en nuestro ambiente modesto de comienzos de 1900, una gran revista como *El Cojo Ilustrado* recoge trabajos de pintores como Herrera Toro, Almeida Crespo, Tito Salas, Pedro Castrellón; de escultores como Eloy Palacios, Lorenzo González y Andrés Mujica, y anima los primeros y muy expresivos apuntes de artistas de tanto talento —malogrados muy jóvenes— como Pablo Hernández y Abdón Pinto.

Del impresionismo al constructivismo

Un pequeño núcleo de pintores que en 1910 se insubordinan contra la enseñanza demasiado académica que impartía, en la vieja Escuela, don Antonio Herrera Toro y salen a pintar paisajes caraqueños, forman en 1912 un heterodoxo “Círculo de Bellas Artes” donde ha de configurarse una nueva sensibilidad. Con ellos toma absorbente primacía la naturaleza venezolana; están cansados de la Historia vestida de casaca y del mitologismo a lo don Emilio Maury. En lugar de Dante y Beatriz, aunque lleve la firma de Cristóbal Rojas, quieren pintar mestizos venezolanos. Encuentran en los árboles del trópico —bucares, apamates, araguaneys, marías, y en el nervudo chaguaramo parecido a un columna jónica— una fiesta de color y de formas que apenas asomaban tímidamente detrás de un muro, y sin liberar todo su valor cromático, en algún apunte de Tovar y Tovar y de Michelena. Son andariegos y curiosos de toda montaña, toda playa, toda vieja aldea y todo verdor, estos jóvenes del “Círculo”. Peregrinan al atardecer por las quebradas de los alrededores de Caracas y sus manchones de ocre y de verde; miran el Ávila desde las redondas colinas de Gamboa, tienen fiesta los domingos en la casa campesina del pintor Marcelo Vidal. La emoción con que algunos escritores españoles muy leídos por ellos —el Baroja de *Camino de perfección* y el Azorín de *Los pueblos*— pintan los más olvidados rincones, los

excita a buscar la patria de una aventura de cosas menudas. Son pioneros de ese círculo, cuya vigencia espiritual ha de prolongarse durante tres décadas del siglo, hombres de tan varia cronología como Federico Brandt (1878-1932), César Prieto (1887), Rafael Monasterios (1884), Antonio Edmundo Monsanto (1890-1948), Marcelo Vidal (1889-1943), Bernardo Monsanto (1897), Próspero Martínez (1885), Armando Reverón (1889), Manuel Cabré (1890) y aun muchachos adolescentes de turbulenta precocidad como Luis Alfredo López Méndez (1901). En la vida y la obra de semejantes artistas ha de cumplirse un poco el tránsito del impresionismo a la nueva geometría de las formas.

Fue quizá Federico Brandt, pintor solitario y casi deseoso de fugarse del profesionalismo pictórico, quien trajo al mundo pretenciosamente macrocósmico de la pintura venezolana el gusto del paisaje limitado, de la naturaleza muerta mirada como valor en sí, en concentrada autonomía plástica; de la reducida escena doméstica. Frente al predominio de la anécdota y la sentimentalidad extrapictórica en un Maury o un Herrera Toro, he aquí un hombre sumido en el gozoso ensimismamiento de los objetos. Ha visto en su juventud los pequeños maestros holandeses y flamencos; gusta de su contenido lirismo, del primor casi artesanal con que trabajaban el más mínimo espacio, y paralela emoción quiere imprimir a su oficio plástico. Bajo los colores fríos: verdes apagados, violetas, amarillos-blancos, rosas-grisáceos, anhela revivir física y aun musicalmente un universo de cosas detenidas: callejuela colonial, rincón de patio, puerta que parece abrirse a un indefinido misterio. Pasó ya el tiempo en que la pintura debía hacer novelas históricas o folletines lacrimosos. Ahora la suave paleta contemplativa —por lo mismo que él pinta por gusto y no aspira a vender sus cuadros— puede deleitarse en el rugoso cuero de un sillón colonial, en la frágil estructura de una muñeca, el tramado de un cojín, el patinado zócalo policromo de una callejuela. El artista —y es su mejor lección— no necesita empacharse de historia y mitología para alcanzar la sobre-realidad del arte. Algo de simbolismo alemán, que estaba en su sangre y en su cultura, flota

en esta atmósfera a la vez fluida y humosa del arte de Federico Brandt. Aunque las cosas que pinta parecen a veces terriblemente quietas, el aire peculiar que las envuelve las transporta en poético devenir. Por lo mismo que se nos presentan humildemente y sin declamación retórica, advertimos el alma que trasciende de ellas. Están en un “ahí” y un “momento único” de que las ha dotado la espiritualidad del artista. Acaso no lleguen a la grandeza de la sinfonía, porque permanecen en el marco y la melodía más limitados de la “sonata”.

Desde que empezó a pintar en 1910, Armando Reverón es el más extraño hechicero de la pintura venezolana. Los varios períodos de su vida y obra, su genialidad decorativa, sus únicos y cambiantes procedimientos técnicos, la peripecia inagotable de sus invenciones, merecerían estudiarse en un extenso volumen. Cuando el autor de este trabajo escribió en 1939 un ensayo sobre Reverón, después de citar las varias influencias que parecen configurar su obra: Goya, los impresionistas, una admirable intuición lumínica que hace que algunos de sus cuadros estén tratados como mosaicos bizantinos, y la elegancia ornamental que logra arabescos y esquematizaciones a lo Matisse, resumía la impar significación de nuestro artista con estas palabras: “El problema de su buen gusto, de su equilibrado refinamiento, de sus acordes de color —aun cuando use los tonos más sordos— es lo que destaca su pintura como valor único y depuradísimo. El proceso de aquilatada elaboración interior que su arte constituye es tanto más admirable cuanto que él no tuvo a la vista el material documental —miniaturas, mosaicos o tapices orientales— a través de cuyo estudio llegara Matisse a crear un estilo ornamental del siglo XX. Trasponiendo a otras artes lo que sugiere Reverón, podríamos decir que es el más músico y el más poeta de nuestros pintores. En permanente fuga por el reino del color, poseído de su ritmo interno, el objeto no ha sido para él —sobre todo en sus últimas creaciones— sino un vago *leit-motiv* poético. Es el creador de una comarca encantada donde se recuestan enormes mujeres que descienden de la maja de Goya pero cuyos cuerpos están ya sentidos

como vibrátiles reflejos, donde la mancha azul o roja de un tapiz, el temblor de una flor o una cinta, o cierto verde musgoso que sirve de fondo al cuadro, acentúan aquella impresión de misterio, de delicadeza y de fiesta. La nota venezolana (para él que está tan lejos de lo costumbrista y de lo histórico) la da de pronto un detalle que parece extraído del subconsciente étnico, detalle en el que nunca insiste y que jamás describe: es aquel lorito que tiene en la mano la fuerte y sensual criolla de una de sus *gouaches* o aquel par de muchachas tendidas en la hamaca con un aire tan inconfundiblemente nuestro, o el payaso de circo pobre en cuyo traje de colorines se amotinaba la luz y la gracia de todos los circos de nuestra infancia. O es —y nada hemos hablado del Reverón paisajista— aquel muro envuelto en la luz ofuscante y lechosa de un mediodía tropical; en ese como silencio del calor, muro de calle sola, sobre el cual se recuestan dos acacios gemelos. Artista de inagotable temática y de acendrada elegancia íntima (pintor de cámara se le podría llamar, así como hay pintores de exposición, Academia y Palacio) como no nos había nacido otro en Venezuela.”

Aun en sus graves crisis de salud, casi rozado a veces por la locura, este artista genial —creador hasta en los extraños materiales que usa para sus cuadros— es quizás el más alto y admirado nombre de la plástica venezolana de hoy, aquél en quien se concilian todas las escuelas.

El paisaje del valle caraqueño, la abrumadora geometría cromática del monte Ávila, toda la gama de verdores de nuestra naturaleza, han tenido un maestro constante y ejemplar en Manuel Cabré, formador de toda una generación de paisajistas. Hijo de escultores, peregrino durante largos años en las costas del Mediterráneo europeo —de contorno y volumen tan definido—, el colorismo de Cabré está cuidadosamente frenado por su gusto riguroso de la forma, por el esmero de la composición y perspectiva. Sus masas luminosas de montaña tropical, las palmeras metálicas y los mangos centelleantes, la escala de verdores que enciende el valle, parece dominarlas como sabio orquestador que no deja un acorde suelto. Cabré logra como pocos un paisaje donde el

anhelo de límite, volumen, equilibrada tonalidad y contorno, no apagan el brillo del color. Y es por su calmada búsqueda de exactitud que artistas más nerviosos y sobreexcitados que venían del surrealismo, y otros que en nombre de la abstracción repudian toda mimesis de la naturaleza, han insurgido contra el arte sereno de este maestro de paisajistas. Pero sin la armoniosa entrega con que él se dio a la luz de su valle, lo analizó y profundizó en las más variadas gamas, no hubiera florecido en la pintura venezolana todo un arte del paisaje en que son epígonos de Cabré pintores tan distintos y entre sí tan distantes como Rafael Ramón González, Antonio Alcántara y aun Tomás Golding. Cabré ha sido un paisajista de voluntad arquitectónica, como en Rafael Monasterios predomina, más bien, una voluntad lírica.

Este paisajismo venezolano, que ya despunta vigorosamente a partir de la segunda década del siglo, es animado, además, por la visita y presencia en el país de pintores venidos de fuera como el rumano Samys Mützner, entre 1916 y 1919, y el viejo maestro Emilio Boggio, quien ya anciano hace a su casi desconocida patria un emocionado retorno de hijo pródigo. Tanto Mützner como Boggio animan el trabajo de los jóvenes de entonces; recorren con Cabré, Monsanto, Monasterios y el siempre peculiarísimo Reverón la campiña caraqueña y dejan memoria, como Boggio en deslumbrante técnica casi puntillista, de la fascinación que les produce la tierra en el enorme cuadro titulado *Los samanes*. No menor inquietud y problemática trajo a esa generación en los años del 20 un excéntrico pintor ruso de rico y fantástico vigor ornamental como Nicolás Ferdinandov. Su colorismo bizantino, su decoración escenográfica, parecen acoplarse bien con el cobalto violento y las formas marinas que encuentra en Margarita. Quería ser una especie de pintor-buzo anhelante de penetrar en las cordilleras y grutas abisales. Con sus teorías místicas de la naturaleza y su patética locuacidad de personaje de Dostoievski, influyó mucho en la filosofía —como de yoga— que comenzó a forjarse entonces Armando Reverón.

Y en los años que median entre 1919 y 1930 ocupa su sitio en la historia artística del país la animosa generación de paisajistas. Se llaman, por ejemplo, César Prieto, artista de contradictoria versatilidad que ensaya a lo largo de su vida constantes cambios de estilos y temas; Antonio Edmundo y Bernardo Monsanto, hermanos de muy madura sabiduría plástica en quienes el rigor crítico parece sofrenar la obra creadora; Rafael Monasterios, franciscano poeta de la naturaleza, quien parece incorporar el color y tipicidad de la provincia en una escuela que casi se definía como peculiarmente caraqueña. En fluido juego de tonos, recoge el ocre y la melancolía de algunos semidesérticos paisajes de su comarca larense o el rosa más aéreo y vibrante de los cielos de Margarita. Luis López Méndez, precocísimo pintor del grupo, quien después de sus celebrados paisajes caraqueños alcanza en la edad madura suma virtuosidad en sus flores, marinas y naturalezas muertas. Sufren —como todos los hombres de aquellos días— el hosco rigor y silencio de los años de dictadura gomecista; trajinan por el mundo; viven en países extranjeros y tornan, como López Méndez, a animar el gran cambio que se operará en nuestra enseñanza artística a partir de 1936.

Estos hombres del “Círculo de Bellas Artes” vienen a darse la mano hacia 1930 con otra generación más joven, y a ratos de divergente problemática, como la de Marcos Castillo, Francisco Narváez, Rafael Ramón y Pedro Ángel González, Elisa Elvira Zuloaga, Juan Vicente Fabbiani, etcétera. Preocupan también ahora otros problemas de construcción y se ahonda en el proceso que en la plástica europea ha conducido de Cézanne a Picasso, Braque y André Lhote, quien en su taller de París ha sido maestro de algunos artistas venezolanos. En sus extraordinarios retratos de niños y muy originales naturalezas muertas, Marcos Castillo expresa un vigor psicológico, un poético mundo de absorta introspección que dota a su obra de inconfundible personalidad. Acaso integra con Reverón y Monasterios una trilogía de pintores poetas. Rafael Ramón González, que comenzó como paisajista de la escuela de Cabré, ahora parece orientarse —como en sus últimos cuadros de Margarita— a una visión más rota y sintética de la

naturaleza en que ensaya juegos cromáticos, formas más sueltas, simplificadoras e ingenuas que evocan vagamente a Dufy. Pedro Ángel González ha sido acaso el más diestro de los grabadores y aguafuertistas venezolanos. Tipismo popular, romántico del pasado, mitos y alegorías autóctonas han ofrecido los grabadores salidos del excelente taller de González, como Gloria Pérez Guevara, Gilberto Antolínez, Julio César Rovaina, Angelina Curiel, Federico Reyna, Ventura Gómez, Argenis Madriz y muchos otros.

Francisco Narváez no es sólo pintor de acendrado gusto, de perfecta fineza decorativa, sino el más importante de los escultores venezolanos. Parecen coincidir en su doble ejercicio plástico la sabia y primorosa artesanía con el modernísimo instinto creador y equilibrio estético. De las más luminosas y sólidas maderas venezolanas ha sacado torsos que tienen el reposo y la energía tranquila de las figuras de Maillol. Hay además una simbología y un ritmo indígenas en estas mujeres que ondulan como sirenas o se levantan como cariátides de la tierra. Frutas, flores del trópico, alborotado cardumen de peces, o más coloreado y viviente de la naturaleza venezolana, lo organiza el artista en ajustada fiesta de formas.

Los cuadros de Fabbiani —principalmente naturalezas muertas— se ofrecen en precisas zonas de color cuidadosamente contrastadas. El pintor parece amar sus materias casi autónomamente: paja, etiqueta o cristal de una botella, pliegue de un paño, sin otra significación que el agrado de pintarlos en ensimismamiento de pequeño universo. Elisa Elvira Zuloaga —discípula de Lhote— se ha planteado severos problemas de composición. La forma pura contra el color cambiante, distribución de espacio y ritmo de volúmenes son tratados por ella con cautelosa sabiduría. Lo puramente plástico quiere afirmarse sobre lo pictórico. Y si es nota insistente de su pintura el tema del árbol desnudo, es para acentuar su preocupación morfológica, más que cromática. Pintura a ratos estructural, con un gusto por los colores fríos —violetas y grises— en sorpresiva emoción de naturaleza detenida.

Últimas promociones y corrientes

La Escuela de Artes Plásticas y Artes Aplicadas de Caracas, radicalmente reformada en 1936 y donde han enseñado los maestros que acabamos de nombrar —los Monsanto, Cabré, Narváez, López Méndez, Fabián— y valiosos grupos de artistas extranjeros tan venezolanizados como los españoles Ramón Martín Durbán y Ernesto Maragall, los chilenos Armando Lira, Marcos Bontá y María Valencia, el suizo Franz Rederer, el uruguayo Germán Cabrera, el francés Charles Ventrillon, etcétera, es el primer centro de irradiación e inquietud plástica en los últimos dieciocho años. Y así como en 1936 parecía predominar en la enseñanza artística una orientación post-impresionista y cezanniana, el tumulto y contagio de nuevas escuelas y teorías despliega ahora una doble corriente de cosmopolitismo y nacionalismo artístico. No hay que olvidar que en menos de tres lustros la casi recatada capital provinciana que fue Caracas hasta la muerte de Juan Vicente Gómez, se ensanchó babélicamente: creció en superficie e inquietud. Frecuentes exposiciones de artistas de todas partes, abundancia de coleccionistas y *amateurs*, viajes constantes de venezolanos al extranjero, incremento de la cultura general, continuas corrientes inmigratorias, dilatan el ámbito y preocupación de la vida venezolana.

Si dentro de la más abundante floración de pintores que conozca la historia del país, eligiésemos sólo algunos últimos nombres significativos, definiríamos el agitado contrapunto de tendencias plásticas que caracterizan el momento. Y entre los menores de cuarenta años ya se afirman algunos maestros que han merecido no sólo reconocimiento nacional, sino apasionada atención foránea.

Uno de ellos es Héctor Poleo, quien antes de cumplir los treinta y cinco años ha realizado obra de altísima categoría. Después de estudiar en Caracas, pasó larga temporada en México contagiándose del impulso épico y vigorosamente autóctono de los maestros mexicanos: Rivera, Orozco, Siqueiros. Pero dotar

a ese sentimiento, no sólo nativo sino trascendente, de una sabia gramática de las formas fue precoz aspiración suya. Viaja por Europa y ahonda en el opulento misterio formal de los maestros renacentistas italianos. Las dos corrientes que se fundieron en la monumentalidad del Renacimiento: el linealismo escultural, la construcción y perspectiva de un Masaccio y un Mantegna, y el lirismo decorativo de los últimos sieneses y primeros y grandes venecianos, pasan por la latitud de su pintura, interpretados por un alma moderna e introvertida a la que no satisface tan sólo la forma porque busca también la profundidad espiritual. Por su maestría plástica, el vigor de su línea, la clara justeza del color, se le ha comparado a veces con Salvador Dalí. Pero aunque ambos coincidan en la común disciplina renacentista, difieren profundamente en el tono emocional. No le interesan al joven maestro venezolano las cabriolas y saltos en el escándalo del famoso juglar pictórico de Cataluña. No necesita contarnos sus aderezados sueños freudianos. En formas a veces maravillosamente estáticas, congeladas de meditación y angustia, donde la plasticidad —casi a lo Piero della Francesca— de las figuras alterna con los paisajes y elementos simbólicos de desolación y protesta contemporánea, quiere expresar su desgarrado clamor por un nuevo humanismo. Es pintura no sólo para los ojos sino también para la reflexión. Sin caer nunca en la gritería del “cartel político”, el grave joven maestro dispara su anhelo de justicia insurgente y radical espiritualidad. Los cuadros de Poleo, que enlazados con la más venerable tradición plástica de Occidente son al mismo tiempo tan actuales, no sólo se han exhibido en los centros de cultura de Europa y América, sino exornan grandes museos de los Estados Unidos.

Otros jóvenes salidos de la Escuela se volcaron en las más varias y polémicas tendencias. Frente al Salón Oficial surgió otro de Independientes y se formaron talleres libres sin sujeción escolar. Hay los llamados pintores sociales que, contra el caballete que consideran individualista y burgués, quieren lanzarse al gran mural multitudinario. Intentan una pintura así artistas como Pedro León Castro, César Rengifo, Gabriel Ángel Bracho.

Su intención, que no se satisface con la obra cumplida —porque invade también la teoría y el manifiesto—, es ofrecer una vasta épica social de Venezuela. Y si todavía no lo consiguen o les faltan muros para realizarlo, presentan las primeras muestras y fuerte preludio de lo que quieren hacer. Artistas de tan equilibrado y sabio talento como Armando Barrios, después de haber seguido en sus retratos, paisajes y naturalezas muertas todas las conquistas plásticas del constructivismo moderno, han dado un salto a la pura estilización abstracta. La nueva tendencia también atrae ahora a pintores que se iniciaron con tan rica mitología figurativa como Pascual Navarro, Alejandro Otero Rodríguez, Mateo Manaure, Carlos González Bogen y Alirio Oramas. Quienes hace años admiraban la casi surrealista invención de Navarro, los paisajes de Otero Rodríguez y las composiciones de Manaure de un precoz clasicismo picassiano, no siempre pueden seguirlos en el nuevo proceso plástico. En recientes construcciones de Caracas, los murales y ornamentos de estos artistas y de otros más jóvenes compañeros suyos, que se colocan en la vanguardia antifigurativa, se adaptan a las masas geométricas de la nueva arquitectura y al rabioso cromatismo de que quieren vestir sus edificios algunos arquitectos audaces. El público inquiere si la función de esta pintura novísima será plegarse, ancilarmente, a las exigencias de lo arquitectónico. En pintores de tanto color y fantasía como Mario Abreu y Oswaldo Vigas lo abstracto es apenas elemento de deformación dentro de lo figurativo, simple apoyo o recurso de estilo, y cuida de que la forma naturalista subsista aun dentro del arabesco y la tracería ornamental. El grupo “abstraccionista” ha animado los trabajos del Taller Libre dentro de nuestra actual vanguardia plástica.

Aunque hay también abstraccionismo en la obra de MAS (Manuel Salvatierra), su intención procede de otro mundo de mitos y símbolos americanos. La búsqueda de un casi milenarismo subconsciente étnico, que al hombre de este Continente le viene en las piedras mayas y aztecas, en los petroglifos venezolanos, en venerables fábulas mestizas, es lo que nos ofrecen sus obras, en las

que el centroamericano Carlos Mérida encuentra otra solución expresiva para el arte del Nuevo Mundo. Lo abstracto ocupa así un apasionante primer plano en la actualidad artística del país.

Mucho es lo andado y largo el desfile de nombres en este último proceso de nuestra plástica que se inició en 1936. En estos mismos días toda una inquieta y estudiosa colonia de pintores de la postrera hornada, que realizan la aventura abstraccionista, exponen en París. Entre las nuevas generaciones, un Carlos Cruz Díez y un Virgilio Trompiz encarnan una tendencia muy personal que casi no puede incluirse dentro de las citadas categorías. Julia y Mary Brandt traducen a una clave estilística, cada día más moderna, la fina sensibilidad que heredaron de su ilustre padre don Federico. Al margen de la Escuela siguieron su constante tarea otros artistas de tan varia tendencia y cronología como Pedro Centeno Vallenilla, característico pintor del modernismo; paisajistas como Eduardo Schlageter, Antonio Alcántara, Tomás Golding; tan eclécticos como Álvarez Sales (1906-1947) y Alberto Egea López.

Sitio de singular importancia en la historia moderna de nuestra plástica debe acordarse a los artistas extranjeros que comparten con los venezolanos el entusiasmo y responsabilidad de la jornada. Hay entre ellos personalidades tan constantes y tan nuevas como Ramón Martín Durbán, Abel Valmitjana, Armando Lira, María Valencia, caraqueños con tres lustros de adopción y luminosos intérpretes de este valle. Nadie ha pintado en Venezuela con tan franciscano desprendimiento como Ramón Martín Durbán. Dibujante y pintor de ornada y fluida línea zigzagante, imaginativo, lírico y a ratos travieso, como su descomunal paisano aragonés don Francisco de Goya, este grande hombre modesto, a quien sus amigos llaman “El majo”, ha trabajado casi sin recompensa. Además de sus paisajes y composiciones, ha sido fiel retratista e ilustrador de los escritores y poetas venezolanos. La nostalgia de su tierra española —conjurada en admirables alegorías de la guerra civil— se armoniza con el primor decorativo de sus estampas venezolanas. Abel Valmitjana, hombre de leonardescas aptitudes que puede manejar con emoción y fluidez el lenguaje de todas las

artes, ha cumplido una obra ingente de resurrección estética del más olvidado folklore venezolano. Si aquí llegó hace quince años mostrando sus imágenes europeas, de tan moderna gracia decorativa, después haría un viaje de retorno a Europa exhibiendo en París —con mucho éxito— el nuevo y fantástico trofeo de mitos y visiones venezolanos. Armando Lira no sólo es excelente paisajista e intérprete gozoso del mar y la montaña tropical sino respetado profesor de Dibujo en nuestra Escuela de Artes Plásticas y Artes Aplicadas. Larga huella labró su cuidadosa didáctica, su sabiduría y amor por el oficio, en más de dos generaciones de artistas venezolanos.

Desde 1936 la formación de nuestros pintores y escultores en la Escuela de Artes Plásticas se complementa sabiamente con el largo aprendizaje de las artes aplicadas. Estas, trabajando las más diversas técnicas y materiales —vitral, esmaltes, cerámica, tapices—, no sólo han ensanchado la destreza y horizonte creador del artista y le han ofrecido otro provechoso oficio, sino contribuyen también a la comprensión de las formas modernas y a mejorar el gusto público en grandes núcleos sociales. Quien llegó al proceso de estilización o abstracción a través de un tapiz, un plato y un esmalte, acaso pueda acercarse, con más sensible entendimiento, a la problemática de un cuadro de Picasso o una escultura de Zadkine. El creciente amor por la plástica que se ejemplariza en la enorme audiencia de las exposiciones, en la abundancia de los coleccionistas, en el mercado y clientela que ya encuentran nuestros pintores y escultores, es signo profundamente alentador de la cultura venezolana. Y muchos artistas nuestros están ya trabajando para la admiración y emoción de mañana.

ARMANDO REVERÓN*

Físicamente Armando Reverón (que aunque no lo parezca es uno de los venezolanos más importantes que en este momento viven) tiene una de esas extrañas figuras en que, a través de indefinibles procesos raciales, surge en Venezuela un árabe más bronceado todavía por el sol de nuestra tierra caliente y por los caciques que hablan en su sangre un lenguaje de muchas generaciones. Árabe andaluz e indio venezolano no son —como después lo veremos— aportes desdeñables de su misteriosa personalidad. Toda la persona y la obra de Reverón se expresan bajo un signo de misterio que no es tan sólo el que observan los turistas domingueros que llegan hasta esa fortaleza incaica mezclada de caney venezolano que él se edificó en Macuto —que no concluye de edificar, más bien— y que es la más arbitraria vivienda que existe en nuestro país. Allí, medio desnudo, ceñido por su cinturón de bejucos que, según la teoría de Reverón, le sirve de frontera cerrada entre el sexo y la cabeza, entre lo material y lo espiritual; en la peregrina compañía de sus monos amaestrados, a los que enseña a manejar los pinceles y los viste con los más surrealistas de los trajes; y bajo la suave pedagogía de Juanita, su cocinera o escudera, plena de milagrosa comprensión y fidelidad, Reverón hace un poco el artista extravagante y tremendo; comercializa con gentil inocencia su fama de loco. Ahora que el Mar Caribe derribó los muros de los antiguos baños, que el democrático automóvil por puestos hace de la vieja y romántica playa una sucursal plebeya y sudorosa de los más plebeyos y sudorosos barrios de Caracas, Reverón se

* Con el título de “Reverón”, se publicó por primera vez en la *Revista Nacional de la Cultura*, N° 13, Caracas, noviembre de 1939, pp. 63-80.

ha convertido, con más propiedad que las palomas y los uveros del balneario, en la mayor atracción turística de Macuto. Algunos padres de familia conducen allí a sus hijos para indicarles con el ejemplo cómo un artista es un ser naturalmente chiflado; las muchachas lectoras de novelas observan cómo en la realidad también viven seres novelescos, Robinsones que levantan en poblado su isla desierta, y aquellos turistas yanquis que en circuito de ocho días, desde Nueva York, se tragan todo lo pintoresco de las *West Indies*, tienen un tema delicioso para sus *kodaks*.

Frente a los turistas, Reverón es el más alucinante de los *Frégolis*; él ha preparado, para conmoverlos y asustarlos, guayucos indígenas, collares de plumas, maniqués pintarrajeados entre su áspero y cobrizo cuerpo de coleta —los maniqués de Reverón, seres que están sentados en sillas de junco o tendidos en los chinchorros de cocuiza como grandes caciques muertos—. En el “soberado” —porque todas las piezas de la casa de Reverón lo tienen— acechan personajes, muñecos o sencillamente uno de los monos que recibe sus lecciones de pintura. Reverón, que con las tierras que muele y emulsiona, prepara su caja de pinturas; que con fibras de cocuiza fabrica sus pinceles, que bebe y ofrece el café tinto en aborígenes totumas, que tiene su especialísima vajilla de conchas marinas, es uno de los pocos venezolanos que no necesita de la civilización occidental. El ha descubierto la fórmula de una peregrina economía natural y afronta ante el mundo su personalidad robinsónica. Es cierto que da el número para los turistas; pero es cierto, también, que nadie como él sabe amar y aprovechar las cosas humildes: lo que botan el mar y la tierra. Y en las noches de tempestad está como un marino curtido, sobre la más alta viga de su caney, como si fuera el trinquete de una nave fantástica, avizorando el horizonte. Hay algo de mágico y animal, al mismo tiempo, en sus gestos, en su agilidad, en sus orejas y su olfato de perro cazador. Y una conversación perfectamente ilógica. Una conversación en que el viaje a España y París, la complicada historieta de una pequeña casa que hipotecó y retrovendió en la ciudad de Valencia para irse a Europa, está transcrita como un sueño

freudiano. Oyéndole relatar su viaje a Europa, hecho de imágenes rapidísimas y simultáneas, uno puede pensar en un hombre que de pronto, en una noche de lluvia, cayese en la *Gare Saint-Lazare*, lo metieran en un coche, viese una ciudad proyectada en la humedad del pavimento donde los colores, las luces y las formas se deshicieran en apretado haz rutilante. Y uno no sabe —no lo he sabido a través de varios diálogos con Reverón— si hay algo de cálculo, de conciencia que se disfraza de subconciencia, en su manera de exponer y contar. (Sólo otro artista en Sur América me causó una impresión parecida: el poeta peruano José María Eguren. Son los dos más curiosos e inspirados mensajeros del aire que me ha sido dado conocer; pero en Eguren hay algo de desvalimiento físico que no existe en el pintor venezolano, infinitamente más ágil y astuto.)

¿Cómo ha aprendido Reverón; cómo ha llegado a tan singular gracia y refinamiento, a tan profunda síntesis, a su elegancia desmaterializada y al mismo tiempo voluptuosa, que le fijan un sitio único entre los pintores venezolanos? ¿Cómo nos nació y se nos formó este artista que es a la vez nuestro Renoir y nuestro Henri Matisse y también, de cierta manera, nuestro Goya? He aquí un problema absolutamente inexplicable, algo que se generó y radica en lo más hondo y misterioso de la personalidad, porque todas las circunstancias de su vida estaban precisamente en el camino opuesto. Él no hizo en Europa el aprendizaje metódico de un Cabré; no fue huésped atento de los museos ni se metió en aquellos abstrusos problemas de la matemática de la forma que preocupan a algunos investigadores nuestros como Bernardo Monsanto. Sin embargo, no es tampoco un pintor espontáneo que pinta como Rafael Ramón González las gozosas cosas que ve, sus muros y sus placitas criollas, los árboles gigantes, las coloreadas gentes que pasan al lado suyo. Hay en Reverón una extraordinaria genialidad decorativa, y habrá que dolerse de que muchas de sus obras las haya trabajado en aquellos papeles deleznales y con aquellas pinturas destinadas a descolorarse, que se propuso inventar. Pero que haya llegado un hombre de Venezuela a una solución de lo decorativo

moderno que se aproxima mucho a la de un Matisse, es algo que puede entusiasmarlos y enorgullecemos, sobre todo cuando se piensa cómo ha vivido y cómo se ha formado Reverón. (Una nota previa para los que me leen: Reverón, como Renoir, no es un pintor fotografiable. La fineza de su color, la música de su pincelada y hasta el material infame en que ejecuta sus obras, resiste toda lente fotográfica. Las obras de Reverón hay que verlas directamente, y ello bajo cierta luz y en adecuada lejanía).

Cuando el extraño muchacho valenciano, que seguirá siendo para sus contemporáneos un hombre enigma, iniciara su aprendizaje de pintor, reinaba en Venezuela Tito Salas. Había venido de Europa cargado de aventuras y de premios, chispeante el genio andaluz, ducho de un lenguaje fácil y coloreadamente romántico, que había aprendido en la escuela española de Zuloaga y Romero de Torres. Su misma facilidad dañará, a la larga, la obra de Tito. Amigo de literatos, su pintura se literaliza un poco; erigido en pleno centro de Caracas y en un lugar tan venerable como la Casa Natal del Libertador, el taller del artista es atrayente centro social donde se alían anécdotas y se suelen reunir los más ágiles charladores y las muchachas más lindas de la ciudad. Durante veinte años de la historia caraqueña, Tito Salas es como un Rafael de nuestra pequeña Roma tropical, pródigo en la vida y dictador del arte, como el otro. Su Capilla Sixtina, donde se le ofrecen muros y cámaras a discreción para que las ornamente, es la propia casa del héroe. Y en un *prestissimo*, en una abundancia que no se compadece con la alegre desenvoltura de su vida, las obras de Tito pueblan la enorme mansión. Allí está, sin simbología, contada en forma a ratos excesivamente presurosa, la vida y la hazaña de Bolívar. Ciertos óleos que hubieran requerido más reposo están sentidos y tratados como inquietas aguafuertes románticas. El talento de Tito se suele disgregar allí en pequeños detalles; trabaja muy bien un rostro y un objeto, narra graciosas fábulas como la del gran cuadro *El matrimonio de Bolívar*, pero en todo el conjunto las figuras y los grupos se precipitan como para lograr cierto efectismo. Tito no logra aquella gran calma en la composición en que fue

maestro Michelena, y si comparásemos, por ejemplo, los caballos y las figuras de un cuadro como *Pentesilea* con los del cuadro de Tito *La expedición de 1814*, observaríamos la diferencia entre caballos y jinetes reales y otros que están alumbrados y deshechos en un ambiente fantasmal, de pesadilla. Cierta pintoresquismo español, su propia facilidad narrativa, su tendencia a considerar el arte más como impresión que como forma, no han permitido, sin duda, que el pródigo talento de Tito Salas se realice en la más perdurable cabalidad. Pero quién sabe si en esto misma radica el secreto de su éxito. Frente al arte de los antiguos pintores venezolanos, a la grave honradez de un Tovar y Tovar, al clasicismo lineal de Michelena, al patetismo atormentado de un Cristóbal Rojas, Tito Salas erigió —aun pintando cuadros de historia— su animada fiesta bohemia.

Con ese sonambulismo con que Reverón empezó su marcha por el mundo, fue perfectamente inmune a la general influencia que sobre los pintores y literatos de 1910 tenía el joven monarca que se llamaba Tito. Si alguna vez se hubieran encontrado, ambos se habrían repelido, ya que profundos contrastes y diferencias temperamentales les marcan insalvables fronteras. En una simple fórmula sociológica, podemos decir que Tito es el criollo español de fácil lenguaje y amenas anécdotas, de claro desenfado y suficientemente extravertido como para que el mundo exterior le preste y él obedezca todas sus sollicitaciones, mientras que en el alma de Reverón se reconcentra algo más misteriosamente venezolano; algo mágico, subjetivo y decorativo a la vez, que puede explicarnos ciertos enigmas de su biografía. La idea de un “yoga” del artista, de cierto ascetismo vital —profunda y obsesionante preocupación que años después lo conduciría a encerrarse en aquella fortaleza o morada robinsónica que se construyó en Macuto; a imponerse un severo control de los sentidos y hasta a asustar a los buenos burgueses con sus peregrinas teorías—, se hace pronto sensible a Reverón. Sin definirlo —como Leonardo da Vinci—, él desde muy joven empieza a considerar la pintura “como una cosa mental”

y de allí su tendencia a rodearse de defensas contra la sensualidad en forma casi maniática. Y una vez me explicaba que sus más bellas figuras femeninas le nacían exclusivamente de la cabeza, a diferencia de Adán, a quien le surgieron de las costillas, porque mientras él estaba pintando tenía firmemente ceñida la parte baja del cuerpo. Sobre estos temas y sobre su inquietante vocación espiritualista, parece haber conversado mucho con ese curioso y alucinante decorador ruso Nicolás Ferdinandov, quien apareció en Caracas allá por 1920 y en cuyo taller, decorado con viejos iconos y motivos submarinos —taller que parecía el santuario de una esotérica religión—, Reverón aprendió a tomar el té a la manera eslava, a pronunciar algunas palabras rusas y a discutir y a buscar a Dios como un personaje de Fedor Dostoievski. De este momento de su existencia algo penetró en su arte, en ciertas figuras que están tratadas con la técnica de un mosaico bizantino, sumidas en un misterioso fondo lumínico, pretendiendo una vaga simbología, como en aquel cuadro titulado *Las hijas del sol*, propiedad de Carlos Eduardo Frías. Sin saberlo —porque Reverón tiene todo, menos una cultura de arqueólogo—, ha logrado, así, figuras y retratos casi mágicos como los de la Rávena del siglo IV. Del fondo decorativo emerge el rostro, envuelto en una luz nocturna, en una masa de colores disgregados, en absoluta fuga del espíritu.

Y aquí conviene ya detenerse en otros aspectos de su obra y en la elaboración de su estilo.

*

Un muchacho venezolano llega a Madrid un día del invierno de 1912. Pregunta en la casa de huéspedes por un profesor de pintura y le dan el nombre del señor Moreno Carbonero, especie de grueso costumbrista del arte de pintar en cuyos muñecos sólidos se transcriben las páginas del *Quijote* o de la *Historia de España* con dura rigidez. En un espeso mundo de condecoraciones y academias, muy formal y sin ninguna audacia, amigo de

las autoridades monárquicas, ese pintor representa no la decadencia —porque en toda decadencia hay algo de trágico— sino la más espesa plitud del arte. Sancho y su burro, don Quijote y su lanza, los duques y sus golillas, y todos los elementos de una utilería descolorida, afirman su fama y mantienen sus cátedras. Hay en ese momento una gran pintura en Francia, pero los Pirineos y los aduaneros de grandes bigotes no la dejan pasar. Si existe en España, no se la ve o no se la muestra en sitios tan serios como la Academia de San Fernando. Hay también una gran pintura española, pero admirando al Greco se cae en el decadentismo; *Las lanzas* de Velázquez no tienen nada que ver con las casas de huéspedes y Goya —aquel aragonés de Goya, dice el señor Moreno Carbonero— era demasiado travieso. Hay también los románticos: don Mariano Fortuny; pero ya saben ustedes cuál fue la suerte de los románticos. El señor Moreno Carbonero recomienda un realismo saludable, como ese de que él inunda las revistas ilustradas: *Blanco y negro*, *La esfera*, *La ilustración española y americana*. Con su buena conducta y su realismo, el señor Moreno Carbonero ha llegado a la vejez cargado de cruces y de sueldos.

El friolento venezolano repara en que el taller del señor Moreno Carbonero tiene una estufa magnífica. La estufa justifica al Profesor. Y con ella ha resuelto su principal problema madrileño. El Profesor recomienda que ustedes, los alumnos, estudien un gran tema de composición. Por ejemplo, usted que es americano, cuando los españoles llegaban a las Américas y los indios a rendirle vasallaje. (La Historia Universal para el señor Moreno es un permanente besamanos. Cristóbal Colón debió tener una corte en Guanahaní). Pero en Armando Reverón hablan en ese momento los caciques callados e indómitos. “Yo como que no sirvo para eso, señor” le dice un día. Y con su cantadito y sus diminutivos americanos: “Déjeme aquí más bien a la orilla de la estufita. Si usted me permite, le voy a pagar la pensión por adelantado.”

Mientras el señor Moreno diserta y proyecta sus cuadros tomados de una lectura literal del *Quijote*, Reverón esboza en un papel temas de la tierra lejana.

(Cuando él salió de Caracas, todos los jóvenes pintaban marinas. Aquellos paisajes de Macuto con los mismos uveros y las mismas rompientes se vendían por docenas. Un impresionismo tímido se insinuaba en la amarilla hojarasca deshecha y en aquellas rocas indefinidas del último plano que parecían salirse del cuadro.)

—¿Todavía no has visto a Goya? —le preguntó una tarde el escritor venezolano Salustio González Rincones, huésped, entonces, de Madrid.

Y esa tarde, en el Prado, con las dos *Majas* y *La familia de Carlos IV*, Goya destacó su presencia.

Ese Goya sometido al alambique de un alma misteriosa, olvidado a ratos, pero actuante siempre, iba a tener descendencia en el arte de Reverón.

Si Reverón hubiera sido escritor, habría escrito el día en que conoció a Goya, algo que yo le oí veintisiete años después:

“La diferencia más palpable entre mi nuevo Maestro Goya y mi más viejo profesor Moreno Carbonero es que la pintura de éste concluye con el cuadro. Está terminada precisamente en el sitio donde comienza la moldura del marco. En cambio, con la de Goya me queda flotando algo en la retina. El perrito de aquella vieja señora del retrato se me deshace en vibraciones. La cinta con que se ajusta la mantilla de la Marquesa de la Solana me la llevo en los ojos. Es materia más bella que la materia misma. Me voy con ese ritmo tumultuoso, con esa música —no puedo decirlo de otro modo— que tiene aquel cuadro de la *Carga de mamelucos* en el Prado.”

Aquel día que Reverón visitó a Goya, empezaron a nacer algunas figuras que nos encantarían a nosotros, los venezolanos: dos cuadros, biznietos de Goya, que están veintitantos años después en la colección de Enrique Planchart y que por no tener nombre los he bautizado con los apodos de la *Dama del clavel* y la *Odalisca del manto azul*.

Lo goyesco hará en Reverón el mismo proceso, la misma alquimia que ha hecho en el arte moderno, pasando por los impresionistas, por Manet y por Renoir y llegando al depuradísimo lenguaje decorativo de un Matisse.

Más delgada, más oriental, pero inolvidable e insistente, la maja de Goya se sigue acostando en toda una inmensa comarca lírica y ornamental del arte de hoy. Porque existe y todavía nos turba, es porque le oponemos la bañista más abstracta de Cézanne o la “maternidad” a lo Pablo Picasso.

*

El estilo de una época artística —afirman los entendidos— se produce en la alternancia o la simultaneidad de dos maneras de concebir la forma que a veces se aproximan e intercomunican en una gran corriente cultural, como aquella que, con variados aportes nórdicos y meridionales, desemboca en la gran disciplina del Renacimiento italiano. Pero otras veces las corrientes opuestas luchan, coexisten y se enfrentan, así como junto al lirismo decorativo de los sieneses se erigía la contorneada línea y la tendencia escultural y arquitectónica de los florentinos; como junto al arte lineal de Ingres se levantaba el arte colorista de Delacroix, como ahora frente al constructivismo cezanniano y cubista se yergue el mundo feérico y la evasión lírica de los surrealistas y expresionistas. Y si buscáramos la genealogía más próxima del arte contemporáneo, tendríamos como dos ramas, dos grandes árboles familiares que, por definirlos con un patronímico, llamaríamos el de los “plástico-constructivos” y el de los “lírico-decorativos”. A la cabeza de la primera corriente estarían nombres de predecesores como los de Ingres y Cézanne; en la segunda, uno de los más importantes abuelos sería precisamente Goya. ¿Saben, por ejemplo, los soliviantados “surrealistas y expresionistas” de hoy, que Goya está en la más venerable y robusta línea de su ascendencia?

Los pedantescos críticos actuales, que tienen la pretensión de llegar hasta la más secreta elaboración de las formas y de los

estilos, de hacer una Historia del Arte como desde dentro del artista, en aquella comarca donde se forjan los signos, le suelen dar muy poca importancia al tema. Que Cézanne haya pintado bañistas y jugadores de cartas, o grandes olivos de la Provenza, no es lo que importa —dicen ellos—, sino la manera como los pintó. Sin embargo, hay temas que expresan y encarnan, por sí solos, capítulos fundamentales de la Historia de la Cultura; temas que nacen, evolucionan y se hacen nuevos meandros como las curvas de un gran río. Así sería posible escribir toda una Historia del Arte siguiendo la marcha y el avatar de los temas. (Jacob Burckhardt, en su viejo y admirable Cicerone, ha trazado, por ejemplo, la trayectoria formal y anímica de temas como el de “Apolo” y “Afrodita” en el proceso de la cultura griega.)

Detengámonos —porque es uno de los temas más constantes que se repiten en la pintura de Reverón— en este tema de la mujer yacente; en las “Venus dormidas” que ya desde el siglo XVIII perdieron la idealización que les habían impuesto los maestros italianos y se transformaron en las “majas” de Goya. ¿Cuál ha sido el destino de este tema en los ciento y tantos años que lleva de existencia? Una hija francesa y universal de la Maja de Goya es la *Olimpia* de Manet. El cuerpo femenino ya no es aquí recortada silueta y escultura, como lo fuera en Ingres y en los clásicos, sino vibrante masa de color. Y en los desnudos de Renoir, el mismo tema sigue siendo vibración lumínica, reflejo fugitivo, musicalidad. Las “Odaliscas” de Matisse, recostadas sobre sus tapices azules; interpretando, estilizando y trocando en gran motivo decorativo la voluptuosidad de nuestro tiempo, vienen por la misma línea de descendencia. Y de igual modo las *jeunes filles* del yugoslavo Pascin, que guardan más de una analogía con las de nuestro Armando Reverón. Son las manifestaciones de un arte lírico, lumínico y decorativo, frente al otro arte de la abstracción y de la forma sentida como geometría, que también se inscribe en la realidad estética contemporánea.

Reverón le ha dado, por ello, al arte venezolano la más variada fiesta decorativa. El problema de su “buen gusto”, de su

equilibrado refinamiento, de sus acordes de color —aun cuando use los tonos más sordos—, es lo que destaca su pintura como un valor único y depuradísimo. El proceso de alquitarada elaboración interior que su arte constituye, es tanto más admirable cuanto que él no tuvo a la vista el material documental —miniaturas, mosaicos o tapices orientales— a través de cuyo estudio llegara un Matisse a crear todo un estilo ornamental del siglo XX. Transponiendo a otras artes lo que sugiere Reverón, podríamos decir que es el más músico y el más poeta de nuestros pintores. En permanente fuga por el reino del color, poseído de un ritmo interno, el objeto no ha sido para él —sobre todo en las últimas obras— sino un vago *leit-motiv* poético. Es el creador de una comarca encantada donde se recuestan enormes mujeres que descienden de la maja de Goya, pero cuyos cuerpos están ya sentidos como vibrátiles reflejos, donde la mancha azul o roja de un tapiz, el temblor de una flor o de una cinta, o cierto verde musgoso que sirve de fondo al cuadro, acentúan aquella impresión de misterio, de delicadeza y de fiesta. La nota venezolana (para él que está tan lejos de lo costumbrista y de lo histórico) la da de pronto un detalle que parece extraído del subconsciente étnico, detalle en el que nunca insiste y que jamás describe: es aquel lorito que tiene en la mano la fuerte y sensual criolla de una de sus *gouaches*, a quien, por darle un nombre (y los cuadros de Reverón uno debe bautizarlos) y por el aire de fiereza aldeana, yo me permití llamar la “esposa del Jefe Civil”; o aquel par de muchachas tendidas en la hamaca con un aire tan inconfundiblemente nuestro, o el payaso de circo pobre en cuyo traje de colorines se amotinaba la luz y la gracia de todos los circos de nuestra infancia. O es —y nada hemos hablado del Reverón paisajista— aquel muro envuelto en la luz ofuscante y lechosa de un mediodía tropical; en ese como silencio del calor, muro de calle sola, sobre el cual se recuestan dos acacios gemelos.

Artista de inagotable temática y de acendrada elegancia íntima (pintor de cámara se le podría llamar; así como hay pintores de exposición, de Academia y de Palacio), como no nos había nacido otro en Venezuela.

ARTURO MICHELENA*

La vida de nuestros dos grandes pintores del siglo XIX —después de la figura tutelar y augusta de don Martín Tovar y Tovar, generoso y sabio abuelo de nuestra plástica— fue corta y fulgurante como la de Masaccio y la de Rafael. Cristóbal Rojas muere a los treinta y dos años y Arturo Michelena apenas cumplidos los treinta y cinco. Desde su temprano sillón de tuberculosos —enfermedad del siglo y de los difíciles años de buhardilla parisiense— se despiden de la luz del valle de Caracas pintando las últimas flores (aquellas rosas amarillas que amaba tanto Michelena) o esa tapia cubierta por una enredadera vibrátil, casi irreal, de uno de los postreros bocetos de Rojas. Simultáneamente Masaccios y Rafaelés de la plástica de un país nuevo, que con ellos y Tovar y Tovar comenzó a recibir reconocimiento en los salones y la crítica internacional; liberadores de formas dormidas, pues el arte pictórico nace después de la música y de la poesía en la historia de nuestra cultura, la obra tan valiosa y abundante que dejaron parece monumental promesa de lo que hubieran cumplido de llegar a la madurez. Pocos dibujantes tan acabados como Michelena, pocos coloristas de tan segura y dinámica paleta como Rojas, presenta el arte de las Américas en aquellos días. Y por primera vez en nuestra historia, Venezuela se reconocía en sus grandes pintores, que le presentaban en plano casi mitológico el esplendor de sus fastos y todo lo que hubo de energía, pasión, aventura y voluntad venezolana en la América del siglo XIX. Era una épica de la pintura que se completaba con la lírica que también supieron ofrecernos en obras más personales y entonces menos

* Fue publicado en la revista *El Farol*, N° 157, Caracas, abril de 1955, pp. 2-5.

nombradas. Todavía nos conmueve, después de sesenta años de muy cambiante y revolucionario proceso artístico, el homenaje y comentada visita que sigue rindiendo el pueblo a sus grandes cuadros del Museo de Bellas Artes. Y no hay familia provinciana que al llegar a Caracas, y mientras se orientan en el bullicioso dédalo de las calles y las construcciones nuevas, no inquieran por los cuadros de Rojas y Michelena. Aun más allá de su propia significación plástica, ellos participan de una entrañable tradición emocional de Venezuela, están en la experiencia y memoria de todos como la *Silva a la agricultura de la zona tórrida*, la *Silva criolla*, las páginas de *Venezuela heroica* o ciertos capítulos de *Doña Bárbara*. Hay algo más que apreciación o dictamen artístico en el común homenaje: hay el impulso o identificación afectiva del pueblo con quienes parecían o querían revelar algo de sus propios sueños, mitos y esperanzas. Y no importa para semejante valoración que algunos cuadros de Michelena nos lleven, cosmopolitamente, a los mitos del helenismo, al mundo de la Revolución Francesa o al París proletario sobre el que escribía Emile Zola.

Transcurre la obra de Michelena, como la de Rojas, en ambientes e influencias poblados de contradicciones. Apenas comenzarían ellos a reaccionar contra el convencionalismo de una pintura oficial como la que les enseña Monsieur Jean-Paul Laurens, y a acercarse a la prohibida fiesta de luz y de húmeda y vibrante atmósfera de los impresionistas, cuando la muerte tronchó las posibles, nuevas y múltiples direcciones que parecían despuntar en su obra. Se habían movido con perplejidad y explicable vacilación juvenil entre las más varias corrientes que agitaron el París de la octava década del siglo XIX, a la vez naturalista, positivista y simbolista. Al parnasianismo mitológico y alegórico que enseñaba en su un tanto caduca escuela Monsieur Laurens, hubo de agregarse aquel sombrío cortejo de obreros, mendigos y pequeña burguesía vergonzante que, desde las lívidas y un tanto monstruosas novelas de Zola, pretendían también expresarse en desengañado realismo pictórico. Y venía de Inglaterra la falsa mística y beatitud, los falsos éxtasis de los “prerrafaelitas”. Todavía no

triunfaban Toulouse-Lautrec y los impresionistas. No se reconocía el magisterio de Cézanne ni se apreciaba la fuga de Gauguin y la genial locura de Van Gogh. ¡Qué intrincados caminos para dos muchachos que llegaron de Venezuela sin dominar la lengua francesa y con el sencillo designio de convertirse en grandes pintores! Hasta el voluntarioso General Guzmán Blanco, que, cuando descansaba en París de su abrumador poder político venezolano, seguía asumiendo el de Gran Pope espiritual de la República, caía por la buhardilla de los mozos a darles consejos sobre cómo debían pintar, y a cuidar con impertinente y peligroso imperio sobre su vocación artística.

Pero aun partiendo de tensiones, influencias y aprendizajes análogos, Rojas y Michelena destacaron pronto su contrario temperamento y temple personal. Si el mundo de Rojas fue atormentado y patético, el de Michelena parece buscar una colmada y definida comarca de serenidad apolínea. Será el dibujante insuperable, mientras Rojas es el violento colorista. Por la justa y fluida precisión con que fija los objetos y logra el mayor movimiento aun desde los planos más tranquilos, puede llamársele un parnasiano de la pintura. Y acaso los temas del parnasianismo —después que pagó tributo a los realista-burgueses como en *La caridad* y en *El niño enfermo*— lo inclinan al mundo mítico de Penthesilea, Diana cazadora y Baco. Una peripecia singular de su pintura es la que nos lleva desde los tonos sombríos de los primeros cuadros, envueltos en apretada luz de taller, a las tonalidades más luminosas, de bien cavada perspectiva y cabal virtud dibujística, que se inician con *Carlota Corday* en 1888 y concluyen con *Miranda en la Carraca* en 1896. Apenas tres lustros de ardiente trabajo artístico en que se reparte entre grandes lienzos históricos y una obra más íntima y delicada de paisajes, bocetos, flores, retratos de niños y hermosas mujeres de que puebla los salones de Caracas entre 1890 y 1898. Y hay también otra especie de Michelena menos conocida y que aún reserva sorpresas a la crítica, como la que guarda en deleitosos bocetos, a casi seis décadas de su muerte, la devoción de su viuda Doña Lastenia Tello de Michelena.

Si el gran artista valenciano no tuvo tiempo de dar todo el salto que conducía del realismo y del parnasianismo a la entera visión impresionista, se sigue a través de su obra todo un logrado repertorio de problemas técnicos. Estudia el ritmo y dinámico enlace de los grupos, logra con clásica maestría los agitados ropajes sueltos y los escorzos casi escultóricos de las figuras de *Pentesilea*, o contrasta de modo maravilloso las zonas de color con la nocturnidad de la muralla en un tan bien compuesto cuadro como *Carlota Corday*. O consigue la admirable alternancia de actitudes del *Miranda en la Carraca*, en que el movimiento de la pierna izquierda, que se prepara a saltar del sórdido jergón, se opone al de la pierna derecha que descansa. Y una misteriosa antítesis de cansancio y opresión física, y al mismo tiempo de despierta energía espiritual, determina la extraordinaria vivacidad del cuadro. Aun aherrojado y enfermo, sabemos en dicha pintura que Miranda es un héroe por la desvelada vida psicológica que le desborda de las pupilas.

Aplicó también algo de las conquistas de la nueva visión impresionista a la luminosidad de las carnes, los cabellos, las sedas y encajes de sus varias figuras femeninas. En el elogio humano de Michelena puede decirse que amó con exaltación y sabiduría de artista las tres cosas más bellas que pueblan la tierra: las mujeres, las flores, los briosos caballos. El retorno a Caracas, saliendo del oscuro taller de París, le devolvería el goce de la luz del trópico. ¡Cuánto le dicen las flores que en el deleitoso cuadro de la *Madre joven* vibran como en una pintura japonesa y ascienden casi aéreamente por el muro, a manera de símbolo y exaltación de la vida juvenil! Es el insuperable retratista de una Caracas ya más alada y voluptuosa que la de las solemnes y contenidas figuras de Tovar y Tovar. Si la *Madre joven* —he dicho en otras páginas sobre Michelena— es uno de los más tiernos modelos de maternidad que creara nuestra plástica, en otros retratos femeninos —como el de su mujer Doña Lastenia Tello— nos ofrece el más encantado arquetipo de dama caraqueña a fines del siglo pasado.

Murió muy joven, cuando aún daba a la vida venezolana de los años 90 la más varia y refinada fiesta de color. Que nuevas notas ya de impresionismo hubieran aparecido en su pintura, lo revelan algunas obras de la época final, como el admirable paisaje marino conservado por la familia Torres Cárdenas en que los valores naturalistas de luz y de atmósfera parecen desprenderse e imponerse sobre la anécdota misma. Y con abundante prodigalidad, y como si quisiera retardar la cita de la muerte, no había linda carequeña de aquellos días que no luciera la pequeña obra (abanico, flores, medallón) regalada por su mano inventora. En el museo familiar que con tierna fidelidad conserva su viuda, también los ojos se deleitan en el pequeño y gracioso artesanado con que descansaba de las obras mayores. El recuerdo de una tarde de carrera en el viejo hipódromo de Sabana Grande, las flores pintadas para un disfraz o un vestido de baile, la caricatura de un amigo, los centenares de bocetos para un cuadro, parecen darnos día a día la crónica de sus emociones y hasta de su bondadoso humor. Impar dibujante, genio apolíneo, sereno y comunicativo, tenía además —según el testimonio de quienes lo conocieron— un espontáneo don de amistad. Siendo ya muy viejecito, oía hablar de Michelena casi con añorante y viril ternura al gran pintor chileno don Juan Francisco González, quien en sus años de estudio parisiense compartió la estufa, la cafetera y el abrigo de los días invernales con el futuro maestro de *Pentesilea*.

EMILIO BOGGIO Y SU PINTURA*

El mes de agosto de 1919 no fue baldío para la cultura venezolana. Los periódicos de la pequeña metrópoli (la Caracas millonaria de hoy apenas contaba ciento veinte mil habitantes) anunciaban la llegada de la Compañía de Ópera del empresario Braccalle con estrellas como Hipólito Lázaro, Giuseppe Danise, Tamaki Miura y Albertina Cassani; el poeta mexicano José Juan Tablada había dado a conocer en pequeñas reuniones de artistas algunos “caligramas” poéticos, análogos a los que Guillaume Apollinaire había compuesto en Francia, y las primeras muestras de una condensada poesía sintética, como los *hai-kai* japoneses (Tablada había vivido en el Japón), que recoge pocos meses después en el hermoso libro titulado *Un día*, discreta reacción contra el ya vocinglero modernismo, celebrado por los jóvenes poetas de entonces. Aprestábase el país a celebrar durante ese mes el centenario de la batalla de Boyacá, y entre tantas noticias aparece la de la llegada a Caracas —después de 42 años de ausencia— del viejo pintor Emilio Boggio. El diario *El Universal* informa que el ilustre maestro abrirá el día miércoles 6 de agosto, a las seis de la tarde, una exposición de cuadros “impresionistas”. Y como esta palabra parece todavía un poco rara en el vocabulario periodístico venezolano de la época (aunque ya había envejecido en Europa), los cronistas, en cansada prosa, intentan definir la novedad del adjetivo.

Como Teresa Carreño y Reinaldo Hahn, Boggio, que volvía a la tierra natal con blanquísimas barbas sexagenarias, fue uno de

* Apareció publicado por primera vez como texto del catálogo de la *Exposición Emilio Boggio*, celebrada el 17 de agosto de 1956 en la Sala de Exposiciones de la Fundación Eugenio Mendoza (pp. VII-XVIII)

esos extraños hijos pródigos que da la tierra venezolana y a quienes la pobreza y estrechez de nuestro siglo XIX lanzó a soñar y a triunfar lejos. Aunque algunos de los pintores de su generación, como Rojas y Michelena, disfrutaron en el país de premio y favor oficial bajo los últimos gobiernos decimonónicos de Crespo y Andueza, la pintura de Boggio, que no trataba temas históricos ni conmemorativos, expresada en distinta técnica, no podía apreciarse ni entenderse en la Venezuela de 1890; y el artista siguió viviendo en los círculos artísticos de París; en una casa campestre rodeada de perales y manzanos en Auvers-sur-Oise; en Pontoise, donde a fines del siglo el vecino más notorio se llamaba Camille Pissarro, y un inquieto huésped estacional tenía el nombre de Paul Cézanne, o en soleados veranos en Nervi, en la costa ligur, cuyas rocas bañadas por el sol poniente pintó en más de un cuadro. O con fuerte sensacionismo quería que su pintura recogiese el violento ardor del *scirocco* batiendo los oleandros o encrespando las espumas del litoral genovés. *Scirocco* se llaman, precisamente, muchos bocetos de aquella costa encantada.

De doble ancestro latino —el padre, Juan S. Boggio, oriundo de Génova, y la madre, Celia Dupuy, caraqueña de origen marsellés—, Emilio Boggio había nacido en Caracas en 1857. Don Juan S. fundó en remotos años y en la caraqueñísima esquina de Sociedad una casa de comercio que con el oriental nombre de Al Profeta, y bajo su última razón social de Boggio, Yanes y Compañía, duró hasta la generación presente. Se especializaba en sedas de Lyon, telas estampadas y bonitos artículos de quincalla para vender en toda la República. Y el muchacho debió hacer hasta los quince años forzoso servicio de dependiente, ocupándose más —distráido y retraído— en dibujar en papel de envolver los rostros de las gentes que pasan por la calle, la caricatura de los tipos populares, la obsesión de sus primeros sueños. Era todavía la Caracas rural y pintoresca, la Caracas de alpargatas, arrieros y burros labriegos, de vendedoras negras y mestizas con extraños azafates; de desme-lenados rapsodas y filósofos populares conocidos por sus apodos,

que recogían en sus croquis —por aquellos años— el maestro Martín Tovar y Tovar y el amable costumbrista Ramón Bolet.

Para hacerse más serio, aprender las lenguas europeas y descubrir la importancia del comercio, don Juan lo envía a Francia, y su tentativa de bachillerato francés se pobló, como la de todos los jóvenes, de versos de Baudelaire y discusiones sobre la sensibilidad nueva. Quizás vio la *Olimpia* de Manet, la “odalisca del vientre amarillo” —como la llamaban los críticos más conservadores de la época—, servida de su negrita que podía ser caraqueña. Volvió a Caracas en 1877 a decirle a su padre que definitivamente no servía para vender muselinas y cintas en la esquina de Sociedad. Como don Juan hizo buenos negocios durante los años guzmanistas, asocia y encarga del almacén a don Carlos Yanes y decide trasladarse con la familia a París, donde tratará directamente con los exportadores y recibirá sus dividendos venezolanos. Allí, inconforme con la vida burguesa, con odio ya patológico a toda actividad mercantil, el joven Boggio confía en 1879 a don Emilio Maury el propósito de dedicarse al arte y vivir su peligrosa vida de artista, aun en abierto combate con la familia. ¿Pensaba el mozo que el señor Maury iba a convencer al testarudo padre del deber de respetar la vocación? Pero el mundo artístico de Maury, hombre de taller cerrado, pintor neoclásico de temas alegóricos y mitológicos, que admiraba en París a Monsieur Bouguerau, tampoco coincidía con el del inquieto joven que ya había leído a Baudelaire y vagado por aquellas barracas —lejos de toda gloria oficial— donde exponían los pintores impresionistas. El taller de Jean-Paul Laurens, sumo maestro de la pedagogía artística reconocida, hábil preparador para el éxito directo de los salones, y a donde llegaron hacia 1883 los jóvenes Arturo Michelena y Cristóbal Rojas, no logró entusiasmarle mucho, aunque allí se relaciona —amistad para toda la vida— con el pintor Henri Martin.

Sus primeros años de carrera artística se mezclan con un drama de pobreza y apartamiento. Vive con su padre el drama de Baudelaire con el rígido General Aupick. Hay días de dificultad y suma pobreza. Tendrá que morir su padre y mediar don Carlos

Yanes, quien lo estimuló comprándole algunos de sus primeros cuadros, para que empiece a recibir una renta segura. Y ésta sufre los descensos y colapsos de las malas épocas venezolanas a fines del siglo pasado. Hay, además, ásperos conflictos sentimentales como el que le suscita una modelo, trocada en amante celosa, quien, mientras él duerme —por vengarse de las rivales imaginarias—, le hunde la mano derecha en un recipiente de agua que hervía en solución de vitriolo. Y le queda la mancha corrosiva de tan terrible amor, y huye de la mujer —como lo hacía, a veces, su admirado poeta Baudelaire de la deletérea Jeanne Duval. Hombre tan afectivo, parece perseguido siempre del infortunio amoroso.

Como compensación, la vida de París en aquellos años febriles que median entre las primeras exposiciones impresionistas, la exposición internacional de 1889 y el alba del nuevo siglo. Era una época del más bullente cosmopolitismo en la historia de Francia. Después de la derrota prusiana el genio francés, que enterró a sus viejos maestros, despertaba más ágil y universalista y parecía hacer la síntesis estética de todas las culturas del mundo. París se llamaba la fórmula final. Si Manet tradujo a Goya al francés y aplicó la técnica goyesca de la visión unitaria a un espectáculo múltiple como el de las carreras de Longchamp o el de los paseantes del jardín de las Tullerías, Monet había regresado de Inglaterra y Holanda con su nueva concepción de la luz, con su difusa atmósfera vaporosa, con su lenguaje de prismas y vibraciones. Y un infinito dinámico, suelto y musical, como no había conocido antes la pintura. La barca donde pintaba Monet en el Sena reflejando los trémulos colores del agua, su estudio en Argenteuil y las discusiones de artistas en el café de *La Nouvelle Athènes* atraían a las generaciones jóvenes. También la literatura, pasando por las polémicas de naturalistas, decadentistas y primeros simbolistas, por las *soirées* de Medan y el antípoda cenáculo de Mallarmé en la Rue de Rome, renunciaba a la representación completa de la realidad, para lograr el encanto y la vivacidad de lo momentáneo. Cuando con los naturalistas parecía haber triunfado un pretencioso positivismo aplicado al arte, ahora otros artistas se enrumbaban a un

mundo casi mágico, o fragmentaban la naturaleza para extraerle más personal e inédito estremecimiento. El misterio y maravillosa fugacidad de la vida no se logra intentando describirla (había muerto Balzac hacía muchos años y Víctor Hugo se momificaba en gloria oficial), sino penetrando su cambiante apariencia, apresando en un trazo, una mancha, una “impresión”, el encanto de lo irreversible. Si no entendemos las esencias, gocemos, al menos, la fiesta de las apariencias, parecían decir algunos pintores. La pintura ya no quería ser didáctica, teatro, moral, anécdota —como en otras épocas—, sino simple y mudable goce lumínico. Antes de la bomba atómica, como peripecia sensorial del hombre, se quería desintegrar la naturaleza. Había que servir la realidad en fragmentos sangrientos y vivaces, más despiertos y ágiles que la propia vida. Por la barca de Monet en el Sena, o por el gran rosetón de la catedral de Reims, cada hora pasa con distinta luz, quebrando un nuevo haz de reflejos, fundiendo las más sorprendentes masas de color. Y el exotismo, la ausencia de lo demasiado común que cada artista busca por intrínseca necesidad romántica, ya no era necesario perseguirlo en paisajes o temas lejanos. Se había encontrado primero en la floresta de Barbizon y ahora lo ofrecían, con nueva técnica de mirar, los puentes del Sena, las avenidas de París o la multitud dominguera que almuerza o se acaricia en los jardines públicos. La civilización con sus inventos mecánicos y la nocturna luz artificial engendraban otro mundo de magia: aquellas sombras luminosas, aquel cielo gasificado que se funde con las chimeneas de los trenes, en el cuadro *La estación de Saint-Lazare* de Claude Monet. Será esta excitación la que nutre con tenaz frenesí los años todavía juveniles de Emilio Boggio. Intentará las más diversas formas y lenguajes en su demonismo expresivo. Se ensaya primero en someter las figuras a violentos escorzos, o en la anécdota pintoresca de un cuadro de interior, quien después, bajo el imperio de Monet, habrá de trocarse en espléndido pintor de paisajes.

¿Qué es un pintor? debió de preguntarse muchas veces el hombre introvertido, con largos períodos de soledad y tímido para el triunfo público, que se llamaba Emilio Boggio. Por una parte,

de la época que precedió al impresionismo admiraba aquella pintura de tan fuerte lógica en la entonación y tan moderno realismo popular, como la que había encarnado Courbet. En el primer viaje a Italia en compañía de Henri Martin, se preguntaba si los italianos del Renacimiento no dieron la fórmula de composición del cuadro, y su compañero —a pesar de los futuros ensayos puntillistas— parece componer en un esquema bastante geométrico, con riguroso eje central, en que las casas y los árboles se destacan plásticamente bajo un cielo seco y tan azul como el de los florentinos. En su primera exposición de París en 1889, Boggio aún expresa un temperamento vacilante que busca su personalidad entre tensiones contrarias. O antes de conseguir toda la libertad del aire libre y la gozosa sensualidad ante la naturaleza que será su característica relevante, alterna el paisaje con figuras vigorosas —un poco holandesas en su plebeya pesadez— como las del cuadro *Labor*, premiado en el Salón y adquirido por el Museo de Filadelfia.

Pero moviéndose entre las varias corrientes que condicionan el arte europeo en las dos últimas décadas del siglo XIX (pleno aire impresionista, divisionismo, puntillismo, etcétera), trata de encontrar su territorio expresivo. En largas temporadas campestres trabaja sin cesar, y con la fórmula impresionista somete el mismo motivo a los más diversos efectos atmosféricos. Mucho se polemizaba en ese París de fines de siglo en el estudio Cormon de la Escuela Nacional de Bellas Artes, donde quizás encontraría a Pissarro, a Degas, a Seurat, a un misterioso y atormentado holandés llamado Van Gogh, o en la bizarra tienda del Padre Tanguy, en la Rue Clauzel de Montmartre, donde acudían los impresionistas a conseguir dinero en avance de sus cuadros inmortales, y las obras de Cézanne se vendían a precios tan altos como 40, 100 o 150 francos. Mas, de regreso a su *atelier*, después de los acalorados debates, Boggio fijaba su posición, que no era la de un pintor intelectual —como quería serlo Seurat— sino la de un intérprete libre de la naturaleza. Se mantendrá, así, marginado de aquella crítica del “neoimpresionismo” que hubo de suscitar el comentarista Félix Fénéon; y continúa admirando como insuperable maestro a Claude Monet.

Son Monet y Pissarro a quienes más debe el pintor venezolano. El paisaje como fluida creación de la luz; la atmósfera como agitado velo prismático que refleja y volatiliza todos los colores; la fuga vibrante de las formas a medida que las aprehende la retina; la gran oquedad del espacio y el cielo casi siempre húmedo que contrasta con el cielo seco, despiadadamente azul, que pinta su amigo Henri Martin, serán los problemas esenciales de su pintura. No importa el tema sino el motivo, es frase que le gusta repetir. Y cuando se compra una propiedad en Auvers-sur-Oise, o se escapa a la costa ligu, su propósito es registrar esa continua mudanza, el reverberante devenir de las cosas. Pinta, a veces, en manchas apelonadas —para destacarse a gran distancia— donde los colores se juntan en apretado haz y la sensación de vasta lejanía la da el desmesurado primer término. Se puede hacer el inventario de sus más frecuentes motivos, vistos siempre desde nuevos ángulos. A veces son los perales floridos de Auvers; otras, la nieve que cae sobre las aguas de Vaux-sur-Seine mirada alternativamente en el crepúsculo o bajo la luz lunar, o los primeros efectos del deshielo a comienzos de primavera. Y los árboles —siempre los árboles— en aquella agitada vida que hacen a lo largo de las estaciones del año y en el cotidiano contraste de aurora y ocaso. Árboles de primavera germinando en un paisaje humedecido y entre una pequeña flora complementaria de hierbas y raíces; grandes sauces verde-amarillos volcando su plumaje de pavorreales en un agua azul de sombras luminosas; árboles violentos y copudos del verano o ya árboles —casi muñones— del otoño por cuyos troncos, que se desnudan, sube todavía la piedad del último musgo; el casi humano calor de la última pelusa. A veces parece que la sensualidad naturalista de un Boggio quisiera llegar más allá de la superficie terrestre donde se afirman los árboles, y seguir por el poblado universo minúsculo de flores, lianas, hojas caídas, que se prolonga como postrero tapiz de la tierra. Como el cielo, este subsuelo tiene también cavidades encantadas, armonía de colores vibrátiles. Blancos, pardos, verdes, amarillos, bermellones, violetas, se abultan indisolublemente en su pintura. Y aunque pinte un paisaje solitario, no hay naturaleza más acompañada y dinámica que la de nuestro gran

impresionista. Cuando el cuadro revela demasiado movimiento y los colores se descargan en un *fortissimo*, las sombras quietas de un recodo en el agua, lo que se esconde a la rabiosa luz solar, parece brindarnos quietud y silencio.

¿Cómo tan magnífico paisajista no obtuvo en vida todo el aplauso que merecía? Aunque recibió segunda medalla y medalla de honor en el Salón de artistas franceses; aunque vendió a los museos, y es con el uruguayo Figari el único pintor latinoamericano representado en las galerías del Luxemburgo, sobre la vida y obra de Boggio pesó siempre un extraño recato que lo alejó —orgullosa o medrosamente— de los círculos de publicidad que forjan la fama. Conocida era su fobia a los *marchands de tableaux*, ya que en su vida fue testigo de la miseria de los primeros pintores impresionistas y de la especulación que siguió a la muerte de Manet, de Seurat, de Sisley. Prefería guardar en su vieja casa campestre la mayor parte de sus obras, que serán casi exhumadas por las Galerías George Petit en 1925. El prologuista del catálogo de esa exposición. Thiébault-Sisson, quien conoció a Boggio, nos explica algunas rarezas de su carácter. Crisis sentimentales como aquélla que lo hunde largos años en el campo o lo convierte en vecino innominado y excéntrico de los alrededores de Genova; tentativa de una gran exposición en 1914 que coincide con el estallido de la Primera Guerra Mundial, y “ausencias y desapariciones súbitas que no dan lugar a que se fije su clientela”. Observa el comentarista: “En realidad para imponerse al público no basta con crear hermosas obras; hay que mantenerse siempre en la brecha y dejar ver lo nuevo periódicamente; si no, se enfría el celo de los admiradores. Quien va a la villa pierde su silla, dice el viejo refrán y otro advierte que hay que batir el cobre en caliente. Sólo algunos inteligentes conocedores lo siguieron siempre con entusiasmo hasta el fin, y se esforzaron —como lo ha hecho Emilio Laffargue— en crear cada vez, al regreso de aquellas apariciones y fugas, una atmósfera de entusiasmo en torno a Boggio, quien jamás se preocupó de mantenerla, y sin la cual no es durable la notoriedad.”

¿Qué vieron en él, verdadero *revenant*, en una Venezuela que casi había olvidado, nuestros jóvenes pintores de 1919 —Mon-santo, Reverón, Monasterios, Cabré y los benjamines como el travieso Luis Alfredo López Méndez? “Quiero probar ser útil a los jóvenes a quienes devora un ardiente entusiasmo de producir vida”, dice Boggio en las líneas liminares de su catálogo. Y agrega con nostálgico venezolanismo, no carente de humor, que “en esta tierra está enterrado el cordón de su ombligo”. Los jóvenes, más que los profesores adocenados de una casi agónica Escuela de Bellas Artes —que el gobierno de Gómez no se preocupaba de estimular ni proteger— lo frecuentan en la muy caraqueña pensión de Lola Ibarra, cordial *rendez-vous* de la más añosa Caracas, donde se organizaban “recibos” para los secretarios de Legación que no podían tener casa propia, o para los provincianos de buena familia que querían relacionarse en la Capital. Desde los balcones de la casa de Lola Ibarra ve la gran masa del Ávila, los verdores lejanos del valle y los tejados de las casas caraqueñas, tan distintos de los cenicientos techos de Montmartre, sumidos en luz grisácea, que ha pintado en sus paisajes parisienses.

Los jóvenes lo llevan en cortos paseos por los alrededores de Caracas y Boggio vuelve a descubrir los chaguaramos y los buca-res, los mijaos gigantescos, los bosques de mangos que guardaban las doradas colinas de Gamboa en lo que es hoy la Urbanización de San Bernardino. Los mangos, cuya corteza es en sí misma un tratado de pintura impresionista en que los verdes se juntan con el amarillo violento y el puntillismo de las manchas oscuras, lo regocijan particularmente. La fragancia de la patria olvidada le viene en la envoltura de la sensual fruta balsámica. Cabré y López Méndez recuerdan el gusto con que los tocaba y olía, los colocaba sobre la palma de la mano como joyas para lucir al sol, y luego —como volviendo a un remoto instinto de muchacho venezolano— los mordisqueaba a dentelladas sin precaución de no mancharse con el jugo las barbas blanquísimas. “Huelen también a pintura”, decía

con humor. O “Esto sí es fruta” —repetía exultante—, y comparadas con ella, las frutas europeas son pálidas y honradas legumbres, mediocres y descoloridas amas de casa. Y tanto se empachó de mangos —recuerdan los mismos pintores— que hubo que cuidarle una indigestión, complicada de fiebre. Otra excursión lo condujo a la campiña aragüeña, donde admiró los enormes samanes de La Encrucijada que inspiraron uno de sus mejores paisajes venezolanos. ¡Qué problema plástico suscita esta especie de toropadrote de los árboles, hundiendo en la negra tierra grasosa las pezuñas de sus raíces, y como contraste de la fuerza del tronco, el aéreo varillaje, la calada sombrilla de la copa que da al sol los más varios reflejos! Un admirable boceto del cuadro *Los samanes*, llevado después a París y construido en plano monumental, quedó en Caracas en una colección privada.

Boggio llegaba a tiempo de estimular un naciente movimiento de pintores venezolanos que, huyendo de la enseñanza de la Escuela de Bellas Artes y buscando la libertad del aire libre, habían formado un círculo heterodoxo, inquietamente investigador, desde 1913. Antes de Boggio vino a Caracas a participar en el trabajo de ellos, y a acompañarlos también en largas aventuras por la campiña caraqueña, el pintor impresionista rumano Samys Mützner. A través de las revistas parisienses de arte, y en raras casas de Caracas donde podía mirarse algún moderno cuadro europeo; en conferencias y discusiones del juvenil “Círculo de Bellas Artes”, ellos se orientaban hacia una creación más propia y peculiar que la de sus predecesores. Aunque resulte paradójico, el proceso de la pintura venezolana marchará de lo distante a lo próximo, de la imitación de los viejos y manidos temas de taller al descubrimiento del paisaje nativo, apenas sentido por las generaciones precedentes. Constituiría aquel grupo entre 1913 y 1920, en la historia de nuestra plástica, una especie de Escuela de Barbizon. Allí Monasterios, allí Reverón, allí Cabré, allí Monsanto, y con una temática muy original y diferente, el extraño Federico Brandt. La presencia de Boggio, que conocía y admiraba a Monet, que fue amigo de Pissarro y de Sisley y que ahora se da tiempo para ver y

discutir la obra que le presentan los jóvenes, tenía, así, repercusión ejemplar.

Es casi pintoresco revisar a treinta y tantos años de distancia, y en un mundo ya cosmopolita que contrasta con el solariego criollismo de la Caracas de 1919, el impacto de esta visita. Sin perjuicio del paisajito marino de la playa de Macuto que se vendía por series y lo hacía cualquier aficionado, el uso público de la pintura —hasta aquella época— fue ilustrar temas históricos, retratos de personajes y anécdotas burguesas. Ahora Boggio demostraba que la naturaleza es en sí misma tema monumental; y a la luz de taller de los cuadros de género se oponía esta vibrante eclosión naturalista.

Casi en la comprimida síntesis de un *hai-kai* resume el poeta Tablada, en un artículo de *Actualidades*, la impresión de los cuadros. Le quedan en la retina —dice el poeta— “silencio de la nieve, aromas florales, frutales florecidos”. Y una fusión de pardos, amarillos, verdes, violetas y bermellones como no se encienden con la misma vibración lumínica en ningún otro artista. No ignora un buen conocedor como Tablada todo lo que estaba aconteciendo en la pintura europea, las reacciones que ya había sufrido el impresionismo, las nuevas teorías del color que difundieron los *fauves*, las corrientes cubistas y expresionistas, pero admiraba, sobre todo, en Boggio —y lo recomendaba a los jóvenes— aquel pacto de fidelidad con la naturaleza y el lirismo, gobernado por tan sabia mano, que se encendía en sus paisajes. Enrique Planchart, fino crítico de pintura, compañero de los jóvenes del Círculo de Bellas Artes, que en ese mismo año de 1919 —con portada de Samys Mützner— publicaría un libro de poemas lleno de resonancias pictóricas, recordaría años más tarde la influencia de Boggio en un momento tan significativo. Era como si los jóvenes estuvieran aguardando que un maestro de alto prestigio viniera a sancionar lo que era en ellos —hasta entonces— penosa aventura en un medio difícil, combate contra la rutina polvorienta. Escribió Planchart refiriéndose al artista: “Su alta figura patriarcal iluminada por gestos y entusiasmos de joven, su continuo interés por el desarrollo

de los que se iniciaban en la pintura y sus francas maneras de buen venezolano, forradas en la despierta cortesía francesa, animaban a tratarlo inmediatamente con admiración y cariño. Aquella fue una lección, recibida con verdadero calor por los pintores venezolanos, de una mano magistral, sometida a una visión penetrante en extremo, y ambas al servicio de un profundo sentido poético de los valores plásticos. Sería la síntesis de lo que, como en una fiesta de formas y de color, se ofreció a los ojos en aquella ocasión.”

También en un número de *Cultura venezolana* de enero de 1920, Planchart intenta definir la nueva conciencia artística que ya se plasma en el país y en que la exposición Boggio fue un hito milagroso. Porque Michelena y Rojas —los dos grandes maestros de los finales del siglo XIX— dejaron, a pesar de su ingenio, la plástica venezolana en un quieto eclecticismo, sin lanzarse siquiera en las primeras aventuras impresionistas, parecía necesario recuperar el tiempo perdido. Y el estudio directo de la naturaleza, esta gozosa sustitución del “tema” por el “motivo”, la tarea de acercar el hombre venezolano a su prodigioso paisaje, será uno de los frutos de la presencia de Boggio. Él anima a los jóvenes pintores como Cabré y Reverón, y la exposición del primero, celebrada con gran éxito en el mismo año de 1919, fue casi un resultado de la visita estimulante. En los recuerdos de Cabré, Boggio les daba otra lección: la de su ascetismo artístico, la de sacrificar los triunfos y concesiones acomodaticias por esa agónica veracidad interior con que el artista se examina a sí mismo.

Cincuenta y tres obras —la más antigua fechada en 1891 y la última del propio 1919— integraron la Exposición de Boggio. Quienes por su poca cultura plástica no podían ahondar en los problemas de atmósfera, espacio y entonación que en él se logran armoniosamente, admiraban, al menos, una especie de *Geórgicas* de la pintura como aún no las ofrecía ningún pintor del país. Volver a una naturaleza sencilla y elemental donde se secan al sol las parvas de trigo, el labrador lleva sus dos caballos para la siega, o los sauces parecen jugar con las aguas, en un día de primavera, es puro deleite del artista en un momento en que el mayor peligro del arte

era la neurótica artificialidad, la falsa mitología literaria y bizarra extrapolástica, como la que a fines del siglo XIX impregnó la obra de un Gustave Moreau. Como en su maestro Monet, como en el heroico Pissarro, la originalidad plástica no se busca en Boggio en el tema adornado, sino en la más directa sencillez; en el maravilloso misterio que ofrecen, también, las cosas comunes; esa propiedad de todos y primer ámbito del hombre que son los cielos, la tierra, las nubes, el follaje y las aguas. Quien así se impregnó de la naturaleza sabe que cada día y cada hora serán distintos, y cada estación o cambio de color y de luz habrá de traerle inéditos regocijos. Estaba tan identificado con la pintura —nos cuenta Cabré— que olía los cuadros como si hubiera recogido en ellos —para siempre— la fragancia de la emoción vivida. Y acaso por eso mismo era tan testarudo o tímido para venderlos. Se aferraba a su obra como al más duradero amor.

Aunque su cultura entendía los necesarios cambios del arte después del impresionismo, aquel lenguaje con que cantó su emoción ante la mojada y dulce tierra de Francia o los peñascos del litoral italiano le proporciona tanto placer que ya no cree necesario cambiar. Pero animaba a los jóvenes pintores a seguir la investigación artística en el momento en que él parecía dejarla. Vendió algunos de sus cuadros entre un reducido grupo de coleccionistas caraqueños; arregló sus últimos intereses económicos con la casa Boggio, Yanes y Compañía, y ahora —sin ningún apremio material— se dedicaría a pintar lo que le restase de vida. Además del cuadro *Los samanes*, regresaba a Francia con numerosos bocetos de su excursión tropical para desarrollarlos en futuras obras. Pero la muerte lo estaba esperando junto a los perales de su casa de campo y las aguas del Oise en la lejanía, un día de junio de 1920. Manuel Cabré, que llegaba por esos días a Europa con el encargo de buscarlo, va a visitar el taller vacío. Ante los numerosos cuadros terminados e inconclusos, esparramados en la habitación y la paleta todavía fresca, parecía que apenas había salido en una de esas excursiones crepusculares a ver los sauces y las aguas, en las orillas del pueblo.

Dos homenajes singulares rindió Francia al artista venezolano cuya timidez e introversión se defendieron siempre del escándalo del renombre: una exposición en el Salón de Otoño, donde también se rendía tributo a Renoir, fallecido pocos meses antes, y la que organizó la Galería George Petit en 1925. En ese momento de la vida artística parisiense en que de la primera generación impresionista sólo vivía, como gran abuelo octogenario, el gigante Claude Monet (fue su último otoño), el crítico Thiébault-Sisson dedica unas palabras de fiel afecto a la memoria de Boggio. Destaca la cortés humildad con que quiso pasar entre la sociedad de los hombres, su resistencia a toda propaganda, su don de amigos y el asombro juvenil con que reflejó la naturaleza.

Venezuela debe rescatar la un poco perdida obra de Boggio (deleite privado de pocos coleccionistas, alejada del comercio artístico de los últimos años) ya que, además de su valor intrínseco, ella influyó considerablemente en el cambio de nuestra plástica a partir de 1920. Está en el tránsito que conduce de los grandes maestros tradicionales del siglo XIX, como Tovar, Rojas y Michelena, a las varias e inquietas corrientes de esta época. En la historia del paisaje impresionista será siempre uno de los nombres más valederos.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
--------------------	---

PRIMERA PARTE

HISTORIA Y SÍNTESIS

<i>La aventura venezolana</i>	<i>13</i>
<i>Visperas venezolanas.....</i>	<i>29</i>
<i>La independencia venezolana</i>	<i>41</i>
<i>Comprensión de Venezuela</i>	<i>47</i>
<i>Rumbo y problemática de nuestra historia.....</i>	<i>71</i>
<i>Proceso del pensamiento venezolano.....</i>	<i>89</i>
<i>Antítesis y tesis de nuestra historia.....</i>	<i>107</i>
<i>Notas sobre el problema de nuestra cultura.....</i>	<i>123</i>
<i>Para un retrato de Alberto Adriani</i>	<i>147</i>
<i>Un joven arquetipo</i>	<i>169</i>
<i>Auditorio de juventud.....</i>	<i>183</i>
<i>El tiempo y nosotros.....</i>	<i>195</i>
<i>Historia de un anti-héroe</i>	<i>199</i>
<i>Sanz, Justicia Mayor</i>	<i>205</i>
<i>La estatua del viejo Guzmán</i>	<i>209</i>
<i>Cenizas de Simón Rodríguez.....</i>	<i>215</i>
<i>Para unos nuevos perfiles venezolanos</i>	<i>219</i>
<i>Tradición</i>	<i>243</i>
<i>Tradición y voluntad histórica.....</i>	<i>247</i>

SEGUNDA PARTE

LUGARES Y COSAS

<i>Aproximación al Orinoco.....</i>	<i>255</i>
<i>Caracas en cuatro tiempos.....</i>	<i>261</i>
<i>Leyenda y color de Margarita.....</i>	<i>299</i>

Calor de Coro.....	307
Cardones y hombres.....	313
Los Andes pacíficos	317
Testimonio de Mérida	329
En la Universidad de los Andes.....	333
Mensaje a los merideños (en el IV centenario de la ciudad).....	343
Estrellas y mariposas	349
Almanaques	353
Pequeña historia de la arepa	357
Cocina romántica	363
Límites de Venezuela: la isla de Curazao.....	367

TERCERA PARTE

CREACIONES E IMÁGENES

Paseo por nuestra poesía (de 1880 a 1940)	373
Perspectiva de la pintura venezolana	397
Armando Reverón	429
Arturo Michelena	441
Emilio Boggio y su pintura	447



Esta colección de quince títulos, *Las ventanas más amplias*, tiene como finalidad la promoción del libro y de la lectura como vehículos emancipatorios, como instrumentos de estímulo a la creatividad, a la imaginación; como alimentos de la sensibilidad y de la comprensión, de los lazos y nexos con la interioridad y lo social, con la psique y la historia, con el presente y con el porvenir.

Suma de Venezuela es una compilación de ensayos que ahora reeditamos, con un acertado prólogo de Guillermo Sucre que introduce al lector en la obra de Mariano Picón Salas y el contexto en el que se enmarca su producción literaria. El autor, en tanto reflexiona sobre los conceptos de patria e identidad nacional, intenta despertar en el venezolano un sentido de pertenencia que nos ayude a entender la importancia de rescatar y valorar la esencia que determina nuestra idiosincrasia, nos invita a releer las diferencias y semejanzas a la luz de la crítica al movimiento histórico-cultural positivista que exaltó las visiones eurocéntricas propias de la segunda mitad del siglo XIX y buena parte del siglo XX.



Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

